

El influjo de la Inquisición en la sociedad y en la ciencia de España y Portugal (siglos XVII-XVIII)



LIBROSDELACORTE.ES
MONOGRÁFICO 6

REVISTA LIBROSDELACORTE.ES

MONOGRÁFICO 6, AÑO 9 (2017) ISSN: 1989-6425

<https://dx.doi.org/10.15366/ldc2017.9.m6>



INSTITUTO UNIVERSITARIO “LA CORTE EN EUROPA” (IULCE-UAM)
MADRID, 2017

REVISTA LIBROSDELACORTE.ES

CONSEJO CIENTÍFICO

Inmaculada Arias de Saavedra (Universidad de Granada)
Feliciano Barrios Pintado (Universidad de Castilla La Mancha)
Miguel Ángel Bunes Ibarra (CSIC)
Marcus Burke (Hispanic Society, Nueva York)
Peter Cherry (Trinity College, Dublín)
Teresa Ferrer Valls (Universidad de Valencia)
Ignacio López Alemany (University of North Carolina, Greensboro)
Patricia Marín Cepeda (Universidad de Burgos)
Cristina Moya García (Universidad de Sevilla)
Dries Raeymaekers (Universidad Radboud de Nimega)
María José Rodríguez-Salgado (London School of Economics)
Magdalena Sofia Sánchez (Gettysburg College, Pennsylvania)
Andrea Sommer-Mathis (ÖAW-Institut für Kulturwissenschaften und Theatergeschichte)
Franca Varallo (Universidad de Turín)

CONSEJO EDITORIAL

Director

Jesús Gómez, Universidad Autónoma de Madrid-IULCE

Secretaria de edición

Raquel Salvado Bartolomé, Universidad Carlos III de Madrid

Editor principal

Rubén González Cuerva, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Área de Historia)

Editor adjunto

Eduardo Torres Corominas, Universidad de Jaén (Área de Literatura-Reseñas)

Editora adjunta

Mercedes Simal López, Museo Nacional del Prado (Área de Arte)

Vocales

Esther Jiménez Pablo, Universidad de Granada (Área de Historia)

Juan Ramón Muñoz Sánchez, Universidad de Córdoba (Área de Literatura)

Almudena Pérez de Tudela, Patrimonio Nacional (Área de Arte)

Imagen cubierta: Francisco Rizi. *Auto de Fe en la Plaza Mayor de Madrid*. Museo del Prado (Madrid)



Librosdelacorte.es

ISSN: 1989-6425

Redacción, dirección e intercambios:

Instituto Universitario “La Corte en Europa” (IULCE-UAM)

Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras,

Módulo VI *bis*, despacho 111

C/ Francisco Tomás y Valiente, 1

Ciudad Universitaria de Cantoblanco, 28049, Madrid, España.

Correo electrónico: info@librosdelacorte.es o secretaria@librosdelacorte.es

Teléfono: +34 – 91 497 5132

SUMARIO

Revista Librosdelacorte.es, MONOGRÁFICO 6, año 9 (2017)

ISSN: 1989-6425

<https://dx.doi.org/10.15366/ldc2017.9.m6>

JOSÉ MARTÍNEZ MILLÁN, ISABEL MENDES DRUMOND BRAGA y NATALIA GONZÁLEZ HERAS

Presentación

6

PONENCIAS

JOSÉ MARTÍNEZ MILLÁN

Los problemas de la Inquisición en tiempos de Carlos II

11

YOLANDA ILLANA RUIZ

Primeros intentos de abolición del tribunal de la Inquisición en España

39

ROBERTO LÓPEZ VELA

La nación de los sabios perseguidos. Episcopalismo, herejía y memoria histórica en las Cortes de Cádiz

56

BRUNO LOPES

O Conselho Geral do Santo Ofício visto através dos salários (Portugal, 1640-1773)

82

RICARDO PESSA OLIVEIRA

A Inquisição Portuguesa durante o Governo de D. João Cosme da Cunha (1770-1783)

110

M^a ANTONIA HERRADÓN FIGUEROA

Los hábitos de la Inquisición

124

MARIA PAULA MARÇAL LOURENÇO

Nobilitados entre cristãos-novos e familiares do Santo Ofício: o exemplo das Casas da Família Real

142

ANA ISABEL LÓPEZ-SALAZAR	
Una oligarquía eclesiástica en Portugal durante el Antiguo Régimen: catedráticos, canónigos e inquisidores	164
ISABEL M.R. MENDES DRUMOND BRAGA	
Das Tendas dos Mercadores Têxteis Portugueses: Inquisição e Cultura Material nos séculos XVII e XVIII	185
NATALIA GONZÁLEZ HERAS	
La reproducción de modelos sociales y materiales dentro de las familias al servicio de la Inquisición.	212
PAULO DRUMOND BRAGA	
Sermões setecentistas portugueses de autos-da-fé	223
MARIA RENATA CRUZ DURAN	
Medo e desejo na modernidade: como os pregadores aconselhavam seus reis a lidar com os sentimentos	233
JOÃO FURTADO MARTINS	
Os carpinteiros na Inquisição de Lisboa no Século XVIII: Trabalho, Sociabilidades e Cultura Material	256
IGNACIO EZQUERRA REVILLA	
La impresión de libros en Portugal entre el Gobierno <i>Oeconomico</i> y el Gobierno Político: de la Triple Aprobación a la <i>Real Mesa Censória</i> (1768-1787)	282
PILAR HUERGA CRIADO	
La Inquisición romana en Nápoles contra los judaizantes (1656-1659)	303

EL INFLUJO DE LA INQUISICIÓN EN LA SOCIEDAD Y EN LA CIENCIA DE ESPAÑA Y PORTUGAL (SIGLOS XVII-XVIII)

COORDINADO POR

Prof. Dr. José Martínez Millán (IULCE-UAM)
Prof^{ra}. Dr^a. Isabel Mendes Drumond Braga (Universidade de Lisboa)
Prof^{ra}. Dr^a. Natalia González Heras (IULCE-UAM)

Presentación

Al finalizar el siglo XVII una gran transformación se estaba generando en el continente europeo. Desde 1650 se dio paso a una racionalización y secularización del pensamiento y se derrumbó la hegemonía de la teología en el mundo académico. Lenta, pero inexorablemente se fue alejando la magia y la creencia de lo sobrenatural en la cultura europea y llevó a desafiar la herencia del pasado, no solo los supuestos comunes sobre la humanidad, la sociedad, la política o el cosmos, sino también la veracidad de la Biblia y la de cualquier fe. Si antes de 1650 se escribía sobre diferencias confesionales; a partir de 1680, los escritores se percataron que el conflicto confesional pasaba a un segundo plano y que el tema medular comenzaba a ser el conflicto entre la fe y la incredulidad. Ningún periodo de la historia europea muestra un cambio tan profundo hacia la racionalización y secularización de los saberes. Lo que se llamó «nueva filosofía», que en la mayoría de los casos era el cartesianismo, divergía fundamentalmente de la visión del mundo pre-científica anterior, esencialmente mágica y aristotélica. El triunfo de la filosofía mecánica significó el fin de la concepción animista del universo.

La aparición de las tesis mecanicistas hizo surgir la idea de progreso. Si la máquina se caracteriza por la transmisión y la transformación de un movimiento, todo lo que se concibe sobre este modelo estará marcado por este fenómeno fundamental. Así, el reposo pierde su «privilegio ontológico tradicional». En el mismo sentido, el mecanicismo modifica los conceptos de espacio y tiempo. Pero esto no fue solo la aportación del mecanismo a la ideología progresista: a través de la nueva lectura del universo que propone, contribuyó también a la instauración de un «estado de espíritu» favorable a su emergencia. Si el mundo (y todo lo que contiene) se parece a una máquina, debe obedecer a reglas fijas y ciertas, a unas leyes.

Por otra parte, ninguno de los gobiernos europeos ni el propio papado supieron adoptar una estrategia consistente ante esta nueva realidad. Estado e Iglesia habían actuado y colaborado conjuntamente hasta entonces, pero a partir de la Ilustración se rompió esta alianza. Durante la segunda mitad del siglo XVIII nuevas formas políticas comenzaron a surgir, que vinieron unidas con el surgimiento de

cierta idea «protonacionalista» que se manifestó en los primeros intentos narrativos de trazar una evolución histórica de las Monarquías.

Para el caso español, la preocupación, que se inició en torno al *carácter nacional*, implicó la necesidad de conocer la propia historia y —de manera especial— la evolución decadente de la Monarquía. Así, Feijoo (1676-1764) escribía con el objetivo de investigar y dar a conocer las cosas pasadas y denunciaba que, con frecuencia, los historiadores se dedicaban más a lisonjear a la nación que a descubrir «la verdad o importancia de los sucesos»¹. Por su parte, el jesuita Juan Francisco Masdeu (1744-1817) se preocupaba en su *Historia crítica de España* de examinar «los defectos que suelen atribuirse al ingenio español»². El estudio del carácter español se revistió de patriotismo en la famosa polémica levantada por Masson de Morvilliers con su artículo sobre España en la *Encyclopédie Méthodique* (1782) en que contestaba negativamente a la pregunta «¿Qué se debe a España?», que fue replicado por Juan Pablo Forner (1756-1797) en su famosa *Oración apologética por la España*³. No obstante, la respuesta no fue unánime por parte de todos los españoles; es más, a partir de entonces, cada vez que un español se erigía en defensor del país, se alzaban algunos compatriotas en su contra. Durante el siglo XVIII, tanto apologistas como críticos tuvieron la conciencia del atraso cultural de España con respecto a Europa, por eso, lo propio del buen patriota era, según Iriarte (1750-1751), «alabar lo bueno que ha habido o que se establece en la nación y predicar sobre lo que nos falta es el carácter de un patriota celoso. El que blasona de lo que la nación nunca ha tenido, ni en el día puede decir que tiene, es el mal patriota»⁴. Por otra parte, la aparición de la razón como elemento universal de juicio y la separación entre política y religión llevaron a poner en el catolicismo la causa de ese atraso y, por consiguiente, a la dinastía de los Austrias como culpable del mismo por haber llevado a cabo el proceso de implantación de dicha confesión. De hecho, Forner ya se había preguntado si la teología y la moral (católicas) habían sido un obstáculo para el desarrollo de la ciencia en España⁵. Pérez Bayer (1711-1794) dirigió a Carlos III un memorial *Por la libertad de la literatura española*, asegurándole que, tras 1635, solo se habían publicado libros de religión y vida de santos en España, «de suerte que parece que desde aquella hora se cortaron enteramente las fuerzas y nervios de la literatura española»⁶. Por su parte, el

¹Benito Jerónimo Feijoo, “Reflexiones sobre la historia”, en *Suplemento al Teatro Crítico. Obras escogidas* (Madrid, 1961), 379-394 (BAE, vol. 143).

²Sobre la obra de Masdeu, véase, Miguel Batllori, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos* (Madrid, 1966), 413-135. Un completo estudio sobre la historiografía española del siglo XVIII y sus nuevos planteamientos en Antonio Mestre Sanchís, “Conciencia histórica e historiografía”, en *La época de la Ilustración. El Estado y la cultura (1759-1808)* (Madrid, 1987), 304-345 (*Historia de España* R. Menéndez Pidal, vol. 31/1).

³Sobre el tema, François Lopez, *Juan Pablo Forner y la crisis de la conciencia española en el siglo XVIII* (Junta de Castilla y León, 1999).

⁴Emilio Cotarelo y Mori, *Iriarte y su época* (Madrid, 1897), 327.

⁵Lopez, *Juan Pablo Forner*, 384-387.

⁶Francisco Pérez Bayer, *Por la libertad de la literatura española*. Edición de Antonio Mestre Sanchís. (Alicante, 1991). José Carlos Mainer, “La invención de la literatura española” en *Literaturas regionales en España. Historia y crítica*, eds. José María Enguita y José Carlos Mainer (Zaragoza, 1994), 27.

abate Marchena predicaba la renovación de régimen político, que estaba vinculado estrechamente con la religión: «Un solo medio os queda, Españoles, para destruir el despotismo religioso, este es la convocatoria de vuestras cortes. No perdáis un momento, sea Cortes, Cortes, el clamor universal»⁷. Mientras que Manuel José Quintana (1772-1857) atribuía la decadencia de España a la religión, cuya práctica había provocado la ausencia de industria⁸. Eran ideas muy semejantes las que defendía Sempere y Guarinos (1754-1830) al abordar el estudio sobre la decadencia de la Monarquía hispana con un espíritu científico, utilizando -según su expresión- el método de las ciencias de la naturaleza⁹.

Este tipo de narración llevó a valorar y explicar la evolución social en su conjunto y el estado de su ciencia. De esta manera se consideró que las Monarquías ibéricas estaban atrasadas (o al menos eran diferentes) en virtud de su peculiar evolución con respecto al resto de Europa: la defensa de la religión había llevado al inmovilismo social y a tomar una serie de medidas que, si mantuvieron en paz a la sociedad, no les permitió reflexionar y criticar sus conocimientos, mientras en las Monarquías europeas había sucedido todo lo contrario. Consecuentemente, si en Europa, la Ilustración fue fruto de una dura evolución, en España y Portugal tales conocimientos solo fueron una copia de los adelantos de fuera. Sin duda ninguna, la Inquisición fue instrumento fundamental para frenar tales cambios.

En el presente dossier sobre las Inquisiciones de España y Portugal presentamos una serie de trabajos novedosos sobre ambas instituciones que ayudan a comprender las transformaciones que experimentaron durante su última etapa de existencia: las pugnas jurisdiccionales y políticas que suscitaron, los sectores sociales que las apoyaron, su actividad procesal, de censura y de propaganda y, finalmente, su desaparición. No son trabajos que tocan temas manidos, al contrario, muy nuevos y originales, en los que se percibe enfoques metodológicos vanguardistas, que incitan a seguir estas nuevas líneas de investigación.

La celebración de la reunión científica que dio origen a este monográfico de nuestra Revista, no se hubiera podido realizar sin la ayuda administrativa y económica del Instituto Universitario La Corte en Europa (en sus proyectos de investigación “La Herencia de los Reales Sitios: Madrid, de Corte a Capital” (CMM-COURT-TOURIST-CM Ref. H2015/HUM-3415) y “De Reinos a Naciones. La transformación del sistema cortesano (Siglos XVIII-XIX)” HAR2015-68946-C3-1-P), la ayuda económica del Camões, Instituto da Cooperação e da Língua, IP, y del apoyo de la embajada de Portugal en España, con los que hemos trabajado en unión

⁷Citado en Marcelino Menéndez Pelayo, “Estudio crítico-biográfico” a las *Obras literarias de D. José Marchena*, II (Sevilla, 1896), XLI. Abate Marchena, *Obra en Prosa* (Madrid, 1985), 159-164, “A la nación española”.

⁸Manuel José Quintana, *Obras completas* (Madrid, 1852), 35-39 (BAE, vol. 19). Sobre las ideas del personaje, Albert Derozier, *Manuel Josef Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne* (Paris, 1968).

⁹Juan Sempere y Guarinos, *Considérations sur les causes de la grandeur et de la décadence de la Monarchie espagnole* (Paris, 1826), 29.

y con gran coordinación, merced a la mediación de la Prof^a. Dr^a. Filipa María Valido Viegasde Paula-Soares, que también es miembro del IULCE-UAM. No resulta menos importante recordar los trabajos de secretaría y publicación del monográfico que han llevado nuestros becarios, Raquel Salvado Bartolomé, Juan Jiménez Castillo y Gloria Alonso de la Higuera.

LOS PROBLEMAS DE LA INQUISICIÓN EN TIEMPOS DE CARLOS II¹

José Martínez Millán
(UAM-IULCE)

RESUMEN

Las dificultades en la actuación de la Inquisición española durante la segunda mitad del siglo XVII han sido percibidas por todos los historiadores que han estudiado el tema. Don Antonio Domínguez Ortiz afirmaba que la Inquisición había entrado en crisis durante el siglo XVII. No obstante, no se ha explicado en qué consistió la “crisis” del Santo Oficio. Lo que se defiende en este trabajo es que la crisis de la Inquisición consistió en una lucha entre la Iglesia y la Monarquía por controlar la institución a través del predominio de una jurisdicción sobre la otra (eclesiástica o temporal), que era la composición de tan poderosa institución. Esta pugna se observa también a través del proceso de fray Froilán Díaz, los partidarios de la sucesión austríaca sintonizaban con la primacía de la jurisdicción eclesiástica de la Inquisición, mientras que los partidarios de los Borbones pretendían reducir la actuación de la institución a solamente el campo espiritual y quitarle todos los privilegios que los monarcas anteriores le habían otorgado.

PALABRAS CLAVE Inquisición, Carlos II, Froilán Díaz, Jurisdicción de la Inquisición

INQUISITION'S PROBLEMS DURING THE REIGN OF CHARLES II

ABSTRACT

The difficulties in the action of the Spanish Inquisition during the second half of the 17th century have been perceived by all the historians who have studied the topic. Don Antonio Domínguez Ortiz was affirming that the Inquisition had entered “crisis” during the 17th century. Nevertheless, it has not explained of what there consisted the “crisis” of the Holy Trade. What defends itself in this work is that the crisis of the Inquisition. What defends itself in this work is that the crisis of the Inquisition consisted of a fight between the Church and the Monarchy for the institution controlled across the predominance of a jurisdiction on other one (ecclesiastic or temporary), that was the composition of so powerful institution. This struggle is observed also across the monk's process Froilán Díaz, the supporters of the Austrian succession were tuning with the primacy of the ecclesiastic jurisdiction of the Inquisition, whereas the supporters of the Borbones were trying to reduce the

¹ Este trabajo se ha realizado con fondos del proyecto concedido por el Ministerio de Economía y Competitividad, número de referencia HAR2015-68946-C3-1-P

action of the institution to only the spiritual field and to take all the privileges from him that the previous monarchies had granted him.

KEYWORDS: Inquisition, Charles II, Froilán Díaz, Jurisdiction of the Inquisition

La actuación del Santo Oficio de la Inquisición durante el reinado de Carlos II (1675-1700) no resulta desconocida merced al proceso que realizó al padre Froilán Díaz, confesor del monarca, quien había sometido a unos exorcismos al propio monarca por creer que estaba endemoniado. Hasta tiempos muy recientes era la única actividad relevante que se le atribuía a la Inquisición durante este reinado, en la que era difícil distinguir lo imaginario de la realidad, pero sin entrar en explicar los cambios y transformaciones estructurales de la institución. No obstante, es preciso señalar que, desde los estudios de Gabriel de Maura² y Ronald Cueto a mediados del siglo pasado³, tanto la descripción de los acontecimientos como de los personajes que intervinieron en ellos, se ha ampliado a favor de una mejor comprensión de los partidos políticos cortesanos que se formaron a la hora de explicar las pugnas mantenidas por los candidatos al trono español⁴.

Tomando como base el relato del proceso, cuyo autor parece que fue Lorenzo Folch de Cardona, Ronald Cueto realizó un espléndido estudio construyendo las biografías de todos los personajes que intervinieron en el proceso y demostrando que, lejos de la independencia y libre voluntad de la actuación de tan preclaros personajes, la actuación de todos ellos estuvo vinculada al “partido político” al que pertenecieron. Con ello profundizaba en un tema (como era el de las facciones cortesanas) que resultaba esencial para explicar las fuerzas políticas que decidieron el cambio dinástico, tema que historiadores posteriores han ampliado para estudiar la evolución general de la Monarquía⁵.

² G. Maura Gamazo, *Supersticiones de los siglos XVI y XVII y hechizos de Carlos II* (Madrid, 1943).

³ R. Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II* (Madrid: La Ballesta, 1966).

⁴ Posteriormente, y siguiendo los pasos dados de estos estudios, el tema ha sido estudiado por M. C. Gómez Roán, “La causa inquisitorial contra el confesor de Carlos II, fray Froilán Díaz”, *Revista de la Inquisición* 12 (2006): 323-389. F. Tuero Bertrand, *Carlos II y el proceso de los hechizos* (Gijón: Fundación Alvargonzález, 1998). M. Rey Bueno, “Estudio terapéutico de Carlos II el hechizado. Una corte de los milagros en la España del siglo XVII”, *Panacea* 1.

⁵ Además de la obra clásica del Duque de Maura, *Vida y reinado de Carlos II* (Madrid: Aguilar, 1990) (Prólogo de P. Gimferrer); es preciso citar como estudios del reinado en los que se profundiza en los grupos cortesanos, L. Ribot García, *Los orígenes políticos del testamento de Carlos II. La Gestación del cambio dinástico en España* (Madrid: Real Academia de la Historia, 2010). A. R. Peña Izquierdo, *De Austrias y Borbones. España entre los siglos XVII y XVIII* (Astorga: Akrón, 2008). M. Barrio Gozalo, “La oposición a los Borbones españoles al comenzar el siglo XVIII y el exilio de eclesiásticos. Don Baltasar de Mendoza y Sandoval, obispo de Segovia e Inquisidor General”, *Antbologica Annua*, 43 (1996). L. M. Enciso Recio, “Tensiones y conflictos inquisitoriales en los inicios del siglo XVIII. El caso de Heredia y Tejada”, *Revista de Inquisición* 5 (1996): pp. 9-37.

Ciertamente, los estudios sobre la Inquisición española durante el reinado de Carlos II se pusieron al día a partir de la publicación de la *Historia de la Inquisición en España y América*, dirigida por los profesores J. Pérez Villanueva y B. Escandell⁶. En dicha obra, el profesor Teófanos Egido realizaba un estudio en el que analizaba los problemas jurisdiccionales de la Inquisición española durante el reinado de Felipe V en el que afirmaba que el proyecto de Macanaz «no se explicaría sin los antecedentes de la década de 1690, de la misma manera que revela paralelismos sorprendentes con lo que en 1768 emprendió, con mejor fortuna, otro fiscal gemelo, Campomanes»⁷, añadiendo, poco más abajo, que «La investigación de Macanaz dio con la otra consulta que en 1696 evacuara la *Junta Magna* interconsiliar».

Semejantes planteamientos me permitieron tomar conciencia de que los problemas de la Inquisición española durante el reinado de Carlos II no tenían sentido si solo los limitábamos a las pugnas de facciones cortesanas. En mi opinión, reflejaban ante todo un cambio de influencia de las instancias de poder que componían su peculiar estructura jurisdiccional (Iglesia y Monarquía), lo que me indujo a publicar los acuerdos adoptados en la “Junta Magna” de 1696, ordenada por el propio rey⁸. No obstante, fue el profesor Roberto López Vela quien retomó el tema al hilo de su magnífica tesis doctoral (publicada, en su mayor parte, en el volumen segundo la *Historia de la Inquisición en España y América*, dirigida por los profesores J. Pérez Villanueva y B. Escandell⁹) en la que analizaba con acierto la composición jurisdiccional del Santo Oficio y la peculiar actuación que se derivaba de ello fijándose en los acuerdos de la Junta Magna de 1696, al mismo tiempo que los ponía en relación con el proyecto de reforma del Santo Oficio de Macanaz¹⁰. Pocos años después, se hacía una revisión sobre dicho tema con análisis más exhaustivos de los documentos¹¹.

⁶ J. Pérez Villanueva y B. Escandell (dirs.), *Historia de la Inquisición en España y América*, vol. I (Madrid: BAC, 1984).

⁷ *Ibidem*, p. 1238.

⁸ J. Martínez Millán, “Los problemas de jurisdicción del Santo Oficio: la Junta Magna de 1696”, *Hispania Sacra* (1985): 285 ss.

⁹ Pérez Villanueva y Escandell (dirs.), *Historia de la Inquisición*, vol. II.

¹⁰ R. López Vela, “La Inquisición a la llegada de Felipe V. el proyecto de cambio en su organización y en sus bases sociales”, *Revista Internacional de Sociología* 1 (1988): 63-122. *Idem*, “Inquisición y cambio dinástico. La defensa de la Constitución católica de la Monarquía (1696-1714)”, en *Europa en torno a Utrecht*, coord. M. Torres y S. Truchuelo (Universidad de Cantabria, 2014), 311-352.

¹¹ J. M. García Hevia, “Macanaz y su propuesta de reforma del Santo Oficio en 1714”, *Revista de Inquisición* 5 (1996): 218-327. Como contexto, F. Precioso Izquierdo, “Prácticas y relaciones sociales en la alta administración borbónica: los Macanaz (siglos XVII-XVIII)”, en *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, coord. Eliseo Serrano Martín (Zaragoza: Diputación de Zaragoza, 2013). Paralelamente, se había iniciado una renovación de las investigaciones sobre el reinado de Carlos II, bastante desconocido hasta entonces, merced a los trabajos –entre otros- de los profesores Molas, Alcalá Zamora y Ribot García y sus discípulos, que han incitado a que diversos historiadores revisen, al clásico libro del Maura, *Vida y reinado de Carlos II*, que se reeditó, es preciso añadir: Ribot García, *Los orígenes políticos del testamento de Carlos II*. Peña Izquierdo, *De Austrias y Borbones*, 48. Referido concretamente al Santo Oficio, Barrio Gozalo, “La oposición a los Borbones”. Enciso Recio, “Tensiones y conflictos inquisitoriales”, 9-37.

Con todo, es preciso admitir que paralelamente surgieron nuevos estudios acerca de las corrientes espirituales heterodoxas del período (jansenismo, quietismo, etc.), sobre las que tuvo que intervenir el Santo Oficio para mantener la ortodoxia católica. Así, en la citada obra coordinada por J. Pérez Villanueva y B. Escandell, los profesores García Barriuso y Tellechea Idígoras escribieron sendos capítulos sobre el “milagrismo” que había surgido durante la segunda mitad del siglo XVII y sobre la doctrina de Miguel de Molinos (quietismo), respectivamente ¹², retomando investigaciones anteriores ¹³. Tellechea ya había avanzado sobre el tema del pensamiento de Molinos en su aportación a la *Historia de la Iglesia en España*¹⁴, además de ponerlo en relación con las corrientes espirituales surgidas en la misma época dentro de otras confesiones cristianas¹⁵. Por su parte, el profesor Mestre Sanchís (retomando los antiguos estudios del P. Miguélez y asumiendo las investigaciones de hispanistas que, durante la década de 1970, habían tratado el tema¹⁶) realizaba un renovador estudio sobre el jansenismo español, de la segunda mitad del siglo XVII, en el que ponía en claro el pensamiento, peculiaridades e influencia de esta corriente heterodoxa en España¹⁷.

En este trabajo pretendo explicar la tormentosa evolución que experimentó el Santo Oficio durante el reinado de Carlos II. Tales conflictos se derivaron, en mi opinión, a causa de la peculiar estructura jurisdiccional con la que se configuró la institución: la unión de la jurisdicción eclesiástica y temporal. A lo largo de los siglos, tanto el pontífice como el monarca aspiraron a obtener la preeminencia de su jurisdicción sobre la otra con el fin de dominar la institución. Si en el siglo XVI, los monarcas hispanos consiguieron subordinar la jurisdicción eclesiástica a la actuación política de la Monarquía y utilizar la Inquisición para sus fines, lo que se tradujo en

¹² Pérez Villanueva y Escandell (dirs.), *Historia de la Inquisición*, I, 1089-1114 y 1115-1124.

¹³ Valga citar, entre otros, los trabajos (que son clásicos para la materia) de P. Dudon, *Le quietisme espagnol, Michel Molinos (1628-1698)* (Paris, 1921). J. Pacquier, “Molinos”, en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, X (Paris, 1929), 2187-2192. Idem, “Quiétisme”, en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, XIII (Paris, 1937), 1537-1551. F. Sánchez Castañer, “Miguel de Molinos en Valencia y Roma (nuevos datos biográficos)”, *Revista Valenciana de Filología* 6 (1965): 253-332. I. Tellechea Idígoras, “Miguel de Molinos en la obra inédita de Francisco A. Montalvo ‘Historia de los quietistas’”, *Salamanca* 21 (1974): 69-126. J. Fernández, “Una biografía inédita de Miguel de Molinos”, *Anthologica Annua* 12 (1964): 293-321. P. A. Martín Robles, “Del epistolario de Molinos. Para la historia del misticismo español”, *Escuela española de Arqueología e Historia de Roma. Cuaderno de Trabajo* 1 (1912): 61-73. R. Robles Lluch, “En torno a Miguel de Molinos y los orígenes de su doctrina. Aspectos de la piedad barroca valenciana”, *Anthologica Annua* 18 (1971): 354-465. P. Moreno Rodríguez, *El pensamiento de Miguel de Molinos* (Madrid, 1992). Así como la colección de artículos de J. A. Valente, *Variaciones sobre el pájaro y la red* (Barcelona, 1991).

¹⁴ J. I. Tellechea Idígoras, “Molinos y el quietismo”, en *Historia de la Iglesia en España. IV.- La Iglesia en la España de los Siglos XVII y XVIII*, dir. A. Mestre Sanchís, (Madrid: BAC, 1979), 478-522.

¹⁵ J. I. Tellechea Idígoras, “Molinos y el pietismo alemán. El cliché de los *Acta eruditorum* (1687)”, *Diálogo ecuménico* 15 (1980): 267-289.

¹⁶ M. Fraile Miguélez, *Jansenismo y regalismo en España* (Madrid, 2010), reedición con introducción de R. Lazcano. A. Pérez Goyena, “El Dr. Jansenio en España”, *Razón y Fe* 49 (1917): 308-319. Idem, “Jansenio en Madrid”, *Razón y Fe* 56 (1920): 172-178. Idem, “Consecuencias de la venida de Jansenio a España”, *Razón y Fe* 57 (1920): 318-333.

¹⁷ Mestre Sanchís (dir.), *Historia de la Iglesia en España. IV*, 639-651.

los numerosos privilegios temporales que le concedieron, durante el siglo XVII la situación cambió radicalmente y el papado consiguió subordinar la jurisdicción temporal a la eclesiástica. Los monarcas hispanos de la segunda mitad del XVII fueron conscientes de esta situación e intentaron por todos los medios alterar esa relación de fuerzas¹⁸. Todos los problemas suscitados en esta época se reducen básicamente a los intentos de los monarcas por separar ambas jurisdicciones, reduciendo la actuación de la Inquisición al ámbito espiritual, al mismo tiempo que suprimieron los privilegios otorgados por los reyes hispanos a la Inquisición desde su fundación. Pero además, el control de la Inquisición española por parte de Roma tenía su lógica en cuanto que perseguía las heterodoxias religiosas que surgían en relación con la ideología ortodoxa definida por la propia Santa Sede: el catolicismo confesional que Roma había difundido a través de la sociedad durante el siglo XVII. Este “catolicismo” ideológico y vivencial, no se puede identificar con el término “Monarquía Católica”, que es un concepto político (cuyo contenido ya lo he explicado en otros trabajos¹⁹), si bien, en el reinado de Carlos II ya carecía de significado y utilidad política, pero en cambio, la ideología católica (religiosidad, devociones, espiritualidad) fue asumida y practicada por la sociedad (no solo en la península, sino también en América)²⁰.

Después de Westfalia (1648), la curia romana comprendió que la Iglesia debía mantenerse independiente de los asuntos políticos y liberarse de la influencia de las grandes Monarquías europeas que tenían establecidas redes clientelares de cardenales en Roma. En consecuencia, se trató de buscar la independencia de la Iglesia con respecto a los poderes europeos de manera especial en sus relaciones con la Monarquía Católica. Los propios dirigentes de la Monarquía hispana se percataron de la falta de utilidad de esta idea ya desde finales del reinado de Felipe IV. Por consiguiente, la corte hispana se persuadió de que se imponía una reestructuración de la constitución de la Monarquía y comenzó a realizar una serie de cambios (mucho más intensos durante el reinado de Carlos II), de acuerdo a los principios que interesaban a la propia Monarquía en cuanto organización política sin tener en cuenta las justificaciones religiosas. Las reformas que se produjeron en esta época y que manifiestan la nueva orientación política que iniciaba la Monarquía resultan abrumadoras en los diferentes campos de su actuación²¹. El profesor Ribot afirma²²

¹⁸ El propio personal de la Inquisición tenía conciencia de ello, cf. Archivo Histórico Nacional (AHN), Inquisición (Inq.), libro 24, *Noticia breve de lo que se halla en el libro sobre la controversia de jurisdicción dilatada desde junio 1700 hasta 3 de noviembre 1704*, fols. 344r-346v.

¹⁹ J. Martínez Millán, “La evaporación del concepto de “Monarquía Católica. La instauración de los Borbones”, en *La Corte de los Borbones: crisis del modelo cortesano*, III, coords. J. Martínez Millán, C. Camarero Bullon y M. Luzzi Traficante (Madrid: Polifemo, 2013), 2143-2196. J. Martínez Millán, “La reconfiguración de la Monarquía Católica (siglos XVII al XVIII)”, en *¿Decadencia o reconfiguración? las monarquías de España y Portugal en el cambio de siglo (1640-1724)*, dirs. J. Martínez Millán, F. Labrador Arroyo, F. M. Valido-Viegas De Paula-Soares (Madrid: Polifemo, 2017) 7-60.

²⁰ Como se puede observar, discrepo en algunos planteamientos del excelente trabajo R. Cueto Ruiz, “La tradición profética en la Monarquía Católica en los siglos 15, 16 y 17”, *Archivos do Centro Cultural Português* 17 (1982): 411-444.

²¹ Martínez Millán, “La reconfiguración”, 7-60.

que «El problema de la sucesión estuvo presente durante todo el reinado. En realidad se inicia en tiempos de Felipe IV, cuando comienza a haber serias dudas de que un heredero varón pueda sobrevivir al envejecido monarca»²³. Antes de que naciera Carlos II, Luis XIV había dado instrucciones a su embajador en Madrid, el arzobispo de Embrun, para que reivindicara sus derechos²⁴. En cuanto al Imperio, Leopoldo I siempre aspiró a la sucesión de España y, en buena medida, su política estuvo condicionada a este proyecto²⁵; de hecho, en 1668, a instancias de Luis XIV, firmó un tratado secreto de reparto de la Monarquía²⁶.

Si aplicamos este planteamiento al análisis del proceso inquisitorial del padre Froilán Díaz encontraremos, en medio de tanta confusión, que los personajes que defendieron la autoridad y preeminencia de la jurisdicción eclesiástica del Santo Oficio fueron los que optaron por la dinastía de los Austria en el relevo al trono, mientras los que querían una reforma de la institución, reduciendo sus privilegios y limitando su actuación al campo religioso, mayoritariamente se decantaron por los Borbones.

1. EL PROBLEMA JURISDICCIONAL DE LA INQUISICIÓN

1. 1. La composición política de la Monarquía hispana

La identidad con la que el conjunto de reinos y territorios, que formaron la Monarquía hispana, se presentó de cara al exterior consistió en la representación de la acción de propagar y defender la fe cristiana a nivel mundial, con lo que también quedaba justificada su práctica política. Esta identidad, en la que la religión siempre estuvo presente en la configuración de la Monarquía, le permitió aspirar al universalismo (de acuerdo con el ideal de la religión cristiana) y considerar su poder preeminente con respecto al del pontífice. Esta relación de instancias de poder con aspiración universal (Iglesia y Monarquía) no estaba reglamentada (ni existieron “tratados” ni “concordatos” que la fijasen), por lo que se regía con la capacidad de influencia y poderío que cada una de ellas pudiera desplegar. Aunque Roma no estuvo de acuerdo, durante el siglo XVI, los papas tuvieron que someterse a los intereses e influencia de los monarcas hispanos dado el poderío universal de su Monarquía.

²² L. Ribot García, *Orígenes políticos del testamento de Carlos II. La gestación del cambio dinástico en España. Discurso leído el día 17 de octubre 2010 en la recepción pública de la Real Academia de la Historia* (Madrid, 2010), 26.

²³ J. A. Sánchez Belén, “La sucesión de la Monarquía de España y los conflictos internacionales durante la menor edad de Carlos II”, en *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, I, coords. J. Alcalá Zamora y E. Belenguer (Madrid, 2001), 805-835.

²⁴ A. Álvarez López, *La fabricación de un imaginario. Los embajadores de Luis XIV y España* (Madrid: Cátedra, 2008), 116 y 175-177.

²⁵ J. Bérenger, *Leopold Ier (1640-1705), fondateur de la puissance autrichienne* (París: PUF, 2004), 405-408.

²⁶ N. Maletke, “La signification de la Succession d’Espagne pour les relations internationales jusqu’à l’époque de Ryswick (1697)”, en *La présence des Bourbons en Europe*, dir. L. Bely, 100-107.

Ahora bien, las transformaciones institucionales y religiosas que realizó la Iglesia tras el concilio de Trento y el intento de aspiración “universal” por parte de otras monarquías europeas, metieron a la Monarquía hispana en una serie de guerras que dificultaron su preeminencia. Esta crítica situación fue aprovechada por Roma para cambiar la relación de fuerzas en la que venía desarrollando sus relaciones con el monarca hispano. Aunque el terreno venía preparado por pontífices anteriores, fue Urbano VIII quien consumó la nueva posición política en la que quedó la Monarquía hispana, que de *Monarchia Universalis* fue definida como “Monarquía Católica”.

El carácter confesional con que, a partir de entonces, se calificó a la nueva Monarquía (*Monarquía Católica*) ha producido numerosas confusiones. Sin duda ninguna, la más usual ha sido la identificación que se ha hecho del título de la Monarquía con la de sus monarcas, a quienes, el pontífice les había otorgado (en 1492) el título de “Reyes Católicos”. De esta manera, muchos historiadores han creído que la Monarquía Católica fue una composición política que se extendió durante los siglos XVI y XVII. La segunda confusión se deriva de la identificación entre la ideología confesional (derivada del epíteto “católico”) con la estructura política de la Monarquía hispana; esto es, la “Monarquía Católica” fue la expresión de una estructura política con una justificación existencial determinada. Con ella, se pretendía erradicar definitivamente la aspiración “de universalidad” que traslucía la actividad de la Monarquía hispana (hasta el punto de considerarse superior al Imperio), justificada en una construcción ideológica de valores autóctonos (castellanos), para sustituirla por una ideología política que la vinculase al Imperio, recordándole el origen común de la dinastía (el duque Rodolfo, fundador de la dinastía Habsburgo) y en una misma misión (la defensa de la Iglesia católica), expresada religiosamente en la devoción al sacramento de la Eucaristía²⁷. Ni que decir tiene que la nueva estructura política en la que se transformó la Monarquía hispana como “Monarquía Católica” fue acompañada de una labor de catequización de una ideología religiosa realizada por Roma. Este catolicismo no se basaba en las aspiraciones universalistas que propagaba la Monarquía en el siglo XVI ni en las tradiciones ideológicas castellanas, sino en una espiritualidad radical, propagada a través del comportamiento ejemplar de los eclesiásticos, cuyas enseñanzas (diseñadas por Roma), predicadas por frailes, fueron asumidas por la sociedad. Resulta lógico, por tanto, que fuera la Iglesia quien dirigiese la actuación de la Inquisición, pues, ella definía la ideología religiosa²⁸.

²⁷ J. Martínez Millán, “El triunfo de Roma. Las relaciones entre el Papado y la Monarquía católica durante el siglo XVII”, en *La reconfiguración de la Monarquía Católica. La Corte de Felipe IV*, I, dirs. J. Martínez Millán y M. Rodríguez Rivero (Madrid: Polifemo, 2017), 550-551.

²⁸ AHN, Inq., libro, 1259, fol. 115r-117r. Carta real (fecha en 1623) en la que se da preeminencia a la Inquisición sobre la actuación de las justicias del rey. Ibid, libro 1331, fol. 43r-56v: privilegios y exenciones de los oficiales de la Inquisición de Menorca; fol. 57r-62r: historia de las exenciones.

1. 2. La jurisdicción de la Inquisición española.

El gran poder que tuvo la Inquisición y la capacidad de intervenir en los diferentes reinos y esferas político-sociales fue debido a su amplia jurisdicción, aplicada al sistema político creado en el medievo (la cristiandad). En este gran ámbito creado por la Iglesia y, por consiguiente, en el que la jurisdicción del pontífice era universal, existían distintos príncipes y señores que detentaban una jurisdicción temporal hasta donde se extendían sus respectivos territorios. Los monarcas hispanos asumieron este esquema e intentaron ponerlo a su servicio influyendo en la jurisdicción eclesiástica que poseía la institución para lo que solicitaron del pontífice la facultad de poder elegir a los religiosos que serían nombrados inquisidores en sus reinos²⁹. Una vez concedido este privilegio, los Reyes Católicos también dotaron a la institución con la mayor jurisdiccional temporal. Desde los primeros tiempos, la Inquisición se estructuró en torno a dos órganos con diferente jurisdicción: el Inquisidor General y el Consejo, ambos juntos formaban la “Suprema”. De acuerdo con esta jurisdicción “mixta”, los nombramientos de los cargos que sirvieron en el Santo Oficio se hacían desde una u otra instancia de poder³⁰.

El *inquisidor general* poseía jurisdicción eclesiástica privativa, renovada en cada breve de nombramiento por el pontífice, en el que recibía los atributos de su jurisdicción. La elección y designación del inquisidor general era algo de suma importancia dada la poderosa jurisdicción que recibía en su persona y que, además, contaba con el apoyo del rey³¹. La Corona siempre tuvo el poder de elegir al inquisidor general. Semejante privilegio arranca de la bula fundacional de la Inquisición en Castilla, donde se otorgaba poder a los Reyes Católicos de presentar a los personajes que el pontífice nombraría como inquisidores, pero el cambio de estructura en la institución, creando un solo inquisidor general, presentado por el monarca, fue el resultado de una larga evolución. H. C. Lea afirmaba que, tras de la muerte del rey Fernando, el cardenal Adriano, que había sido elegido papa, comentó a Carlos V (19 de febrero 1522) que era necesario nombrar un sucesor como inquisidor general. El propio Adriano se inclinaba por nombrar al general de los dominicos, pero no se decidió a nombrarlo sin antes consultarlo con el flamante Emperador. Si el dominico no le agradaba, Carlos podría elegir entre los otros tres candidatos que le enviaba. En julio de 1523, Carlos dio orden a su embajador en Roma, el duque de Sessa, para que el pontífice nombrase a Alonso Manrique³².

²⁹ La copia de la bula en donde se otorga este privilegio, considerada bula fundacional de la Inquisición (otorgada por Sixto IV en 1478) puede verse en G. Martínez Diez, *Bulario de la Inquisición española hasta la muerte de Fernando el Católico* (Madrid, 1997).

³⁰ R. López Vela, “Las estructuras administrativas del Santo Oficio”, en *Historia de la Inquisición*, II, dirs. Pérez Villanueva y Escandell, 64-75. A. Domínguez Ortiz, “Inquisición y Estado en la España de los Austrias”, en *État et Église dans la genèse de l'Etat Moderne* (Madrid, 1986), 156-165.

³¹ AHN. Inq., leg. 5054, exp. 2, se encuentran los privilegios concedidos a los inquisidores generales a lo largo de toda la historia de la Inquisición. *Ibidem*, exp. 10, facultades de los inquisidores generales y de los miembros del Consejo.

³² López Vela, “Las estructuras administrativas”, 78-79. H. C. Lea, *Historia de la Inquisición española*, I, (Madrid: FUE, 1984), 347.

Los breves papales que nombraban a los inquisidores generales sintetizaban las facultades que el pontífice les otorgaba para ejercer el oficio³³: perseguir y juzgar herejes; inhibir a cualquier tipo de juez eclesiástico en cuestiones de fe, incluyendo obispos; facultad para actuar contra los que ayudasen a los herejes; perseguir a los que se oponían a la actuación del Santo Oficio. De esta manera, la Inquisición, a través de las facultades concedidas al inquisidor general en las tareas de persecución de la herejía, solo estaba sujeta al derecho inquisitorial, no al derecho canónico general. Pero también facultaba a los inquisidores generales para actuar: Nombrar y diputar por sí o por otro, otros inquisidores en personas idóneas y “también consejeros de dicho Santo Oficio”, notarios, procuradores y otros oficiales. Visitarlos y pedirles razón de sus ministerios y a los que hallaren culpables, castigarlos. Esto es, el inquisidor general ejercía también la justicia distributiva, dado que era el único responsable de todos los cargos y miembros de la burocracia. En el campo de lo penal, les permitía la posibilidad de cambiar, revisar y levantar las sentencias y penas impuestas por los inquisidores. Asimismo, por concesión de Inocencio VIII, las apelaciones de los castigos impuestos sólo podían presentarse ante el inquisidor general y no ante el pontífice.

La inquisición, vertebrada en torno al inquisidor general, poseía una jurisdicción eclesiástica con poderes especiales que le permitían doblegar hasta los jueces eclesiásticos ordinarios. Sin duda, después del papa, era la jurisdicción eclesiástica más poderosa ya que era apostólica. El inquisidor general, por tanto, no era un presidente más de los Consejos de la Monarquía porque él poseía jurisdicción propia: la jurisdicción apostólica, concedida por el pontífice y ajena al rey.

Los *consejeros de Inquisición* eran nombrados por el rey, por tanto no detentaban jurisdicción eclesiástica, por consiguiente, el *Consejo de Inquisición* careció de reconocimiento jurídico ante el pontífice. En ninguna bula o breve se le encomendó función específica ni se le tuvo en cuenta. La corona no tuvo ninguna facultad reconocida legalmente para elegir consejeros o fundar un organismo que interfiriese en la actuación del Santo Oficio³⁴. Los nombramientos de consejeros por parte del monarca se basó en la costumbre (desde que los Reyes Católicos reunieran cinco letrados en torno a Torquemada hacia 1485), no en la aceptación explícita de la Santa Sede. A partir de Felipe III, el inquisidor general proponía al rey una terna de candidatos presentando sus *curricula* por escrito, concluyendo con un resumen final que contenía opinión personal y en la que indicaba el más competente en su opinión. El monarca escribía al margen el elegido y el inquisidor general le extendía el título, dando cuenta de ello al rey³⁵. La falta de legitimidad del Consejo en materia eclesiástica hacía que, cuando moría el inquisidor general, quedase en una situación

³³ Resumo la bula del nombramiento de Cisneros como inquisidor general: Martínez Díez, *Bulario de la Inquisición*, 369-373. Cf. López Vela, “Las estructuras administrativas”, 77-87.

³⁴ Sobre la relación entre el Consejo y el Inquisidor General, véase AHN, Inq, libro 1230, titulado “Varios para la recopilación, hecha por J. B. Arzamendi” en donde hay un estudio entre los poderes (jurisdicción) del Inquisidor General y del Consejo, fols. 314r-340v.

³⁵ AHN, Inq., lib. 24, fol. 104r

cercana a la ilegalidad en las decisiones que tomaba. No resulta extraño que a la muerte del inquisidor general don Gaspar de Quiroga (1594), algunos consejeros intentaran el mismo nombramiento que le hacía al inquisidor general, de forma que «todo lo tocante a las facultades que se conceden al inquisidor general, se conserve y quede en el Consejo entre tanto que se provee el cargo». Para estos consejeros, la cuestión fundamental era la de reformar los métodos de gobierno, dando carta de legalidad (en el campo eclesiástico) al Consejo e incrementando su participación hasta hacer que las decisiones de la dirección inquisitorial se tomaran colegiadamente. De esta manera, el inquisidor general se convertiría en un presidente más de Consejo, lo que querían los “regalistas”.

No obstante, es preciso advertir que el título de consejero también era expedido por el inquisidor general al margen de la elección real. La razón de este nombramiento era para conocer «todos y cualesquier negocios, causas y pleitos civiles y criminales mixtos y de cualquier otra calidad» que, tocantes al Santo Oficio, «vinieren en cualquier instancia» al Consejo por derecho o por costumbre y proceder haciendo justicia. Evidentemente, también se le daba poder para «llevar y hacer llevar a debida ejecución por todo rigor de derecho y con censuras eclesiásticas, lo que sentenciaredes y determinaredes». A continuación, se daba orden de cumplimiento para que le pagasen el salario y se le guardasen todos los «privilegios y exenciones». Es decir, las facultades que el inquisidor general concedía a los consejeros eran las de inquisidores que podían conocer y dictaminar en los asuntos que por costumbre tocaban al Consejo. Por consiguiente, queda claro que los consejeros dependían del inquisidor general y nunca gozaron de los mismos poderes³⁶.

El problema de los consejeros de inquisición se complicó mucho más cuando Felipe III concedió a la Orden de Santo Domingo el privilegio de que siempre hubiera en el Consejo de Inquisición un miembro de dicha Orden. Tan gran merced fue obtenida por la intervención del dominico fray Luis de Aliaga, confesor real. La razón de tan singular favor lo explica un secretario del Consejo: «Desde 1504 [...] por muchos años después no se halla que aya entrado otros religiosos de ninguna orden [en el Consejo de Inquisición] hasta el año de 1609, que, en 24 de marzo, juró de consejero el señor fray Francisco de Sosa, obispo de Canarias, religioso de la Orden de San Francisco, ... De aquí pudo tomar motivo el señor fray Luis de Aliaga, confesor de Su Majestad y calificador del Consejo, para intentar el título de consejero con plaza de asiento para su religión de Santo Domingo»³⁷. El privilegio provocó grandes polémicas no sólo entre las órdenes religiosas, que se veían discriminadas, sino también entre los propios consejeros que, en un memorial dirigido al monarca, le hacían ver los problemas que ocasionaba tal resolución: además del «odio que todo el cuerpo de las demás religiones» tendrían a los dominicos, el «número excesivo de miembros, con perjuicio para el buen expediente y despacho de los negocios, *porque* –se añadía– como no hay más que una

³⁶ AHN, Inq., libro 1340, Juramento de los ministros del Consejo de Inquisición (años 1667-1717). López Vela, “Las estructuras administrativas”, 87-90.

³⁷ AHN, Inq., lib. 271, fol. 156r-162v.

sala en este Consejo, en votarse cualquier expediente por tanta multitud de jueces se gasta mucho tiempo y falta el que es necesario para las causas de fe y gobierno de la Inquisición y también es dañoso para el secreto del Santo Oficio, que es su fundamento». No obstante, el privilegio se mantuvo –a partir de entonces- durante toda la historia de la Inquisición³⁸.

Con todo, la complicación mayor derivó del hecho de que dicho miembro solía ser el confesor real³⁹. Por consiguiente, si por una parte debía obediencia al pontífice como religioso confesor del rey, por otra, su poder en cuanto miembro del Consejo de Inquisición era solamente temporal.

2. LOS CAMBIOS EXPERIMENTADOS EN EL SANTO OFICIO DURANTE EL REINADO DE CARLOS II.

De acuerdo con esta estructura, se deduce que los problemas en la Inquisición española estuvieron relacionados con los campos en que ambas jurisdicciones (eclesiástica y real) quisieron imponerse⁴⁰; a saber: el nombramiento de oficios, en donde los consejeros de inquisición pretendieron tener autoridad para nombrar cargos atribuidos exclusivamente al inquisidor general, y en la actuación inquisitorial, ámbito reservado a la Iglesia y en el que también los consejeros querían intervenir.

2. 1. Nombramiento de cargos

Por lo que respecta al nombramiento de consejeros de Inquisición, siguiendo las líneas marcadas en las instrucciones que se dieron al inquisidor general Zapata (1627-1632), antecesor de Sotomayor (1632-1643)⁴¹, en las que se radicalizaban sus postulados, el monarca exigía que el inquisidor general no proveyese cargos de ningún tipo en la organización ni hiciese la terna para el cargo de consejero sin que en su elaboración participase el Consejo. Idéntico trámite de terna tendría que seguirse para proveer cargos de fiscales o inquisidores, exigiendo, además, las características de los elegidos (educación y fidelidades)⁴². Con esta orden, se pretendía

³⁸ Véase, Biblioteca Nacional de España (BNE), ms. 5758, fols. 45-46; Gómez Roán, “La causa inquisitorial contra el confesor de Carlos II”, 324-325. J. A. Escudero, “Reserva de plaza a un dominico en el Consejo de la Inquisición” en *Estudios sobre La Inquisición* (Madrid, 2005), 256-259.

³⁹ El profesor Cueto advierte atinadamente que es importante no confundir el confesor real del confesor particular, Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II*, 59.

⁴⁰ AHN, Inq., lib. 1258, “*Consultas sobre la jurisdicción civil y criminal de los ministros del Santo Oficio de Aragón. Instrucciones y otros varios para la recopilación (1708)*”, realizado por Domingo de la Cantolla.

⁴¹ Véase una biografía de ambos inquisidores generales en, Pérez Villanueva y Escandell (dirs), *Historia de la Inquisición*, III, 272-273 y 282-284.

⁴² A este respecto, véase, AHN, Inq., lib. 1283, *Formulario de despachos públicos y secretos que se expiden por la secretaría de Aragón del Consejo de Inquisición (1708)*, realizado por Domingo de la Cantolla, en el que hace especial relevancia en los nombramientos de los oficios. Ibídem, lib. 1267, «inquisidores, cuáles han de ser elegidos y nombrados».

que el nombramiento de cargos de justicia y gobierno se había de hacer con arreglo a los patrones de colegialidad imperantes en el resto de los Consejos, participando el rey en la designación de sus personas. El Consejo apoyó de manera incondicional esta propuesta, si bien una minoría, los consejeros Pedro Pacheco y Fernando Salazar, proponían una solución menos radical y más pragmática: que, en vez de solicitarlo al pontífice, el inquisidor general hiciera partícipe al Consejo de los nombramientos⁴³. A partir de esta fecha, la Corona mostró su apoyo a las posiciones más radicales del Consejo.

Pero donde se observa mejor este problema jurisdiccional es en los privilegios que gozaban los oficiales de los distritos de los tribunales inquisitoriales como fueron los *familiares del Santo Oficio*. Tras un período de tiempo en el que el cargo aparece confuso en cuanto a sus obligaciones y, desde luego, indefinido en el número que debía existir en el distrito de cada tribunal, la reforma que Felipe II llevó a cabo de la Inquisición al comienzo de su reinado, obligó a definir las cualidades que debían tener los “familiares” y las funciones que debían cumplir (para acceder al mismo se requería -además de la limpieza de sangre- ser mayores de veinticinco años, no desempeñar oficios viles ni mecánicos, ser naturales de los reinos de la monarquía, así como ser “quietos, pacíficos y de buena vida y costumbres”); dado su gran número, los familiares no percibían ningún salario por su trabajo, pero disfrutaban, a cambio, de una serie de privilegios (fiscales, judiciales y sociales), otorgados por los monarcas, que le hacían gozar de una alta estima social. Todo ello fue motivo suficiente para que las familiaturas fueran deseadas por importantes sectores de la población ya que los privilegios que disfrutaban les hacían equiparable a “hidalgos” y, en consecuencia, su número aumentó desmesuradamente durante la primera mitad del siglo XVI. Con el fin de frenar el crecimiento de los mismos, en 1553 y, posteriormente en 1568, se fijó con carácter definitivo el número de familiares que debía haber en cada lugar del distrito que abarcaba un tribunal, número que fue establecido en relación proporcional a la vecindad existente en cada uno de ellos. Con todo, las *concordias* tendieron a no ser respetadas y el Consejo se veía obligado a insistir una y otra vez acerca del cumplimiento de las mismas⁴⁴. La evolución numérica de los familiares es posible conocerla, con ciertas matizaciones, a través de las relaciones enviadas por los tribunales al Consejo de Inquisición en determinadas ocasiones, así como por otras fuentes indirectas, tales como la correspondencia⁴⁵.

⁴³ AHN, Inq., lib. 274, fol. 845r-v.

⁴⁴ AHN, Inq., libro 1264, fols. 29r-64v, Concordias entre la jurisdicción real y el Santo Oficio de la Inquisición. Ibídem, fol. 63r-70r: Para que en las Inquisiciones de la Corona de Castilla, sus oficiales hayan de gozar del fuero y privilegios del Santo Oficio. Asimismo, resulta esencial para ver las características y formas de hacer los nombramientos, AHN. Inq., lib. 1323; Ibídem, libro 1334, fols. 18r-26v y 235r-243r. Ibídem, lib. 1333, fol. 87r-109r, “Epítome de la jurisdicción del Santo Oficio, exención y privilegios para los oficiales del Santo Oficio”.

⁴⁵ AHN, Inq., legajo 5054, exp. 24, sobre asientos de familiares. Ibídem, exp. 35, “Cédula de Felipe II sobre informaciones de los que pretenden oficios en la Inquisición”.

La influencia que el papado estaba imponiendo en las dos jurisdicciones de la Inquisición (a causa de su predominio político), no pasó desapercibida a los monarcas hispanos y, en 1645, Felipe IV promulgó una pragmática en la que suprimía todos los privilegios que habían concedido los monarcas anteriores a los ministros y oficiales del Santo Oficio⁴⁶. Dado que a los familiares del Santo Oficio solo se les pagaba con estos privilegios, cuando la Monarquía rehusó confirmar los privilegios que les venía concediendo desde la fundación del Santo Oficio, muy poca gente deseó ingresar en el oficio. En consecuencia, la desbandada que se produjo en los familiares fue inmediata. A partir de esta fecha, las villas y aldeas de todos los reinos quedaron despobladas de *familiares* y, lo que es peor, no había interés social por conseguir un puesto⁴⁷. Con todo, la pérdida de los privilegios temporales, no fue aceptada de buena gana por los ministros y oficiales de la Inquisición, quienes seguían utilizándolos fraudulentamente aprovechando la confusión entre la confesión católica -que practicaba la Monarquía- y la autoridad de la Iglesia⁴⁸, por lo que Carlos II tuvo que convocar una Junta (“Junta Magna”) en 1696 para ratificar la supresión.

2. 2. Rechazo de la intervención del Santo Oficio en el ámbito temporal.

Los especialistas en el tema del Santo Oficio han insistido reiteradamente en sus trabajos sobre el cambio que se produce en las estructuras inquisitoriales desde la Junta Magna de 1696, cuyos acuerdos fueron asumidos por Macanaz en su proyecto de reforma del Santo Oficio presentado en 1714. Asumiendo esta opinión, considero que los intentos de reforma de la Inquisición española hay que situarla ya en el reinado de Felipe IV. Los memoriales que se presentaron sobre el tema fueron muy numerosos durante la segunda mitad del siglo XVII.

En 1677, Francisco Antonio Caballero, decano del Consejo de Inquisición, daba su opinión sobre la función que debía asumir el rey como patrono del Santo Oficio⁴⁹. En su tratado afirmaba que «aunque la provisión de oficios sea eclesiástica y toque por Breve Apostólico a los Señores Inquisidores Generales, pero el dar la forma de hacer las elecciones a fin de que mejor se acierten, y de ayudar al buen celo de los señores Inquisidores Generales y al mejor cumplimiento de la voluntad y mente Apostólica toca a los señores reyes de España. En que no sólo pueden, sino que deben ayudar con su poder, y autoridad Real a la mejor ejecución de los mandatos Apostólicos y con mayor especialidad en las cosas del Santo Oficio de la Inquisición por ser los Señores Reyes de España Patronos de él y haber los Sumos

⁴⁶ Lea, *Historia de la Inquisición española*, II, Apéndices.

⁴⁷ AHN, Inq., leg. 5025. Así lo demuestran, entre otros, M. Echevarría, P. García de Yébenes, R. de Lera, “Distribución y número de familiares del Santo Oficio en Andalucía durante los siglos XVI-XVIII”, *Hispania Sacra* 39 (1987): 59-94. J. E. Pasamar Lázaro, *Los familiares del Santo Oficio en el distrito inquisitorial de Aragón*, (Zaragoza, 1999), 64-65.

⁴⁸ AHN, Inq., libro 1330, fols. 115r-118v: Fuero de los inquisidores y demás ministros y oficiales de la Inquisición.

⁴⁹ AHN, Inq., libro 1264, fols. 71r-87v (los privilegios del fuero del Santo Oficio se fundan ...), 88r—92v (Discurso en razón del acuerdo que se puede tomar entre la jurisdicción eclesiástica y seglar con al Inquisición) y 94r. 103v (Privilegios de los oficiales del Santo Oficio).

Pontífices encomendándoles y dejado a su disposición su conservación y buen gobierno». Este fue el principio en que se basó el pensamiento regalista sobre la Inquisición durante la segunda mitad del siglo XVII⁵⁰. Por su parte, don Toribio Mier, obispo de Pamplona, escribía un alegato al monarca, «en defensa de la jurisdicción, inmunidad y libertad eclesiástica y potestad de las llaves pontificias»⁵¹. Ningún tratadista inquisitorial reivindicó el protagonismo del rey en la definición estricta de las ideas religiosas que la Inquisición había de perseguir. Es más, en 1677, el inquisidor general Sarmiento de Valladares, proponía una inhibición en la actuación de la Inquisición en determinados asuntos con el fin de ahorrar gastos al Consejo de Inquisición⁵². La esfera religiosa pertenecía a la jurisdicción eclesiástica y no había dudas al respecto. Otra cosa eran las cuestiones de funcionamiento interno, la gestión de su hacienda, la calidad de las personas que servían en la organización, la forma en que debían actuar o se debían relacionar con otros organismos de la Monarquía. Era aquí donde el rey tenía la obligación de supervisar y «orientar» lo que hacía la Inquisición y, en especial, a quien dirigía la institución: el inquisidor general. Esta fue la opinión abundantemente desarrollada por las corrientes intelectuales dentro del Santo Oficio de tendencia regalista. Frente a estas corrientes se levantaron las que defendieron la «inmunidad» de la Inquisición como organización apostólica, a cuya cabeza se encontraba el inquisidor general. Ambas partían de una misma realidad: el Santo Oficio era una organización eclesiástica y las relaciones del rey con él se inscribían dentro del marco definido por el papel del monarca como patrono de las «iglesias» de sus reinos. Es decir, la Inquisición no era un Consejo o un cuerpo de servidores cualquiera del sistema polisinodial, sino una jurisdicción apostólica, y sobre ella el rey intentaba dar vida a un Consejo real con plenas facultades.

Desde 1679, al menos, se pueden percibir con claridad los antecedentes inmediatos de las reformas que se iban a realizar en el Santo Oficio durante el siglo de la Ilustración. Todas ellas estaban encaminadas a reducir la jurisdicción de la Inquisición dentro del ámbito de la Monarquía (supresión de la jurisdicción temporal), procurando que su intervención se limitase solamente a los temas religiosos y espirituales (jurisdicción eclesiástica). En este año, Carlos II extendía una pragmática precisando la forma en que debían actuar los tribunales «en la jurisdicción real y privilegiada que poseían». Diez años después, se insistía en el cumplimiento de dicha disposición, al mismo tiempo que se le recordaba a la Suprema la forma en que debían realizar las competencias con otras instituciones de la Monarquía. Estos mismos problemas se le plantearon al inquisidor general Rocaberti, nada más ser nombrado en el cargo, cuando los miembros del Consejo de Inquisición pretendían adjudicarse la misma autoridad que el propio inquisidor general a la hora de nombrar los cargos del Santo Oficio cuando se encontrara vacante el cargo de inquisidor

⁵⁰ López Vela, “Las estructuras administrativas”, 92-93.

⁵¹ AHN, Inq., lib. 1255, fol. 603r-674v.

⁵² AHN, Inq., libro 1330, fols. 186r-189r: Copia de la consulta hecha al rey, nuestro señor, 1677, por el inquisidor general, Valladares, para aliviar al Consejo de Inquisición de gastos.

general por muerte del titular y hasta que se nombrara el sustituto⁵³. En 1695, el Consejo de Inquisición realizaba una amplia discusión sobre la jurisdicción real o eclesiástica de la Inquisición⁵⁴. No obstante, fue en la Consulta de 1696, en donde la jurisdicción del Santo Oficio quedó fijada en el lugar que se le quería consignar. En dicha Junta se reunieron don miembros de los Consejos de Estado, Castilla, Aragón, Italia, Indias y Órdenes para tratar «el modo de contener el procedimiento de los tribunales de la Santa Inquisición en lo que perjudican a la jurisdicción ordinaria». A tal “consulta” se le denominó “Junta Magna”.

Las soluciones propuestas en tal reunión constituyeron un alegato por rescatar estas jurisdicciones, delegadas por Felipe II, y retornar al primitivo instituto de los Reyes Católicos y de Carlos V. La propia Junta sintetizó sus objetivos en las reclamaciones siguientes: «Que la Inquisición en las causas temporales no proceda con censuras. Que, si lo hiciese, usen los tribunales de V.M. para reprimirlo del remedio de las fuerzas (posibilidad de apelación). Que se modere el privilegio del fuero en los ministros y familiares de la Inquisición y en las familias de los inquisidores. Que se dé forma precisa a la más breve expedición de las competencias». Para concluir: «Esto será mandar V.M. en lo que es todo suyo, restablecer sus regalías, componer el uso de las jurisdicciones, redimir de intolerables opresiones a los vasallos y aumentar la autoridad de la Inquisición, pues nunca será más respetada que cuando se vea contenida en su sagrado instituto»⁵⁵.

Para evitar tales problemas, el remedio estaba en nombrar personajes que compartiesen la misma manera de proceder jurisdiccionalmente; es decir, que fueran partidarios de la preeminencia de la Iglesia en lo político (siendo influidos por las propuestas de Roma) y aquellos que defendían la separación de campos, rechazando toda influencia de la Inquisición en el campo temporal. Este selección se observa con claridad en los nombramientos realizados por el inquisidor General Fray Juan Tomás de Rocaberti, quien se rodeó de personajes que eran clientes suyos, fieles a sus ideas acerca de la jurisdicción que debía tener el Consejo de Inquisición. Así, nombró por inquisidores del despacho de Corte a Lorenzo Folch Cardona (1695), catedrático de la Universidad de Alcalá, inquisidor en Córdoba y Granada. Al año siguiente nombraba a Matías Reyes Valenzuela, inquisidor de Toledo. Poco después a Juan Miguélez de Mendaña, fiscal del tribunal inquisitorial de Granada; Andrés Soto de la Fuente, fiscal del tribunal de Toledo y -ya en 1698- a Domingo Pernas y Modia⁵⁶. Todos ellos actuaron de acuerdo a las directrices que les daba el inquisidor general y deshacían «los asuntos del Santo Oficio con desautoridad de su Consejo»⁵⁷.

⁵³ E. Callado Estela, *Por Dios y por el Rey. El Inquisidor General fray Juan Tomás de Rocaberti* (Valencia, 2007), 382-385.

⁵⁴ AHN, Inq., libro 284, fols. 258r-283v.

⁵⁵ R. López Vela, “Inquisición y cambio dinástico. La defensa de la Constitución católica de la Monarquía (1696-1714)”, en *Europa en torno a Utrecht*, eds. Marina Torres Arce y Susana Truchuelo García (Universidad de Cantabria, 2014), 315 ss. J. Martínez Millán, “Los problemas de jurisdicción del Santo Oficio”, 295 ss.

⁵⁶ Callado Estela, *Por Dios y por el Rey*, 386.

⁵⁷ *Ibidem*, 388.

3. EL PROCESO AL PADRE FROILÁN DÍAZ: JURISDICCIÓN INQUISITORIAL Y FACCIÓNES CORTESANAS.

Desde que el profesor Ronald Cueto realizara su estudio sobre el proceso del padre Froilán Díaz, utilizando como fuente fundamental el que se encuentra en los fondos de la Biblioteca Nacional de España⁵⁸, cuyo autor parece que fue don Lorenzo Folch Cardona⁵⁹, la preocupación fundamental de buena parte de los historiadores, que se han acercado al proceso, ha sido la de clasificar los personajes que intervinieron para situarlos de acuerdo con los partidarios de las opciones de sucesión al trono hispano. Con todo, es preciso señalar que el proceso al padre Froilán Díaz sirvió para destapar todas las diversas jurisdicciones que confluían en el Santo Oficio y que la actuación de los personajes estuvo en relación con la jurisdicción de su cargo y los intentos de sobrepasarla. Pero sobre todo, se impone advertir que existió una correlación entre los partidarios al trono de la dinastía austríaca y la defensa de la preeminencia jurisdiccional eclesiástica, mientras que los partidarios de la dinastía borbónica defendía la ampliación de la jurisdicción de los consejeros de Inquisición, atribuyéndoles facultades de actuación en el campo eclesiásticos; es decir, presentaban una posición mucho más regalista⁶⁰.

⁵⁸ El proceso en BNE, ms. 18.206.

⁵⁹ Para el duque de Maura no hay duda que el verdadero autor del proceso «criminal fulminado contra fray Froilán Díaz» fue don Lorenzo Folch Cardona, hermano de don Antonio Folch Cardona. AHN, Universidades, leg. 514, exp. 5. Don Lorenzo solicitó una beca en el colegio mayor de san Ildefonso de Alcalá de Henares cuando tenía veinticuatro años, por lo que se le hizo un interrogatorio para el expediente de limpieza de sangre, el 8 julio 1670. La partida de bautismo fechada 26 agosto 1645. Sus padres, declaró, eran «don Francisco Cardona, almirante de Aragón, marqués de Guadalete... y doña Andrea Pacheco, marquesa de Castrofuerte». Su padre hacía seis años que había muerto y estaba enterrado en Nuestra Señora de Atocha, y su madre hacía cuatro y estaba enterrada en el convento de Capuchinas de Pinto. Dada su ilegitimidad, todos los testigos se preocuparon en demostrar el reconocimiento paterno. Don Lorenzo Folch Cardona y Pacheco consiguió la beca El Inquisidor General Diego Sarmiento y Valladares, le concedió la fiscalía de la Inquisición de Córdoba (ante las súplicas de querer servir el Santo Oficio porque así lavaba su honra de ilegitimidad). En Córdoba estuvo de fiscal desde 1689 a 1693, cuando pasó al tribunal de Granada como inquisidor (1693-1695). Habiendo muerto el señor Valladares, el sucesor, Rocaberti lo trajo al tribunal de Corte (1696-1697), entrando en el Consejo de Inquisición en sustitución de Nicolás Rodríguez Ferosino, difunto. Don Lorenzo estuvo once años de consejero de Inquisición, en calidad de “decano” los últimos cinco años. En 1706, Felipe V lo nombró Comisario General de Cruzada en *interim* (el titular era Francisco Antonio Rodríguez Mendarozqueta). Don Lorenzo pasó el resto de su vida en el Real Consejo de Castilla hasta que murió en 1713. (Me remito a Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II*, 38-39). V. León Sanz, “Fray Antonio Folch Cardona, un arzobispo valenciano en la presidencia del Consejo de España en Viena (1657-1724)”, en *Valencianos en la Historia de la Iglesia*, III, coord. E. Callado Estela (Valencia, 2009), 103-147. Para el contexto del comportamiento de Folch Cardona en Valencia, me remito al excelente trabajo de C. Pérez Aparicio, *Canvi dinàstic i Guerra de Sucesió. La fi del Regne de Valencia* (Valencia, 2008), 2 vols.

⁶⁰ León Sanz, “Fray Antonio Folch Cardona”, 114. Idem, “La Corte del archiduque Carlos en Valencia (1706-1707). Reorganización política y cambios en la guerra de Sucesión españolas”, en *La sucesión de la Monarquía hispánica (1665-1725). Biografías relevantes y procesos complejos*, coord. J. Bernardo Ares (Madrid-Córdoba, 2009), 249-262; asimismo, Pérez Aparicio, *Canvi dinàstic i Guerra de Sucesió*.

3. 1. Las facciones cortesanas en torno a Carlos II.

El primer hecho que llama la atención en la corte de Carlos II es el gran número de confesores reales que tuvo. Otros monarcas con reinados mucho más largos cronológicamente que el de Carlos II, tuvieron un número de confesores menor: Carlos V tuvo cuatro; Felipe II tuvo dos; Felipe III, cuatro; Felipe IV, tres; Carlos II nueve (Montenegro, Carbonell, Ramírez, Reluz, Bayona, Matilla, Díaz y Torres). Este suceso demuestra la gran inestabilidad que existió en la corte de Carlos II y los intentos de Roma y sus partidarios en la corte hispana por influir en la voluntad del monarca a través de su conciencia.

El confesor que más tiempo consiguió mantenerse en el cargo fue fray Pedro Matilla (1686-1698), lo que dice mucho acerca de su habilidad política⁶¹, pero también de la animadversión que suscitó en toda la corte, por eso, se arrimó a la reina para conservar su puesto. Ahora bien, no pudo evitar que, en febrero de 1698, encontrándose enfermo el rey, impedir la visita del cardenal arzobispo de Toledo a la alcoba real, quien le aconsejó la destitución de su confesor, argumentándola en el malestar que había en los distintos grupos sociales⁶². Los consejos tuvieron su efecto,

⁶¹ Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II*, 59-61. Fray Pedro Matilla era natural de Toro. Profesó en la orden de Santo Domingo el 21 de mayo 1651. Pasó al colegio de san Gregorio de Valladolid, en cuya Universidad leyó Artes. Fue socio del Provincial, Regente del Colegio de San Gregorio, catedrático de Vísperas y más tarde de Prima en Salamanca; hallándose de prior de San Esteban fue nombrado confesor de Carlos II (Todos estos datos en, Manuel M. de los Hoyos O. P., *Historia del Colegio de San Gregorio de Valladolid por el M. R. P. fr. Gonzalo de Arriaga O. P.*, III (Valladolid, 1940), 181-182. En Salamanca gozó de la protección del duque de Medinaceli. Parece que lo trajo a la corte el conde de Oropesa, pero después, trabajó con la reina y el embajador imperial Lobkowitz para conseguir el destierro de Oropesa en 1691 (*Seminario Erudito*, XIV, 55, 68, 70). De la Torre, defensor de la causa imperial, creía firmemente que el padre Matilla fue el protector del Almirante de Castilla, don Juan Tomás, y por la misma razón los jefes de la facción bávara trabajaban incesantemente para derribarlo. M. de la Torre, *Mémoires et Négociations Secrètes de Ferdinand Bonaventure d'Harrach*, II (La Haye, 1735), 24. V. León Sanz, "El fin del Almirantazgo de Castilla: don Juan Tomás Enríquez de Cabrera", *Cuadernos monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval* 42 (2003): 115-143 y M. L. González Mezquita, *Oposición y disidencia en la Guerra de Sucesión. El Almirante de Castilla* (León, 2007).

⁶² Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II*, 67. Carmen Sanz ha desarrollado una panorámica muy ajustada del reinado de Carlos II desde el punto de vista del cambio. Ha mostrado cómo la tradicional casta rectora alto nobiliaria y financiera de los Austrias llegó al colapso entre 1670 y 1700 (C. Sanz Ayan, *Los banqueros de Carlos II* (Madrid, 1989). Esta casta era presionada desde abajo por otras nuevas capas financieras y mercantiles, por estratos inferiores y comenzaba a ser apartada de la tradicional posición privilegiada. En la tradicional casta nobiliaria rectora de la Monarquía se estaba produciendo, también, un relevo generacional ya por envejecimiento o fallecimiento: los Astorga, Alba, Medinaceli, Gonzaga e Infantado, los jóvenes se pusieron a la cabeza de estas familias. Por tanto, a la crisis económica se unían problemas de continuidades dinásticas familiares y conflictos por la tenencia de títulos y mayorazgos. Entre 1670 y 1690 entró en crisis la tradicional casta nobiliaria de los Austrias: Cabeza de Vaca, Ponce de León, Fajardo, Benavente, Tamarit, Bernal, Infantado, Pastrana, Vélez, Carrillo, Silva, Mendoza, Guzmán, Zúñiga, Sandoval, etc. (Maura, *Vida y reinado*, 391). Otros grupos provenientes del mundo mercantil y de la baja nobleza presionaban hacia arriba; en Cataluña, los Teixidor, Argemir, Llinás, Falguera, Dalmau, Destcallar, Amigant, Fortuny, Aymerich, etc. En Castilla, Pessoa, Cardoso, Piñar, Eminente, Capos, Orcasitas, Castillo, Fonseca, etc. Estos nuevos grupos en la

y el 1 de marzo de dicho año, Carlos II despedía de palacio al padre Matilla con un gesto muy poco usual⁶³. A partir de entonces, la camarilla de la reina abandonó a Matilla a su suerte. Este cambio fue aprovechado por el grupo opositor a la reina, encabezado por Portocarrero, que buscó un nuevo confesor fiel a los intereses del grupo para controlar al rey y la posible sucesión en el trono. Ronquillo (fiel seguidor de Portocarrero) propuso para confesor al catedrático de Prima de la Universidad de Alcalá, el padre Froilán⁶⁴, quien siempre se consideró cliente de los hermanos Ronquillo. El conde de Benavente, a quien el grupo había influido para que el monarca le nombrara sumiller de corps, fue con su carroza a Alcalá y trajo al padre Froilán a Madrid⁶⁵.

El profesor Peña Izquierdo realiza un preciso estudio de las relaciones de fuerza en la corte en esta coyuntura⁶⁶. El cardenal Portocarrero, el inquisidor general Rocaberti y el nuevo confesor, Froilán Díaz, vieron en esta ocasión la oportunidad de controlar al rey para que revocase su testamento (que estaba a favor de José Fernando de Baviera), derrotando definitivamente a la reina Mariana de Neoburgo y su círculo de austriacos. No hizo falta materializar esta idea porque el 13 de febrero 1699 falleció José Fernando de Baviera, a los 7 años de edad, con lo que el proceso sucesorio se volvió a abrir. Ante esta situación solo quedaban los Austria y los Borbones. Para este grupo, los culpables de la quiebra dinástica y de España eran las camarillas austracistas y los Grandes y Títulos por «su desmedida ambición y enriquecimiento». Tras el memorial, los conjurados llenaron las calles de Madrid: el martes 28 de abril de 1699 dieron un golpe de Estado y el cardenal Portocarrero ocupó la gobernación, expulsando a Oropesa y exigiendo la destitución del corregidor de Madrid. El nuevo corregidor fue Ronquillo. A pesar de triunfar la rebelión, por la noche siguieron los pasquines en los que se exigía el cambio de gobierno, de lo contrario morirían Oropesa, el Almirante, el conde de Aguilar, la condesa Berlips y el capuchino⁶⁷.

última década del XVII y primera XVIII accedieron a las máximas instancias del Estado en coordinación con la guerra continuada y el cambio borbónico.

⁶³ El rey le dio la espalda a Matilla cuando fue por la mañana a preguntar por su salud. Ante la insistencia del fraile, el monarca le contestó: «dejadme».

⁶⁴ Gómez Roán, “La causa inquisitorial contra el confesor de Carlos II”, 333.

⁶⁵ Fray Foilán Díaz de Llanos era leonés y nació en 1648. Ganó la cátedra de Vísperas de Santo Tomás de Alcalá en 1690 y la regentó hasta 1693, cuando pasó a Prima. Durante su etapa de regente del colegio de san Gregorio no pasó tranquila. En 1688 fue denunciado al tribunal de Valladolid, pero por enemistades de estudiantes o subordinados. Froilán reprendía a sus discípulos injuriándolos. Quizás, por saber este carácter del nuevo confesor, Portocarrero intentó evitar posibles dificultades y asegurar el control de la conciencia del rey, nombrando a los padres Guzmán y Moreda sus ayudantes. V. Beltrán De Heredia, “La cátedra de Teología de Santo Tomás fundada por el duque de Lerma por la Orden de Predicadores”, *Ciencia Tomista* 14 (1916-1917): 291. Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II*, 70-71.

⁶⁶ Peña Izquierdo, *De Austrias a Borbones*, 98-100.

⁶⁷ A. Babiera, *Documentos inéditos relativos a las postrimerías de la Casa de Austria*, IV (Madrid: Espasa Calpe, 1927-1935), 331-332.

Tras el “golpe de Estado” del 28-29 de abril, el cardenal Portocarrero remodeló el Consejo de Estado y llamó a los reformistas y a los francófilos⁶⁸. De esta manera intentó formar un gobierno de concentración. La enfermedad del rey, además de ser una preocupación de las cortes europeas, lo era también del inquisidor general y del confesor. El Consejo de Inquisición había desestimado por faltas de pruebas el rumor de que el rey estaba hechizado. El padre Matilla se había conformado con el dictamen de los consejeros. El rey había confiado el asunto al inquisidor general, pero él no había actuado por falta de cooperación del confesor (Matilla); ahora bien, con el nuevo confesor resultó fácil de explicar el asunto al inquisidor general Rocaberti⁶⁹, dadas las buenas relaciones que tenían, llegando a la conclusión que el problema de la salud del monarca se debía a una posesión diabólica. Para confirmar sus apreciaciones en materia tan delicada, recurrieron a entendidos en este tema, tales como el capuchino fray Mauro Tenza y fray Antonio Álvarez de Argüelles, quienes también conjuraban unas monjas de Asturias, que se hallaban posesas. Froilán aconsejó a Rocaberti traer a Tenza a la corte para que tratase al rey. Rocaberti moría el 13 de junio 1699, poco después de la primera audiencia que el padre Tenza había tenido con el rey, pero la desaparición del inquisidor general no fue problema para que este fraile continuase los exorcismos en presencia de fray Froilán Díaz, pero no de la reina.

En estas circunstancias, la elección del nuevo inquisidor general tenía especial importancia. La reina, se decía, apostaba por Antonio Folch de Cardona, comisario general de san Francisco, pero el rey se oponía por no ser obispo, por lo que apoyaba al cardenal Alonso Aguilar Fernández de Córdoba⁷⁰. Una vez nombrado inquisidor

⁶⁸ «El ocupó la presidencia de los consejos de Castilla y Aragón, llamó al duque de Montalto de su destierro para que ocupara la presidencia del Consejo de Flandes; nombró a Monterrey presidente del Consejo de Indias y caballerizo mayor. Situó al marqués de Leganés en el Consejo de Estado y a Antonio Ubilla en el Despacho Universal. Destituyó a los partidarios del Emperador como el Almirante y el conde de Aguilar (ambos enemigos del clan Portocarrero) en el Consejo de Estado. Los últimos en unirse a Portocarrero fueron los duques de Medina Sidonia y de Pastrana» (Peña Izquierdo, *De Austrias a Borbones*, 100).

⁶⁹ Su biografía ha sido escrita por Callado Estela, *Por Dios y por el Rey*: Juan Tomás de Rocaberti nació en Castillo de Perelada (Gerona) el 4 de marzo de 1627. Tomó el hábito dominico en Gerona en 1646. Estudió filosofía y teología en Tortosa, Mallorca y en el colegio dominico de Santo Tomás de la Universidad de Alcalá de Henares. Pasó al convento de Valencia en 1652. En 1663 fue nombrado prior del convento de Tarragona. Poco después fue nombrado provincial de Aragón. En 1670 fue nombrado general de toda la Orden. En 1676, Carlos II le presentó para arzobispo de Valencia, tras insistencia de su amigo personal Benedetto Odescalchi, que llegó al soleo pontificio con el nombre de Inocencio XI. Rocaberti solía consultarle muchas cosas por «el gran concepto en que le tenía». (Callado Estela, *Por Dios y por el Rey*, 132); en 1677 entraba en Valencia, donde permaneció en el arzobispado hasta 1695, que fue a la Corte. Su principal obra fue sobre la infalibilidad del papa en contra de Bossuet, publicando una obra en tres volúmenes: *De Romani Pontificis Autoritatis*. El Parlamento de París la condenó en 1695. El autor del proceso a Froilán decía de él que de pequeño, su familia había sufrido mucho a causa de la invasión francesa de Cataluña y de mayor tuvo que soportar los ataques de Bossuet, por lo que toda su vida fue enemigo de los franceses.

⁷⁰ Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II*, 91. Don Alonso Aguilar era hijo legítimo de los marqueses de Priego, como hijo segundo, fue destinado a los estudios desde pequeño y entró en el colegio mayor de Cuenca. Fue canónigo de Córdoba, inquisidor en la misma ciudad y su tío, el duque de Sessa, le dio

general –según explica R. Cueto– sucedieron una serie de acontecimientos que reforzaban la idea de que el rey estaba hechizado (desde Asturias, las mujeres endemoniadas volvían a reafirmarse; en septiembre de 1699, una mujer entró en palacio gritando y quería hablar con el rey, esta mujer vivía con otras dos endemoniadas en Madrid. En Viena también afirmaba lo mismo un joven endemoniado, etc)⁷¹. La situación parecía favorecer al padre Froilán, pero el 9 de septiembre de 1699 fallecía el inquisidor general Alonso de Aguilar a los cuarenta y seis años de edad.

3. 2. Conflictos jurisdiccionales y tendencias políticas.

Al poco de morir Rocaberti, la reina utilizó a los hermanos Folch Cardona para enterarse de las opiniones de los consejeros de la Suprema sobre la correspondencia con el fraile de Cangas. «La reina estaba sumamente airada con Froilán; se enardecía más cuando llegó a entender que era el único autor que tiraba a destruirla» (Proceso de BNE). De las conversaciones mantenidas con los dos hermanos Cardona, la Reina llegó a la conclusión que las relaciones con los frailes de “Cangas” se había «ejecutado sin que el Consejo de Inquisición tuviera de ello la menor noticia», por lo que buscó un personaje de su confianza para ser nombrado inquisidor general y procesase a los autores de este asunto. El 24 de septiembre, los embajadores Harrach y Harcourt informaban a sus respectivas cortes que el elegido para ocupar dicho cargo era Baltasar Mendoza y Sandoval, obispo de Segovia⁷².

Sin perder tiempo, el 7 de octubre de 1699, Froilán ponía al corriente de todo al nuevo inquisidor general, al mismo tiempo que recopilaba informes de otras personas hechizadas de otras partes, que pasaba rápidamente al Consejo de Inquisición para que estuviera enterado de tema tan pertinente al Santo Oficio; asimismo, trataba de alejarse de la investigación que estaba haciendo sobre la persona real dejándola en manos del consejero don Juan Bautista Arzamendi. Froilán había confiado todo al Inquisidor General y no estaba seguro de haber actuado correctamente, por lo que se temía estar en peligro. No estaba errado el dominico; una serie de acontecimientos demuestra que había perdido su influencia en el palacio

la abadía de Rute, provisión de aquella casa para los hijos segundos. Carlos II le nombró fiscal del Consejo de Órdenes y, poco después, consejero. Aquí estuvo mucho tiempo hasta el casamiento del Almirante de Castilla con Ana Catalina de la Cerda, porque como condición se exigió para el pariente don Alonso el capelo, lo que consiguió el valido en 1697.

⁷¹ *Ibíd.*, p. 95.

⁷² Baltasar Mendoza y Sandoval nació en Madrid en 1653. Era hijo de Baltasar de Mendoza y Rivera, sexto conde de Orgaz, y de doña María de Sandoval y Córdoba, hermana del tercer duque de Lerma y del séptimo duque del Infantado. Ingresó en el colegio de san Bartolomé en 1673 y en 1679 fue nombrado oidor de Granada. En 1686 pasó a consejero de Órdenes con el hábito de Calatrava. En 1690, Carlos II le nombró sumiller de cortina y en 1697 lo presentó para obispo de Ávila. En 1699, para obispo de Segovia. Fue nombrado Inquisidor General por apoyo de Mariana de Neoburgo. F. J. Roxas Y Contreras, *Historia del Colegio Viejo de San Bartolomé* (Madrid, 1766), 477-489. R. Cueto, “Una biografía inédita de don Baltasar de Mendoza y Sandoval, obispo de Segovia (1699-1727)”, *Estudios Segovianos* (1961). Barrio Gozalo, “La oposición a los Borbones”, 589-608.

real: en el mes de noviembre, Froilán se había opuesto en vano al destierro de Monterrey, que había sido pedido por la reina. Otro conflicto había surgido entre fray Froilán y la reina cuando el criterio del padre Gabriel Chiusa se había impuesto para las nominaciones de consejeros de Estado. El padre Froilán amenazó con dimitir y dijo que sería mejor que nombrase al padre Gabriel como confesor real, pues, le hacía más caso que a él.

El 12 de marzo, el embajador imperial Harrach informaba de que el padre Mauro había sido confinado en su celda. Una vez sentenciado Tenza, el Inquisidor General nombró a Juan Bautista Arzamendi y al secretario Domingo de la Cantolla para tomar declaración a Froilán⁷³. Para poder seguir la causa, el Inquisidor General solicitó al monarca que lo apartase del confesionario regio, lo que fue aceptado, siendo sustituido por uno de sus enemigos, fray Nicolás Torres-Palmota⁷⁴, al mismo tiempo que se le ordenaba que se presentase en el tribunal de Valladolid para ser interrogado; pero Froilán, tras escaparse de los inquisidores vallisoletanos (González Guerra y De la Cana) marchó directamente a Roma, refugiándose en el convento dominico de Santa María *sopra Minerva*. Allí, el embajador español (duque de Uceda) lo detuvo y lo embarcó para España.

Una vez que el inquisidor general supo que el padre Froilán venía preso a la península, decidió continuar con la causa. Para ello, reunió al Consejo de Inquisición e hizo leer al licenciado Arzamendi los autos que había formulado tras su investigación. Sin embargo, los miembros del Consejo votaron uniformemente que esta causa se suspendiese, siendo solo el inquisidor general, quien se decantó porque Froilán fuera preso en las cárceles del Santo Oficio⁷⁵. Ante la negativa de los consejeros de rubricar el auto de prisión que les había mandado el inquisidor general, pues alegaban que no habían leído el proceso, Mendoza ordenó a Antonio Zambrana de Bolaños, Juan Bautista Arzamendi y Juan Miguélez de Mendaña (todos consejeros) que se abstuvieran de ir al Consejo y que no salieran de su casa hasta nueva orden. Asimismo, escribió al inquisidor del tribunal de Corte, Domingo de Pernas y Modia, que recluyese al secretario Domingo de la Cantolla en la cárcel de los familiares del Santo Oficio de Madrid hasta nueva orden⁷⁶.

⁷³ AHN, Inq., lib. 524, fol. 31-34v.

⁷⁴ «Todas las fuentes concuerdan que Fr. Nicolás se había distinguido durante los últimos años del siglo XVII como jefe de la oposición dominica a Fr. Froilán. La noticia de su elevación al Confesionario Real tenía que pesar muchísimo en las consideraciones del ex Confesor, al iniciar el viaje a Valladolid» (Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II*, 121).

⁷⁵ Aunque la evolución del proceso se encuentra en el “Proceso” (Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II*, 125), es conveniente mirar también, AHN, Inq., libs. 407 y 547, fol. 155, lib 364, fol. 169.

⁷⁶ BNE, ms. 11164, fol. 82. AHN, Inq., leg 1538, exp. 20.

Como no podía ser de otra manera, ante esta decisión del inquisidor general, el problema jurisdiccional se recrudeció. Mendoza defendió la postura de que el voto de los consejeros era puramente consultivo; por su parte, los consejeros negaron que el voto del inquisidor general fuera decisivo⁷⁷. Con todo, viendo la obstinación de los consejeros en no procesar al padre Froilán, mientras el barco en que venía preso el dominico se acercaba a las costas, Mendoza escribió al tribunal de Murcia para que el inquisidor más antiguo detuviese a Froilán y lo encerrase en las cárceles secretas con el fin de que fuera juzgado en dicha inquisición, pensando que allí no tendría contestación⁷⁸. Pero esta decisión fue un grave error. Los inquisidores murcianos eran: Alfonso Rozado y Aguado, natural de Granada, destacado borbónico, y José Fernández de Toro, natural de Osuna y colegial del mayor de Cuenca en Salamanca. Tampoco podía saber Mendoza que este inquisidor no solo era partidario de los Borbones, sino también quietista⁷⁹. Por otra parte, la novedad de mandar a la Inquisición de Murcia seguir la causa produjo una dura reacción no solo en el Consejo de Inquisición, sino también en el de Castilla⁸⁰. Los consejeros criticaron agriamente la decisión del inquisidor general y realizaron una Consulta al monarca⁸¹. Ante esta rebelión, Mendoza comenzó a desterrar y a detener a los consejeros e inquisidores que se oponían a su decisión, basándose en la jurisdicción apostólica que tenía sobre ellos: el 10 de septiembre se informó al inquisidor de corte, Domingo de Pernas, que se había suspendido al secretario Cantolla por cuatro años y que había sido desterrado de la corte a veinte leguas⁸². Una semana después, el secretario Urrelo escribió a Zambrana que «El inquisidor general, mi señor, me manda decir a V. S., ... ha venido en jubilar a V. S. en la plaza de consejero de la Suprema ... con la mitad del goce que tenía y con todos los honores». Exactamente comunicó lo mismo a Arzamendi, mientras que a Juan Miguélez de Mendaña se le envió una carta a través de los inquisidores de Santiago para comunicarle que estaba detenido⁸³. El 18 de agosto, don Baltasar de Mendoza ordenó al receptor general, Alonso Pérez de

⁷⁷ Para demostrarlo, el 9 de julio 1700 Mendoza dio dos órdenes que ratificaban su poder: AHN, Inq., lib. 407. La suspensión de los tres consejeros y la prisión de Froilán redujo el número de consejeros a cuatro (Lorenzo Folch Cardona, decano, Martín Patricio de Segura, Andrés de Soto y de la Fuente y Juan de Argaiz). AHN, Inq., lib. 28, fols. 229r-233v: *Copia de la carta del señor inquisidor general sobre el caso del señor Froilán, con notas y reflexiones sobre el hecho cierto de este negocio*.

⁷⁸ *Ibidem*, fol. 4-5

⁷⁹ Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II*, 133-134.

⁸⁰ Gómez Roán, "La causa inquisitorial contra el confesor de Carlos II", 360-365 y 381-386. Asimismo, resulta esencial, *Críticos documentos que sirven como de segunda parte al proceso criminal que se fulminó al M. R. P. Fr. Froilán Díaz, confesor que fue del señor rey don Carlos II, y constan de la célebre consulta que el Consejo de Castilla hizo al señor rey don Felipe V, de su real orden sobre las determinaciones del Consejo de Inquisición en esta causa y los procedimientos del inquisidor general. De los tres votos singulares que dieron otros tantos ministros del mismo Consejo y la consulta de éste sobre ellos y de las notas que puso el M. R. P. M. Pérez, monge basilio, al escrito de D. Fernando de Frías, fiscal del Santo Tribunal, sobre el mismo asunto* (Madrid, 1788).

⁸¹ AHN, Inq., libro 1460, *Consulta del Consejo de Castilla en orden a las determinaciones del de Inquisición sobre los procedimientos del Inquisidor General en la causa del maestro Froilán Díaz* (fechado a 21 de enero 1704). En mi opinión, este libro es utilizado ampliamente por Juan Antonio Llorente cuando aborda este espinoso tema en su *Historia Crítica de la Inquisición española*.

⁸² AHN, Inq., lib. 407, fol. 5-6 y AHN, Inq., lib. 524, fol. 86r-v.

⁸³ AHN, Inq., lib. 594.

Almansa, que tuviera en cuenta estas reducciones de salarios en sus cuentas, al mismo tiempo que añadía: «suspenda de paga los salarios y gajes que gozan los señores don Antonio Ronquillo, conde de Gramedo, y don Mateo Dicastillo por razón de sus plazas y no les asistan con ellos sin especial y expresa orden de su Ilustrísima»⁸⁴.

Como es lógico, en los lugares vacantes introdujo miembros de su camarilla: Domingo Pernas y Modia (inquisidor de Corte), Alonso de Bolaños (inquisidor de Valladolid) y Juan José Tejada y Guarda, mientras elegía como fiscal del Consejo a Juan Fernández de Frías y Toledo (que se hallaba en la corte como visitador de testamentos). Mendoza trató atraer a todos sirviéndose del fiscal para que aprobasen su dictamen. Sorprendentemente, tanto éstos como los cuatro consejeros que habían quedado en el Consejo se resistieron a firmar. Mendoza se percató que la resistencia procedía de Folch de Cardona, a quien intentaron convencer a través de su hermano (arzobispo de Valencia), diciéndole que era algo querido por la reina, de quienes eran amigos. Por su parte el inquisidor general lo llamó una tarde para hablar sobre el asunto y Cardona se mostró favorable a la autoridad de los consejeros de Inquisición frente al inquisidor general, con lo que las relaciones quedaron rotas. Con la ayuda de la reina, Mendoza trató de jubilar a Folch Cardona como consejero, pero no lo consiguió por la oposición que mostró el rey a tal decisión.

Viendo que en la corte no podía resolver el caso de acuerdo a su criterio, el Inquisidor General escribió al tribunal de Murcia para que juzgasen y condenasen a fray Froilán, pero los inquisidores se preguntaron cómo iban a juzgar un proceso que estaba siendo tratado en el Consejo, por lo que se negaron. Entonces, se ordenó que se enviase al padre Froilán a la corte y fuese encerrado en el colegio de Santo Tomás, encargando al prior de su custodia. Asimismo, remitió los autos en la forma que legaron a Madrid al inquisidor de Corte (había sido nombrado por Mendoza en octubre 1700), Francisco Cossío y Otero, pero se suscitó otro problema: ¿quién había visto tal absurdez de que una causa sustanciada y ejecutada por el Consejo, la tuviera que resolver un tribunal inferior?⁸⁵. En estas circunstancias se produjo la muerte del monarca.

A partir de entonces, comenzaron a aparecer críticas contra Mendoza y contra la camarilla austriaca⁸⁶. Mendoza presionó a los inquisidores de Murcia para que siguieran la causa de Froilán, pero estos escribieron un informe (18 enero 1701) en el que manifestaban su parecer de que debía ser puesto en libertad. Mientras tanto, el nuevo rey se acercaba a la frontera española, por lo que el Inquisidor General mostró moderación en su severidad. Urrelo informaba al inquisidor de Santiago, Matías Flórez de Mora, de que el señor Juan Miguélez (quien había sido enviado preso por orden del Inquisidor General a dicho tribunal) le permitiera salir de la

⁸⁴ *Ibíd.*

⁸⁵ AHN, Inq., lib. 408, fol. 180v. BNE, ms. 11164, fol.61-64.

⁸⁶ BNE, ms. 17525, fol. 182. El inquisidor general figuraba en comedias como “La Presumida y la Hermosa».

reclusión y de hacer lo que quisiera siempre que no se acercase 30 leguas a la corte. Poco después se restituía a Domingo de la Cantolla en su secretaría⁸⁷.

La situación precaria de Mendoza era descrita por el enviado del Palatinado cuando informaba al Elector, el 27 de enero 1701, que en la casa del Almirante se reunían todas las tardes, el inquisidor general, el marqués de Leganés, el confesor del rey difunto y el de la reina, tratando de formar un partido austriaco. El mismo día, Blécourt comunicaba al Rey Sol la caída del padre Torres Palmota. La desgracia del provincial dominico, conseguida por la facción del cardenal Portocarrero, era señal del ataque de la oposición. En febrero de 1701, Portocarrero parecía ganar la partida, pero Mendoza intentó ganarse a Roma.

El decreto de Felipe V ordenando al inquisidor general residir en su obispado significó el público reconocimiento oficial del desacuerdo que existía en el seno del Consejo de Inquisición. El *Discurso Histórico-Jurídico en que se funda la jurisdicción delegada* escrita por Folch de Cardona y Pacheco, y la contestación de Frías, conocida como *Alegación Fiscal*, llegaron a constituirse en las bases intelectuales de las respectivas posturas de los contrincantes. En realidad eran el resumen final de la polémica mantenida durante la segunda mitad del siglo XVII sobre la preeminencia de las jurisdicciones (eclesiástica o temporal) en la Inquisición.

Mendoza y Sandoval marchó a Segovia y Folch de Cardona se puso al frente del Consejo de Inquisición. Si Folch era informado por Ubilla, secretario del Consejo, de los aprestos para el recibimiento del nuevo monarca, Mendoza ordenaba traer a Froilán desde Murcia y mandó al inquisidor de Corte, Francisco Cossío, que saliera a Villaverde a recibirlo. Una vez que Froilán llegó a Madrid, el Inquisidor General se dedicó a levantar su destierro y para ello recurrió a la Santa Sede con el fin de ganar la contienda. El deseo de Mendoza de hacer depender la causa de Froilán de la discreción de la Santa Sede se oponía a la tradicional doctrina de la Inquisición española de la inapelabilidad. Por lo tanto, la corte de Roma actuó con mucha precaución. Clemente XI remitió la súplica del obispo de Segovia a la Sagrada Congregación de Inquisición de Roma. El 15 de abril, Felipe V informaba oficialmente al papa del destierro de Mendoza. Aquel mismo día Frías enviaba a Portocarrero un ejemplar de las “Alegaciones”; pero el medio principal utilizado por el inquisidor general para influir al rey parecía ser su confesor, el padre Daubeton. Éste le aconsejó un poco de paciencia y dejar transcurrir el tiempo, pero Mendoza escribió directamente a Felipe V para que le levantase el destierro, acusando a Portocarrero de sus desgracias.

Aunque la prudencia de Mendoza, combinada con el respeto político para la Santa Sede y las divisiones internas de la corte de Madrid, le salvara la situación durante el verano de 1701, los consejeros de la Suprema se mantenían en contra del Inquisidor General, aprovechando las ocasiones para incomodarlo. El 23 de junio,

⁸⁷ AHN, Inq., lib. 407, fol. 32.

don Manuel Ayala y Salcedo, obispo de Guaxaca, anteriormente cura propia de la iglesia parroquial de san Ginés en Madrid, delató a la inquisición la *Alegación Fiscal* de Frías. Ante ello, Mendoza escribió al Consejo ordenando que no tomasen ninguna resolución sin comunicárselo⁸⁸.

El 15 de julio 1702, don Juan José de Tejada pidió permiso al Inquisidor General para dimitir de su plaza por falta de salud. Como Mendoza ya había demostrado su afecto hacia este antiguo estudiante de san Bartolomé, concediéndole plaza de consejero de la Suprema y favoreciendo a su sobrino Juan Manuel Heredia y Tejada, no extrañó que se diera el permiso solicitado. Pero sí extrañó al inquisidor general que también pidiera su dimisión a la reina por medio de la Junta de Gobierno⁸⁹.

Mientras tanto, fray Juan de Santo Tomás seguía dando consejos a Mendoza desde Salamanca acerca de fray Froilán. No cabe duda que la oposición de Mendoza al Consejo de Inquisición se endureció estos días. En carta de 26 de julio, no solo defendió a Frías, sino que también recordó a los consejeros las muchas y pesadas obligaciones del inquisidor general a la Santa Sede. Por su parte, el cardenal Paulucci se encargó de la petición del inquisidor general referente a la condena especial de la doctrina de fray Froilán y comunicó a Mendoza el 5 de agosto, que el papa le había ordenado decirle que «habiendo visto la causa de fe y demás papeles concernientes por la Sacra Congregación del Santo Oficio contra P. M. fray Froilán Días, religioso de Santo Domingo, no se ha pasado a tomar resolución alguna sobre dicha materia por no estilar ni practicar la Sacra Congregación el calificar proposiciones dogmáticas in abstracto como están en la presente causa, aunque están dotadas de censura teológica por contener doctrina que no se debe tolerar». Aunque Froilán se libró de una condena in abstracto, la santa sede había declarado a favor del inquisidor general. El padre Palmota no vivió para disfrutar el triunfo, pues murió en Salamanca a principio de agosto.

Tejada avisó al inquisidor general que la reina no había aceptado su dimisión. Ante ello, Mendoza dio permiso a Tejada para asistir al Consejo, pero éste ya había asistido sin el permiso de Mendoza, por lo que se formó un problema sobre jurisdicciones. Los consejeros alegaron «que sin el consentimiento de los señores reyes no pueden los señores inquisidores generales remover ni jubilar a los consiliarios de este Consejo, ni suspenderlos la jurisdicción eclesiástica y espiritual que al tiempo de la nominación de sus Majestades les confiere la Sede Apostólica»⁹⁰.

Como estudia detalladamente Ronald Cueto, el conflicto de Tejada muy pronto se relacionó con el caso Froilán. A finales de agosto, Mendoza informaba a su confidente de Salamanca que se hablaba de formar una Junta real para tratar el caso Froilán. Don Baltasar decidió actuar: escribió cartas al rey y a las cortes de Madrid y

⁸⁸ AHN, Inq., lib. 594. s. n.

⁸⁹ Enciso Recio, “Tensiones y conflictos inquisitoriales”, 9-37.

⁹⁰ ANH, Inq., lib. 594.

Roma. Al rey pedía «se digne darme licencia para que proceda (como su Beatitud me ordena) hasta dar fin a esta escandalosa causa en gran servicio de Dios»⁹¹. La noticia de los intentos de Mendoza para conseguir de Roma la censura de los hechos de Froilán obligó a Lorenzo Folch Cardona a dar otro resumen del proceso: ridiculizó los procedimientos del Inquisidor General y de la *Alegación Fiscal* de Frías. Tampoco se le escapó a Folch señalar que Froilán había ido a Roma «no a vulnerar los derechos de la Inquisición española, sino a librarse de una violencia que ha sido bien conocida y declarada; entonces en Roma no se le oyeron las quejas y se le trajo preso a España y hoy, sin pedirlo el religioso, se le quiere llevar desde España a Roma». Por todo ello, Cardona no vaciló aconsejar a Felipe V defender las regalías como lo había hecho Felipe II en el proceso de Carranza.

Ante este ataque, Mendoza avisó a Roma de lo que sucedía. Pero la facción froilanista no solo atacaba frontalmente. En Valladolid, Juan Miguélez continuaba actuando contra Mendoza hasta el punto que don Baltasar escribió a Jorge Cádenas, fiscal del tribunal de Inquisición de Valladolid, ordenándole:

Habiendo llegado a mí noticia por medio de diferentes personas que don Juan Miguélez, consejero que fue de la Suprema Inquisición, continuando lo ardiente de su natural está fomentando desde esa ciudad diferentes inquietudes y moviendo los ánimos contra el respeto de mi persona y carácter, a que se añade el decirse es autor de un papel sedicioso que se ha empezado a esparcir en la Corte tocante a diferentes procedimientos míos en la causa del P. fray Froilán Días, sus hechos y fuga a Roma, y el destierro que de orden mía se ejecutó con el dicho Juan Miguélez a Santiago, y asimismo en lo tocante a las jubilaciones de los tres consejeros ... le doy comisión en debida forma para que por sí y ante sí examine en esa ciudad el número de testigos que le pareciere competente de todas clases y averigüe los procedimientos del dicho don Juan Miguélez y si ha sido autor de dicho papel⁹².

Al comenzar el invierno de 1702 don Baltasar se encontraba inseguro. El 4 de noviembre escribió a Domingo de la Cantolla para que buscara en los archivos del Consejo (sección Corona de Aragón) «noticias de los ejemplares de haber los Inquisidores Generales, mis antecesores, abogado a sí las causas de fe que se hayan visto y votado en el Consejo antes de su ejecución». La misma orden se dio a Antonio Álvarez de la Puente, secretario de la parte de Castilla. Como consecuencia, las relaciones con el Consejo se fueron degradando⁹³.

⁹¹ Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II*, 202.

⁹² BNE, ms 1784, fol. 254r-v.

⁹³ *Críticos documentos que sirven como de segunda parte al proceso criminal que se fulminó al M. R. P. Fr. Froilán Díaz, confesor que fue del señor rey don Carlos II, y constan de la célebre consulta que el Consejo de Castilla hizo al señor rey don Felipe V, de su real orden sobre las determinaciones del Consejo de Inquisición en esta causa y los procedimientos del inquisidor general. De los tres votos singulares que dieron otros tantos ministros del mismo Consejo y la consulta de éste sobre ellos y de las notas que puso el M. R. P. M. Pérez, monge basilio, al escrito de D. Fernando de Frías, fiscal del Santo Tribunal, sobre el mismo asunto.* Madrid 1788, 3r-99v.

4. CONCLUSIÓN.

El 8 de noviembre 1704, Felipe V ordenaba al inquisidor general que entregase al Consejo de Inquisición todos los papeles relativos al caso Froilán⁹⁴. Estudiados por la Suprema concluyeron que no resultaba culpa contra el maestro Froilán. El 25 de abril 1705 la Suprema encargó la impresión de 1500 ejemplares del escrito de Folch Cardona defendiendo la autoridad y jurisdicción del Consejo de Inquisición. Aquel mismo día llegaba un decreto al Consejo que decía que Su Santidad había nombrado a don Vidal Marín, obispo de Ceuta, inquisidor general⁹⁵. Sorprendentemente, la primera medida que tomó al subir al cargo fue la de realizar una “biblioteca” de los libros prohibidos por la Inquisición española⁹⁶.

En 1706, ante el peligro de los ataques de los aliados, Felipe V y los Consejos de corte se trasladaron a Burgos. Madrid, Segovia y Toledo pasaron a manos del Archiduque. El cardenal Portocarrero lo reconoció como Carlos III, cantando un *Te Deum* en la catedral de Toledo, presidido por Mariana de Neoburgo. Mendoza y Sandoval interpretaron esto como una liberación⁹⁷. Una vez conquistada Madrid por Felipe V, el castigo de los ministros que habían colaborado con los austríacos comenzó: Alonso Navia de Bolaños Domingo Pernas, consejeros de Inquisición, perdieron sus plazas debido a la presión ejercida por el presidente del Consejo de Castilla, Ronquillo. Gregorio Ramos Escajillo, inquisidor de Corte, fue suspendido a petición del rey por haber viajado en coche con Juan Fernández Frías, que había aparecido en la corte. A don Pedro Portocarrero y al obispo de Barcelona (fray Benito de Sala) «los pasaron a Bayona de Francia»⁹⁸.

Mientras se castigaba a los mendocistas, a los froilanistas se les premiaba⁹⁹: en julio 1706 se nombró a Folch Cardona Comisario de Cruzada y más tarde consejero de Castilla y capellán mayor de las Descalzas Reales. Andrés Soto de la Fuente fue presentado al obispado de Burgo de Osma. Alfonso Rozado y Aguado, inquisidor de Murcia, fue presentado para obispo de Badajoz, pero murió en Cartagena antes de recibir las bulas. El otro inquisidor de Murcia, José Fernández de Toro, fue

⁹⁴ AHN, Inq., leg. 5052, caja 3. Felipe V interviene en el asunto ordenando al Consejo de Inquisición: «Usando de la Suprema Regalía y jurisdicción que me compete y por motivos de conciencia y justicia que me estimulan, os mando que luego, sin dilación alguna, remitáis al Consejo de Inquisición todos los asuntos originales así fulminados en esta corte como por el tribunal del Santo Oficio de Murcia contra la persona del maestro fray Froilán Días ...».

⁹⁵ AHN, Inq., lib. 547, fol. 165r-v. Don Vidal no procedía de la alta aristocracia castellana. Era natural de Mora (Toledo), había sido colegial del Arzobispo en Salamanca; magistral de La Calzada, doctoral en Sevilla. Llegó a Ceuta como obispo a principios de 1695. López Vela, “Inquisición y cambio dinástico”, 320-321.

⁹⁶ AHN, Inq., lib. 1318, *Bibliotheca Prohibitorum supraemi Hispaniarum Senat. Sanctae et Generalis Inquisitionis ... Illustri Vitalis Marín, Inq. Gener. Año 1709*.

⁹⁷ J. C. Galende Díaz, “El Santo Oficio durante la Guerra de Sucesión”, *Cuadernos de Investigación Histórica* 11 (1987): 155-160.

⁹⁸ Cueto Ruiz, *Los hechizos de Carlos II*, 201 ss. C. de Castro, *A la sombra de Felipe V. José Grimaldo, ministro responsable (1703-1726)* (Madrid: Marcial Pons, 2004), 33.

⁹⁹ AHN, Inq., lib. 595, fols. 33v-35v.

nombrado obispo de Oviedo en 1707. Juan Miguélez de Mendaña se le nombró oidor en Granada y en 1714 se le presentó a la mitra de Tortosa. Incluso se pensó hacer obispo de Ávila a fray Froilán Díaz, pero al ser persona *non grata* en Roma, no se presentó¹⁰⁰.

El destierro de Mendoza y Sandoval (primero en Bayona y después en Aviñón) duró hasta 1713. Su decisión de volver a su diócesis demuestra con claridad que él no se consideraba a sí mismo como austríaco de la manera de Folch Cardona (arzobispo de Valencia) y Sala (arzobispo de Barcelona), quienes se quedaron en el extranjero. Sin embargo, la corte de Madrid lo trató con desdén. A pesar de sus disgustos, esperaba una reparación, que no llegó. Da la impresión de que no se había enterado de lo que se había estado jugando mientras se tomaba el proceso como excusa¹⁰¹.

Recibido: 30 de marzo de 2017

Aprobado: 25 de julio de 2017

¹⁰⁰ Para los cambios producidos en los cargos, Castro, *A la sombra de Felipe V*, 242 ss.

¹⁰¹ AHN, Inq., lib. 24, fols. 346r-347v, “Suma de las consultas del Consejo contra el señor don Baltasar de Mendoza, inquisidor general, de la causa del señor padre fray Froilán Díaz”. Barrio Gozalo, “La oposición a los Borbones”, 602-608.

PRIMEROS INTENTOS DE ABOLICIÓN DEL TRIBUNAL DE LA INQUISICIÓN EN ESPAÑA

Yolanda Illana Ruiz
(Universidad Autónoma de Madrid)

RESUMEN

La introducción de la Ilustración en España trajo consigo la decisión de la eliminar del Tribunal de la Inquisición por parte de los gobiernos de José y Napoleón Bonaparte en 1808; y Las Cortes de Cádiz, en 1813. Sin embargo las circunstancias que rodean a ambos procesos demuestran intenciones distintas a la hora de reducir la influencia religiosa en la política española.

PALABRAS CLAVE: Inquisición, abolición, Napoleón Bonaparte, Cortes de Cádiz, religión.

FIRST ATTEMPTS TO ABOLISH THE COURT OF THE INQUISITION IN SPAIN

ABSTRACT

The introduction of the Enlightenment in Spain brought the decision to eliminate the Court of the Inquisition by the governments of Joseph and Napoleon Bonaparte in 1808; and The Cadiz Cortes in 1813. However, the circumstances around both processes show different intentions about reducing religious influence in the Spanish polity.

KEYWORDS: Inquisition, Abolition, Napoleon Bonaparte, The Cadiz Cortes, Religion.

1. Introducción

El pasado 13 de junio de 2016 oíamos al Presidente de Gobierno en funciones Mariano Rajoy atribuir la abolición total del Tribunal de la Inquisición a las Cortes de Cádiz formadas en 1812. Para los historiadores es un error evidente pero quizás comprensible debido a que la abolición del Santo Oficio fue uno de los temas más discutidos entre los diputados que formaban dichas cortes y así nos lo han enseñado a los españoles a lo largo de los años. Pero siempre deberíamos explicar debidamente este episodio histórico para entender que si bien la asociación es cierta la afirmación es incorrecta.

Los primeros años del siglo XIX en España se caracterizan por grandes cambios políticos debido a la Invasión Napoleónica, la Guerra de Independencia y la posterior restauración de la dinastía Borbón en el trono de España con el regreso de Fernando VII. Estos cambios afectan, naturalmente, a la Inquisición que habiendo adquirido un gran poder político, comenzaba a ser considerada incompatible con el nuevo orden gubernamental que se quiere introducir en España con la Ilustración. Por ello aquellos que pretendían dar un gobierno a España basado en un sistema liberal (Napoleón Bonaparte y Las Cortes de Cádiz) fueron los primeros en abolir la Inquisición.

La primera abolición del Santo Oficio realizada en España la lleva a cabo Napoleón Bonaparte, como Derecho de Conquista, tras derrotar la oposición a la coronación como rey de su hermano José I como Rey de España en 1808 con Los Decretos de Chamartín. Su importancia no se debe únicamente a ser la primera de las aboliciones, sino que al aplicarla supone también la abolición de delitos de herejía, censura de la escritura y la posibilidad de la implantación de la libertad religiosa.

Por su parte las Cortes de Cádiz firman el 22 de febrero de 1813 el Decreto de Abolición del Santo Oficio promulgado por dichas Cortes. Este suceso coincide con la aprobación de la primera Constitución promulgada en España. Sin embargo, la creación de una constitución y la influencia de la Ilustración no supusieron que la religiosidad católica se eliminara de los asuntos oficiales del Estado y de la cultura popular, así queda reflejado en el Artículo 12 de la Constitución de 1812 en el que se establece que la religión oficial del Estado será la católica, imposibilitando el ejercicio de ninguna otra. Así se establecen los Tribunales Protectores de la Fe, que en la práctica actuaban como el Tribunal de la Inquisición, en el sentido de que se mantuvo el delito de herejía y la censura de libros. La sustitución del Tribunal de la Inquisición por los Tribunales de Protección de la Fe y la evidente religiosidad católica que se muestra en la Constitución de 1812 y el Decreto de Abolición del Santo Oficio de 1813 revelan que, en materia religiosa, no hay una verdadera aplicación de las libertades que defiende la Ilustración, en el primer Estado Liberal Español entre 1812 y 1814. Lo cual entra en una clara contradicción con el Artículo 4, que garantizaba la protección de la libertad civil por parte del Estado.

En estas páginas veremos cómo los primeros planteamientos de abolición de esta institución no solo han sido muy diferentes entre sí por el modo de implantarlos y por sus características, sino que veremos que lo establecido por las Cortes de Cádiz en 1813 es una prueba de la malinterpretación de los valores de la Ilustración, al asociarla con la primera Constitución Española que niega una de las libertades fundamentales, la libertad religiosa.

2. La Inquisición en el siglo XVIII: Decadencia y proyectos de reforma

Muchos historiadores consideran que la segunda mitad del siglo XVIII es el momento de decadencia de la Inquisición y sostienen que su actuación se produce sólo por inercia. Sin embargo, al ver las cifras de condenados a muerte por el Tribunal de la Inquisición Española durante el primer tercio del siglo XVIII, que se estiman en 92 personas, es fácil considerar que el Santo Oficio mantenía una legislación tan dura como en los pasados años de su existencia¹.

A pesar de que a partir de 1780 disminuyera la actividad inquisitorial, Henry Charles Lea estimó que hasta 1820 habían sido denunciadas ante la Inquisición 50.000 personas y no mermó su capacidad operativa².

Esta etapa destaca también por producirse lo que Francisco Bethencourt llamó «flexibilidad», es decir hubo un cambio en los delitos perseguidos por la Inquisición. Se perseguían las proposiciones heréticas, la confesionalidad protestante y nuevas ideas filosóficas como la masonería³ porque ya había pocos judaizantes en España y comenzaron a prestar más atención a lo que en España se habían considerado delitos menores en los siglos XVI y XVII.

Comenzó a perseguirse con firmeza en el siglo XVIII el delito de «proposiciones», afirmaciones o expresiones interpretables en sentido no católico o herético. De este modo el avance del racionalismo alarmó al Santo Oficio y a la jerarquía eclesiástica. También representaron un gran problema aquellos que exigían cambios en asuntos religiosos que durante el siglo XVIII gozaban del apoyo del poder político. Estaban basadas en el racionalismo erasmista y sostenían que la máxima autoridad de la Iglesia correspondía a los obispos, como sucesores de los apóstoles. Se apostaba por una «iglesia primitiva» que chocaba con lo defendido por la Inquisición ya que hacía innecesario el Santo Oficio porque si los obispos eran la máxima autoridad en la Iglesia, a ellos correspondía velar por la pureza de la fe y, por tanto, sobraba un tribunal cuyas facultades derivaban, desde su fundación, de los

¹ Flora García Ivars, *La Represión en el Tribunal Inquisitorial de Granada. 1550-1819*. (Madrid: Akal Ediciones S.A., 1991), 259 y Emilio La Parra y M^a Ángeles Casado, *La Inquisición en España. Agonía y Abolición*. (Madrid: Los libros de la Catarata, 2013), 22.

² Joseph Pérez, *Crónica de la Inquisición Española*. (Barcelona: Martínez Roca, 2002), 235 y La Parra, y Casado, *La Inquisición*, 22.

³ Francisco Bethencourt, *La Inquisición en la época moderna. España, Portugal, Italia, Siglos XV-XIX*. (Madrid: Akal Ediciones. S.A. 1997), 515.

poderes concedidos al inquisidor general por el papa y por el monarca español. Estas ideas fueron perseguidas por el Santo Oficio y sus seguidores fueron acusados de ajustar la iglesia al ideal ilustrado, denominándoles «jansenistas»⁴.

La Inquisición siguió muy presente en la vida española en el siglo XVIII, pues aunque no llegara a practicar los castigos de otros tiempos, seguía ejerciendo su poder de censura de libros⁵. Esto no impidió que fuera transformándose, ya que los monarcas del siglo XVIII mostraban intentos de imponer su autoridad frente a la Iglesia y la Santa Sede. La razón era que la Inquisición se había convertido en un Estado dentro del Estado y se habían apropiado de muchas competencias y privilegios que los monarcas del siglo XVIII no toleraban, como afirmaban los diputados liberales de las Cortes de Cádiz⁶.

A pesar de su poder, los monarcas no tenían argumentos suficientes para eliminar la Inquisición y optaron por reformarla en la medida en que les fue posible. Con la ayuda de los ilustrados, establecieron una serie de principios con el que trataban de mantener las prerrogativas reales frente a las intromisiones de la Inquisición y el reconocimiento de los obispos de tener la facultad de juzgar las doctrinas religiosas y calificar las publicaciones.

En 1789 el Conde de Floridablanca reforzó la Inquisición para que esta redujera la propaganda que llegaba a España de las noticias y principios revolucionarios desde Francia. Por ello entre 1789 y 1792 gozó un último momento de esplendor⁷. El año en que terminó ese momento de esplendor, Manuel de Godoy fue nombrado Secretario de Estado y comenzó un plan de reforma en los procedimientos seguidos por la Inquisición. Godoy también propuso la Abolición al rey en una carta, pero en 1793 se había ejecutado en la guillotina al rey Luis XVI de Francia, reforzando la idea de que los revolucionarios pretendían acabar con la monarquía y el catolicismo, de modo que la reforma de la Inquisición no podía salir adelante.

Con la firma de la Paz de Basilea en 1795 España y la Republica Francesa firmaron una alianza que provocó que muchas personalidades francesas viajaran a España. Hubo así un contacto entre ambas culturas y la Inquisición fue muy criticada por los franceses que afirmaban que era una institución arcaica que impedía a España avanzar científica y filosóficamente.

⁴ Antonio Álvarez de Morales, *Inquisición e Ilustración (1700-1834)*. (Madrid: Fundación Universitaria Española. 1982), 105 y 106.

⁵ José Antonio Escudero, *Estudios sobre la Inquisición*. (Madrid: Marcial Pons. 2005). 362.

⁶ La Parra y Casado. *La Inquisición*, 25-29.

⁷ *Ibidem*, 44.

Godoy desamortizó bienes de instituciones asociadas a la Iglesia, exigió al clero el pago de ciertas cantidades y obtuvo permiso de Roma para vender un séptimo de los bienes raíces de la Iglesia. Así la Inquisición pasó a un segundo plano, pero se mantuvo vigente⁸.

Los intentos de reformar la Inquisición continuaron en 1797 cuando Carlos IV puso al frente de la Secretaria de Gracia y Justicia, encargada de los asuntos eclesiásticos a Gaspar Melchor de Jovellanos. Éste redactó *Representación sobre lo que era el Tribunal de la Inquisición* en él afirmaba la inutilidad del Santo Oficio compuesto por gente indocta; defendía lo inadecuado que era el proceso inquisitorial e insistía en restablecer la autoridad religiosa a los obispos.

En 1799 Mariano Luis de Urquijo, titular interino de la Secretaria del Estado, inicia una acción indirecta con la que abolir la Inquisición a raíz de un incidente en el que el Tribunal de la Inquisición de Barcelona se negó a autorizar el desembarco en el puerto del cónsul de Marruecos, por considerarlo hereje tras haber firmado un tratado de paz entre España y dicho país. Urquijo destituyó a todos los miembros del Santo Oficio de Barcelona. El embajador danés Schubart escribió una carta al papa Pío VII y al rey Carlos IV en la que decía que el despotismo no podía desaparecer manteniéndose la jerarquía eclesiástica y que el pueblo podría sumarse a la idea de que hubiera un cambio político. El papa aconsejó al rey que no hiciera caso a tal idea y finalmente esta carta ayudó a la caída de Urquijo, lo que supuso la paralización temporal de los procesos reformistas de la iglesia, encabezada por el sector jansenista y el poder de Roma cobró fuerza.

3. Abolición francesa del Tribunal de la Inquisición: Estatuto de Bayona y Decretos de Chamartín

A raíz de la cesión de la corona de España a Napoleón Bonaparte el 20 de mayo de 1808, tras los acuerdos firmados en Bayona⁹, hubo lugares donde no se reconoció la autoridad del emperador francés y se produjo un vacío de poder que se resolvió con la creación de juntas que asumieron el gobierno local y provincial en ausencia de los reyes españoles. Éstas declararon la guerra a Napoleón y en las proclamaciones que se hacía al pueblo se decía que se estaba defendiendo el trono de España para Fernando VII y la integridad de la religión católica. De ese modo se apelaba a la relación que se hacía entre nacionalidad española y catolicismo.

La Inquisición, sin embargo, se había manifestado por los sucesos del dos de mayo en Madrid y su Consejo Supremo se apresuró a ofrecer sus servicios a Napoleón con el fin de mantener su existencia. El inquisidor decano de la Suprema, Raimundo Etterhard y Salinas, fue a Bayona convocado por Napoleón para redactar

⁸ Ibídem, 52.

⁹ BOE, Referencia BOE-A-1808-294 *Gaceta de Madrid*, núm. 48: «El Rey, el Príncipe de Asturias, y SS.AA. los Infantes D. Carlos y D. Antonio han renunciado la corona y sus derechos á ella, como consta por los documentos que siguen», 20/05/1808, 482-484. (Consultado el 17 de agosto de 2014).

una constitución que declarase el nuevo gobierno de España. Además instó a poblaciones como Zaragoza a no luchar contra las tropas napoleónicas. Este fue uno de los argumentos que utilizaron diputados liberales de las Cortes de Cádiz, como Agustín Argüelles, en contra del Santo Oficio.¹⁰

El 7 de julio de 1808 se promulgaba en Bayona el Estatuto de Bayona en el cual la incompatibilidad del Tribunal de la Inquisición era más evidente que nunca. El secretario de Estado, Maret duque de Bassano, estableció en el artículo 52 del anteproyecto de la Constitución para España en la que la Inquisición quedaba abolida, que sus bienes serían destinados a un aumento salarial de los sacerdotes con menos recursos, a la donación de hospitales y a saldar la deuda pública¹¹. Napoleón pretendía que dicha constitución estuviera respaldada por personajes notables españoles y reunió a individuos de varios consejos. Según La Forest, el embajador de Napoleón en Madrid, todos los convocados optaron por la abolición de la Inquisición pero no apoyaban que se realizara mediante un artículo constitucional y tampoco que se hiciera antes de la llegada de José I.

A pesar de esta buena predisposición, Napoleón no se terminaba de decidir ya que temía la reacción popular. No quería provocar una guerra en España y para consolidar su dinastía en la monarquía española, su hermano José I, debía ganarse la simpatía de sus súbditos lo que implicaba desechar cualquier medida impopular. En este punto debemos señalar que la Inquisición era popular en España entre la mayoría del clero y la población, especialmente entre la campesina, que era mayoritaria en el país. Por otro lado, miembros de la Inquisición como Ettehard habían apoyado a los franceses al condenar las acciones del 2 de mayo y persuadir a la población de que no luchara contra el ejército galo. El Estatuto de Bayona finalmente afirmó que España seguiría siendo católica y la Inquisición mantendría sus funciones, pero el artículo 98 decía que los tribunales admitidos serían aquellos que el rey estableciese, eliminando aquellos con atribuciones especiales¹². De una forma indirecta se eliminaba la Inquisición ya que solo tendrían validez los tribunales que estableciera el nuevo rey José I. De todos modos la abolición se hizo como tribunal de justicia no como institución religiosa. Este punto ha sido un tema de discusión entre los historiadores porque Gerard Dufour define esta acción como la primera abolición del Santo Oficio, sin embargo José Antonio Escudero afirma que la Inquisición no era solo un tribunal de justicia y no se la puede incluir en los «tribunales que tienen atribuciones especiales», ya que es mixto porque dependía del rey y del papa. El artículo 98 trataría a aquellos tribunales que son únicamente estatales. Escudero se apoya también en la eliminación final del artículo del anteproyecto que establecía claramente la abolición de la Inquisición con la que

¹⁰ La Parra y Casado, *La Inquisición*, 68 y 69.

¹¹ *Ibidem*, 73.

¹² *Constitución de Bayona de 1808*, en Base de Datos, http://www.congreso.es/docu/constituciones/1812/Bayona_cd.pdf (consultado el 28 de agosto de 2014).

argumenta que no hubo intención de eliminarla. En cualquier caso, según Dufour, dicho artículo da pie a una ambigüedad confusa¹³.

El 19 de julio de 1808 los franceses fueron derrotados en la batalla de Bailén lo que demostró que la estabilidad de José I en el trono no estaba garantizada. Ello le obligó a retirarse al norte de España. Napoleón intervino y consiguió que Madrid se rindiera a comienzos del mes de diciembre. El 4 de ese mismo mes firma los Decretos de Chamartín con los que consigue desestructurar las bases del antiguo orden político y social. Se eliminaron los derechos feudales, se redujo a un tercio los conventos y monasterios que había en España, se eliminaron las aduanas interiores y se suprimieron el Consejo de Castilla y el Tribunal de la Inquisición.

El decreto fue publicado en la *Gazeta de Madrid* el 11 de diciembre de 1808 y tenía tres artículos en los que la abolición quedaba clara. En el artículo 1º se abolía el Santo Oficio por atentatorio a la soberanía y la autoridad civil. Sus bienes fueron incautados y se determinó que el decreto se cumpliría como ley de Estado.¹⁴ Esta era, sin lugar a dudas la primera vez que se abolía la Inquisición. Sin embargo en la «España Patriótica» estas medidas no fueron aplicadas haciendo que la Inquisición permaneciera vigente en una parte del país. José I no derogó los Decretos de Chamartín cuando fue reestablecido en el trono de España y por tanto se aplicó el artículo 3 de dicho decreto, el cual obligaba a su cumplimiento como «ley de Estado». El personal de la Suprema y otros inquisidores fueron detenidos y se les exigió que entregaran la documentación sobre los bienes que pertenecían al tribunal, de la cual se hizo cargo Juan Antonio Llorente.

La supresión de la Inquisición que aplica Napoleón supuso el ataque más importante al Tribunal de la Inquisición, ya que la pérdida de influencia y de bienes materiales, debido al artículo 2 de los Decretos de Chamartín, unido a las acciones de abolición que fueron impuestas por las Cortes de Cádiz, provocó que ya no recupere su esplendor cuando Fernando VII la reestablezca en 1814. Ya que Napoleón había accedido a eliminar el artículo del Estatuto de Bayona relativo a la abolición de la Inquisición, la aplicación de los Decretos de Chamartín responden a una actuación del derecho de conquista, con el que pudo realizar sus intereses de liberar a los pueblos del fanatismo religioso.¹⁵

¹³ José Antonio Escudero. *Cortes y constitución de Cádiz. 200 años*. vol. II. (Madrid: Editorial Espasa, 2011), 291 y 292 y Gerard Dufour, “¿Cuándo fue abolida la Inquisición en España?,” *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 13 (2005): 93-107, 107.

¹⁴ BOE Referencia BOE-A-1808-40048, *Gazeta de Madrid*. n° 151: «S. M. el Emperador de los Franceses, Rey de Italia, Protector de la Confederación del Rin. Extracto de la Minuta de la Secretaría de Estado por la que se ordena la organización inmediata del Tribunal de reposición». 11/12/1808. 1565, (consultado el 17 de agosto de 2014).

¹⁵ Dufour, “¿Cuándo fue...?”, 99.

4. Abolición de la Inquisición en las Cortes de Cádiz.

Más adelante, en 1812, la decisión de suprimir la Inquisición llevó a un agitado debate entre diputados liberales y conservadores (llamados también serviles) de las Cortes de Cádiz por si éstas tenían autoridad para eliminarla, ya que, oficialmente, se trataba de un tribunal eclesiástico dependiente del Vaticano, pero la autoridad legal que afectaba al ámbito político no había cesado hasta el siglo XIX y los diputados liberales sostenían que el Tribunal de la Inquisición era incompatible con el Estado liberal que se basaba en la soberanía nacional.

Como ya hemos señalado, en 1808 en la España afrancesada se aplicaron los Decretos de Chamartín que eliminaron la Inquisición, pero en la zona patriota no hubo ninguna resolución clara hasta 1813. El futuro de la Inquisición ha de discutirse ya que el 24 de septiembre de 1810 las Cortes de Cádiz restablecen todos los tribunales establecidos en el reino, lo cual incluye al Santo Oficio. Sin embargo en la práctica la guerra hacía que la situación fuera confusa. No había un inquisidor general ya que Ramón José de Arce, quien ocupaba el cargo, se pasó al bando afrancesado. Se decidió designar a un nuevo Inquisidor y la Junta Central propuso al obispo de Orense, Pedro Quevedo y Quintano que no aceptó el cargo, además la confirmación del papa era difícil ya que se encontraba aislado. Esa serie de dificultades hacían que la Inquisición existiera sin ejercer sus funciones¹⁶.

Las Cortes de Cádiz eliminaron la Inquisición mediante el Decreto sobre la Abolición de la Inquisición y el establecimiento de los Tribunales de la fe promulgada el 22 de febrero de 1813. Aunque la Inquisición no es abolida en la Constitución de 1812, los derechos que se instauran en distintos artículos como el 371 que establece la libertad de expresión y de imprenta, el 303 que abolía el tormento y demás derechos individuales encontrados en el Capítulo III del Título V, los referentes a la administración de Justicia en lo criminal, hacen que la existencia del Tribunal de la Inquisición sea incompatible con la recién promulgada constitución¹⁷.

El debate se mantuvo hasta el 5 de febrero de 1813 y fue la más fuerte polémica entre los diputados liberales y conservadores de todas las que surgieron en las sesiones de las Cortes de Cádiz. Se le consideró tan importante que se ordenó que fuera impreso en un volumen especial, aparte del Diario de Sesiones publicado en 1813 con el título *Discusión del proyecto de decreto sobre el Tribunal de la Inquisición*. El Dictamen sólo fue firmado por Diego Muñoz Torrero, Antonio Oliveros, Agustín Argüelles, José Espiga, Mariano Mendiola y Andrés Jauregui. Francisco Gutierrez de la Huerta, Evaristo Pérez de Castro, Alonso Cañedo Vigil, Vicente Morales Duárez, Antonio Joaquín Pérez, Pedro María Ric y José Pablo Valiente demostraron su posición en contra del Dictamen no firmándolo. Esta división anticipaba la que se

¹⁶ La Parra y Casado, *La Inquisición*, 86 y 87.

¹⁷ *Constitución de Cádiz de 1812*, en Base de Datos: <http://www.congreso.es/docu/constituciones/1812/cc1812.pdf> (consultado el 29 de agosto de 2014).

produjo en el debate entre los grupos que fueron conocidos como liberales y conservadores o «serviles»¹⁸.

El principal argumento que defendía el sector conservador era que el Tribunal de la Inquisición debía mantenerse ya que no podía ser considerado como una institución creada por el poder real, sino del poder del Pontífice y sólo este podía decidir su eliminación. Argumentaban que las Cortes de Cádiz no eran competentes para decidir sobre materias eclesiásticas, ya que todo lo relacionado con la religión dependía, exclusivamente, de la autoridad eclesiástica y la Inquisición era un tribunal eclesiástico. Otro argumento que defendían los conservadores era que el Santo Oficio había sido un elemento fundamental para la unidad de la Nación y había desempeñado el papel de guardián de la fe y los principios católicos¹⁹.

Los diputados liberales, entre los que destacaban Agustín Argüelles, Mejía Léquerica y José M^a Queipo de Llano y Ruiz de Sarabia, conde de Toreno, estaban a favor de la Abolición del Santo Oficio y el principal argumento que defendían era que la Inquisición era incompatible con la Constitución de 1812 y que la Inquisición era una institución que representaba la estructura política y social del Antiguo Régimen. Acusaban a esta institución de fomentar el atraso social y económico de la sociedad española y su mantenimiento suponía reconocer una superioridad del estatus eclesiástico que era incompatible con el Estado de derecho²⁰.

En el ámbito político, la Inquisición vulneraba los tres principios fundamentales del ordenamiento constitucional: el reconocimiento de la plena soberanía de la nación, la división de poderes y la garantía de los derechos del individuo. Por otro lado, la seguridad que el Art. 12 de la Constitución de 1812 daba a la pervivencia de la religión católica en España hacía que la existencia de la Inquisición fuera innecesaria. El tribunal era mixto, es decir, actuaba en el ámbito religioso pero también en el ámbito político. El rey y el papa daban plenos poderes al inquisidor general, de quien a su vez dependían del resto de inquisidores. Con el tiempo se apoderaba de poderes y privilegios y se rigió por sus propias disposiciones las cuales llegaron a ser diferentes de las leyes civiles y eclesiásticas. El inquisidor general fue adquiriendo tal poder que se convirtió en un personaje con soberanía propia, traspasó el ámbito para el que había sido creada y comenzó a intervenir en asuntos estrictamente políticos permitido por algunos monarcas²¹.

¹⁸ Cayetano Núñez Rivero, “La cuestión religiosa en las Cortes de Cádiz” en *El legado de las Cortes de Cádiz*, ed. Pilar García Trobat (Valencia: Tirant Lo Blanc, 2011), 279 y La Parra y Casado, *La Inquisición*, 100 y 101.

¹⁹ *Ibidem*, 279 y 280 e *Ibidem*, 101.

²⁰ Escudero, *Cortes y constitución*, 296 y 297 y Escudero, *Estudios sobre*, 380 y ss.

²¹ Cortes Generales D. L. *Discusión del proyecto de decreto sobre el Tribunal de la Inquisición*, 18 de enero de 1813. 4353, y La Parra y Casado, *La Inquisición*, 104 y 105.

«El Inquisidor General es un Soberano en medio de una nación soberana, o al lado de un príncipe soberano, porque dicta leyes, las aplica a los casos particulares y vela por su ejecución»²².

Ruiz de Padrón hizo hincapié en esta idea llamando la atención sobre algunas de sus consecuencias. «Desde el establecimiento de la Inquisición desaparecieron de entre nosotros las ciencias útiles, la agricultura, las artes, la industria nacional, el comercio»²³. Blas Ostolaza, del grupo conservador respondió diciendo que el mayor florecimiento de las letras y las artes ocurrió en el siglo posterior a la implantación de la Inquisición²⁴. Este argumento ha sido defendido posteriormente por Marcelino Menéndez Pelayo y sus seguidores quienes se burlaban de los liberales por responsabilizar a la Inquisición de la decadencia de España. Sin embargo los liberales afirmaban que la decadencia hispana era el resultado de la combinación de la Inquisición y el despotismo en conjunto, no la actuación de uno sólo²⁵.

Argüelles argumentó que la convivencia de las tres religiones monoteístas en España fue la

causa del adelantamiento de la agricultura, de la industria, de la medicina, de la astronomía, matemáticas y otras ramas del saber en aquella época pero la política contraria a esta convivencia de los reyes de la Casa de Austria dio el golpe más funesto a la población, a la riqueza y prosperidad del Reino²⁶.

Otro punto en el que insistieron los diputados que se manifestaron en contra del Santo Oficio, fue el carácter injusto de los procesos inquisitoriales, por no concordar con las normas básicas del derecho. Argüelles afirmó que se estaban violando las reglas de la justicia universal porque no se atenían al humanitarismo propio de la razón humana. La Inquisición despreciaba el valor del ser humano como individuo y representaba los valores del Antiguo Régimen que se pretendía eliminar. Los liberales mantuvieron que el individuo tiene valor por sí mismo, con independencia del grupo o estamento al que pertenezca. Es el único responsable de sus actos y se le debe garantizar su seguridad personal. El Dictamen de la Comisión decía que los delitos de fe son personales por lo que no era tolerable la costumbre de publicar las listas de encausados²⁷.

Entre la sociedad burguesa cobró fuerza la crítica a la persecución inquisitorial de escritores y eruditos. El conde de Toreno, Ruiz de Padrón y Antonio Oliveros señalaron esta cuestión. Así, el conde de Toreno afirmó: «Yo apenas he conocido persona alguna adornada de luces que no haya tenido que ver con la

²² Cortes Generales D. L. *Discusión*, 8 de diciembre de 1812, 4203.

²³ *Ibíd.*, 18 de enero de 1813, 4355.

²⁴ *Ibíd.*, 8 de enero de 1813, 4237.

²⁵ La Parra y Casado, *La Inquisición*, 106.

²⁶ Cortes Generales D. L. *Diario de Sesiones*, 19 de agosto de 1813, 5996.

²⁷ Cortes Generales D. L. *Discusión*, 9 de enero de 1813, 4258.

Inquisición», mostrando que la Inquisición mostró desprecio por el avance de la ciencia y el conocimiento²⁸.

Por su parte, los diputados conservadores, Rodríguez de la Bárcena y Cañedo Vigil, definieron el tribunal de la Inquisición como el derecho del papa a ejercer su autoridad en la Iglesia y así mantener la pureza de la fe²⁹. Pedro de Inganzo rechazó la tesis de los liberales sobre el carácter mixto de la Inquisición. Negaba la posibilidad de que fuese un tribunal real. «Es un tribunal de la religión esencialmente eclesiástico, así por la autoridad que le ha creado, como por las materias de que conoce, que son puramente religiosas»³⁰.

Francisco Riesco sacó como conclusión que si las Cortes suprimían la Inquisición y establecían otro tribunal, como se proponía en el Dictamen de la Comisión de Constitución, quedaría patente que el poder civil da leyes a la Iglesia usurpando la autoridad pontificia³¹ y Vicente Terrero afirmaba que este era un acto cismático, mostrando la radicalidad de algunos de los diputados conservadores³². Argumentar que la eliminación de la Inquisición supondría un cisma de la Iglesia garantizaba el apoyo de la opinión pública.

Los diputados liberales fueron acusados de afrancesados diciendo que si las Cortes acababan con la Inquisición no harían otra cosa que seguir los planes de Napoleón. Ese era el argumento que defendían 11 diputados catalanes que realizaron una exposición conjunta en la sesión del 4 de enero de 1813, la cual fue leída por Jaime Creus³³.

Los «serviles» también señalaron la efectividad para garantizar la sumisión de la población al poder religioso del Tribunal de la Inquisición, así Jiménez Hoyo decía: «Ningún inconveniente hay en que la Nación continúe inocentemente supersticiosa, si así quiere llamársele, pero la hay muy grande en que se divida su opinión y se ponga en contradicción con la del Gobierno»³⁴. Podemos deducir de esta afirmación que para algunos diputados el mantenimiento del Santo Oficio no respondía tanto a una cuestión de autenticidad de la vivencia de la fe, como la sumisión al sistema de poder establecido, sin embargo el «gobierno» al que se refiere es el orden político en su conjunto el cual no podía ser el fundado en el ideario liberal.

El 22 de enero de 1813, se puso a votación la proposición «El Tribunal de la Inquisición es incompatible con la Constitución» que aunque quedó aprobada por 90 votos contra 60, supone un alto porcentaje de votos en contra. Sin embargo muchos

²⁸ Ibídem, 11 de enero de 1813, 4302.

²⁹ Ibídem, 25 de enero de 1813, 4456 y 4457.

³⁰ Ibídem, 8 de enero de 1813, 4243.

³¹ Ibídem, 9 de enero de 1813, 4259- 4278.

³² Ibídem, 13 de enero de 1813, 4328.

³³ Ibídem, 4 de enero de 1813, 4218 y 4219.

³⁴ Ibídem, 11 de enero de 1813, 4305.

de los votos a favor provienen de diputados, que aunque no asumían totalmente el ideario político liberal, deseaban una reforma de la Iglesia del Antiguo Régimen. Votaron en contra todos los diputados «serviles» y algunos que no habían mostrado claramente su posición. El 23 de enero de 1813 prosiguió el debate, en el que se discutió la creación de los Tribunales Protectores de la Fe que había señalado la Comisión de Constitución en el Dictamen que se había presentado en diciembre del año anterior. El 5 de febrero finalizaron las discusiones al respecto de este asunto y el 22 de febrero de 1813 las Cortes publicaron el Decreto CCXXIII titulado «Sobre la Abolición de la Inquisición, y el establecimiento de los tribunales protectores de la Fe»³⁵. Ese mismo día se aprobó el Decreto CCXXIV que ordenaba quitar y destruir todas las pinturas e inscripciones donde se mostraran los castigos que imponía la Inquisición que existieran en las Iglesias, claustros y conventos y el Decreto CCXXV que establecía la nacionalización de los bienes del Santo Oficio estableciendo pautas para su administración y para el pago de los salarios a sus ministros y personal dependiente. También redactaron un Manifiesto, en el que se expusieron las razones por las que el Tribunal de la Inquisición sería suprimido y ordenaron su lectura en todas las parroquias de la monarquía durante tres domingos consecutivos antes del ofertorio de la misa mayor³⁶.

5. La presencia de la religión en las Cortes de Cádiz

La Guerra de Independencia no es solo una defensa de la legitimidad de los reyes de la dinastía Borbón y del nacionalismo español, es también la defensa del catolicismo, un elemento muy relacionado con la identidad nacional española que se consideraba amenazado por los principios de la Ilustración que representaban los franceses invasores. No obstante hubo eclesiásticos que se posicionaron al lado del nuevo régimen que encarnaba José I, los cuales defendían que la guerra era un asunto político y no religioso y también contradecían la fama ateísta que estaban recibiendo los franceses. Sin embargo, los máximos representantes políticos de la resistencia utilizaron la religión como elemento aglutinador que unió a los españoles contra los franceses³⁷.

El 22 de mayo de 1809, en plena Guerra de Independencia se convocan las Cortes para su próxima apertura el 24 de septiembre de 1810 en la Isla de León en Cádiz. Éstas aprobaron el establecimiento de la religión católica como única de la Nación, demostrando que el espíritu religioso pervivió hasta el siglo XIX, afectando al primer proceso constitucional español. Absolutistas y liberales estaban de acuerdo en esta idea y hasta los diputados liberales entendían que la realidad confesional española podía ser una ventaja para el control de la población. La consecuencia fue

³⁵ *Ibidem*, 22 de febrero de 1813, 4532.

³⁶ Escudero, *Estudios sobre*, 410-416 y Cortes Generales D. L. *Discusión*, 22 de febrero de 1813, 4533-4535.

³⁷ Leandro Higueruela del Pino, “La Iglesia y las Cortes de Cádiz”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 24 (2002): 61-80, 62 y 63.

una estrecha relación entre la Iglesia y el Estado que impedía implantar la libertad religiosa por la necesidad de un pacto de poderes³⁸.

Los liberales defendían los derechos originales de los obispos, el episcopalismo, cuyo más autorizado defensor era el primado, cardenal Luis M^a de Borbón, arzobispo de Toledo. La recuperación de la autoridad de los obispos en la Iglesia española era una excusa de los jansenistas y regalistas para reformar a la Iglesia desde el Estado con el fin de controlarla³⁹. Eso demuestra que el liberalismo no fue irreligioso, pero defendía una separación del Estado y la Iglesia y la reubicación del clero en cuestiones espirituales y educativas, además de que sirviera para conseguir la obediencia del pueblo⁴⁰.

Las tensiones que se produjeron en los debates de las Cortes de Cádiz tuvieron como punto álgido el debate sobre la Abolición de la Inquisición. Podemos comprobar que la defensa de la religión católica no peligraba con el liberalismo español ya que no hubo debate acerca del artículo 12 que imponía la religión católica como la única que profesa la nación, haciendo de ella un elemento de identidad con la nacionalidad española. Aunque con ello se iba en contra de los principios liberales del individualismo.

En su mayoría los liberales españoles sabían de las dificultades que suponía la implantación de un Estado Laico, o no confesional, y a lo que aspiraban era a una cierta tolerancia religiosa, pero no consideraban tanto la separación de Iglesia y Estado, como la implantación del regalismo estatal con la que poder disminuir la influencia vaticana sobre la Iglesia Española y poder poner fin al Tribunal de la Inquisición⁴¹.

Los liberales aprobaron la unidad religiosa de España aunque atacaron algunos poderes de la iglesia que afectaban al clero y a sus propiedades y se la acusó de haber usado los mismos métodos que el absolutismo. Pero el elemento más evidente de la influencia religiosa en las Cortes de Cádiz es el establecimiento de la Religión Católica como la oficial del Estado. Así el 3 de septiembre de 1811 se aprobó el artículo 12 que estipula que la religión católica será la religión de la Nación Española. La Nación la protege con leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquier otra⁴². La única queja al respecto fue la de José Miguel Guridi y Alcocer, diputado por Tlaxcala que, a propósito del Art. 1 sobre la unidad nacional, dijo que ésta se basa en una unidad de gobiernos y se ejerce por la unión del pueblo con dichos gobiernos por tanto es compatible con la diversidad religiosa como ocurre en

³⁸ Fernando Suárez Bilbao, "Las Cortes de Cádiz y la Iglesia" en *Cortes y constitución de Cádiz. 200 años*, vol. II. ed. José Antonio Escudero (Madrid: Editorial Espasa, 2011), 23-68, 52.

³⁹ Escudero, *Cortes y constitución*, 67.

⁴⁰ Juan Sisínio Pérez Garzón, *Las Cortes de Cádiz. El Nacimiento de la Nación Liberal (1808-1814)* (Madrid: Editorial Síntesis, 2007), 362 y 363.

⁴¹ García Trobat, *El legado*, 269 y 270.

⁴² Cortes Generales D. L. *Diario de Sesiones. Cortes de Cádiz*, 3 de septiembre de 1811. N.º. 336, 1749.

otros países como Alemania e Inglaterra⁴³. Sin embargo, había opiniones como la de Pedro Inguanzo que afirmaban que la idea de que la nación española era católica era un hecho, no una ley y por ello la religión debía formar parte de la Constitución como una ley vinculante para todos los españoles, consiguiendo con ello que nadie pudiera ser reconocido como ciudadano sin profesar la fe católica. «Sin la religión todas las leyes y los preceptos que su divino autor comunica por ella todas las leyes humanas carecen de poder vinculante»⁴⁴. Los diputados de las Cortes de Cádiz eran conscientes de la importancia de la fe católica en la historia de España por lo que la preservan con el Art. 12, no sólo para ese momento, sino para el futuro ya que dice que «La religión Católica es y será la religión de la Nación»⁴⁵.

La Constitución de Cádiz carece de una declaración de derechos sin embargo en el artículo 4 se reconoce la libertad civil, la propiedad y los demás «derechos legítimos de todos los individuos» que componen la Nación⁴⁶. Sin embargo este artículo no reconoce los derechos del hombre, sino los derechos de los españoles, es decir individuos que viven en la nación española. La libertad que el texto declara es civil, la que es conforme a la ley, pero no se refiere a derechos naturales. Por ello el concepto de libertad en el que se fundamenta la Constitución española de 1812 es muy diferente a la francesa y la americana. La Constitución de 1812 dista de las mencionadas en que los derechos que reconoce no son superiores a la comunidad política que los reconoce. Eso quiere decir que los derechos legítimos son reconocidos por la Nación y las leyes aludidas en el artículo 4 pueden condicionar su reconocimiento por los intereses de la condición colectiva. Los derechos se consideran producto de un orden constituido, no los conceptos básicos para construir un nuevo orden. Eso provocó que los primeros diputados liberales españoles creyeran que podían negar la libertad religiosa sin contradecirse. Usando este concepto el grupo liberal de Las Cortes de Cádiz pretende la Abolición de la Inquisición ya que la religión católica sería protegida por las leyes conformes a la Constitución y la soberanía propia de la que disfrutaba el Santo Oficio se hacía incompatible con la Constitución de 1812.

Sin embargo sus competencias son asumidas por el Estado que las ejecuta a través de los Tribunales Ordinarios Protectores de la Fe en los que la herejía sigue siendo castigada⁴⁷.

Es cierto que la situación política de principios del siglo XIX hacía que el liberalismo fuera asociado a un enemigo de la Iglesia católica y a estar del lado de la revolución Napoleónica⁴⁸.

⁴³ Ibídem, 25 de agosto de 1811. N° 327, 1688.

⁴⁴ Ibídem, 2 de septiembre de 1811. N° 335, 1743.

⁴⁵ *Constitución de Cádiz de 1812*, en Base de Datos: <http://www.congreso.es/docu/constituciones/1812/ce1812.pdf> (consultado el 29 de agosto de 2014).

⁴⁶ Ibídem, en Base de Datos: <http://www.congreso.es/docu/constituciones/1812/ce1812.pdf> (consultado el 29 de agosto de 2014).

⁴⁷ Escudero, *Cortes y constitución*, 53 y 54.

6. Reacción eclesiástica ante el Decreto de Abolición del Tribunal de la Inquisición

Cuando el 22 de febrero de 1813 se decreta la supresión de la Inquisición la élite del clero se pronuncia de diversas maneras. En Cádiz el nuncio Gravina, denuncia el decreto como una medida unilateral por parte de las Cortes de Cádiz respecto al tema de la Inquisición, que fue creada por el Papa y el Rey y el cardenal, Arzobispo de Toledo, Luis María de Borbón, que representaba la regencia.

Los obispos de Calahorra, La Calzada y Plasencia fueron amonestados por enviar un memorial en el que exponían sus cautelas a la aplicación del Decreto 223 en sus diócesis. La resistencia se extendió a las diócesis del norte, especialmente entre los obispos gallegos que mantenían sus reparos y no aceptaba las normas dadas por las Cortes de Cádiz consistentes en la lectura pública en las misas de tres domingos seguidos a los decretos publicados el 22 de febrero de 1813 referentes a la abolición del Santo Oficio. Muchos líderes episcopales decidieron huir para no verse encarcelados por su negativa a cumplir con lo mandado por las Cortes de Cádiz y para no verse obligados a acatar una norma con la que no estaban de acuerdo, tal es el caso del Arzobispo de Santiago y el obispo de Orense que huyeron a Portugal. También a este país huyeron el Obispo de Santander y el obispo de Oviedo quien tras ser apresado fue llevado al Ferrol y desde allí escapó al país vecino⁴⁹.

Desde febrero a Junio de 1813 toda la oposición dirigida por el episcopado del norte y otros ocho obispos refugiados en Mallorca fue sofocada. El 28 de junio de 1813 había pasado ya la ofensiva del alto clero y Luis María de Borbón trata de que el episcopado español acepte cumplir las ordenes de las Cortes de Cádiz, mediante una carta que envía en la que insiste en las mismas ideas que había expuesto en una pastoral el 3 de enero alegando el principio de autoridad y el criterio de unidad que debían tener los obispos en momentos críticos como los que estaban viviendo. De las 59 diócesis que existían en España en ese momento contestaron 24, ya que la mayoría de los obispos estaban en una difícil situación por causa de la guerra. A través de respuestas protocolarias por parte de algunos y más extensas por parte de otros se observa la división que había en el episcopado español⁵⁰.

7. Creación de los Tribunales Protectores de la Fe

El Decreto CCXXIII que establecía la Abolición de la Inquisición el 22 de febrero de 1813 iba acompañado de otra norma donde se mostraba que la finalidad para la que fue creada la Inquisición no había desaparecido, la creación de los Tribunales Protectores de la Fe. La vigilancia de la ortodoxia religiosa era

⁴⁸ Pérez Garzón, *Las Cortes de Cádiz*, 364 y 365.

⁴⁹ Leandro Higuera del Pino, "Actitud del episcopado español ante los decretos de Abolición de la Inquisición de 1813 y 1820", en *La Inquisición Española. Nueva Visión, Nuevos horizontes*, ed. Joaquín Pérez Villanueva (Madrid: Siglo XXI de España Editores. S.A, 1978), 939-980, 942.

⁵⁰ Pérez Villanueva, *La Inquisición*, 943.

competencia de los tribunales eclesiásticos desde ese momento, presididos por el obispo de cada diócesis. La declaración del delito y la imposición de penas, correría a cargo de los tribunales civiles ordinarios así de la censura. Aunque los obispos recuperaban su posición central en la tarea de la protección de la Iglesia y su ámbito de actuación quedaba limitado.

Desaparecieron las cárceles inquisitoriales y el secreto de sumario, que habían sido dos de las principales características de la Inquisición. Sin embargo el delito de herejía persistió⁵¹.

Debido a que Fernando VII firma un decreto el 4 de mayo de 1814 con el que anula todas las leyes y decretos promulgados por las Cortes de Cádiz, los Tribunales protectores de la Fe no llegaron a actuar como fueron ideados, así que no podemos saber cuál habría sido el alcance de sus actuaciones. En cualquier caso la creación de estos tribunales no fue bien recibida por el bloque conservador ya que era una obra del poder civil. Según los conservadores los asuntos religiosos, incluso la organización material de la Iglesia y el estatus del clero no eran competencia del poder civil, sino de la autoridad eclesiástica cuya cabeza era el papa⁵².

8. Conclusiones

En este artículo mostramos las características de los distintos procesos de eliminación del Tribunal de la Inquisición entre los años 1808 y 1813, que por sus diferentes fórmulas nos lleva a hacer una comparación entre ambos procesos. Esta comparación nos lleva a preguntarnos, ¿hasta qué punto podemos considerar el proceso llevado a cabo por las Cortes de Cádiz una abolición? La fuerza política que había ido adquiriendo la Inquisición, desde su creación y durante todos sus años de vigencia, provocó que actuase con independencia del poder eclesiástico y del poder real. La rama liberal de los diputados gaditanos aplica la ideología Ilustrada, en la cual se basan, para eliminar dicha institución. Sin embargo la religiosidad de la Constitución de 1812 nos indica que la eliminación de la Inquisición no estaba relacionada con un intento de reducir la influencia de la religión en las leyes españolas, por lo que la respuesta final es que las Cortes de Cádiz pretendían, una vez separada la Iglesia del Estado, someterla bajo el control del poder civil.

Contamos con otro dato, la creación de los Tribunales Protectores de la Fe al abolir la Inquisición el 22 de febrero de 1813, que confirma que la intención de los diputados liberales de las Cortes de Cádiz era conseguir que el poder religioso quedara sometido a los intereses del poder civil. A términos prácticos hacen las mismas funciones, ya que el delito de herejía y la censura previa de escritos religiosos o que supongan una crítica contra la religión, continuarán vigentes, ejercidos por dichos tribunales.

⁵¹ La Parra y Casado, *La Inquisición*, 114-117.

⁵² *Ibidem*, 117.

Teniendo en cuenta que el establecimiento de la religión católica como la oficial del Estado español y la creación de los Tribunales Protectores de la Fe muestran que la religión no se elimina de la política nacional y sabiendo que durante la ocupación francesa, Napoleón Bonaparte, elimina la Inquisición con los Decretos de Chamartín el 4 de diciembre de 1808, sin sustituirla por ninguna otra institución que mantuviese el delito de herejía ni impusiese la religión católica a la población española, no podríamos considerar que el proceso celebrado en Cádiz pueda ser considerado una abolición. Podemos considerarlo una reforma porque la institución que velaría por el mantenimiento de la ortodoxia religiosa estará controlada por el Estado y no por el poder pontificio. Por otro lado la superioridad del poder civil se sostenía porque el rey tenía la última palabra sobre los escritos que se prohibían. Pero las verdaderas razones que provocaban que la religión limitara los derechos civiles de la población se mantenían, avaladas por el poder civil.

Aunque las reacciones eclesiásticas y conservadoras, así como las liberales, podrían hacer creer que hubiera un cambio significativo en la política religiosa española, no se logra que haya libertad en dicho aspecto.

La cuestión de la falta de libertad religiosa en el primer proceso liberal de España nos muestra que los principios de la Ilustración no estaban siendo aplicados por las Cortes de Cádiz en este aspecto.

Según Miguel Artola, la influencia de la religión no había dejado que la Ilustración se extendiera como en los demás países europeos y el proceso de la abolición de la Inquisición lo demuestra, porque mantuvo la herejía como delito, siendo una de las principales diferencias con las revoluciones americana y francesa que inspiraron los valores liberales de las Cortes de Cádiz⁵³.

Recibido: 30 de abril de 2017
Aprobado: 25 de julio de 2017

⁵³ Miguel Artola Gallego, *Los afrancesados*. (Madrid: Ediciones Turner. S.A., 1976), 31 y 32.

LA NACIÓN DE LOS SABIOS PERSEGUIDOS. EPISCOPALISMO, HEREJÍA Y MEMORIA HISTÓRICA EN LAS CORTES DE CÁDIZ¹

Roberto López Vela
(Universidad de Cantabria- IULCE)

RESUMEN

Estudio el debate sobre la Inquisición en las Cortes de Cádiz, teniendo en cuenta la influencia de los libros de Llorente o Puigblanch y la definición del concepto de herejía que se hizo por la Comisión de Constitución. Esto es lo que marcó la nueva visión del pasado español por parte de los diputados liberales. Fueron muy críticos con la Inquisición por sus procedimientos, pero mantuvieron el delito de herejía. De ese pasado quedaron excluidos los descendientes de «judíos» y «moros». Los nuevos «mártires» habían sido los teólogos, biblistas y escritores del XVI perseguidos por la Inquisición. Criticaron el proceso inquisitorial contra el arzobispo Carranza como ataque a la jurisdicción episcopal, poniéndole como ejemplo de prelado sabio y evangélico. Más que en principios liberales, el decreto de abolición de 22 de febrero de 1813 se inscribió en la lógica de propuestas radicales del reformismo del reformismo borbónico.

PALABRAS CLAVE: Cortes de Cádiz, Catolicismo, herejía, abolición de la Inquisición, Carranza, Episcopalismo.

THE NATION OF THE PERSECUTED SCHOLARS. EPISCOPALISM, HERESY AND HISTORICAL MEMORY IN THE COURTS OF CADIZ

ABSTRACT

I study the debate on the Inquisition in the Cortes of Cadiz, taking into account the influence of Llorente or Puigblanch books and the definition of the concept of heresy that was made by the Committee on Constitution. This is what marked the new vision of the Spanish past by Liberal members. They were very critical of the Inquisition because of their procedures, but they kept the crime of heresy. The descendants of «Jews» and «moros» were excluded from that past. The new «martyrs» were theologians, Biblical scholars and writers of the 16th persecuted

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación HAR 2015-6894-C3-1-P. “De reinos a naciones. Las transformaciones del sistema cortesano (Siglos XVIII-XIX)”.

by the Inquisition. They criticized the Inquisition against Archbishop Carranza as attack the episcopal jurisdiction, putting him as an example of wise and Evangelical prelate. More on liberal principles, Decree of abolition of February 22, 1813 he joined the logic of radical proposals for the reformism of the Bourbon reformism.

KEYWORDS: Cortes de Cádiz, Catholicism, heresy, abolition of the Inquisition, Carranza, Episcopalianism.

1. Proceso constituyente y abolición del Santo Oficio

La crítica a las inquisiciones española, romana o portuguesa tuvo gran importancia en la propaganda de las corrientes reformadas contra los «papistas» durante los siglos XVI y XVII. Igualmente, su existencia generó debates entre las corrientes católicas durante ese período, con importantes consecuencias sobre el modelo de Iglesia. No obstante, fue en el siglo XVIII cuando más se generalizó la crítica a esta institución en Europa desde una perspectiva no confesional². En España este cuestionamiento fue más limitado, al menos hasta el último tercio del siglo³. Aquí, la Revolución Francesa provocó una profunda crisis que progresivamente fue afectando las raíces de la monarquía española, poniendo en cuestión, entre otras cosas, la existencia del Santo Oficio, una institución central en el modelo de estado construido a partir de los Reyes Católicos. El debate fue más tardío que en Italia, pero incomparablemente más intenso y cargado de consecuencias. Ninguna de las inquisiciones que se abolieron entre la última mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX tuvo un final tan problemático. En ningún sitio, como en las Cortes de Cádiz⁴, se debatió tanto de la compatibilidad entre el Santo Oficio y la «libertad» o sobre los efectos que había tenido la acción inquisitorial en la historia «nacional». Fue una polémica incomparablemente más compleja y amplia de las muchas que se habían desarrollado sobre estas materias. Uno de los debates más emblemáticos en Europa de cuantos se dieron entre los partidarios del fanatismo o el absolutismo, frente a los defensores de la libertad que traían los nuevos tiempos. Sus consecuencias ayudan a

² Michaela Valente, *Contro l'Inquisizione. Il dibattito europeo secc. XVI-XVIII* (Torino: Claudiana-Torino, 2009).

³ Vittorio Sciuti Russi, *Inquisizione spagnola e riformismo borbonico fra sette e ottocento* (Firenze, 2009).

⁴ Para una visión del momento historiográfico en que se encuentra la investigación y los debates sobre la cuestión son de interés los artículos del libro editado por José Álvarez Junco, Javier Moreno Luzón, *La constitución de Cádiz historiografía y conmemoración* (Madrid, 2006). Bartolomé Clavero, “Cádiz en España: signo constitucional, balance historiográfico, saldo ciudadano”, epílogo a la obra de Carlos Garriga, Marta Lorente, *Cádiz, 1812. La Constitución jurisdiccional* (Madrid, 2007) 447-526. Sobre el significado de estas cortes, además de esta última obra vid. Carlos Antonio Garriga Acosta, “[Cabeza moderna, cuerpo gótico](#): la Constitución de Cádiz y el orden jurídico” *Anuario de historia del derecho español*, 81, (2011), 99-162; Ignacio Fernández Sarasola, *La constitución de Cádiz. Origen, contenido y proyección internacional* (Madrid, 2011). Sobre los planteamientos constitucionales anteriores a la convocatoria de las Cortes, vid. José María Portillo Valdés, *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812* (Madrid, 2000).

entender la alargada sombra que proyectó el Tribunal español en la historiografía y la memoria histórica occidental durante el siglo XIX y buena parte del XX.

La primera abolición del Santo Oficio español por Napoleón el 4 de diciembre de 1808⁵, supuso para la institución algo semejante a lo que implicó para la monarquía la abdicación de Bayona, la entronización de José Bonaparte y el comienzo de la Guerra de la Independencia. La supresión del Consejo de Inquisición en diciembre de 1808, cuando se daba un período de sede vacante tras la dimisión de Ramón José de Arce como Inquisidor General, dejó a los tribunales sin capacidad de respuesta. Desde entonces los tribunales que no fueron suprimidos o destruidos por los ejércitos napoleónicos, fueron incapaces de actuar contra quienes cuestionaban la fe o la existencia del Santo Oficio⁶. Por lo que sabemos, desde diciembre de 1808, de hecho, los tribunales inquisitoriales no cumplieron con su misión de perseguir a los delincuentes contra la fe.

Desde la abolición napoleónica, nada podría volver a ser como antes. La existencia del Tribunal pasó a formar parte de la crisis abierta a partir de la primavera de 1808, marcada por la «revolución» y un intenso debate político planteado en términos constitucionales. Desde la instalación de la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino en septiembre de aquel año, la soberanía quedó ligada a la fidelidad a la dinastía borbónica y al catolicismo⁷. Se entendió el catolicismo como un elemento indispensable de la independencia y la libertad de la nación. Una opción fundamental que, sin embargo, dejaba abierto el lugar que debía corresponder a la Iglesia en la nueva organización del estado y, por supuesto, todo lo referente a la existencia del Santo Oficio.

La reforma de la Iglesia fue una necesidad ampliamente sentida en aquellos años, acaparando buena parte de los debates de las Cortes de Cádiz⁸. Desde 1810 los partidarios del absolutismo hicieron lo posible para restablecer la dirección inquisitorial a través de los miembros del Consejo presentes en Cádiz. Querían que volviesen a funcionar los tribunales y se reanudase la persecución de la herejía o se prohibiesen las obras que atentaban contra la fe o criticaban al Santo Tribunal. Dada la intensidad del enfrentamiento, el debate sobre el Santo Oficio se postergó para después de aprobar la Constitución. No es extraño que se considere, qué entre las polémicas de las Cortes de Cádiz, la de la Inquisición fue la que tuvo más impacto en

⁵ Gerard Dufour, “¿Cuándo fue abolida la Inquisición en España?”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 13, (2005), 93-107

⁶ Una visión general, en Emilio La Parra, María Ángeles Casado, *La Inquisición en España. Agonía y abolición* (Madrid: Los libros de la Catarata, 2013) 89 y ss.

⁷ Portillo Valdés, *Revolución de nación*, 213 y 193.

⁸ Emilio La Parra López, *El primer liberalismo y la Iglesia* (Alicante: Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Diputación Provincial, 1985).

la opinión pública. De aquí salió su segunda abolición y la instauración de los Tribunales Protectores de la Fe por el decreto de febrero de 1813⁹.

Nadie pareció echar de menos al Santo Oficio en los territorios controlados por José I ni entre los «afrancesados». Su abolición aquí parece que fue efectiva y no generó debates significativos, si bien es verdad que la presencia de los ejércitos franceses no creaba el marco más adecuado. En cambio, en los territorios patrióticos, la abolición napoleónica permitió al Tribunal recuperar una presencia simbólica que había quedado desdibujada en los últimos años del reinado de Carlos IV, durante el gobierno del inquisidor general Ramón José de Arce¹⁰. La Inquisición se convirtió en una bandera para los sectores más identificados con el absolutismo, empeñados en convertir el conflicto en una guerra de religión bajo la divisa de «Dios, patria y rey»¹¹. Su restitución frente la abolición despótica por parte Napoleón, pasó a ser una divisa «patriótica» del grueso de la jerarquía eclesiástica. Los días 9 y 10 de enero de 1813, en pleno debate en las Cortes sobre el Tribunal, Riesco, inquisidor de Llerena y diputado en las Cortes, consideró traidores y cómplices de Napoleón a quienes defendían su abolición¹². Este fue un argumento intensamente utilizado por los absolutistas durante la guerra. En cambio, en el *Dictamen*, se trazó también un estrecho paralelismo entre los métodos de procesar de la Inquisición y los que se seguían por los tribunales napoleónicos¹³. Este argumento, sin embargo, tuvo una difusión más escasa. Parece que en esta coyuntura resultó más fácil utilizar como argumento patriótico la restitución del Santo Oficio, que su supresión.

En las sesiones de las Cortes de Cádiz dedicadas al Tribunal, los partidarios de su abolición hablaron mucho de libertad, despotismo e ilustración, algo que ha contribuido a convertir este debate en un símbolo de ese liberalismo hispano nacido en torno a la Constitución de 1812¹⁴. Sin embargo, el decreto de abolición contenía otras disposiciones que poco tenían que ver el liberalismo. Siguiendo los principios episcopalistas¹⁵ y reforzando el contenido intolerante de la Constitución recién aprobada¹⁶, en el *Dictamen* a las Cortes de la Comisión de Constitución sobre el Santo

⁹ Para una comparación entre las dos aboliciones vid, Manuel Revuelta González, “Las dos supresiones de la Inquisición durante la Guerra de la Independencia”, *Miscelánea de Comillas*, 139 (2013), 221-263.

¹⁰ José María Calvo Fernández, *Ramón José de Arce: Inquisidor General, arzobispo de Zaragoza y líder de los afrancesados* (Zaragoza: Fundación Zaragoza, 2008).

¹¹ Enrique Martínez Ruíz, Margarita Gil, *La Iglesia Española contra Napoleón. La guerra ideológica*, (Madrid, 2010).

¹² *Discusión del Proyecto de Decreto Sobre el Tribunal de la Inquisición* (Cádiz: Imprenta Nacional, 1813) 148.

¹³ *Discusión*, 30.

¹⁴ Francisco Martí Gilabert, *La abolición de la Inquisición Española* (Pamplona, 1975); José Antonio Escudero López, *La abolición de la Inquisición española* (Madrid, 1991); La Parra, *El primer liberalismo y la Iglesia*; La Parra, Casado, *La Inquisición en España*; Fernando Peña Rambla, *La Inquisición en las Cortes de Cádiz. Un debate para la historia* (Castelló de la Plana: Universitat Jaume I, 2016).

¹⁵ La Parra López, *El primer liberalismo*, 16 y ss; Sciuti Russi, *Inquisizione spagnola*, 213 y ss.

¹⁶ Juan Pablo Domínguez, “Intolerancia religiosa en las Cortes de Cádiz”, *Hispania*, 255, (2017), 155-183.

Oficio, se presentó una propuesta de abolición del Tribunal, que incluía la creación de unos Tribunales Protectores de la Fe, encargados de juzgar el delito de herejía. Con pequeños cambios, la mayoría de los diputados aprobó esta medida que, como señalaba el *Dictamen*, trataba de restablecer la antigua legislación de la nación. Esto suponía abolir la Inquisición y restablecer el delito de herejía que, en la práctica, no se perseguía desde diciembre de 1808 ¿Qué cambio implicaba esta medida respecto a cuanto había sido y hecho el Santo Oficio, creador de otra tradición con más de trescientos años de antigüedad? ¿Hasta qué punto la abolición suponía una ruptura de corte liberal, como se ha señalado tantas veces, o entroncaba con el ideario más radical del reformismo borbónico?

No fueron originales los principios doctrinales en los que sustentaron la creación de los nuevos tribunales de la fe. Los diputados partidarios de la abolición prefirieron utilizar la historia como testigo de cargo contra la institución. Fue un esfuerzo de articular la abolición a través de otra interpretación del pasado que debería constituir la argamasa de la nueva memoria histórica de esa nación que se estaba alumbrando ¿En qué medida esta visión cambiaba la tradicional y encontraba en el pasado los símbolos del carácter anticristiano de la Inquisición y de su persecución contra los más devotos? Resolver este punto era algo fundamental para legitimar la supresión del Santo Oficio y la misma Constitución a cuyo amparo se tomaba esta decisión. Si el recurso a la historia fue importante para justificar las decisiones de las Cortes¹⁷, en este debate lo fue aún más.

El propósito de este trabajo es responder a estas preguntas, partiendo del *Dictamen* que centró los debates posteriores, utilizando las intervenciones de algunos de los diputados liberales más señalados para seguir su análisis histórico. En gran parte, sus elaboraciones partieron de las obras de J.A. Llorente y A. Puigblanch, escritas con la clara intención de influir en estos debates. Sin su publicación, difícilmente se podría entender lo que se dijo en Cádiz. Fueron libros que se tradujeron poco después a diversas lenguas y tuvieron gran fortuna editorial hasta mediados del siglo XIX.

2. Los libros que prepararon el debate de las Cortes

Cuando comenzaron a publicarse obras en España preparando el gran debate que en torno a la Inquisición se iba a dar en Cádiz, el tema ya había tenido un amplio y negativo tratamiento en Europa, especialmente a través de obras literarias de gran repercusión, publicadas en Francia o Inglaterra¹⁸. Como diría J. A. Llorente pocos años después en su *Historia crítica de la Inquisición española*, toda esta producción carecía

¹⁷ Joaquín Varela Suances-Carpegna, *La monarquía doceañista (1810-1837)*, (Madrid, 2013), 62 y ss; J. Manuel Nieto Soria, *Medievo Constitucional. Historia y mito político en los orígenes de la España contemporánea (1750-1814)* (Madrid, 2007); Faustino Martínez Martínez, “Lecturas constitucionales gaditanas”, *Cuadernos de Historia del Derecho*, 20, (2013), 301-303.

¹⁸ Daniel Muñoz Sempere, *La Inquisición española como tema literario política, historia y ficción en la crisis final del Antiguo Régimen* (Londres:Tamesis 2008).

de la información más elemental¹⁹. Eran relatos figurados de presos fugados o de esbirros del Tribunal, que contaban prácticas terribles. En realidad, diversos recursos literarios al servicio de una producción de ficción. La ruptura con este tipo de relatos se produjo con la publicación en 1811 de *La Inquisición sin mascara* de Puigblanch²⁰ y poco después de la *Memoria histórica sobre cuál ha sido la opinión nacional de España acerca del Tribunal de la Inquisición* de Juan Antonio Llorente²¹, antiguo secretario del tribunal del Santo Oficio de Corte y desde 1809 responsable de los archivos del Consejo por designación de José Bonaparte²². Poco después este mismo autor escribió los dos volúmenes de *Anales de la Inquisición de España*²³ en que ampliaba lo ya señalado en su *Memoria histórica* con documentación de gran calidad. Todas ellas fueron obras comprometidas con la causa de la abolición del Santo Oficio y tuvieron un fuerte componente propagandístico. Las dos primeras, además, estuvieron muy presentes en los debates que se dieron en Cádiz.

La *Memoria histórica* fue leída en 1811 en la Real Academia de la Historia²⁴ por el afrancesado Llorente en el Madrid de José Bonaparte. Su marco político fue, por tanto, la Constitución de Bayona²⁵ y la abolición del Tribunal decretada por Napoleón. En mi opinión, el objetivo fundamental del libro fue influir en el debate que ya se estaba dando en Cádiz sobre la Inquisición y que, como era previsible, iba a encrespase en cuanto las Cortes comenzasen a tratar el tema. Llorente quiso justificar la abolición del Tribunal como expresión del rechazo que desde su establecimiento habían sentido los españoles hacia él. Para demostrarlo, analizaba y publicaba documentación de los archivos del Consejo de Inquisición correspondiente a sus primeras décadas de existencia. Por supuesto, era una documentación de una calidad incontestable. Demostraba que aquellos años habían estado muy lejos de esa «veneración inmemorial» que, según la propaganda oficial, habían sentido los reyes y sus súbditos hacia el Santo Oficio. A través de sus páginas, se comprobaba que las Cortes u otras instituciones de los reinos, habían hablado bastante a finales del siglo XV y comienzos del XVI sobre los «excesos» de los inquisidores y sus ministros. Los conflictos jurisdiccionales habían sido una constante. También se habían plantado importantes proyectos de reforma para reducir a la Inquisición a los principios del derecho común, anulando el secreto y esa forma de proceder que le había convertido en un tribunal único. A este debate se habían sumado en esos años importantes prelados y nobles, manifestando críticas a sus «métodos tiránicos».

¹⁹ Utilizo la edición de Hiperión publicada en 4 vols, Madrid 1981. La edición original se realizó en París entre 1817 y 1818. La cita corresponde a pp. 2 y ss.

²⁰ Cádiz: Imprenta de D. Joseph Niel, 1811.

²¹ Madrid: Imprenta de Sancha, 1812.

²² Enrique de la Lama Cereceda, *Llorente un ideal de Burguesía* (Pamplona, 1991) 304.

²³ Madrid, 1812-1813.

²⁴ Sobre este asunto vid. Gerard Dufour. *Juan Antonio Llorente. El factótum del rey intruso* (Alicante, 2014) 63-170. Sobre esta institución en estos años vid, Eva Velasco Moreno, *La Real Academia de la Historia en el siglo XVIII. Una institución de sociabilidad* (Madrid, 2000).

²⁵ Ignacio Fernández Sarasola, *La constitución de Bayona (1808)* (Madrid, 2007); Dufour, “¿Cuándo fue abolida la Inquisición en España?”, 94 y ss.

Por mucho que la crítica tildó a Llorente de «irreligioso», su perspectiva en la obra fue la de un regalista católico, comprometido con la reforma de la Iglesia para adecuarla a la nueva monarquía de Bonaparte. Para él, la Inquisición había conseguido moverse entre el papado y la monarquía, logrando acumular un poder despótico desde el que impuso su política intolerante y fanática. Defendía el episcopalismo, pero bajo el férreo control del monarca y dentro de una política de control de fe de marcado carácter tolerante.

En aquellos años la *Memoria histórica* tuvo una gran repercusión. La información que presentó abrió una brecha en esa visión dichosa de la relación entre los españoles y la Inquisición, que ya nunca pudo ser cerrada. Llorente tuvo que pagar un alto precio por ello y desde la publicación del libro sufrió las más furibundas críticas, que se incrementaron notablemente tras la publicación de su *Historia crítica de la Inquisición en España*. Primero fue uno de los personajes más execrables para los serviles, después para los absolutistas y más tarde para las diversas corrientes conservadoras del siglo XIX hispano. Como se verá, la *Memoria histórica* fue muy utilizada en Cádiz por los diputados partidarios de la abolición del Santo Oficio que, por supuesto, disimularon su fuente de información. Gracias a lo que expuso Llorente, los diputados abolicionistas pudieron dar mayor consistencia a sus referencias históricas del Tribunal y hablar, como hizo el *Dictamen*, del rechazo que los españoles habían sentido hacia él desde su erección. Su libro, aunque no se le citase y se descalificase al autor sin compasión, dio credibilidad a la visión de la conflictiva relación que la Inquisición había mantenido con los españoles. Los diputados absolutistas perdieron en gran parte lo que hasta entonces había sido una de sus grandes bazas: la justificación del Santo Oficio a través del recuso a la historia.

Puigblanch escribió *La Inquisición sin mascara* en Cádiz y, a diferencia de Llorente, no pudo utilizar la documentación de los archivos inquisitoriales. Él, no obstante, no quiso publicar una obra de historia, sino un alegato doctrinal contra el Tribunal que incluía abundantes «pruebas» históricas y proporcionaba información sobre su estructura y funcionamiento. Como poco después sancionaría la Constitución de 1812, Puigblanch partió de una defensa de la confesionalidad de la «nación». Como el grueso de los liberales españoles de estos años, estuvo lejos de defender la libertad religiosa²⁶. Como era habitual entre los enemigos del Tribunal, su modelo de Iglesia era claramente episcopalista y se encontraba en los primeros tiempos del cristianismo, lo anterior al siglo VI. De este período sacó los ejemplos de una Iglesia evangélica que constantemente contrapuso a ese otro modelo que se había impuesto en los siglos IX y X. La Inquisición había salido de semejante «noche tenebrosísima», marcada por la «decadencia» doctrinal y la falta de disciplina entre los eclesiásticos²⁷. Para Puigblanch esta institución fue «hechura de los pontífices»,

²⁶ Este conservadurismo de los liberales hispanos, que en esto se diferenciaron algo de los franceses, ya fue puesto de relieve por Joaquín Varela Suances-Carpegna, *La teoría del Estado en las Cortes de Cádiz*, Primera edición en 1983 (2º ed. Madrid, 2011); Portillo Valdés, *Revolución de nación*, 369 y ss.

²⁷ *La Inquisición sin mascara*, 53.

habiendo despertado desde el principio «la resistencia más decidida y tenaz» de todas las clases, incluyendo clérigos, en las naciones en donde se había implantado. La obra se articuló en torno al binomio Tribunal/rechazo social. «Los apóstoles, decía Puigblanch, anunciaban el evangelio dejando intacta a los pueblos la libertad de admitirle o desecharle, y sin valerse de otros medios que la beneficencia o la persuasión»²⁸. Nada más opuesto al espíritu evangélico que un tribunal dedicado a imponer la religión mediante el terror. Igualmente, en los primeros siglos del cristianismo los obispos trataron la herejía a través de la persuasión, la discusión y el ejemplo, nunca con tribunales y violencia. El horizonte de Puigblanch era un Estado católico a la vez que profundamente tolerante, con una iglesia regida por obispos implicados con la predicación doctrinal y la corrección de las ovejas descarriadas. El resultado fue una de las obras más comprometidas con la defensa del episcopalismo en España y con el rechazo a cualquier tribunal que tuviese como objetivo castigar las desviaciones religiosas o el ejercicio de otra confesión.

Como tribunal nacido en la Edad Media, fruto de la ignorancia y el fanatismo, para Puigblanch el Santo Oficio tenía un «origen impuro, su código ha recogido al parecer las heces de todas las legislaciones bárbaras hasta reducir a sistema la ilegalidad»²⁹. Evidentemente, no era reformable. Más que corregir herejes, la Inquisición los había creado con su rigorismo y sus métodos torticeros. Esta era la razón por la que había perseguido a los más devotos y los mejores intelectuales del siglo XVI. Como el grueso de los jansenistas y liberales, Puigblanch sintió gran admiración por los teólogos y biblistas de esta centuria³⁰. De entre ellos, destacó al arzobispo de Toledo B. Carranza³¹, «uno de los profesores más ilustres que ha sacrificado la Inquisición», que además había sido un arzobispo ejemplar en su labor evangélica. El mejor símbolo de la persecución inquisitorial contra la Iglesia evangélica y episcopalista que algunos prelados intentaron poner en pie durante el siglo XVI. A través de este arzobispo, Puigblanch enlazó estrechamente dos cosas esenciales en su visión histórica: la persecución del Tribunal contra los sabios, sobre todo eclesiásticos, y contra los prelados. En la *Inquisición sin mascara*, se presentó a Carranza como un hombre virtuoso de grandes conocimientos y mayor severidad espiritual, que se distinguió por llevar a cabo una labor intensa de adoctrinamiento de herejes fuera de España. Esta fue la razón por la que Felipe II le nombró arzobispo de Toledo, suscitando la animadversión entre los de su «claustro». Los enemigos de

²⁸ *Ibidem*, 88-89.

²⁹ *Ibidem*, 91.

³⁰ La Parra López, *El primer liberalismo*, 11.

³¹ Sobre este fundamental proceso vid. José Ignacio Tellechea Idígoras, “El proceso del arzobispo Carranza”, en *Historia de la Inquisición en España y América*, vol. I, dir. Joaquín Pérez Villanueva, Bartolomé Escandell Bonet (Madrid: BAC, 1984) 556-599. Para seguir los avatares de este proceso, consultar los trabajos de Ignacio Tellechea Idígoras, recogidos en diversos libros recopilatorios, en el último de ellos, *El arzobispo Carranza. “Tiempos Recios”*, 4 vols, (Salamanca 2003-2007). En el primer volumen se incluye un listado con los más de 150 trabajos del autor sobre el tema hasta su fallecimiento. Sobre su acción como arzobispo de Toledo entre 1558 y 1559, vid. Roberto López Vela, “Los programas del arzobispo Carranza, la acción del Santo Oficio en Toledo y la crítica a la Inquisición (1558-1559)”, *Huarte de San Juan*, 20 (2013), 201-273.

Carranza delataron al Santo Oficio un catecismo que acaba de publicar. Puigblanch debió tener algún conocimiento de esta obra, porque citó un largo párrafo de su introducción, cosa que hasta entonces no se había hecho. Este catecismo circuló muy poco en España antes de su prohibición y después prácticamente desapareció.

Puigblanch realizó un notable esfuerzo en el tratamiento de la figura de Carranza y, sin embargo, cometió errores sustanciales que, una persona rigurosa como él, hubiese podido evitar de haber leído la biografía de Salazar y Mendoza sobre el arzobispo³². Quizá no pudo disponer de esta obra en Cádiz o la prisa con que compuso el libro no le permitió consultarla. Seguramente hubo una combinación de ambas. Este fue el marco de penuria en el que se escribió y debatió en Cádiz. En el caso de Carranza, Puigblanch equivocó las fechas de inicio y final del proceso o describió el forcejeo de la Inquisición y el rey frente al papado, por no estar sujeto «el reo» a este tribunal en su «calidad de obispo» (lo cual no era cierto). Esta fue la razón por la que, según él, el Santo Oficio intentó juzgar su causa y después retrasar su despacho cuando comprendió que no podía evitar que fuese juzgado por el papado. Inexactitudes y errores como estos dieron pie a los numerosos detractores de la obra para despreciarla en las décadas siguientes. Según Puigblanch, en Roma, «el tribunal absolvió a Carranza, sin embargo, por no irritar a la Inquisición y al rey» (...) «le obligó a que abjurase como sospechoso de herejía». Igualmente dio cuenta de las maniobras del Tribunal y del rey para lograr que en el concilio de Trento no se aprobase el catecismo anteriormente prohibido por la Inquisición española. La conclusión de Puigblanch fue contundente

a la favorable censura que esta obra mereció en Trento, debo añadir (para que mejor se conozca la iniquidad con que procedió la Inquisición), que Carranza la había sujetado no sólo al juicio de la Iglesia, sino también a todo inteligente capaz de enmendar sus yerros, en que involuntariamente pudo haber incurrido. ¡Qué mayor abono puede desearse en un libro católico, que más se puede exigir de un escritor³³.

Explicada de esta forma, la condena a Carranza era en un manifiesto contra el Santo Oficio y contra el rey, apareciendo el papado como cómplice imprescindible en sus abusos y tiranías. En la interpretación de Puigblanch estos tres poderes habían sido la base del sistema despótico que había dominado en España durante siglos, siendo la Inquisición su encarnación más evidente y repugnante.

³² *Vida y sucesos, prósperos y adversos, de Fray Bartolomé de Carranza y Miranda, Arzobispo de Toledo*. En mi opinión la obra fue escrita en los primeros años del siglo XVII y circuló manuscrita hasta su edición a finales del siglo XVIII. Para ver esta edición y su incidencia en la historiografía ilustrada y liberal, vid. mi trabajo, “El proceso a Carranza y la crítica a la Inquisición en el Antiguo Régimen y el primer liberalismo”, en *Los vestidos de Clío. Métodos y tendencias en la historiografía modernista española (1973-2013)*, ed. Ofelia Rey Castelao, Fernando Suárez Golán (Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2015) 1033-1054.

³³ *La Inquisición sin máscara*, 235-238, la cita textual corresponde a 238.

Es cierto que en el rápido análisis de Puigblanch sobre este proceso, encontró malévolas rencillas entre eclesiásticos que, gracias a la intervención del Tribunal y del rey, se transformaron en un proceso infame. El ataque sistemático que, según el autor, la Inquisición realizó contra la jurisdicción episcopal fue lo que le hizo indignarse contra la petición de muchos prelados a las Cortes para el restablecimiento de la Inquisición³⁴. Para él, la única explicación era que «la tenebrosa esclavitud hace al hombre amar su propia degradación», llevando a los prelados a pedir el restablecimiento del Tribunal que a lo largo de los siglos les había humillado y despojado de competencias³⁵. Efectivamente, Puigblanch dedicó muchas y bien informadas páginas de su obra a denunciar los atropellos que habían sufrido los obispos y su jurisdicción en los numerosos conflictos de competencia suscitados por los inquisidores³⁶. Presentadas las cosas de esta manera, era la misma historia quien descalificaba a los prelados que ahora la activación del Santo Oficio. Puigblanch también habló del tratamiento infame que el Santo Oficio había dado a Fray Luis de León, al Brocense y a tantos otros teólogos e intelectuales eclesiásticos. Todos ellos configuraban la galería de sabios eclesiásticos contra los que había procedido la Inquisición, intentando destruir todo lo que fuese conocimiento, capacidad crítica y progreso, potenciando, en cambio, la ignorancia y los comportamientos más viles.

3. El *Dictamen* y la definición del delito de herejía

Como es sabido, en el *Dictamen* elevado a las Cortes por la Comisión de Constitución se proclamó la incompatibilidad entre la Constitución y el Santo Oficio. Era algo que estaba en el ambiente desde el momento en que se había reconocido la libertad de imprenta³⁷. Mientras, el debate sobre la Inquisición se había postergado hasta la aprobación de la Constitución, e incluso después, los diputados liberales buscaron las mejores condiciones para abrirlo, encargando a la Comisión de Constitución que elevase una propuesta a las Cortes³⁸. El debate en la ciudad de Cádiz sobre su abolición era también intenso y crispado³⁹. El *Dictamen* se firmó el 13 de noviembre de 1812. Partía de lo dispuesto en el Artículo 12 de la Constitución en el que se había consagrado el catolicismo como única religión de la nación, estableciendo la obligación del estado de protegerla y prohibiendo cualquier otra⁴⁰. El

³⁴ Martí Gilarbert, *La abolición*, 100 y ss. Esta actitud de los obispos se radicalizó tras el decreto de abolición de 1813, vid. Leandro Higuera del Pino, “Actitud del episcopado español ante los decretos de supresión de la Inquisición 1813 y 1820”, en *Inquisición española. Nueva visión, nuevos horizontes*, dir. Joaquín Pérez Villanueva (Madrid, 1980) 939-980.

³⁵ *La Inquisición sin máscara*, 433-436.

³⁶ De esto me ocupé en “La jurisdicción inquisitorial y la eclesiástica en la historiografía”, *Espacio, Tiempo y Forma, Historia Moderna*, 7 (1994), 389 y ss.

³⁷ Emilio La Parra López, *La libertad de prensa en las Cortes de Cádiz* (Valencia, 1984); Escudero López, *La abolición*, 28.

³⁸ Martí Gilabert, *La abolición*, 88 y ss.; La Parra, Casado, *La Inquisición en España*, 90 y ss.

³⁹ Jesús Martínez Baro, “*Las hogueras se extingan*. La inquisición en la poesía de la prensa gaditana entre 1811-1815”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 13 (2005), 109-139.

⁴⁰ El artículo 12 establecía «La religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera. La Nación la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquiera otra» Manuel Moreno Alonso, *La Constitución de Cádiz. Una mirada crítica* (Sevilla:

documento presentado por la Comisión de Constitución estaba muy elaborado y pretendía desarrollar la Constitución, justificando la abolición del Santo Oficio para crear los «Tribunales Protectores de la Fe». Se habían pedido noticias a los tribunales inquisitoriales no controlados por los franceses, Mallorca y Canarias, habiendo leído igualmente con atención cuanto habían dicho «los escritores nacionales» sobre la institución⁴¹.

Hubo algunos diputados que afirmaron conocer bien la actividad de la institución por haber sido familiares, comisarios o calificadores. En realidad, se trataba de miembros de la organización de distrito bastante marginales en el funcionamiento del aparato inquisitorial y demostraron saber poco, bastante menos de lo que había escrito Puigblanch. En cambio, Francisco Riesco, inquisidor de Llerena, sabía bien lo que decía cuando habló del Tribunal⁴². No obstante, no fueron pocos los que demostraron tener información de cosas del Santo Oficio que, como dijo Capmany, había visto en «en documentos inéditos que se me venían a las manos al tiempo que en los archivos buscaba yo otras materias». Así, dio cuenta de algunos conflictos de competencia protagonizados por el tribunal de Barcelona, que le sirvieron para demostrar los sistemáticos abusos del Santo Oficio⁴³. Efectivamente, sus procedimientos eran secretos, su documentación gozaba de la mayor protección y no era tanto lo que se sabía de su funcionamiento, pero su existencia o la de sus inquisidores y oficiales, había dejado numerosas huellas en archivos y bibliotecas a través de conflictos jurisdiccionales, de lo referente a su hacienda o de cualquier otra faceta. En las mismas discusiones de Cádiz, sin tener acceso a los archivos de la institución, algunos diputados, como Jerónimo Lorenzo Villanueva, manejaron información proveniente de diversas fuentes, que le permitieron contestar los argumentos más jurídicos de Iguanzo, Riesco u otros partidarios del restablecimiento del Santo Oficio⁴⁴. Los debates de Cádiz demostraron que en España, a diferencia de lo que ocurría en Francia o Inglaterra, había un cierto conocimiento las cosas del Tribunal, posiblemente equiparable al que se tenía de otras instituciones de las que tampoco se sabía tanto. La Inquisición estaba lejos de ser esa organización misteriosa y clandestina, dedicada a la conspiración y rodeada de secreto y silencio. Este fue un filón que supo explotar con éxito la propaganda liberal, pero no correspondía a la realidad.

Ediciones Alfaro, 2011) 235. Sobre las implicaciones de este artículo y el tratamiento de los aspectos relativos a la religión y la Iglesia, vid. José María Portillo Valdés, “De la Monarquía Católica a la nación de los católicos”, *Historia y Política*, 17, (2007), 17-35; Cayetano Núñez Rivero, “El tratamiento religioso en la Constitución de Cádiz”, *Revista de Derecho Político*, 82, (2011), 351-390; María Teresa Regueiro García “Liberales de 1812 y relaciones Iglesia-Estado”, *Revista de Derecho Político*, 82, (2011), 391-428.

⁴¹ *Discusión del proyecto de decreto sobre el tribunal de la Inquisición* (Cádiz, 1813) 2; Martí Gilabert, *La abolición*, 105-107; La Parra López, Casado, *La Inquisición en España. Agonía y abolición*, 99 y ss.

⁴² *Discusión*, 143 y ss.

⁴³ *Ibidem*, 465 y 467-468.

⁴⁴ *Ibidem*, 427 y ss.

3.1 El episcopalismo y la corrección de los herejes

Habiendo prohibido el Artículo 12 explícitamente el ejercicio de «cualquier otra religión», podía pensarse que cometería un delito quien infringiese este mandato. No obstante, la Constitución no especificó cuál sería su tipificación, ni si sería civil o eclesiástico el tribunal encargado de juzgarlo. Llenar este vacío fue lo que intentó el *Dictamen* que, como no, partió de los innumerables bienes que el catolicismo había reportado a la nación desde la época romana. Así, cuando, los visigodos llegaron a la península y gobernaron la monarquía, los españoles continuaron fieles a su religión, negándose a abrazar el arrianismo. Desde la conversión de Recaredo en el III Concilio de Toledo, el catolicismo había sido la religión de la nación y esta había legislado para protegerlo o combatido para defenderlo. Incluso, en el siglo XVI luchó fuera de sus fronteras por él, «aunque sin fruto». Según el *Dictamen*, la Constitución recién aprobada había entendido que

la religión católica es intolerante civilmente y antisocial por consecuencia necesaria; pero la religión católica en si misma prescinde de la autoridad civil, se acomoda y prospera en todos los estados y bajo todos los gobiernos; es católica, es decir, universal, e instituida para todos los hombres; en este sentido ni es tolerante ni intolerante; la ley civil es la que únicamente admite o excluye de los estados la diversidad de religiones.

Correspondía a cada nación, por tanto, señalar si protegía la religión «con admisión o exclusión de cualquier otra»⁴⁵ y España había decidido la exclusión de toda religión que no fuese la católica.

Tras esta declaración de la soberanía de la nación en materia religiosa, el *Dictamen* recurrió al contenido a la *Partida* VII que en su Título XXVI definía la herejía⁴⁶, estableciendo el castigo para los herejes. De esta forma, el *Dictamen* estableció que los delitos contra la religión de los españoles estarían en la esfera del derecho canónico y de los tribunales eclesiásticos. En consecuencia, el delito sería el de herejía, como había ocurrido anteriormente. Una perspectiva esta ajena a lo que habían escrito Llorente o Puigblanch. Después de citar el texto de la *Partida*, en la explicación que se dio de sus disposiciones, introdujo algunas matizaciones,

la herejía consiste en separarse en todo o en parte de la creencia de la Iglesia, no de las opiniones particulares, porque es muy extraño que se condenen los hombres en un país como herejes y libertinos por modos de pensar que en otros países se califican de muy católicos. La fe es una, una la Iglesia en todo

⁴⁵ *Ibidem*, 4.

⁴⁶ Sobre la importancia que se dio a la obra de Alfonso X en la Ilustración y en Cádiz son de gran interés los dos artículos de Faustino Martínez Martínez, “Alfonso X en Cádiz. Visión constitucional de un monarca del Medievo (I)”, *Cuadernos de Historia del Derecho*, 17 (2010), 41-102; “Alfonso X en Cádiz. Visión constitucional de un monarca del Medievo (II)” 19 (2012), 99-203.

el mundo, lo que esta manda creer es objeto de fe, y separarse de ella, y no de las opiniones, es lo que constituye herejía o libertinaje.

Con esta definición, la herejía se situaba en las coordenadas de lo establecido a partir del Concilio de Trento y por la tratadística de los siglos XVI y XVII⁴⁷ que, por supuesto, era la misma que había utilizado la Inquisición en su práctica. Así, amparándose en una legislación medieval, como eran las *Partidas*, reformuló el delito en un sentido más moderno. De esta forma, criticar la Inquisición no implicaba herejía, algo que, según la ley de *Partida* citada, hubiera sido perfectamente posible. Además, añadía una obviedad para los hombres de comienzos del ochocientos: había muchos buenos católicos que vivían en países donde nunca había existido ese tribunal. De ello, el *Dictamen* extraía una conclusión:

la Inquisición nada tiene de común con la fe, que se falta a ella misma o a la caridad, tratando de irreligiosos a los que la impugnan, y que únicamente es un medio humano que adoptaron los reyes en los últimos tiempos, pero que fue desconocido en nuestra antigua legislación⁴⁸.

Siguiendo los principios de los teólogos y tratadistas que habían escrito sobre la cuestión desde la Edad Media, la Comisión de Constitución entendió que «el crimen de herejía» corrompía voluntades induciéndolas a errar. Su comprensión del «crimen de herejía» se mantuvo en los mismos principios del derecho canónico que había seguido la Inquisición, pero confrontando como lo habían aplicado los tribunales episcopales hasta la fundación del Santo Oficio y lo que este hizo posteriormente. En las *Partidas* se establecía que los jueces que debían conocer de la herejía eran los obispos o sus vicarios, que seguían los «trámites para un juicio verdaderamente pastoral y eclesiástico». Se debía conferenciar con los delincuentes, procurando ganarlos a la fe y si volvían, «se les reconcilia con la Iglesia perdonándolos». Si permanecían contumaces, «los que no han querido oír», entonces la Iglesia «los arroja de su comunión, porque han roto los lazos de la fe y de la obediencia». Una vez establecido el delito, acababa el papel de los tribunales eclesiásticos y comenzaba el de «la ley civil; porque a ella pertenece castigar los infractores y tomar todas las medidas convenientes para proteger la religión y mantener el orden en la sociedad»⁴⁹. Consecuente con este principio según el cual la autoridad civil era la responsable de imponer la pena, en el artículo 9 del Proyecto de decreto sobre los Tribunales Protectores de la Fe, se establecía que, una vez fenecida la causa en el tribunal eclesiástico, este debía dar «testimonio» al juez secular «para imponerle la pena que haya lugar por las leyes»⁵⁰. Este había sido el sistema de control de la fe conforme al evangelio con el que habían acabado los procedimientos inquisitoriales.

⁴⁷ Para ver los cambios que se produjeron en la actividad inquisitorial a mediados del siglo XVI, vid. Pérez Villanueva, Escandell Bonet (dir.) *Historia de la Inquisición*, 703 y ss.

⁴⁸ *Discusión*, 5-6.

⁴⁹ *Ibidem*, 6.

⁵⁰ *Ibidem*, 39.

En contra de lo que decían los diputados serviles, el *Dictamen* no pretendió impedir el control de la fe, sino sustituir el tribunal encargado de realizar esta tarea. En él se decía que los españoles habían permanecido fieles a la fe a pesar de las humillaciones y castigos del Santo Oficio y gracias a la labor de los obispos. Se trataba de deshacer una decisión de los reyes, adoptada sin el concurso de la nación para volver a «la ley de *Partida*».

Esta legislación conforme a la voluntad de los pueblos, reclamada por sus procuradores de Cortes, e interrumpida por la sola voluntad de los reyes, dirigidos por miras políticas, cuyo motivo o pretexto ya no existe, conservó, como se ha visto, en su pureza la religión católica en estos reynos por quince siglos; y sin dar lugar a quejas de las provincias y reclamaciones de las Cortes⁵¹.

Una legislación medieval, «que no discrepa un punto de la ley fundamental (la Constitución)»⁵². Los obispos habían mantenido siempre sus facultades sobre las cuestiones de fe, acudiendo ellos o sus jueces a sentenciar las causas de fe junto a los inquisidores, pero «en un lugar muy inferior» a estos y sin participar en la «formación de los procesos»⁵³. Vistas así las cosas, las Cortes no innovarían nada al decretar los Tribunales Protectores de la Fe, porque en ellos, los obispos y sus jueces tendrían todas las facultades, reconociendo la autoridad que ya tienen y han tenido siempre, «ni (las Cortes) traspasan la esfera de sus facultades, como si lo harían si habilitasen a los inquisidores supliendo el poder eclesiástico que los papas han concedido al inquisidor general». Por supuesto, estos nuevos tribunales no heredarían de la Inquisición sus procedimientos, instalaciones, ni su personal o hacienda. Serían enteramente distintos en su estructura, a la vez que enraizados en la más profunda tradición hispana. Tal y como decía el *Dictamen*, «puede haber y habrá hombres que se extravíen y aun intenten difundir sus errores, pero serán unos delitos personales, contra los cuales los ordinarios y los jueces civiles procederán inmediatamente»⁵⁴. Como había ocurrido en los siglos anteriores, el *Dictamen* mantenía la supremacía de ese universo teocrático que implicaba la sujeción de los comportamientos y el pensamiento a la ortodoxia definida por la Iglesia y sus tribunales.

El gran debate que se dio en Cádiz en torno al *Dictamen*, no versó sobre la naturaleza del delito de herejía o la definición que de él se hacía. Para ser exactos, propiamente no hubo debate sobre esta materia. Todos estuvieron de acuerdo en lo fundamental: mantener el mismo delito a través del cual se había garantizado la fidelidad a la fe. Se debatió en torno a si los tribunales encargados de castigar el delito debían ser de jurisdicción episcopal exclusivamente, como proponía el *Dictamen*, o bien se debía restituir al Santo Oficio en sus funciones, como pretendían los diputados serviles.

⁵¹ *Ibidem*, 32.

⁵² *Ibidem*, 26.

⁵³ *Ibidem*, 26.

⁵⁴ *Ibidem*, 32-33.

3.2 Españoles nunca fueron herejes

La propuesta de la Comisión de Constitución fue bastante más allá de lo dispuesto en la misma Constitución. Quizá en ello tuviesen que ver las sucesivas misivas de obispos y arzobispos para restituir el Santo Oficio. Evidentemente, estos no consiguieron su objetivo, pero la propuesta del *Dictamen* tampoco logró contentarles⁵⁵, resultando inevitable el conflicto. En Cádiz se habló poco del derecho canónico sobre la herejía, pero mucho de herejes, sobre todo de aquellos que se sentaban en las Cortes o publicaban artículos difamando la fe y al Santo Tribunal. Jerónimo Lorenzo Villanueva dio cuenta del ambiente creado en la ciudad por la propaganda más conservadora en que se denunciaban las «heregías y errores» de los miembros de la Comisión de Constitución. De aquí se había pasado a que

los enemigos de la constitución creyeron que para barrerla bastaría llamar filósofos e irreligiosos a sus defensores; más viendo frustrado su primer proyecto, siguen pintando como impíos a los que tratan de consolidar la constitución, estableciendo tribunales de la fe análogos a ella ⁵⁶.

Como señaló Capmany, «entre teólogos se levantan estos errores (las herejías) y jamás entre labradores, sastres o zapateros». Los heresiarcas han sido personas de relieve, como «prelados, monges o canónigos, según refieren las historias eclesiásticas». Ahora eran los diputados los que podían incurrir en tan gravísimo error. Consciente de su responsabilidad como diputado, «quizá podré deslizarme en alguna expresión, que espíritus escrupulosos pueden calificar de herética o mal sonante», pero no es esta mi intención y si me extravió, «V.M. se servirá enviarme al tribunal competente»⁵⁷. Una proporción significativa de diputados liberales eran eclesiásticos, como Capmany, y sabían muy bien que era la herejía e hicieron lo posible para que en el futuro ningún tribunal les pudiese juzgar por este delito y menos como heresiarca. Su crítica se dirigió contra la Inquisición, procurando no cuestionar la política confesional seguida por el papado o la monarquía después de Trento, ni deslizar opiniones heterodoxas o discutibles en aspectos doctrinales.

En el *Dictamen* se habló del problema judeoconverso y los graves problemas que había originado a la fe, pero todo eso había desaparecido tras la expulsión de los judíos. Desde entonces no habían existido problemas de herejía en España. Es más, la actuación del Santo Oficio no había logrado otra cosa que conversiones carentes de sinceridad. También era falso que hubiese evitado la herejía en España, porque la extensión de las herejías del siglo XVI había sido obra de los poderosos. «Los príncipes son los que mudan la religión de los pueblos, quando estos no se hallan bien instruidos y consolidados en la fe y quando no tienen la firmeza de carácter

⁵⁵ Sobre los movimientos de los prelados en los meses previos vid. La Parra López, *El primer liberalismo*, 212 y ss.; Leandro Higueruela Pino, «La Iglesia y las Cortes de Cádiz», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 24 (2002) 61-80.

⁵⁶ *Discusión*, 427 y 455.

⁵⁷ *Ibidem*, 465.

inflexible que distingue al español»⁵⁸. Esto es lo que sucedió en Alemania o en Francia, pero resultaba imposible en España. Aquí los gobernantes visigodos no lograron imponer el arrianismo, fueron los españoles quienes les convirtieron al catolicismo. Por el contrario, los partidarios del Tribunal insistieron en el peligro que había supuesto para España el gran número de convertidos del judaísmo que siguieron practicando su antigua religión. El Tribunal había nacido para auxiliar a los obispos en el control de la fe y su mutua colaboración había dado óptimos resultados, logrando la desaparición de los falsos cristianos. Se debatió mucho sobre el papel de la institución en la historia nacional, pero hubo una coincidencia básica entre los diputados de uno y otro bando: los judíos y mahometanos, que durante tantos siglos habían habitado la península negándose a convertirse, jamás formaron parte de la nación, ni tampoco los falsos convertidos de estas religiones. Es decir, la gran mayoría de las condenas inquisitoriales habían sido contra comunidades que habitaron en España cientos de años, más de un milenio en el caso de los judíos, pero nunca fueron españolas. Era algo bastante semejante a lo que se estableció respecto a las comunidades indígenas de América⁵⁹.

La visión del diputado Riesco sobre la herejía fue bastante más compleja que la presentada en el *Dictamen* y conectaba con la posición oficial del aparato inquisitorial del que formaba parte. Los riesgos de herejía en España habían sido importantes y diversos. Gracias a la Inquisición España había quedado al margen de las herejías que habían assolado Europa, pero esto había requerido un gran esfuerzo. Había tenido que hacer frente a la lacra de los falsos convertidos de judío o mahometano, además, de las herejías hispanas, como los iluminados, o a la peligrosa expresión que habían tenido en España las herejías europeas, como los protestantes de Valladolid, dirigidos por el «doctor Cazalla». No obstante, según Riesco, el mayor trabajo había sido desarraigar las malas hierbas que habían dejado entre los españoles la presencia de las comunidades mahometanas.

desterrándose hasta los vestigios y preocupaciones que habían dexado diseminados los moriscos por las sierras, montañas y aldeas de superstición falsa, creencia y milagros supuestos, devociones mal entendidas y mística mal consultada, con prácticas peor dirigidas. Resultando de todo que desde el primer establecimiento del Santo Oficio en España hasta el día de hoy, ha sido la observancia en ella pura, limpia y constante, sin poderse alegar hecho ni documento en contrario⁶⁰.

Frente a la insistencia de los liberales en la injusta persecución a los teólogos y sabios, todos ellos buenos cristianos y españoles, los diputados serviles tendieron a poner el acento en el enorme peligro que había supuesto para la monarquía el gran número de falsos convertidos que, como herejes, habían sido enemigos de la nación.

⁵⁸ *Ibidem*, 33.

⁵⁹ José María Portillo Valdés, *Crisis Atlántica. Autonomía e Independencia en la crisis de la monarquía hispana* (Madrid, 2006).

⁶⁰ *Discusión*, 164.

En contra de lo señalado en el *Dictamen*, para los serviles la superstición y malas prácticas religiosas nada tenían que ver con la escolástica o la propia Inquisición, sino con la gran influencia que habían tenido las religiones enemigas del cristianismo, aun después de la expulsión de judíos y mahometanos. Gracias al trabajo constante y sistemático de los inquisidores se había anulado todo eso. Su labor, no obstante, seguía siendo igual de importante para evitar que otras influencias más modernas y también peligrosas, acabasen con la pureza de la fe. Evidentemente, abolir el Tribunal crearía gravísimos riesgos para la religión y la estabilidad política, máxime en los tiempos de guerra que atravesaba la nación.

3.3. Un tribunal «ignominioso»

Como es bien sabido, el *Dictamen* de la Comisión fue inequívoco: en el sistema de la Inquisición, decía, no hay remedio para estos escándalos; los procesos son siempre secretos, los acusadores no son conocidos; los testigos permanecen ocultos; los reos sienten el golpe y no ven la mano de donde parte; todo se dexa a la honrada y buena fe de los inquisidores, a su ilustración o preocupaciones: son los árbitros por medio de tormentos de probar todos los crímenes, aún los más malditos e increíbles: los calumniadores astutos no hallan óbice a sus inicuos proyectos y maquinaciones⁶¹.

El problema no había sido la herejía, sino la naturaleza del tribunal encargado de juzgarlo. Los procedimientos inquisitoriales eran incompatibles con los derechos del reo o con una averiguación imparcial de los hechos. Tan sólo servían para que los enemigos pudieran denunciar e infamar a las personas, sin que estas se pudiesen defender. Los procesos a Carranza, a fray Luís de León, al padre Sigüenza y a otros muchos, probaban esta afirmación de forma inapelable. La crítica fundamental estaba dirigida contra esos procedimientos ignominiosos, siguiendo una tradición que, como había demostrado Llorente o Puigblanch, se remontaba a los primeros tiempos de la creación del Tribunal.

Ciertamente, señalaba el *Dictamen*, este se había creado en una situación extraordinaria, cuando había un gran número de judíos convertidos que ocultamente practicaban su antigua religión. No habían sido posibles soluciones políticas selectivas, como las que los Reyes Católicos habían utilizado con la nobleza. Los «motivos y circunstancias en los que por entonces no se halló estado alguno y que felizmente no existen ni existirán entre nosotros» fueron los que exigieron decisiones tan graves. En estas condiciones cabían dos opciones, permitir que continuasen en su propia religión mientras se les enseñaba la verdadera para que eligiesen, o bien se adoptaba la vía represiva. Siguiendo lo señalado por Llorente, en el *Dictamen* se decía que la reina Isabel y su confesor Talavera se inclinaron por la primera opción, mientras Fernando y el inquisidor general Torquemada defendieron la segunda, que

⁶¹ *Ibidem*, 19.

fue la que se impuso⁶². Evidentemente, no fue la mejor, «los medios suaves hubieran producido buenos efectos, acompañados de algún otro castigo si hubiera habido constancia en seguirlos». En el *Dictamen*, la erección del Santo Oficio fue muy perjudicial: creó una jurisdicción especial al margen del derecho común, dando a Fernando «un poder terrible» que él y otros sucesores, como Felipe II, utilizaron para imponer el despotismo sobre la nación⁶³.

En ningún momento se criticó en el *Dictamen* la política seguida por el papado y la monarquía contra los luteranos. Cuando se censuró la política seguida por la monarquía, fue para referirse a lo hecho por reyes concretos, siempre de la dinastía austriaca. Por supuesto, los Borbones quedaron excluidos de alusiones descalificadoras y las referencias a ellos fueron más bien para destacar su intervención moderadora frente a la intolerancia inquisitorial. En el *Dictamen* también se aludió a como los reyes habían utilizado el tribunal para destruir a sus antiguos colaboradores, como hizo Felipe II con Carranza. No obstante, se intentó minimizar lo que se podía entender como una crítica a los reyes en general, culpando genéricamente de estas sucias maniobras a sus favoritos. Ellos habían sido los que utilizaron al Santo Oficio para destruir a sus enemigos, como había ocurrido con Carranza, Tavera o Antonio Pérez⁶⁴.

La forma de proceder del Santo Oficio, como señaló Puigblanch, había generado nefastas prácticas sociales que, según el *Dictamen*, se cebaron en las personas que destacaban por su piedad, su saber o su religión. Nada demostraba mejor su carácter intrínsecamente perverso que la persecución ignominiosa que había lanzado sobre quienes se convirtieron al catolicismo o sobre los «sabios». Algunos defensores de la continuidad del tribunal, como Riesco⁶⁵, habían sostenido el buen proceder de los inquisidores como antídoto para detectar las falsas acusaciones e impedir abusos. Este fue un argumento constantemente rebatido y bastantes diputados liberales hablaron de los inquisidores como individuos carentes de la formación necesaria y con tendencia al abuso. Sin llegar a tanto, en el manifiesto de las Cortes a la nación anunciando la abolición del Santo Oficio, se dijo que la religiosidad de los inquisidores nunca fue una garantía de justicia y buen proceder, como probaban los numerosos procesos a intelectuales⁶⁶.

La Comisión de Constitución también tuvo mucho interés en desmontar las supuestas garantías procesales contempladas en los procedimientos inquisitoriales, a las que tanto se refirieron los diputados serviles. La más importante había sido la valoración que daban los calificadores de los escritos o las declaraciones de los reos, gracias a la cual se aseguraba una correcta «calificación» del delito. Según el *Dictamen*, los tres o cuatro calificadores a los que se consultaba, elegidos por el inquisidor

⁶² *Ibidem*, 12-13.

⁶³ *Ibidem*, 16.

⁶⁴ *Ibidem* 19 y 30.

⁶⁵ *Ibidem*, 166 y ss.

⁶⁶ *Ibidem*, 691.

general o los inquisidores, eran los que determinaban las sentencias de los inquisidores.

De la ciencia o preocupación de la probidad o mala fe de estas personas, decía el texto, cuyos nombres ignora el reo, depende el juicio de los inquisidores que arreglan su decisión a la censura de los calificadores. La ignorancia de estos hombres, ha producido esos autillos de fe, que el al mismo tiempo que insultar la razón, deshonran nuestra santa religión⁶⁷.

Se mirase por donde se mirase, los procedimientos inquisitoriales se basaban en la mala fe, la ignorancia o la superstición. No se podían reformar acomodándolos a la Constitución, como solicitaban algunos diputados, porque eran intrínsecamente anticristianos. Su concreción había afectado a todas las áreas de la vida nacional, especialmente a la teología, la ciencia y la cultura. Comenzó prohibiendo el catecismo del arzobispo Carranza, «que mereció el aplauso de la cristiandad» y luego gran número de libros útiles al conocimiento⁶⁸. En el Santo Oficio

se ha visto confundir lo político con lo religioso y tratar de anticatólica las verdades de filosofía, física, náutica y geografía, que la experiencia y los ojos han demostrado. ¿Es posible que se ilustre una nación en que la que se esclavizan tan groseramente los entendimientos?⁶⁹.

4. La historia condenaba al Santo Oficio

Como otros partidarios de la abolición, el diputado Mejía pretendió sacar el debate de los términos planteados por los diputados serviles⁷⁰. Es cierto que Napoleón había abolido despóticamente el Santo Oficio, pero esto no implicaba una disyuntiva entre Cristo y Napoleón, «aquí no se trata de que exista o no la religión. La cuestión es entre españoles igualmente católicos, que desean cumplir la promesa de proteger la religión católica, verdadera y única del estado, como lo ha sido siempre», adoptando medios conforme a la Constitución. Es decir, era un asunto político en el que nada tenía que ver Napoleón o los franceses y que correspondía resolver a los españoles. Algunos consideraban más oportuno esperar a acabar la guerra, promoviendo entre tanto «la ilustración» para que el día que se tratase una cuestión tan sensible, las emociones no arrastrasen todo a su paso. Él, sin embargo, consideraba tarea de estas Cortes decidir sobre el particular, procediendo con categoría de Estado. Como la experiencia ha enseñado, era en los momentos turbulentos cuando las naciones acometían sus grandes reformas, porque en tiempos más tranquilos traían demasiadas alteraciones. A pesar de la guerra, este era el momento más apropiado para tratar lo relativo al Santo Oficio. El éxito o fracaso, sólo dependía de la prudencia en la ejecución de las decisiones. Todos hablaban de

⁶⁷ *Ibidem*, 32.

⁶⁸ *Ibidem*, 17, 23-24.

⁶⁹ *Ibidem*, 32.

⁷⁰ *Ibidem*, 266 y 267.

los intereses del pueblo, pero para él era «particularmente la parte más preponderante y menos respetada, que es la más numerosa y que más pelagra». Ahora era cuando este pueblo requería la mayor atención acometiendo las reformas que más necesitaba. Para él, también la persona «inviolable y sagrada» del rey se encontraría mucho más segura sin Inquisición, como también lo estaría la religión o la independencia de la nación. Abolirla era la mejor forma de garantizar la paz social evitando al mismo tiempo el retorno del despotismo⁷¹. Acabar con la Inquisición, suponía para Mejía, terminar con la posibilidad de volver al absolutismo. Aquí estaba la necesidad y urgencia de tomar una decisión sobre el asunto.

En su crítica a los negativos efectos de la actividad del Santo Oficio, los diputados críticos con el Tribunal fueron bastante más lejos que el afrancesado Llorente. En su *Memoria histórica*, este había tenido buen cuidado en defender el buen nombre de los españoles ante los escritores extranjeros, en cambio, estos diputados no dudaron en recoger los argumentos que durante siglos se habían utilizado en la propaganda contra la política de la monarquía española y que después Julián Juderías denominaría leyenda negra⁷². Tal y como señaló el conde de Toreno, «nació la Inquisición y murieron los fueros y las libertades de Aragón y Castilla; sus Cortes fueron reduciéndose a la nada, y al cabo se aniquilaron». Y es que el Tribunal ha sido siempre incompatible con la libertad y con la seguridad de los bienes y las personas. Según él, las revueltas de Nápoles o de los Países Bajos tuvieron su origen en el rechazo a la Inquisición española. La ruptura con Inglaterra tras la muerte de María Tudor, estuvo motivada por los intentos de Felipe II de imponer este tribunal en la isla y por la dura represión que lanzó contra los herejes. De aquí nació el odio entre dos naciones anteriormente aliadas y cuyos intereses coincidentes auguraban una colaboración estrecha en los siglos siguientes. Igualmente, la actuación del Santo Oficio español, aprensando a los comerciantes extranjeros en los puertos y apropiándose de sus mercancías, había causado la ruina del comercio nacional⁷³. En otras palabras, la Inquisición, no la Monarquía y su política económica o confesional, había sido la causante de la «decadencia» de la nación. Un argumento este que sería consagrado por la historiografía liberal posterior, convirtiéndolo en eje de su interpretación de la historia nacional.

En sus intervenciones, los diputados liberales se movieron en las coordenadas de lo planteado en el *Dictamen*, sin intentar matizar sus análisis o formular otras propuestas. Es evidente que entre ellos hubo una notable disciplina, ocultando cualquier motivo de discrepancia por limitado que fuese. También siguieron y desarrollaron lo que había planteado Puigblanch en su *Inquisición sin mascara*. Además

⁷¹ *Ibidem*, 268-269.

⁷² [Antonio Sánchez Jiménez](#), “La Leyenda Negra: para un estado de la cuestión”, en *España ante sus críticos: las claves de la leyenda negra*, coord. [Yolanda Rodríguez Pérez](#), [Antonio Sánchez Jiménez](#), [Harm Den Boer](#) (Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2015) 23-44; [José Álvarez Junco](#) “De la leyenda negra a la leyenda romántica”, en *La sombra de la leyenda negra*, coord. [María José Villaverde Rico](#), [Francisco Castilla Urbano](#) (2016) 500-540.

⁷³ *Discusión*, 227-231.

de los alegatos genéricos recogidos en el *Dictamen* sobre los males que había causado el Santo Oficio, como había hecho Puigblanch, ligaron la persecución de los sabios, con el sistemático ataque de los inquisidores a la jurisdicción episcopal. Es cierto que una de las misiones del Santo Oficio había sido borrar las huellas de los condenados o de las obras prohibidas y que en esta tarea su éxito había sido notable. Sin embargo, entre quienes se movían en torno a las Cortes, también se encontraban importantes eruditos, como José Gallardo, Quintana y otros, que gozaban de notable reconocimiento y autoridad intelectual, excesiva en opinión de algunos⁷⁴. Varios diputados señalaron que alguno de ellos tenía en sus manos el catecismo de Carranza y otros documentos prohibidos por la Inquisición sobre los que se estaba tratando. Pocos diputados de los que intervinieron en el debate dieron muestras de conocer las obras de los autores que citaban o de haber leído la biografía de Salazar y Mendoza sobre Carranza. De haberlo hecho, sus argumentaciones hubieran sido más precisas y Oliveros habría evitado utilizar las normas desarrolladas por Melchor Cano en materia de censura, como un modelo que hubiese evitado los males que se produjeron. Todavía resulta más sorprendente que citase el proceso a Carranza como prueba palpable de no haberse seguido estas reglas⁷⁵.

Contestando las razones sostenidas por algunos partidarios del Tribunal en torno a cómo la Inquisición no había sido obstáculo para el esplendor de las letras en el siglo XVI, Capmany respondió cargado de ironía «yo les concedo que contra las luces no, pero sí contra los que lucían, se encendían con una mano y se apagaban con la otra. Sí, fue el siglo de la sabiduría, también fue el de la persecución de los sabios». Así, «ningún predicador de fama, ningún escritor insigne, y más los teólogos, estaba seguro de dormir mañana donde había dormido hoy», algo que, una vez más, demostraban los casos de Talavera, el Brocense, Carranza, Fray Luís u otros. Fue el siglo de oro «a pesar de la Inquisición, es verdad, pero ¡cuántos tesoros quedaron escondidos!»⁷⁶. Ruíz Padrón, insistiendo en lo mismo, decía que en España habían abundado los hombres sabios y piadosos, pero casi todos ellos fueron perseguidos por el Santo Oficio⁷⁷. Del estudio, la sabiduría o el gusto exquisito siempre se había sospechado, siendo motivo de persecución por parte de unos inquisidores ignorantes que preferían la incultura, no escatimando en medios para fomentarla incitando la envidia, la vileza y las más bajas pasiones⁷⁸.

El *Dictamen* de la Comisión, repetido por casi todos los defensores de la incompatibilidad entre el Tribunal y la Constitución, decía que mientras los obispos habían predicado y corregido a su rebaño, procurando enderezar a los descarriados con la persuasión, la Inquisición había nacido para transformar en causa de fe cualquier supuesta desviación o error, por pequeño que fuese. En su propia naturaleza estaba convertir en herejía cualquier menudencia. Como señalaba Oliveros,

⁷⁴ Moreno Alonso, *La constitución de Cádiz*, 30.

⁷⁵ *Discusión*, 675.

⁷⁶ *Ibidem*, 469.

⁷⁷ *Ibidem*, 338.

⁷⁸ *Ibidem*, 417.

mientras los obispos y religiosos predicaron a los convertidos de origen judaico o mahometano, la Inquisición procedió contra ellos cometiendo la peor de las vilezas: negar la confesión durante años a los reos, como hizo con Carranza durante más de siete años⁷⁹.

En su importante intervención en las Cortes, Jerónimo Lorenzo Villanueva dedicó especial atención a la defensa de la jurisdicción episcopal, siguiendo las críticas que distintos prelados habían realizado a los abusos inquisitoriales a lo largo de la historia. De una forma bastante clara, ligó la inconstitucionalidad de los procedimientos inquisitoriales con su «tendencia perpetua» (...) «a arrogarse la jurisdicción de los obispos por entero»⁸⁰. En su exposición, intentó demostrar como los constantes impedimentos y abusos de los inquisidores contra los obispos y eclesiásticos, le habían convertido en un tribunal anticristiano. Por supuesto, concedió gran importancia al caso Carranza, señalando las obras de historia que habían dado cuenta del suceso. Citó la biografía de Salazar y Mendoza, la obra de Diego Castejón, Ambrosio de Morales o la historia de los dominicos del padre Touron o la de Palavicini sobre el Concilio de Trento. No sólo se refirió a las numerosas censuras positivas sobre el catecismo de Carranza y a su aprobación en Trento, también valoró las proposiciones de las que tuvo que «abjurar de vehemente». Para él «no hay una a que no se pueda dar un sentido católico si se mira con equidad y atendiendo al intento del autor, que se ha de investigar por otras proposiciones suyas», teniendo en cuenta otros escritos y su acrisolada piedad. Villanueva desplegó buen aparato crítico, pero no exprimó la información que se podía extraer de él, callando datos tan relevantes como la condena de Carranza por el papa o que el reo también había abjurado ante él⁸¹. Para Villanueva, «la Inquisición quiso hacer en la primera silla de estos reinos ostentación de su poder», porque siempre ha buscado la forma de doblegar y humillar a los obispos, como demostraba este y otros muchos casos. La mayoría de los diputados críticos con la Inquisición, tendieron a silenciar las responsabilidades del papado o la monarquía en la trayectoria y funcionamiento del Santo Oficio, dando como resultado un tribunal que por sí mismo y con ayuda de algunos reyes de la dinastía austriaca, se había convertido en ese monstruo de perversidad.

Como dijo el diputado Mejía

¿Cuál ha sido el principio y motivo de la persecución terrible, escandalosa y atroz del respetable Carranza? Su catecismo. Alguno de los señores diputados que me están oyendo, lo tiene, y yo convido al más escrupuloso de los ultramontanos (no digo de los católicos) a que me saque de él una proposición censurable.

⁷⁹ *Ibidem*, 424.

⁸⁰ *Ibidem*, 447.

⁸¹ *Ibidem*, 450-451. Sobre la participación de este diputado en las cortes, vid. Emilio La Parra López, “Joaquín Lorenzo Villanueva en el debate sobre la Inquisición de las Cortes de Cádiz” (www.cervantesvirtual.com/obra-visor/joaquin-l-villanueva-en-el...).

Él sabe que no la va a encontrar, aun así, la Inquisición le tuvo preso dieciocho años, una cifra que repiten otros oradores dando como fecha de la sentencia 1577, mientras otros hablan de dieciséis años⁸². Refiriéndose al proceso del arzobispo Carranza, Ruíz Padrón lo consideró «la horrible catástrofe de un prelado español». El delito de este «sabio» había sido componer «un erudito catecismo para instrucción de su diócesis, que sujetó a la corrección de la Iglesia, como explica en su prólogo», dando lugar a uno de los más sonados acontecimientos de la historia político-religiosa nacional. La Inquisición procedió contra Carranza y Europa «quedó atónita y escandalizada al ver a un arzobispo de Toledo, primado de las Españas, varón doctísimo y muy recomendable por su alta dignidad, su ciencia y sus virtudes, arrastrado». Poco después, el Concilio de Trento aprobó su catecismo, pero dio lo mismo, Felipe II y la Inquisición siguieron empeñados en procesarle. A pesar de tanta intriga y tantas maquinaciones, Carranza quedó «siempre en buena opinión»⁸³. En el sentir general de estos diputados, su condena, a diferencia de otras muchas dictadas por el mismo Santo Oficio, no había empañado su crédito como arzobispo y «el supremo tribunal de la historia» nunca le había juzgado como luterano. En cambio, sí había condenado los procedimientos inquisitoriales.

Ruíz Padrón lo dijo con claridad, el Santo Oficio no se contentó con oprimir a los feligreses, también atacó y procedió contra obispos y arzobispos. Lo intentó contra Hernando de Talavera y, posteriormente, lo consiguió encarcelando a Carranza con las peores falsedades⁸⁴. Para los diputados liberales, ambos casos demostraban el sistemático trabajo que a lo largo de la historia había realizado la Inquisición contra los mejores obispos y contra la jurisdicción episcopal en general. Sólo con semejantes métodos alevosos había garantizado su superioridad frente a ellos. Eran las Cortes de Cádiz las que iban a acabar con la Inquisición y a restituir a los obispos sus plenas facultades. El argumento, sin embargo, resultaba difícilmente creíble cuando el grueso de la jerarquía eclesiástica, incluyendo algunos obispos presentes en las Cortes, no dejaban de insistir en las bondades del Tribunal, su naturaleza auxiliar a la labor que ellos realizaban y clamaban por su restitución⁸⁵. Consciente de esta realidad, Villanueva hizo una erudita exposición histórica de los esfuerzos de los obispos por poner freno a las humillaciones inquisitoriales con la que trataba de restar autoridad a las misivas de los prelados a favor de la Inquisición, llegando a la conclusión de que “en este único sentido llegará un tiempo en que la posteridad llame al Congreso nacional obispo de los obispos de su tiempo, y obispo de España”⁸⁶. Fue una opinión atrevida en alguien que midió tanto sus palabras en este debate, susceptible de desembocar en una acusación ante un tribunal de la fe.

⁸² *Discusión*, 271 y 338.

⁸³ *Ibidem*, 338. Sobre la discusión de estos puntos vid. Martí Gilabert, *La abolición*, 184 y ss.

⁸⁴ *Discusión*, 417.

⁸⁵ Peña Rambla, *La Inquisición en las Cortes*, 180; Higuera del Pino, “Actitud del episcopado español”.

⁸⁶ *Discusión*, 463.

5. ¿Reformismo episcopalista o ruptura liberal?

Excepcionalmente, entre los sabios, los diputados liberales no distinguieron entre los religiosos e intelectuales que, como fray Luís de León, sufrieron proceso inquisitorial y salieron sin cargos, de los que, como Carranza, sí tuvieron sentencia condenatoria, en este caso leída al reo ante el papa. Fray Luís de León y Carranza fueron los autores a los que más se refirieron, seguidos por autores como Talavera, Sigüenza, Fray Luis de Granada, Arias Montano, Santa Teresa de Jesús, Juan de Ávila, Sánchez Brozas, Poza, Campomanes o Macanaz. Todos ellos habían sido las víctimas de la escolástica y la superstición, las dos caras de la misma moneda en cuyo nombre había actuado el Santo Oficio. Los diputados que defendían la continuidad del Tribunal, reconocieron que Fray Luis fue molestado por el Santo Oficio y también absuelto, como la gran mayoría de los sabios investigados⁸⁷. Es más, como señaló Ostolaza, Santa Teresa, Fray Luis de Granada y otros muchos que fueron investigados, siempre hablaron del favor divino que España había recibido con la fundación del Santo Oficio. Lo mismo habían dicho Mariana, Zurita o Salazar y Mendoza, cuyo testimonio histórico estaba siendo constantemente utilizado por los partidarios de la abolición⁸⁸. Una vez más, en su intervención ante las Cortes, Riesco presentó una dilatada lista de sabios, bastantes de ellos citados por los liberales, con declaraciones más que favorables al Santo Oficio⁸⁹.

Para los liberales lo sucedido con Carranza combinaba el ataque del Santo Oficio a los sabios, generalmente eclesiásticos, y a los prelados más destacados. En los debates de las Cortes, Carranza emergió como un heroico símbolo de esa sistemática persecución que la Inquisición había dirigido a los mejores teólogos y prelados. Su proceso o el de Talavera, demostraban la naturaleza anticristiana del Santo Oficio, justificaban su abolición y la instauración de otro tribunal de la fe, esta vez en manos de los obispos. Los liberales mencionaron o se refirieron a Carranza en numerosas ocasiones con escaso rigor. A diferencia de Puigblanch, disimularon conscientemente la sentencia papal por la que había sido declarado vehementemente sospechoso de herejía luterana o minimizaron el papel del rey en el proceso. El escaso rigor o la manipulación de los datos conocidos, redujo la credibilidad de ese Carranza convertido en símbolo de la persecución inquisitorial contra sabios y obispos. Habrá que esperar a la *Historia crítica de la Inquisición española* de Llorente para tener un análisis solvente de este proceso⁹⁰. Para esas fechas, el autor condenaba sin paliativos el delito de herejía con el que la Iglesia había castigado a tantos «inocentes». Desde la historia, no resultó tan fácil a los liberales de Cádiz justificar el delito de herejía y condenar al mismo tiempo al tribunal que se había encargado de su persecución, ni tampoco el criticarle sin incluir de lleno al papado y la monarquía que le habían proporcionado jurisdicción y sostén durante siglos.

⁸⁷ Vid. la elaborada intervención del diputado e inquisidor de Llerena de Francisco Riesco, *Discusión*, 143-210.

⁸⁸ *Ibidem*, 90.

⁸⁹ *Ibidem*, 164 y ss.

⁹⁰ López Vela, “El proceso a Carranza y la crítica a la Inquisición en el Antiguo Régimen”.

No es casual que sean escasas las referencias a los procesos contra judaizantes o mahometanos en el *Dictamen* o en las intervenciones de los diputados que lo apoyaron. Igualmente, tampoco encontraron sabios entre los perseguidos de estas comunidades ⁹¹. Es más, cuando se refirieron a sus componentes fue para considerarles personas convertidas de buena fe, a las que no se enseñó los principios más elementales del catolicismo y a las que el Santo Oficio procesó y condenó con el mayor rigor. Sí, habían sido víctimas del fanatismo, ¿pero también habían sido españoles? El Artículo 12 de la Constitución había vinculado el catolicismo con el hecho de ser español y, por tanto, no se podía identificar como tales a quienes habían practicado otra religión o todavía no eran suficientemente católicos. Lo dispuesto en la Constitución, así como el reconocimiento del delito de herejía en el *Dictamen*, hizo que el gran debate histórico que se dio en las Cortes, partiese de no considerar españoles a los judíos, mahometanos ni a sus descendientes conversos. De esta forma, los judeconversos, para cuyo control se fundó el Santo Oficio y fue el eje de su actividad hasta mediados del siglo XVIII, quedaron excluidos de la nueva memoria histórica. Lo mismo ocurrió con los moriscos o con los numerosos cristianos viejos que fueron condenados por proposiciones u otros delitos⁹². Era incompatible el hecho de ser español y practicar otra religión o haber sido condenado por delito de herejía. Sí, se discutió mucho sobre el Santo Oficio, pero se aceptaron sus sentencias. Se pusieron en cuestión, sin embargo, cuando recayeron sobre los intelectuales, del mismo modo que se criticaron los efectos de una censura ejercida por teólogos ignorantes.

Los diputados liberales fijaron su atención sobre unas víctimas singulares: los «sabios» contra los que había actuado el Tribunal. Eran los que les parecieron más defendibles, en los que creyeron ver un padecimiento semejante a las que ellos y su entorno habían soportado pocos años antes de los inquisidores. Con semejante selección, intentaron que su visión del pasado «nacional» no alterase en lo fundamental la interpretación católica sobre la que se había asentado la memoria histórica de la monarquía de España. En el lugar que había ocupado el Santo Oficio como baluarte de la fe, estos diputados quisieron colocar a los obispos. El resultado no fue el esperado, porque la jerarquía eclesiástica se negó a aceptar este cambio, igual que tampoco admitió el establecimiento de los Tribunales Protectores de la Fe⁹³. El grueso de los obispos, querían la restitución del Santo Oficio en sus funciones y de ninguna forma consintieron una interpretación del pasado que le presentaba como un tribunal anticristiano, arbitrario y enemigo de su jurisdicción. Planteado así el conflicto, el debate de las Cortes quedó circunscrito a los procedimientos y el funcionamiento de la Inquisición. Los diputados liberales reivindicaron a los sabios perseguidos, sin distinguir entre los que habían sido sentenciados y los que no, pero

⁹¹ Algunas referencias al tratamiento de las conversiones forzosas de los judíos por los diputados, en Gonzalo Álvarez Chillida, *El antisemitismo en España: la imagen de judío, 1812-2002* (Madrid: Marcial Pons, 2002) 99 y ss.

⁹² Teófanos Egido, “Las modificaciones de la tipología: nueva estructura delictiva”, en *Historia de la Inquisición*, dir. Joaquín Pérez Villanueva, Bartolomé Escandell Bonet, 1380 y ss.

⁹³ Leandro Higuera del Pino, “Actitud del episcopado español”.

no hicieron lo mismo con el resto de las víctimas, la inmensa mayoría, que siguieron llevando el estigma de delincuentes contra la fe.

Se ha dicho que los diputados liberales construyeron su argumentación en torno a la historia para ocultar sus principios constitucionalistas de corte francés⁹⁴. Creo que también se podría afirmar que esa utilización de la Edad Media, enmascaró la no aplicación de los principios liberales en materias tan fundamentales como las religiosas. Es evidente que el historicismo de los diputados liberales, su frecuente tendencia a encontrar modelos en el período medieval, sirvió a veces para justificar, retrotrayéndose al pasado, decisiones difícilmente compatibles con los principios que decían profesar. Así evitaron cualquier medida que modificase la fidelidad de la nación a ese ancestral e indisoluble binomio formado por la monarquía y la Iglesia. A raíz de ello, refiriéndose al decreto de 22 de febrero de 1813, G. Dufour⁹⁵ ha concluido que «eran, obviamente, reformas importantes. Pero ello no suponía ninguna abolición» (de la Inquisición), una afirmación que no me parece correcta. La jurisdicción del Santo Oficio, estructura organizativa legislación o procedimientos fueron suprimidos, no así la herejía. Se abolió el tribunal, no el delito. Una evidencia que la historiografía ha tendido a minusvalorar, deslumbrada por el lenguaje liberal utilizado por los diputados partidarios de la supresión. En realidad, más que a una ruptura de raíz liberal, el decreto de 22 de febrero obedeció a la lógica de las propuestas reformistas y episcopalistas del reinado de Carlos IV, que pretendían traspasar el conocimiento de la herejía del Santo Oficio a los prelados. No obstante, cuando se promulgó ese decreto, el cambio que proclamaba generó una gran repercusión política.

¿Cómo podía sostenerse una alternativa episcopalista cuando la jerarquía eclesiástica, los obispos, eran enemigos acérrimos de cualquier solución en este sentido y acusaban de herejes a quienes la defendían? La oposición frontal de la jerarquía eclesiástica a la abolición del Santo Oficio y su boicot a la instauración de los Tribunales Protectores de la Fe, hizo naufragar de forma definitiva la política episcopalista diseñada por las Cortes de Cádiz. Esto supuso acabar también con la interpretación del pasado nacional que habían desarrollado los diputados liberales en esa clave. Poco quedó de todo ello en la historiografía liberal que, en cambio, sí recogió y utilizó intensamente la argumentación en torno a la persecución de los sabios como uno de los principales motivos de crítica contra el Santo Oficio.

Recibido: 30 de julio de 2017
Aprobado: 12 de octubre de 2017

⁹⁴ Ignacio Fernández Sarasola, “El primer liberalismo en España (1808-1833)” *Historia contemporánea*, 43 (2011) 565; Varela Suances-Carpegna, *La monarquía doceañista*, 62 y ss.

⁹⁵ Dufour, “¿Cuándo fue abolida la Inquisición en España?”, 101 y ss.

O CONSELHO GERAL DO SANTO OFÍCIO VISTO ATRAVÉS DOS SALÁRIOS (PORTUGAL, 1640-1773)

Bruno Lopes¹
(CIDEHUS-Universidade de Évora/CITCEM-Universidade do Porto)

RESUMO

Neste trabalho, pretende-se analisar os salários dos elementos que compunham o Conselho Geral do Santo Ofício português, no período compreendido entre os anos de 1640 e 1773. Este Conselho era o órgão principal da hierarquia da Inquisição e dele faziam parte o inquisidor-geral, os deputados, um secretário, e quatro oficiais. Pretende-se responder à questão: como era financiado o Conselho Geral? Onde vinham as receitas que permitiam pagar os salários e todos os suplementos que estes indivíduos recebiam? Esta análise permitirá perceber em que medida as receitas obtidas com o confisco de bens eram utilizadas, também, para a manutenção dos quadros humanos inquisitoriais e, na sua ausência, a que outras fontes de financiamento se recorria. Este trabalho permitirá, ainda, identificar os valores que cada uma das figuras do Conselho recebia e em que momentos.

PALAVRAS-CHAVE: Portugal, Conselho Geral do Santo Ofício, salários, despesa, tabaco.

THE GENERAL COUNCIL OF THE PORTUGUESE INQUISITION SEEN THROUGH SALARIES (PORTUGAL, 1640- 1773)

ABSTRACT

In this work it is intended to analyze the members' salaries of the General Council of the Portuguese Inquisition, in the period between the years 1640 and 1773. This Council was the main body of the Inquisition hierarchy and it included the general

¹ Trabalho desenvolvido no âmbito de: UID/HIS/00057/2013 (POCI-01-0145-FEDER-007702), FCT/Portugal, COMPETE, FEDER, Portugal2020. Bolseiro de doutoramento da Fundação para a Ciência e a Tecnologia (SFRH/BD/84161/2012), com a dissertação «Os Pilares Financeiros da Inquisição Portuguesa. 1640-1773», no âmbito do Programa Interuniversitário de Doutoramento em História (PIUDHist).

inquisitor, the deputies, one secretary and four officials. The aim is to answer to the question: how was the General Council supported? Where did the income that permitted to pay the salaries and all the extras that these individuals received come from? This analysis will allow us to understand in what extent the income from the seizure of belongings was also used to maintain the inquisitorial staff and when it lacked which other financial sources were drawn on. This work will still allow to identify the accounts that each figure of the Council received and in what moments.

KEYWORDS: Portugal, General Council of the Portuguese Inquisition, fees, expenditure, tobacco.

Introdução

O Tribunal da Inquisição português (1536-1821) estava organizado em quatro tribunais distritais (três no espaço metropolitano – Coimbra, Évora e Lisboa – e um no ultramar – Goa), contra os vinte e um em Espanha e quarenta e sete em Itália². Na península Ibérica, os tribunais inquisitoriais estavam sob a alçada de um órgão máximo, que, em Portugal, era designado de «Conselho Geral do Santo Ofício»³ e, em Espanha, de «Suprema»⁴. Diferentemente do que acontecia na península Itálica, onde parte da jurisdição das Inquisições estava dependente da «Congregação do Santo Ofício», sediada em Roma, junto da Cúria Papal⁵.

A historiografia portuguesa – relativa ao Santo Ofício – é abundante, nomeadamente no que respeita aos estudos acerca das minorias religiosas, com ênfase nos cristãos-novos. Giuseppe Marcocci aponta este tópico como um dos que constituem a tríade dos trabalhos inquisitoriais, a par das relações com o Império e daqueles que se focam nas estruturas administrativas e organizativas do Tribunal da

² Francisco Bethencourt, “A Inquisição Revisitada,” in *Estudos Em Homenagem a Joaquim Romero Magalhães, Economia, Instituições e Império*, ed. Álvaro Garrido, Leonor Freire Costa, and Luís Miguel Duarte (Coimbra: Almedina, 2012), 149.

³ Maria do Carmo Jasmins Dias Farinha, “Ministros do Conselho Geral do Santo Ofício,” *Memória*, n.º 1 (1989): 101-163; José Veiga Torres, “A Vida Financeira do Conselho Geral do Santo Ofício da Inquisição,” *Notas económicas - Revista da Faculdade de Economia da Universidade de Coimbra*, n.º 2 (Dezembro de 1993): 24-39.

⁴ José Ramón Rodríguez Besné, “Notas Sobre la Estructura y Funcionamiento del Consejo de La Santa, General y Suprema Inquisición,” in *La Inquisición Española: Nueva Visión, Nuevos Horizontes* (Madrid: Siglo XXI de España Editores, S.A., 1980), 61-68; José Ramón Rodríguez Besné, *El Consejo de la Suprema Inquisición: perfil jurídico de una institución* (Madrid: Editorial Complutense, 2000); José Ramón Rodríguez Besné, “Estructura del Consejo,” in *El Consejo de la Suprema Inquisición: perfil jurídico de una institución* (Madrid: Editorial Complutense, 2000), 49-128.

⁵ Germano Maifreda, *The Business of the Roman Inquisition in the Early Modern Era* (London, New York: Routledge, 2017), 1-9.

Fé⁶. Talvez, o último seja aquele que conheceu uma diversidade menor de focos de observação. Neste sentido, pode afirmar-se que o Conselho Geral, propriamente dito, não tem sido um tema, abundantemente, trabalhado pelos estudiosos.

Muitos dos trabalhos que se debruçaram sobre as estruturas inquisitoriais, tocaram no tema «Conselho Geral», de forma mais ou menos directa. No entanto, não têm sido abundantes os que colocaram o foco de observação neste organismo. Um desses exemplos será o trabalho de Francisco Bethencourt⁷.

Em 1993, José Veiga Torres fazia a primeira incursão sistemática sobre as contas do Santo Ofício⁸. O seu ponto de vista foi o do Conselho Geral como casa-mãe da instituição e tentava perceber quais eram os valores de receita e de despesa, traçando a ideia de que a Inquisição não contava, apenas, com fontes de financiamento oriundas do confisco de bens. Para além destas verbas, contava com o apoio da Monarquia e das estruturas da Igreja. O seu trabalho ajudou a desmistificar o trabalho, de duas décadas antes, de António José Saraiva, no qual este autor teorizava que a Inquisição tinha sido uma máquina ao serviço da Monarquia, para obter receitas através dos confiscos de bens perpetrado sobre a população acusada de criptojudaísmo⁹.

Ana Isabel López-Salazar, em 2011, trouxe um novo olhar acerca das relações estabelecidas pelo órgão máximo inquisitorial e as outras instâncias que compunham o cenário político de Portugal durante a União Dinástica¹⁰. Ao longo deste trabalho, a autora vai percorrendo sobre os personagens que compunham o Conselho Geral, as suas carreiras e o seu *modus vivendi*. Demonstra como o Santo Ofício se foi afirmando como uma instituição integrada no sistema polissinodal português e foi ganhando independência face à Casa Real, com a nomeação de inquisidores-gerais que não eram membros da família real. A forma – inovadora, pode afirmar-se – como se preocupou em estudar tantos os inquisidores-gerais¹¹ como os conselheiros foi inédita, centrando-se na biografia política destes personagens e com a sua intervenção nos desígnios da vida do Tribunal da Fé em articulação com o centro político. Não esqueceu aspectos relativos à vida financeira destas pessoas, com o intuito de os situar em patamares de rendimento, percebendo a importância dos valores auferidos junto da Inquisição na sua vida pessoal. Ganha, ainda, especial relevância a análise das relações entre a Inquisição e a Coroa, em matéria de gestão dos bens confiscados, nem sempre pacíficas no período dos Áustrias.

⁶ Giuseppe Marcocci, “Toward a History of the Portuguese Inquisition Trends in Modern Historiography (1974-2009),” *Revue de l'histoire des religions*, n.º 3 (2010): 355-393.

⁷ Francisco Bethencourt, *História das Inquisições: Portugal, Espanha e Itália* (Lisboa: Círculo de Leitores, 1994).

⁸ Torres, “A Vida Financeira do Conselho Geral do Santo Ofício da Inquisição”.

⁹ António José Saraiva, *Inquisição e Cristãos-Novos*, 5ª ed. (Lisboa: Estampa, 1985).

¹⁰ Ana Isabel López-Salazar Codes, *Inquisición y política: el gobierno del Santo Oficio en el Portugal de los Austrias (1578-1653)* (Lisboa: Centro de Estudos de História Religiosa - Univ. Católica Portuguesa, 2011).

¹¹ Acerca deste tema veja-se também: Ana Isabel López-Salazar Codes, “O Santo Ofício no Tempo dos Filipes: Transformações Institucionais e Relações de Poder,” *Revista de História da Sociedade e da Cultura*, n.º 9 (2009): 147-161.

Para além destes trabalhos, também o de Giuseppe Marcocci e José Pedro Paiva, de 2013, permite perceber a evolução do Conselho Geral desde a sua criação até ao ocaso da Inquisição. Ao traçarem uma história do Santo Ofício português, analisam o Tribunal sob diversos focos de observação, entre eles, o do Conselho Geral. Por exemplo, deve destacar-se a ideia de que após a morte do inquisidor-geral, Francisco de Castro (1630-1653), numa conjuntura na qual as relações com o papado estavam suspensas – durante quase duas décadas – a Inquisição foi gerida pelo Conselho¹², tal como aconteceria noutros períodos de sede vacante. Para além disso, esta obra permite compreender várias alterações do ponto de vista organizativo e administrativo que este organismo foi sofrendo, na longa duração, por exemplo, ao nível da escolha dos deputados e do alargamento do número de conselheiros¹³.

O trabalho presente não se preocupará, tanto, com as dinâmicas políticas em torno dos elementos que compunham o Conselho Geral, quer se pense no inquisidor-geral, nos deputados ou nos oficiais contínuos – os três grandes grupos de pessoas que desempenhavam funções neste organismo. Assim, o principal objectivo é estabelecer uma análise dos salários dos vários indivíduos, que constituíam o Conselho Geral. Esta preocupação articula-se com a pergunta central a que se quer dar resposta: como se pagavam estes estípidos? Haveria alguma dependência face ao confisco de bens? Em caso negativo, qual era a via de pagamento alternativa?

A ênfase na ideia da importância do confisco de bens para a manutenção financeira da Inquisição, em palavras breves, radica, sobretudo, no trabalho de António José Saraiva¹⁴, ao qual já se aludiu, mas que não é inovadora, uma vez que este autor recuperou parte do pensamento coevo do Santo Ofício, como por exemplo, Luís da Cunha¹⁵. Vários trabalhos, mais recentes, têm demonstrado, todavia, que a Inquisição tinha outras fontes de financiamento e não dependia, em exclusivo, das receitas que obtinha com os confiscos¹⁶. A resposta à questão enunciada permite desdobrar um conjunto de outras perguntas, que passam por se saber quanto ganhava o inquisidor-geral? E os deputados? E os oficiais contínuos? Seria muito diferente dos valores que os seus congéneres de outras instituições auferiam? Para efeitos de comparação,

¹² Giuseppe Marcocci e José Pedro Paiva, *História da Inquisição Portuguesa (1536-1821)* (Lisboa: Esfera dos Livros, 2013), 189-190.

¹³ *Ibidem*, 147.

¹⁴ Saraiva, *Inquisição e Cristãos-Novos*.

¹⁵ Luís da Cunha, *Testamento político ou carta de conselhos ao Senhor D. José sendo príncipe*, ed. Abílio Diniz Silva (Lisboa: Biblioteca Nacional de Portugal, 2013).

¹⁶ Torres, “A Vida Financeira do Conselho Geral do Santo Ofício Da Inquisição”; Ana Isabel López-Salazar Codes e Giuseppe Marcocci, “Struttura Economica: Inquisizione Portoghese,” *Dizionario Storico Dell’Inquisizione* (Pisa: Edizioni della Normale, 2010); López-Salazar Codes, *Inquisición y política*; Marcocci e Paiva, *História da Inquisição Portuguesa (1536-1821)*; Bruno Lopes, “Uma Primeira Aproximação às Contas da Inquisição Portuguesa: O Tribunal de Évora (1670-1770),” in *Actas das XV Jornadas de Historia en Llerena: Inquisición* (Llerena: Sociedad Extremeña de Historia, 2014), 77-94; Bruno Lopes, “Os Dinheiros da Inquisição Portuguesa: O Exemplo dos Tribunais de Évora e Lisboa (1701-1755),” *Revista de História da Sociedade e da Cultura*, n.º 16 (2016): 189-215.

utilizar-se-ão os dados coligidos por António Hespanha (c.1640)¹⁷ e José Subtil (1754-55)¹⁸.

Optou-se por dividir o trabalho em quatro partes. Na primeira, ir-se-ão analisar as estruturas de financiamento do Conselho Geral, respondendo à questão: quais as receitas deste organismo? No fundo, pretende-se perceber donde provinha o financiamento. No segundo ponto, desenvolve-se o tópico relacionado com os salários, tanto do inquisidor-geral, como dos demais elementos que faziam parte do Conselho. Parte-se da pista levantada por López-Salazar, de que na União Dinástica o inquisidor-geral passou a auferir um salário fixo, o que o equiparou aos outros presidentes dos conselhos e tribunais da Monarquia¹⁹. Na terceira parte, dar-se-á atenção aos pagamentos suplementares que cada um deles recebia, quer fossem as propinas (pelas festividades religiosas e leigas), quer ajudas de custo ou aposentadorias para habitação. Por fim, tentar-se-á estabelecer patamares de valores auferidos por cada personagem, após a análise dos assuntos anteriores.

As fontes utilizadas são, essencialmente, de natureza financeira, como os livros de pagamento de salários, para além do sub-fundo relacionado com os «papéis de contas» do Conselho Geral. A análise desta documentação é complementada com o recurso a correspondência, livros de despesa e outros afins. Todos estes documentos se encontram à guarda do Arquivo Nacional da Torre do Tombo, em Lisboa.

Do ponto de vista da metodologia, utilizou-se uma base de dados prosopográfica – SPARES²⁰ – onde se registaram os dados relativos aos salários e demais pagamentos aos diversos agentes inquisitoriais, relacionando-os com as entidades que os pagavam: quer fossem os diferentes tribunais distritais, quer os Juízos do Fisco²¹.

¹⁷ António Manuel Hespanha, *As vésperas do Leviathan: instituições e poder político: Portugal, séc. XVII* (Coimbra: Livraria Almedina, 1994), 244.

¹⁸ José Subtil, “Os Poderes do Centro,” in *História de Portugal*, vol. 4 ([S.l.]: Círculo de Leitores, 1993), 157-193.

¹⁹ López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 365–368.

²⁰ Desenvolvida por Carlos Caldeira no âmbito do projecto PTDC/HIS-HIS/118227/2010 – *Grupos Intermédios em Portugal e no Império Português: as Familiaturas do Santo Ofício (c. 1570-1773)*.

²¹ Entidades que coincidiam, territorialmente, com os tribunais inquisitoriais e a sua responsabilidade administrativa e financeira cabia aos juizes do fisco e aos tesoureiros. Os Juízos tinham, ainda, a seu cargo a administração e a gestão dos bens sequestrados e confiscados, pese embora a tutela coubesse ao monarca, era o inquisidor-geral que, na prática, os administrava, pelo menos a partir de 1657 (López-Salazar Codes e Marcocci, “Struttura Economica: Inquisizione Portoghese.”: 1537-1541)

1. A origem do financiamento

Como demonstraram Ana Isabel López-Salazar, Giuseppe Marcocci²² e José Pedro Paiva²³, as primeiras décadas da existência da Inquisição foram difíceis do ponto de vista da sustentabilidade financeira. O trabalho, recente, de Daniel Giebels, acerca da Inquisição de Lisboa, aponta no mesmo sentido²⁴. Sendo um tribunal desejado pela Monarquia, coube-lhe a tarefa de encontrar soluções para pagamento das suas despesas. O plano inicial acabaria gorado, porque o rei esperava poder contar com as receitas extraordinárias obtidas com o confisco de bens – tal como acontecera em Espanha – mas os sucessivos perdões-gerais concedidos aos cristãos-novos impediriam que tal acontecesse²⁵. Estas verbas ajudariam, não só, a fazenda real, mas seriam fundamentais para a manutenção financeira do Tribunal da Fé. Perante a sua inexistência – pelo menos até à década de 1560 – coube à Monarquia encontrar um plano alternativo, que passou pelos cofres régios e pela negociação, com o papado, de pensões e conezias alocadas nos rendimentos da Igreja, num processo iniciado em 1554²⁶. Como demonstrou Germano Maifreda, a negociação com a Cúria Romana de rendimentos deslocados do património da Igreja para financiamento dos tribunais inquisitoriais foi transversal às Inquisições ibéricas e às italianas e enquadrava-se nas dinâmicas de combate ao protestantismo, que a cristandade conhecia na segunda metade do século XVI²⁷. O Santo Ofício teria, neste particular, um papel relevante.

A criação do Conselho Geral da Inquisição portuguesa, em 1569, e a redacção do seu regimento, concluído em 1570, vieram adensar o problema relativo ao suporte financeiro da instituição. Não se sabe, com clareza, como se pagavam os salários dos deputados e oficiais deste organismo, nestes primeiros anos de existência. Uma ordem do cardeal D. Henrique, datada de Setembro de 1579, determinava que fosse o tesoureiro da Inquisição de Lisboa a pagá-los «do dinheiro que receberdes da pensão, ou de qualquer outro pertence à casa»^{28,29}. Esta medida, inseria-se no plano de reforma administrativa que D. Henrique tinha em curso, desde a sua nomeação como inquisidor-geral, em 1539, e que levaria ao estabelecimento das estruturas fundamentais do Tribunal da Fé futuro, quer fosse, por exemplo, o desenho das jurisdições de cada tribunal, a própria criação do Conselho ou o impulso no

²² *Ibíd.*

²³ Marcocci e Paiva, *História da Inquisição Portuguesa (1536-1821)*.

²⁴ Daniel Norte Giebels, “A Inquisição de Lisboa. No Epicentro da Dinâmica Inquisitorial (1537-1579)” (Tese de doutoramento, Universidade de Coimbra, 2016).

²⁵ Giuseppe Marcocci, “A fundação da Inquisição em Portugal: um novo olhar,” *Lasitania Sacra*, n.º 23 (Junho de 2011): 33.

²⁶ López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 224-225; López-Salazar Codes e Marcocci, “Struttura Economica: Inquisizione Portoghese”; Bruno Lopes, “Sustentar a Inquisição com Rendimentos Eclesiásticos: uma Aproximação ao Tema (Séculos XVI-XVIII),” in *Familia, Cultura Material y Formas de Poder En La España Moderna* (Madrid: Fundación Española de Historia Moderna, 2016), 737-749.

²⁷ Vid. parte 3.5 de Maifreda, *The Business of the Roman Inquisition in the Early Modern Era*.

²⁸ Por casa deve entender-se a designação adoptada pelos tribunais inquisitoriais de designar as diferentes receitas que recebiam, quer fossem originárias de bens eclesiásticos, dos confiscos de bens ou dos cofres régios. Eram registadas nos «livros da casa», designação que se manteve até 1821.

²⁹ Arquivo Nacional da Torre do Tombo (ANTT), *Inquisição de Lisboa*, liv. 330, fl. 242.

estabelecimento das redes de agentes locais – comissários e familiares. Neste contexto, a reforma financeira e a procura de dotar o Santo Ofício com autonomia foram aspectos centrais. A ordem de D. Henrique, de 1579, definia, portanto, que as receitas da mesa de Lisboa serviriam não só para custear os salários dos ministros e oficiais do tribunal, mas também dos elementos do Conselho Geral – nesta cronologia o inquisidor-geral ainda não recebia este estipêndio.

As décadas que se seguiram, a 1579, foram marcadas por grandes problemas financeiros e a utilização dos bens confiscados, para financiamento da máquina inquisitorial, foi uma prática comum³⁰. Como refere López-Salazar, a União Dinástica ficou marcada pelo recurso financeiro aos bens confiscados³¹. A conjuntura do perdão-geral – de 1605 – sobre os cristãos-novos viria trazer novos problemas³², uma vez que suspendeu os confiscos. Se, até aí, as verbas nascidas da venda dos bens apreendidos eram importantes, a solução para o problema passou por o inquisidor-geral recorrer, de forma mais vinculada, ao apoio da Monarquia, no sentido de tentar equilibrar o défice financeiro.

O projecto proposto incluía o alargamento das coneziias (meias e tercenarias)³³ – importando-se o modelo castelhano³⁴ – que se tinham obtido durante o governo de D. Henrique, mas também concessões financeiras, directamente, dos cofres régios. As diligências levaram à atribuição régia, em 1607, de um juro no rendimento do estanco das cartas de jogar e solimão, no valor de 6:930.000 réis/ano, que seria pago ao tribunal de Lisboa³⁵. O alvará determinava que, com esta verba, se pagassem «ordenados dos Inquisidores, Oficiais e mais gastos do Santo Ofício da Inquisição destes Reinos»³⁶. Marcocci e Paiva referem que esta medida «tornava mais segura a fonte de pagamento das consignações que, desde D. Henrique, a Coroa fazia»³⁷. Não se define, todavia, com clareza, que parcela caberia a cada tribunal distrital e como seria feita a distribuição deste valor. Seria esta verba utilizada, somente, pelo tribunal de Lisboa? López-Salazar refere, ainda, que esta medida seria conjuntural, na medida em que o valor consignado pela Coroa deveria ir sendo reduzido, ao longo do tempo, através do investimento, por parte do Santo Ofício, em «renda fixa» – juros, por exemplo – importando-se o modelo de financiamento da Inquisição espanhola. As verbas, a serem aplicadas na compra de renda fixa, seriam oriundas dos bens confiscados e visava-se dar autonomia financeira à instituição³⁸, seguindo-se as pisadas de D. Henrique, como se viu.

³⁰ López-Salazar Codes e Marcocci, “Struttura Economica: Inquisizione Portoghese.”

³¹ López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 224-242.

³² Ana Isabel López-Salazar Codes, *Inquisición portuguesa y monarquía hispánica en tiempos del perdón general de 1605* (Lisboa: Edições Colibri / CIDEHUS-UE, 2010).

³³ López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 201.

³⁴ Veja-se a título comparativo: José Martínez Millán, “Las Canonjías Inquisitoriales: un Problema de Jurisdicción entre La Iglesia y la Monarquía (1480-1700),” *Hispania Sacra*, vol. 34, n.º 69 (1982): 9-63.

³⁵ López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 238-239.

³⁶ José Justino de Andrade Silva, *Collecção Chronologica da Legislação Portuguesa: 1603-1612* (Lisboa: Imprensa de J. J. A Silva, 1854), 249-250.

³⁷ Marcocci e Paiva, *História da Inquisição Portuguesa (1536-1821)*, 143.

³⁸ López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 239-240.

O único montante que o tribunal de Lisboa investiu foram 250.000 réis em juros que comprou ao conde de Atouguia, cerca de 1616³⁹. Deste modo, o valor que a Coroa pagava à Inquisição ficou reduzido para 6:680.000 réis que é o mesmo valor que, D. João IV, em 1641, transitou do estanco das cartas de jogar e solimão, para o do tabaco⁴⁰. Esta mudança teve a ver com o facto de o estanqueiro das cartas de jogar não efectuar os pagamentos atempadamente, e, também, devido à incapacidade de a Coroa arrendar o estanco por valores relevantes que permitissem o seu pagamento na íntegra⁴¹. O monarca da Restauração confirmava, deste modo, a prática, iniciada em 1607, de um apoio financeiro constante ao Tribunal da Fé e resolvia, deste modo, o problema crónico de défice financeiro que tinha atravessado todas as décadas anteriores. Estava verba estava destinada ao pagamento «dos ordenados do inquisidor-geral, e deputados do Conselho do Santo Ofício, inquisidores e mais ministros dele, e outras despesas extraordinárias»⁴². O alvará de Novembro de 1641 teria efeito a partir de Janeiro seguinte, mas, em 1642, apenas, metade do valor foi pago, ou seja, 3:340.000 réis⁴³. É provável que o remanescente o tenha sido em data posterior, uma vez que parece ter havido uma tendência para atrasos no pagamento desta verba, pese embora a escassez de dados assinalável para o século XVII.

No quadro 1 representaram-se os anos para os quais se conhecem os valores pagos à Inquisição, com origem no estanco do tabaco, entre 1642 e 1700.

Quadro 1 – Valores recebidos pela Inquisição de Lisboa oriundos do estanco do tabaco – 6:630.000 réis/ano – entre 1642 e 1700

Anos	Valores (réis)
1642	3:340.000
1658	5:680.000
1693	10:020.000
1700	10:020.000

Fonte: ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mç. 12, cx. 20, n.º 1538 e 1551; *Inquisição de Lisboa*, liv. 336 e 337

Embora o alvará de D. João IV determinasse que este rédito se destinava ao «Santo Ofício», não se encontram tramitações de valores para os tribunais distritais. Parece, todavia, que se tendeu para que este valor passasse a estar destinado à manutenção dos salários/emolumentos do inquisidor-geral, deputados e oficiais do

³⁹ *Ibidem*, 241.

⁴⁰ Marcocci e Paiva, *História da Inquisição Portuguesa (1536-1821)*, 184.

⁴¹ López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 241; Vejam-se os valores do arrendamento do estanco em: Fernanda Frazão, *História das cartas de jogar em Portugal e da Real Fábrica de Cartas de Lisboa do séc. XV até à actualidade* (Lisboa: Apenas Livros, 2010), 43-46.

⁴² ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Papéis avulsos*, mç. 2, n.º 313.

⁴³ ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mç. 12, cx. 20, n.º 1538.

Conselho Geral e, provavelmente, de outras despesas deste organismo. Aliás, nos livros de receita da Inquisição de Lisboa, do século XVIII, esta verba aparece assinalada como «dinheiro do estanco do tabaco para o Conselho Geral»⁴⁴.

A perda do livro de «receita do Conselho Geral», de 1626 e 1677⁴⁵, impede que se saiba a partir de quando o rendimento do estanco do tabaco se destinou ao pagamento das suas despesas. É certo, porém, que nas décadas de 1670-80 estava instalada a prática de que após o pagamento dos salários, do Conselho, pelo tesoureiro da Inquisição de Lisboa, o remanescente era entregue ao seu secretário, que acumulava as funções de tesoureiro. Em 1681, por exemplo, refere-se que o secretário José Cardoso recebeu de Manuel Martins Cerqueira, 3:387.200 réis, «tesoureiro que foi da Inquisição de Lisboa em 1681 por lhe haverem sobejado dos 6:680.000 réis do estanco do tabaco do dito ano»⁴⁶. Esta prática ter-se-á mantido, pelo menos, até 1773⁴⁷.

O Conselho Geral não possuía outra renda fixa semelhante a esta. Não se encontram receitas oriundas de pensões/conezias nos arcebispados/bispados/cabidos, assim como não se identificou o investimento na compra de juros ou aluguer de imóveis, como aconteceu nos tribunais de distrito⁴⁸, pelo menos até ao ano de 1773⁴⁹. Por isso, pode perguntar-se: eram os 6:680.000 réis suficientes para pagar os salários dos elementos que compunham este organismo?

No gráfico 1, representou-se o gasto que a Inquisição de Lisboa tinha em salários/emolumentos, apenas, com os elementos do Conselho Geral, ou seja, a parcela fixa do ordenado, mais os pagamentos suplementares, como propinas e ajudas de custo – os anos sem dados, nalguns casos, têm a ver, precisamente, com a não individualização do valor gasto com o Conselho Geral. A média dos gastos situa-se nos 6:161.384 réis/ano o que indica que a verba de 6:680.000 réis era, tendencialmente, suficiente para pagar estas despesas – em termos de mediana, aquele indicativo baixa para os 5:960.000 réis. Os anos em que a despesa está, claramente, acima dos 8:000.000 réis relacionam-se com acertos de salários em atraso, o que era condicionado pelo incumprimento dos pagamentos por parte do tesoureiro-geral do estanco do tabaco, o que não seria raro, a julgar pelos dados disponíveis. Marcocci e Paiva referem mesmo que durante o governo do inquisidor-geral, José de Lencastre (1693-1705), eram frequentes os atrasos no pagamento do seu salário⁵⁰, cujo dinheiro para o fazer vinha desta verba.

⁴⁴ Um exemplo, de 1719: ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 341, fl. 21-22v.

⁴⁵ Cf. ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mç. 10, cx. 22 e 23.

⁴⁶ ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mç. 10, cx. 22, n.º 1367, fl. 10.

⁴⁷ Cf. ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mç. 10, cx. 23, n.º 1368, fls. 21-21v.

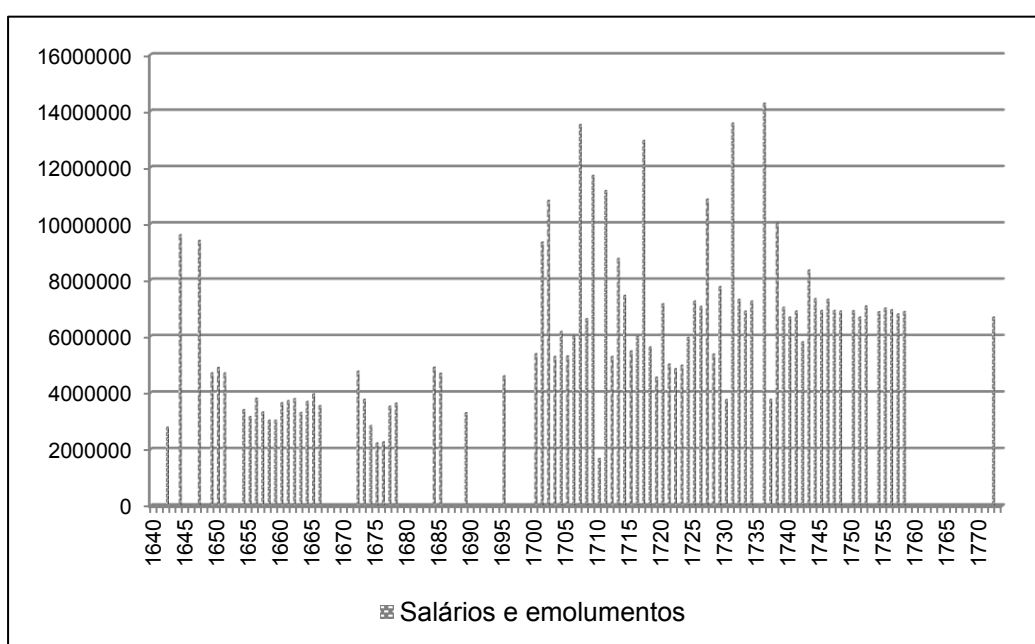
⁴⁸ Lopes, “Os Dinheiros da Inquisição Portuguesa: O Exemplo dos Tribunais de Évora e Lisboa (1701-1755).”

⁴⁹ Livro de arrendamento das lojas do palácio da Inquisição (1793-1821): ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mç. 10, cx. 22, n.º 1366.

⁵⁰ Marcocci e Paiva, *História da Inquisição Portuguesa (1536-1821)*, 284-285.

As receitas do Conselho Geral não se esgotavam no estanco do tabaco, porém, as demais eram fruto da própria actividade inquisitorial. Resultavam de ordens do inquisidor-geral sobre os agentes sob a sua alçada, quer dos tribunais distritais, quer dos Juízos do Fisco, e tanto tinham a ver com a actividade confiscadora, como com os processos de entrada nos quadros inquisitoriais ou com a aplicação de sentenças, que se traduziam em «multas», que revertiam a favor do Conselho Geral.

Gráfico 1 – Salários e emolumentos pagos pela Inquisição de Lisboa relativos ao Conselho Geral (valores em réis) – 1640-1773



Fonte: ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mc. 12, cx. 20 n.º 1537 a 1540; n.º 1542 a 1590; n.º 1592; cx. 21, n.º 1593 a 1606; n.º 1608; n.º 1612; n.º 1614; n.º 1616 a 1648; n.º 1650 a 1656; *Inquisição, de Lisboa*, liv. 337 a 341; 343 e 344; 365; 369; 371; 407; 412 a 414.

Por exemplo, em 1683, o juiz do fisco de Lisboa estando na vila do Fundão, perto de Castelo Branco, remeteu ao secretário do Conselho a quantia de 1:706.000 réis, em resultado de uma ordem do inquisidor-geral:

Que recebeu de ordem de Sua Ilustríssima pelos haver remetido do lugar do Fundão o desembargador juiz das confiscações do bispado da Guarda, a saber 106.000 réis que aqui lhe entregou João Ferreira morador no lugar da Estrada, termo de Atouguia da Baleia, por mão do padre Jerónimo Lopes que assiste em casa do conde de Vimioso em 28 de Novembro do ano passado; e os 4000 cruzados [1:600.000 réis] por mão de Simão Mendes da vila de Abrantes em 18 do presente mês de Agosto, o qual levou conhecimento em forma do

tesoureiro do fisco desta cidade para descarga da conta do meirinho depositário Domingos Fernandes Manchego...⁵¹.

Em 1687, é assinalável a primeira ordem do inquisidor-geral para que dos tribunais distritais se remetesse o dinheiro das esmolas da Irmandade de São Pedro Mártir, para incorporarem o «depósito do Conselho». Em Janeiro daquele ano, o tesoureiro, Manuel de Andrade e Tovar, da Inquisição de Évora remeteu 225.300 réis para o secretário do Conselho⁵². Não se sabe a que se destinava esta verba, se para fazer face a alguma despesa concreta ou se, simplesmente, se considerou que deveria ingressar os cofres do Conselho. É certo, todavia, que, só em 1736, se recorreu novamente a esta prática, quando, de Lisboa, se enviaram 915.620 réis⁵³ e, em 1749, verificar-se-ia a última transacção desta natureza: 653.600 réis de três tesoureiros de Lisboa⁵⁴. Não há nenhuma indicação clara para que serviam estas verbas, mas é de colocar a hipótese de que ingressariam os cofres do Conselho e seriam utilizadas para gastos variados. Embora fosse a Inquisição de Lisboa a responsável pelos pagamentos aos elementos do Conselho, por vezes, o secretário do Conselho também os fazia, como se verá adiante.

Dentre as receitas do Conselho estavam, ainda, as sentenças em que saíam condenadas algumas pessoas, nomeadamente os próprios agentes inquisitoriais, como os familiares do Santo Ofício. Assim aconteceu, em 1710, com Manuel Fernandes de Melo, morador em Coimbra, que pagou 10.000 réis por sentença que teve contra si, em favor do Conselho Geral⁵⁵.

Quadro 2 – Despesas efectuadas pelo Conselho Geral, em 1691

Descritivo	Valor (réis)
Propina do auto da fé da Inquisição de Goa, paga ao Conselho Geral	150.000
Propina pelas luminárias pelo nascimento do infante: 150.000 réis para o Conselho Geral e 50.000 réis para a Inquisição de Lisboa	200.000
Para o provimento de Jerónimo Neto Lobo, como promotor da Inquisição de Goa	160.000
Ao familiar António de Castro Guimarães, familiar do Santo Ofício, para a expedição do breve do quinquénio, em Roma	192.937
Obras na Inquisição de Lisboa que, havendo falta de verba no Juízo do Fisco de Lisboa, paga o Conselho Geral	559.895

⁵¹ ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mc. 10, cx. 22, n.º 1367, fl. 11.

⁵² ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mc. 10, cx. 22, n.º 1367, fl. 15v.

⁵³ ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mc. 10, cx. 22, n.º 1367, fl. 66.

⁵⁴ ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mc. 10, cx. 22, n.º 1367, fl. 76v.

⁵⁵ ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mc. 10, cx. 22, n.º 1367, fl. 42v.

Total	1:262.832
-------	-----------

Fonte: ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício*, liv. 444

Tendo em conta que o valor pago através do estanco do tabaco era, na generalidade, suficiente para as despesas relativas aos quadros de pessoal, as demais receitas seriam utilizadas noutro tipo de gastos. A título de exemplo, vejamos os gastos efectuados, em 1691 (quadro 2). Logo à cabeça, deve destacar-se a ideia de que quando não havia verba disponível nos Juízos do Fisco, cabia ao Conselho pagar as despesas em falta – como no exemplo das obras. Por outro lado, também cabia ao Fisco custear as propinas, por isso, é de perspectivar a hipótese que de, neste ano de 1691, se pagou dos cofres do Conselho, pela mesma razão das obras, feita excepção ao tribunal de Goa, cuja despesa com as propinas era paga pelo secretário do Conselho; pelo menos, em 1758, ainda era assim⁵⁶. Para além disso, cabiam nas despesas deste organismo as relativas ao provimento dos ministros – não dos oficiais nem dos comissários/familiares – da Inquisição de Goa, que tinha dificuldades em conseguir pessoas que quisessem servir no Estado da Índia, por isso esta era uma despesa, por vezes, imputada ao Conselho.

Nesta primeira parte desenvolveu-se a ideia de que a fonte principal de financiamento do Conselho Geral provinha do estanco do tabaco, numa concessão régia feita por D. João IV. Argumentou-se, ainda, que para além desta receita, as demais que auferia tinham origem na actividade inquisitorial, quer fosse a repressão, quer a promoção social – através das familiaturas – quer multas aplicadas, sobretudo, aos seus agentes. Refira-se, ainda, que a renda do tabaco era suficiente para a manutenção dos quadros de pessoal, sendo as outras fontes de receita utilizadas para fazer face a despesas de índole variada.

2. As parcelas fixas dos salários: do inquisidor-geral ao contínuo

Se no ponto anterior se afirmou que a renda do tabaco era a principal receita do Conselho Geral, neste segundo ponto pretende-se materializar a aplicação deste dinheiro. O tópico está orientado através das questões: quanto ganhava o inquisidor-geral? E os deputados? E os oficiais contínuos?

A pista para tentar responder à primeira pergunta foi dada por Ana Isabel López-Salazar, ao referir que foi com Pedro de Castilho (1604-1615), que o inquisidor-geral passou a auferir uma parcela fixa de salário. Até aqui, os ocupantes deste cargo⁵⁷, não recebiam remuneração pela liderança do Santo Ofício, porque viviam das rendas episcopais e de outros benefícios eclesiásticos⁵⁸. Com Castilho, impôs-se a obrigação

⁵⁶ Cf. ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mç. 1, cx. 1, n.º 124.

⁵⁷ Diogo da Silva (1536-1539); Cardeal D. Henrique (1539-1579); Jorge de Almeida (1579-1585); Cardeal Alberto (1586-1593); António de Matos de Noronha (1596-1602).

⁵⁸ López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 88–99.

de os inquisidores-gerais resignarem à sua diocese – como bispos que eram⁵⁹ – o que ditou a necessidade de esta figura passar a ser remunerada, equiparando-a aos demais presidentes dos conselhos e tribunais da Monarquia⁶⁰. Definiu-se o valor da parcela fixa do salário em 1:000.000 réis/ano, ao qual se somavam propinas e outros estipêndios, que variavam. No caso de Castilho, recebia mais 400.000 réis alocados no rendimento do Juízo do Fisco, que lhe seriam pagos enquanto não fosse provido noutra renda ou pensão eclesiástica⁶¹; para além, de pelo menos, uma propina anual, no valor de 8.000 réis, para açúcar rosado⁶². É de admitir, todavia, que recebesse outros valores, que não foi possível localizar. Se aos estipêndios, pagos pelo Santo Ofício, se adicionarem os que receberia pelo cargo de vice-rei, e as pensões sobre os bispados e as rendas de benefícios eclesiásticos, Castilho receberia cerca de 4:808.000 réis⁶³. Seguindo a mesma linha de raciocínio, o seu sucessor, Fernão Martins Mascarenhas (1616-1628), 4:670.000 réis⁶⁴ e o seguinte, Francisco de Castro (1630-1653), um total de 5:600.000 réis⁶⁵.

Não se possui um conhecimento tão alargado acerca dos três inquisidores-gerais sucedâneos de Francisco de Castro, pela ausência de estudos acerca destas personagens. Sabe-se que José de Lencastre (1693-1705) terá mantido a mesma parcela fixa do salário, sem que se saiba se lhe era paga alguma pensão através do rendimento do Juízo do Fisco – mas a julgar pela prática, é de crer que sim. Por outro lado, em 1697, terá recebido, pelo menos, 360.000 réis em propinas⁶⁶.

Quando, em Outubro de 1707, chegou ao cargo Nuno da Cunha de Ataíde (1707-1750), o cenário seria bem diferente. De imediato, D. João V considerou que a parcela fixa do salário não era suficiente «para [Ataíde] se sustentar com a decência e o esplendor devido à sua dignidade»⁶⁷. Por isso, concedeu-lhe um aumento de 3:400.000 réis, numa pensão que deveria ser paga pelo Juízo do Fisco e, não havendo verba suficiente para se cumprir, o inquisidor-geral deveria recorrer à Junta da Administração do Tabaco. Em vésperas de ser nomeado cardeal, Cunha auferia, de parcela fixa de salário 1:000.000 réis, mais 3:400.000 réis numa pensão no Juízo do Fisco. Alcançando, em 1712, a dignidade cardinalícia viu o seu salário ser aumentado em mais 7:200.000 réis, cuja atribuição foi feita nos mesmos moldes da anterior: seria pago pelo rendimento do Fisco e, na falta de verba, recorrer-se-ia à Junta da Administração do Tabaco⁶⁸. Assim, em 1739, Ataíde, auferia, 12:000.000 réis/ano, aos quais, ainda, se somavam os estipêndios auferidos com as propinas, para além de

⁵⁹ *Ibíd.*, 88.

⁶⁰ *Ibíd.*, 366.

⁶¹ *Ibíd.*, 90.

⁶² ANTT, *Inquisição de Lisboa*, mç. 55, n.º 26. López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 89.

⁶³ López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 90-92.

⁶⁴ *Ibíd.*, 91-92.

⁶⁵ *Ibíd.*

⁶⁶ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, mç. 41, n.º 41.

⁶⁷ ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Papéis avulsos*, mç. 5, n.º 2229.

⁶⁸ ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Papéis avulsos*, mç. 4, cx. 6, n.º 2047; ANTT, *Inquisição de Lisboa*, mç. 63, n.º 2.

outros pagamentos feitos fora do âmbito do Santo Ofício, e que se ignoram. A julgar pelos dados compilados por José Subtil – dos quais se desconhece se são apenas a parcela fixa do salário ou se o conjunto de estipêndios auferidos pelos indivíduos – Cunha receberia mais que o secretário de estado – que em 1754-55 andava pelos 9:600.000 réis⁶⁹. Receberia, ainda, três vezes e meia mais que o presidente do Conselho Ultramarino (3:200.000 réis) e o regedor da Casa da Suplicação (3:200.000 réis) – nas mesmas datas⁷⁰.

Estes dados, embora com algumas limitações, do ponto de vista das fontes, que impedem o aprofundamento dos valores recebidos na íntegra pelos inquisidores-gerais, confirmam a ideia de que recebiam estipêndios com origem variada. Se por um lado a parcela fixa do salário era paga com a renda do estanco do tabaco, as receitas obtidas com o confisco de bens, também tinham um papel importante. Este aspecto vai ao encontro dos trabalhos citados⁷¹, que apontam estas receitas como sendo fundamentais na manutenção financeira do Tribunal da Fé. Todavia, o caso de Ataíde deixa transparecer uma mudança: tendo em conta que as receitas dos Juízos do Fisco não constituíam uma renda anual, era necessário ter um plano alternativo. Isto significou que o rei alocou no estanco do tabaco esta obrigação, em caso de incapacidade do Fisco. Portanto, o tabaco a ter, também aqui, um papel importante na manutenção dos pagamentos do inquisidor-geral, para além de isto significar dependência financeira, face às directrizes da Monarquia.

No quadro 3, representaram-se os salários recebidos, tanto pelo inquisidor-geral, como pelos deputados que integravam o Conselho propriamente dito e que deliberavam, em matérias diversas, com o líder da instituição. Na ausência deste último, cabia-lhes a gestão da Inquisição. Para além destes – que poderiam ser em número variável, de acordo com a cronologia – havia ainda o secretário, que exercia, também, as funções de tesoureiro, o solicitador, o porteiro e o contínuo (cargo criado em 1734⁷²). Os anos escolhidos tiveram a ver com a disponibilidade de dados sistemáticos que permitissem perceber os valores pagos na longa duração.

Quadro 3 – Salários dos elementos do Conselho Geral (ano/réis)

Anos	1612		1632		1697		1725		1758	
Cargos	Valor	Índice	Valor	Índice	Valor	Índice	Valor	Índice	Valor	Índice
Inquisidor-geral	1:000.000	100,0	1:000.000	100,0	1:000.000	100,0	1:000.000	100,0	*	

⁶⁹ Subtil, “Os Poderes do Centro” 190.

⁷⁰ *Ibidem*.

⁷¹ López-Salazar Codes e Marccoci, “Struttura Economica: Inquisizione Portoghese”; López-Salazar Codes, *Inquisición y política*; Marccoci e Paiva, *História da Inquisição Portuguesa (1536-1821)*.

⁷² ANTT, *Habilitações do Santo Ofício, João*, mc. 67, doc. 1261, capa.

Deputado	200.000	20,0	400.000	40,0	400.000	40,0	400.000	40,0	40.000	100,0
Secretário	100.000	10,0	120.000	12,0	120.000	12,0	120.000	12,0	12.000	30,0
Porteiro	64.000	6,4	60.000	6,0	?		60.000	6,0	60.000	15,0
Solicitador	60.000 ⁷³	6,0	50.000 ⁷⁴	5,0	?		50.000	5,0	50.000	12,5
Contínuo**							50.000 ⁷⁵	5,0	30.000 ⁷⁶	7,5

Legenda: * vacante; ** posto criado em 1734

Fonte: ANTT, *IL*, mc. 41, n.º 41 [ano de 1697]; mc. 55, n.º 19 [1612]; liv. 618 [1725]; liv. 631 [1758]; liv. 635 [1725]; liv. 646 [1758]; liv. 927 [1644]

Uma das conclusões que se retiram é o facto de haver estabilidade nos valores que eram pagos, com excepção, das alterações verificadas entre 1612 e 1632. López-Salazar refere que nas Juntas de Valladolid, celebradas em 1603-04, e que pretendiam reformar o Santo Ofício português, se negociou o aumento de salários, que não teve efeito antes de 1614⁷⁷. Verifica-se, todavia, que o mais significativo foi o dos deputados, que suplicaram o seu vencimento: de 200.000 para 400.000 réis. Note-se, ainda, a redução da parcela fixa do salário do contínuo de 50.000 réis, em 1734, para 30.000 réis, em 1772, cuja razão se desconhece.

À semelhança do que acontecia com o salário do inquisidor-geral, também os pagamentos aos deputados provinham – a partir de 1641 – do estanco do tabaco. A verba era colectada pelo tesoureiro de Lisboa que efectuava os pagamentos aos conselheiros e ao secretário, havendo «folhas dos quartéis», ou seja, folhas de pagamento da parcela fixa dos ordenados, independentes das do tribunal de Lisboa. O porteiro e o solicitador eram, por sua vez, pagos directamente das receitas do tribunal de Lisboa. Finalmente, o salário do contínuo ainda obedecia a uma outra lógica: era pago das receitas do cofre do Conselho Geral, pelo secretário, não entrando nas folhas do quartel referentes ao inquisidor-geral, aos deputados e ao secretário, nem estava lançado nas despesas do tribunal de Lisboa. Era, assim, considerado como gasto nos livros de despesa do secretário⁷⁸.

⁷³ Relativo ao ano de 1617. ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício*, liv. 136, fl. 109.

⁷⁴ Relativo ao ano de 1622. ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício*, liv. 136, fl. 123.

⁷⁵ Relativo ao ano de 1734. ANTT, *Habilitações do Santo Ofício, João*, mc. 67, doc. 1261, capa.

⁷⁶ Relativo ao ano de 1772. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 649, fl. 3-3Av.

⁷⁷ López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 88-89 e 154-156.

⁷⁸ ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mc. 1, cx. 1, n.º 122.

Pode perguntar-se: eram estes valores muito distintos dos que auferiam cargos afins noutras instituições?

Quadro 4 – Valores da parcela fixa dos salários de várias instituições portuguesas (valores em réis/ano)

Cargo		Deputado	Secretário	Porteiro	Solicitador	Contínuo
Instituição	Data					
Inquisição	1632	400.000	120.000	60.000	50.000	
	1758	400.000	120.000	60.000	50.000	30.000
Casa dos Contos	c. 1640		* 60.000 ** 50.000	34.900		
Conselho da Fazenda	c. 1640	759.249	*** 550.00	154.735		
Conselho Ultramarino	1754-55	1:600.000	1:400.000			
Desembargo do Paço	1754-55		1:500.000			
Junta do Tabaco	1754-55	600.000				
Mesa da Consciência e Ordens	1754-55	1:200.000	720.000			
Secretarias de estado	1754-55			500.000		

Legenda: * Escrivão dos contadores; ** escrivão dos extravagantes; *** escrivão do reino

Fonte: Hespanha, 1994: 244; Subtil, 1994: 190

No quadro 4, representaram-se valores recebidos por alguns cargos de várias instituições centrais do Estado português, congêneres aos que existiam no Tribunal da Fé. Logo à partida assinala-se a ausência de dados comparativos para os postos de solicitador e de contínuo. Doutra modo, refira-se a disparidade verificada entre as distintas instituições. Desde logo, e não sabendo se os dados reunidos, para os anos de 1754-55, incluem apenas a parcela fixa do salário ou se esta e os emolumentos, verifica-se que o salário dos deputados estava quatro vezes abaixo daquele que auferiam os seus congêneres do Conselho Ultramarino e três vezes os da Mesa da Consciência e Ordens. Igualmente, também se verificam diferenças substanciais ao nível da parcela fixa do salário do secretário e do porteiro. Todavia, fica-se com a ideia de que os oficiais inquisitoriais não estavam entre os mais bem pagos. Restará saber se com o somatório dos valores auferidos com as propinas este cenário será, substancialmente, alterado.

Esta segunda parte permitiu perceber a evolução da constituição da parcela fixa dos salários dos elementos do Conselho Geral, que terão sido fixadas no século XVII e ter-se-ão mantido, sensivelmente, até aos anos de 1770. Pelos dados comparativos

de que se dispõe, parece que os agentes inquisitoriais não estariam entre os melhor pagos das instituições da Monarquia. Resta saber, agora, que complementos recebiam estes indivíduos à sua parcela fixa do salário e que de algum modo ajudariam a combater o seu não aumento.

3. Das propinas às ajudas de custo: os pagamentos suplementares

Como referido, para além da parcela fixa do salário, todos os elementos do Conselho Geral recebiam outros pagamentos suplementares. Eram eles as propinas, as ajudas de custo e as aposentadorias. Esta prática era transversal às instituições de Antigo Regime.

Para o Conselho Geral, Ana Isabel López-Salazar refere que, durante o governo de Francisco de Castro (1630-1653), os deputados recebiam propinas pelas festas do Espírito Santo, da Assunção de Nossa Senhora, do Natal e da Páscoa, num montante de 26.000 réis por cada uma destas festividades/ano. Para além destas, pelo menos o inquisidor-geral, Pedro de Castilho, receberia 8.000 réis para açúcar rosado, como já se apontou⁷⁹. É preciso matizar aquele valor, porque o que a autora refere seria o que recebia o inquisidor-geral; os deputados receberiam metade, portanto, 13.000 réis/propina (quadro 5).

No quadro 5, representaram-se as propinas recebidas por todos os elementos do Conselho Geral, com um intervalo espacial de cerca de um século 1637-1725. A escolha da amostra relacionou-se com a disponibilidade de dados e com a tentativa de abarcar eventuais alterações nos valores pagos. Todavia, após 1725 e até, pelo menos, 1758, não se terão alterado os estipêndios auferidos por cada um destes personagens⁸⁰.

Quadro 5 – Propinas recebidas pelos elementos do Conselho Geral

Propinas	Inquisidor-geral	Deputado	Secrário	Porteiro	Solicitador	Contínuo**
Natal de 1636	26.000	13.000	6.500			
Nossa Senhora das Candeias	*	13.000	6.500			
Páscoa	26.000	13.000	6.500	710	710	
Espírito Santo	26.000	13.000	6.500			
Assunção de Nossa Senhora	26.000	13.000	6.500			
Natal de 1637	26.000	13.000	6.500	780	780	
Auto-da-fé de Évora de 1637/06/14	40.000	20.000	10.000	8.000	8.000	

⁷⁹ López-Salazar Codes, *Inquisición y política*, 89.

⁸⁰ Cf. ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 631.

Auto-da-fé de Lisboa de 1637/10/11	40.000	20.000	10.00 0			
Total de 1637	210.00 0	118.000	59.00 0	9.49 0	9.490	
Nossa Senhora das Candeias	40.000	20.000	10.00 0			
Páscoa	40.000	20.000	10.00 0	700	700	
São Pedro Mártir	40.000	20.000	10.00 0			
Espírito Santo	40.000	20.000	10.00 0			
Assunção de Nossa Senhora	40.000	20.000	10.00 0			
Todos-os-Santos	40.000	20.000	10.00 0			
Natal	40.000	20.000	10.00 0	700	700	
Auto-da-fé de Goa de 1723/11/14	40.000	20.000	10.00 0			
Auto-da-fé de Lisboa de 1725/05/06	40.000	20.000	10.00 0	8.00 0	8.000	
Auto-da-fé de Coimbra de 1725/06/10	40.000	20.000	10.00 0			
Auto-da-fé de Évora de 1725/12/16	40.000	20.000	10.00 0			
Carestia dos usuais				8.00 0	8.000	
Luminárias						8.000
Despacho dos réus						4.000
Nova consignação do tabaco (1742)						24.000
Total de 1725	440.00 0	220.000	110.0 00	17.4 00	17.40 0	36.000

Legenda: * não recebe; ** dados relativos a 1760

Fonte: ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mc. 2, cx. 3, n.º 131 [1760]; *Inquisição de Lisboa*, liv. 618 [1725]; liv. 635 [1725]; liv. 923 [1637]; liv. 1003 [1760]; mc. 34, n.º 78 [1697]

Para ambas as datas, constata-se a diversidade de festividades pelas quais se recebia propinas: em 1725, contam-se mais as festas de São Pedro Mártir (padroeiro do Santo Ofício) e de Todos-os-Santos; quiçá uma tentativa de combater o não aumento dos valores das parcelas fixas dos salários (quadro 3)? Há que referir, ainda, que as propinas variavam de ano para ano, uma vez que para além das festividades religiosas havia as leigas. Havia propinas para ajuda das luminárias no nascimento de algum infante ou casamento e dos lutos, pela morte dos soberanos, assinalável o primeiro caso, em 1760, para os recebimentos do contínuo. Para além disso, a

realização dos autos-da-fé, originava propinas, embora estes não tivessem lugar todos os anos. O Conselho Geral, como órgão máximo, recebi-as pelos autos realizados nos quatro tribunais distritais, enquanto os ministros/oficiais recebiam, apenas, pelo que se realizava na sua cidade. Com a mudança de valores da sociedade portuguesa e as alterações sofridas pelo Santo Ofício nas décadas de 1760-70, o auto da fé foi reformulado e é por isso, que, em 1760, o contínuo recebeu 4.000 réis pelo trabalho no expediente dos réus daquele ano; já não a propina pelo auto como era mais usual ser designada até aí:

Atendendo ao particular zelo, e efectivo cuidado, com que os inquisidores, e ministros da mesa da Inquisição desta cidade de Lisboa se aplicam no expediente dos processos dos réus, e mais negócios, que ocorreram no ano de 1759, no que me dou por muito satisfeito, e ao trabalho, que tiveram os oficiais da mesma mesa, sou servido de lhes fazer a mercê da quantia de 497.700 réis para se distribuir pelos inquisidores, ministros, e oficiais da mesma Inquisição, segundo o regulamento, que vai junto a este, a qual importância se há-de pagar pelo dinheiro do Fisco, a cujo tesoureiro mando que a satisfaça⁸¹.

Com análise do quadro 5, identificam-se, claramente, dois grupos, no que respeita às tipologias de propinas recebidas: por um lado, o que englobava o inquisidor-geral, os deputados e o secretário, e, por outro, o porteiro, o solicitador e o contínuo.

Dentre o primeiro grupo, constata-se, e considerando os valores auferidos pelo inquisidor-geral como o índice 100, que os deputados ficavam no 50 e o secretário no 25. Esta parece ter sido uma prática usual na longa duração, uma que vez que se encontra a mesma fórmula de cálculo, tanto em 1637 como em 1725. Refira-se que, em 1637, os valores de cada propina eram idênticos, com excepção das dos autos-da-fé e, em 1725, tinha havido uma padronização – 40.000 réis/propina.

Do grupo dos oficiais, constata-se a paridade dos valores auferidos pelo porteiro e solicitador. Todavia, é expressiva a diferença do número de propinas que recebiam, uns e outros. Estes oficiais recebiam a do auto realizado na sua cidade, mas dentre as festividades religiosas, apenas auferiam a da Páscoa e do Natal, que representavam um valor reduzido quando comparado com as demais. Este pagamento era designado de «carne», ou seja, uma ajuda para aquisição de alimentos, para a celebração destas festas religiosas, as mais importantes do calendário litúrgico. Para além disso, recebiam a propina pela «carestia dos usuais» que seria, certamente, uma forma de compensar o não aumento da parcela fixa dos salários. Estas propinas seriam idênticas às que recebiam os ministros/oficiais do tribunal de Lisboa.

Em 1742, D. João V fez uma nova mercê ao Santo Ofício de 4:800.000 réis/ano em favor do aumento de salários, com origem, novamente, nos lucros da

⁸¹ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 1003, fls. 13-15.

venda do tabaco⁸². Não foi apenas o contínuo do Conselho Geral a ser incluído neste pagamento, mas também o porteiro⁸³ e o solicitador⁸⁴: cada um auferia, também, 24.000 réis/ano.

Cabe perguntar: donde provinha a verba para se pagarem estes réditos? As propinas das festividades religiosas eram pagas pela verba do estanco do tabaco (1641). As dos autos eram custeadas pelos Juízos do Fisco das cidades respectivas onde os mesmos se realizavam, feita ressalva a Goa, como se referiu. Já as propinas das luminárias/lutos dependia das conjunturas podendo ser o secretário do Conselho a fazê-lo com as receitas do cofre do Conselho (quadro 2) ou serem pagas pelo tesoureiro de Lisboa, com as verbas do estanco do tabaco.

Os pagamentos recebidos pelos membros do Conselho Geral não se esgotavam na parcela fixa do salário e nas propinas. Alguns deles recebiam, também, um valor destinado a aposentadorias; tal como José Martínez Millán assinalou para Espanha⁸⁵. Parece que, sobretudo, o secretário, o porteiro e o solicitador as receberiam. O inquisidor-geral e os deputados residiriam no próprio edifício do Conselho e nem a sua destruição, pelo terramoto de 1755, levou a que recebessem pagamentos para casas. Isto não invalida que não houvesse conjunturas especiais em que os deputados as recebessem, como aconteceu com Luís Barata de Lima, em 1760, embora se desconheça o porquê deste pagamento⁸⁶.

Quadro 6 – Aposentadorias recebidas pelos membros do Conselho Geral (réis)

Cargos	Ano	Valor
Inquisidor-geral		
Deputado	1765	80.000
Secretário	1610	40.000
	1637	40.000
	1752	40.000
	1756	46.666
	1758	40.000
Porteiro	1617	20.000
	1759	12.000
	1773	20.000
Solicitador	1628	20.000
	1641	20.000

⁸² Torres, “A Vida Financeira,” 34.

⁸³ ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mc. 2, cx. 3, n.º 131, fl. 62.

⁸⁴ ANTT, *Conselho Geral do Santo Ofício, Livros e papéis de contas*, mc. 2, cx. 3, n.º 131, fl. 63.

⁸⁵ José Martínez Millán, “Estructura de la Hacienda de la Inquisición,” in *Historia de la Inquisición en España y América*, vol. 2 (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos; Centro de Estudios Inquisitoriales, 1993), 939.

⁸⁶ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 1003, fls. 24-25v.

	1668	20.000
	1688	20.000
	1722	20.000
	1756	20.000
	1760	20.000
Contínuo	1734	20.000
	1757	20.000

Fonte: ANTT, *CGSO*, liv. 136; *HSO, João*, mc. 67, doc. 1261; *IL*, liv. 153; liv. 474; liv. 580; liv. 630; liv. 631; liv. 632; liv. 884; liv. 886; liv. 909; liv. 914; liv. 1003; mc. 3, n.º 60

A referência mais antiga localizada, relativa a este assunto, remonta a 1610 e refere-se à aposentadoria paga ao secretário do Conselho. Logo aqui, ficou definido o valor de 40.000 réis/ano⁸⁷. Quando, em 1637, foi empossado no cargo Diogo Velho, referia-se, na sua provisão de aposentadoria que receberia «como tiveram os secretários do Conselho seus antecessores»⁸⁸. Em 1756, com a destruição do palácio inquisitorial, o secretário Jácome Esteves Nogueira recebeu a habitual aposentadoria, mais um suplemento de 6.666 réis pela destruição das casas, os meses de Novembro e Dezembro de 1755, às custas da receita do próprio Conselho⁸⁹. Era uma situação excepcional.

Em 1617, era, novamente, empossado no cargo de porteiro do Conselho, Gaspar de Molina da Cunha, com um salário de 60.000 réis/ano, aos quais se somavam 20.000 réis para aposentadoria. Ignora-se até que data os sucessores de Molina, neste cargo, continuaram a receber esta verba. É certo que, em 1692⁹⁰, já tinham deixado de a arrecadar; assim como, quando António Ribeiro dos Santos, em 1736, foi provido no cargo⁹¹, não lhe foi atribuída nenhuma aposentadoria⁹². Em 1759, alegava que estava prejudicado, pois as «casas se abateram na ocasião do terramoto de 1755». Para tal, o Conselho tinha definido um *plano de emergência*, que incluía pagamentos suplementares. Santos teria ficado com uma aposentadoria, no valor de 12.000 réis, que ele alegava «ser muito limitado», quando, em 1759, solicitou um aumento ao Conselho Geral. Após parecer da Inquisição de Lisboa, este pedido foi-lhe negado⁹³. Em 1772, já teria conseguido um ligeiro aumento na sua aposentadoria, recebendo, agora, 20.000 réis⁹⁴.

A data mais recuada que se encontra, relativa à aposentadoria do solicitador do Conselho, é o ano de 1628, em que este pagamento estava no valor de 20.000

⁸⁷ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 632, fls. 43-43v.

⁸⁸ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 474, fls. 2-2v.

⁸⁹ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 909, fl. 22.

⁹⁰ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 914.

⁹¹ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 111, fl. 154.

⁹² ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 477.

⁹³ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 157, fls. 221-222.

⁹⁴ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 580, fl. 18.

réis/ano⁹⁵. Mantinha-se, em 1688⁹⁶, e era o mesmo que recebia José de Castro Guimarães, em 1760, pelo exercício do mesmo cargo⁹⁷.

Finalmente, acerca da aposentadoria do contínuo do Conselho, sabe-se que quando João de Amorim Pacheco foi provido, em 1734, foi-lhe atribuído o valor de 20.000 réis/ano. Pelo menos, em 1757, o valor mantinha-se igual⁹⁸.

Os exemplos relatados, com ênfase nos do secretário e porteiro, permitem perceber, por um lado que a mercê de aposentadoria não significava, linearmente, a necessidade que o indivíduo tinha de alugar umas casas, porque a Inquisição não dispunha de espaço físico para o fazer. Tal se depreende do pagamento a Jácome Esteves Nogueira, que recebia a aposentadoria, mas residia no próprio edifício do Conselho Geral.

Pode perguntar-se: seriam os valores das aposentadorias muito distintos dos que eram pagos por outras instituições? Por exemplo, o juiz de fora de Évora, João Lobato Quinteiro, em 1693, receberia 30.000 réis/ano para aposentadoria⁹⁹. Mas o escrivão da aposentadoria da mesma cidade, Gaspar de Molinas, cerca de 1700, receberia 42.000 réis/ano¹⁰⁰, valor que próximo do auferido pelo secretário do Conselho Geral.

Resta analisar um último elemento relativo aos pagamentos aos membros do Conselho Geral: as ajudas de custo.

Quadro 7 – Ajudas de custo recebidas pelos membros do Conselho Geral (réis)

Cargos	Ano	Valor	Relativo a...	Quem paga?
Inquisidor-geral				
Deputado	1697	40.000	Doença	Tesoureiro IL
	1720	40.000	Doença	Tesoureiro IL
	1725	40.000	Doença	Tesoureiro IL
	1738	40.000	Doença	Tesoureiro IL
	1742	40.000	Doença	Tesoureiro IL
	1752	40.000	Doença	Secretário CG
	1756	40.000	Doença	Secretário CG

⁹⁵ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, mc. 3, n.º 60.

⁹⁶ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 153, fl. 87.

⁹⁷ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 1003, fl. 30.

⁹⁸ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 909, fl. 27.

⁹⁹ Arquivo Distrital de Évora [ADE], *Câmara de Évora, livros de registos*, liv. 140, fls. 187-187v.

¹⁰⁰ ADE, *Décimas de Évora*, liv. 482, fl. 14.

Secretário	1732	16.000	Doença do secretário	Tesoureiro IL
Porteiro	1644	6.000	Décima militar	Tesoureiro IL
	1693	5.000	Lenha	Tesoureiro IL
	1720	5.000	Lenha	Tesoureiro IL
	1741	5.000	Lenha	Tesoureiro IL
	1760	8.000	Doença	Tesoureiro IL
	1772	8.000	Doença	Tesoureiro IL
	1805	5.000	Lenha	?
Solicitador	1644	4.000	Décima militar	Tesoureiro IL
	1720	8.000	Doença	Tesoureiro IL
	1731	20.000	Cobrar o rendimento da Inquisição da Junta da Administração do Tabaco (desta vez somente)	Secretário CG
	1741	8.000	Doença	Tesoureiro IL
	1745	20.000	Cobrar o rendimento da Inquisição da Junta da Administração do Tabaco (que se faz mercê cada ano)	Secretário CG
	1748	8.000	Doença	Tesoureiro IL
	1755	20.000	Cobrar o rendimento da Inquisição da Junta da Administração do Tabaco (que se faz mercê cada ano)	Secretário CG
	1760	8.000	Doença	Tesoureiro IL
Contínuo	1762	4.000	Doença	Tesoureiro IL
	1764	6.000	Doença	Tesoureiro IL

Legenda: CG – Conselho Geral; IL – Inquisição de Lisboa.

Fonte: ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 573; liv. 580; liv. 619; liv. 630; liv. 878; liv. 914; liv. 916; liv. 927; liv. 935; liv. 946; liv. 959; liv. 968; liv. 1001; liv. 1009; mç. 12, n.º 8; mç. 41, n.º 41; mç. 42, n.º 4; mç. 65, n.º 45.

As datas mais antigas, assinaladas no quadro 7, referem-se à primeira vez que foi possível localizar os membros do Conselho a receberem ajudas de custo; o que não significa que, anteriormente, não as tivessem recebido. O leque não é alargado e destaca-se a de doença, que todos receberiam, quando tal se justificasse. As restantes teriam particularidades relativas ao exercício de cada ofício. É disso exemplo as propinas que cobrava o solicitador de 20.000 réis por ajudar na cobrança do rendimento do tribunal de Lisboa, junto do Cabido da mesma cidade. Esta era uma tarefa suplementar ao seu ofício, logo era remunerada, também, de forma extraordinária.

Contrariamente, ao que se passava com os oficiais, os deputados e o secretário não necessitavam de endereçar um pedido especial ao Conselho, para que lhes fosse paga uma ajuda de custo por doença. O interconhecimento, resultante da convivência

no edifício do Conselho, seria suficiente. Para este efeito, o inquisidor-geral ou o próprio Conselho ordenava ao tesoureiro da Inquisição de Lisboa ou ao secretário do Conselho – através de uma provisão – que se pagasse a determinado indivíduo a quantia de que se lhe fazia mercê por ajuda de custo da doença¹⁰¹. Já os oficiais tinham de dirigir uma petição ao Conselho para que lhe fossem pagas as ajudas de custo, quer fosse por doença, ou por outra necessidade qualquer.

Uma das ajudas de custo extraordinárias era a que o porteiro recebia para lenha. É provável que esta ajuda de custo não fosse para usufruto próprio. Pelo regimento de 1640, no título respeitante ao porteiro da mesa da Inquisição, estão definidas várias ajudas de custo que lhe seriam dadas para custear despesas relacionadas com o exercício do seu ofício¹⁰². Entre elas estavam 2.000 réis/ano para lenha. Não se sabe se o porteiro do Conselho terá começado por receber este valor, mas é certo que, em 1693, estava vos 5.000 réis¹⁰³, que continuava a receber, pelo menos, em 1805¹⁰⁴, habitualmente, no mês de Dezembro. O porteiro tinha de solicitar ao Conselho que lhe pagassem esta ajuda de custo. Fazia-o através de uma petição que era, posteriormente, despachada pelo Conselho Geral, ficando o pagamento a cargo do tesoureiro da Mesa de Lisboa – pelo menos, até 1748, seria assim¹⁰⁵.

Por vezes, as ajudas de custo, que, nalguns casos, deveriam ser conjunturais, poderiam tornar-se habituais. Ao fazer-se mercê, uma primeira vez, era suficiente para que se tivessem quebrado os «estilos do Santo Ofício», aspecto que a todo o custo os ministros inquisitoriais queriam preservar. Mas aberta uma brecha não havia capacidade para negar a solicitação de mercês. Uma delas foi a que receberam o porteiro e o solicitador, em 1644, relativa ao pagamento do imposto da décima¹⁰⁶. Não foi uma mercê exclusiva dos oficiais do Conselho, mas transversal ao oficialato de todos os tribunais de distrito. Após a Restauração, logo em 1641, D. João IV, em cortes, conseguiu o apoio da Junta dos Três Estados para que se criasse um imposto extraordinário, com o objectivo de financiar a guerra com Castela¹⁰⁷. Uma das novidades prendia-se com a aplicação do imposto sobre as camadas da sociedade, tendencialmente, isentas. Assim, esta ajuda de custo era-lhes entregue, para que pudessem pagar aos oficiais régios o que lhes cabia na nova tributação¹⁰⁸.

¹⁰¹ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, mc. 41, n.º 41.

¹⁰² Liv. I, Tít. XVI, § 12. Publ. José Eduardo Franco e Paulo de Assunção, *As metamorfoses de um polvo: religião e política nos regimentos da Inquisição Portuguesa (séc. XVI-XIX)* (Lisboa: Prefácio, 2004).

¹⁰³ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 914, fl. 13.

¹⁰⁴ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, mc. 65, n.º 45.

¹⁰⁵ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, mc. 12, n.º 8.

¹⁰⁶ Ana Isabel López-Salazar Codes, “‘Pudero Mais os Inquisidores que o Rey’. Las Relaciones Entre el Santo Oficio y la Corona en el Portugal de la Restauración (1640-1668),” *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 39 (2014): 144.

¹⁰⁷ Veja-se: Joaquim Romero Magalhães, “Dinheiro para a Guerra: as Décimas da Restauração,” *Hispania* LXIV/1, n.º 216 (2004): 157-182.

¹⁰⁸ ANTT, *Inquisição de Lisboa*, liv. 927.

Os complementos aos salários descritos, nesta parte, permitem perspectivar a ideia de terem ajudado a compensar a não alteração dos valores da parcela fixa do salário. Traduziam-se em propinas – pelas festividades religiosas e leigas – em ajudas de custo – por doença ou desempenho de actividades extraordinárias no desempenho dos ofícios inquisitoriais – e aposentadorias para moradas de casa. Neste particular, o Santo Ofício não era distinto das demais instituições do Antigo Regime. Fora destas órbitas estava a figura do inquisidor-geral, cujo salário era suficiente para a sua manutenção, não recorrendo a estes pagamentos suplementares.

4. Quando ganhava cada personagem?

Para finalizar a análise dos valores auferidos por cada elemento do Conselho geral, far-se-á um exercício criativo situando-se depois de 1742 e antes de 1750, quando Nuno da Cunha de Ataíde já tinha atingido o valor máximo como inquisidor-geral.

Quadro 8 – Valores auferidos por cada elemento do Conselho Geral

Cargos	Descritivo	Valor (réis)	Total (réis)
Inquisidor-geral	Parcela fixa do salário	1:000.000	12:440.000
	Pensão no Juízo do Fisco	11:000.000	
	Propinas pelas festividades religiosas (7)	280.000	
	Propinas leigas (4)	160.000	
Deputado	Parcela fixa do salário	400.000	780.000
	Propinas pelas festividades religiosas (7)	140.000	
	Propinas leigas (4)	200.000	
	Ajudas de custo (1)	40.000	
Secretário	Parcela fixa do salário	120.000	286.000
	Propinas pelas festividades religiosas (7)	70.000	
	Propinas leigas (4)	40.000	
	Aposentadoria	40.000	
	Ajudas de custo (1)	16.000	
Porteiro	Parcela fixa do salário	60.000	132.400
	Propinas pelas festividades religiosas (2)	1.400	
	Propinas leigas (2)	40.000	
	Aposentadoria	20.000	
	Ajudas de custo (2)	11.000	
Solicitador	Parcela fixa do salário	50.000	139.400
	Propinas pelas festividades religiosas (2)	1.400	

Contínuo	Propinas leigas	40.000	115.400
	Aposentadoria	20.000	
	Ajudas de custo (2)	28.000	
	Parcela fixa do salário	50.000	
	Propinas pelas festividades religiosas (2)	1.400	
	Propinas leigas	40.000	
	Aposentadoria	20.000	
	Ajudas de custo (1)	4.000	

Para obter os valores do quadro 8 usaram-se como referenciais os recolhidos na análise dos pontos anteriores. Consideraram-se como «propinas leigas» as que resultavam da realização dos autos-da-fé e os pagamentos aos oficiais relativos à «carestia dos usuais», assim como a do tabaco (após 1742). Nas ajudas de custo recebidas pelo porteiro e solicitador contabilizaram-se duas: no primeiro caso, a que recebia para lenha (5.000 réis) e quando estava doente (8.000 réis); no segundo, a que lhe era paga quando estava doente (8.000 réis) e a da cobrança do rendimento que a Inquisição de Lisboa tinha no Cabido da mesma cidade (20.000 réis).

Considerações finais

A principal fonte de receita do Conselho Geral do Santo Ofício português foralhe atribuída pela Monarquia, em 1641 – um rendimento nos lucros do estanco do tabaco. As demais receitas provinham da própria actividade inquisitorial, quer fosse em matéria de punição religiosa e social, quer ao nível das dinâmicas em torno da entrada de pessoal nos quadros. O fisco ganhava um papel central ao nível do salário do inquisidor-geral, mas a Coroa foi delegando para o estanco do tabaco o pagamento desta verba, em caso de défice financeiro no Fisco.

Os salários eram compostos – como nas demais instituições do Antigo Regime – pela parcela fixa e por pagamentos complementares: propinas, aposentadorias e ajudas de custo. As diferenças entre o que cada indivíduo auferia eram significativas, nomeadamente entre o inquisidor-geral e os deputados, face aos oficiais contínuos. Todavia, quando se comparam os valores com os que eram auferidos noutras instituições, parece que os do Santo Ofício não estavam entre os que recebiam mais.

Recibido: 5 de septiembre de 2017
Aprobado: 12 de octubre de 2017

	Propinas leigas (2)	40.000	
	Aposentadoria	20.000	
	Ajudas de custo (2)	11.000	
	Parcela fixa do salário	50.000	
Solicitador	Propinas pelas festividades religiosas (2)	1.400	139.400
	Propinas leigas	40.000	
	Aposentadoria	20.000	
	Ajudas de custo (2)	28.000	
	Parcela fixa do salário	50.000	
Contínuo	Propinas pelas festividades religiosas (2)	1.400	115.400
	Propinas leigas	40.000	
	Aposentadoria	20.000	
	Ajudas de custo (1)	4.000	

Para obter os valores do quadro 8 usaram-se como referenciais os recolhidos na análise dos pontos anteriores. Consideraram-se como «propinas leigas» as que resultavam da realização dos autos-da-fé e os pagamentos aos oficiais relativos à «carestia dos usuais», assim como a do tabaco (após 1742). Nas ajudas de custo recebidas pelo porteiro e solicitador contabilizaram-se duas: no primeiro caso, a que recebia para lenha (5.000 réis) e quando estava doente (8.000 réis); no segundo, a que lhe era paga quando estava doente (8.000 réis) e a da cobrança do rendimento que a Inquisição de Lisboa tinha no Cabido da mesma cidade (20.000 réis).

Considerações finais

A principal fonte de receita do Conselho Geral do Santo Ofício português fora-lhe atribuída pela Monarquia, em 1641 – um rendimento nos lucros do estanco do tabaco. As demais receitas provinham da própria actividade inquisitorial, quer fosse em matéria de punição religiosa e social, quer ao nível das dinâmicas em torno da entrada de pessoal nos quadros. O fisco ganhava um papel central ao nível do salário do inquisidor-geral, mas a Coroa foi delegando para o estanco do tabaco o pagamento desta verba, em caso de défice financeiro no Fisco.

Os salários eram compostos – como nas demais instituições do Antigo Regime – pela parcela fixa e por pagamentos complementares: propinas, aposentadorias e ajudas de custo. As diferenças entre o que cada indivíduo auferia eram significativas, nomeadamente entre o inquisidor-geral e os deputados, face aos oficiais contínuos. Todavia, quando se comparam os valores com os que eram auferidos noutras instituições, parece que os do Santo Ofício não estavam entre os que recebiam mais.

Recibido: 5 de septiembre de 2017

Aprobado: 12 de octubre de 2017

A INQUISIÇÃO PORTUGUESA DURANTE O GOVERNO DE D. JOÃO COSME DA CUNHA (1770-1783)

Ricardo Pessa de Oliveira
(Universidade de Lisboa, CLEPUL/Universidade Aberta, CIDH)¹

RESUMO

Este artigo tem por objeto de estudo o inquisidor geral D. João Cosme da Cunha, uma das personagens mais criticadas e mal vistas da segunda metade do século XVIII português. Depois de uma análise sucinta sobre a sua ascendência, o seu percurso académico e os lugares que ocupou no Estado e na Igreja, este texto atribui especial relevo à sua atuação enquanto inquisidor geral, cargo que desempenhou entre 1770 e 1783, e às transformações que o Tribunal da Fé conheceu nesse período.

PALAVRAS-CHAVE: Inquisição, Portugal, Século XVIII, Inquisidor Geral, D. João Cosme da Cunha.

THE PORTUGUESE INQUISITION DURING THE GOVERNMENT OF D. JOÃO COSME DA CUNHA (1770-1783)

ABSTRACT

The main purpose of this article was the study of general inquisitor D. João Cosme da Cunha, one of the most criticized and poorly seen characters of the second half of the 18th century Portuguese. After a brief analysis of his ancestry, his academic experience and the religious and political careers, we analysed his actions as a general inquisitor (1770-1783), and the transformations that the Inquisition met in this period.

KEYWORDS: Inquisition, Portugal, 18th century, General Inquisitor, D. João Cosme da Cunha.

¹ Universidade de Lisboa, Faculdade de Letras, Centro de Literaturas e Culturas Lusófonas e Europeias, Alameda da Universidade, 1600-214 Lisboa, Portugal. Esta publicação foi financiada por Fundos Nacionais através de FCT - Fundação para a Ciência e a Tecnologia no âmbito do Projecto UID/ELT/00077/2013.

1. Pese o elevado número de trabalhos sobre o Santo Ofício, a historiografia portuguesa tem atribuído pouco relevo aos indivíduos que ocuparam o topo hierárquico da instituição. Constituem exceção, neste campo de análise pouco explorado, os trabalhos de António Ventura², de António Borges Coelho³, de Maria Luísa Braga⁴, de Teresa Leonor Vale⁵ e, alguns contributos meus⁶. De igual forma, são escassos os estudos sobre inquisidores de distrito⁷. Tendo em consideração esta lacuna é nosso propósito estudar D. João Cosme da Cunha, uma das personagens mais criticadas e mal vistas da segunda metade do século XVIII português, atribuindo especial relevo à sua atuação enquanto inquisidor geral, cargo que desempenhou entre 1770 e 1783.

2. João Cosme de Távora, nome que utilizou até ao suplício daquele agregado, após o que passou a utilizar o apelido Cunha, nasceu a 28 de setembro de 1715, na cidade de Lisboa⁸. Era oriundo de uma família nobre, profundamente enraizada em Lisboa e que gravitava em torno da Corte. Em concreto, era filho dos 4.^{os} condes de São Vicente, Manuel Carlos da Cunha Távora e Silveira, que enveredara por uma carreira militar, e D. Isabel de Noronha, que fora dama da rainha D. Maria Sofia de Neuburgo e aia do filho daquela, o futuro D. João V. A figura em análise era aparentado com toda a grandeza do reino, caso da nobilíssima família dos Távoras, circunstância que explica que tanto o seu nascimento como o seu batizado tenham sido noticiados na *Gazeta de Lisboa*. Era neto paterno de Miguel Carlos de Távora e Silveira e de sua esposa D. Maria Caetana da Cunha, 2.^a condessa de São Vicente; e neto pela parte materna de D. Marcos de Noronha, conde dos Arcos, e de sua mulher D. Maria de Távora, que por sua vez era filha dos 1.^{os} marqueses de Távora, D. Luís Álvares de Távora e D. Inácia de Meneses⁹.

João foi o terceiro filho resultante do matrimónio de seus pais. Antes nascera Miguel, o primogénito, que iria suceder na Casa como 5.^o conde de São Vicente, e Maria. Através da análise dos registos paroquiais, foi possível identificar mais nove

² António Ventura, “Algumas reflexões sobre o pensamento político de D. José Joaquim da Cunha de Azeredo Coutinho”, em *Estudos sobre História e Cultura Contemporâneas de Portugal* (Lisboa: Centro de História da Universidade de Lisboa, 2004), 9-21.

³ António Borges Coelho, *A Morte do Inquisidor Geral* (Lisboa: Caminho, 2007), 11-32.

⁴ Maria Luísa Braga, *A Inquisição em Portugal. Primeira metade do século XVIII O Inquisidor Geral D. Nuno da Cunha de Ataíde e Mello* (Lisboa: Instituto Nacional de Investigação Científica, 1992).

⁵ Teresa Leonor M. Vale, “D. Francisco de Castro (1574-1653) Reitor da Universidade de Coimbra, Bispo da Guarda e Inquisidor Geral”, *Hispania Sacra* 7 (1995): 339-358.

⁶ Ricardo Pessa de Oliveira, “Uma vida no Santo Ofício: o Inquisidor Geral D. João Cosme da Cunha” (Tese de Mestrado, Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, 2007). No presente texto retomamos e sintetizamos alguma da investigação dada a conhecer nessa obra. Idem, “Cerimónias Fúnebres por Inquisidores Gerais no século XVIII”, *Revista de Portugal* 5 (2008): 21-30.

⁷ Célia Cristina da Silva Tavares, “Esboço de uma Biografia do Inquisidor João Delgado Figueira”, *Clío* 9 (2003): 127-141.

⁸ *Gazeta de Lisboa*, n.º 9, de 5 de outubro de 1715.

⁹ Afonso Zúquete, *Nobreza de Portugal e do Brasil*, vol. III (Lisboa: Editorial Enciclopédia, 1960), 356-357.

irmãos, nascidos entre 1716 e 1727, todos batizados na freguesia de São Cristóvão, Lisboa, onde seus pais eram moradores¹⁰.

Tido por estudante talentoso, dotado de boa capacidade e estudioso, ingressou na Universidade de Coimbra, aos 16 anos de idade, tendo alcançado um dos lugares de porcionista no Colégio de São Pedro, instituto com o qual a sua família já tinha ligação, o que não deixou de ser frisado por seu pai¹¹. De facto, o seu avô paterno, Miguel Carlos de Távora e Silveira, havia sido porcionista daquele colégio, tal como o haviam sido Rui Pires de Távora e Henrique Vicente de Távora, respetivamente, irmão e sobrinho da avó materna de João Cosme da Cunha, e D. Leão de Noronha tio do seu avô materno¹². Regressando ao seu percurso académico, alcançou o bacharelato em Cânones a 21 de maio de 1736, tendo sido aprovado *nemine discrepante*, classificação que implicou a unanimidade por parte do júri mas que não esclarece sobre as suas reais capacidades, para além do patamar mínimo exigido¹³. Prosseguiu os estudos, tendo alcançado o grau de licenciado, desta feita em Leis, em junho de 1737¹⁴; e no mês seguinte, o grau de Doutor, na mesma área do saber¹⁵. Tenhamos em consideração que não era raro que os graus de licenciado e de doutor fossem tomados em datas próximas, uma vez que o mesmo ato, o exame privado, a ambos dava acesso. Ao receber o grau de licenciado, o candidato recebia licença para tomar o de doutor. Daí que o lapso de tempo que decorria entre um e outro grau fosse, por vezes, de apenas alguns dias¹⁶.

Concluída a formação académica, principiou a sua carreira, iniciando a atividade no seio da Inquisição em janeiro de 1738, na qualidade de deputado do tribunal de Coimbra, um dos quatro tribunais existentes¹⁷. Além desse existiam o de Lisboa e o de Évora, na metrópole, e o de Goa, no espaço ultramarino. Tratava-se de um cargo inferior em dignidade, lugar e ordenado aos dos inquisidores de distrito mas que poderia funcionar como catapulta para essa posição de maior prestígio. Porém, a sua passagem pelo tribunal conimbricense foi efémera pois ingressou na congregação dos cônegos regrantes de Santo Agostinho, no mosteiro de Santa Cruz de Coimbra, em maio de 1738, tendo professado no ano seguinte com o nome de

¹⁰ Cf. Oliveira, “Uma vida no Santo Ofício”, 17-22.

¹¹ Arquivo da Universidade de Coimbra (AUC), Colégio de São Pedro, cx. 23, n.º 37; João Luís Lisboa, Tiago C. P. dos Reis Miranda, Fernanda Olival, *Gazetas Manuscritas da Biblioteca Pública de Évora*, vol. I (1729-1731), (Lisboa: Colibri, Centro de História da Universidade Nova de Lisboa, Centro Interdisciplinar de História, Culturas e Sociedades da Universidade de Évora, 2002), 159.

¹² AUC, Colégio de São Pedro, cx. 23, n.º 37, fols. 1-17.

¹³ AUC, Atos e Graus, 1735-1736, vol. 71, IV/ I-D, 1, 2, 13, fol. 28v. A propósito das classificações ver Fernando Taveira da Fonseca, *A Universidade de Coimbra (1700-1771). Estudo Social e Económico* (Coimbra: Universidade de Coimbra, 1995), 381-389.

¹⁴ AUC, Atos e Graus, 1736-1737, vol. 72, IV/ I-D, 1, 2, 14, fol. 150v.

¹⁵ AUC, Atos e Graus, 1736-1737, vol. 72, IV/ I-D, 1, 2, 14, fol. 155v.

¹⁶ Fonseca, *A Universidade de Coimbra*, 29.

¹⁷ Arquivo Nacional Torre do Tombo (ANTT), Conselho Geral do Santo Ofício, Habilitações, João, mc. 71, doc. 1327.

João de Nossa Senhora da Porta¹⁸. Aí permaneceu até 1742, ano em que se transferiu para o mosteiro de São Vicente de Fora, na cidade de Lisboa, a fim de estabelecer naquele espaço a reforma iniciada em Coimbra¹⁹.

Em novembro de 1745, D. João V nomeou-o bispo da diocese de Leiria, certamente por influência de frei Gaspar da Encarnação e devido à sua ligação ao movimento de reforma da vida religiosa e de espiritualidade conhecido por jacobea²⁰. D. João de Nossa Senhora da Porta, nome que utilizou enquanto bispo de Leiria, integrou a larga fatia da população episcopal proveniente de congregações religiosas, em concreto 53% dos providos entre 1495 e 1777, 210 indivíduos em 395²¹. Em 5 de outubro de 1746 realizou a sua entrada pública em Leiria, diocese de reduzidos proventos, onde permaneceu até 1760²². Os dados recolhidos sobre a sua atividade episcopal, ainda que escassos, parecem apontar para o ideal tridentino de bispo pastor²³. Residente na sua diocese reformou templos; procurou introduzir o cerimonial dos bispos reformado por Bento XIII; demonstrou preocupação com o clero diocesano e com o estado das paróquias, ordenando que todos os párocos apresentassem relatórios quinzenais sobre o estado das mesmas; e visitou regularmente, por si ou por intermédio de visitantes, a diocese, exercício que permitia controlar o universo religioso, mas também a população leiga, disciplinando os seus comportamentos, já que esse mecanismo aliava a função pastoral à tarefa corretiva, contribuindo para a afirmação da jurisdição do prelado na sua diocese²⁴. Existe notícia de ter visitado parte do território diocesano, pessoalmente, nos anos de

¹⁸ Biblioteca Pública de Évora (BPE), cod. CIV/I-10: *Mercúrio de Lisboa*, n.º 42, de 15 de outubro de 1746; Afonso Zúquete, *Leiria. Subsídios para a História da sua Diocese* (Leiria: Gráfica, 1943), 227.

¹⁹ Zúquete, *Leiria*, 227. Sobre a reforma dos crúzios, cf. Paulo Drumond Braga, “Igreja, Igrejas e Culto”, em *Nova História de Portugal*, ed. Joel Serrão y A. H. de Oliveira Marques, vol. VII, *Da Paz da Restauração ao Ouro do Brasil*, coordenação de Avelino de Freitas de Meneses (Lisboa: Editorial Presença, 2001), 102-103.

²⁰ José Pedro Paiva, *Os Bispos de Portugal e do Império 1495-1777* (Coimbra: Imprensa da Universidade de Coimbra, 2006), 516.

²¹ José Pedro Paiva, “Definir uma elite de poder: os bispos em Portugal (1495-1777)”, em *Optima Pars. Elites Ibero-Americanas do Antigo Regime* (Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais, 2005), 51-52.

²² Sobre a sua entrada pública em Leiria cf. Ricardo Pessa de Oliveira, “Encenação de Poder: a Entrada Pública de D. João Cosme da Cunha em Leiria (1746)”, em *Turres Veteras X, História do Sagrado e do Profano* (Lisboa: Edições Colibri, Instituto de Estudos Regionais e do Municipalismo Alexandre Herculano; Torres Vedras: Câmara Municipal de Torres Vedras, 2008), 187-199; Ricardo Pessa de Oliveira, “As Relações de Entrada do Bispo de Leiria D. João Cosme da Cunha (1746)”, *Leiria-Fátima. Órgão Oficial da Diocese* 45 (2008): 167-178. Sobre a temática cf., ainda, José Pedro Paiva, “O Cerimonial da Entrada dos Bispos nas suas dioceses uma encenação de poder (1741-1757)”, *Revista de História das Ideias* 15 (1993): 117-146; José Pedro Paiva, “Etiqueta e Cerimónias públicas na esfera da Igreja (séculos XVII-XVIII)”, em *Festa, cultura e sociabilidade na América Portuguesa*, ed. István Jancsó y Íris Kantor, vol. I (São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo, 2001), 75-94.

²³ A propósito cf. Paiva, *Os Bispos de Portugal*, 128-147.

²⁴ Sobre a visita pastoral portuguesa cf. a síntese apresentada por José Pedro Paiva, “As Visitas Pastorais”, em *História Religiosa de Portugal*, ed. Carlos Moreira Azevedo, vol. 2, *Humanismos e Reformas*, coordenação de João Francisco Marques e António Camões Gouveia (Lisboa: Círculo de Leitores, 2000), 250-255. Cf., igualmente a entrada de Joaquim Ramos de Carvalho, José Pedro Paiva, “Visitações”, em *Dicionário de História Religiosa de Portugal*, ed. Carlos Moreira Azevedo, vol. P-V, Apêndices (Lisboa: Círculo de Leitores, 2001), 365-366.

1747, 1748, 1749, 1750 e 1755, ocasiões em que administrou o sacramento da confirmação a centenas de fiéis e levou a cabo algumas reduções de estrangeiros que abjuraram a anterior confissão²⁵. Saliente-se que essas visitas foram noticiadas na *Gazeta de Lisboa*, tal como o foram as cerimónias que promoveu no interior da Sé por ocasião da morte de D. João V, em 1750²⁶, e de D. Maria Ana de Áustria, em 1754²⁷, divulgação que teria propósitos bem definidos por parte de alguém com ambições elevadas.

A tentativa de regicídio de 3 de setembro de 1758, a prisão do duque de Aveiro e dos marqueses de Távora, bem com a execução dos mesmos com a crueldade que se conhece, criaram um clima que lhe era desfavorável pois, como referimos, era parente dos últimos. O receio de eventuais consequências resultantes desse parentesco terá originado inclusive problemas de saúde. Frei José de Santa Rita Durão, religioso agostinho natural do Brasil, que foi íntimo da figura em análise, referiu que o bispo de Leiria passou então a sofrer de insónias, contando a esse respeito:

entretinha comigo, dia e noite, intermináveis conversas; e, como elle sofria d'insomnias, obrigava-me tambem, mau grado meu, a passar, as noites em claro²⁸.

Em janeiro de 1759, com a associação dos Jesuítas ao atentado ao monarca, o prelado leiriense revelou enorme oportunismo político, sobressaindo por ter assinado uma pastoral violentíssima contra os Inacianos, que foi de encontro aos intentos de Sebastião José de Carvalho e Melo, secretário dos Negócios do Reino, futuro marquês de Pombal, legitimando as medidas que aquele tomara contra os padres da Companhia²⁹. Um ano após o atentado, determinou ainda celebrar de forma perpétua o aniversário do fracasso do mesmo, propondo ao cabido de Leiria uma ação de graças, que deveria ser repetida a cada ano³⁰.

A estratégia seguida acabou por dar frutos, possibilitando-o de obter sucessivos lugares no Estado e na Igreja. Em 1760, foi agraciado com o arcebispado de Évora, diocese que tinha uma renda anual comparável à de algumas das casas

²⁵ *Gazeta de Lisboa* (suplemento), n.º 38, de 21 de setembro de 1747; *Gazeta de Lisboa*, n.º 45, de 5 de novembro de 1748; *Gazeta de Lisboa*, n.º 24, de 17 de junho de 1749; José Ferreira de Lacerda, *Breves Apontamentos para a História da Fundação da Igreja do Senhor Jesus dos Milagres no concelho de Leiria* (Leiria: Tipografia Leiriense, 1911), 43-46; Zúquete, *Leiria*, 228-229.

²⁶ *Gazeta de Lisboa* (suplemento), n.º 33, de 20 de agosto de 1750.

²⁷ *Gazeta de Lisboa*, n.º 38, de 19 de setembro de 1754.

²⁸ Artur Viegas, *O Poeta Santa Rita Durão, Revelações Históricas da sua Vida e do seu Século* (Bruxelas: L'Édition D'Art Gaudio, 1914), 13.

²⁹ D. João de Nossa Senhora da Porta, *Conego Regular de Santo Agostinho, por mercê de Deos, e da Santa Sé Apostolica Bispo de Leiria, do Conselho de Sua Magestade Fidelissima, &c* (Lisboa: Oficina Patriarcal de Francisco Luís Ameno, 1759).

³⁰ *Gazeta de Lisboa*, n.º 39, de 27 de setembro de 1759.

menos ricas da grande nobreza portuguesa³¹. Em virtude dos altos cargos que foi acumulando e que o obrigavam a permanecer na Corte, foi um prelado ausente o que, após o Concílio de Trento (1545-1563), constituiu exceção em Portugal. Essa ausência, autorizada pelo Sumo Pontífice, Clemente XIV, em 1771, gerou desagrado sendo abertamente contestada³². Por exemplo, em 1778, o presidente do colégio irlandês da cidade de Évora, ali residente há 30 anos, questionado sobre o paradeiro do arcebispo, respondeu:

Nunca onde devia estar, [...] não apareceu ainda aqui, sequer uma vez, desde que veio tomar posse da sua sede; é demasiado grande senhor para desempenhar o dever de um bom pastor³³.

Relato exagerado, já que se conhecem pelo menos três idas suas a Évora. A primeira em maio de 1762, ocasião em que realizou a sua entrada solene e que teve como único propósito a recolha de receitas para financiar o conflito com Espanha³⁴; a segunda, em 1766, por motivos que não conseguimos apurar³⁵; e a terceira em 1777, a fim de receber D. Maria I, numa visita que a soberana fez àquela urbe³⁶. Durante o seu governo, há a assinalar a tradução para português do *Catecismo de Montpellier*, obra que havia sido condenada por Roma e colocada no Índice em 1721³⁷; e o desmembramento de parte considerável do bispado, com a criação da diocese de Beja, em 1770³⁸.

Como referido, a figura em análise foi acumulando sucessivos cargos no Estado e na Igreja. Ainda em 1760, foi nomeado conselheiro de Estado³⁹ e regedor da Casa da Suplicação⁴⁰, tribunal superior, cuja presidência significava ser o primeiro

³¹ Paiva, “Definir uma elite”, 48. Sobre os rendimentos da nobreza cf. Nuno Gonçalo Monteiro, *O Crepúsculo dos Grandes. A Casa e o Património da Aristocracia em Portugal (1750-1832)*, 2.^a ed. (Lisboa: Imprensa Nacional Casa da Moeda, 2003), 205-418.

³² Fortunato de Almeida, *História da Igreja em Portugal*, nova edição preparada e dirigida por Damião Peres, vol. III (Porto, Lisboa: Livraria Civilização Editora, 1970), 531.

³³ Arthur William Costigan, *Cartas sobre a Sociedade e os Costumes de Portugal 1778-1779*, tradução, prefácio e notas de Augusto Reis Machado, vol. 1 (Lisboa: Lisóptima, 1989), 87.

³⁴ *Triste e Alegre Cidade de Évora. Testemunho de um anónimo do século XVIII*, estudo e transcrição de Teresa Fonseca (Évora: Câmara Municipal de Évora, 2001), 85-86; Jacques Marcadé, *Frei Manuel do Cenáculo Vilas Boas. Évêque de Beja, Archevêque D'Evora (1770-1817)* (Paris: Centro Cultural Português, Fundação Calouste Gulbenkian, 1978), 93-95.

³⁵ Almeida, *História da Igreja*, vol. III, 531.

³⁶ Cf. Jerónimo de Alcântara Guerreiro, *Galeria dos Prelados de Évora* (Évora: Gráfica Eborense, 1971), 79.

³⁷ Evergton Sales de Souza, *Jansénisme et Réforme de l'Eglise dans l'Empire Portugais. 1640 à 1790* (Paris: Centro Cultural Calouste Gulbenkian, 2004), 252-253.

³⁸ Marcadé, *Frei Manuel do Cenáculo*, 61.

³⁹ Nuno Gonçalo Monteiro, *D. José. Na Sombra de Pombal* (Lisboa: Círculo de Leitores, 2006), 142-143.

⁴⁰ ANTT, Chancelaria de D. José I, liv. 69, fol. 155; *Lisboa*, n.º 1, de 22 de julho de 1760.

magistrado da justiça depois do rei⁴¹. Em 1768, foi o escolhido para presidir à recém-criada Real Mesa Censória, instituição que passou a deter o exclusivo sobre a censura literária e a circulação de livros, e que tinha como propósito o reforço do poder régio nessa matéria, acabando com a censura tripartida entre Inquisição, Desembargo do Paço e Ordinário⁴². Em 1770, foi nomeado inquisidor geral; juiz da supressão dos mosteiros dos Cónegos Regrantes⁴³; criado cardeal pelo Papa Clemente XIV⁴⁴; e designado membro da Junta da Providência Literária, organismo instituído em dezembro desse ano, com o objetivo de reformar a estrutura do ensino, sobretudo o universitário⁴⁵. Por fim, em 1772, foi nomeado ministro assistente do despacho⁴⁶.

3. D. João Cosme da Cunha foi, como referimos no início deste texto, uma das personagens mais criticadas e mal vistas da segunda metade do século XVIII português. Ao longo da sua existência foi colecionando inimigos, cujos escritos contribuíram para a criação dessa imagem. Na obra *Sketches of Society and Manners in Portugal*, assinada por Arthur William Costigan, a figura em análise foi apresentada como «um parvo, como há poucos no reino»⁴⁷. O atrás mencionado frei de Santa Rita Durão, que se desentendeu com o então bispo de Leiria, caracterizou-o como um homem ávido de afeições, que o admitira à sua amizade de forma bastante íntima. A propósito contou que o bispo chegara mesmo a «querer que eu me alojasse com elle em seus próprios aposentos, não dando quasi atenção, de dia nem de noite, a mais ninguém senão a mim»⁴⁸, o que causou admiração geral e levantou dúvidas quanto às intenções. Por seu turno, o milanês José Gorani descreveu-o como

⁴¹ Sobre a Casa da Suplicação e o seu dirigente máximo cf. José Subtil, “Governo e Administração”, em *História de Portugal*, ed. José Mattoso, vol. 4, *O Antigo Regime (1620-1807)*, coordenação de António Manuel Hespanha (Lisboa: Editorial Estampa, 1993), 169-171.

⁴² ANTT, Chancelaria de D. José I, liv. 30, fols. 324v-325. Sobre a Real Mesa Censória cf. Jorge Borges de Macedo, “Real Mesa Censória”, em *Dicionário de História de Portugal*, ed. Joel Serrão, vol. III (Lisboa: Iniciativas, 1971), 40-42; Piedade Braga Santos, “Actividade da Real Mesa Censória – Uma Sondagem”, *Cultura: História e Filosofia* 2 (1983): 379-382; Isaías da Rosa Pereira, “A Real Mesa Censória e algumas bibliotecas da cidade de Angra em 1770”, *Boletim do Instituto Histórico da Ilha Terceira* 50 (1992): 169-187; Maria Teresa Payam Martins, *A Censura Literária em Portugal nos séculos XVII e XVIII* (Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian, Fundação para a Ciência e a Tecnologia, 2005).

⁴³ *Breve do Santíssimo Padre Clemente XIV, pelo qual se suprimem os Mosteiros dos Conegos Regulares de Santo Agostinho de Portugal e nelle declarados; e seos rendimentos se unem, e applicam ao Real Convento de Mafra do padroado Real, agora concedido e assinado aos mesmos Conegos Regulares* (Lisboa: Régia Oficina Tipográfica, 1770).

⁴⁴ José de Castro, *O Cardial Nacional* (Lisboa: Agência Geral das Colónias, 1943), 271-272.

⁴⁵ Ruy D’Abreu Torres, “Providência Literária, Junta de”, em *Dicionário de História de Portugal*, ed. Joel Serrão, vol. V (Lisboa: Livraria Figueirinhas, 1971), 198-199; Pedro José Pinto dos Reis, “Conselheiros e Secretários de Estado de Portugal de D. João IV a D. José I. Subsídios para o seu estudo sócio-jurídico” (Tese de Mestrado, Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, 1987), 47; Ana Cristina Araújo, “Dirigismo Cultural e Formação das Elites no Pombalismo”, em *O Marquês de Pombal e a Universidade*, ed. Ana Cristina Araújo (Coimbra: Imprensa da Universidade, 2000), 33.

⁴⁶ Visconde de Santarém, *Quadro Elementar das Relações Políticas e Diplomáticas de Portugal com as Diversas Potencias do Mundo desde o princípio da monarchia portugueza até aos nossos dias*, vol. VIII (Lisboa: Academia Real das Ciências de Lisboa, 1853) LXII, 33-35.

⁴⁷ Costigan, *Cartas*, vol. II, 62.

⁴⁸ Viegas, *O Poeta Santa Rita Durão*, 11.

«homem de maior astúcia que saber, e tão fértil em manhas [...] como era rico de relações»⁴⁹.

Indivíduo ambicioso e oportunista, não hesitou em virar costas ao marquês de Pombal, quando da morte de D. José I. Dessa realidade deu conta o embaixador francês:

o cardeal da Cunha, receiando ser envolvido na desgraça do Marques depois da morte d'ElRei, se apressára a voltar as costas ao seu protector, e teve a leveza de se indispôr com elle⁵⁰.

O próprio marquês de Pombal, em carta dirigida a seu filho, em janeiro de 1778, referiu-se ao cardeal da Cunha como:

hum Prelado, que se tem feito abominável a toda a Corte; a toda a Cidade; e a todos os Estados do Reino [...] ha de accender mais contra os que forem seus socios o odio universal⁵¹.

Homem da sua época, D. João Cosme da Cunha, apreciava o luxo, o fausto e a exuberância, utilizando parte significativa dos seus rendimentos, que excediam os 100 mil cruzados anuais, em gastos com o seu tratamento. Era uma pessoa a quem agradavam as festas, as quais não raras vezes patrocinava⁵². Ao longo da sua carreira, acumulou um património riquíssimo. Além de bens imóveis, de que é exemplo a quinta de Punhete, mencione-se a baixela que pertencera ao duque de Aveiro, denominada dos Bastiões, constituída por ricas peças de prata dourada e cinzelada⁵³; ou ainda a sua famosa biblioteca, constituída por 9.446 volumes, avaliados em 8.593,580 réis, onde predominavam obras de temática religiosa, seguindo-se as de história e, em terceiro lugar, as de literatura⁵⁴, e que os seus inimigos sarcasticamente apelidavam de 11 mil virgens⁵⁵.

⁴⁹ José Gorani, *Portugal A Corte e o Pais nos anos de 1765 a 1767*, tradução, prefácio e notas de Castelo Branco Chaves (Lisboa: Editorial Ática, 1945), 41.

⁵⁰ Visconde de Santarém, *Quadro Elementar*, vol. VIII, 296.

⁵¹ *Cartas do Marquês de Pombal (1777-1780)*, prefácio e notas de D. José Manuel de Noronha (Coimbra: Imprensa da Universidade, 1916), 33.

⁵² *Lisboa*, n.º XXXI, de 4 de Agosto de 1761; José Pedro Ferrás Gramoza, *Successos de Portugal. Memórias Históricas Políticas e Cíveis em que se descrevem os mais importantes sucessos ocorridos em Portugal desde 1742 até ao anno de 1804* (Lisboa: Tipografia do Diário da Manhã, 1882), 124; Caetano Beirão, *D. Maria I 1777-1792, subsídios para a revisão do seu reinado*, 3.ª ed. (Lisboa: Empresa Nacional de Publicidade, 1944), 292-293.

⁵³ Jacome Ratton, *Recordações de Jacome Ratton sobre ocorrências do seu tempo em Portugal de Maio de 1747 a Setembro de 1810*, 3.ª ed. (Lisboa: Fenda, 1992), 255.

⁵⁴ Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro (BN), Ms. 65, 3,1, n.º 7: Relação dos Livros que se Acharam na Biblioteca do Eminentíssimo e Reverendíssimo Cardeal da Cunha. 336 pp; Oliveira, “Uma vida no Santo Ofício”, 80-82.

⁵⁵ Ratton, *Recordações*, 254.

4. A 24 de janeiro de 1770, D. José I, rei de Portugal, comunicou aos deputados do Conselho Geral do Santo Ofício, principal órgão da instituição, a nomeação de D. João Cosme da Cunha para inquisidor geral⁵⁶. Como se sabe, no período pombalino, a Inquisição sofreu profundas transformações, promovidas no âmbito do reforço do poder secular contra as pretensões da Igreja. Ao invés de extinguir o Tribunal, o marquês de Pombal procurou reorientar a sua trajetória. Subordinando-o aos interesses do monarca, procurou colocar à sua cabeça gente da sua inteira confiança. Refiram-se, entre outros, D. José de Bragança, inquisidor geral entre 1758 e 1760, e, sobretudo, Paulo de Carvalho e Mendonça, irmão de Carvalho e Melo, nomeado deputado do Conselho Geral em 1759, e que após o afastamento do referido inquisidor geral, dado o corte de relações com a Santa Sé, passou na prática a ser a principal figura do Tribunal⁵⁷. A proximidade de D. João Cosme da Cunha com o marquês de Pombal explica a sua nomeação, que aconteceu no dia imediato à morte de Paulo de Carvalho e Mendonça. A cerimónia de posse do novo inquisidor geral teve lugar na tarde do dia 6 de fevereiro de 1770, no palácio da Inquisição, ao Rossio, Lisboa, ainda antes da expedição do breve de Roma, aspeto que tem de ser sublinhado⁵⁸. Aliás, a obtenção das letras apostólicas foi um processo complicado e que levantou problemas diplomáticos, num período em que as relações entre as duas Cortes haviam sido pouco antes retomadas⁵⁹.

O período em que D. João Cosme da Cunha foi inquisidor geral ficou marcado por três resoluções da maior importância. A primeira foi o fim da distinção entre cristãos-novos e cristãos-velhos, decretado pela carta de lei de 25 de maio de 1773, documento que havia sido precedido por diversas medidas⁶⁰. Em abril de 1768, o Conselho Geral, após consulta régia, determinara que os expostos pudessem ser admitidos como agentes locais do Tribunal, sem prejuízo de não ser apurada a limpeza de sangue dos seus ascendentes⁶¹; no mês seguinte, as listas dos cristãos-novos, que haviam contribuído para os perdões gerais e outros benefícios, haviam sido consideradas sem efeito e mandadas destruir⁶²; e em abril de 1773, o Conselho Geral já havia defendido a abolição da sediciosa distinção, considerando que os convertidos deviam ser atraídos e não afugentados⁶³. A carta de lei de 15 de dezembro de 1774, veio complementar o diploma do ano anterior, ao declarar hábeis

⁵⁶ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, liv. 137, fols. 92-92v.

⁵⁷ Para tudo isto cf. Giuseppe Marcocci y José Pedro Paiva, *História da Inquisição Portuguesa (1536-1821)* (Lisboa: A Esfera dos Livros, 2013), 333-357.

⁵⁸ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, liv. 137, fol. 78. Sobre a investidura do inquisidor geral cf. Francisco Bethencourt, *História das Inquisições. Portugal, Espanha e Itália* (Lisboa: Círculo de Leitores, 1994), 105-112.

⁵⁹ Sobre esta questão cf. Oliveira, “Uma vida no Santo Ofício”, 97-99.

⁶⁰ Isaías da Rosa Pereira, *Considerações em torno da Carta de Lei de D. José, de 1773, relativa à Abolição das Designações de ‘Cristão-Velho’ e ‘Cristão-Novo’* (Lisboa: [s.n.], 1988), 21-22.

⁶¹ Marcocci y Paiva, *História da Inquisição*, 352-353.

⁶² João Lúcio de Azevedo, *História dos Cristãos-Novos Portugueses*, 3.^a ed. (Lisboa: Clássica Editora, 1989), 350.

⁶³ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, liv. 381, fols. 274-280v.

para cargos públicos os condenados e seus descendentes⁶⁴. De referir que a abolição da distinção entre cristãos-novos e cristãos-velhos ao eliminar, de forma oficial, os estatutos de limpeza de sangue teve consequências ao nível do número das familiaturas atribuídas que, no reino, decresceu de forma abrupta logo em 1774⁶⁵.

A segunda medida de grande impacto foi a publicação de um novo regulamento inquisitorial, nesse mesmo ano⁶⁶. Substituindo o regimento de 1640, o texto setecentista introduziu alterações importantíssimas. Desde logo, o frontispício da obra apresentava uma mudança de vulto: a substituição das armas da Inquisição pelas armas reais, o que tornava notória a subordinação do Tribunal face à Coroa⁶⁷. Recorde-se que, por alvará de 20 de maio de 1769, o Santo Ofício fora equiparado a qualquer outro tribunal régio, determinando-se que «ao Conselho Geral se falle, escreva, e requeira por Magestade»⁶⁸. Entre as principais novidades do novo texto, saliente-se a abolição do segredo processual; a proibição de condenar com base em testemunhos singulares; a restrição do uso da tortura; e a determinação do caráter excepcional dos autos da fé, até então cerimónia maior do Tribunal onde eram lidas as sentenças dos réus processados. Foi ainda decretada a proibição da publicação de listas de réus, manuscritas e impressas, e o fim da inabilidade dos condenados e seus descendentes. A propósito refira-se que entre 1772 e 1775, o Conselho Geral mandou recolher os retratos dos sentenciados que em tempos idos eram mandados pendurar nos interiores das igrejas principais, o que perpetuava a memória da infâmia pelos parentes. A 22 de agosto de 1772, após petição do pároco de Almacave, concelho de Lamego, o Conselho Geral ordenou que a Inquisição de Coimbra mandasse retirar daquela igreja os retratos dos relaxados ali existentes⁶⁹. Três dias mais tarde, ordenou-se que a Inquisição de Évora enviasse um comissário de Portalegre à Sé daquela cidade a fim de verificar se ali existiam retratos de pessoas relaxadas pelo Santo Ofício. A existirem, deviam ser retirados do seu lugar e colocados «em parte, aonde nunca mais sejam vistos de pessoa alguma, porque assim o há por bem o Conselho geral»⁷⁰. A 30 de julho de 1774, dispôs-se o mesmo relativamente aos retratos existentes na Sé de Pinhel⁷¹; e a 7 de abril de 1775, o inquisidor geral mandou retirar da igreja do lugar de Cação, área da jurisdição da Inquisição de Coimbra, todos os retratos ou memórias dos relaxados ou penitenciados por culpas de Judaísmo:

⁶⁴ *Collecção das Leys, Decretos e Alvarás del Rey D. Jozé I*, tomo III (Lisboa: Oficina de António Rodrigues Galhardo, 1790), 719.

⁶⁵ Cf. Oliveira, “Uma vida no Santo Ofício”, 114.

⁶⁶ *Regimento do Santo Officio da Inquisição dos Reinos de Portugal* (Lisboa: Miguel Manescal da Costa, 1774).

⁶⁷ De referir que o regimento de 1640 fora aprovado e confirmado «por autoridade apostólica de que usamos [...] sob nosso sinal somente», cf. *Regimento do Santo Officio da Inquisição dos Reynos de Portugal* (Lisboa: Manuel da Silva, 1640).

⁶⁸ António Delgado da Silva, *Collecção da Legislação Portuguesa desde a ultima compilação das Ordenações. Legislação de 1763 a 1774* (Lisboa: Tipografia Maignense, 1829), 397-398.

⁶⁹ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, liv. 366, fol. não numerado.

⁷⁰ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, liv. 366, fol. não numerado.

⁷¹ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, liv. 366, fol. não numerado.

para de taes memorias não haver mais lembrança reduzindo as com prudencia e cautella a cinzas, do mesmo modo que ja se tem praticado por ordem dessa Meza e que tendo vossa senhoria noticia de mais alguma existencia de semilhantes, ordene o mesmo procedimento⁷².

O Regimento do cardeal da Cunha apresentou ainda novidades relativas aos delitos perseguidos pelo Tribunal, caso da magia e da solicitação, cometida por eclesiásticos no decurso da confissão sacramental. No que toca à perseguição dos agentes da magia em Portugal, os indivíduos passaram a ser condenados não devido ao pacto com o demónio, isto é, pelo crime de heresia, mas antes por fingimento, impostura, engano e superstição, o que evidentemente acarretou a erradicação da pena capital⁷³. As práticas mágicas passaram a ser consideradas como «manifestas imposturas maquinadas», «delitos ideaes, e fantásticos» não condizentes com o «seculo illuminado» que então se vivia. Presumia-se que desprezando e ridicularizando tais atos e crenças «virão logo a extinguir-se, como a experiencia tem mostrado entre as Nações mais polidas da Europa»⁷⁴. Os culpados, dependendo da sua condição social, do seu estado religioso e do seu sexo, incorriam em penas que passavam por açoites, degredo, galés e prisão. Por outro lado, o Regimento determinou que os que insistissem em afirmar ter celebrado pacto com o demónio ou possuir capacidade de realizar malefícios fossem considerados loucos e, como tal, internados no hospital Real de Todos os Santos, em ala competente⁷⁵. No que toca à *sollicitatio ad turpia* delito que sucedia quando o confessor, no contexto da administração do sacramento da penitência, procurava seduzir o penitente, recorrendo a palavras, gestos e ações, de forma a satisfazer a sua concupiscência, o novo texto normativo, reconhecendo que o delito resultava da fragilidade humana, determinou que não fosse punido com o relaxamento ao braço secular⁷⁶.

⁷² ANTT, Conselho Geral do Santo Officio, liv. 366, fol. não numerado.

⁷³ *Regimento do Santo Officio da Inquisição dos Reinos de Portugal* (Lisboa: Miguel Manescal da Costa, 1774), 124-125. Sobre a magia em Portugal cf., sobretudo, os trabalhos de Francisco Bethencourt, *O Imaginário da Magia. Feiticeiras, Saludadores e Nigromantes no século XVI* (Lisboa: Universidade Aberta, 1987); José Pedro Paiva, *Práticas e Crenças Mágicas. O Medo e a Necessidade dos Mágicos na Diocese de Coimbra (1650-1740)* (Coimbra: Minerva, 1992); José Pedro Paiva, *Bruxaria e Superstição num País sem “caça às bruxas” 1600-1774*, 2.^a ed. (Lisboa: Editorial Notícias, 2002). Para o Brasil colonial, cf., principalmente, Laura de Mello e Souza, *O Diabo e a Terra de Santa Cruz. Feitiçaria e Religiosidade Popular no Brasil Colonial*, 7.^a ed. (São Paulo: Companhia das Letras, 2000); Laura de Mello e Souza, *O Inferno Atlântico. Demonologia e Colonização. Séculos XVI-XVIII* (São Paulo: Companhia das Letras, 1993).

⁷⁴ *Regimento do Santo Officio da Inquisição dos Reinos de Portugal* (Lisboa: Miguel Manescal da Costa, 1774), 120-122.

⁷⁵ *Ibidem*, 126-127.

⁷⁶ Sobre este delito em Portugal, cf. Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, Paulo Drumond Braga, “Um solicitante na Inquisição de Coimbra no século XVII: o padre António Dias” *Vértice* 66 (1995): 97-100; Paulo Drumond Braga, *A Inquisição nos Açores* (Ponta Delgada: Instituto Cultural de Ponta Delgada, 1997), 421-443; Ricardo Varela Raimundo, “Sentir Mal do Sacramento da Penitência: O Processo de Frei Salvador da Ressurreição”, *Nova Augusta* 17 (2005): 11-34; Ricardo Jaime Gouveia, *O Sagrado e o Profano em Choque no Confessionário. O delito de solicitação no Tribunal da Inquisição. Portugal 1551-1700* (Coimbra: Palimage, 2011).

A terceira grande medida foi a extinção do tribunal mais periférico, o de Goa, também em 1774. O ofício que propunha a referida abolição foi dirigido ao rei por D. João Cosme da Cunha a 6 de abril de 1773, tendo obtido nesse mesmo dia aprovação por despacho real⁷⁷. Em lugar do tribunal, o inquisidor propôs a nomeação de um comissário geral com jurisdição sobre a cidade de Goa e seu distrito, o que também foi aprovado. As principais causas para a extinção daquele tribunal terão sido a tentativa de estimular o comércio Oriental e a desobediência e resistência dos inquisidores goeses ao poder régio. A propósito, a 10 de fevereiro de 1774, Carvalho e Melo em carta remetida ao governador e capitão geral da Índia, D. José Pedro da Câmara, referiu que os inquisidores de Goa eram «pouco costumados a obedecer, sendo pelo contrario a illudirem com pretextos as ordens, que vão deste longe de Portugal»⁷⁸. Informados sobre a disposição régia, os inquisidores de Goa cumpriram o teor do documento, mandando soltar todos os presos e proceder ao inventário de tudo quanto existia no tribunal, incluindo os processos, para posterior envio para Lisboa. Quanto às instalações, nos anos imediatos, foram pensados diferentes rumos, tais como a de servir de residência do governador, o que acabou por não suceder⁷⁹. O tribunal de Lisboa ficou assim com jurisdição sobre todo o território ultramarino.

Contudo, em 1778, após a morte de D. José, ocorrida em 1777, e consequente morte política do marquês de Pombal, o tribunal de Goa foi restabelecido. O mesmo inquisidor geral, que cinco anos antes propusera a extinção, recomendou o restabelecimento, justificando-se com a retoma dos ritos gentílicos, a ofensa da religião cristã e o perigo dos convertidos regressarem às anteriores crenças⁸⁰. Fundamentações pouco convincentes e que demonstram que os motivos apresentados quer para a extinção quer para o restabelecimento tinham como único propósito conferir alguma legitimidade interna ao processo. Pese restabelecido e dotado de regulamento próprio, o tribunal de Goa conheceria daí em diante um período pautado pela fragilidade e por um considerável abrandamento punitivo. A extinção de 1774 fora o início do fim que, naquele território ultramarino, chegaria de forma definitiva em 1812.

No que respeita à repressão inquisitorial, tendo cessado as causas contra cristãos-novos judaizantes (o que sucedeu ainda antes da lei de 25 de maio 1773), há a salientar os crimes de proposição, de desrespeito e, ainda, a perseguição movida a libertinos e a deístas. A 13 de janeiro de 1778, no seguimento de uma carta enviada pelo bispo de Angra, o inquisidor geral pediu para serem investigados os indivíduos

⁷⁷ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, liv. 381, fol. 308-309; António Baião, *A Inquisição de Goa: Tentativa de História da sua origem, estabelecimento, evolução e extinção*, vol. I (Lisboa: Academia das Ciências, 1949), 369-374; António Baião, “A Extinção Pombalina da Inquisição de Goa. Ordem inédita do Inquisidor Geral nesse sentido e inventário dos seus móveis e preciosidades”, *Ocidente* 1, 2, (1938): 229-238.

⁷⁸ Charles Dellon, *Narração da Inquisição de Goa* (Nova-Goa: Imprensa Nacional, 1866), 266.

⁷⁹ Arquivo Histórico Ultramarino (AHU), Conselho Ultramarino, cx. 328, doc. não numerado e cx. 340, doc. não numerado.

⁸⁰ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, papéis avulsos, mc. 6, cx. 12, n.º 2448.

que aquele prelado acusara de serem libertinos⁸¹; e a 11 de outubro de 1778, foi celebrado auto da fé, o primeiro em Portugal continental durante o seu governo, no qual ouviram sentença oito militares de Valença, presos em dezembro do ano anterior, acusados de serem libertinos, um estudante e José Anastácio da Cunha, professor de Geometria na Universidade de Coimbra, que havia sido preso a 1 de julho de 1778⁸². Na cerimónia, realizada na sala da Inquisição, que se encontrava completamente lotada, foram lidas as sentenças desses réus que ainda vestiam «horríveis fatos [...] tendo a cabeça rapada, ou os cabelos muito curtos, e carapuças de papel cobertas de pinturas horríveis, na cabeça»⁸³. Por sua vez, em agosto de 1781, teve lugar auto da fé na sala da Inquisição de Coimbra, no qual saíram 15 homens e uma mulher dos quais, dez, quase todos estudantes, foram sentenciados por deísmo⁸⁴; e no mês seguinte, em idêntica cerimónia realizada na congénere eborense, ouviram sentença oito homens, a maioria por ter proferido proposições⁸⁵.

5. D. João Cosme da Cunha foi um homem subordinado aos interesses do monarca e de Carvalho e Melo, o que não constituiu novidade no comportamento episcopal. A partir do reinado de D. Manuel I, no momento em que passou a caber ao rei a nomeação dos prelados, estes tenderam a ser feitoras do soberano. O episcopado ficou, desde então, numa situação de maior dependência relativamente à Coroa, que detinha o controlo sobre aquela poderosa elite, sujeição que atingiu o auge, precisamente, durante a governação de Pombal. Assim, as promoções de uma diocese para outra resultavam da subordinação aos interesses régios. Tendo perfeita noção dessa realidade, D. João Cosme da Cunha revelou enorme oportunismo político o que lhe permitiu construir uma carreira notável, no Estado e na Igreja. Tendo sido um dos principais aliados de Pombal, nunca ousou ir contra o poderoso ministro, até ao desterro daquele para a capital do seu marquesado. Por certo, teria fresca a memória do sucedido com o seu antecessor, o inquisidor geral D. José de Bragança que tendo ido contra os desígnios do marquês, censurando uma obra de teor regalista, acabara desterrado no Buçaco, juntamente com o seu irmão, D. António de Bragança, de onde só saiu em 1777, após a morte de D. José I.

O período em que D. João Cosme da Cunha foi inquisidor geral pautou-se por uma maior subordinação da instituição aos interesses da Coroa, sendo paradigmático o processo de extinção e restabelecimento do tribunal de Goa. O seu governo ficou ainda marcado pelo declínio, pela redução do ritmo repressivo e por dificuldades financeiras. Com a diminuição abrupta no número das familiaturas, resultado do fim da distinção entre cristãos-novos e cristãos-velhos, a Inquisição, até então instância

⁸¹ ANTT, Inquisição de Lisboa, liv. 159, fols. 44-45.

⁸² *O Processo de José Anastácio da Cunha na Inquisição de Coimbra (1778)*, introdução, transcrição e notas de João Pedro Ferro (Lisboa: Palas Editores, 1987).

⁸³ Costigan, *Cartas*, vol. II, 95.

⁸⁴ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, liv. 433, fols. 417-420; José Lourenço Domingues de Mendonça, António Joaquim Moreira, *História dos principais actos e procedimentos da Inquisição em Portugal* (Lisboa: Círculo de Leitores, 1980).

⁸⁵ ANTT, Inquisição de Évora, liv. 4, fols. 134-136.

de promoção social, deixou de ter a sua base de apoio e conheceu uma quebra no rendimento proveniente das habilitações, ainda que essa fosse uma receita indireta⁸⁶. Por outro lado, perdeu o seu principal inimigo, isto é, deixou de processar cristãos-novos judaizantes. Consequência das alterações introduzidas pelo Regimento de 1774, os autos da fé passaram a ser excepcionais, tendo diminuído o número de sentenciados e o aparato da cerimónia. Na década de 70 do século XVIII, as dificuldades financeiras foram uma realidade. Em Évora, as despesas com as luminárias pela nomeação do inquisidor geral não puderam ser satisfeitas pela Casa, tendo sido necessário solicitar um empréstimo à irmandade de São Pedro Mártir, no valor de 642.800 réis⁸⁷. Ainda em 1770 foi decretada a extinção do Juízo do Fisco do Rio de Janeiro, pois os rendimentos eram insuficientes para o pagamento dos ordenados e «os confiscos ha muitos annos se acabarão e nem ha esperança de os haver por que os Christãos novos ou se acabarão ou mudaraõ de vida e costumes»⁸⁸. No ano seguinte, faltava dinheiro para prosseguir com as obras no palácio da Inquisição pelo que o cardeal da Cunha ordenou que os inquisidores de Coimbra remetessem 4.000 cruzados do cofre de São Pedro Mártir, sob a forma de empréstimo⁸⁹; e em outubro de 1773, determinou o envio de mais 1.000,000 réis pertencentes àquela irmandade, para o mesmo fim⁹⁰. Em 1779, o tribunal de Lisboa enfrentava sérios problemas. A subsistência dos encarcerados era suportada pelo despenseiro, situação que se arrastava há três anos. As dívidas da Mesa olisiponense ultrapassavam os 6.800,000 réis, o cofre do fisco estava vazio e algumas diligências, principalmente nos territórios ultramarinos, não podiam ser executadas pela impossibilidade dos gastos serem supridos. A gravidade da situação levou à intervenção de D. Maria I, a pedido dos inquisidores de Lisboa, tendo a soberana ordenado a elaboração de relatórios trimestrais a remeter para a Secretaria de Estado dos Negócios do Reino. Por fim, a quebra de poder da instituição foi visível no momento da morte de D. João Cosme da Cunha, sobrevivendo a 31 de janeiro de 1783, já que os valores despendidos com as cerimónias fúnebres, tanto em Lisboa como em Évora, mas não em Coimbra, ficaram bastante aquém dos gastos por morte de D. Nuno da Cunha de Ataíde, em 1750.

Recibido: 30 de marzo de 2017

Aprobado: 25 de julio de 2017

⁸⁶ Sobre as receitas do Santo Ofício português aguarda-se a tese de doutoramento de Bruno Lopes.

⁸⁷ ANTT, Inquisição de Évora, liv. 110, fol. 252v. Cf., igualmente, Ricardo Pessa de Oliveira, “Para o Estudo da Irmandade de São Pedro Mártir no final do século XVIII”, em *Actas do IV Congresso Histórico de Guimarães “Do Absolutismo ao Liberalismo”*, vol. I (Guimarães: Câmara Municipal de Guimarães, 2009), 509-530.

⁸⁸ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, liv. 381, fol. 292v.

⁸⁹ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, liv. 366, fol. não numerado.

⁹⁰ ANTT, Conselho Geral do Santo Ofício, liv. 366, fol. não numerado.

LOS HÁBITOS DE LA INQUISICIÓN

Antonia Herradón Figueroa
(Museo del Traje, CIPE, Madrid)

RESUMEN

El artículo analiza los hábitos del Santo Oficio de la Inquisición a partir de las piezas reunidas por Anastasio Páramo Barranco. Aborda su iconografía, sus formas de uso y sus tipologías más destacadas, poniéndolos en relación con otras similares de colecciones públicas y privadas. Además, aborda el espinoso asunto de la falsificación de joyas, muy habitual a finales del siglo XIX, cuando la demanda de piezas singulares relacionadas con la historia de España se disparó entre los coleccionistas.

PALABRAS CLAVE: Inquisición española, insignia de la Inquisición, colgante de la Inquisición, hábito de la Inquisición, joyería, coleccionismo, Anastasio Páramo Barranco.

SPANISH INQUISITION JEWELLERY

ABSTRACT

The article reviews the Holy Spanish Inquisition pendants through the badges collecting by Anastasio Páramo Barranco. It analyses their iconography, how they are being used, and the different types, putting them in relation with other items in public and private collections. It also presents the thorny issue of the forgery of jewels, a common practice at the end of XIX Century, when singular artefacts related to the Spain's history were highly demanded by collectors.

KEYWORDS: Holy Spanish Inquisition, Inquisition badge, Inquisition pendant, jewellery, collecting, Anastasio Páramo Barranco.

Los hábitos, joyas del Santo Oficio

Mucho se ha escrito sobre la Inquisición Española, pero en pocas ocasiones se ha abordado de manera específica uno de los objetos más estrechamente ligados a su historia. Se trata de los distintivos que identificaban a todos los individuos que estaban de uno u otro modo al servicio del Tribunal del Santo Oficio: desde el inquisidor general y los ministros consejeros, hasta los oficiales asalariados como relatores y secretarios, pasando por todos aquellos que servían a su causa de manera voluntaria, entre ellos calificadores, consultores o juristas, comisarios y familiares. En cuanto elementos materiales de representación, estas insignias adoptaron una emblemática específica, asumiendo además con el paso del tiempo el aspecto formal de una joya, y se utilizaron sin interrupción durante más de doscientos años, es decir, desde comienzos del siglo XVII, cuando en el contexto hispano se fijaron las bases de la moderna Inquisición, hasta 1834, cuando esta institución fue definitivamente suprimida.

De acuerdo con su relación con las órdenes militares de caballería, en los léxicos de la época estos distintivos se denominan bien *abitos/hábitos* -aludiendo a su condición de insignia-, bien *veneras* -con similar sentido, aunque evocando al mismo tiempo su condición primigenia de emblema específico de la Orden de Santiago-. En principio, no obstante, ambos términos no fueron estrictamente equivalentes, ya que *hábito* parece describir un emblema de naturaleza textil, mientras que *venera* se refiere a una joya, elemento independiente de la indumentaria. Con estos dos sentidos se distinguen en la crónica del auto de fe celebrado en Madrid en 1680, donde se insiste en la magnífica representación de la que hacen gala los hombres y mujeres asistentes, llevando «veneras en los pechos y hábitos de la Inquisición en los vestidos»¹. De modo similar se muestran en los atuendos pintados por Francisco Rizi en *Auto de Fe en la plaza Mayor de Madrid*, por lo demás ilustración exacta del relato de Olmo. Aquí, por ejemplo, los familiares de la Inquisición, ostentan, por un lado, un *hábito* bordado en el lado izquierdo de su traje, mientras que por otro suspenden del cuello una joya, la *venera*. Sin embargo, en la práctica, los vocablos *hábito* y *venera* se utilizaron prácticamente de forma indistinta durante los siglos XVII y XVIII, y así aparecen citados en los documentos contemporáneos, especialmente en los inventarios de bienes: «un avito de la inquisición de oro»²; «una joya hábito de santo Domingo tasada en 1287 reales»³; «una venera de San Pedro Mártir de oro, diamantes y esmeraldas»; «una venera del tribunar en oro»⁴.

¹ José del Olmo, *Relación Histórica del Auto general de fe que se celebró en Madrid este año de 1680* (Madrid: Imprenta de Domingo Blanco, 1912), 37, 76, 77, 90, 104.

² José Luis Barrio Moya, “La colección de joyas y objetos de plata de Don Francisco de Herrera Campuzano, oidor de Nueva Granada (1626)”, *Wad-al-Hayara* (1984): 405.

³ Amelia Aranda Huete, *La joyería en la Corte durante el reinado de Felipe V e Isabel de Farnesio* (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1999), 326. La pieza figura en 1729 entre los bienes del platero de la Real Casa Cristóbal de Alfaro.

⁴ Francisco Valverde Fernández, *El Colegio-Congregación de Plateros Cordobeses durante la Edad Moderna* (Córdoba: Universidad de Córdoba, 2001), 668, 690. Estas joyas figuran en la relación de piezas sacadas a feriar por los plateros cordobeses en 1778 y 1780 respectivamente.

Considerando el significado actual de hábito en cuanto traje propio de una orden religiosa o civil, el término *hábito* se acomoda bien al contexto de la institución inquisitorial⁵. Porque los hábitos de la Inquisición son, en definitiva, las insignias o joyas específicas utilizadas y vestidas en exclusiva por todos aquellos que trabajaron, real o simbólicamente, a favor de los intereses del Santo Oficio, esto es, hablando en un sentido amplio, en defensa de la fe. Constituyen, pues, un perfecto ejemplo de joya representativa y, desde luego, una muestra del esfuerzo simbólico desarrollado por los tribunales a la hora de presentarse en los espacios que no controlan⁶.

Teniendo en cuenta que Felipe III estableció en 1603 que su uso fuera obligatorio, así como el hecho de que no era infrecuente que entre los miembros de la nobleza cada individuo poseyera más de una de estas joyas, la cantidad de hábitos de la Inquisición necesarios para cubrir tal demanda fue, no cabe duda, ingente. A modo de ejemplo, se ha calculado que en torno a 1650, momento álgido del tribunal, en la Península Ibérica hubo probablemente más de veinte mil familiares⁷. Sin embargo, como suele ser habitual cuando se habla de joyas, de los millares utilizados sólo han sobrevivido unos pocos, y ello con reserva como se verá más adelante, gracias en buena parte a la tarea de acopio realizada por los coleccionistas.

El coleccionismo de hábitos de la Inquisición. La colección Páramo.

En cuanto elemento asociado a uno de los episodios más polémicos de la historia de España, las insignias del Santo Oficio se convirtieron, entre finales del siglo XIX y principios del XX, en un verdadero objeto de deseo para los coleccionistas patrios. Así, Guillermo de Osma Scull (1853-1822) y José Lázaro Galdiano (1862-1947) adquirieron notables piezas de esta temática, las cuales en la actualidad se encuentran, respectivamente, en el Instituto Valencia de Don Juan y en el Museo Lázaro Galdiano. No fueron los únicos, de manera que en nuestro país con el tiempo se acabaron reuniendo varios conjuntos de hábitos de la Inquisición. Otro de esos personajes fascinados por la Inquisición fue Anastasio Páramo Barranco (1879-1946?), un perfecto hijo de su tiempo que desarrolló sus facetas de erudito, anticuario y coleccionista de documentos y objetos de arte y arqueología en pleno auge de la historiografía positivista. Vinculado con la nobleza por su primer

⁵ El término hábito en cuanto joya también se acomoda bien en el contexto de las órdenes de caballería en general como se advierte en M^a Pilar Andueza Unanua, “La joyería masculina a través de la galería de retratos de virreyes del Museo Nacional de Historia (México)”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 100 (2012), <http://www.analesiie.unam.mx/index.php/analesiie/article/view/2327/2299> (consultado el 7 de febrero de 2017). Y en Javier Alonso Benito, “Vistiendo el hábito. Aproximación a las variantes morfológicas más habituales en las joyas de órdenes militares durante el siglo XVII”, en *Actas del 2º Congreso Europeo de Joyería*, ed. M^a Antonia Herradón Figueroa (Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2016), 257-269, <https://sede.educacion.gob.es/publiventa/ii-congreso-europeo-de-joyeria-vestir-las-joyas-modas-y-modelos/museos/20718C> (consultado el 7 de febrero de 2017).

⁶ Francisco Bethencourt, *La inquisición en época moderna. España, Portugal, Italia, siglos XV-XIX* (Madrid: Akal, 1997), 109.

⁷ Joseph Pérez, *Breve historia de la Inquisición en España* (Barcelona: Crítica, 2003), 113.

matrimonio con María Dolores Pantoja Portocarrero, Condesa de Benacazón, su desahogada posición económica le permitió dedicarse al estudio y adquisición de antigüedades relacionadas con la historia patria en general y con la de su patria de adopción, Toledo, en particular. Instaló la mayor parte de sus colecciones en el toledano palacio de Benacazón, que precisamente durante la Edad Media había sido sede del tribunal del Santo Oficio de la ciudad⁸. Miembro destacado de la Sociedad Española de Amigos del Arte, de la que formó parte desde al menos 1927 hasta su muerte, estuvo vinculado, de uno u otro modo, con todas las instituciones y figuras del panorama artístico e histórico hispano de su época. Donante de piezas romanas al Museo Arqueológico Nacional, colaborador en las más importantes exposiciones de la época, vocal del Patronato del Museo de Artes Decorativas en 1931, además un buen número de obras conservadas hoy en nuestros museos pasaron por su ojo y sus manos de experto.

En 1942 Páramo contrajo segundas nupcias con Trinidad Fernández Hidalgo, con la que tuvo dos hijos: un varón, fallecido prematuramente y una niña, Trinidad Páramo Fernández, la cual heredaría algunas colecciones paternas. Al morir ésta última sin descendencia, el conjunto pasó a manos de su prima Trinidad Fernández Muñoz, que en 2004 lo vendió al Estado Español. La colección, compuesta por setenta y tres piezas de oro y plata con guarniciones diversas, se conserva en el Museo del Traje, Centro de Investigación del Patrimonio Etnológico (Madrid).

Sin embargo, pese al evidente interés del coleccionismo privado por reunir hábitos de la Inquisición, se trata de joyas que, en general, no se han estimado como merecen. Situadas todavía hoy en la órbita de la leyenda negra de la Inquisición hispana, parece necesario redescubrirlas y ponerlas en valor, para lo cual analizaremos su iconografía, sus formas de uso y, especialmente, su desarrollo formal.

Iconografía y uso de los hábitos de la Inquisición

La divisa por excelencia de la Inquisición es la cruz, un motivo a partir del cual se elaboraron dos emblemas distintos que, no obstante, con el tiempo acabaron siendo complementarios entre sí. Aunque no hay mucha información en este sentido, la primera de esas cruces guarda relación con la heráldica dominicana. La Orden Dominica entronca con el Santo Oficio a través de las figuras de Santo Domingo, firme defensor de la fe y fundador de la asociación de los *Crucesignati*, y, especialmente, de San Pedro Mártir de Verona, fundador de la asociación *Militia Christi*. Ambos sirvieron de enlace entre la actividad inquisitorial de la Edad Media y la de la Edad Moderna, gracias, entre otros motivos, a la asunción de la cruz

⁸ Aránzazu Lafuente Urién (et. all.), “Anastasio Páramo (Conde de Benacazón), el legado de un anticuario erudito”, *Archivo secreto: revista cultural de Toledo* 3 (2006): 146-164, <http://www.mcu.es/ccbae/es/consulta/registro.cmd?id=160562> (consultado el 10 de febrero de 2016).

flordelisada dominica como emblema de la institución inquisitorial a partir de la segunda mitad del siglo XVI⁹.

Las congregaciones amparadas bajo el patrocinio de San Pedro Mártir arraigaron en España muy pronto, aunque hay que esperar a principios del siglo XVII para que, por ejemplo en Aragón, la cofradía sea fundada en conventos dominicos, y exclusivamente por ministros, familiares y servidores en general de la Inquisición, incluidas sus mujeres y sus viudas¹⁰. A partir de ahí, todas las constituciones de esas cofradías publicadas entre 1601 y 1802 en ciudades como Toledo, Murcia, Zaragoza, Granada, Zaragoza, Madrid, etc., incluyeron invariablemente un capítulo dedicado a fijar el modo de uso y la iconografía de las insignias de los congregantes. Durante estos siglos el emblema no cambió, variando tan sólo la disposición de la joya sobre la indumentaria. Así, en 1658 los estatutos indican que ministros y familiares lleven bordadas en el manto (si son religiosos) o capa (si son seglares) la cruz o hábito de santo Domingo, esto es, la cruz flordelisada, la mitad de cada brazo, el derecho blanco y el izquierdo negro; y sobre el corazón, la misma cruz o venera¹¹. En 1746 se introdujo como novedad la posibilidad de llevar la joya de oro, siempre que fuera del tamaño de la palma de la mano, que tuviera los mismos colores descritos, y que colgara del cuello¹². También las recomendaciones de 1782 insisten en lo mismo, si bien entonces el bordado debía disponerse sobre el manto (en caso de religiosos) o sobre la casaca (en caso de seglares), mientras que la joya debía prender sobre el corazón¹³.

Un ejemplo temprano del uso de esta joya hábito, en contextos tanto masculino como femenino, figura en unos óleos sobre tabla, pintados por Francisco Pacheco, probablemente en 1605, y conservados en una colección particular sevillana. Retratan a Diego González de Mendoza, a su mujer y a sus hijos, todos llevando pendiente del cuello una gruesa cadena de oro con un colgante circular de lo mismo en cuyo centro campea la cruz de Santo Domingo realizada en esmalte blanco y negro: tales joyas presentan, pues, a los retratados como miembros de la Cofradía de San Pedro Mártir de familiares y ministros del Santo Oficio. En resumen, la cruz

⁹ Bethencourt, *La inquisición*, 111. Por ejemplo, confirma esta cronología un exvoto del Museo de Santa Cruz de Toledo, fechado en la primera mitad del siglo XVI, que fue ofrecido por Melchor de Rojas, familiar del Santo Oficio; en él figura como emblema una cruz flordelisada.

¹⁰ José Enrique Pasamar Lázaro, "La Inquisición en Aragón: la Cofradía de San Pedro Mártir de Verona", *Revista de la Inquisición* 5 (1996), <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=157795> (consultado el 7 de febrero de 2017).

¹¹ *Constituciones de la Ilustre Congregación de San Pedro Mártir, de Ministros y Familiares del Santo oficio de la Inquisición en esta Corte* (Madrid: Melchor Alvarez, 1685) <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=ucm.5323832972> (consultado el 15 de enero de 2017).

¹² *Constituciones y ordinaciones de la muy ilustre Congregación y Cofradía del glorioso San Pedro Martyr, de Ministros de la Inquisición de Aragón* (Zaragoza: Francisco Moreno, 1746) <https://books.google.es/books?id=QuEsAAAAYAAJ> (consultado el 15 de enero de 2017).

¹³ *Estatutos y constituciones de la Ilustre Congregación del señor San Pedro Mártir: compuesta de señores inquisidores y ministros del Santo Oficio, Subalternos del Consejo de S. M. de la Santa General Inquisición, y Tribunal de Corte* (Madrid: por D. Joachin Ibarra, 1782) <http://dspace.ceu.es/handle/10637/2999> (consultado el 15 de febrero de 2017).

flordelisada es uno de los emblemas por excelencia de la Inquisición, y como tal se incorpora a sus hábitos al menos desde los inicios del siglo XVII. En ocasiones, sin embargo, esta iconografía se ha relacionado en exclusiva con los *Crucesignati* o con la *Militia Christi*, pasando por alto, por tanto, su directa relación, gestada y generalizada ya en la Edad Moderna, con el Santo Oficio.

Por su parte, el segundo de los distintivos de la Inquisición también adopta la forma de cruz, siendo quizás el más comúnmente asociado con la institución en el contexto hispano. Incorporado a los hábitos más tardíamente que la cruz dominicana, presenta tres elementos fijos, cuya introducción en la emblemática inquisitorial, sorprendentemente, no está documentada: una cruz en el centro, un ramo de olivo a la derecha y una espada a la izquierda (ramo y espada, no obstante, en ocasiones invierten su posición). La cruz simboliza la muerte de Cristo y la redención de la Humanidad; el ramo de olivo, la misericordia; y la espada, el castigo¹⁴. En algunos casos como complemento del emblema figura la leyenda «Exurge domine et iudica causam tuam» [Levántate, Señor, y defiende tu causa] (Ps. 73. 22). Del mismo modo que la cruz flordelisada, el uso sistemático de este escudo, ya documentado a finales del siglo XVI¹⁵, se sitúa a comienzos de la centuria siguiente (fig. 1).

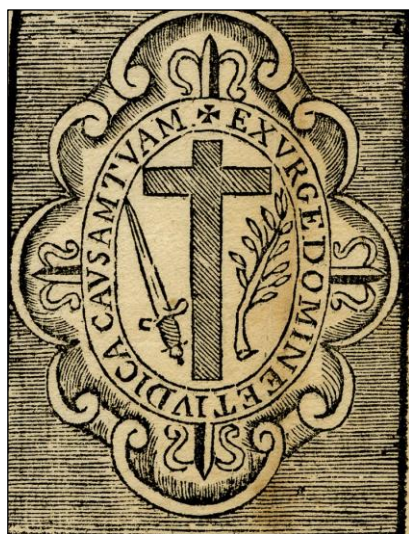


Fig. 1. Encabezamiento de un documento del Santo Oficio. 1720, Madrid, © Museo del Traje. MECD.
El emblema incorpora en primer término el escudo de la Inquisición con leyenda, superpuesto a la cruz flordelisada, cuyos extremos asoman en los ejes.

¹⁴ Bethencourt, *La inquisición*, 110.

¹⁵ Por ejemplo, en el nombramiento de familiar del Santo Oficio de la Villa de Villamontilla (Toledo) a favor de Juan Blasco, fechado en 1596 y conservado en el Museo Sefardí, el sello de cera que lo refrenda presenta este escudo.

A tenor de las piezas conservadas, no es infrecuente que desde mediados del siglo XVII estas joyas incorporen ambos emblemas, figurando cada uno de ellos en una de sus caras. Fernando VII revalidaría esta asociación incluso más allá de la abolición de la Inquisición en 1812. Así, la Orden militar de Jesucristo y de San Pedro Mártir, establecida en 1815 con el objetivo de equiparar el Santo Oficio con las órdenes militares de caballería, asumiría dichas divisas. Se recomendó entonces que todos sus ministros usaran siempre sus insignias, denominadas venera, y escudo o placa. En esta ocasión se propone una joya oval, de oro, con el escudo del Santo Oficio en el anverso y la cruz flordelisada en el reverso, que los seglares debían llevar pendiente del ojal de la casaca con una cinta roja, mientras que los eclesiásticos podían llevarla del mismo modo, pero con una cinta negra, o colgada del cuello con un cordón también negro. En cuanto al llamado escudo o placa, se trataba de una cruz flordelisada bordada, cosida en el lado izquierdo o en la propia sotana¹⁶. En definitiva, se trata de una iconografía que se mantuvo vigente, con escasas variaciones, hasta 1834 (fig. 2).



Fig. 2. Modelo para el hábito y escudo de la Orden de Jesucristo y San Pedro Mártir. 1815.

¹⁶*Noticia de las órdenes de caballería de España, cruces y medallas de distinción, con estampas* (Madrid: Imp. de Collado, 1815), 98-100.

Además, los hábitos de la Inquisición pueden presentar, junto a una de las dos cruces señaladas, la propia de la orden militar de la que es caballero el individuo portador. Como se verá, este último emblema puede figurar indistintamente en el anverso o en el reverso de la pieza, destacándose o no, según conveniencia. De esta forma una única joya servía para testimoniar la pertenencia a distintos grupos de prestigio y/o poder, en definitiva, para representar su preeminencia social, cuestión fundamental en una sociedad tan visual como la de los siglos del barroco.

Por último, mencionar que un pequeño grupo de hábitos de la Inquisición relacionado con el santuario de Nuestra Señora de la Soterraña de Nieva, venerada en el Real Convento de Santo Domingo de Nieva (Segovia), muestra el citado escudo de la Inquisición, con cruz, ramo de olivo y espada, asociado con la advocación mariana en cuestión, popularmente conocida como Virgen de Nieva, y también, aunque en menor grado, con la cruz dominica¹⁷.

Los hábitos de la colección Páramo

Elaborados por plateros y joyeros, los hábitos hicieron suyas las modas de la joyería española de cada momento, de ahí que muestren especial afinidad con otras joyas contemporáneas de intención similar, caso de los propios de las órdenes militares de caballería. En principio, y antes de entrar en otras consideraciones, los conservados muestran un abanico muy amplio de materiales, técnicas y soluciones formales, que van desde las humildes piezas de bronce hasta las de oro y piedras preciosas, como el colgante del Victoria & Albert Museum, conformado a partir de una única esmeralda, o del lazo de fabricación cordobesa del British Museum, guarnecido con la misma gema. Esta diversidad pone de manifiesto no sólo los gustos estéticos de los comitentes, sino también su capacidad económica y, en definitiva, su posición social. Se presenta a continuación una selección de hábitos de la colección Páramo, poniéndolas en relación con conservados en otras colecciones públicas y privadas, así como con la información que ofrecen fuentes visuales como los dibujos de los plateros o los retratos¹⁸.

¹⁷ Sin embargo, como muestran piezas similares del Museo Etnográfico de Castilla y León (Zamora), estudiadas en Ruth Domínguez, “Estampas y medallas de la Virgen de Santa María la Real de Nieva, prodigiosa protectora contra rayos y centellas”, *Enraiza2* 10 (2017), esta asociación de iconografías, aunque fue muy frecuente, no siempre ha sido interpretada como joya utilizada por servidores del Santo Oficio <http://www.institutogonzalezherrero.es/documents/669511/4385838/N%c2%ba010-Enero+2017> (consultado el 7 de marzo de 2017).

¹⁸ Son pocos los retratos que representan hábitos de la Inquisición, lo que indica que sus titulares bien no siempre fueron pintados con la insignia, bien ésta no muestra el emblema del Santo Oficio. Es el caso de las representaciones de tres canónigos y caballeros santiaguistas del Museo de León, en los que sólo la leyenda alude a sus cargos en la institución. Se trata de los retratos de Gómez de Carvajal, inquisidor de Palermo; Tomás Cossío Rubín de Celis, inquisidor de Valencia, Granada y de la Corte; y Francisco Esteban del Vado, miembro del Real y Supremo Consejo de la Inquisición.

Siglo XVII

Los hábitos más tempranos, fechados en las primeras cuatro décadas de la centuria, presentan la cruz flordelisada recortada en oro, plata o bronce, y esmaltada en blanco y negro. Este tipo básico se puede enriquecer aplicando el emblema sobre una piedra preciosa, semipreciosa o cristal de roca, de cierto volumen, oval, aovada, redonda, ochavada o tallada en forma de concha, y montada al aire en cerco de oro, esmaltado o no. Aunque se han venido relacionando cronológicamente con el diseño que Pere Aguilera el Joven plasmó en 1630 en los *Llibres de Passanties* del Colegio de Plateros de Barcelona, ambos modelos son claramente anteriores, figurando ya por ejemplo en el *Retrato de los Infantes Don Carlos y Don Fernando*, de la Fundación Yannick y Ben Jakober, pintado por Andrés López Polanco en 1610: con el objetivo de poner de manifiesto de manera simbólica su condición de defensores de la fe en cuanto miembros de la Casa de Austria, el quinto hijo de Felipe III y Margarita de Austria ostenta el primero de estos tipos, mientras que el sexto lleva el segundo (fig. 3).



Fig. 3. Hábitos de la Inquisición con la cruz flordelisada, de bronce esmaltado, y de oro esmaltado y cristal de roca. 1600-1640, Madrid, © Museo del Traje. MECD.

Otras variaciones del tipo enmarcan el emblema dominico en un cerco de perfil mixtilíneo, de metal macizo o incluso de filigrana guarnecido con perlas, caso de un hábito subastado recientemente, de lo que resulta una pieza calada, o la trazan sobre una superficie más o menos plana con idéntico perfil, de lo que resulta una pieza maciza, donde el emblema destaca por los esmaltes aplicados. Vigentes hasta la segunda mitad de la centuria, son modelos que, en definitiva, llegaron a adoptar

aspectos muy distintos en base a los materiales de fabricación y decoración, caso del hábito guarnecido de claveques que figura en un retrato anónimo del Instituto Valencia de Don Juan¹⁹.

Estas mismas tipologías de hábitos se utilizaron en Portugal²⁰. Así, un clérigo franciscano del país vecino, miembro de la Orden de Frailes Menores de la Observancia Regular, que ocupaba el cargo de oidor del Santo Oficio, lleva como joya pendiente de una cadena un cabujón oval de cristal de roca montado en cerco de oro con cordoncillo, sobre el cual se dispone la comentada cruz dominica recortada (fig. 4).



Fig. 4. Juan de Valdés Leal, *Retrato de un eclesiástico*. Hacia 1680, Yale University Art Gallery.

También fueron muy comunes los hábitos planos y de pequeño tamaño, entre 1 y 3 cm., y planos, a modo de medallas con o sin asa, que fueron utilizados no sólo como adorno personal, sino también como refrendo del vínculo con el Santo Oficio. De esta manera se usan dos de plata esmaltada, que se aplican sobre una cruz de

¹⁹ El Instituto Valencia de Don Juan conserva varios hábitos que muestran la cruz flordelisada recortada sobre una base de cristal de roca. La pieza más singular de esta colección, fechada en la primera mitad del siglo XVII, ha sido estudiada en Margarita Pérez Grande, “La colección de joyas del Instituto Valencia de Don Juan de Madrid. Obras escogidas de los siglos XVI-XVII”, en *Actas del 2º Congreso Europeo de Joyería*, ed. M^a Antonia Herradón Figueroa (Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2016), 70-86, <https://sede.educacion.gob.es/publiventa/ii-congreso-europeo-de-joyeria-vestir-las-joyas-modas-y-modelos/museos/20718C> (consultado el 7 de febrero de 2017). El Museo Lázaro Galdiano conserva también hábitos similares, estudiados por Leticia Arbeteta Mira, *El arte de la joyería en la colección Lázaro Galdiano* (Segovia: Caja Segovia, 2003), 74-90.

²⁰ Presenta algunas de ellas Segismundo Pinto, “Insignias de familiares do Santo Oficio, um estudo do falerista”, en *Actas do 17º Congresso Internacional das Ciências Genealógicas e heráldica* (Lisboa: Instituto Português de Heráldica, 1986) 443-451.

azabache procedente de la parroquia de Fios (Nevares, Asturias), del Museo das Peregrinacións e de Santiago.

No obstante, del mismo modo que toda la joyería de la época, las alhajas del Santo Oficio fueron ganado volumen a lo largo de la centuria, incorporando además, junto a la cruz flordelisada, el que se acabaría convirtiendo, en detrimento de la enseña dominica, en el símbolo por excelencia de la Inquisición: la tríada compuesta por cruz, espada y rama de olivo, esmaltados en colores diversos. Ejemplo de este desarrollo son dos insignias abrideras de oro de la colección Páramo, una de ellas montada en un cerco de tornapuntas, con el símbolo esmaltado en negro, verde y blanco. La segunda, además de la efigie esmaltada de Jesús Nazareno visible en su interior, incorpora en su cara frontal la cruz del Santo Oficio, con sus tres símbolos pintados sobre fondo blanco, un óvalo en cuyo interior figura la cruz de la Orden de Alcántara. Las placas están montadas en un extraordinario marco de carácter escultórico, en el que se representan, esmaltados en blanco opaco y verde translúcido o de trasflor, los *Armi Chisti*, Improperios o Símbolos de la Pasión, dispuestos a modo de panoplia: son cruz, tenazas, escalera, hisopo, flagelo, columna de los azotes y martillo. Estos símbolos continúan desplegándose por el reverso donde, sobre esmalte negro, se representan la Verónica, el gallo, la bolsa del dinero, la espada de San Pedro, la jarra de Pilatos, etc. Este programa iconográfico relaciona este hábito con otras joyas contemporáneas, entre ellas una cruz de la Hermandad de la Esclavitud Santísima de los Remedios de Antequera (Málaga)²¹, otra del Museo Cerralbo de Madrid²², además de con un medallón devocional del Lázaro Galdiano²³ (fig. 5).



Fig. 5. Hábitos de la Inquisición abrideros de oro, uno con la cruz de Alcántara. 1625-1650, Madrid, © Museo del Traje. MECD.

²¹ Leticia Arbeteta Mira, *El fulgor de la plata* (Sevilla: Junta de Andalucía, 2007), 476.

²² Leticia Arbeteta Mira, *La joyería española en los museos estatales, de Felipe II a Alfonso XIII* (Madrid: Ministerio de Cultura, 1999), 132.

²³ Arbeteta, *El arte de la joyería*, 102.

En paralelo a los hábitos de las órdenes militares, desde mediados del siglo las joyas vinculadas al Santo Oficio parece que también se elaboraron a partir de placas de porcelana, bien en forma redonda, bien a modo de botella o calabaza, como las que conserva el Valencia de Don Juan, a modo de cruz más o menos acusada. De estas últimas la colección Páramo ofrece dos variantes, una más sencilla, montada en un cerco de bronce, en la que el emblema dominico, idéntico en ambas caras, ocupa todo el campo. La segunda se basa en las mismas placas, que sin embargo ahora se montan en un cerco de oro dentado guarnecido con hilo de oro enrollado, y que muestran en cada uno de sus lados una de las cruces de la Inquisición, rodeadas de festones y de menudas flores de colores rosa, azul y verde (figs. 6 y 7).



Figs. 6 y 7. Hábitos de la Inquisición con placas de porcelana. 1650-1699, Madrid, © Museo del Traje. MECD.

Siglo XVIII

A lo largo de esta centuria se desarrolla un amplio repertorio de modelos de hábitos, que van a asumir desde las formas rococó, con perfiles irregulares a modo de rocalla, a las líneas neoclásicas, pasando por cercos con motivos florales y vegetales, más o menos calados y más o menos planos, guarnecidos con esmeraldas y diamantes, caso del hábito de mediados de siglo propiedad de la Virgen de Gracia de Carmona²⁴. Los remates superiores también muestran diversas soluciones, aunque sin duda van a predominar los lazos, sencillos, dobles o de tres bucles, que a final de siglo comparten protagonismo con la corona.

²⁴ Concha Álvarez Moro, *La Virgen de Gracia de Carmona* (Carmona: Hermandad de Nuestra Señora la Santísima Virgen de Gracia, 1991), 94.

Un hábito del Santo Oficio de oro y diamantes ostenta, por ejemplo, Diego Rodríguez Romero, en el retrato²⁵ anónimo fechado en 1787, aunque durante un tiempo se atribuyó a los pinceles de Goya (fig. 8). Rodríguez Romero era mercader, y su comercio, ubicado en la Calle Ancha de Toledo, estaba dedicado a la venta de paños y al comercio de “géneros de tienda” como sedas, lino, lana, ferrerías o especiería. Era, por tanto, uno de los miembros de la burguesía mercantil de la ciudad, y había dado muestras de profunda religiosidad²⁶, una cualidad que también corrobora el título del libro con el que se retrata, *La familia regulada* del franciscano y calificador del Santo Oficio Antonio Arbiol. El texto, dedicado a la aplicación de la moral católica a la vida cotidiana del cristiano data de 1715, aunque se reeditó varias veces a lo largo del siglo, siendo habitual en las bibliotecas de los familiares de la Inquisición²⁷.



Fig. 8. Anónimo, *Retrato de Diego Rodríguez Romero*. 1787, © Colección Banco de Santander.

El retratado viste casaca y chupa de paño marrón, camisa blanca con chorreras y puños rizados, de un material que da la impresión de gran finura y delicadeza, por tanto, de calidad. Siguiendo al pie de la letra las recomendaciones de los estatutos

²⁵ Agradecemos a María Rosario López Meras, directora de proyectos culturales de la Fundación Banco Santander, la gestión de la autorización para incluir la obra en este estudio.

²⁶ Una nota relativa a su hija, Claudia Rodríguez Meneses, figura en el *Memorial literario, instructivo y curioso de la corte de Madrid, correspondiente a Marzo de 1785* (Madrid: En la Imprenta Real, 1785), 396-397. La niña estaba tan instruida en doctrina cristiana y en las obligaciones principales de nuestra religión que la consideraron capaz de recibir la eucaristía a los cuatro años.

²⁷ En estas mismas actas, Natalia González Heras también hará referencia a este texto, ya que formaba parte de la biblioteca del familiar de la Inquisición que presenta en su artículo.

comentadas más arriba acerca del modo de mostrar el distintivo, sobre la casaca, en el lado izquierdo, lleva bordada en oro y plata la cruz flordelisada, mientras que sobre la chupa, en el mismo lado, presenta el hábito. La joya, que pende de una cinta negra dispuesta sobre uno de los falsos ojales de la chupa, está formada por un óvalo de porcelana blanca donde se representa el escudo del Santo Tribunal. Enmarcado por una cinta lisa, el óvalo se rodea con un amplio marco en losange a base de tornapuntas y rayos, guarnecidos con doce engastes de diamantes, de mayor tamaño los de los ejes. Como remate presenta corona, orbe y cruz. Rodríguez Romero se muestra, pues, como perfecto cristiano y respetable ciudadano, digno de los privilegios que conllevaba en el siglo XVIII ser familiar de la Inquisición.

Aunque en la colección Páramo no figura ningún hábito de estas características, en ella si están representadas otras joyas contemporáneas, muy habituales en la época, aunque de menor calidad. Se trata de unos medallones de plata, lisos por el reverso, que enmarcan la placa central de porcelana con el consabido escudo inquisitorial mediante una orla de vidrios incoloros, que serían diamantes en el mejor de los casos, y que rematan en la parte superior con un lazo de realismo variable (fig. 9). En el reverso de estos hábitos puede figurar grabada la cruz flordelisada u otra cruz de orden militar. Este tipo de distintivo es el que ostenta el retrato titulado *Caballero con medalla de la Inquisición*, pintado por Zacarías González Velázquez en torno a 1795, de la colección madrileña Blanco Osborne-Puig Pérez de Guzmán. El anónimo personaje lleva prendida en la solapa izquierda de su casaca una lazada roja con el hábito del Santo Oficio. Se trata de un medallón oval rodeado de una triple orla de vidrios incoloros -quizás diamantes- y rematado en la parte superior con un lazo de tres bucles de finos extremos. En su centro se enmarca un óvalo de porcelana con el escudo de la Inquisición. Se suspende de una lazada rectangular prendida en un ojal sobre el lado izquierdo de la casaca²⁸.



Fig. 9. Hábito de plata y estrás, con la cruz de Alcántara o Montesa grabada en el reverso. 1775-1799, Madrid, © Museo del Traje. MECD.

²⁸ Berta Núñez Vernis, *El pintor Zacarías González Velázquez (1763-1834)* (Madrid: BBVA, 2000), 344, 143.

Por último, a finales de siglo los hábitos también van a ser elaborados en materiales tan poco convencionales en joyería como la pizarra. Es el caso de unas medallas cuyo tamaño oscila entre 6-8 cm. de alto y 5-6 de ancho, y que pueden ser cuadradas, rectangulares, ovales y acorazonadas. Aunque conocemos el nombre de dos escultores de finales del siglo que tallaron con arte y esmero este humilde material, caso de Matías Domínguez Muñoz, que firma una placa conservada en el Museo del Traje, y de Nicolás González, autor de otra del Museo de las Alhajas de la Vía de la Plata de La Bañeza (León), son obras anónimas, talladas en una plancha de pizarra con un relieve muy plano y líneas muy rudimentarias. Suelen ir montadas en cerco de plata, de hierro cincelado o de simple hojalata, y se han conservado en gran número en museos y colecciones. Como se apuntó, en ellas unas sencillas y rudimentarias cruces de la Inquisición, a las que se suma en ocasiones la cruz flordelisada, acompañan invariablemente a la efigie de la Virgen de Nieva, una advocación tutelada por la Orden Dominica, cuya devoción fue muy popular en el área castellana durante esta centuria (fig . 10).



Fig. 10. Hábito de la Inquisición de pizarra. 1775-1799, Madrid, © Museo del Traje. MECD.

Siglo XIX

Los hábitos característicos del último período de la Inquisición, entre 1815 y 1834 se conforman a partir de una placa ovalada ligeramente convexa, rematada en su parte superior por una corona real, calada, fundida y con un diseño de realismo variable, y por una anilla de suspensión. La placa es de oro e incorpora en el anverso el emblema del Santo Oficio, realizado con esmalte excavado, que muestra la cruz verde, el ramo de olivo del mismo color, y la espada, azul con empuñadura amarilla,

que puede estar enmarcado bien por una laurea sobre fondo negro, bien por una cinta azul (fig. 11). El intento de equiparar la Inquisición con las órdenes militares de caballería llevó aparejado, como se comentó más arriba, una modificación de la insignia inquisitorial, que entró en la Edad Contemporánea con un aspecto idéntico al de otras muchas condecoraciones, militares y civiles.



Fig. 11. Hábito de la Orden de Jesucristo y San Pedro Mártir. 1815-1834, Madrid, © Museo del Traje. MECD.

Hábitos historicistas

Para terminar, señalar que en la colección Páramo, además de las piezas relacionadas con un contexto histórico específico, figuran ciertos hábitos de la Inquisición con características singulares. En su conjunto, constituyen un magnífico exponente de las reproducciones, o más bien recreaciones, de tintes historicistas tan de moda en toda Europa a partir del último cuarto del siglo XIX. Inspirados tanto en piezas originales como en representaciones pictóricas, su fabricación y comercialización obedecieron a la fuerte demanda de joyas españolas antiguas en general, y de joyas relacionadas con aspectos singulares de nuestra historia en particular. Medallas, higas, sonajeros y, cómo no, hábitos del Santo Oficio historicistas, inundaron el mercado, pasando a formar parte de las colecciones de joyería de la época. Y a lo largo del siglo XX y en los inicios del XXI, desde ese entorno dieron el salto a los museos.

Son piezas nacidas aproximadamente entre 1870 y 1925 con la intención de disimular su cronología y, al mismo tiempo, de proporcionar al coleccionista cuanto mayor número de variantes de un tipo, mejor. Y aunque todavía se sabe poco al

respecto, parece que esta fórmula, basada en la oferta de «antigüedad» y de «cantidad», tuvo bastante éxito. El comercio de hábitos de la Inquisición historicistas aprovechó, además, el escaso conocimiento que había en la época sobre la historia de la joyería. Puesto que no tenía que convencer ni a especialistas ni a críticos, sólo seducir a los que buscaban reunir testimonios materiales del pasado, exhibió un amplio repertorio de joyas en las que el decorativismo a ultranza era el valor predominante.

Casi un siglo después la forma de aproximación a las joyas ha cambiado, de manera que un simple examen visual puede alertar sobre su adulterada condición. Según muestran los dos ejemplos siguientes, son especialmente reveladores en este sentido los datos derivados de cuestiones de naturaleza técnica. Así, en el caso de un colgante de cuarzo *fumée* ochavado, tallado en facetas, sobre el que se dispone una cruz flordelisada de oro esmaltado se advierte la inspiración en hábitos de la primera mitad del siglo XVII, realizados a partir de piedras preciosas o cristal de roca. Sin embargo, su inequívoca condición de pieza historicista viene dada por el tipo de talla que presenta la gema, mucho más moderna que la época que pretende remedar. Por su parte, en otra joya oval con escudo de la Inquisición sobre campo azul, guarnecido de vidrios incoloros talla brillante, la referencia fue la joyería de finales del siglo XVIII, cuando estaba de moda combinar esmalte azul con diamantes, auténticos o imitados mediante estrás. Desde el punto de vista técnico en esta pieza llama la atención el empleo de dos tipos distintos de monturas que además, en contra de lo usual en la época, son abiertas: la de la orla, con embocaduras cuadradas propias de la joyería *déco*; y la del lazo, con embocaduras circulares. Otra de sus singularidades es que pesa muy poco, es decir, mucho menos de lo que debería si se tratara de una pieza antigua y, por tanto, auténtica (fig. 12).



Fig. 12. Hábitos de la Inquisición historicistas. 1890-1925, Madrid, © Museo del Traje. MECD.

En otras ocasiones los hábitos historicistas utilizaron monturas de plata, guarnecidas con vidrios incoloros talla brillante en pavé, originales del siglo XVIII. En ellas se dispusieron placas de porcelana de factura más o menos moderna,

decoradas con el siempre llamativo escudo de la Inquisición descuidadamente pintado. La colección Páramo conserva varias piezas de estas características. En estos casos, y en todos los que lleven implícitas cuestiones relativas a pinturas y esmaltes, el estudio de las cualidades técnicas de las piezas debería ir acompañado de análisis químicos de los pigmentos, algo que por desgracia no es demasiado frecuente en el contexto de los museos, pero que convendría poner en práctica. Se podría de esta manera establecer, sin margen de error, la datación de la pieza o al menos de la parte pigmentada.

Los hábitos de la Inquisición fueron joyas que dieron fe del firme compromiso, real o simbólico, de sus portadores con la defensa de la ortodoxia católica. Elementos de representación, también dieron fe de la calidad social de su portador, aspecto este que fue adquiriendo cada vez un mayor protagonismo, en detrimento del primero, a medida que se fue extinguiendo el Antiguo Régimen

Recibido: 3 de mayo de 2017
Aprobado: 25 de julio de 2017

NOBILITADOS ENTRE CRISTÃOS-NOVOS E FAMILIARES DO SANTO OFÍCIO: O EXEMPLO DAS CASAS DA FAMÍLIA REAL

Maria Paula Marçal Lourenço

(Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa/Centro de História da Universidade de Lisboa/Académica de Número da Academia Portuguesa da História)

RESUMO

A partir dos fundos inquisitoriais portugueses, mas seguindo metodologias diversificadas das praticadas nos estudos mais recentes sobre a Inquisição, é objectivo deste texto dar a conhecer de que formas as elites jurídicas das duas principais Casas da Família Real, a Casa das Rainhas (1640-1754) e a Casa do Infantado (1654-1706) progrediram social e politicamente, alcançando honras, privilégios, «nobreza» e prestígio, não obstante, alguns dos seus membros nem sempre conseguirem provar a sua total «limpeza de sangue» ou por mácula de «mecânico» ou de cristão-novo.

PALAVRAS-CHAVE: Cristãos-novos, «limpeza de sangue», Casa das Rainhas, Casa do Infantado, elites jurídicas das Casas da Família Real.

NOBILITY IN NEW CHRISTIANS AND FAMILY OF THE HOLY OFFICE: THE EXAMPLE OF THE HOUSES OF THE ROYAL FAMILY

ABSTRACT

The purpose of this text is to provide information on the legal elites of the two main Houses of the Royal Family, *Casa das Rainhas* (1640-1754) and *Casa do Infantado* (1654-1706), based on Portuguese inquisitorial sources, but following different methodologies from those practiced in the most recent studies on the Inquisition. We will analyze how they progressed socially and politically, achieving honors, privileges, «nobility» and prestige, although some of its members are not always able to prove their total «blood cleansing» blemished by «Mechanical» or Christian-new.

KEYWORDS: Christian-new, «blood cleansing», *Casa das Rainhas*, *Casa do Infantado*, legal elites of the Houses of the Royal Family.

Partindo do estudo dos percursos sociais e do *cursus honorum* de alguns dos mais destacados juristas ao serviço das Casas da Família Real e, em concreto, da Casa das Rainhas e da Casa do Infantado, é nosso propósito, nesta comunicação, relevar os principais critérios de recrutamento dessas elites que ocuparam os cargos preeminentes da magistratura de dois dos Tribunais Superiores da Coroa entre os séculos XVII e XVIII.

De acordo com a doutrina política da época esses lugares conferiam nobreza, honra e prestígio. Mas, nem por isso, eram menos disputadas as provas irrefutáveis de «limpeza de sangue» que se sucediam e multiplicavam, já que para o candidato que seguia a carreira de jurista eram vários os momentos em que se confrontava com inquirições e averiguações genealógicas.

Neste sentido, se é verdade que para alguns a suspeita de mácula de «raça de cristão-novo, mouro, ou mulato» permaneceu ao longo das suas vidas como estigma e infâmia dificilmente «expurgável» da memória colectiva, para muitos outros a «honra» conquistada através de morosas e dispendiosas inquirições de *genere* e do prestígio garantido pelos serviços à Coroa, perpetuou os poderes de notáveis juristas que, apesar da longínqua fama de «cristã-novice», alcançaram notáveis lugares nas Casas da Família Real em tempos de Inquisição¹.

Origem social, formação letrada, *cursus honorum* e carreiras nas estruturas da administração da Coroa, da Casa das Rainhas e do Infantado constituirão alguns dos tópicos em análise, que se traduzirão, na prática, pela caracterização dos requisitos e formas de provimento e de progressão em magistraturas específicas: a das Rainhas e a do Infante como donatários da Coroa. Poderosas «linhagens» de juristas que com a sua honra, prestígio, influência cortesã e clientela, souberam progressivamente conquistar lugares-chave ao serviço da Monarquia Absoluta.

Ao contrário do que já fizemos em trabalhos anteriores², não nos interessa tanto, neste texto, os trâmites da progressão académica, embora ela esteja implícita nos critérios de escolha das elites jurídicas na época em estudo, entre a segunda metade do século XVII até meados do século XVIII, mas, sobretudo, destacar exemplos de servidores incólumes de «fama» ou «rumor» de sangue menos puro,

¹ A propósito da «obsessão» com a limpeza de sangue e honra-fama na escolha dos membros das estruturas da administração central e para o exemplo da monarquia espanhola vide, Janine Fayard, *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, (Madrid: Siglo XXI, 1979), 201-206. Para o caso português vejam-se, entre outros, Fernanda Olival: “Juristas e Mercadores à Conquista das Honras: Quatro processos de nobilitação Quinhentistas, separata”, *Revista de História Económica e Social*, n.º 4, (2ª série/2º semestre de 2002), 7-53.

² Maria Paula Lourenço, *A Casa e o Estado Infantado (1654-1706). Formas e práticas administrativas de um Património Administrativo*, (JNIC, Centro de História da Universidade de Lisboa, 1995). Maria Paula Marçal Lourenço, *Casa, Corte e Património das Rainhas de Portugal (1640-1754). Poderes, Instituições e Relações Sociais*, (Lisboa, dissertação de doutoramento em História Moderna apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, 1999), 4 vols. (no prelo).

com alguns outros que, apesar das diligências para se libertarem dessa infâmia, nunca o conseguiram fazer.

O conjunto absolutamente excepcional de privilégios de que dispunham, a Casa de Bragança, a Casa das Rainhas e a Casa do Infantado, como donatários de 1ª Ordem, dotavam estas três Casas da Família Real de estruturas similares às da Coroa³. Aliás, já não é hoje possível de acordo com a historiografia mais recente, falar apenas da Casa Real ou corte, mas sim das diferentes Casas, incluindo a de Bragança, a dos príncipes, princesas, infantas e infantes, já que estas constituíam realidades policêntricas, em que a Casa do Rei é uma entre diversas outras⁴.

Em rigor, a partir de 1642, tal como a Casa Real, a Casa das Rainhas possuía chancelaria própria e um Conselho da Fazenda das consortes régias. Na circunstância do «Regimento do Conselho da Fazenda e Estado da Rainha Nossa Senhora» criado por D. Luísa de Gusmão, em 11 de Outubro de 1656, este definia o estatuto, privilégios e funcionamento do órgão central de administração da Casa, verdadeiro tribunal superior, que adoptava o estilo e a forma de despacho do Desembargo do Paço e do Conselho da Fazenda⁵. O que significa que, desde logo, a rainha dispunha de largos poderes jurisdicionais em tudo idênticos aos dos principais órgãos da justiça e da fazenda régia⁶.

Por sua vez, a Casa do Infantado possuía, a partir de 1654, chancelaria própria e uma Junta da Fazenda da Casa e Estado, semelhante em termos institucionais aos demais tribunais superiores⁷. Aliás, urge a realização de um trabalho de idêntica natureza para a Casa de Bragança, a partir de 1640, mas estamos em crer que seguia muito de perto os trâmites legais e administrativos dos até aqui considerados⁸.

A economia de tempo impõe que não sejam aqui definidas as atribuições dos secretários e chanceleres-mores das rainhas e dos infantes, muito embora constituíssem cargos de elevada honorabilidade.

³ José Manuel Louzada Subtil, *O Desembargo do Paço (1750-1833)*, (Lisboa: Universidade Autónoma de Lisboa, 1996).

⁴ Pedro Cardim, “A Casa Real e os órgãos centrais de governo no Portugal na segunda metade de Seiscentos”, *Tempo*, nº 17, nº 13; *Política e Administração no Mundo Luso-brasileiro*, (Rio de Janeiro: Universidade Federal Fluminense, 2002), 13-57.

⁵ Maria Paula M. Lourenço, “O Regimento do Conselho da Fazenda e Estado de D. Luísa de Gusmão (1656): breve estudo das instituições da Casa das Rainhas a partir da 2ª metade do século XVII”, *Jornada de Estudo, Rainhas consortes e suas Casas da Idade Média à Idade Moderna*, Lisboa, Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa/Centro de História, (16 de Março de 2016), (no prelo).

⁶ AN/TT, Casa das Rainhas, *Cópia do Regimento do Conselho da Fazenda e Estado da Rainha Nossa*, nº 46, liv. 12.

⁷ Lourenço: “O Regimento do Conselho”.

⁸ Mafalda Soares da Cunha, *A Casa de Bragança 1560-1640. Práticas senhoriais e redes clientelares*, (Lisboa: Estampa, 2000).

Do ponto de vista da origem social dos secretários e chanceleres-mores das consortes régias, podemos considerar que, na sua maioria, se recrutaram no seio de famílias nobilitadas ao serviço da Casa Real. O mesmo sucedia com os ministros da Chancelaria e Secretaria da Junta da Casa do Infantado.

Vejamos alguns exemplos ilustrativos para ambas as instituições. Para a Casa das Rainhas, não só André Franco adquire o hábito da Ordem de Santiago pelos serviços militares de seu pai⁹, como Martim Monteiro Paim era filho de Pedro Fernandes Monteiro «tão benemérito ao serviço desta Coroa»¹⁰. Aliás, o mesmo sucedia com a Casa do Infantado, como já tivemos oportunidade de estudar. Por outro lado, António de Basto Pereira descendia do doutor Luís Gomes de Basto que, para além de pertencer ao Conselho do Rei e ao Desembargo do Paço, era fidalgo da Casa Real¹¹, enquanto os avós de José Vaz de Carvalho viviam «à lei da nobreza», sendo o pai doutor e conservador da Universidade de Coimbra e familiar do Santo Ofício¹².

No caso paradigmático dos Rego de Andrade, Belchior do Rego de Andrade, primeiro desta família a servir a Casa das Rainhas, descendia dos servidores dos Bragança, já que seu pai havia sido moço de guarda-roupa de D. Teodósio II, e sua mãe filha de outro guarda-roupa do duque¹³. Por outro lado, o segundo Belchior do Rego de Andrade era filho do desembargador Inácio do Rego e Andrade, conselheiro da Casa, que, por sua vez, era sobrinho do primeiro, homónimo do último¹⁴.

À excepção de um ou outro caso, quase todos eram naturais de Lisboa e a proveniência dos seus progenitores era, de igual forma, lisboeta. Desde logo, parece indicar o preferencial recrutamento deste tipo de cargos da Casa entre as elites letradas da Coroa, em especial, entre o corpo de juristas que serviam a Casa de Bragança e, de um modo geral, a Casa Real. Boa parte destes homens, como podemos facilmente constatar, pertenciam a sucessivas gerações de juristas como os Rego de Andrade, os Monteiro Paim, os Almeida de Carvalho, entre outros. Solidariedades geográficas, familiares, profissionais cruzavam-se com frequência na promoção de parentes das mesmas casas senhoriais.

Os dois chanceleres que serviram a Casa do Infantado, entre 1654 e 1706, João Rodriguez Fontoura e António Rodriguez Lemos eram altos magistrados que provinham de tribunais superiores, tais como a Junta da Casa de Bragança e, para além disso, no primeiro caso, do Desembargo da Casa da Suplicação, sendo o

⁹AN/TT, *Habilitações da Ordem de Santiago*, letra A, maço 7, nº 14.

¹⁰BNF, *Manuscripts Portugais*, nº 32, fl. 157.

¹¹AN/TT, *Desembargo do Paço. Leitura de Bacharéis*, letra A, maço nº 7, nº 14.

¹²AN/TT, *Desembargo do Paço. Leitura dos Bacharéis*, letra J, maço nº 2, nº 23.

¹³Diego Barbosa de Machado, “Belchior do Rego de Andrade”, *Bibliotheca Lusitana, Historica, Chronologica* (...), (Lisboa: 1930, tomo I, 2ª ed., 1930), 44.

¹⁴BNP, *Livro de assentos e registos da leitura de bacharéis no Desembargo do Paço a partir de 20 de Outubro de 1660 até 8 de Agosto de 1736*, Reservados, cód. 10856.

segundo desembargador dos Agravos e Feitos da Coroa e Fazenda¹⁵. Apesar de não haver registo da habilitação do Santo Ofício para nenhum destes juristas, certo é que as «letras e confiança» neles depositada mostram bem o seu estatuto exemplar, sem mancha de sangue cristão-novo, e, por isso mesmo, granjeando de grande reputação junto da Casa Real, tendo ambos ocupado lugares, em período anterior ou em simultâneo, de desembargadores da Casa de Bragança¹⁶.

Contudo, se descermos na escala hierárquica, o escrivão da Chancelaria da Casa do Infantado, Manuel Palha Leitão, não beneficiou da mesma «imaculada» condição. Não obstante, ter sido escrivão da câmara dos infantes D. Afonso e D. Pedro, escrivão da fazenda da Casa do Infantado, não lhe foi concedida a habilitação para familiar de Santo Ofício, por decisão tomada em 10 de Janeiro de 1663, em virtude de «constar» das inquirições genealógicas que a avó materna, Catarina Milão, era cristã-nova¹⁷. Neste caso, e não conhecemos mais nenhum processo de habilitação posterior, nem os serviços à coroa serviram de pretexto fiável para conceder o tão desejado estatuto de familiar do Santo Ofício.

Como é sobejamente sabido, para quem seguia a carreira de jurista eram, aliás, múltiplas as etapas em que eram confrontados com inquirições e averiguações genealógicas. Desde o registo de ingresso nas Faculdades de Leis e/ou Cânones, em geral na Universidade de Coimbra, nos colégios de S. Pedro e S. Paulo, à leitura de bacharéis e respectivas inquirições de *genre* efectuadas perante a mesa do Desembargo do Paço, ao exame para advogado da Casa da Suplicação, diversos eram os trâmites processuais que, sobretudo, a partir da primeira metade do século XVII, tornaram mais difícil o acesso às carreiras jurídicas. Através deles, e por eles, legitimava-se o sangue nobilitado, que expurgado de «impureza» de certos antepassados, tornava-se «honrado» pelo desempenho de cargos civis.

Com efeito, em várias das habilitações de *genre* para as «leituras de bacharéis» dos futuros secretários da Casa das Rainhas, regista-se «a limpeza de toda a raça de cristão-novo, mouro ou mulato, sem que descendam de oficial mecânico». Por vezes as aparências iludiam. E nem sempre as averiguações definitivas correspondiam à realidade dos factos.

É assim que, Francisco Nunes Cardeal, filho de sapateiro e curtidor, mas neto de «lavradores» que viviam por sua fazenda, conseguiu, não obstante as inquirições genealógicas, ocupar alguns dos principais cargos da administração central, vindo a ser um dos secretários da rainha D. Maria Ana de Áustria¹⁸. Mas a prova máxima constituía a posse de um hábito de uma Ordem Militar, em especial a de Cristo.

¹⁵ AN/TT, *Chancelaria da Casa do Infante D. Pedro*, livro 1, fls. 1v. e 118.

¹⁶ Maria Paula Marçal Lourenço, *A Casa e o Estado do Infantado 1654-1706. Formas e Práticas Administrativas de um Património Senhorial*, (Lisboa: JNICT/Centro de História da Universidade de Lisboa, 1995), 78.

¹⁷ AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício, Manuel*, maço 29, diligência n° 604.

¹⁸ AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício, Francisco*, maço 15, diligência n° 457.

Como sublinhámos, André Franco recebera o hábito da Ordem de Santiago antes de iniciar a sua carreira de jurista e os Rego de Andrade tudo farão para «limpar» a sua fama de cristãos-novos.

De facto, a habilitação de Belchior do Rego de Andrade -sexto secretário e chanceler-mor da Casa das Rainhas, após 1640- ilustra com acuidade, as dificuldades, mesmo para uma família de notáveis juristas como esta, em aceder a um hábito da Ordem de Cristo. A suspeita de «cristã-novice» recaía sobre o seu avô paterno, António de Andrade, já que a mãe deste, D. Inocência Cacula era filha de Belchior do Rego de Andrade «que padeceo a dita fama que era parente de huns cristãos novos a que chamavão Mijatos»¹⁹. Apesar deste último ter sido admitido como irmão da Misericórdia de Vila Viçosa o «que se estranhara muito», a mesma sorte não tivera o primeiro Belchior do Rego de Andrade, pois que os testemunhos difamatórios de criados da Casa de Bragança impediram o solicitante de se tornar mesário²⁰. Também por idênticos motivos, o duque D. Teodósio não o teria provido em igreja curada. O parecer final da Mesa da Consciência e Ordens concluía que «por tudo se mostra não estar o justificante capas de entrar na Ordem, e se julgou por inhabilitado»²¹.

A verdade é que na habilitação de *genre* para familiar do Santo Ofício - e decorridos mais de trinta anos em que serviu, exemplarmente, a monarquia – o 6º Secretário da Casa das Rainhas é referido como sendo cavaleiro da Ordem de Cristo e, não obstante, as dúvidas que continuavam a pairar, ainda em 1732, sobre a limpeza de sangue dos avós do 1º Belchior, é evocada a irrefutável honra de seu irmão, o doutor António de Andrade Rego, lente de Cânones na Universidade de Coimbra, e nessa data, colegial no Colégio Real «onde se costumão fazer com muita exacção as inquirições»²². O valor e a irrefutabilidade de algumas das averiguações de *genre* feitas por certas instituições dispensavam outras. Ultrapassadas umas, conquistavam-se outras.

Para além disso, o justificante progrediu com largo sucesso na carreira jurídica, ocupando, como veremos, os principais lugares da Administração Central. Quando, em 17 de Abril de 1738, o Santo Ofício autorizava a impressão do Elogio Fúnebre de Belchior Rego de Andrade feito pelo Marquez de Valença já os estigmas de sangue cristão-novo estavam de há muito esquecidos²³. De sublinhar, que o elogio fúnebre, que fixava a imagem modelar do magistrado e da sua linhagem, que visava preservar os actos e a memória de homens notáveis pela honra, pelo sangue ou pelo serviço exemplar à monarquia, foi proferido, exactamente, por um membro da nobreza titulada o Marquês de Valença. A «honra» conquistada pelas sucessivas e quase

¹⁹ AN/TT, *Habilitações da Ordem de Cristo*, letra B, Maço 12, doc. 58.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Ibidem*.

²² AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, Belchior, maço 3, diligência nº 45.

²³ Elogio fúnebre de Belchior do Rego de Andrade feito pelo Marquez de Valença, Lisboa Occidental, na Officina de Miguel Rodrigues, impressor do Eminent. Senhor Cardeal Patriarca, 1738, com todas as licenças necessárias.

sempre dispendiosas inquirições de *genre* e o prestígio garantido pelos serviços à Coroa- do próprio ou de familiares- apagavam os rumores e a «a fama» de «cristão-novo» ou de «mecânico»²⁴.

Por outro lado, pelo menos, quatro dos dez secretários da Casa da Rainha foram familiares do Santo Ofício. Se é um facto, que nem todos poderiam alcançar um hábito numa Ordem Militar, ou a beca de um Colégio Maior, o acesso ao lugar de familiar, «agente benévolo», que servia voluntária e gratuitamente a instituição, era frequente. Assim parece ter sucedido com Francisco Nunes Cardeal, com Manuel de Almeida de Carvalho, ele próprio filho de familiar e futuro deputado do Santo Ofício²⁵. Nos casos do segundo Belchior do Rego de Andrade e de José Vaz de Carvalho, após alcançarem o hábito de Cristo, conquistaram um lugar de familiar do Santo Ofício²⁶. Claro, que o notável António Cavide, Fidalgo da Casa Real, Secretário dos negócios estrangeiros da Casa e Estado e membro do Conselho da Fazenda e Secretário régio não necessitava da urgente «nobilitação» conferida pelo estatuto de familiar do Santo Ofício. Muito menos António de Sousa Tavares, Secretário da Casa do Infantado, da Casa de Bragança e Conselheiro do rei.

Em quaisquer das circunstâncias, facilitava se antepassados haviam já sido cavaleiros de uma Ordem Militar, familiares do Santo Ofício, desembargadores, doutores ou lentes universitários e, por isso, mesmo, as provas de «limpeza de sangue» repetiam-se, acumulavam-se e consolidavam a «honra» e a «fama» do solicitante.

Nobreza adquirida pelos serviços de pais e avós, ou dos próprios, fidalgos da Casa Real, cavaleiros das Ordens Militares, familiares do Santo Ofício mas, acima de tudo, nobreza de «letras», não raro com antepassados de humilde condição cuja formação letrada permitiu não só o acesso às magistraturas, como inclusive à nobilitação. De facto, vários dos pais dos secretários e chanceleres-mores das Casas desempenharam cargos de advogados e de desembargadores, sendo, pelo menos, bacharéis.

Com efeito, como tem vindo a ser provado pelos estudos de José Taveira da Fonseca e José Subtil, era rara a presença da primeira nobreza de corte na magistratura dos diversos tribunais da Coroa, à excepção da sua presidência. Na realidade, e a partir de uma lista elaborada por este último autor, dos cerca de dois

²⁴ Sobre as despesas com as inquirições de *genre*, veja-se Fernanda Olival, *As Ordens Militares e o Estado Moderno. Honra, Mercê e Venalidade (1641-1789)*, (Lisboa: Estar Editora, 2001).

²⁵ AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, Francisco, maço 15, diligência nº 457. AN/TT, *Leitura de bacharéis*, Manuel, letra M, maço 25, nº 13.

²⁶ AN/TT, *Habilitação do Santo Ofício*, Belchior, maço 3, diligência nº 45; AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, José, maço 6, diligência nº 120.

milhares de desembargadores de todos os tribunais, entre 1640 e 1826, seriam, pelo menos, de 1% os que provinham da alta aristocracia²⁷.

A maior parte dos secretários da Casa eram bacharéis em Direito Canónico ou em Leis pela Universidade de Coimbra, sendo, pelo menos, três licenciados, tendo um, Manuel Gomes de Carvalho, adquirido o grau de doutor. Este último, era ainda colegial do colégio de S. Pedro²⁸. Estamos, portanto, perante um corpo de académicos cujo prestígio esteve, antes de mais, associado à sua formação universitária em Coimbra e que pertenceu à elite letrada da sua época.

Vejamos, em seguida, e para uma correcta definição do perfil socioprofissional destes oficiais, as etapas na progressão na carreira de jurista, em primeiro lugar, nas instituições centrais da Coroa e, num segundo momento, nos cargos administrativos da Casa das Rainhas.

Para aceder à carreira de magistrado na administração da Coroa era indispensável realizar o exame de «leitura de bacharéis» efectuado pelo Desembargo do Paço e que constituía, como tem sido diversas vezes realçado, um dispositivo burocrático de controlo e de disciplina da magistratura territorial. Em princípio, todos os secretários das rainhas, tal como os dos infantes, deveriam ter feito a respectiva leitura de bacharel.

Como tivemos oportunidade de concluir noutro estudo, praticamente para todos foi possível encontrar a habilitação de *genere* para servir nos lugares de letras²⁹. Contudo, atendendo a que os desembargadores e filhos de desembargadores, os lentes das faculdades de Leis e os ministros do Santo Ofício, estavam isentos desse exame é provável que alguns desses magistrados se tenham eximido dessa prova³⁰. No caso de Manuel de Almeida de Carvalho, este foi dispensado das habituais «inquirições» por ocupar já um lugar de desembargador da Casa da Suplicação³¹.

Por outro lado, apenas se podiam candidatar à «leitura» os proponentes com a qualificação mínima de «Bom», informação que era previamente remetida pela Universidade de Coimbra ao Desembargo do Paço, e que nos permite, uma vez mais, concluir pela boa ou excelente formação deste corpo de académicos. Excluídos

²⁷ Fernando Taveira da Fonseca, *A Universidade de Coimbra (1700-1711), Estudo Económico e Social*, (Coimbra: 1995); veja-se o trabalho de José Subtil, “Os desembargadores em Portugal (1640-1826)”. *OPTIMA PARS*; Relatório policopiado citado por Nuno Gonçalo Monteiro, *Elites e Poder Entre o Antigo Regime e o Liberalismo*, (Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais, 2003), 126.

²⁸ AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, Letra M, maço 25, n° 13.

²⁹ Lourenço, *Casa*.

³⁰ Contudo, as leituras de bacharéis nem sempre se verificaram, pois os desembargadores, os lentes das Faculdades de Leis e Cânones e os ministros do Santo Ofício estavam isentos desse exame. Confrontar, sobre esta matéria, A. M. Hespanha, *As Vésperas do Leviathan. Instituições e Poder Político. Portugal- Século XVIII*, (Lisboa: edição do autor, 1986) 1 vol., 418-420.

³¹ AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, letra M, maço 25, n° 13.

estavam, no plano teórico, os letrados «mediócras», os que apresentavam mácula de ocupações «mecânicas» ou os que tivessem fama de cristãos-novos³².

Porém, nem sempre terá sido assim. De facto, e apenas para citar um exemplo, sob os Rego de Andrade pairava o estigma de sangue cristão-novo e, nem, por isso, deixaram os dois Belchiores de transitar nas respectivas leituras de «bacharéis». Por fim, para serem aprovados no exame de leitura teriam de obter a classificação de «Bem» ou «Muito Bem» por todos, ou pela maioria. Existiram, contudo, excepções à regra. O segundo Belchior do Rego de Andrade foi aprovado na sua leitura com apenas 4 votos «bem» e três que «leu», o que sucedeu, aliás, com outros magistrados da Casa das Rainhas³³.

Praticamente, no seu conjunto, todos os secretários e chanceleres-mores das rainhas foram desembargadores o que os caracteriza como um corpo específico, quer pelas formas de acesso e promoção na carreira, quer pelos seus privilégios, no conjunto da magistratura letrada. Como tem sido por diversas vezes realçado, ser desembargador significava pertencer à elite dos oficiais régios, apenas superada em privilégios pelos secretários de Estado. Assim sendo, os desembargadores, magistrados de nomeação definitiva, desempenhavam os principais cargos de administração central, de justiça e da «graça», isto é, asseguravam a direcção do governo da nação, exercendo uma elevada fatia do poder político.

De facto, a maioria dos secretários das rainhas não seguiu o moroso circuito que distava da magistratura territorial até ao desempenho de cargos nos Tribunais Superiores da Coroa. Para quase todos, as duas vias de chegada a desembargadores parecem, ter sido, em primeiro lugar, através do direito consuetudinário, que permitia a indigitação para desembargador de um filho, neto ou sobrinho paterno, atendendo aos serviços dos seus parentes e, em segundo lugar, pela faculdade que possuíam os doutores e lentes da Universidade de Coimbra de acederem de imediato, caso desejassem, ao lugar de desembargador³⁴. Na primeira circunstância estiveram, por certo, Martim Monteiro Paim, António de Basto Pereira, o segundo Belchior do Rego de Andrade e Manuel Almeida de Carvalho; no segundo caso, deve ter-se encontrado Manuel Gomes de Carvalho.

Ao observar as listas dos secretários e chanceleres-mores das rainhas, constatamos que foram múltiplos os cargos desempenhados por estes magistrados, tais como os de juiz do contrato do sal, juiz dos feitos da cidade de Lisboa, juiz da alfândega do Tabaco, ouvidor da alfândega da Corte, corregedor do cível da Corte, juiz geral da Corte das Ordens e deputado da Mesa da Consciência e Ordens, procurador da fazenda dos Três Estados, procurador da fazenda real do Conselho

³² Subtil, *O Desembargo*, 298-304.

³³ BNP, *Livro de assentos e registos de leitura* (...), *Reservados*, cód. 10856, fl. 130 v.

³⁴ Subtil, *O Desembargo*, 324-332.

Ultramarino e conselheiros do rei³⁵. O mesmo sucedeu com os ministros da Junta da Justiça e Fazenda da Casa do Infantado, onde vamos, aliás, encontrar os famosos Rego de Andrade como conselheiros do infante³⁶.

Em suma, foi nos órgãos e tribunais régios que estes magistrados fizeram a sua carreira, com uma maior concentração de nomeações para os três principais da Coroa: a Relação do Porto, a Casa da Suplicação e o Desembargo do Paço. Note-se, por outro lado, que quatro dos juristas pertencentes à Casa das Rainhas chegaram a desembargadores do Paço, três antes de serem providos como secretários das rainhas – o segundo Belchior do Rego de Andrade, Manuel de Almeida de Carvalho e Manuel Gomes de Carvalho – e um depois – o primeiro Belchior do Rego de Andrade³⁷; e que um, António Basto Pereira, havia sido já Chanceler da Casa da Suplicação e secretário da Inconfidência, antes de ocupar o cargo de secretário da rainha D. Maria Ana de Áustria³⁸.

Resumindo, tratavam-se de homens com larga experiência político-administrativa e, como tal, gente da estrita confiança da Coroa e da Família Real. Registe-se, ainda, que os secretários desempenharam esses cargos numa idade «madura», com a excepção lapidar do primeiro Belchior do Rego de Andrade que foi nomeado, sucessivamente, para essa função, por D. Luísa de Gusmão e pelas rainhas D. Maria Francisca Isabel de Sabóia e D. Maria Sofia de Neuburgo³⁹.

Sublinhe-se, por outro lado, que a própria Casa das Rainhas ofereceu oportunidades de promoção social que decorriam da nomeação, neste caso, pelas consortes régias, para vários dos lugares de administração central deste domínio senhorial. Assim, e no caso em estudo, antes de chegarem a secretários e chanceleres-mores das rainhas, pelo menos cinco dos indigitados ocuparam, previamente, outros cargos do governo da Casa das Rainhas. António de Basto Pereira foi, progressivamente, procurador da fazenda, conselheiro, ouvidor geral e ouvidor da fazenda das consortes régias⁴⁰. O segundo Belchior do Rego de Andrade seguiu, de igual modo, este percurso, com a excepção de ouvidor geral das terras das soberanas⁴¹. E tanto João Vaz de Carvalho, como Manuel de Almeida de Carvalho e Manuel Gomes de Carvalho foram, por ordem cronológica, membros do Conselho, exceptuando o último⁴².

³⁵ Para tudo isto, vejam-se as listas dos secretários e chanceleres-mores da Casa no nosso trabalho: Lourenço, *Casa*, vol. I, 553-581.

³⁶ *Ibidem*, 116-125.

³⁷ Subtil, *O Desembargo*, 324; AN/TT, *Chancelaria de D. Afonso VI*, liv. 21, fl. 106.

³⁸ AN/TT, *Chancelaria de D. Pedro II*, liv. 63, fls. 315v. e 316.

³⁹ AN/TT, *Casa das Rainhas*, Chancelaria, liv. 2, fls. 315 v. e 316.

⁴⁰ AN/TT, *Casa das Rainhas*, Chancelaria, liv. 7, fls. 369-370.

⁴¹ AN/TT, *Casa das Rainhas*, liv. 118, fls. 47 v. e 58 e 59 v. AN/TT, *Casa das Rainhas*. Chancelaria, liv. 10, fls. 291v., 292, 384v. e 349.

⁴² AN/TT, *Casa das Rainhas*, Chancelaria liv. 6, fls. 114v. e 115.

A nomeação para secretário e chanceler-mor da rainha ou do infantado constituía, pois, o corolário final para um grupo exíguo entre o conjunto dos magistrados que serviam, cada uma das consortes régias nos vários departamentos administrativos, em especial, para aqueles que eram conselheiros ou deputados no Conselho da Fazenda da Casa. Que a indigitação para tão prestigiante função era uma recompensa pelos serviços feitos nos outros sectores governativos desta estrutura senhorial, não parece deixar margem para equívocos, pois que os textos das respectivas nomeações aludem recorrentemente às «partes», «zelo», «qualidades», «inteireza», mas acima de tudo, a «muita confiança», que constituíam em rigor, os requisitos abonatórios para a escolha de um secretário/chanceler da Casa⁴³. Ao contrário da carreira típica de promoção por antiguidade, este grupo restrito era escolhido pelas sucessivas rainhas, ficando o acesso ao lugar máximo do governo da Casa dependente da arbitrária e contingente vontade das soberanas. Acresce que vários dos indigitados, ao longo do período considerado, terminaram a sua carreira administrativa como secretários da Casa das Rainhas, tendo ainda José Vaz de Carvalho desempenhado as funções de Chanceler da Casa da Suplicação, Manuel de Almeida de Carvalho as de Conselheiro do Conselho Ultramarino e Manuel Gomes de Carvalho as de Chanceler-mor do Reino. Seguramente, que a experiência como secretários e chanceleres-mores da rainha D. Maria Ana de Áustria, lhes abriu as portas para estas prestigiantes nomeações. Note-se, ainda, que André Franco será escolhido para um dos lugares de deputado da Mesa da Consciência e Ordens em virtude dos serviços prestados nos cargos de desembargador dos Agravos da Casa da Suplicação e de secretário da Rainha⁴⁴.

Por tudo aquilo que ficou enunciado, o cargo de secretário e chanceler-mor das Rainhas revestia-se de uma importância excepcional no quadro dos demais poderes administrativos da Casa. De facto, esta função era considerada pelos contemporâneos «como muito bom lugar, pois [...] despacha só com a Rainha e faz tudo o que quer»⁴⁵. E que os secretários das rainhas exercitavam influências de natureza governativa e cortesã, parece ser bem ilustrado pela destituição de Pedro de Almeida do Amaral desse cargo por ser valido do Conde de Castelo-Melhor e eventual «traidor» aos desígnios de D. Maria Francisca Isabel de Sabóia⁴⁶. Aliás, será, precisamente, o fiel servidor de D. Luísa de Gusmão e pertencente à facção de D. Pedro, Belchior do Rego de Andrade, que, após 1668, servirá de secretário e chanceler-mor da princesa de Nemours.

Embora nem sempre seja fácil captar as rivalidades socioprofissionais entre secretários ou entre membros das estruturas centrais da administração da Casa, decerto que existiu uma disputa constante no sentido de assegurar o monopólio do

⁴³ AN/TT, Chancelaria de D. João IV, liv. 16, fl. 467.

⁴⁴ BNP, *Gazeta de Lisboa* (...), fl. 141.

⁴⁵ BNP, *Monstruosidades do Tempo e da Fortuna* (...), tomo I, p. 83.

⁴⁶ Sobre o poder dos secretários, no caso espanhol, veja-se Carlos Javier de Carlos Morales, “El Poder de los Secretarios Reales: Francisco de Eraso”, en *La corte de Felipe II*, dir. José Martínez Millán (Madrid: Alianza Editorial, 1994), 107-148.

favor das rainhas, que era, antes demais, garantido pela tutela do cargo de secretário e de chanceler-mor. A proximidade cortesã com a rainha- quer no despacho dos negócios da Casa, quer na gestão influente do patrocínio da soberana- pôde garantir, em várias circunstâncias e graças ao prestígio e poder decisório destes juristas, a colocação na Casa e nos vários conselhos da monarquia de gente do seu clã, em especial, de sua família⁴⁷.

Para exemplificar, Pedro de Almeida do Amaral conseguiu, graças aos seus serviços à Casa, obter para o seu filho homónimo o cargo de corregedor do cível da cidade de Lisboa, a que um estratégico matrimónio com a filha de outro desembargador, António dos Santos de Oliveira, garantiria a posse de um lugar de desembargador extravagante do Porto, desta feita recolhendo os louros dos préstimos do sogro à Casa Real⁴⁸. Não obstante, a “mancha de mecânica” do avô materno do segundo Pedro de Almeida, este será dispensado nas habilitações para cavaleiro da Ordem de Cristo, conquistando ainda um lugar de familiar do Santo Ofício⁴⁹.

Por seu turno, José Vaz de Carvalho consolidou o poder da sua família, que o doutor Gonçalo Vaz Pereira iniciara – de simples juiz de fora de Seia a conservador na Universidade de Coimbra e a familiar do Santo Ofício- que seu filho, Gonçalo José da Silveira Preto continuaria. Para além de indigitado, como veremos, para um dos lugares de deputado do Conselho da Fazenda da Casa da Rainha, este último, e em reconhecimento dos serviços de seu pai, viria a ser procurador da fazenda da repartição do Ultramar⁵⁰.

De todos, o exemplo de maior sucesso no que diz respeito à colocação de membros da sua família ao serviço das consortes régias foi, sem dúvida, o de Belchior do Rego de Andrade. Descendendo de uma família de reconhecida fidelidade à Casa de Bragança, continuaram, quer pela mão do primeiro Belchior, distinto jurista e secretário de três das rainhas- desembargador da Casa de Bragança, Chanceler da Corte e da Junta do Infantado, no período em estudo, quer pelos serviços de seu irmão, António de Andrade Rego, desembargador da Relação do Porto, os Rego de Andrade serviram a Casa das Rainhas e, em geral, a monarquia. Os serviços dos pais e tios são, amiúde, lembrados pela sua descendência. E se Inácio do Rego de Andrade «apenas» viria a ser deputado, conselheiro e ouvidor geral das terras das rainhas, os seus filhos – o segundo Belchior e o segundo António do Rego de Andrade – ocupariam, respectivamente, os lugares de secretário e chanceler-mor e de conselheiro da mesa da fazenda da Casa de D. Maria Ana de Áustria⁵¹.

⁴⁷ AN/TT, *Chancelaria de D. Pedro II*, liv. 28, fls. 186 e 186v.

⁴⁸ AN/TT, *Habilitações da Ordem de Cristo*, letra P, maço 11, doc. 44. AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, maço 12, nº 293.

⁴⁹ AN/TT, *Chancelaria de D. João V*, liv. 107, fl. 229.

⁵⁰ AN/TT, *Casa das Rainhas*, liv. 118, fl. 42.

⁵¹ Elogio fúnebre de Belchior do Rego de Andrade (...).

Por tudo isto, é pertinente concluir que a influência cortesã de secretários e chanceleres-mores se exercitou, a um primeiro nível, na colocação de filhos, irmãos, sobrinhos, netos ao serviço da monarquia, reforçando, desta forma, o protagonismo clientelar de certas famílias de juristas. Verdadeiras «linhagens» de juristas que, como vimos, dominavam os principais conselhos da Casa Real e das Casas da Família Real, irradiando, muitas das vezes, o seu poder e influência clientelar até às instituições administrativas periféricas.

Por outro lado, o engrandecimento patrimonial e económico destas famílias de juristas pôde consolidar-se com o notável desempenho de cargos nas estruturas administrativas da monarquia. As estratégias, matrimoniais, a instituição de morgados, de capelas, ou o simples usufruto de rendas, juros, emolumentos, foram algumas das formas de reforço do prestígio numa «sociedade de corte». Mas o reconhecimento público da «limpeza de sangue» era imperioso. A posse de um hábito de uma Ordem Militar, em especial a de Cristo, era crucial para todos. Sobretudo para os afamados de «sangue cristão-novo» ou de sangue «menos nobre». A nobilitação, a entrada plena na «fidalguia» era o objectivo último (e talvez o primeiro) desta elite de magistrados, para a qual a formação académica fora o primeiro passo.

A fixação modelar da imagem do magistrado e da sua linhagem- tal como qualquer outro membro da nobreza de «sangue» –fez-se pelos processos escritos tradicionais que visavam preservar os actos e a memória de homens notáveis pela honra, pelo sangue ou pelo serviço exemplar à monarquia: os elogios e as orações fúnebres. De sublinhar que o elogio fúnebre do segundo Belchior do Rego de Andrade, aliás, como já referimos, foi proferido pelo Marquês de Valença, evidenciando que não repugnava à nobreza de «espada» elogiar a nobreza de «letras», sobretudo quando se tratava de um dos seus principais arautos⁵².

Aliás, o estudo que se seguirá dos deputados e conselheiros da Casa das Rainhas tentará averiguar, entre outros aspectos, até que ponto a preeminência social da magistratura lutou contra o poder e prestígio da nobreza de espada, ou, se pelo contrário, a primeira foi prisioneira do imaginário político da segunda, lutando sim pela conquista da «honra», do êxito social, da reputação e fama de «nobre». O alcançar pelas «linhagens» de juristas de um lugar na memória social foi, por vezes, espinhosa. Mas não raro foi conseguida.

Estudada que já foi por nós a jurisdição e competências de ambos os tribunais, importa seguir, um pouco mais de perto, o percurso dos conselheiros de ambas as instituições.

Do corpo de oficiais do Conselho e da Junta podemos distinguir três grupos distintos: um primeiro núcleo constituído pelos homens de justiça, procuradores, conselheiros e ouvidores da rainha: ouvidor da Fazenda e ouvidor Geral das terras da

⁵² Lourenço, *Casa*, vol. II, 788.

consorte régia; um segundo, que incorporava o oficialato da fazenda: escrivães, tesoureiros da fazenda, do tesouro e dos contos; e por fim, agentes e porteiros do Conselho.

Muito embora o seriar deste corpo de oficiais fosse feito, em geral, pela rainha, que indigitava todos os membros do seu Conselho, imperavam regras e critérios de selecção que importa enunciar. Entrava-se, por regra, ao serviço dos cargos superiores do Conselho da Rainha desempenhando a função de procurador da fazenda, ascendendo, em seguida, desde 3º ao 1º lugar de deputado- aguardando por vezes alguns meses ou mesmos anos como conselheiro supranumerário – até aos cargos de ouvidores gerais das terras e de ouvidores da Fazenda.

Analisemos, pois, quais as funções, prerrogativas e perfil social dos ministros letrados do Conselho da Fazenda Rainha, entre 1642 e 1754. Por comparação iremos fazendo referência a similar enquadramento da Junta da Fazenda do Infantado.

No que diz respeito à proveniência social dos letrados em análise, podemos considerar que um número muito significativo destes ministros descendia de famílias ligadas à Casa e Corte das rainhas, em particular ao serviço da Câmara e, sobretudo, a linhagens de letrados e servidores da Casa Real. Encontravam-se, nesta circunstância, Gaspar de Abreu de Freitas, filho de Luís de Abreu de Freitas, cavaleiro da Ordem de Cristo e escrivão da câmara do rei e da rainha, João da Silva Machado Morais, fidalgo da Casa Real, porteiro da câmara da Rainha. E, também, os casos de Inácio do Rego de Andrade, bem como os descendentes e homónimo, António do Rego de Andrade. Por sua vez, Gonçalo José da Silveira Preto era filho do desembargador Vaz de Carvalho, conselheiro e secretário das rainhas e Manuel Lopes de Lavre era filho de um velho servidor da Casa. Aliás, foram estas três famílias – Os Rego de Andrade, os Vaz de Carvalho, Preto e Giraldes – as que colocaram um maior número de familiares letrados ao serviço das estruturas de administração central e senhorial da Casa⁵³. Por outro lado, João de Sousa de Cardenas era filho de D. Pedro de Cardenas Sottomayor, desembargador da Casa da Suplicação, António de Basto Pereira era, como já vimos, filho do doutor Luís Gomes de Basto, fidalgo da Casa Real, Rodrigo de Oliveira Zagalo era neto do desembargador Agostinho de Oliveira Rebelo, vereador da Câmara de Lisboa, Fernão Giraldes era neto homónimo, o licenciado Fernão Afonso Giraldes e Diogo Lobo Pereira era neto do desembargador com o mesmo nome. Ou seja, filhos ou descendentes de juristas e letrados que serviam por tradição a Casa Real⁵⁴. Por sua vez, vários dos ministros da Casa descendiam de fidalgos da Casa Real, de cavaleiros da Ordem de Cristo e de familiares do Santo Ofício. Citem-se, entre outros, os exemplos de Gonçalo Meireles Freire, fidalgo da Casa Real, de Manuel Gameiro Barros, filho de cavaleiro fidalgo da Casa Real, de José da Cunha Brochado e de Gaspar de Almeida de Andrade⁵⁵.

⁵³ *Ibíd.*, vol. II, 789.

⁵⁴ *Ibíd.*, vol. II, 789.

⁵⁵ *Ibíd.*, vol. II, 789-790.

Mas quando não se refere a fidalguia da Casa Real, reclama-se quase sempre a «nobreza» como estrato social de origem do corpo de letrados que serviram as rainhas, no período em estudo. Avós, pais e familiares que «viviam por sua fazenda», à «lei da nobreza», «com negras, negros e cavalos»; e que eram «dos principais das vilas», são com frequência as referências sociais apontadas. Manuel Manso da Fonseca, Gaspar de Almeida de Andrade, Duarte Salter de Mendonça e João Marques Bacalhau, são alguns dos que se posicionaram neste escalão social. Outros, como Domingos Nogueira de Araújo, José da Cunha Brochado, filho de militar que servira no Alentejo e na Índia, recebendo como recompensa a ordem do hábito de Santiago, no segundo exemplo, filho do tenente-governador do Castelo de S. Jorge e familiar do Santo Ofício e, por último, Manuel Mariz Sarmento que fora mestre de campo de um dos terços da infantaria que servira nas Guerras da Restauração, irmão do alcaide-mor de Bragança e comendador da Ordem de Cristo⁵⁶.

Em resumo, gente ligada à defesa do território durante as Guerras da Restauração, que muitas das vezes se nobilitara ao serviço da dinastia brigantina. De igual modo, filhos de notáveis locais das terras das rainhas serviram no Conselho, como atestam Manuel Gameiro de Barros, filho do juiz dos órfãos da vila da Chamusca e Ulme, e Luís Pimentel da Costa, sobrinho do cônego da Sé de Faro.

Descendentes, portanto, de nobres titulados ao serviço da Casa Real, de uma fidalguia de serviço, sendo apenas de registar um conselheiro titulado, a saber, D. Tomás de Almeida, filho dos condes de Avintes, casa que se distinguiu no servir da Rainha.

Contudo, pelo menos, seis dos mais notáveis conselheiros e deputados tinham origens humildes, tais como Francisco Ferreira Baião, filho de boticário, Jerónimo Vaz Vieira, filho de foleiro, Inácio da Costa Quintela, cujo pai fora sirgheiro de chapéus e mercador de grosso trato, Manuel Rodrigues Leitão, filho de sapateiro e Alexandre Ferreira, cujos avós e pais foram mercadores de livros⁵⁷. O que significa que a carreira universitária e a formação letrada permitiam uma mobilidade social notável, mesmo para um filho de alguém com profissão «mecânica», que poderia ascender até ao cargo de conselheiro, deputado e mesmo de ouvidor da Fazenda do Conselho da Rainha, à imagem do que sucedeu com Jerónimo Vaz Vieira. Diga-se em boa verdade, que vários dos escrivães dos Contos e da Tesouraria da Casa das Rainhas foram habilitados como familiares do Santo Ofício, citando apenas o caso de Domingos Miranda, natural de Montelavar, Sintra, morador em Lisboa, escrivão dos gastos secretos de Sua Majestade, contador da fazenda da Casa de Bragança e do Infantado e da Casa da Índia e que, sendo legítimo e inteiro cristão-velho «sem raça de nação infecta», é habilitado em 26 de Abril de 1700⁵⁸.

⁵⁶ AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, Francisco, maço, 14, diligência nº 428; ibidem, Jerónimo, maço 2, nº 55; ibidem, Inácio, maço 31, diligência nº 52; ibidem, Manuel, maço 29, diligência 664; AN/TT, *Habilitações da Ordem de Cristo*, letra A, maço 2, nº 20.

⁵⁷ Ibidem, AN/TT, *Domingos*, Maço nº 2, nº 39.

⁵⁸ AN/TT, *Habilitações da Ordem de Cristo*, letra M, maço nº 43, doc. nº 46.

Do ponto de vista da proveniência geográfica de procuradores, conselheiros e ouvidores, a maior parte nasceu em Lisboa e seu termo, o que sublinha, uma vez mais, o recrutamento maioritário de ministros nas elites letradas da Corte e Casa Real. Porém, de muitas outras cidades, vilas e terras vieram aqueles que desempenhariam as tão importantes funções de procuradores e conselheiros das consortes régias.

Do total dos 36 ministros da Casa das Rainhas- exceptuando os secretários – que, entre 1642 e 1754, desempenharam funções no Conselho das Rainhas, pelo menos doze, foram agraciados com a posse de um hábito da Ordem de Cristo, sendo apenas um detentor de um hábito da Ordem, de Santiago. De um modo geral, receberam essas insígnias antes de ocuparem funções no Conselho das Rainhas, embora, num ou noutro caso, tenham obtido essa distinção honorífica após o desempenho de importantes cargos na administração central e nesta Casa da Família Real.

Como sublinhámos anteriormente, ser aprovado na habilitação de *genere* para a obtenção de um hábito da Ordem de Cristo, constituía prova pública da limpeza de sangue, por todos almejada, mas, sobretudo, desejada por aqueles de proveniência social menos afortunada, que viam neste título de confirmação social da sua «honra», da sua «nobreza». É assim que, não obstante o pai de Manuel Lopes de Lavre ser infamado de «ter raça de nação», sendo, por outro lado, seu avô marchante e mercador de gado, a família de Lavre consegue alcançar as honoríficas distinções da Ordem de Cristo e de familiares do Santo Ofício⁵⁹. De igual modo, e apesar de constar que o pai e avô materno de Manuel Rodrigues de Leitão haviam sido sapateiros, o beneficiário é dispensado destes defeitos na habilitação de *genere* para a obtenção do hábito de Cristo⁶⁰; ou de Domingos Nogueira de Araújo, que na habilitação de *genere* da Ordem de Santiago foi dispensado no defeito da falta de nobreza do seu avô materno- sapateiro e surrador-, e do seu avô paterno que fora trabalhador, em virtude dos serviços de seu pai como militar nas Guerras da Restauração⁶¹.

Para além disso, pelo menos, treze dos ministros do Conselho foram familiares do Santo Ofício. Na maioria dos casos, com uma ou outra excepção, receberam essa distinção antes de exercerem importantes funções na administração superior do Reino. Para homens como Francisco Ferreira Baião, Jerónimo Vaz Vieira, Inácio da Costa Quintela, Manuel Rodrigues Leitão, Manuel Lopes de Lavre, João Marques Bacalhau, Domingos Nogueira Leitão, com raízes humildes e, sobre ao quais recaía, por vezes, a suspeita de «mecânica» ou de «cristã-novice», ser familiar do Santo Ofício constituía mais uma prova de honorabilidade e de «nobreza» adquirida pelos serviços prestados à Casa Real, a que se juntavam a outras honras e habilitações de *genere*. Alegando-se, com frequência, que pais, avós ou outros parentes, haviam

⁵⁹ Ibídem, letra M, maço nº 44, doc. nº 70.

⁶⁰ AN/TT, *Habilitações da Ordem de Santiago*, Letra D, maço 2, nº 39.

⁶¹ Lourenço, *A Casa e o Estado*, 121.

casado com filhas de familiares, reforçando-se, desta forma, a endogamia familiar em torno de uma instituição. O mesmo sucedia com a Casa do Infantado, onde encontramos a habilitação de familiar do Santo Ofício de Bento da Fonseca, em 1773, quando tinha desempenhado funções de desembargador supranumerário da Junta e de desembargador dos Agravos da Casa da Suplicação⁶². Ou de Inácio Pereira de Sousa, doutor colegial de S. Pedro, desembargador da Junta, desembargador da Casa de Bragança, alcançando mais tarde o lugar de deputado da Mesa da Consciência e Ordens, tendo-se habilitado a familiar, com sucesso, em 23 de Dezembro de 1675⁶³. Mas para muitos dos nomes sonantes da Junta da Fazenda não encontramos habilitação do Santo Ofício como, por exemplo, António Cavide, António de Sousa Tavares, João de Roxas, todos da Secretaria da Junta do Infantado.

Um número avultado de ministros do Conselho das Rainhas era constituído por bacharéis em Direito Canónico ou em leis (c.12), sendo os demais licenciados (7); um número limitado tinha alcançado o grau de doutor (5) ou desempenhava funções de lente da Universidade de Coimbra ou dos colégios reais (2). Por outro lado, sete dos ministros foram colegiais dos principais colégios da Universidade de Coimbra, respectivamente, cinco de S. Paulo e dois de S. Pedro. Estamos, portanto, uma vez mais, perante um corpo de ministros de prestigiada formação universitária. Alguns desempenharam mesmo as funções de maior destaque nessas instituições como doutores, lentes ou reitores. Adiante-se, ainda, que as informações da Universidade de Coimbra a propósito da maior parte destes ministros caracterizam-nos como «muito bons» e de «bom procedimento», o que permite concluir pela excelentel formação letrada deste corpo de oficiais.

Por outro lado, e nos casos (23) para os quais foi possível encontrar a habilitação para a leitura de bacharel, e respectiva informação final do Desembargo do Paço, todos foram aprovados tendo tido a maior parte «bem» ou «muito bem» por todos, o que consistia na classificação aprovada para transitar na leitura, com vista a ocupar um lugar de letras da administração central. Tal como foi observado para os secretários da Casa, voltamos a estar perante um conjunto de oficiais que foram na sua totalidade desembargadores, o que os caracteriza como um corpo específico, quer em prerrogativas, quer nas características de progressão na carreira. O que significa, como já foi sublinhado, que estamos, perante um oficialato de elite, que desempenhava os principais cargos da administração superior e que, como tal, detinha uma substancial fatia do poder político.

No conjunto dos ministros do Conselho das Rainhas podemos considerar que cerca de metade (17) alcançou o cargo de desembargador pelo percurso normal de juiz de fora ou de corregedor de uma magistratura territorial até ser nomeado para desembargador da Relação do Porto transitando, em seguida, para o Desembargo do Paço. Por outro lado, a outra metade parece ter sido nomeada, de imediato, para o

⁶² *Ibíd.*, 120.

⁶³ Lourenço, *A Casa*, vol. II, 790-800; Lourenço, *Casa*, vol. II, 790-800.

cargo de desembargador extravagante da Relação do Porto, sem que tivessem ocupado qualquer lugar da magistratura territorial⁶⁴.

Com efeito, a maioria dos ministros do Conselho desempenhou funções como desembargadores na Relação do Porto (17) e/ou na Casa da Suplicação (22) antes de terem ocupado os lugares de magistratura do Conselho da Rainha. Por outro lado, alguns dos procuradores da fazenda da Casa (3) já haviam sido procuradores da Coroa, bem como, pelo menos quatro dos conselheiros das rainhas haviam desempenhado idênticas funções na administração central. Todavia, se esse desempenho não constituía condição *sine qua non* para o acesso à magistratura da Casa, nos casos em que tal sucedeu verificou-se que a anterior passagem por estes departamentos os habilitava a uma avaliação experiente e conhecedora das matérias de despacho e consulta das soberanas. Todavia, de um modo geral, após o desempenho das magistraturas no Conselho das Rainhas, esperava aos seus juristas a progressão a lugares de maior distinção, tais como o de conselheiro da fazenda (5), de conselheiro ultramarino (1), de procurador da Coroa (1), de deputado da Mesa da Consciência e Ordens, de desembargador do Paço (3), de chanceler das Ordens Militares (1), de conselheiro do rei (8) ou mesmo secretário de Estado (1)⁶⁵.

O facto da contagem de serviço e da categoria adquiridas nos lugares de provimento da Casa das Rainhas – tal, como sucedia, aliás, com a de Bragança e do Infantado – ser acumulável, podendo o candidato pedir equivalência para o provimento em lugares da Coroa, tornava, por certo, as magistraturas das Casas da Família Real apetecíveis, em especial, como trampolim para lugares de maior importância jurídica e honorífica. Aliás, entre o desempenho de tarefas no Conselho das Rainhas e a indigitação para um cargo da magistratura da Coroa, distou em média quatro a cinco anos, o que confirma a celeridade da progressão nos mais elevados postos da monarquia para este corpo de ministros.

Contudo, o exercício das tarefas de ministro do Conselho das Rainhas e da Casa do Infantado revestia-se de uma inquestionável primazia. Isso mesmo é revelado pelo facto de alguns dos conselheiros da fazenda terem morrido ao serviço da Casa, em especial os que chegaram ao topo da hierarquia administrativa como secretários; ou para aqueles que, apesar de desempenharem já funções de conselheiros da fazenda e/ou de conselheiros como, por exemplo, João Marques Bacalhau, Fernão Afonso Giraldes, António de Andrade de Rego, Inácio da Costa Quintela ou de procurador da casa, como foi o caso de Francisco Mendes Galvão, virem a ser nomeados para o serviço das rainhas. Para esta circunstância contribuiu, sem dúvida, o facto de os ministros da Casa das Rainhas possuírem os mesmos privilégios que os do Desembargo do Paço, pelo que pertencer à elite de juristas deste Conselho representava um privilégio raro e uma honra prestigiante. Por seu turno, vários dos desembargadores do Paço, mesmo para além do período em estudo,

⁶⁴ Subtil, *O Desembargo*, 271.

⁶⁵ Lourenço, *Casa*, vol. II, 796.

acumularam esse cargo como o de conselheiro e juizes da Casa das Rainhas e/ ou das demais Casas da Família Real⁶⁶.

O que aponta, em última instância, para a criação a partir da Restauração de conselhos adstritos às Casas da Família Real, idênticos em privilégios e prerrogativas ao Desembargo do Paço, colocando, por isso, ao mesmo nível poderes e honras, os seus oficiais. O que, longe de criar uma cadeia hierárquica de comando centralizada no Desembargo do Paço, assegurava, apenas, a centralidade das decisões régias, através da circulação funcional desses ministros pelas várias instituições administrativas da Coroa, tuteladas pelos diversos membros da Família Real. Incapacidade de adequar a especificidade das regras dos espaços político administrativos das sociedades modernas e, em particular, ao de a Portugal, aos dispositivos institucionais conhecidos e disponíveis para a época? Pensamos bem que sim. E que esta deve ter sido a via encontrada para implementar e controlar algumas reformas de Estado colmatando, sempre que possível, os obstáculos colocados pelas diferentes autonomias jurisdicionais, que eram impostas pelo modelo polissinodal de governação. Sem dúvida, que a imposição em todos esses tribunais de normas jurídicas semelhantes, em que as consultas e muitas das decisões eram tomadas pelo mesmo corpo de juristas, facilitou, indiscutivelmente, a proliferação do direito escrito e erudito de proveniência régia. Mas as jurisdições senhoriais de cada uma dessas Casas mantiveram-se. E foi, quase sempre em última análise, a defesa da mesma linhagem, da mesma família, na circunstância, a Casa de Bragança.

Do ponto de vista dos beneficiários, neste caso, os juristas e conselheiros dos diversos conselhos, esta estrutura polissinodal era largamente vantajosa. Proporcionava a um grupo muito restrito, a elite de juristas e de altos oficiais, a posse de cargos, de poderes, de honras e de emolumentos que se podiam acumular e sobrepor, tornando-os num dos corpos mais destacados de uma sociedade de privilégios e de privilegiados.

Para além disso, a própria Casa proporcionava a progressão no interior das estruturas administrativas e, no caso em análise, na orgânica interna do Conselho. De facto, dezassete juristas que iniciaram a sua carreira no Conselho como procuradores da fazenda, apenas um permaneceu nessa categoria, tendo doze chegado a conselheiros e dez a ouvidores gerais. Por sua vez, seis conseguiram alcançar o prestigiante cargo de ouvidor da fazenda e destes, apenas um, o lugar de secretário da rainha. Os múltiplos serviços à Casa foram determinantes para esta progressão já que, do ponto de vista das suas habilitações literárias, tanto os bacharéis como os licenciados e os lentes universitários ocuparam os lugares com maior poder decisório e influência jurídica e política no interior do Conselho, isto é, os de ouvidores da fazenda. Por outro lado, os conselheiros seguiram percursos diversos até atingirem-

⁶⁶ *Ibíd.*, vol. II, 797.

quando o conseguiram – o topo da pirâmide administrativa do Conselho das Rainhas⁶⁷.

No caso lapidar de Manuel Manso da Fonseca, a sua carreira de jurista terá terminado com o desempenho desse cargo, enquanto que, para a maioria, o exercício dessa destacada magistratura precedeu a tutela de idênticos ou superiores cargos de magistratura do Reino. Em todo o caso, a experiência granjeada no despacho do Conselho das Rainhas habilitava, preferencialmente, esta plêiade de juristas, para o desempenho das mais altas magistraturas da Coroa, bem como de outras Casas da Família Real, onde alguns haviam exercido funções similares.

Para além de todos os privilégios e prerrogativas inerentes ao cargo de desembargador, de entre os quais a própria nobilitação, pertencer ao grupo restrito dos juristas do Conselho das Rainhas proporcionava honras, títulos, mrcês e poderes que se alargavam, na maioria das vezes, aos respectivos clãs familiares. Sem dúvida, que os méritos garantiram promoções e prerrogativas, mas sólidas e influentes relações familiares e estratégicos casamentos consolidaram o poder de certas linhagens de juristas que, de pais para filhos e netos, transmitiram e alicercaram a legitimidade social desta fidalguia letrada.

Muito embora nos vários cargos do Conselho se sucedessem nomes diferentes, mas, não raro, parentes próximos ou mais distantes foram recrutados para o serviço das soberanas. Por outro lado, muitos dos letrados eram filhos de desembargadores ou de juristas que haviam ocupado lugares de destaque na vida jurídica do Reino. Neste sentido, Jerónimo Vaz Vieira era sobrinho do desembargador com o mesmo nome, legando depois a seu filho homónimo um património significativo em padrões de juro e bens de morgado⁶⁸. Por sua vez, Manuel Gameiro Barros era sobrinho de Francisco Lopes de Barros, Chanceler do rei e da Casa da Suplicação e membro de uma das famílias mais notáveis da Chamusca⁶⁹. Certo é que um bom casamento facilitava muito. E não será por acaso que o supracitado jurista alcançou o lugar de desembargador extravagante da Relação do Porto em virtude dos serviços de seu tio por afinidade, casado que estava com D. Antónia de Barros, essa sim, sobrinha de sangue. De igual modo, Manuel Manso da Fonseca era casado com D. Antónia do Rego, filha de Crispim Rego, médico e familiar do Santo Ofício⁷⁰ e Gaspar de Almeida de Andrade casara com D. Maria Joana de Castro, filha do desembargador Fernão Tudela Castilho⁷¹.

⁶⁷ AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, Jerónimo, maço 2, diligência nº 55.

⁶⁸ AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, Francisco, maço nº 11, diligência, nº 317.

⁶⁹ AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, Manuel, maço 20, diligência nº 502, AN/TT, *Francisco*, maço 11, diligência nº 315.

⁷⁰ AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, Manuel, maço 20, diligência nº 502. AN/TT, *Gaspar*, maço 6, diligência nº 48.

⁷¹ AN/TT, *Habilitações do Santo Ofício*, Gaspar, maço 6, diligência, nº 48.

Porém, do cômputo geral das linhagens de juristas que serviram o Conselho das Rainhas, três sobressaem como tendo colocado o maior número de parentes neste departamento da Casa. Os Lopes de Lavre, pai e filho, ambos familiares do Santo Ofício, serviram anos a fio a instituição. Por sua vez, a família de José Vaz de Carvalho, cujo filho, Gonçalo Vaz de Preto foi conselheiro, era aparentada com a de Fernão Afonso Giraldes, seu homónimo. Mas, entre todos, sobressai pelo número (6) e pela categoria dos cargos desempenhados a família Rego de Andrade, ligada à Casa dos duques de Bragança, que, ao longo de anos, continuará dedicada ao serviço da dinastia brigantina. Para além do velho Belchior do Rego e Andrade e seu irmão, António de Andrade de Rego, tanto o sobrinho do primeiro como o filho do segundo, continuaram servindo a Casa. E na linha de descendência directa, outros dois «Antónios» do Rego de Andrade ocuparam as funções de conselheiro das rainhas.

Prestígio de uma nobreza letrada, socialmente útil e recompensada e, como tal, juridicamente reconhecida, que luta denodadamente pela conquista de um lugar privilegiado no quadro das categorias sociais de Antigo Regime. Prestígio que era visível não só através dos sinais exteriores de «honra social», tais como a posse das prerrogativas de desembargador, das insígnias de uma Ordem militar ou do exercício das funções de familiar ou deputado do Santo Ofício; como, para além disso, pelas honras específicas atribuídas aos conselheiros da Casa das Rainhas.

A disposição hierárquica dos magistrados nas sessões de despacho do Conselho, bem como a participação honorífica em todas as cerimónias ligadas à vida deste tribunal, asseguravam posições de preeminência indiscutível que, segundo códigos, regras e precedências representavam poderes e prerrogativas de diversificada natureza. Mas no exterior, em cerimónias religiosas, o Conselho da Rainhas estava representado pelo seu corpo de juristas. É assim que para vários anos se registam os gastos com a cera despendida pelos ministros e oficiais do Conselho que acompanharam, em anos seguidos, a procissão do Corpo de Deus. Para já não referirmos emolumentos, ordenados, propinas, mantimentos ou ajudas de custo para deslocações, para cura de doenças, funerais dos próprios ou de familiares, ou para roupas de luto, de uso obrigatório, pelos membros do Conselho, na circunstância da morte de um dos membros da Família Real⁷².

É nossa convicção que com todos os trâmites descritos, as Casas da Família Real abriram as portas à promoção social, mesmo para aqueles sob os quais recaía, suspeitas de «cristã-novice», mas que os serviços fiéis de sucessivas gerações à Casa Real Portuguesa, libertaram-nos honradamente do «pesadelo» do passado, do presente e do futuro.

⁷² AN/TT, *Casa das Rainhas*, n.º 66, fl. 133v.

Recibido: 30 de julio de 2017
Aprobado: 12 de octubre de 2017

UNA OLIGARQUÍA ECLESIAÍSTICA EN PORTUGAL DURANTE EL ANTIGUO RÉGIMEN: CATEDRÁTICOS, CANÓNICOS E INQUISIDORES

Ana Isabel López-Salazar
(Universidad Complutense de Madrid)

RESUMEN

Los canónigos doctorales de las diócesis antiguas constituyeron una élite de poder en Portugal a lo largo de toda la Edad Moderna. Formados en Derecho, habían estudiado necesariamente en la Universidad de Coimbra y, a veces, habían residido en uno de los dos colegios mayores seculares. Normalmente, sirvieron también en la Inquisición, como diputados de los tribunales de distrito, inquisidores o miembros del Consejo General, y dieron clase en la Universidad de Coimbra. No fue infrecuente, incluso, que ascendiesen a los altos tribunales y Consejos del Reino. En este artículo intentamos evaluar hasta qué punto la pertenencia al Santo Oficio constituyó, en muchos casos, una mera excusa para poder gozar del privilegio *de non residendo* concedido a los ministros de la fe y, así, servir en la Universidad, en los tribunales y en los Consejos y percibir las rentas de las canonjías sin residir en ellas.

PALABRAS CLAVE: Inquisición, Universidad de Coimbra, canonjías doctorales, colegios mayores.

AN ECCLESIASTICAL OLIGARCHY IN PORTUGAL DURING THE ANCIEN REGIME: PROFESSORS, CANONS AND INQUISITORS

ABSTRACT

The doctoral canons of the old dioceses constituted an élite of power in Portugal during the Early Modern Age. They all had studied Law (Canon and Civil) in the University of Coimbra and, in many cases, had lived in one of the two secular university Colleges. They frequently served at the Inquisition, as deputies of the district courts, inquisitors or members of the General Council, and they taught at the University of Coimbra. It was not uncommon for them to ascend to the high Courts of Justice and Councils of the Kingdom. In this paper, it is assessed if their belonging to the Holy Office was, in some cases, just an excuse to use the *non residendo* privilege granted to the ministers of the Inquisitions. By that means, they would be able to

serve at the University, the high Courts and the Councils, receiving, at the same time, the rents of their canonries without residing in them.

KEYWORDS: Inquisition, University of Coimbra, doctoral canonries, university colleges.

Introducción¹

Hasta el final del Antiguo Régimen, podía verse en las calles de Coimbra y de Lisboa un tipo, vestido con hábito talar, de los muchos que la Revolución Liberal borraría de la faz de la Tierra. Eclesiástico, formado en Derecho, seguramente se jactaba de poseer una de las poquísimas canonjías doctorales antiguas, las prestigiosas, del Reino. Ocupaba una cátedra en la Universidad de Coimbra o era miembro de los Consejos o altos tribunales de justicia. Vivía, o lo había hecho, en uno de los escasísimos colegios mayores seculares conimbricenses. Estaba vinculado al Santo Oficio y, en algunos casos, llegaba a alcanzar la cúspide del tribunal, esto es, el Consejo General. Quizá, incluso, terminaría su vida en un obispado, lo que le apartaría, eso sí, de las dos ciudades en las que había pasado su vida y de las instituciones a las que la había dedicado.

Este eclesiástico se reconocía como miembro de un grupo. Por eso me he atrevido a definirlo como una oligarquía. Se trataba de una oligarquía porque era un grupo reducido: estamos hablando de poco más de ciento treinta personas en casi tres siglos. Constituía una oligarquía porque este grupo tenía poder: contaba con el saber (en Derecho, que era lo que importaba), la jurisdicción (en los altos tribunales y en la Inquisición), el dinero (las rentas de las canonjías y los salarios y otros premios de las oficinas), la influencia (cuanta podía dar pertenecer a los Consejos), el prestigio (por tener en muchos casos cierta nobleza; por ser o parecer limpio de sangre; por usar los capelos y borlas, en unas ocasiones, y la birreta y muceta, en otras).

Sin duda, buena parte de la holgada situación económica y del prestigio de nuestro eclesiástico procedía de su condición de canónigo doctoral. Sin embargo, en el Portugal del Antiguo Régimen, rara vez debieron verle sentado en el coro de la catedral de Guarda o defendiendo los derechos del cabildo de Lamego. Su lugar no estaba ahí; residía en Coimbra o en Lisboa. Tenía que *leer* en la Universidad, asistir al

¹ Este artículo es resultado del proyecto *Cónegos do Santo Ofício. Os cabidos das sés e o tribunal da Inquisição no Portugal da época moderna (1536-1820)* financiado por la Fundação para a Ciência e a Tecnologia (SFRH/BPD/44339/2008). Abreviaturas utilizadas: ACDF (Arquivo della Congregazione per la Dottrina della Fede), ACSE (Arquivo do Cabido da Sé de Évora), ADV (Arquivo Distrital de Viseu), ANTT (Arquivo Nacional da Torre do Tombo), AUC (Arquivo da Universidade de Coimbra), CG (Conselho Geral do Santo Ofício), CHR (Chancelária Régia), MCO (Mesa da Consciência e Ordens), RGM (Registo Geral de Mercês), TSO (Tribunal do Santo Ofício).

despacho de los procesos inquisitoriales, participar en las deliberaciones de la *Mesa da Consciência e Ordens*, acudir a las reuniones del *Desembargo do Paço*, etc. Demasiadas tareas como para pensar en la residencia en su beneficio.

No hacía falta residir. El eclesiástico contaba con un documento que le permitía vivir en Coimbra o en Lisboa y, al mismo tiempo, conservar su prestigiosa canonjía doctoral. Se trataba del llamado «privilegio del quinquenio», concedido por los papas a la Inquisición portuguesa desde 1539. Gracias a este breve, renovado cada cinco años, los ministros del tribunal podían percibir las rentas, distribuciones cotidianas y demás frutos de sus prebendas sin necesidad de cumplir con la obligación de residencia. A partir del Concilio de Trento, quedaron excluidos los beneficios que tenían aneja la cura de almas pero, en realidad, esos atraían muy poco a los eclesiásticos que ahora consideramos. Los ministros del Santo Oficio estaban interesados en beneficios de mayor prestigio y rentas y menos cargas, como las canonjías. La mayor parte de los inquisidores fueron, asimismo, canónigos en alguna de las catedrales o colegiatas del reino. Y algunos de ellos se convirtieron en verdaderos expertos a la hora de ir saltando de unas sedes a otras a la búsqueda de prebendas con mejores rentas.

De entre todas las canonjías, las más apreciadas eran, por los motivos que veremos, las doctorales. El estudio de estas prebendas, de manera conjunta, merece una atención especial en el caso de Portugal. En primer lugar, la cuestión de las doctorales fue la que desató mayor controversia entre la Inquisición y los cabildos catedralicios, con recursos constantes a la Santa Sede. Y, en segundo lugar, nos permite estudiar las ramificaciones de estas tensiones que sobrepasaron, con mucho, esas dos instituciones directamente implicadas y que introdujeron, de lleno, a la Universidad de Coimbra en estas lides². En una sociedad con permanentes filtraciones entre lo secular y lo religioso, si es que ambas esferas existían de manera separada, los canónigos doctorales constituyen un magnífico ejemplo de élite de poder para la que instituciones religiosas y seculares constituían sólo eslabones, a veces simultáneos y a veces consecutivos, pero jamás contradictorios, en el ascenso hacia cotas de mayor prestigio social y más elevadas rentas³.

² En este trabajo, no vamos a ocuparnos de las canonjías magistrales porque éstas presentan características específicas. Además, el perfil de los eclesiásticos es diferente al de los canónigos doctorales. Debido a ello y a las limitaciones de espacio, esperamos ocuparnos de las canonjías magistrales en un artículo independiente.

³ En este sentido, vale la pena recordar las palabras de Bruno Feitler: «é importante notar que o Santo Ofício não era uma instituição isolada [...] e que seus ministros ocupavam paralelamente ou de modo alternado aos cargos inquisitoriais, outros cargos, tanto na hierarquia eclesiástica (enquanto priores, cônegos, bispos), quanto em tribunais civis, como o Desembargo do Paço, quanto na Universidade de Coimbra». Ello era así porque, como señaló Joaquim Romero Magalhães, los ministros de la Inquisición, los profesores de la Universidad, los miembros de los tribunales regios, los obispos y los canónigos formaban parte del mismo ámbito intelectual cerrado. Bruno Feitler, “Hierarquias e mobilidade na carreira inquisitorial portuguesa: critérios de promoção”, en *Honra e Sociedade no mundo ibérico e ultramarino: Inquisição e Ordens Militares – séculos XVI-XIX*, coord. Ana Isabel López-Salazar, João Figueirôa-Rêgo & Fernanda Olival (Casal de Cambra: Caleidoscópico, 2013), 111.

Las instituciones

La Inquisición portuguesa fue creada en 1536 y, en buena medida, copió la estructura institucional del tribunal español. No obstante, hay dos diferencias entre ambas que conviene tener presentes. En primer lugar, existe una cuestión de tamaño. En Portugal continental había únicamente tres tribunales, a los que se unía el ultramarino de Goa. Tiene sentido si tenemos en cuenta las escasas dimensiones y la población del reino. Cuando se estableció el tribunal, tendría de 1.100.000 a 1.377.000 habitantes. A pesar del ligero crecimiento del siglo XVI, las décadas centrales del siglo XVII se caracterizaron por la recesión demográfica. No obstante, el final de la Guerra de Restauración coincidiría con un período de recuperación que permitiría iniciar el siglo XVIII con unos 2.100.000 habitantes. Cien años más tarde, la población habría aumentado hasta alcanzar los 2.900.000⁴. En cualquier caso, y al margen de cifras que hay que tomar con precaución, lo que no presenta ninguna duda es la diferencia entre las inquisiciones portuguesa y española con respecto al territorio y la población que debían cubrir.

En cada uno de los tres tribunales peninsulares había dos o tres inquisidores, lo que nos da idea de hasta qué punto estamos hablando de un grupo muy reducido. Reducido y, a la vez, muy cohesionado. La mayoría de los inquisidores portugueses tenían formación en Derecho, no en Teología, y la habían adquirido en la Universidad de Coimbra. Además, como señaló Bruno Fetiler, hasta finales del siglo XVII, buena parte de los inquisidores transitaban por dos o tres de los tribunales y los más afortunados terminaron en el de Lisboa, paso previo para el ascenso al Consejo General⁵. Es cierto que, en el siglo XVIII, se produjo una reducción muy significativa de la movilidad territorial de los inquisidores, pero ello no impidió que todos tuviesen que pasar años de convivencia más o menos estrecha en Coimbra, ciudad en la que se encontraba la Universidad⁶. En realidad, con mayor o menor movilidad entre los tres tribunales, me interesa señalar que los inquisidores portugueses, desde el establecimiento del Santo Oficio hasta el final del Antiguo Régimen, eran muy pocos y se conocían entre ellos.

Además, y esta es una cuestión fundamental para nuestro estudio, en Portugal existía un cargo que no había en España: el de diputado. A diferencia de los consultores del tribunal español, con los que se los ha querido comparar, los diputados portugueses tenían voz y voto en las sentencias, percibían salario y podían dar audiencia a los presos. Más importante aún era que el cargo de diputado

Joaquim Romero Magalhães, “A Universidade e a Inquisição”, en *História da Universidade em Portugal* (Coimbra: Universidade de Coimbra – Fundação Calouste Gulbenkian, 1997), vol. I, tomo II, 973.

⁴ Teresa Rodrigues, *História da população portuguesa. Das longas permanências à conquista da modernidade* (Porto: CEPESE e Edições Afrontamento, 2008), 177, 253.

⁵ Fetiler, “Hierarquias e mobilidade”, 126-127.

⁶ De esta Coimbra del siglo XVII ha dicho Romero Magalhães: “Coimbra. Pequena cidade onde todos se conhecem e se observam, fechada na Universidade, Cabido, Colégios e Conventos; limitado meio académico de muitos interesses e poucas oportunidades”. Magalhães, “A Universidade”, 982.

constituía un paso en la carrera inquisitorial que llevaba a los perseverantes a pasar de promotores a diputados y, finalmente, a inquisidores. Por lo tanto, esos diputados eran casi inquisidores: compartían con éstos las mismas funciones, percibían sueldo y conseguían, con frecuencia, el ascenso al cargo de inquisidor. Es más, salvo en el caso de los religiosos, tenían formación en Derecho. No obstante, a diferencia del oficio de inquisidor, el de diputado no exigía dedicación exclusiva, por lo que su propietario podía acumular otros cargos en la Universidad o en otros tribunales⁷. Además, junto a estos diputados ordinarios, existían los extraordinarios, que no percibían salario y que casi no tenían tareas inquisitoriales, más allá de votar en las sentencias unas cuantas veces por año. Fueron estos últimos los que, sin duda, más molestaron a los cabildos, porque podían gozar de los privilegios concedidos a los ministros de la Inquisición pero no desempeñaban ninguna tarea concreta o, al menos, no lo hacían con ninguna regularidad.

La segunda institución que nos interesa son los cabildos. En Portugal continental existían dos tipos de cabildos catedralicios. Por un lado estaban los de las diócesis antiguas, esto es, aquellas fundadas en la Edad Media. Tales eran los de las sedes arzobispales de Braga, Lisboa y Évora y los de las episcopales de Oporto, Coimbra, Viseu, Lamego, Guarda y Silves-Faro. Es decir, en el reino había únicamente nueve diócesis, cuyos cabildos son los que nos interesan en este artículo. En el siglo XVI se crearon cuatro sedes nuevas, fruto de la política de reorganización del territorio llevada a cabo por D. Juan III y continuada por D. Sebastián. Se trataba de las de Miranda (1545), Leiria (1545), Portalegre (1549) y Elvas (1570), a las que se unían, como es lógico, todas las ultramarinas. A partir de 1770, durante el gobierno del marqués de Pombal, se llevó a cabo una reorganización de la geografía eclesiástica con la creación de seis diócesis más: Beja, Castelo Branco, Penafiel, Pinhel, Aveiro y Bragança⁸.

La distinción entre cabildos antiguos y nuevos –del XVI o del XVIII– no resulta baladí, dado que sus canonjías doctorales y magistrales eran completamente diferentes. En las diócesis nuevas, las canonjías de oficio se habían erigido en el momento de creación de los cabildos para dotarlos de miembros graduados en Cánones y Teología. Independientemente del modo de acceder a ellas –por provisión del colador, por la vía del patronato regio o por concurso– se trataba de prebendas que no alcanzaban la categoría, el prestigio y, probablemente tampoco, las rentas de las canonjías doctorales y magistrales de las diócesis antiguas. Es cierto que, como puso de manifiesto Hugo Ribeiro da Silva, la Universidad de Coimbra intentó hacerse con el derecho de provisión de dichas canonjías, por medio de concursos⁹.

⁷ Feitler, “Hierarquias e mobilidade”, 110.

⁸ José Pedro Paiva, “Geografia eclesiástica”, en *Dicionário de História Religiosa de Portugal*, dir. Carlos Moreira de Azevedo (Lisboa: Círculo de Leitores, 2000), C-I, 301.

⁹ La forma de provisión de las canonjías doctorales y magistrales de las diócesis nuevas variaba de unos casos a otros. En el caso de la diócesis de Elvas, los estatutos del cabildo establecían que la provisión de estas prebendas se realizaría por medio de un concurso realizado en la misma catedral en el que, además, tendrían prioridad los candidatos de la ciudad. En Portalegre, por su parte, todas las

No obstante, al estudiar las oposiciones celebradas en la Universidad hasta principios del XIX he podido comprobar que esta institución sólo logró la provisión de las canonjías de oficio de la diócesis de Elvas en la década de 1780, es decir, ya muy al final de período que estamos estudiando. De las otras diócesis nuevas, sólo he encontrado una oposición celebrada en Coimbra para la doctoral de Bragança. Por lo tanto, dado que las canonjías de oficio de las diócesis nuevas eran diferentes a las de las diócesis antiguas (consideradas magistrales y doctorales *stricto sensu*), a veces se las llamaba, con cierta connotación despectiva, «prebendas dos graduados» para marcar las diferencias entre unos beneficios y otros.

Tampoco las auténticas canonjías doctorales y magistrales en Portugal eran exactamente iguales a las de los demás cabildos peninsulares. En Portugal, fueron creadas en 1496 por un breve de Alejandro VI que afectó, como es lógico, sólo a los cabildos antiguos. El papa ordenó que se reservasen dos prebendas en cada cabildo portugués, una para un licenciado o doctor en Cánones y otra para un doctor o maestro en Teología, ambos formados en la Universidad de Coimbra. En un primer momento, esta disposición de Alejandro VI sólo tuvo efecto en la catedral de Évora y quizá también en la de Silves (transferida luego a Faro). En los casos que conozco, la provisión de estas canonjías se realizó por medio de oposición celebrada en el cabildo¹⁰.

Dado que no se había obedecido el breve de Alejandro VI en la mayoría de los cabildos, en 1560 Pío IV decidió confirmarlo y ampliarlo. El papa otorgó al rey el patronato de estas canonjías, cuya provisión se haría por medio de oposición. Por su parte, el rey D. Sebastián ordenó que las oposiciones tuviesen lugar en la propia Universidad de Coimbra. En un primer momento, en 1561-62, hubo algunos concursos celebrados en la *Mesa da Consciência* en Lisboa. Sin embargo, desde ese último año las oposiciones tuvieron lugar ya siempre en la Universidad de Coimbra.

A las canonjías doctorales de las diócesis antiguas habría que unir la canonjía doctoral de residencia de Coimbra, creada por bula de 1540. Era provista también por oposición celebrada en la Universidad de Coimbra. Al concurso podían presentarse los canonistas que hubiesen residido en la ciudad ocho meses antes de que el beneficio quedase vacante. En el siglo XVIII, la creación del patriarcado de Lisboa, en 1716, provocó nuevos cambios. En un primer momento, la antigua diócesis de Lisboa se dividió en dos y, por lo tanto, se mantuvo el cabildo de la sede de Lisboa Oriental, con su canónigo doctoral. Más tarde, Benedicto XIV, en diciembre de 1740, decretó la unión de ambas diócesis y, en julio de 1741, extinguió el cabildo antiguo de Lisboa. Para compensar a la Universidad de Coimbra, se crearon en Évora dos nuevos beneficios, uno doctoral y otro magistral, provistos por concurso. Asimismo, se erigió en este último cabildo otra canonjía que sería

canonjías eran de patronato real. Hugo Ribeiro da Silva, *O clero catedralício português e os equilíbrios sociais do poder (1564-1670)* (Lisboa: UCP-CEHR, 2013), 112-114.

¹⁰ Antonio J. Díaz Rodríguez & Ana Isabel López-Salazar, “El cabildo catedralicio de Évora en la Edad Moderna (1547-1801)”, *Historia y Genealogía* 4 (2014). 46-47.

alternativamente magistral y doctoral y que se proveería también por oposición celebrada en la Universidad¹¹.

Por lo tanto, en el caso de las catedrales antiguas, las canonjías doctorales y magistrales eran de patronato regio y su provisión se realizaba por medio de concurso celebrado en la Universidad de Coimbra. De acuerdo con los estatutos otorgados por Felipe II en 1591, en dicha oposición votaban el rector, los profesores de Prima y Vísperas de las facultades de Teología, Cánones y Leyes y, además, los profesores de Escritura y Escoto, en el caso de las canonjías magistrales, o de Decreto y Sexto, en el caso de las doctorales. Años más tarde, los estatutos de 1653 dispusieron que también votasen en los concursos los profesores de Prima y Vísperas de la Facultad de Medicina. El propuesto por la Universidad era presentado por el monarca al obispo para que lo confirmase y le diese la colación. Además, el beneficiado debería encargarse de que se expidiesen las letras apostólicas de confirmación¹².

Este sistema de oposición a las canonjías doctorales se mantuvo hasta mediados del siglo XVIII. En 1752, D. José I ordenó que los profesores a quienes correspondía votar enviasen sus pareceres a la *Mesa da Consciência* que, por su parte, elevaría una consulta al monarca. Es decir, el voto los profesores que participaban en los concursos dejaba de ser decisivo para pasar a ser meramente consultivo. De este modo se reforzaba el control regio sobre las provisiones de las doctorales, aunque, en la práctica, poco cambió en el perfil de los provistos, como veremos a continuación.

La tercera institución de nuestro estudio es la Universidad de Coimbra. A diferencia de lo que ocurría en las Coronas de Castilla y de Aragón, en Portugal había una única Universidad con facultades jurídicas, que fue transferida de Lisboa a Coimbra de forma definitiva en 1537. Es cierto que en 1559 se creó la Universidad en Évora, vinculada a la Compañía de Jesús. Sin embargo, en Évora únicamente se estudiaban Artes y Teología. Por lo tanto, sólo en Coimbra existían facultades de Cánones y Leyes. Por ello, era el lugar de formación intelectual, de convivencia durante años y de construcción de redes de amistad, fidelidad y clientela de buena parte de la élite intelectual y política del reino, es decir, de aquellos formados en Derecho (civil o canónico) que vendrían a copar los tribunales de justicia, las instituciones de la administración diocesana, la jerarquía eclesiástica y la Inquisición. En el período comprendido entre 1570 y la reforma pombalina de 1772, el 72% de los estudiantes matriculados pertenecían a la Facultad de Cánones y el 15,30% a la de Leyes, lo que da idea de la importancia que ambas tuvieron en la formación –y reproducción– de las élites dirigentes. Además, a pesar de la transformación que

¹¹ Manuel Clemente, “Lisboa”, en *Dicionário de História Religiosa de Portugal*, dir. Carlos de Azevedo (Lisboa: Círculo de Leitores, 2001), J-P, 105. Antonio J. Díaz Rodríguez & Ana Isabel López-Salazar, “El cabildo catedralicio de Évora”, 43-44.

¹² *Estatutos da Vniuersidade de Coimbra confirmados por el rey Dom Phelippe primeiro deste nome, nosso Senhor em o anno de 1591* (Coimbra: António de Barreira, 1593), 16v. *Estatutos da Vniuersidade de Coimbra. Confirmados por el Rey nosso Snor. Dom Ioão o 4º em o anno de 1653* (Coimbra: Thomé Carvalho, 1653), 32.

supuso la reforma de 1772, desde ese año y hasta la invasión francesa los estudios en ambos Derechos continuaron atrayendo al 39,3% de los estudiantes conimbricenses¹³.

Estas cifras demuestran, asimismo, la relevancia, el prestigio social y la influencia de los profesores de las dos facultades jurídicas. Estos profesores, al igual que los inquisidores, formaban un grupo muy reducido. Hasta la reforma de 1772, en la Facultad de Cánones había cinco cátedras mayores y otras menores (catedrillas), mientras que la de Leyes contaba con cuatro cátedras mayores, dos catedrillas y cuatro cátedras de *Instituta*. Junto a los profesores propiamente dichos (*lentes*), participaban en la docencia los *condutários* (que no tenían la propiedad de ninguna cátedra específica) y los opositores quienes, asimismo, podían dar clase en calidad de sustitutos.

En su extraordinario estudio sobre la Universidad de Coimbra en el siglo XVIII, Fernando Taveira da Fonseca demostró la dificultad de acceder a la carrera docente universitaria en las facultades jurídicas. Así, antes de la reforma pombalina, el número medio de opositores por concurso era de 41 en la Facultad de Cánones y de 35 en la de Leyes. Es más, entre la obtención del título de doctor y la consecución de una cátedra o de una *conduta*, transcurrían quince años de media en Cánones y catorce en Leyes¹⁴. Ahora bien, esos años de espera tendrían su recompensa, pues formar parte de tal élite abría nuevas puertas de promoción social. A veces, el ingreso en la carrera docente podía ser considerado una fase intermedia en la vida profesional, debido a la frecuencia con que los profesores juristas —especialmente los de Leyes— ascendían los tribunales superiores del reino (*Relação do Porto* y *Casa da Supplicação*). Otras veces, la docencia en la Universidad y el servicio en los altos tribunales de justicia constituían carreras paralelas, debido a la posibilidad de ejercer el cargo de *desembargador* en los períodos de vacaciones académicas o en casos puntuales. Es más, en 1673, D. Pedro II creó un puesto supernumerario en el *Desembargo do Paço* que quedó reservado para los profesores de Prima de Leyes que hubiesen enseñado durante, al menos, ocho años¹⁵.

¹³ Fernando Taveira da Fonseca, “The Social and Cultural Roles of the University of Coimbra (1537-1820). Some Considerations”, *e-Journal of Portuguese History* 5 (2007), 9-10.

¹⁴ No obstante, era el acceso a la docencia en la Facultad de Teología la que exigía mayor tiempo de espera y participar en oposiciones con mayor número de concurrentes. Así, según sus cálculos, la media de opositores por concurso era de 86 en el caso de Teología. En el otro extremo se encontraba la Facultad de Medicina, con una media de apenas 14 candidatos por oposición. Fernando Taveira da Fonseca, *A Universidade de Coimbra (1700-1771): estudo social e económico* (Coimbra: Universidade, 1995), 436-437.

¹⁵ Según Nuno Camarinhas, entre 1620 y 1800, el 9% de los *desembargadores* habían sido o eran profesores de la Universidad de Coimbra. Dentro de los *desembargadores* había una jerarquía cuyo escalón más bajo era el de *desembargador extravagante* en Oporto y el más alto el de *desembargador dos agravos* en Lisboa. De ahí, los más afortunados podían ascender al *Desembargo do Paço*, el más alto tribunal del reino en asuntos de gracia. Fonseca, *A Universidade de Coimbra*, 473-478. Romero, “A Universidade”, 972. Nuno Camarinhas, *Juízes e administração da justiça no Antigo Regime. Portugal e o império colonial, séculos XVII e XVIII* (Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian-Fundação para a Ciência e a Tecnologia, 2010), 305-306. José Subtil, “La vida de los *desembargadores* durante la crisis, las reformas y

La relevancia de la Universidad de Coimbra como lugar de formación y promoción de los grupos dirigentes se debe, asimismo, al papel que jugaron los colegios mayores. A partir de 1537, la ciudad del Mondego se llenó de colegios que acogían a los estudiantes. Sin embargo, frente a los dieciocho que pertenecían a las órdenes religiosas y los dos vinculados a las órdenes militares, únicamente hubo dos colegios mayores seculares: los poderosos de San Pedro y San Pablo. Se trataba de instituciones de élite en las que había, únicamente, doce plazas para colegiales en el de San Pedro y veinticuatro en el de San Pablo, además de dos para porcionistas (es decir, para miembros de la alta nobleza) en cada uno de ellos. Los colegiales seculares portugueses constituían un grupo reducidísimo. Como señaló Taveira da Fonseca, la pertenencia a uno de los dos colegios mayores seculares resultaba el medio más eficaz de promoción social en el mundo universitario. En ellos se tejían redes de solidaridad, de amistad y de clientela y sus miembros actuaban como auténticos grupos de presión tanto dentro como fuera del ámbito universitario¹⁶.

En un país ya de por sí pequeño, el cuadro institucional que acabamos de señalar contribuía, todavía más, a crear una vinculación muy estrecha entre la Inquisición, los cabildos, la Universidad de Coimbra y los colegios mayores. La mayor parte de los inquisidores y diputados tenían formación en Cánones, una formación que sólo podían adquirir en la Universidad de Coimbra. En la misma ciudad, estaba radicado uno de los tres tribunales inquisitoriales del reino, cuyos diputados eran, con frecuencia, profesores de la propia Universidad. En esta institución se proveían por oposición todas las canonjías doctorales del reino. A las oposiciones concurrían los doctores o licenciados en Cánones, algunos de ellos inquisidores o diputados, otros profesores de la misma Universidad y, otros, ambas cosas al mismo tiempo. Y en dichos concursos votaban los propios profesores universitarios. Estamos, por lo tanto, ante un campo de estudio interesantísimo, desatendido curiosamente por la historiografía. No obstante, los resultados de nuestro estudio son, en realidad, casi previsibles¹⁷.

la Revolución liberal en Portugal (1750-1820)", *Vidas por el Derecho*, ed. Esteban Conde Naranjo (Madrid: Universidad Carlos III, 2012), 170-172.

¹⁶ Fonseca, "The Social and Cultural Roles", 18. Desgraciadamente, dos buenos estudios sobre los colegios mayores seculares continúan sin publicar: C. J. Pinto Correia de Oliveira, *O Saber e o Poder: o Colégio Real de S. Pedro da Universidade de Coimbra (1700-1834)* (Tesis de Máster, Universidad de Coimbra, 1996) y A. P. Barosa, *O colégio de S. Paulo da Universidade de Coimbra. Estudo económico e social (1700-1843)* (Tesis de Máster, Universidad de Coimbra, 2001).

¹⁷ Las relaciones entre la Universidad de Coimbra y la Inquisición han sido bastante estudiadas en el aspecto represivo. Por lo que tiene que ver con la colaboración, léanse las bellísimas páginas iniciales del artículo de Joaquim Romero Magalhães sobre la Universidad y la Inquisición. Fernando Taveira da Fonseca estudió la posesión de canonjías doctorales por parte de los profesores de la Universidad en el período comprendido entre 1700 y la reforma pombalina de 1772. No obstante, no incluyó a los ministros del Santo Oficio porque no era el objeto de su investigación. El mejor estudio de los inquisidores-cánónigos, centrado en el caso concreto del cabildo de Coimbra, es un artículo de Hugo Ribeiro da Silva. Modestamente, creo que algo pude aportar también en un capítulo dedicado a esa cuestión en el período de la Unión Dinástica. Más recientemente, Aldair Rodrigues, en su investigación sobre los comisarios del Santo Oficio en Brasil, tuvo así mismo que hacer referencia a este asunto. Sin embargo, a pesar de su valor, se trata en los tres casos de estudios parciales tanto en el

Las canonjías doctorales: de las oposiciones a la posesión

Tras la creación definitiva de las doctorales, en 1560, los ministros del Santo Oficio percibieron rápidamente que estas canonjías eran una magnífica fuente de ingresos y de prestigio. Por eso, desde muy pronto coparon las oposiciones que se celebraban para su provisión. El estudio de los concursos celebrados entre 1561 y 1640 y entre 1730 y 1770 nos proporciona datos que resultan bastante significativos. He elegido los primeros sesenta años de existencia de las canonjías doctorales porque permiten percibir el interés que despertaron en los profesores universitarios y los ministros del Santo Oficio desde fechas muy tempranas. Por su parte, las décadas centrales del siglo XVIII hacen posible la comparación entre los veinte años anteriores al decreto de 1752 y los veinte posteriores. Como ya señalé más arriba, creo que dicho decreto, que reforzó el control del monarca sobre las provisiones, no afectó al número de candidatos presentados a cada concurso ni al perfil de los mismos¹⁸.

tiempo (dado que ninguno abarca toda la Edad Moderna), como en el espacio (Portugal continental sin observar el imperio o Brasil colonial sin hacer referencia a la metrópoli). Fonseca, *A Universidade de Coimbra*, 533-545. Romero, “A Universidade”, 971-975. Hugo Ribeiro da Silva, “Rezar na Sé, despachar no Santo Ofício: capitulares de Coimbra ao serviço da Inquisição (1620-1670)” en *Em torno dos espaços religiosos – monásticos e eclesiais* (Porto: IHM-UP, 2005), 95-110. Ana Isabel López-Salazar, *Inquisición y política. El gobierno del Santo Oficio en el Portugal de los Austrias (1578-1653)* (Lisboa: CEHR-UCP, 2011). Silva, *O clero catedralício*, 115-119. Aldair Rodrigues, *Igreja e Inquisição no Brasil: agentes, carreiras e mecanismos de promoção social* (São Paulo: Alameda, 2014), 198-203.

¹⁸ Para la elaboración de los gráficos de este apartado he recurrido a las pruebas de limpieza de sangre del Santo Oficio (ANTT, TSO, CG, Habilitações), los libros de registro de nombramiento de los ministros y oficiales de los tres tribunales inquisitoriales peninsulares de los siglos XVI-XVIII, (ANTT, TSO, IC/IE/IL), los libros de las chancillerías regias desde D. Sebastián hasta D. María I (ANTT, CHR), las actas de los Consejos de la Universidad de Coimbra (AUC, Universidade, Actas dos Conselhos), los libros de tomas de posesión de los canónigos y dignidades de la Catedral de Évora (ACSE, Posses de dignidades, cónegos e quartanários, liv. 1), varios libros del *Registo Geral de Mercês* desde D. Alfonso VI hasta D. María I (ANTT, RGM), las pruebas de limpieza del cabildo de Viseu (ADV, Cabildo) y a documentación miscelánea de la *Mesa da Consciência* (ANTT, MCO) y de la Universidad de Coimbra. Asimismo, he utilizado a las siguientes fuentes publicadas: Fr. Pedro Monteiro, “Noticia geral das Santas Inquisições deste Reino, e suas conquistas, ministros, e officiaes, de que cada huma se compoem”, en *Collecção dos Documentos e Memorias da Academia da História Portuguesa* (Lisboa Occidental: Pascoal da Sylva, 1723), 379-514; Manuel Pereira da Silva Leal, “Catalogo dos conegos magistraes, e doutoraes, que a Universidade de Coimbra appresenta nas Sés deste Reyno”, en *Collecção dos Documentos e Memorias da Academia da História Portuguesa* (Lisboa: Pascoal da Sylva, 1725), n. XXVIII. Manuel Pereira da Silva Leal, “Catalogo chronologico dos collegiaes e porcionistas do Collegio de S. Pedro, desde o anno 1574 em que foy restaurado, até o presente de 1725”, en *Collecção dos Documentos e Memorias da Academia da História Portuguesa* (Lisboa: Pascoal da Sylva, 1725), n. XXX. José Barbosa, “Memorias do Collegio Real de S. Paulo da Universidade de Coimbra e dos seus collegiaes, e porcionistas”, *Collecção dos Documentos, Estatutos, e Memorias da Academia Real da Historia Portuguesa* (Lisboa Occidental: na officina de Joseph António da Sylva, 1727), n. XXV; Francisco Leitão Ferreira, *Alphabeto dos lentes da insigne Universidade de Coimbra desde 1573 em diante* (Coimbra, por ordem da Universidade, 1937). Asimismo, me he valido de los siguientes trabajos: Oliveira, *O Saber e o Poder*; Barosa, *O colégio de S. Paulo*; Manuel Augusto Rodrigues, *Memoria professorum universitatis conimbrigensis* (Coimbra, Universidade de Coimbra, 1992, vol. 2 – 2003, vol. 1).

A pesar de su indudable interés, debemos tomar los datos relativos a las décadas finales del siglo XVI con ciertas precauciones, pues se trata de un período de cierta indefinición en lo que tiene que ver con la provisión de las canonjías doctorales. En principio, por disposición de D. Sebastián, las oposiciones debían celebrarse en la Universidad de Coimbra, como hemos dicho anteriormente. No obstante, hasta la década de 1580, hubo algunos concursos que tuvieron lugar en la *Mesa da Consciência e Ordens*, en Lisboa. Además, también hasta la citada década –primera del reinado de los Habsburgo en Portugal– algunas canonjías no se proveyeron por oposición sino por medio de coadjutorías y resignas o por la vía del patronato regio.

Evidentemente, coadjutorías y resignas resultaban casi incompatibles, por principio, con la naturaleza de las canonjías doctorales. No obstante, conozco dos casos de eclesiásticos que las consiguieron por estas vías extraordinarias. En 1570, António de Carvalho accedió a la doctoral de Braga porque António de Barros renunció en él. Claro está que António de Carvalho tenía la ventaja de ser auditor de la legacía del cardenal-infante D. Enrique y que consiguió que tanto éste cuanto D. Sebastián escribiesen a la Universidad para que le concediese la prebenda. Años más tarde, en 1587, Gonçalo Mendes de Vasconcelos entró en el cabildo de Évora como coadjutor con futura sucesión del canónigo doctoral Diego Mendes de Vasconcelos. Hasta donde yo sé, nunca más volvería a conseguirse una doctoral por medio de estos mecanismos extraordinarios tan usados, por otra parte, en el resto de beneficios capitulares¹⁹.

Tampoco fueron muchos los que obtuvieron las doctorales por elección directa de los monarcas, sin mediar oposición. Da la sensación de que D. Enrique utilizó estas prebendas para premiar a los inquisidores dispensándoles de la oposición, aunque ello implicase un perjuicio evidente para otros eclesiásticos. Por ejemplo, en 1570 se celebró el primer concurso para la doctoral de Coimbra. A él se presentaron los doctores Luís de Castro Pacheco, profesor de Vísperas, y Sebastião Vaz, inquisidor de Coimbra. Por los motivos que fueren, este último desistió y no llegó a hacer la oposición. Con la ventaja de no contar con contrincante, Castro Pacheco venció y fue propuesto por la Universidad de Coimbra para dicha canonjía. Sin embargo, D. Sebastián se negó a confirmar la provisión y, por ello, el obispo no despachó la colación. Poco después, el monarca concedió la canonjía a Sebastião Vaz sin que mediase ni concurso ni nombramiento de la Universidad sino, según todo parece indicar, la recomendación del inquisidor general, D. Enrique. En 1579, ocurrió un caso semejante. El desgraciado Luís de Castro Pacheco volvió a opositar en la Universidad de Coimbra para la doctoral de Lisboa. Cuando solicitó a D. Enrique que expidiese la carta de confirmación, necesaria para que el obispo procediese a la colación, el monarca se negó y logró que renunciase al beneficio. Acto seguido, sin que mediase concurso, D. Enrique presentó al licenciado António de Mendonça, inquisidor de Évora, que obtuvo la canonjía sin pasar por oposición. O D. Enrique tenía una especial ojeriza a Castro Pacheco, lo que no puedo comprobar, o

¹⁹ AUC, Universidade, depósito IV, secção 1ª-E, estante 2, tabela 2, n. 5.

su deseo de premiar a los inquisidores le llevó a privar a éste de los dos beneficios que había conseguido mediante oposición²⁰.

En tiempos de los Habsburgo, los inquisidores intentaron conseguir algunas doctorales sin someterse a la oposición. No obstante, sólo lo logró Bartolomeu da Fonseca, inquisidor de Lisboa, a quien Felipe II concedió la doctoral de Coimbra en la temprana fecha de 1586. Es cierto que, en tiempos de Felipe III, los ministros de la Inquisición siguieron pugnando para conseguir las doctorales sin pasar por el desagradable trago del concurso. Sobre el papel consiguieron algunos éxitos que, sin embargo, no se reflejaron en la práctica. En 1603, se reunió en Valladolid una junta para la reforma de la Inquisición portuguesa. Entre otras resoluciones, la junta decidió que, cuando un inquisidor optase a una doctoral, el inquisidor general lo debería comunicar al monarca para que éste ordenase a la Universidad que lo propusiera sin mediar oposición. Es cierto que los capítulos de la junta fueron confirmados por Felipe III; sin embargo, no llegaron a ponerse en práctica o, al menos, no en su totalidad. Por ello, no afectaron a las oposiciones a canonjías doctorales.

No obstante, durante los años que siguieron a las resoluciones de Valladolid, los inquisidores no se dieron por vencidos. Algunos consideraban que presentarse a un concurso público resultaba incompatible con la reputación de los ministros del Santo Oficio y, además, éstos corrían el riesgo de fracasar y de resultar vencidos por alguien con mayores conocimientos o mejores relaciones. Por ejemplo, el inquisidor Gaspar Pereira, en 1608, y el diputado del Consejo General António Dias Cardoso, en 1618, intentaron conseguir las canonjías de Braga y Évora, respectivamente, sin tener que opositar. Gaspar Pereira no logró librarse del concurso, pero, como sólo se presentó él, venció sin mayores problemas. Según creo, António Dias Cardoso tuvo más suerte y consiguió la doctoral de Évora sin examen²¹.

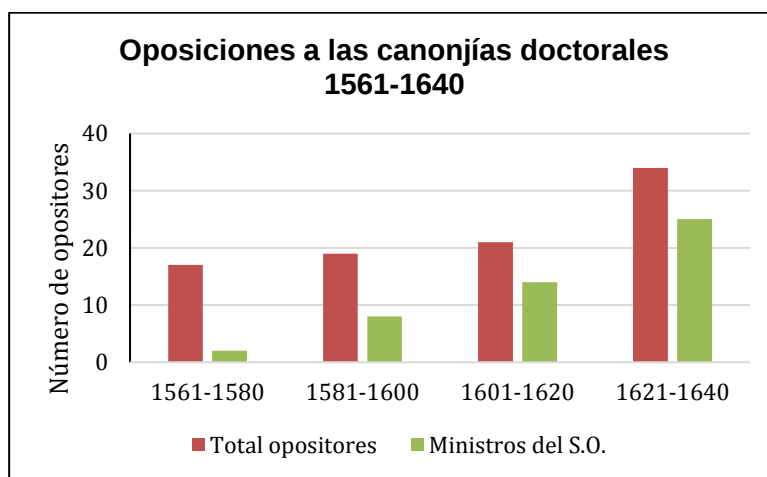
En resumen, salvo los dos extraños casos de provisión por resigna o coadjutoría y los tres en que los monarcas concedieron las doctorales a inquisidores sin concurso, en el resto de los casos hubo siempre oposiciones. Entre 1561 y 1640, la media de opositores a las canonjías doctorales fue de 1,6 candidatos por plaza. No obstante, debemos tener en cuenta que no conozco los nombres de todos los que se presentaron en estos primeros años. En muchos casos, sólo sé el nombre de la persona que obtuvo la canonjía, pero no de los otros que concurrieron. Ahora bien, para el siglo XVIII sí sé quiénes fueron todos los candidatos y, aun así, la media baja. Entre 1730 y 1770, es de 1,4 opositores por concurso. Es decir, en ningún caso estamos ante oposiciones muy concurridas y competitivas.

²⁰ AUC, Universidade, depósito IV, secção 1ª-E, estante 2, tabela 2, n. 5. Cf. López-Salazar, *Inquisición y política*, 140.

²¹ López-Salazar, *Inquisición y política*, 141-142. Silva, *O clero catedralício*, 108. Agradezco a Hugo Ribeiro da Silva la información que me ha proporcionado sobre António Dias Cardoso, procedente de la *Mesa da Consciência*, que viene a completar la que yo tenía de otras fuentes.

Hubo candidatos que, en un primer momento, habían firmado la oposición y que decidieron no presentarse a ella en el último momento, motivo por el cual no los he contado. En realidad, a veces da la sensación de que existía una auto-exclusión, quizá ante la perspectiva de fracasar frente a un candidato mejor preparado o, sobre todo, con más apoyos entre los votantes. Estos procesos de auto-exclusión son evidentes en el siglo XVII y, sobre todo, en el siglo XVIII cuando ya se había perfeccionado el sistema. Tanto es así que, a partir de la década de 1740, los candidatos que renunciaron no lo hicieron en abstracto, sino que cedieron sus derechos al que decidía perseverar, presentarse y realizar el examen. Veamos un par de ejemplos. En 1745 se celebró un concurso para la provisión de la doctoral de Viseu. António Dinis de Araújo, sustituto de una catedrilla, renunció finalmente a presentarse y lo hizo en favor de Cristóvão de Almeida Soares, profesor de Clementinas y diputado de la Inquisición de Coimbra. En 1753, Manuel Ferreira de Amorim Medela, profesor de Digesto, y António Bernardo de Almeida, profesor de Decreto, desistieron de realizar la oposición para la doctoral de Oporto y lo hicieron en favor de José António de Sousa Pereira, profesor de Prima de Cánones. En ambos casos, aquellos que renunciaron tenían menos posibilidades de conseguir la canonjía que los otros candidatos, propietarios de cátedras de mayor categoría²².

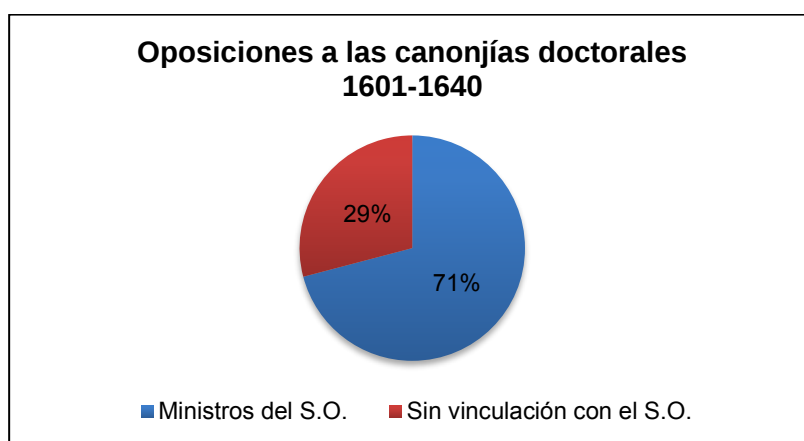
Como se ve en el siguiente gráfico, desde fechas muy tempranas, los ministros del Santo Oficio y los profesores de la Universidad de Coimbra coparon las oposiciones a las canonjías doctorales, una tendencia que resulta ya evidente a finales del siglo XVI²³.



²² AUC, Universidade, Actas dos Conselhos, vol. 39 y 40.

²³ He contado como opositor a cada eclesiástico cada vez que se presentaba y he considerado ministros del tribunal sólo a los que lo eran en el momento de la oposición, no a los que llegarían a serlo a lo largo de sus vidas. Por ejemplo, José Gomes Monteiro se presentó a tres oposiciones, una en la década de 1750 y dos en la década de 1760, lo que quiere decir que lo he contado tres veces como opositor. Ahora bien, en la primera de ellas, no lo he considerado ministro del Santo Oficio, porque no fue nombrado diputado de la Inquisición de Coimbra hasta 1761.

En los primeros veinte años de existencia de estas canonjías, los inquisidores y diputados fueron sólo dos de los diecisiete opositores, es decir un 11,7% del total. No obstante, debemos tener en cuenta que, en esas décadas, lograron dos canonjías por medios extraordinarios. El porcentaje subió hasta el 42,1% de los opositores en los últimos años del siglo XVI, concretamente ocho de diecinueve, a los que habría que añadir los dos miembros del tribunal que consiguieron los beneficios sin concursar. La tendencia al monopolio de las oposiciones por parte de los inquisidores y diputados se incrementó en los cuarenta años siguientes, pues ya constituían catorce de los veintiún concursantes en los primeros veinte años del XVII y veinticinco de treinta y cuatro en las tercera y cuarta décadas de ese siglo. De hecho, si nos fijamos en los cuarenta primeros años del siglo XVII, los ministros de la Inquisición constituyen un 71% de los opositores a las canonjías doctorales.



Si comparamos estos datos con los obtenidos del estudio de las oposiciones celebradas en el siglo XVIII llegamos a la conclusión de que, conforme avanzó la Edad Moderna, las doctorales se fueron convirtiendo cada vez más en un coto cerrado de profesores de la Universidad de Coimbra y ministros del Santo Oficio. Entre 1730 y 1770 hubo 31 oposiciones, a las que se presentaron 44 candidatos. De ellos, 31 eran ministros del Santo Oficio, es decir, un 70%, porcentaje similar al de la primera mitad del XVII. Pero lo más relevante es que 41 estaban directamente vinculados a la Universidad como *condutários*, profesores o profesores jubilados. Los otros tres, que también habían dado clases en la Universidad, residían en el momento de la oposición en Lisboa, pues uno era miembro del *Desembargo do Paço*, otro de la *Mesa da Consciência* y el tercero de la *Casa da Suplicação*. Precisamente por ello, todos los ministros del Santo Oficio que se presentaron a las oposiciones eran diputados de la Inquisición de Coimbra, salvo los tres que residían en Lisboa en los altos tribunales del reino y que, por ello mismo, eran diputados de la Inquisición de dicha ciudad²⁴. Volveremos sobre esta cuestión más adelante

²⁴ En 1754, cuando se presentó a la doctoral de Coimbra, Fernando Pires Mourão era miembro del *Desembargo do Paço* y diputado de la Inquisición de Lisboa. En 1753, cuando tuvo lugar la oposición a la



Pasemos ahora de los concursos a las posesiones efectivas de las canonjías doctorales. Entre 1561 y 1800, hubo 130 eclesiásticos provistos en las canonjías doctorales de las diócesis antiguas, las únicas que aquí nos interesan²⁵. Algunos de ellos fueron canónigos en más de un cabildo, pero para elaborar los porcentajes y el gráfico adjunto los cuantos únicamente una vez, cuando obtuvieron el primer beneficio. De estos 130 eclesiásticos que llegaron a ser doctorales (en una o más diócesis), 106 fueron también ministros del Santo Oficio, es decir, un 81,5%. Al igual que ocurría en el caso de las oposiciones, en los primeros cuarenta años de existencia de las canonjías doctorales, los inquisidores y diputados todavía no las habían copado, aunque constituían ya el 43,4% del total de los doctorales. En el siglo XVII, su porcentaje asciende al 81,4% en la primera mitad y al 91,3% en la segunda. Y llegarían a alcanzar el 100% en la primera mitad del XVIII aunque luego

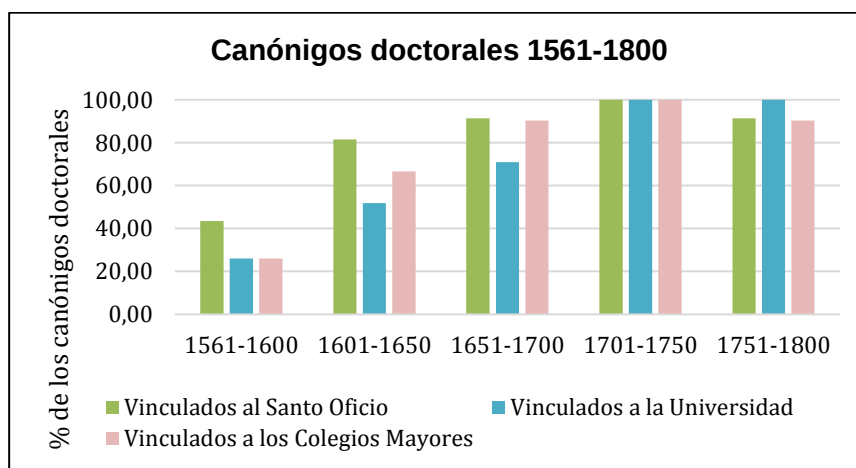
doctoral de Évora, Fernando José de Castro era diputado de la *Mesa da Consciência e Ordens* y diputado de la Inquisición de Lisboa. Por último, en 1767, cuando se presentó a la doctoral de Évora, Manuel Gomes Ferreira era de la Casa da Suplicação y diputado extraordinario de la Inquisición de Lisboa. ACSE, Poses de dignidades, cónegos e quartanários, liv. 1, fol. 223v.-224r, fol. 237v.-238r. AUC, Universidade, Actas dos Conselhos, vols. 38, 39, 40, 41. ANTT, TSO, CG, Habilitações, mc. 4, doc. 64 (Fernando), mc. 5, doc. 90 (Fernando), mc. 201, doc. 1128 (Manuel). Barbosa, “Memorias do Collegio Real”, 242-243 y 245. Rodrigues, *Memoria professorum*. Ana Margarida Dias da Silva, “Processos para Dignidades e beneficiados da Sé de Coimbra: origem geográfica”, en *Casa Nobre: Um Património para o Futuro, Actas – 3º Congresso Internacional* (Arcos de Valdevez: Município de Arcos de Valdevez, 2013), 370-389. Barosa, *O colégio de S. Paulo*, vol. II, n. 82. João de Figueirôa-Rêgo, “Das instancias académicas de Coimbra ao Santo Oficio e à Mesa da Consciência e Ordens: in(ter)dependencia(s), sociabilidades e interesses”, en *Centros Periféricos de Poder na Europa do Sul (Séculos XII-XVIII)*, ed. Fátima Farrica, Hermínia Vasconcelos Vilar, Mafalda Soares da Cunha (Lisboa: Colibri-CIDEHUS/UE, 2013), 249-271.

²⁵ Recordemos que éstas eran, aparte de las de Lisboa, Braga, Évora, Oporto, Coimbra, Guarda Lamego, Viseu y Faro, la doctoral de residencia de Coimbra, la segunda doctoral de Évora (a partir de 1772) y la de alternancia doctoral-magistral de Évora (desde 1756). Recordemos, también, que el cabildo de Lisboa oriental fue suprimido en 1741, cuando se produjo la unificación de los dos arzobispados de Lisboa bajo la mitra del patriarca. Por lo tanto, a partir de ese momento desaparece la canonjía doctoral de Lisboa.

descenderían al 91,3% en la segunda mitad, quizá a raíz del privilegio de *non residendo* concedido a los profesores universitarios que comentaremos al final del trabajo

Veamos ahora la relación entre los profesores de la Universidad de Coimbra y los canónigos doctorales. De los 130 canónigos doctorales, 91 fueron catedráticos, sustitutos o *condutários* en Coimbra en algún momento de sus vidas, es decir un 70%. En el siglo XVI, los profesores —o antiguos profesores— conimbricenses eran sólo seis de los veintitrés doctorales (el 26%). En el siglo XVII, su porcentaje aumentó hasta superar la mitad de los canónigos, pasando a ser catorce de veintisiete (el 51,8%) en la primera mitad a veintidós de treinta y uno (70,9%) en la segunda. No obstante, su abrumadora presencia en los cabildos no llegaría hasta el siglo XVIII, cuando los cuarenta y siete canónigos doctorales, en algún momento de sus vidas, dieron clase en la Universidad de Coimbra²⁶.

Como es lógico, desde principios del XVII, a medida que las doctorales quedaron monopolizadas por los ministros de la Inquisición y, más tarde, por los profesores de la Universidad, el porcentaje de canónigos que habían pasado por los colegios mayores superó los dos tercios. Todos pertenecían a los colegios mayores seculares de San Pedro y San Pablo, a excepción de siete, ya en la segunda mitad del XVIII, que residieron en el colegio de las Órdenes Militares. Ello es así porque hasta la segunda mitad de dicho siglo, los freiles de las Órdenes Militares no obtuvieron canonjías doctorales y, aún entonces, se plantearon dudas sobre si podían obtener beneficios seculares²⁷.



²⁶ Según Fernando Taveira da Fonseca, en el siglo XVIII, todos los canónigos doctorales fueron profesores o *condutários* de la Universidad de Coimbra a excepción de João Duarte Ribeiro. Yo he contado a éste entre los doctorales de la segunda mitad del siglo XVII porque la primera canonjía doctoral que obtuvo fue la de Lamego en 1692. Como el estudio de Taveira da Fonseca comenzaba en 1700, él lo adscribió al siglo XVIII cuando obtuvo la doctoral de Évora. Ello explica la ligera diferencia entre sus datos y los míos. Fonseca, *A Universidade de Coimbra*, 540.

²⁷ Cf. Fonseca, *A Universidade de Coimbra*, 538-539.

La consecuencia de lo dicho hasta ahora es clara: cada vez más, las canonjías doctorales fueron monopolizadas por los ministros del Santo Oficio y los profesores de la Universidad de Coimbra. Como consecuencia, conforme avanzó el siglo XVII, se incrementó el absentismo de los canónigos doctorales, que rara vez residieron en sus beneficios. De aquellos que obtuvieron prebendas doctorales en la primera mitad del siglo XVII, sólo dos no desempeñaron ningún oficio ni en la Universidad, ni en la Inquisición ni en los tribunales y Consejos de Lisboa²⁸. En la segunda mitad, ya no habría ningún canónigo desvinculado de otras instituciones.

¿Servían a la Inquisición o se servían de la Inquisición?

Con lo que llevamos dicho, nos surge una pregunta, la misma que se hicieron durante más de dos siglos los cabildos de las diócesis del reino: ¿qué eran estos canónigos doctorales? ¿Eran ministros de la Inquisición, fundamentalmente, o eran profesores de la Universidad? ¿Servían a la Inquisición o se servían de la Inquisición? ¿Perteneían únicamente al Santo Oficio para gozar del privilegio del quinquenio, aquel que permitía a los ministros del tribunal percibir las rentas de sus beneficios en ausencia? Que los canónigos fuesen absentistas no es ninguna novedad. Lo que falta por dilucidar es el motivo principal de ese absentismo, aparte, claro está, de que resultase más agradable vivir en Lisboa o en Coimbra que en la gélida Guarda o en la quizá aburrida Lamego.

En realidad, el estudio de todos los canónigos doctorales portugueses de la Edad Moderna me permite agruparlos en tres categorías. Algunos –pocos, eso sí– eran sólo canónigos. En realidad, sólo encuentro a tales canónigos sin otros oficios en los primeros tiempos, en el siglo XVI y primeros años del XVII, con la primera hornada de doctorales. De los veintitrés que obtuvieron estas canonjías en el XVI, nueve no tenían ninguna vinculación ni con la Inquisición ni con la Universidad, de modo que podían residir en su beneficio y debían hacerlo si querían percibir las rentas.

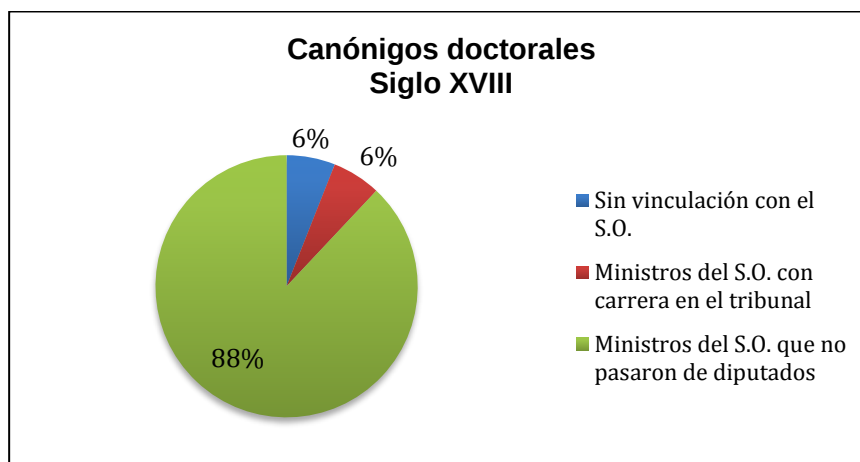
Otro grupo estaba formado por aquellos que eran únicamente ministros del Santo Oficio o por aquellos que se dedicaron preferentemente al servicio a la Inquisición, a pesar de haber dado algunas clases en la Universidad o incluso de formar parte de los altos tribunales o Consejos. A lo largo de su vida, iban ascendiendo en el Tribunal de la Fe, desde los oficios de diputados y promotores hasta el de miembro del Consejo General para, si había suerte, saltar después a un obispado o, al menos, acumular el cargo en el organismo rector del Santo Oficio con otro en un alto tribunal o Consejo como el *Desembargo do Paço* o la *Mesa da Consciência*. Algunos habían dado algunas clases en la Universidad en su juventud, antes de obtener el oficio de inquisidor que era, como dijimos, de dedicación exclusiva.

²⁸ Se trataba de Francisco de Gouveia, doctoral de Oporto desde 1600, y de João Guterres, doctoral de Lamego desde 1606. El primero murió en 1619 o 1620 y el segundo en 1614 o 1615.

En un principio, el privilegio del *quinquenio*, que permitía percibir las rentas de los beneficios eclesiásticos sin cumplir con la obligación de residencia, estaba pensado para este grupo. Es decir, los papas otorgaron la gracia para garantizar que el Santo Oficio contase con ministros con suficiente formación, prestigio y rentas. Como dijimos, 106 de los 130 doctorales eran también ministros de la Inquisición. No obstante, sólo veinticuatro llegaron a ascender al oficio de inquisidores, la inmensa mayoría en los siglos XVI y XVII. De hecho, en el siglo XVIII, sólo hay dos inquisidores entre los canónigos doctorales, João Duarte Ribeiro y Francisco Carneiro de Figueirôa, ambos muy al principio de la centuria. El primero accedió al Consejo General en 1701 y el segundo en 1718. A partir de 1718 ningún inquisidor portugués fue canónigo doctoral, precisamente en un momento en el que todos los doctorales eran ministros del Santo Oficio. Entre ellos se contarían los cuatro miembros del Consejo General que llegaron a este organismo sin haber desempeñado antes el oficio de inquisidores y que contaban con brillantes carreras políticas²⁹. Es decir, salvo esos seis diputados del Consejo (dos con carrera como inquisidores y cuatro sin ella), todos los demás canónigos doctorales del XVIII se quedaron en simples diputados (con frecuencia extraordinarios) de los tribunales de distrito.

El tercer grupo está formado por los profesores que hicieron carrera en la Universidad –o en la Universidad y después en los altos tribunales del reino– y que únicamente tuvieron el oficio de diputado del tribunal de Coimbra para poder gozar del privilegio del quinquenio, es decir, para poder percibir las rentas de sus canonjías doctorales sin residir en ellas. Éste es un grupo bastante significativo, especialmente en el siglo XVIII. Como dijimos, de los 130 canónigos doctorales, 106 fueron miembros de la Inquisición. No obstante, hubo setenta y siete canónigos doctorales que no pasaron de diputados. En el siglo XVIII, cuarenta y seis de los cuarenta y nueve eclesiásticos que consiguieron canonjías fueron ministros de la Inquisición, pero cuarenta y tres no pasaron de diputados. Y, claro, ninguno lo fue en el tribunal de Évora. La inmensa mayoría sirvió en el de Coimbra, ciudad en la que estaba la Universidad, y alguno que otro en el de Lisboa, ciudad que contaba con los altos tribunales y Consejos.

²⁹ Como señaló Bruno Feitler, a diferencia de lo que ocurría anteriormente, en el siglo XVIII el acceso a la *Casa da Suplicação*, el *Desembargo do Paço* o a la *Mesa da Consciência* es previo a la llegada al Consejo General del Santo Oficio. Según Feitler, este cambio podría estar indicando el deseo de la Corona, desde tiempos de D. João V, de ejercer mayor control sobre el organismo rector del Santo Oficio. Feitler, “Hierarquias e mobilidade”, 112-113.



De hecho, algunos canónigos doctorales solicitaban ingresar en el Santo Oficio inmediatamente después de obtener el beneficio, obviamente con el objetivo de gozar del privilegio de *non residendo*. De nuevo, esta práctica resulta muy evidente en el siglo XVIII. Así, por ejemplo, João de Brito Casado se presentó a la oposición para la doctoral de Évora en junio de 1765. Tomó posesión del beneficio en 1766, después de haber conseguido el nombramiento de diputado extraordinario del tribunal de Coimbra en diciembre de 1765³⁰.

Como es lógico, este grupo de profesores-diputados fue el que más irritó a los cabildos catedralicios, que veían como la Inquisición amparaba con sus privilegios a unas personas que, en el fondo, apenas servían en el Tribunal de la Fe. Además, éstos, precisamente, se convirtieron en verdaderos expertos en las oposiciones a las doctorales y fueron saltando de una en otra desde los cabildos más modestos hasta los más ricos.

Valgan un par de ejemplos, entre muchos, de tales eclesiásticos. Diogo de Brito de Carvalho, colegial de San Pedro, realizó una carrera bastante típica dentro de la Universidad de Coimbra. Comenzó como profesor de una catedrilla en 1578 y de ahí fue pasando por las cátedras de Clementinas, Sexto y Decreto, hasta que fue jubilado. Al mismo tiempo, se convirtió en un experto en las oposiciones para conseguir doctorales, siempre a la búsqueda de sedes con más prestigio y rentas. Así, obtuvo las de Coimbra (1599), de Lisboa (1609) y, finalmente, de Évora (1626). Podía percibir sus rentas sin residir porque, desde 1596, era diputado del tribunal de Coimbra. En 1621 fue nombrado diputado de la *Mesa da Consciência* y ya para entonces era oidor (*desembargador dos agravos*) de la *Casa da Suplicação*. Por ello, en 1625 pasó a servir al tribunal de Lisboa como diputado, oficio que necesitaba para poder percibir las rentas de su canonjía doctoral de Évora. Es evidente que Brito de Carvalho fue en primer lugar un profesor universitario que, como tantos otros, ascendió a los

³⁰ ACSE, Poses de dignidades, cónegos e quartanários, liv. 1, fol. 237r-237v. AUC, Universidade, Actas dos Conselhos, vol. 42. ANTT, TSO, CG, Habilitações, João, mç. 130, doc. 2017 (João).

Consejos y tribunales. Probablemente, para él, el servicio en la Inquisición era algo meramente complementario. Le permitía gozar del privilegio del quinquenio para así percibir las rentas de sus canonjías doctorales sin pasar por ellas³¹.

Un caso aún más relevante es el de Manuel da Costa de Almeida, otro de los canónigos cuya primera preocupación era la Universidad de Coimbra. Colegial de San Pablo, Almeida empezó como profesor sustituto de una catedrilla de Cánones en 1666 y de ahí fue ascendiendo hasta llegar a profesor de Vísperas en 1684. En enero de 1671 pidió ingresar en el Santo Oficio, en abril ganó por oposición la canonjía doctoral de Lamego y, en julio, fue nombrado diputado del tribunal inquisitorial de Coimbra. Tras culminar su carrera en la Universidad, en octubre 1698 el rey D. Pedro II le nombró miembro del *Desembargo do Paço*, el más alto tribunal del reino. Y he aquí que, como tuvo que trasladarse a Lisboa, consiguió el nombramiento de diputado del tribunal inquisitorial de esta ciudad, lo que le permitió seguir percibiendo los frutos de su canonjía doctoral, en ese momento la de Coimbra. Sin duda, no debía estar nada interesado en acudir a la catedral para rezar las horas canónicas porque en enero de 1698 obtuvo la doctoral de Lisboa y decidió renunciar a ella para conservar la de Coimbra, que no le proporcionaba mayores rentas. Si pensáramos mal, podríamos llegar a la conclusión que lo hizo para no cumplir con la residencia de la cual podría escapar más difícilmente si tenía su canonjía en la misma ciudad en la que servía –o decía servir– al Santo Oficio. Quizá cuando supo su promoción al *Desembargo do Paço* decidió no pedir la colación en la doctoral lisboeta y conservar la de Coimbra³².

Desde luego, en el último tercio del siglo XVIII debía estar bastante claro que las canonjías doctorales eran el premio merecido por los profesores de la Universidad. En 1772, en el contexto de la reforma de Coimbra llevada a cabo por el gobierno del marqués de Pombal, hubo una reorganización del cuadro docente. Varios profesores jubilados y otros que comenzaban entonces a dar clases fueron premiados con canonjías magistrales y doctorales por medio de provisión regia, sin que mediase oposición. Los siete profesores que consiguieron las canonjías doctorales o eran ya diputados del tribunal de Coimbra o pasarían a serlo en los meses inmediatamente siguientes a la obtención del beneficio³³. La culminación de todo este proceso se

³¹ ACSE, Posses de dignidades, cônegos e quartanários, liv. 1, fol. 111v-112r. ANTT, CHR, D. Filipe I, Privilégios, liv. 3, fol. 214v-215r. AUC, Universidade, depósito IV, estante 2, tabela 2, n. 5. Monteiro, “Notícia geral”, 451 y 490. Leal, “Catalogo dos cônegos”. Leal, “Catalogo chronologico”. Rodrigues, *Memoria professorum*, vol. 1, 75.

³² Agradezco sinceramente a Nuno Camarinhas que me haya proporcionado la fecha de entrada de Manuel da Costa de Almeida en el *Desembargo do Paço*. ANTT, TSO, Habilitações, mc. 19, doc. 484 (Manuel). Monteiro, “Notícia geral”, 379-514. Leal, “Catalogo dos cônegos”. Barbosa, “Memorias do Collegio Real”, 219. Rodrigues, *Memoria professorum*, vol. 1, 68-69.

³³ Se trataba de José Gomes Monteiro, provisto en doctoral de Évora; Caetano Correia Seixas, en la de residencia de Coimbra; João Soares de Brito, en la de Braga; José António Barbosa Soares, en la de Oporto; Manuel Tavares Coutinho da Silva, en la de Guarda; Alexandre de Abreu Correia de Freitas, en la de Viseu, y João Teixeira de Carvalho, en la de Faro. ACSE, Posses de dignidades, cônegos e quartanários, liv. 1, fol. 244r. ADV, Cabido, Inquirições de genere, cx. 2, n.º 44. ANTT,

produjo cuando, por la bula *Cunctis ubique* de 2 de mayo de 1775, los profesores quedaron exentos de la residencia en sus canonjías magistrales y doctorales³⁴. Es decir, a partir de ese momento, ya no necesitaban servirse del privilegio de *non residendo* de los ministros de la Inquisición. No obstante, fuese porque era mejor contar con dos privilegios que con uno, por el prestigio que quizá seguía teniendo pertenecer al Santo Oficio o, simplemente, por inercia, lo cierto es que los profesores-canónigos doctorales del último tercio del siglo XVIII siguieron, en su inmensa mayoría, perteneciendo al Tribunal de la Fe.

Por todo lo dicho, no resulta extraño que fuesen precisamente las canonjías doctorales las que constituyeron el principal motivo de tensión entre los cabildos catedralicios y el tribunal del Santo Oficio. Durante más de siglo y medio, los cabildos portugueses, especialmente el de Évora, intentaron que la Santa Sede excluyese a los doctorales del privilegio del quinquenio. Y en Roma nadie se engañaba. Como se decía en la Curia en 1755, los motivos por los que gozaban del privilegio del quinquenio los canónigos doctorales eran:

o el servicio en la Universidad de Coimbra, de la que estos canónigos magistrales y doctorales son los primeros catedráticos, u otro fin similar meramente temporal y profano; motivos, como todo el mundo ve, absolutamente injustos, haciendo, de tal modo, prevalecer los intereses mundanos³⁵.

No obstante, a pesar de las quejas de los cabildos y de las vueltas que se le dio a este asunto a lo largo de toda la Edad Moderna, no creo que en Roma – precisamente en Roma– nadie se preocupase demasiado porque entre unos cuantos eclesiásticos portugueses prevaleciesen los intereses mundanos.

Recibido: 30 de julio de 2017
Aprobado: 12 de octubre de 2017

TSO, Habilitações, mç. 10, doc. 103 (Alexandre), mç. 87, doc. 1280 (José), mç. 120, doc. 1905 (João), mç. 137, doc. 2753 (José), mç. 154, doc. 1232 (João), mç. 236, doc. 1389 (Manuel). ANTT, MCO, mç. 62 y 63. AUC, Universidade, depósito IV, secção 1ª E, estante, 2, tabela 2, n. 1 y n. 2 (fol. 85r). AUC, Universidade, Actas dos Conselhos, vol. 41, 42 y 44. Rodrigues, *Memória professorum*. Simão José da Luz Soriano, *Historia de reinado de el-rei D. José e da administração do Marquês de Pombal* (Lisboa: Typographia Universal, 1867), vol. 2, 80.

³⁴ Ya en 1774, D. José I había escrito a los cabildos catedralicios para que contasen como presentes a los canónigos magistrales y doctorales que fuesen, al mismo tiempo, profesores de la Universidad de Coimbra. António Delgado da Silva, *Collecção da Legislação Portuguesa. Suplemento à Legislação de 1763 a 1790* (Lisboa: Typografia de Luiz Correa da Cunha, 1844), 396, 571-572.

³⁵ «ò il servizio dell'università di Coimbra, di cui cotesi canonici magistrali e dottorali sogliono essere li primari catedratici, ò qualche altro simil fine meramente temporale e profano; motivi com'ogn'un vede affatto ingiusti, facendosi in tal maniera prevalere l'interessi mondani». ACDF, Stanza Storica, II 2-e, sin fol.: Instrucción para el nuncio en Lisboa (1755).

DAS TENDAS DOS MERCADORES TÊXTEIS PORTUGUESES: INQUISIÇÃO E CULTURA MATERIAL NOS SÉCULOS XVII E XVIII

Isabel M. R. Mendes Drumond Braga
(Universidade de Lisboa, Faculdade de Letras e CIDEHUS-UE)

RESUMO

Os inventários de bens contidos em processos do Santo Ofício são uma fonte relevante para o estudo da cultura material, uma vez que nos dão a conhecer a presença de patrimónios contendo casas, terras, móveis, têxteis domésticos, alimentos, utensílios de cozinha, porcelanas, pratos, vestuário e calçado, joias, armas, dinheiro, instrumentos de trabalho e matérias-primas, escravos, animais, livros, instrumentos musicais e objetos de culto e de devoção de pessoas de vários grupos sociais, como a historiografia recente tem vindo a demonstrar. Neste estudo, a proposta vai no sentido de utilizar as referidas fontes para perceber o tipo de tendas e o seu recheio, bem como o trato que era levado a efeito pelos cristãos-novos portugueses nos séculos XVII e XVIII.

PALAVRAS -CHAVE: Cultura Material, Inquisição, Mercadores, Portugal, séculos XVII-XVIII.

THE STORES OF THE PORTUGUESE TEXTILE MERCHANTS: INQUISITION AND MATERIAL CULTURE IN THE SEVENTEENTH AND EIGHTEENTH CENTURIES

ABSTRACT

The inventories contained in processes of the Holy Office are a relevant source for the study of material culture, since they present us the presence of patrimonies containing houses, lands, furniture, household textiles, food, kitchen utensils, porcelain, jewelry, weapons, money, instruments of labor and raw materials, slaves, animals, books, musical instruments and objects of worship and devotion of people from various social groups, as the recent historiography has shown. In this study, the proposal is to use these sources to perceive the type of stores and their fillings, as well as the treatment that was carried out by the Portuguese new Christians in the seventeenth and eighteenth centuries.

KEYWORDS: material culture, merchant, Inquisition, Portugal, 17-18 centuries.

1. Após o terramoto de 1755, a Junta do Comércio dedicou atenção à necessidade de regular o comércio a retalho. Em 1757, foram promulgados os estatutos dos mercadores de fazendas de seda, de lã e das «que se fabricam de várias ervas», ou seja, linho e algodão, a retalho; entendidos como os que comerciavam por «côvados e varas». Como se pode ler no prólogo, o objetivo era regulamentar o ofício em Lisboa, concretamente no arruamento designado por Fancaria, mas também no pátio da Capela, nas tendas da Campainha, debaixo dos arcos do Rossio e nas portas da Misericórdia. Os mesmos estatutos abrangeram igualmente os que vendiam os aviamentos para fazer costura: retrós, seda frouxa e «mais aparelhos para vestidos», com tendas na rua Nova e na rua dos Escudeiros. Pretendia-se, deste modo, evitar «a desordem e confusão, em que até agora têm vivido, sem método ou direção, de que se lhes tem seguido, e ao bem comum deste reino, os grandes prejuízos que já representaram a Vossa Majestade»¹. Nesta conformidade, criou-se a obrigação de o candidato à abertura de uma loja ser necessariamente examinado pela Junta do Comércio, estabeleceram-se as condições para se ser caixeiro, indicou-se a necessidade de proceder, tanto quanto possível, ao arruamento por mesteres, na tradição medieval que se manteve com a reconstrução pombalina da capital, e especificaram-se cinco classes de mercadores: a) mercadores de lã e de seda, b) mercadores de lençaria, também chamados de fancaria, c) mercadores de meias de seda, chamados de capela, d) mercadores de meias de lã, chamados da porta da Misericórdia, arcos do Rossio e Campainha, e) mercadores das lojas de retrós². Porém, antes destas determinações, como se entendiam estas matérias?

Mesmo tendo em conta constantes, como por exemplo a maior variedade de produtos à disposição dos compradores nas cidades com mais população e o facto de, na mesma localidade, se encontrarem tendas com características muito diferentes, há que precisar outras matérias tanto mais que a maneira como os indivíduos designavam as tarefas ligadas ao trato é bastante diferenciada: homem de negócio, mercador, mercador de loja, mercador de panos, mercador de sedas, tendeiro, trapeiro e tratante³, foram as palavras utilizadas no universo em análise, às quais voltaremos. Na verdade, importa perceber se, efetivamente, estamos perante profissões diferentes ou meras

¹ *Estatutos dos Mercadores a Retalho* (Lisboa: Oficina de Miguel Rodrigues, 1752), 1.

² Cf. anexo 1.

³ Cf. anexo 2.

imprecisões conceptuais, o que desde logo levanta dificuldades nem sempre ultrapassáveis⁴

Este estudo procura sondar o conteúdo das tendas dos mercadores têxteis dos séculos XVII e XVIII. Que artigos estavam à disposição dos compradores? Havia um pouco de tudo, ou as lojas apresentavam pouca variedade de bens? Era frequente encontrar artigos importados? Quem vendia a retalho importava diretamente ou recorria a terceiros? Havia diferenças entre as lojas das cidades e as dos espaços mais pequenos? Saliente-se que os processos do Tribunal do Santo Ofício português, dada a sua riqueza, têm sido relativamente subaproveitados, uma vez que a maioria dos estudos tem privilegiado os delitos e a repressão. Outras abordagens são válidas, nomeadamente as que se dedicam a aproveitar estas fontes para o estudo da cultura material, da literacia, da sociabilidade e do trabalho⁵, daí as termos privilegiado neste estudo.

Os inventários que integram os processos movidos pelos tribunais da Inquisição apresentam informações lacunares. O réu dava conta dos bens que possuía, das dívidas e dos créditos que tinha mas raramente separava o que estava em casa e o que estava na loja, no caso dos mercadores, ou em qualquer outro espaço de trabalho ou de lazer, quando estamos perante pessoas que desempenhavam outras atividades, o que dificulta o trabalho do historiador. Saber em que parte da casa se encontram os objetos não é de menor importância uma vez que contextualiza a utilização dos mesmos, fornecendo um significado imediato não totalmente perceptível quando o objeto está fora do seu meio. Por outro lado, inventariar os bens por espaços facilita a reconstituição do

⁴ Sobre a dificuldade de conceptualizar as tipologias dos que se dedicavam ao comércio, cf. Jorge Manuel Viana Pedreira, “Os Homens de Negócio da Praça de Lisboa de Pombal ao Vintismo (1755-1822), Diferenciação, Reprodução e Identificação de um Grupo Social” (Dissertação de Doutoramento em Sociologia e Economia Históricas apresentada à Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa, Lisboa, 1995), 62-124.

⁵ Cf., por exemplo, Rita Marquilhas, *A Faculdade das Letras. Leitura e Escrita em Portugal no século XVII* (Lisboa: Imprensa Nacional Casa da Moeda, 2000); Antonio Castillo Gómez, “Escrito en Prisión. Las Escrituras Carcelarias en los siglos XVI y XVII”, *Península. Revista de Estudios Ibéricos* 0 (2003): 147-170; Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “A Alimentação das Minorias no Portugal Quinhentista”, em *Do Primeiro Almoço à Ceia. Estudos de História da Alimentação* (Sintra: Colares Editora, 2004), 11-33 (disponível *on line* em <https://www.academia.edu/6581297/>); Luís Mott, “Meu Menino Lindo: Cartas de Amor de um Frade Sodomita, Lisboa (1690)”, *Luso-Brazilian Review* 38 (2001): 97-115; Idem, “*In Vino Veritas*: Vinho e Aguardente no Quotidiano dos Sodomitais Luso-Brasileiros à Época da Inquisição”, em *Álcool e Drogas na História do Brasil*, ed. Renato Pinto Venâncio e Henrique Carneiro (São Paulo: Alameda, Belo Horizonte: Pontifícia Universidade Católica de Minas Gerais, 2005), 47-70; Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, *Bens de Hereges. Inquisição e Cultura Material (Portugal e Brasil, séculos XVII e XVIII)* (Coimbra: Imprensa da Universidade de Coimbra, 2012) (disponível *on line* em <https://www.academia.edu/7228198/9>); Idem, “Confeiteiros na Época Moderna: Cultura Material, Produção e Conflituosidade”, em *Ensaio sobre o Património Alimentar Luso-Brasileiro*, ed. Carmen Soares e Irene Coutinho de Macedo (Coimbra: Imprensa da Universidade de Coimbra, 2014), 165-192 (disponível *on line* em <https://www.academia.edu/9095235/>); Paulo Drumond Braga, “Cabeleireiros e Inquisição no Portugal Setecentista”, *Revista de Artes Decorativas* 4 (2011), 179-195 e Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, *Viver e Morrer nos Cárceres do Santo Ofício* (Lisboa: A Esfera dos Livros, 2015).

ambiente doméstico, nomeadamente a maneira como eram usados. Madeleine Ferrières afirmou mesmo que «les objectes nous aident à mieux y pénétrer et nous fournissent des clefs pour éclairer les conduites des hommes d'autrefois»⁶. Ora, no caso dos mercadores, nem sempre ficou perceptível se os bens se destinavam a usufruto próprio ou estavam à venda nas lojas, ao mesmo tempo que os réus forneciam informações acerca dos mesmos em diversas sessões, ao sabor do que se iam lembrando.

Tenhamos em conta que, quando um indivíduo era preso, o inventário era realizado pelo juiz do fisco e, mais tarde, confrontado com o testemunho do detido. No caso da documentação estudada é exatamente o inventário fornecido pelo réu que chegou até nós, consequentemente o mais incompleto. Disso mesmo têm consciência os réus pois não raramente utilizam expressões como a do tendeiro Manuel Dias, de 37 anos, natural e morador em Lamego: «que tinha os moveis de seu uzo e alguns arames o que melhor constará do inventario que se lhe fes quando o prenderão»⁷. Por outro lado, basta comparar os róis dos membros de um casal para se verificar que não declaravam exatamente o mesmo património⁸.

No que se refere ao trato, pode afirmar-se que, não sendo o dinheiro o principal indicador do *status* durante a Época Moderna, a sua presença não deixava de ser relevante, até porque permitia a aquisição de elementos importantes na definição de certos estatutos. Através dos inventários percebe-se que a movimentação monetária era relevante e diversificada. Comprar, vender, fiar, emprestar, penhorar e hipotecar estavam na ordem do dia e não se limitavam aos que de alguma maneira estavam ligados às trocas⁹. Pelos depoimentos também se identificam algumas redes comerciais. Por exemplo, Francisco Gomes Henriques, natural e morador de Lisboa, mercador e banqueiro de Roma, declarou, em 1651, que remetera algumas caixas de açúcar para Roma, onde se encontrava seu filho António Mendes, e que tinha muita fazenda no Brasil, designadamente em Pernambuco, «em poder de homens ordinários». Este património era seu e de seu filho¹⁰. Estêvão da Silveira de Ávila, mercador de sedas, residente em Lisboa, preso em 1657, tinha contactos com várias zonas brasileiras: Rio de Janeiro, Baía e Pernambuco, esperando o retorno de bens enviados, quando foi

⁶ Madeleine Ferrières, *Le Bien des Pauvres* Madeleine Ferrières, *Le Bien des Pauvres. La Consommation Populaire en Avignon (1600-1800)* (Seyssel : Champ Vallon, 2004), 8.

⁷ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 682.

⁸ Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, *Bens de Hereges. Inquisição e Cultura Material*, 55-61; Idem, “Género e Confisco Inquisitorial no Portugal Moderno: da legislação à prática”, em *La Mujer en la Balanza de la Justicia: Castilla y Portugal, siglos XVII y XVIII*, ed. Margarita Torremocha Hernández e Alberto Corada Alonso (Valladolid: Castilla Ediciones, 2017), 181-196 (disponível *on line* em: <https://www.academia.edu/32506799/>).

⁹ Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, *Bens de Hereges. Inquisição e Cultura Material*, 69-91, 222-240; Idem, “Cristãos-Novos e Movimentações Monetárias: Emprestar, Fiar, Penhorar e Hipotecar”, em *Judiarias, Judeus e Judaísmo. Torres Veteres XV*, ed. Carlos Guardado da Silva (Lisboa: Edições Colibri, Torres Vedras: Câmara Municipal de Torres Vedras, 2013), 203-215 (disponível *on line* em <https://www.academia.edu/6818391/>).

¹⁰ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 10794.

preso¹¹, enquanto Manuel da Silveira, detido no mesmo ano, estendia as suas relações a vários continentes. Assim, na Europa comerciava com Livorno e com a Holanda, na Ásia com a Índia, em África com Angola e na América com o Brasil, mormente Rio de Janeiro e Pernambuco¹². Por seu lado, Mateus de Sousa, com inventário de 1673, tinha negócios com mercadores ingleses, flamengos (de Antuérpia), franceses e alemães (de Hamburgo), residentes em Lisboa, além de adquirir roupa da Índia e açúcar brasileiro¹³. Por seu lado, Belchior Mendes Correia, natural de Celorico e morador na Baía, preso em 1726, tornou claro que comerciava escravos com Angola, Benim e Costa da Mina, e que era sócio numa fábrica de fumo, isto é, de tabaco, em parceria com Jácome José, criado do 4.º vice-rei do Brasil, Vasco Fernandes César de Meneses (1643-1741), e com Domingos Gonçalves¹⁴. No caso de Gabriel António de Sousa, homem de negócios, de Tavira, preso em 1756, as mercadorias transacionadas foram sobretudo nacionais: azeite – mais de 4.000 alqueires (um alqueire corresponde a 14 ou 18 quilos) – e amêndoa – 12 moios (um moio vale 360 litros) com casca e 120 arrobas de miolo (cada arroba equivale a 14,688 quilos) – além de 125 peças de baeta e duas de pano de Inglaterra, sem esquecer negócios de grã e de rendas de propriedades¹⁵.

A inexistência de bancos¹⁶, mas não de banqueiros, durante a Época Moderna implicou a prática de emprestar dinheiro a título privado. As pessoas que necessitavam de recorrer ao crédito dirigiam-se quer aos particulares quer às instituições leigas e eclesásticas¹⁷. Importa ter claro que esta era uma atividade que poderia constituir um

¹¹ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 9856.

¹² Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 9472.

¹³ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 10178.

¹⁴ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 8887.

¹⁵ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 7083.

¹⁶ António Dias Farinha, “O Primeiro Banco em Portugal (1465)”, em *Estudos em Homenagem a Jorge Borges de Macedo* (Lisboa: Instituto Nacional de Investigação Científica, Centro de Arqueologia e História da Universidade de Lisboa, 1992), 153-171 documentou, para o final do século XV, o banco de *Mossém* Rafael Vivas, a funcionar em Lisboa. Contudo, o mesmo não era exatamente uma instituição como as que desde o século XIX se dedicaram às atividades financeiras. Isto é, este antigo banco «emergia, então, das necessidades cambiais, da exigência de pagamentos devidos à circulação das mercadorias e das pessoas e da vantagem em proceder a pagamentos à distância». Cf. p. 167.

¹⁷ Sobre esta atividade, cf. Nuno Luís Madureira, “Crédito e Mercados Financeiros em Lisboa”, *Ler História* 26 (1994): 21-43; Maria Manuela Rocha, “Actividade Creditícia em Lisboa (1770-1830)”, *Análise Social* XXXI, 136-137 (1996): 579-598; Idem *Viver a Crédito: Práticas de Empréstimo no Consumo Individual e na Venda a Retalho (Lisboa, séculos XVIII e XIX)* (Lisboa: Gabinete de História Económica e Social, 1998); Idem, “Crédito Privado em Lisboa numa Perspectiva Comparada (séculos XVII-XIX)”, *Análise Social* XXXIII, 145 (1998): 91-115; Maria Manuela Rocha, Rita Martins de Sousa, “Moeda e Crédito”, em *História Económica de Portugal 1700-2000*, vol. 1 (*O Século XVIII*), ed. Pedro Lains e Álvaro Ferreira da Silva (Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais, 2004), 209-236. Este tipo de empréstimos também era praticado por instituições como Misericórdias, conventos incluindo os femininos, e cabidos. Cf., para as Misericórdias e conventos, Inês Amorim, “Gestão Patrimonial e Estruturas Creditícias: Rumos e Directrizes em duas Instituições: a Misericórdia de Aveiro e o Convento das Freiras Carmelitas de Aveiro no século XVIII”, em *XXII Encontro da APHES* (Aveiro: 2002), www.egi.ua.pt/xxiiaphes (consultado a 10 de Dezembro de 2010); Idem, “Património e Crédito: Misericórdia e Carmelitas de Aveiro (séculos XVII-XVIII)”, *Análise Social* XLI, 180 (2006): 693-729; Luís Filipe da Cruz Quaresma Elias, “A Santa Casa da Misericórdia de Coimbra e o

complemento de rendimentos a acrescentar a outro tipo de tarefas e, consequentemente, passível de ser exercida por pessoas ou instituições com posses, independentemente da profissão principal a que se dedicavam. Entre os credores individuais contam-se igualmente mulheres, apesar de as mesmas serem em número residual¹⁸. Era comum a taxa juro de 6 ¼ por cento¹⁹ e nesta atividade os mercadores parecem ter tido um papel relevante mas não monopolizador.

Os homens ligados ao trato e aos empréstimos a juros, também se dedicavam a empréstimos sob penhores. Empenhavam-se joias e pratas, tal como acontecia entre os nobres que frequentemente se endividavam²⁰. Porém, por vezes, entregavam-se peças mais modestas, incluindo livros e roupa de cama e de mesa, a troco de algum dinheiro. No caso de grandes quantias, chegaram a hipotecar-se casas e terras. Não obstante, as informações pormenorizadas que se podem ler em muitos inventários, alguns réus optaram por um certo laconismo, como foi o caso de Domingos Lopes Pereira, homem de negócios, de 48 anos, natural de Segóvia e morador no Porto, preso em 1658: «Item alguns penhores que estão em huma guaveta fechada e tem escritos de quem são e o que sobre elles se deve»²¹ ou do já referido Gabriel António de Sousa:

Que outras e varias pessoas assim da cidade de Tavira como de seo termo afora delle lhe erão devedoras de pequena quantia de que de muitas tinha penhores e cada hum tinha junto a si a claresa de quem pertencião e por quanto estavam emp[e]nhados e de todos tinha escritos de divida juntos em hum masso e que não tem lembrança para indeviduar o que cada hum devia e a quem pertencião os ditos penhores²².

De resto, o mais comum era a entrega de joias de ouro e pratas domésticas a troco de certas quantias, pagando ou não juros pelas mesmas. Isto é, predominaram os penhores, a saber, os direitos constituídos sobre os bens mediante a entrega dos mesmos pelo credor ao devedor, em detrimento das hipotecas, isto é, os direitos adquiridos pelo credor sobre os bens, ficando a posse dos mesmos em poder dos devedores.

Empréstimo de Dinheiro a Juros (1753-1765)”, *Revista de História da Sociedade e da Cultura* 10, 1 (2010): 261-283. Para os cabidos, cf. Hugo Ribeiro da Silva, *O Cabido da Sé de Coimbra. Os Homens e a Instituição (1620-1670)* (Lisboa: Instituto de Ciências Sociais, 2010), 122-124.

¹⁸ Maria Antónia Lopes, “Sebastiana da Luz, Mercadora Coimbrã Setecentista (Elementos para a História de As Mulheres e o Trabalho)”, *Revista de História da Sociedade e da Cultura* 5 (2005), 133-156.

¹⁹ Sobre esta matéria para o século XVI, cf. Virgínia Rau, “Aspectos da Legislação Portuguesa sobre Câmbios durante o século XVI”, em *Estudos sobre História Económica e Social do Antigo Regime* (Lisboa: Presença, 1984), 131-139.

²⁰ Nuno Gonçalo Freitas Monteiro, “O Endividamento Aristocrático (1750-1832)”, *Análise Social* 27, 116-117 (1992): 263-283; Idem, *O Crepúsculo dos Grandes (1750-1832)* (Lisboa: Imprensa Nacional Casa da Moeda, 1998), 367-416, *passim*. Veja-se também Gonçalo de Vasconcelos e Sousa, “A Joalharia Feminina e o seu significado Social e Económico em Portugal”, *Museu* 13 (2004): 17-33.

²¹ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 2780.

²² Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 7083.

2. Na documentação em estudo, composta por 47 processos obtidos de forma aleatória, 34 relativos a réus presos no século XVII e 13 na centúria seguinte, estamos perante indivíduos cristãos-novos ou com parte de cristãos-novos, acusados de judaísmo. Podemos verificar que predominaram os presos até 50 anos de idade e que eram naturais e moradores um pouco por todo o reino, neles se contando dois castelhanos, um de Benavente e outro de Segóvia. É igualmente visível a mobilidade geográfica frequente, na medida em que 25 dos 47 homens residiam em localidades diferentes das do nascimento. A maioria destes réus foram condenados a ouvir as sentenças em auto da fé, a abjurar em forma e a cumprirem pena de cárcere e hábito penitencial perpétuos. Alguns foram ainda sujeitos ao confisco de seus bens e a alguns anos de serviço nas galés. Nove réus foram relaxados ao braço secular, um foi absolvido e um outro faleceu durante o decurso do processo.

Em alguns casos, as informações foram muito parcas acerca das características e do conteúdo das lojas destes homens. Por exemplo, Pedro de Mesquita, natural de Vila Flor e morador em Lisboa, mercador de sedas, preso em 1630, afirmou que o conteúdo da sua loja lhe fora retirado pois ele havia «quebrado», o que não obsteu a que a tivesse avaliado em 5.000 cruzados. Também referiu que o embargo havia sido feito por um tal Botelho, seu credor, e que tinha irmãos em Livorno, dos quais recebia carregamentos de pedra-ume (alúmen)²³. Outra loja, que também estava a fechar portas, era a de Diogo Nunes Cardoso, natural de Trancoso e residente em Torrocelo. No inventário, de 1687, pode ler-se que possuía «huma tenda mas que já a tinha defeito e ainda lhe achariam alguma couza como asucar e algumas miudezas»²⁴. Situação semelhante vivera Francisco de Moraes Tavares, natural do Porto e morador em Serpa, preso em 1704. Nessa ocasião declarou que a sua loja, avaliada em 120.000 réis, já estava desbaratada²⁵.

Em plena atividade estaria a tenda de José Peres, natural de Sousel e morador em Alter do Chão, preso em 1702. Este mercador limitou-se a avaliar a sua mercearia em 50.000 réis, referindo que no mostrador se encontrava baeta e burel, dois panos baratos²⁶. Igualmente pouco sortida seria a loja de Manuel Dias, natural e morador em Lamego. No inventário de 1703, pode ler-se:

sua tenda de mercançia de que vivia e com que tratava que constava de meas de laia papel silhas adubos assafrão cravo e canella e huns retalhinhos de serafina e baetas branca amarela e terrade (?) e o maior teria seis ou sete covados e outras drogas de pouca valor e poderia valer toda a tenda the trinta mil reis²⁷.

Uma outra tenda, desta feita em Alvito, pertencente a João Álvares da Costa, foi descrita em 1709 como tendo fitas, retroses, panos, serafinas, meias e outras miudezas,

²³ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 9949.

²⁴ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 1915.

²⁵ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 3593.

²⁶ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 388.

²⁷ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 682.

o que nos faz pensar numa pequena loja para abastecimento de uma localidade interior com pouca população²⁸. A mesma situação ocorreria com a loja de Pascoal Mendes Álvares, preso em 1710 e em 1747. Descreveu a sua tenda localizada em Vinhais como um espaço onde se poderiam adquirir baetas, panos e retroses, no valor de 200.000 réis²⁹. Em Bragança, a loja de Gabriel Rodrigues, depositário da confraria de São Francisco Xavier, detido em 1714, também se pautava pela modéstia, já que apresentava fitas, peças e retalhos de serafina e papel. Parte da serafina estava por liquidar a Jerónimo Navarro, morador em Penela³⁰. Em Pinhel, quase pela mesma época, a loja de Manuel de Macedo Freire foi descrita pelo próprio como de «marçaria sortida», apenas identificando baetas, panos e serafinas³¹.

A posse de uma loja não significava a ausência em feiras, onde se vendiam bens e se adquiriam outros destinados ao abastecimento da tenda. O depoimento prestado em 1629 por Luís Fernandes, natural e morador em Évora, foi claro a esse respeito. Nele declarou que a loja disponibilizava aos clientes têxteis confeccionados, tais como meias (12 a 15 pares) e mantos (três) e uma enorme variedade de panos, designadamente: gorgorão negro (25 a 30 côvados, um côvado equivale a 0,66 metros), acolchoado negro (30 côvados), tafetá negro (30 côvados), tafetás em retalhos (15 côvados), sete ou oito peças de panos dozeiros em pedaços, duas peças de baetas, uma vermelha e outra amarela; uns pedaços de raxas (50 côvados), três peças de perpetuana, uma vermelha, outra azul e outra roxa, e baeta de 100 fios (66 côvados em três peças). Numa feira adquirira sete peças de raxas de todas as cores, 12 ou 14 panos

panos dozeiros da terra e de Portalegre, um pano verdoso quatorzeno de Borba, cinco panos dezochenos de Portalegre, um escarlatim vermelho, um vintedozeno e hum vinteno negros, uma peça de tafetá negro, uma peça de cetim aveludado, um pedaço de peñuela negra, cinco pares de meias de seda negras e duas estamenhas alvadias.

Referiu ainda ter adquirido diversos tecidos para sua mãe, Melícia Duarte, como se poderia verificar no livro das feiras que estava na posse da progenitora³². Lamentavelmente, não esclareceu em que feiras se abastecia.

Alguns depoimentos forneceram informações precisas mas nem sempre muito completas, acerca das lojas. Por exemplo, Diogo Nunes, natural de Freixo de Espada à Cinta e com loja em Mogadouro, preso em 1649, referiu apenas ter para venda 30

²⁸ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 7990.

²⁹ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 8624.

³⁰ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 8568.

³¹ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 6136.

³² Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 995.

arrobas de bacalhau³³ no valor de 850 réis cada arroba³⁴. No mesmo ano, Fernão Dias de Leão, trapeiro de Estremoz – faça-se notar que um trapeiro é um mercador a retalho³⁵ – apenas referiu 22.000 réis obtidos numa transação de panos, além de um outro pano que se encontrava num pisão, bem como a posse de lã fiada e tecida em casa de terceiros, designadamente um tecelão e algumas fiadeiras, a que se juntaram 120 arráteis de lã começada a cardar, seis arrobas de lã que se encontrava apartada, uma arroba de lã suja e arrátel e meio de anil³⁶. Por seu lado, Manuel Franco, natural do Alandroal e morador em Vila Viçosa, com inventário de 1652, declarou que na sua loja tinha fazenda no valor de cerca de 200.000 réis, tendo ainda destacado 20 arrobas de lã, quatro ou cinco moios de trigo e outros tanto de cevada e 150 alqueires de azeite. Poder-se-ia ainda ali encontrar um barril de anil, o qual era propriedade de um mercador da Covilhã³⁷. Em 1654, Manuel Rodrigues Preto, de Abrantes, declarou apenas que comercializava anil, avaliando a mercadoria em cerca de 26.000 réis³⁸. Igualmente com escassa variedade de produtos encontra-se a tenda do mercador André Ribeiro, natural e morador em Serpa, em cujo inventário, datado de 1667, se pode verificar que possuía «huma logea com sortimento de pannos de Portalegre e çaragoças serafinas milanesas e alguns retalhos de tafetta e massaria que constava de varias couzas que tudo poderia montar pouco mais ou menos cento e cinquenta mil réis»³⁹. Muito parco em informações foi o mercador Diogo Fernandes Ferro, natural de Alvito e morador em Moura, em cujo inventário datado de 1668, se pode ler que possuía uma tenda com pouco sortimento que avaliou em 50.000 réis⁴⁰. No ano seguinte, o tendeiro Custódio de Miranda, natural de Alvito e morador em Moura, declarou que na sua loja se encontravam 10 arrobas de açúcar (20.000 réis), quatro de doces (90.000 réis), além de trigo e de lã, em quantidades não indicadas⁴¹. Pouca variedade de produtos também apresentaria a loja de Mateus de Sousa, natural e morador na Guarda, em 1670, pois o próprio referiu que estava «mal sortida» e avaliou-a em 60 ou 70.000 réis⁴². Já Mateus de Sousa, mercador com tenda em Lisboa, em 1673, descreveu-a como local onde se poderiam encontrar coisas de seda e de lã, no valor de 8 a 9.000 cruzados⁴³. Ao chegar próximo do final do século XVII, em 1691, o mercador

³³ Sobre o bacalhau, cf. Marília Abel, Carlos Consiglieri, *O Bacalhau na Vida e na Cultura Portuguesas* (Lisboa: Academia do Bacalhau de Lisboa, 1998); Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “Alimentação, Etiqueta e Sociabilidade em Portugal no século XVIII”, em *Cultura, Religião e Quotidiano. Portugal (Século XVIII)* (Lisboa: Hugin, 2005), 165-231, Idem, “Morue”, em *Dictionnaire des Cultures Alimentaires*, ed. Jean-Pierre Poulain (Paris: PUF, 2012), 889-893, <https://www.academia.edu/8114236/>.

³⁴ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 2627.

³⁵ Cf. Antonio de Villas Boas e Sampayo, *Nobiliarchia Portugueza. Tratado da Nobreza Hereditaria e Politica* (Lisboa: Oficina de Filipe de Sousa Villela, 1728), cap. 20, 179. Rafael Bluteau seguiu a mesma teorização. Cf. *Vocabulario Portuguez e Latino*, vol. 8 (Lisboa: Oficina de Pascoal da Silva, 1721), 252.

³⁶ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 2369.

³⁷ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 9474.

³⁸ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 10228.

³⁹ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 4742.

⁴⁰ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 2387.

⁴¹ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 7236.

⁴² Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 141.

⁴³ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 10178.

Manuel Machado Coelho, natural de Rebordelo e com tenda no Porto, informou os inquisidores que

na sua logia tinha trinta e tres ou trinta e quatro pessas de baeta preta e de cor teria trinta pessas de varias cores e de baeta mais baixa tambem de cor teria quinze pessas e que teria de serafina quinze ou dezaceis pessas de varias cores as quais são de hum olandés a quem chamão Joseph Nunes da Costa morador na cidade de Londres as quais erão vinte e huma pessa e tinha vendido seis pessas que importão sessenta mil reis que lhe devião E que tinha doze fardos de pano de linho e cada hum dos dittos fardos tem quinhentas varas e quatro delles erão de Gabirel Alvres da cidade de Bragança e tem por marca hum L e um X⁴⁴.

Mais diversificados foram outros inventários. Em 1654, o de António Dias Arias deu a conhecer que este mercador, natural e morador em Abrantes, possuía uma loja de tecidos, designadamente baetas, chamelotes de lã, duquesas, holandesas, milanesas, sedas, além de todo o género de fitas e retroses, tendo o conteúdo sido avaliado em cerca de 2.000 cruzados⁴⁵. Um outro mercador da mesma localidade, com inventário de 1655, explicitou que a na sua loja comercializava-se trigo (40 a 50 alqueires), azeite (cinco talhas de vários tamanhos, que perfaziam 120 alqueires), seis arrobas de pedrame, ferro, além de caixas de osso e da Índia⁴⁶. Já António Tomás, preso em 1654, natural de Teixoso e morador em Lisboa, declarou que a sua tenda estava provida de muitos panos, baetas, estamenhas e sarjas, alguns dos quais ainda não tinham sido pagos⁴⁷. Igualmente pouco desenvolvida foi a declaração prestada em 1656, por Duarte Moreno Nunes, natural do Fundão e morador em Lisboa, na qual esclareceu viver numa casa com tenda, na qual se encontravam baetas, panos e serafinas, de entre outras mercadorias, tudo avaliado em 8 a 9.000 réis, além de possuir uma outra loja, na esquina da rua Nova com a de Mata Porcos, onde tinha mercadorias afins, no valor de mais de dois contos e 900 mil cruzados⁴⁸. Mais lacónico foi Estêvão da Silveira de Ávila, mercador de sedas, natural de Abrantes e morador em Lisboa, juiz da confraria do Santíssimo Sacramento da Igreja de Nossa Senhora da Conceição, de Lisboa, cujo inventário datou de 1657. Nele se pode ler que possuía mercadorias avaliadas em 150.000 réis e que a loja valia cerca de 5.000 cruzados. O mesmo referiu-se a dívidas e a dinheiro que tinha a receber, além de ligações ao Brasil⁴⁹.

Muito completa foi a relação dos bens que constituíam o recheio da loja de Bernardo Lopes, natural de Benavente (Castela) e residente em Bragança. Nela desfilam tecidos, botões, botas, correias, mas também géneros alimentares, goma-arábica, navalhas, óculos, pentes (de osso e de marfim) e pólvora:

⁴⁴ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 1896.

⁴⁵ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 11385.

⁴⁶ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 9216.

⁴⁷ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 11384.

⁴⁸ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 9212.

⁴⁹ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 9856.

tem huma tenda de mercearia que consta de huns retalhos de baeta de varias cores que não sabe quantos nem outro sim os covados que tinham E huns retalhos de pano que seriam des ou doze hum de Saragoça que poderia ter des ou doze covados de preço de cinco tostos E outros de pano amarello vermelho e mescla de que não sabe tambem os covados tudo pano ordinario E retros de que tinha tres ou quatro arrates entre preto e de mais cores E huns retalhos de fita de varias cores de preço de trinta reis dois vintens e hu tostão cada vara vinte pares de meias de laia de varias cores e outras mais grossas de lan não sabe quantas E huns retalhos de sarafina de varias cores não sabe quantos E huns retalhos de sellepilha que seriam tres ou quatro E outro sim huns retalhos de brim de varias cores e que não sabe que covados tinham E outros retalhos de olandinhas de varias cores E panico e estopinha de cambraia teria trinta ou quarenta varas E que outro sim teria quatro ou cinco arrobas de açúcar cinco ou seis resmas de papel ordinario e duas ou tres resmas em livros em branco E arroba e meia de polvara e meia de goma arabia Des ou doze arrates de pimenta e outros tantos de gengiver E vinte duzias de botões entre grandes e pequenos E outro sim que tinha oitenta covados de baeta baixa cor branca pinhão e azeitona E duas ou tres arrobas de munição e tres ou quatro retalhos de calhamanea (?) de varias cores e não lhe sabe os covados E que tambem tinha tres ou quatro pares de oculos E que tambem tinha des ou doze grossas de boetões entre pequenos e grandes e huma pouca de cella e pregos E dois pares de bottas que valerão tres mil reis ambos E quatro o cinco pares de freios cabeçadas de baeta correas e rabichos e não lhe sabe o numero nem o valor E quatro duzias de navalhas de pe de pau e tres ou quatro duzias de pentes de osso e marfim E outras miudezas mais de que não esta lembrado de que lhe fizeram inventario no tempo da sua prisão E que em sua caza estavam dois fardos de panos não sabe os covados porque ainda estavam cozidos e tres retalhos de baeta verde azul e cor de azeitona a verde teria sincoenta covados azul trinta e quatro e a cor de azeitona teria the trinta e vinte covados de pano amarello ordinario que pretendia Antonio Soares de Mendonça do lugar de Penella na Beira que he mercador que o tinha deixado em sua caza arrimado the lhe achar venda⁵⁰.

Em 1720, foi preso o mercador de panos de linho João Rodrigues da Fonseca, natural e morador em Beja. Este cristão-novo cursara dois anos de filosofia na Universidade de Évora, pertencia à irmandade do Santíssimo Sacramento da igreja de São João Baptista de Beja, emprestava dinheiro sob penhores, em especial joias femininas e peças de prata que guardava na gaveta de um mostrador que tinha na loja; e acabara por se dedicar ao comércio. Possuía uma loja avaliada em 700.000 réis, a qual estava bem sortida de panos comuns – brins, holandilhas, linho, panos verdes e alvos, retroles, saragoças, sem esquecer linhas, lenços e roupa feita – e também de uma enorme variedade de outros produtos: baraços de esparto, caixas de faia e de tartaruga, chumbo, colheres de pau, facas de folha-de-flandres, fios e guitas, fivelas, goma-arábica, incenso, louça branca, navalhas, papel, pentes (de osso e de pau), pez (preto e roxo), pólvora, tesouras, tinteiros, trançadeiras, vidros do reino; além de géneros alimentares, designadamente bacalhau e especiarias. Alguns artigos ficavam expostos num

⁵⁰ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 7214.

mostrador de pinho da Flandres, em prateleiras e numa arca de pinho⁵¹. Em Beja, nesse mesmo ano, foi preso um outro mercador, Luís da Fonseca Pimentel, cuja loja era aparentemente menos rica. Não foi avaliada e apenas sabemos que vendia baetas, drogues, holandilhas, sarjas, serafinas, tafetás, retroses, «tudo fazenda inglesa» adquirida a estrangeiros. Além de vender na loja, também enviava algumas mercadorias a feiras, designadamente à de Castro Verde, através do almocreve Francisco Rodrigues⁵². Na mesma cidade, um João Pimentel, tinha igualmente tenda provida com fazendas inglesas avaliada em oito ou nove mil cruzados. Se não identificou os tecidos, não deixou de elencar os mercadores que lhos tinham vendido e a quem ainda não tinha liquidado as contas: Carlos Brum (5.000 cruzados) e Carlos Martins (100.000 cruzados), ingleses moradores na rua Nova; João (c. 100.000 cruzados), flamengo, que habitava na rua das Esteiras; Guilherme Amon (c. 170.000 cruzados), residente nas Pedras Negras e Pedro Armollem (c. 50.000 cruzados), italiano, com casa na calçada de São Francisco. Todos estes mercadores estrangeiros estavam em Lisboa⁵³.

Em alguns casos, em especial para as tendas de tecidos, encontramos informações muito precisas, acerca dos panos nacionais e estrangeiros destinados a venda. No ano de 1630, Manuel Leitão, natural e morador em Évora, esclareceu que havia adquirido a loja com o dote de sua mulher Graça Rodrigues e que na mesma vendia pano vermelho de Moura, tecidos de Portalegre e de Borba, saragoça da Covilhã, pano florentim, pano fradesco, além de baeta e sisal (fio utilizado, por exemplo, em tapetes). Ou seja, estamos perante panos de fabrico nacional, na totalidade ou na maior parte dos casos⁵⁴. Por sua vez, Duarte Henriques, natural e residente em Miranda do Douro, que se declarou rendeiro e tendeiro, preso em 1643, arrolou e avaliou 60 varas (uma vara equivale a 1,10 metros) de estopa (1.800 réis), 40 varas de linho (2.000 réis), 30 côvados de tafetá de diversas cores (8 vinténs o côvado), 45 grosas (uma grossa são 12 dúzias) de botões, isto é, 540 dúzias ou 6480 botões (1 tostão a grossa); dois arrátéis (um arrátel equivale a 459 gramas) de retrós de variadas cores (4.000 réis), cinco quartas de galão de cores variadas (3.000 réis), um arrátel e meio de serrilha, isto é, de um lavor que serve para adornos (2.500 réis); dois arrátéis de passamanes, isto é galões e fitas (4.000 réis), além de outras «couzas miudas de sua tenda de que não esta lembrado»⁵⁵. Outro mercador, Francisco Henriques, natural e morador em Miranda, detido em 1643, referiu igualmente a sua loja, na qual se podiam encontrar, de entre outros bens, panos e alimentos, designadamente:

Item huns pedaços de pano não sabe quantos que ficavão na sua logea que valerão corenta mil reis Item sincoenta ou sesenta varas de lenço de Arouca que valião a cento e dez reis Item sem varas de estopa e lenço grosso que valerião a corenta e sinco ou sincoenta reis Item huma peça de Cassequim que val mil reis Item duas outras peças de Beirame que valerão trez crusados

⁵¹ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 9255.

⁵² Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 750.

⁵³ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 5364.

⁵⁴ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Évora, proc. 7781.

⁵⁵ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 1774.

Item meia peça de cassa que valera oito tostois Item vinte e sinco beatilhas de lavradoras que todas valem mil reis Item huma peça de rengo com huma beatilha que ficou solta que faz a peça inteira que valera mil e dizentos reis Item quatro mil reis pouco mais ou menos de botões de cores Item duas arobas de çera que val a quatro vinteis o arratel Item quarenta arrateis de canela que val a dous tostois o arratel Item quarenta arrates de ençenço que val o arratel a tostão Item quatro livras de pimenta que vale a seis vinteis a libra Item oito arrates d asucar que val a tres vinteis o arratel Item dous arrates de cravo que valem mil reis Item dez almudes d azeite que val cada hum seiscentos e sincoenta reis Item meia duzia de cordas que valem seis vinteis⁵⁶.

Numa outra sessão ainda acrescentou duas caixas de confeitos (1.000 réis), uma caixa de cidrada (três tostões), quatro côvados de bombazina (480 réis) quatro ou cinco varas de colonia (200 réis) e retrós no valor de cerca de um cruzado. Como se pode verificar trata-se de uma loja com bens variados que permitia o abastecimento de uma clientela com posses.

O tratante Diogo Álvares, natural de Abrantes e morador em Lisboa, na rua das Mudanças, preso em 1655, declarou que na sua tenda se encontrariam seis peças de baeta negra, 31 peças de canequim (pano da Índia)⁵⁷ (1.000 réis cada peça), uma peça de pano vermelho de cerca de 36 côvados, no valor de 450 réis, 12 arrobas de lã (3.500 réis casa arroba), duas peças de sarja e uns retalhos de pouco valor, além de almofadas de veludo e de damasco (2.000 réis cada). Em casa de um banqueiro, residente em Povos, também tinha alguns bens para venda, a saber: uma peça de baeta negra, alguns retalhos de outros panos, umas serapilheiras e duas dúzias de meias de algodão⁵⁸. Menos valor teria a tenda de Jacinto Dias, natural e morador em Vila Real, detido em 1658. O mercador referiu apenas pedaços de panos de cor no valor aproximado de 120.000 réis, duas peças de baeta negra (30.000 réis) e sete caixas de castanho (5.000 réis), além de bens que outros tinham empenhado⁵⁹. Mais variedade se poderia encontrar na tenda de Francisco da Costa Henriques, natural de Vimioso e morador no Porto, cujo inventário datou de 1658: uma teia de guardanapos grossos, uma teia de pano de linho de 77 varas (220 réis a vara), dois pedaços de pano de linho (16.940 réis), 10 côvados

⁵⁶ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 4510.

⁵⁷ Sobre o consumo de têxteis orientais na Europa, cf. John E. Wills, Jr., “European Consumption and Asian Production in the Seventeenth and Eighteenth Centuries”, em *Consumption and the World of Goods*, ed. John Brewer e Roy Porter (Londres, New York: Routledge, 1993), 133-147. No Brasil, durante o século XVII, já se encontravam têxteis de cama provenientes do Oriente. Cf. Alcântara Machado, *Vida e Morte do Bandeirante*, introdução de Sergio Milliet (São Paulo: Imprensa Oficial de São Paulo, 2006), 77-79. Para os Açores, cf. José Damião Rodrigues, *São Miguel no século XVIII. Casa, Elite e Poder*, vol. 2 (Ponta Delgada: Instituto Cultural de Ponta Delgada, 2003), 719. Em Portugal continental, no caso dos indivíduos com ligações às viagens marítimas, casos dos pilotos, desde o século XVI, era extremamente comum a posse de têxteis e outras peças provenientes do Oriente. Cf. Amélia Polónia, *A Expansão Ultramarina Portuguesa numa Perspectiva Local. O Porto de Vila do Conde no século XVI*, vol. 2 (Lisboa: Imprensa Nacional Casa da Moeda, 2007), 448-451.

⁵⁸ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 9211.

⁵⁹ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 7528.

de camelão de duas larguras (seis tostões cada côvado), um pedaço de camelão picado (20 réis o côvado) e dois arráteis de pelos brancos para meias⁶⁰. Do mesmo ano, tem-se conhecimento de outro recheio de loja. Desta feita, da de Diogo Vaz de Oliveira, natural de Vila Flor e morador no Porto. Possuía duas tendas, uma por baixo da casa em que vivia, onde se vendiam baetas, bombazinas, tafetás, retalhos de panos, retroses, meias de seda, botões, no valor aproximado de 2.000 cruzados. Na outra loja, podiam encontrar-se produtos diversificados, tais como lã, produtos para armamento, além de açúcar branco e de açúcar mascavado, de que só tinha direito a certa comissão⁶¹.

Fazendo jus à designação de mercador de sedas, Simão Fernandes de Tovar, natural de Coimbra e morador em Lisboa, preso em 1618, fez saber que na sua loja se poderiam encontrar panos tecidos com fios de seda oriental. Embora tenha indicado quantidades, não avaliou todos os bens, naturalmente caros. No inventário declarou tecidos como: acolchoado, bombazina, bretanha, brocatel, cetim, cetim da Índia, chamelete, damasco, felpa de seda, gorgorão, holanda, holandilha da Índia, piñuela, retrós, tafetá, tafetá da Índia e veludo. Alguns tecidos eram particularmente caros, caso do veludo, do gorgorão e da holandilha da Índia, avaliados em mais de 500 réis o côvado, o damasco, que ascendia a 800 réis, e a felpa de seda que atingia os 1.100 réis. Além dos tecidos também disponibilizava meias de seda e meias de lã⁶².

A presença de produtos de outras paragens foi também particularmente visível no inventário, datado de 1663, do mercador Cristóvão Lopes Correia, natural de Viana da Foz do Lima e com tenda em Coimbra, embora nem todos os bens lhe pertencessem. Tornam-se evidentes produtos oriundos quer do Oriente quer do Brasil, além de outros nacionais, sem esquecer roupa vendida pelo fisco do Santo Ofício⁶³, a qual era objeto de negócio:

na sua loge se acharião ao tempo de sua prizaõ vinte arrobas de açucar e outras tantas de [a]rros que tudo valeria seseenta mil reis Item e que na dita loge estavam em hum fole des arratens de açafraõ que erão de Manoel Goncales Campello christão velho mercador de que havia feito avizo a seu cunhado do mesmo chamado João Goncales de Brito pera o mandar arrecadar Item e que na dita loge tinha seis resmas de papel pouco mais ou menos que valerião quatro mil reis Item mais sinco ou seis arratens de canella que valerião sinco ou seis mil reis Item mais sete ou oito arratens de goma arábia que valerião mil e quinhentos reis Item mais huns poucos de cachimbo não sabe quanto que valerião sinco ou seis mil reis Item mais oitenta massos de cartas de ingarecada qual dos massos val dous cruzados mas todos os ditos massos erão pertencentes ao contratador Sebastião Graça da cidade de Lisboa Item mais vinte e sinco arratens de solimão que valerião setenta e sinco mil reis os quais erão tambem pertencentes ao dito Sebastião Garcia Item mais de fita de

⁶⁰ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 280.

⁶¹ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 754.

⁶² Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 11440.

⁶³ Cf. Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, *Bens de Hereges. Inquisição e Cultura Material*, 175-178, 188-204, *passim*.

cadarco e outras meudezas oito ou nove mil reis pouco mais ou menos [...]. Declarou mais que em sua caza se acharião couza de trinta mil reis de vestidos velhos que Manoel de Andrade Pessoa de Podentes havia comprado ao fisco os quais o mesmo lhe pedio que os vendesse em sua caza e a elle pertencem⁶⁴.

Igualmente com referência a produtos de outras partes ultramarinas, designadamente do Brasil, encontra-se o recheio de um armazém, na rua das Mudanças, de Aires Rodrigues, natural da Guarda e morador em Lisboa, preso em 1681. Ali se guardava cacau⁶⁵ (112 ou 113 arrobas, ao preço de 4.000 réis a arroba), quatro cargas de pau-santo (40 arrobas), que eram propriedade de Manuel Fernandes, almocreve de Estremoz, que as iria levar para Castela, duas taras vazias, nas quais se tinha transportado o cacau, além de uma outra de açúcar do Brasil⁶⁶. O mesmo espaço ultramarino também foi palco de negócios de António de Cubinhos, natural de Vila Nova do Infante e morador em Lisboa, preso em 1683. Este mercador e contratador relacionava-se com homens estantes no Rio de Janeiro, na Baía e em Pernambuco e com outros de Goa. Tinha diversas transações pendentes e os seus negócios incluíam açúcar, tabaco, tafetás, fitas e até um talim bordado, ou seja uma correia a tiracolo de que pende a espada, sem esquecer diversas fazendas não discriminadas⁶⁷.

Muito diversificado era o trato de Domingos Lopes Pereira, preso em 1658. Este indivíduo, natural de Segóvia, que se autodefiniu como homem de negócios, esteve envolvido em redes de comércio internacional e possuiu uma tenda no Porto. Nela vendia panos (36 peças de baetas, 20 de sarjas, 60 de bombazines), ferro e ferragens, que lhe chegaram de mercadores residentes em Hamburgo, como Jorge Francês Brandão; têxteis já prontos como 10 cobertores de seda, 12 pares de meias de lã e toalhas de mesa (20.000 réis), além de dois escritórios pretos, seis frasqueiras, duas das quais com aguardente, erva-doce e ruiva (planta tintureira). Além de receber panos, ferro e pipas de Hamburgo, também os adquiria em França, designadamente em Bayonne, através de Diogo Vaz de Mesquita, aí morador. Neste caso, sabe-se que antes de ser preso lhe comprara 30,5 peças de baeta preta e 30 de sarja. Em Amesterdão, adquiria baetas de cor, remetidas por Pedro Benveniste. Se importava tecidos, pipas e ferro também exportava açúcar (branco e mascavado) proveniente do Brasil, concretamente do Rio de Janeiro, onde se encontrava seu irmão Simão Rodrigues de Andrade, e da Baía. Algum deste açúcar seguia para Hamburgo, para Amesterdão e

⁶⁴ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 10586.

⁶⁵ Sobre o cacau, cf. Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, *A Herança das Américas em Portugal. Trópico das Cores e dos Sabores* (Lisboa: CTT Correios de Portugal, 2007), 133-221; Idem, “O Caminho de uma Delícia”, *Revista de História da Biblioteca Nacional* 6 (2005): 62-65; Idem, “O Chocolate à Mesa: Sociabilidade, Luxo e Exotismo”, em *Colóquio Formas e Espaços de Sociabilidade. Contributos para uma História da Cultura em Portugal* (Lisboa, Universidade Aberta, 2008 [cd rom]); Idem, “A América à Mesa do Rei”, em *A Mesa dos Reis de Portugal*, ed. Ana Isabel Buescu e David Felismino, (Lisboa: Temas e Debates, Círculo de Leitores, 2011), 336-349; Leila Mezan Algranti, “‘Bebida dos Deuses’: Técnicas de Fabricação e Utilidades do Chocolate no Império Português (séculos XVI-XIX)”, em *O Império por Escrito. Formas de Transmissão da Cultura Letrada no Mundo Ibérico séculos XVI-XIX*, ed. Leila Mezan Algranti e Ana Paula Megiani (São Paulo: Alameda, 2009), 403-426.

⁶⁶ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 9576.

⁶⁷ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Lisboa, proc. 5420.

para a Flandres. De Pernambuco recebia igualmente tabaco que exportava também para Hamburgo. Em dado momento chegou a adquirir um quarto de um navio. Comercializava também linho nacional (250.000 réis), veludo, camêlão, e tafetá, cujas proveniências não foram indicadas, além de sumagre do Norte de Portugal, algum exportado para Hamburgo. De Castela, em particular da sua terra – Segóvia – importava lã fina⁶⁸. Eis um exemplo de um homem dedicado a importações e exportações envolvendo espaços como Portugal, Brasil, Castela, França, Flandres, Países Baixos e Sacro Império Romano Germânico, que não descuro a abertura de uma tenda, para o comércio a retalho.

Se nem sempre se torna claro o que está em casa e o que está na tenda, no caso do mercador Francisco da Paz, natural de Vila Torpim e morador no Porto, com inventário de 1658, a questão foi evidenciada com muita objetividade, ao declarar:

tinha huma logia de sereguaria que constava de baetas de cores retrozes botois de seda e cabellos tafetas retalhos de velludo pontilhos de seda riscadilhos leguaruras de seda e lam damasquilhos chamalotes de lam ordinarios e finos de Turquia bombazinas olandilhjas passamanes robetes guallois de toda a sorte e outras miudezas que lhe não lembrão nem pode declarar a quantidade que havia de cada huma das dittas couzas mas tudo se acharia na ditta logia e no escritorio das mesmas cazas que estava na mesma logia e tudo junto entende que podera valer hum conto e quatrocentos mil reis pouco mais ou menos⁶⁹.

Não muito diferente foi a situação dada a conhecer por Miguel Rodrigues, natural e morador no Porto, no mesmo ano:

Item na logea da mesma caza estavam dez[a]seis ou dezasete caixas de acucar das quaes nove erão delle declarante e as mais são de huns homens da nação portu[u]guesa moradores em Olanda e chamados Manoel Francisco não sabe donde natural e Fuão Preto mercador e não sabe luguar certo onde assistão em Olanda e não esta lembrado que marcas tem cada huma das dittas caixas. Item e tem mais vinte e tantas pecas de chamelote de varias cores e outras de ligaturas não sabe quantas todas met[idas em] hum caixão e não sabe a valia nem covados de nenhuma destas couzas. Item tinha mais hum escritorio de pao do Brazil guarnecido de marfim e bronze que valia vinte mil reis⁷⁰.

3. Em Portugal a produção têxtil nunca foi particularmente importante nem em quantidade nem em qualidade. O Reino contou estruturalmente com falta de matérias-primas e, conseqüentemente, com a necessidade de importar têxteis, apesar de se produzir lã, linho e seda e, conseqüentemente, tecidos desses fios. Os têxteis de lã (Serra da Estrela e Alentejo) satisfaziam parte da procura nacional quer do continente quer dos arquipélagos atlânticos e do Norte de África, para onde iam alambéis (panos

⁶⁸ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 2780.

⁶⁹ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 2257.

⁷⁰ Lisboa, A.N.T.T., Inquisição de Coimbra, proc. 877.

listrados). Os panos de linho e de cânhamo (Entre Douro e Minho, Beira, Algarve), difundidos por todo o Reino, abasteciam o território nacional e chegavam à exportação. A seda (Trás-os-Montes e Alentejo) era produzida desde 1475, tendo o duque de Bragança obtido privilégio de monopólio da produção por D. Afonso V. Neste caso, importou-se mão-de-obra especializada para a tratar. A coloração de tecidos era feita com recurso a alúmen (para fixar a cor) e a plantas tintureiras (grã, anil, ruiva, pastel e pau-brasil)⁷¹.

A maioria dos têxteis era obtida no âmbito doméstico e destinava-se ao consumo próprio e da comunidade local e não ao mercado em larga escala. A indústria foi a grande novidade do final de Seiscentos⁷². As doutrinas económicas mercantilistas favoreceram o surto de indústrias nacionais que visavam a exportação de modo a conseguir o equilíbrio da balança comercial. À produção artesanal doméstica tentava juntar-se produção fabril em quantidade⁷³.

De entre os teóricos mercantilistas portugueses, destaque para Duarte Ribeiro de Macedo e para o seu *Discurso sobre a Introdução das Artes no Reyno* (1675). Influenciado por Colbert, entendeu a indústria como um dos alicerces da economia. As suas ideias estimularam diversas iniciativas privadas que pretendiam fomentar novas fontes de receita para o Reino e tiveram eco no regente, o futuro D. Pedro II⁷⁴. Os dois vedores da fazenda – D. João de Mascarenhas, 2.º conde da Torre e 1.º marquês de Fronteira; e D. Luís de Meneses, 3.º conde da Ericeira – estabeleceram um plano de crescimento industrial contratando artífices e peritos em França, Inglaterra, Castela e Veneza, e concedendo privilégios e isenções às fábricas⁷⁵. A partir de 1670, aparecem as primeiras unidades. No que se refere concretamente aos têxteis estabeleceram-se fábricas em diversos pontos do Reino: Covilhã, Estremoz, Lisboa e Tomar. No intuito de proteger as novas indústrias, foram promulgadas leis proibindo o uso de produtos importados, tais como: tecidos, chapéus, fitas e rendas além de cerâmicas, azulejos e vidros

⁷¹ Para uma síntese sobre a Época Medieval cf. A. H. de Oliveira Marques, *Portugal na Crise dos séculos XIV e XV* (Lisboa: Presença, 1987), 115-121. Para o século XVI, cf. Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “A Produção Artesanal”, *Portugal do Renascimento à Crise Dinástica*, ed. João José Alves Dias (Lisboa, Presença, 1998), 183-187 e a bibliografia citada. Para o desenvolvimento destas questões nos séculos XVII e XVIII, cf. Jorge Pedreira, *Estrutura Industrial e Mercado Colonial. Portugal e Brasil (1780-1830)* (Lisboa: Difel, 1994), 71-99; Idem, “A Indústria”, em *História Económica de Portugal*, vol. 1 (O Século XVIII), ed. Pedro Lains e Álvaro Ferreira da Silva (Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais, 2004), 177-208.

⁷² Entendemos que há indústria quando estamos perante produção em larga escala, realizada em locais próprios e quando há separação entre capital e trabalho. Sobre as dificuldades conceptuais destas realidades, cf. Jorge Pedreira, *Estrutura Industrial*, 143-188.

⁷³ Cf. um panorama das produções ao longo do século XVII in Manuel Ferreira Rodrigues e José M. Amado Mendes, *História da Indústria Portuguesa. Da Idade Média aos nossos Dias* (Mem-Martins: Europa América, 1999), 140-157.

⁷⁴ Sobre Duarte Ribeiro de Macedo, cf. Ana Leal de Faria, *Duarte Ribeiro de Macedo. Um Diplomata Moderno (1618-1680)* (Lisboa: Ministério dos Negócios Estrangeiros, 2005).

⁷⁵ Luís Fernando de Carvalho Dias, *Os Lanifícios na Política Económica do Conde da Ericeira* (Lisboa: [s.n.], 1954), 48-70.

(pragmáticas de 1677, 1686, 1688, 1690, 1698)⁷⁶. A descoberta do ouro no Brasil, na década de 90, acarretou dificuldades para as indústrias recentemente criadas, tanto mais que os produtos eram, na maior parte dos casos, de fraca qualidade. A política de industrialização foi abandonada.

O fracasso do primeiro surto industrial (c.1670-1690), não impediu o aparecimento de novos esforços para industrializar o Reino após a Guerra da Sucessão de Espanha (1704-1713) e a assinatura do tratado de Methuen⁷⁷. Por volta de 1720, D. João V tentou impulsionar um segundo surto industrial, fundamentalmente ligado às iniciativas dos particulares. Capitais, artífices franceses e ingleses ajudaram a construir novas manufaturas de tecidos, vidros e fundições de ferro, a par de unidades destinadas à produção de papel, couro, seda, pólvora e embarcações. Os resultados não foram particularmente notáveis, se excetuarmos a Real Fábrica das Sedas (1734-1835) e a Real Fábrica dos Vidros de Coima (1719-1748), transferida em seguida para a Marinha Grande⁷⁸.

Através das fontes em estudo, pode verificar-se que uma parte considerável das lojas comercializava panos de várias qualidades, cores⁷⁹ e proveniências. De uma maneira geral, pode afirmar-se que os mercadores residentes em cidades e vilas do interior estavam particularmente ligados ao comércio de produtos agrícolas e de alguns têxteis e aos empréstimos sobre penhores, enquanto os que tinham negócios em Lisboa e em outras cidades grandes, diversificavam mais as suas atividades: venda de bens, nomeadamente tecidos de todas as qualidades; empréstimos sob penhores e empréstimos a juros. Quase todos tinham ajustes pendentes, devendo e tendo a haver dinheiro. De qualquer modo, se a maior parte concedia empréstimos a troco de bens penhorados outros procediam como se fossem bancos, tal é o caso de Diogo de Chaves que afirmou ser credor do duque de Cadaval e do conde de São Lourenço⁸⁰.

A confiança permitia comprar fiado e conceder empréstimos informais, baseados no conhecimento que se tinha ou se pensava ter do outro. Porém, o recurso

⁷⁶ Jorge Pedreira, *Estrutura Industrial*, 25; José Vicente Serrão, “O Quadro Económico”, em *História de Portugal*, ed. José Mattoso, vol. 4 (Lisboa: Editorial Estampa, 1993), 89-90; Manuel Ferreira Rodrigues e José M. Amado Mendes, *História da Indústria*, 148-154.

⁷⁷ Sobre o tratado e a indústria portuguesa, cf. Jorge Borges Macedo, *Problemas de História da Indústria Portuguesa no século XVIII* (Lisboa: Quercus, 1982), 19-59; Jorge Pedreira, *Estrutura Industrial*, 34-40; e as várias contribuições publicadas na obra *O Tratado de Methuen (1703). Diplomacia, Guerra, Política e Economia* (Lisboa: Livros Horizonte, 2003).

⁷⁸ Sobre a Real Fábrica das Sedas, cf. Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “Teares, Fios e Tecidos em Viagem. Produções e Exportações da Real Fábrica das Sedas para o Brasil (1734-1821)”, *Revista de Artes Decorativas* 4 (2010): 123-144 (disponível *on line* em <https://www.academia.edu/6580984/>) e a bibliografia aí citada.

⁷⁹ Sobre as cores dos tecidos e a sua relação com os grupos sociais, cf. Fernando Ramos Palencia, “Révolution Industrielle, Identité et Effet Trickle-Down dans une Économie Sous-Développée: le ‘Monde des Couleurs’ dans une petite province castillane (Palencia), 1750-1850”, em *Consommateurs et Consommation XVII-XXI siècles : Regards Franco-Espagnols*, ed. Nicolas Marty e Antonio Escudero, (s.l., Presses Universitaires de Perpignan, Publicacions Universitat d’Alacant, 2015), 47-77.

⁸⁰ Lisboa, A.N.T.T., Inquirição de Lisboa, proc. 4426.

aos «escritos» que documentavam as movimentações monetárias e a cobrança de juros esteve igualmente bem representada, mesmo que as taxas cobradas nem sempre tenham sido indicadas. Não obstante, empréstimos, dívidas, fianças e hipotecas nem sempre eram totalmente pacíficos. O recurso à justiça para dirimir conflitos e cobrar dívidas não foi raro, como se pode verificar pelos depoimentos dos réus que tinham ações em curso à data em que foram presos⁸¹.

Os mercadores tinham, compreensivelmente, níveis de riqueza muito variados, alguns pautando-se por uma vida com acesso a muitas comodidades e alguns luxos, apresentando casas, criados, escravos, joias, pratas e mobiliário nacional e estrangeiro, a par de outros cujos patrimónios eram bastante modestos⁸². O mesmo se pode afirmar em relação aos recheios das lojas avaliados em quantias muito diferentes que vão dos menos do que 10.000 réis, passando pelos 120.000, 700.000 e alcançando mais de 2.000.000 réis, neste caso os valores mais elevados eram expressos em cruzados⁸³. Antes e após as determinações da Junta do Comércio, que visaram regular o comércio a retalho, percebe-se uma enorme promiscuidade no interior das lojas que disponibilizam ao público os mais variados géneros. Tem-se pouco conhecimento acerca do modo como os mercadores apresentavam os bens, embora haja notícia da sua exposição em mostradores, prateleiras e arcas⁸⁴. Em alguns casos, torna-se claro que a tenda era a parte térrea da casa habitada no primeiro piso pelo mercador, tal como acontecia em boa parte dos ofícios. A variedade e a qualidade dos têxteis destinados à venda abrangeram um leque muito variado de opções, desde os tecidos baratos de algodão e linho até aos de seda, independentemente de os mesmos serem de produção nacional ou de importação, de vários pontos da Europa e do Oriente⁸⁵.

Naturalmente, as localidades maiores, que albergavam pessoas com maior poder de compra, eram palco de estabelecimento de várias lojas bem sortidas, que permitiam responder à procura. Nas terras mais pequenas, o comércio era mais modesto, mas mesmo no interior do reino percebe-se a existência de várias tendas concorrentes que disponibilizavam têxteis semelhantes. Alguns mercadores, que se dedicavam ao trato internacional e à importação de tecidos e de outros bens, não o faziam apenas para revenda, tendo lojas onde os colocavam à disposição dos clientes. Outros recorriam a intermediários, tinham familiares espalhados por vários locais ou inclusivamente aproveitavam os estrangeiros, que chegavam em especial a Lisboa, com mercadorias

⁸¹ Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, *Bens de Hereges. Inquisição e Cultura Material*, 222-240.

⁸² Compare-se com a situação de outros mercadores. Cf. Rafael Girón Pascual, “La Corte del Mercader: la Vivienda y el Servicio Doméstico de los Genoveses de Granada (ss. XVI-XVII)”, em *Vida Cotidiana en la Monarquía Hispánica. Tiempos y Espacios*, ed. Inmaculada Arias de Saavedra Alías e Miguel Luís López-Guadalupe Muñoz (Granada: Universidade de Granada, 2015), 293-306.

⁸³ Os cruzados valiam 400 réis até 1668 e a partir de então 480. Apareceram lojas cujas mercadorias foram avaliadas em 2.000 e 5.000 cruzados, conforme se pode verificar pelo texto.

⁸⁴ Compare-se com lojas de outros espaços. Cf. Juan Postigo Vidal, *La Vida fragmentada. Experiencias y Tensiones Cotidianas en Zaragoza (siglos XVII y XVIII)* (Zaragoza: Diputación de Zaragoza, 2015), 104-156.

⁸⁵ Sobre a tipologia dos tecidos, cf. Manuela Pinto da Costa, “Glossário de Termos Têxteis e Afins”, *Revista da Faculdade de Letras. Ciências e Técnicas do Património* 3 (2004): 137-161.

dos seus e de outros reinos. Mesmo no caso dos indivíduos que apenas se interessavam pelo comércio local, o abastecimento e a venda em feiras de âmbito regional também se documentou. Finalmente, saliente-se que nem a regulação da Junta do Comércio, nem a teorização coeva de Bluteau, esclareceram as diferenças entre homem de negócio, mercador, mercador de loja, mercador de panos, mercador de sedas, tendeiro, trapeiro e tratante, termos apresentados, de um modo geral como sinónimos⁸⁶. Em suma, a documentação do Santo Ofício permite aprofundar as realidades relativas às vidas dos diversos tipos de pessoas envolvidas com a mercancia, desde o nível de vida até à tipologia dos negócios dos envueltos

⁸⁶ Para Bluteau, mercador é aquele que mercadeja, comprando e vendendo; negociante é um homem de negócios, um mercador ou um banqueiro; tendeiro aquele que vende em tenda, tratante o que trata com alguma mercancia e trapeiro mercador a retalho. Cf. *Vocabulario Portuguez e Latino*, vol. 5 (Lisboa: Oficina de Pascoal da Silva, 1716), 429, 700; vol. 8 (Lisboa: Oficina de Pascoal da Silva, 1721), 94, 257, 252, respetivamente.

Anexo 1

Pauta dos Géneros pertencentes a cada uma das classes dos Mercadores⁸⁷

Mercadores de Lã e Seda	Mercadores de Lençaria (de Fancaria)	Mercadores de Meias de Seda (de Capela)	Mercadores de Meias de Lã (de porta da Misericórdia, arcos do Rossio e Campainha)	Mercadores de Lojas de Retrós
Baetas Camelões Barbariscos Droquetes Panos de toda a sorte, incluindo saragoças Todas as fazendas de lã simples ou mescladas nacionais ou estrangeiras Sedas de toda a sorte, nacionais ou estrangeiras Exceções: branquetas, buréis, panos, saragoças de varas, picões, serguilhas (pertencem ao ofício de algibebe) e fumos, lós, garças (pertencem às lojas de capela)	Aniagens cruas e curadas Bretanhas da Alemanha e da França Bocaxins nacionais ou estrangeiros Brins da Alemanha ou da França (crus ou curados) Brins riscados e lisos Cambraias finas e ordinárias e cambraietas Chitas Colchas de Arraiolos ou Tagarro, cobertores e godrins Constança de toda a sorte Crés da Alemanha ou de França Esguiões Grosaria de toda a sorte Lenços Linhas riscadas de Hamburgo Lonas e meias lonas Mantas de toda a qualidade Holandilhas do reino em grosso Panos de linho Sufoliés	Aventais e algibeiras e adereços para mulheres Bengalas Boldriés de seda, bolsas de cabeleira Cambraias finas lisas Cassas de flores e listadas Chapéus de seda Esguiões e holandas finas Espadins de prata e outras peças com prata ou ouro fundido mesmo com pedras finas madrepérola, barro ou esmalte engastados Fitas de seda de Itália, Castela e de França Fumos finos Galões de seda ou retrós Gravatas e voltas feitas Garças, guarda-pés acolchoados Hábitos das ordens Lós Leques finos Lenços e punhos bordados Lenços de algodão finos	Toda a sorte de quinquilharia Atacadores Botões brancos ou de estanho Barretes de lã Cordas de viola e de arame Caixas de ponta de boi, unhas de animais e semelhantes Espelhos pequenos Escovas Frocos nacionais e estrangeiros Fumos grossos para luto Fitas de caixas Fitas de lã de toda a qualidade Galões de lã	Retrós de toda a qualidade Seda de pelo, trama e cardaço Torçais de lã e de seda Botões e ligas Bocaxins em retalho Holandilhas, ruões e holandas em retalho Panos de pregas Peneiras de enchimento Barbas de baleia Tafetás ordinários E tudo o mais que até agora se costumava vender nas ditas lojas

⁸⁷ *Estatutos dos Mercadores*, 15-16.

	Toda a mais lençaria branca ou de cores nacionais e estrangeiras Exceções: holandas finas, cassas de flores e listadas (pertencem às lojas de capela) com as quais também de fará venda comum de escumilhas, cambraias finas, esguiões, lenços finos de algodão	Ligas de seda Manguitos de retrós e luvas e meias de seda Paletinas Plumas Volantes lisos e lavrados feitos no reino Chifarotes ou facas de mato da marca Todas as miudezas de seda que não estiverem anexas a outras corporações como também louça da Índia, chá e café e charão cumulativamente com as lojas de louça	Lenços de seda ordinários Linhas Luvas de couro e de lã, manguitos de lã Meias de linha e de lã Nastros de linho e de missanga Óculos de longa vista Pentes de osso, de marfim e de tartaruga Pederneiras para espingardas Tinteiros Vidrilhos Verónicas	
--	---	--	---	--

Anexo 2

Lista dos Indivíduos ligados ao Trato cujos Processos Inquisitoriais referem Tendas

Fonte ⁸⁸	Data	Nome	Idade	Profissão	Naturalidade	Residência	Sentença ⁸⁹
IL11440	1619	Simão Fernandes de Tovar	44	Mercador de sedas	Porto	Porto	A,f,chpp,4g,cb
IE995	1629	Luís Fernandes	32	Mercador	Évora	Évora	A,f,chpp,cb
IL9949	1630	Pedro de Mesquita	30	Mercador de sedas	Vila Flor	Lisboa	A,f,chpp,10g
IE7781	1630	Manuel Leitão	30	Mercador	Évora	Évora	A,f,chpp,4g
IL1774	1643	Duarte Henriques	30	Tendeiro e rendeiro	Miranda do Douro	Miranda do Douro	A,r,cb
IC4510	1643	Francisco Henriques	60	Mercador	Miranda	Miranda	A,f,chpp,cb
IC2627	1649	Diogo Nunes	21	Tratante	Freixo de Espada à Cinta	Mogadouro	A,f,chpa
IE2369	1649	Fernão Dias de Leão	65	Trapeiro	Estremoz	Estremoz	A,f,chpp,cb
IL10794	1651	Francisco Gomes Henriques	66	Mercador e banqueiro de Roma	Lisboa	Lisboa	A,r,cb
IL11299	1652	Gaspar Vaz de Sequeira	42	Mercador de panos	Fronteira	Lisboa	A,f,chpp
IL9474	1652	Manuel Franco	39	Mercador	Alandroal	Vila Viçosa	A,f,chpp

⁸⁸ IC – Inquisição de Coimbra, IE – Inquisição de Évora, IL – Inquisição de Lisboa. Assim, por exemplo, IC280 corresponde a Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Coimbra*, proc. 280.

⁸⁹ A – auto, chpa – cárcere e hábito penitencial a arbítrio, chpp – cárcere e hábito penitencial perpétuos, cb – confisco de bens, f – forma, g – galés, l – leve, m – Mesa, r – relaxado. Assim, por exemplo, A,f,chpp,4g,cb, significa sentença lida em auto da fé, abjuração em forma, pena de cárcere e hábito penitencial perpétuos, degredo por 4 anos para as galés e confisco de bens.

Fonte ⁸⁸	Data	Nome	Idade	Profissão	Naturalidade	Residência	Sentença ⁸⁹
IL11385	1654	António Dias Arias	39	Mercador de sedas	Abrantes	Abrantes	A,f,chpp
IL10228	1654	Manuel Rodrigues Preto	42	Mercador	Abrantes	Abrantes	A,f,chpp
IL11384	1654	António Tomás	-	Mercador	Teixoso	Lisboa	A,f,chpp
IL9216	1655	Francisco Vaz de Leão	55	Mercador	Abrantes	Abrantes	A,r,cb
IL9211	1655	Diogo Álvares	77	Homem de negócio	Abrantes	Lisboa	A,f,chpp
IL9212	1656	Duarte Moreno Nunes	32	Mercador de loja	Fundão	Lisboa	A,r,cb
IL9856	1657	Estêvão da Silveira de Ávila	38	Mercador de sedas	Abrantes	Lisboa	Absolvido
IC7582	1658	Jacinto Dias	60	Mercador	Vila Real	Vila Real	A,r,cb
IC280	1658	Francisco da Costa Henriques	35	Mercador	Vimioso	Porto	A,f,chpa
IC2780	1658	Domingos Lopes Pereira	48	Homem de negócios	Segóvia (Castela)	Porto	A,f,chpp,cb
IC2257	1658	Francisco da Paz	52	Mercador	Vila Turpim	Porto	A,r,cb
IC877	1658	Miguel Rodrigues	56	Mercador	Porto	Porto	A,f,chpp,cb
IC754	1658	Diogo Vaz de Oliveira	40	Mercador	Vila Flor	Porto	A,l,ca
IC10586	1663	Cristóvão Lopes Correia	46	Mercador	Viana da Foz do Lima	Coimbra	A,f,chpp,cb

Fonte ⁸⁸	Data	Nome	Idade	Profissão	Naturalidade	Residência	Sentença ⁸⁹
IE4742	1667	André Ribeiro	63	Mercador	Serpa	Serpa	A,f,chpa,cb
IE2387	1668	Diogo Fernandes Ferro	47	Mercador	Alvito	Moura	A,r,cb
IE7236	1669	Custódio de Miranda	61	Tendeiro	Alvito	Moura	A,f,chpp,5g
IL141	1670	Nunes da Costa Aires	55	Mercador	Guarda	Guarda	A,f,chpa
IL10178	1673	Mateus de Sousa	-	Mercador	Lisboa	Lisboa	M,l,ca
IL9576	1681	Aires Rodrigues	42	Tratante	Guarda	Lisboa	A,f,chpp
IL5420	1683	António de Cubinhos	50	Mercador, contratador	Vila Nova do Infante	Lisboa	A,r
IC1915	1687	Diogo Nunes Cardoso	28	Mercador	Trancoso	Torreselo	A,f,chpp3g,cb
IC1896	1691	Manuel Machado Coelho	40	Mercador	Rebordelo	Porto	A,f,chpp,cb
IE388	1702	José Peres	40	Mercador	Sousel	Alter do Chão	A,f,chpp,cb
IC682	1703	Manuel Dias	37	Tendeiro	Lamego	Lamego	A,f,chpp,cb
IE3593	1704	Francisco de Moraes Tavares	56	Mercador	Porto	Serpa	A,f,chpp,cb
IE7990	1709	João Álvares da Costa	30	Mercador	Bragança	Alvito	A,f,chpa
IC8624	1710	Pascoal Ramos Álvares	31	Mercador	Vinhais	Vinhais	A,f,chpa,cb
IC7214	1712	Bernardo Lopes	51	Tendeiro	Benavente (Castela)	Bragança	A,f,chpa

Fonte ⁸⁸	Data	Nome	Idade	Profissão	Naturalidade	Residência	Sentença ⁸⁹
IC8568	1714	Gabriel Rodrigues	25	Mercador	Bragança	Bragança	A,v,chpa
IC6136	1716	Manuel de Macedo Freire	44	Mercador	Pinhel	Pinhel	M,l,ca
IE9255	1720	José Rodrigues da Fonseca	32	Mercador de panos	Beja	Beja	M,l,ca
IE750	1720	Luís da Fonseca Pimentel	26	Mercador	Beja	Beja	Faleceu no decorrer do processo
IE5364	1720	João Pimentel	60	Mercador	Bragança	Beja	A,f,chpp
IL8887	1726	Belchior Mendes Correia	56	Mercador	Celorico	Baía	A,f,chpp
IE7083	1756	Gabriel António de Sousa	38	Homem de negócio	Tavira	Tavira	A,r,cb

Recibido: 24 de mayo de 2017

Aprobado: 25 de julio de 2017

LA REPRODUCCIÓN DE MODELOS SOCIALES Y MATERIALES DENTRO DE LAS FAMILIAS AL SERVICIO DE LA INQUISICIÓN¹

Natalia González Heras
(UAM-IULCE)

RESUMEN

Este trabajo presenta el estudio de un caso que nos permitirá aproximarnos a las dinámicas sociales, así como a los parámetros culturales, de quienes desempeñaban un cargo dentro la Inquisición. Para ello nos hemos basado en el análisis de la cultura material que aparecía recogida en las escrituras notariales – cuenta de capital y carta de dote-. El seguimiento y reproducción de modelos sociales tradicionales, buscando la consolidación del “linaje”, y su anclaje en los patrones de la ortodoxia católica son los que caracterizaban la vida familiar y material del matrimonio formado por un portero de estrados del Consejo de Inquisición y la hija de un familiar del Santo Oficio a finales del siglo XVIII.

PALABRAS CLAVE: Inquisición, dinámicas sociales, cultura material, siglo XVIII.

THE REPRODUCTION OF SOCIAL AND MATERIAL MODELS WITHIN THE FAMILIES AT THE SERVICE OF THE INQUISITION

ABSTRACT

This paper presents the study of a case that will allow us to approach the social dynamics, as well as the cultural parameters that were developed within the group that constituted who held a position within the Inquisition. We have based on the analysis of the material culture that appeared collected in notarial deeds - capital account and dowry letter -. Continuation and reproduction of traditional social models, looking for the consolidation of the "lineage", and their anchoring in the patterns of Catholic orthodoxy are those that characterized the familiar and material

¹ Este trabajo se desarrolla en el marco de un contrato post-doctoral Juan de la Cierva-Formación y de los Proyectos I+D Excelencia HAR2014-52850-C3-1-P “Maneras de vivir en la España Moderna: Condiciones materiales y formas culturales de lo cotidiano. Domesticidad, privacidad y sociabilidad”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, y CMM-COURT-TOURIST-CM // Ref. H2015/HUM-3415 “La herencia de los Reales Sitios: Madrid, de Corte a Capital (Historia, Patrimonio y Turismo)”, financiado por la Comunidad de Madrid y el Fondo Social Europeo.

life of the marriage formed by a porter of the Council of Inquisition and the daughter of a relative of the Holy Office in the late Eighteenth century.

KEYWORDS: Inquisition, social dynamics, material culture, Eighteenth century.

Introducción

El estudio de la Inquisición española en la época Moderna se ha llevado a cabo desde muy diversas perspectivas². Claves fueron los planteamientos que se recogen en la obra dirigida por Bartolomé Escandell Bonet y Joaquín Pérez Villanueva, *Historia de la Inquisición en España y América*³. El análisis desde un enfoque social sobre quiénes componían la institución, en la línea de los trabajos realizados por José Martínez Millán, Roberto López Vela o Teresa Sánchez Rivilla, entre otros, ha permitido conocer a los individuos que formaban parte del complejo engranaje del Santo Oficio en cronologías diversas de su existencia⁴. Actualmente, los estudios relativos a la cultura material, donde destacan los frutos de las investigaciones de Isabel Mendes Drumond Braga, vienen ofreciendo interesantes resultados respecto a las condiciones materiales de vida, así de los miembros de la institución como de los perseguidos y condenados por ella⁵.

En estas páginas, las características definitorias de la célula familiar formada a través del matrimonio entre don Pedro Antonio de Cuéllar, portero de estrados del Consejo de Inquisición, y doña Ana María Vicente, hija de un familiar del Santo

² Realizar un estado de la cuestión supera los límites de este trabajo, teniendo en cuenta la amplísima producción en torno al tema que se ha generado durante las últimas cuatro décadas. No obstante, resulta muy interesante, por la amplia perspectiva desde la que considera necesario abordar un análisis de la Inquisición, el estado de la cuestión presentado por José Martínez Millán, *La Inquisición española* (Madrid: Alianza Editorial, 2007), 9-30.

³ Bartolomé Escandell Bonet y Joaquín Pérez Villanueva, dir., *Historia de la Inquisición en España y América* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1993).

⁴ Entre otros trabajos, José Martínez Millán. “Los miembros del Consejo de Inquisición durante el siglo XVII”, *Hispania Sacra* 37, n° 76 (1985), 409-449; Teresa Sánchez Rivilla, “El Consejo de la Inquisición (1483-1700). Introducción al estudio social de sus miembros” (Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 1992); Roberto López Vela. “Sociología de los cuadros inquisitoriales”, en *Historia de la Inquisición en España y América*, vol. 2, *Las estructuras del Santo Oficio*, dir. Bartolomé Escandell Bonet y Joaquín Pérez Villanueva, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1993), 669-840. En concreto para la cronología que en este texto nos encontramos analizando, véase Rafael de Lera García y Teresa Sánchez Rivilla. “Oficiales y ministros de la Inquisición en el reinado de Carlos III”, *Anuario de Historia del Derecho Español* 60 (1990), 353-476.

⁵ Dentro de la historiografía portuguesa destacan los trabajos de Isabel Mendes Drumond Braga, *Inquisição e cultura material. Portugal e Brasil (séculos XVII-XVIII)* (Coimbra: Imprensa da Universidade de Coimbra, 2012) y *Viver e morrer nos cárceres do Santo Ofício* (Lisboa: A Esfera dos Livros, 2015). En la historiografía española se trata de un sendero aún por transitar. Desde estas páginas buscamos aportar una primera aproximación.

Oficio, en el año 1780, nos servirán como ilustrativas de las permanencias, de las continuidades existentes en los distintos ámbitos de las vidas de las familias cuyos componentes desempeñaban un cargo al servicio de la Inquisición.

En primer lugar, nos referiremos a la aceptación y continuación por parte de estos individuos del mantenimiento de las estructuras sociales propias del Antiguo Régimen. Éstas se reflejan a través de prácticas matrimoniales endogámicas dentro de una institución de la que formar parte dotaba de prestigio social a sus miembros. Pero también a la existencia de vínculos de amistad, de clientelismo o de patronazgo entre quienes desempeñaban un puesto en ella.

A continuación, nos centraremos en el análisis de distintos elementos materiales que nos habrán de aproximar a los parámetros culturales en los cuales se mantenían arraigados dichos individuos, que como veremos permanecían anclados en la más estricta ortodoxia católica.

1. Una familia al servicio del Santo Oficio

El 28 de enero del año 1780, don Pedro Antonio de Cuéllar y doña Ana María Vicente otorgaban carta de pago y recibo de dote y capital de bienes en Madrid, ante el escribano don Manuel García Jiménez⁶.

Como ya se haya adelantado, doña Ana María era hija de un familiar del Santo Oficio, que ejercía además de portero de cámara de su majestad, don Miguel Vicente, y de su esposa, doña María Moreno. El padre, trabajador manual que había desempeñado el puesto de manguitero del rey desde 1756, se convertía en 1770 en portero de cámara de su majestad⁷, logrando de este modo una mayor proximidad a la figura del monarca, con todos los beneficios que llevaba aparejados.

Don Pedro Antonio de Cuéllar, el contrayente, se hallaba ya en el momento de su matrimonio huérfano así de padre como de madre. No obstante, su padre, don Pedro Pascual de Cuéllar, había sido portero de cámara del Consejo de Inquisición. Y él ocupaba en 1780 el cargo de portero de estrados en propiedad, también del Consejo de Inquisición.

Estos datos sirven para definir a una familia en la que los progenitores de ambos esposos desempeñaban un puesto en el complejo engranaje del Santo Oficio, aún cuando sus categorías fueran distintas dentro de la institución sobre la que nos hallamos tratando –el uno portero de cámara del Consejo de Inquisición y el otro familiar, y por lo tanto este último sin un salario por ejercer dicho cargo, al que sí se hallaban aparejados mercedes y privilegios-. Así mismo, el hijo varón, don Pedro Antonio de Cuéllar, había mantenido oficio similar al de su padre dentro de la misma

⁶ Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Madrid (AHPM), Prot. 19.007, fols. 5-41.

⁷ Archivo General de Palacio, Expedientes Personales, caja 1090, exp. 38.

institución. Por su parte, la hija de don Miguel Vicente, dado su sexo y la imposibilidad que conllevaba de desempeñar en la época un cargo público, contraía matrimonio con un miembro de la institución de la que formaba parte su padre. Observamos así el reflejo de la endogamia dentro del Santo Oficio de la Inquisición.

El establecimiento de matrimonios entre quienes pertenecían a los mismos cuerpos constituyó una dinámica habitual durante el Antiguo Régimen. Ésta se encontraba determinada por el interés de perpetuar el modelo organizativo de la estructura social. Una sociedad férreamente corporativa sobre la que se sentaban las bases del orden de la sociedad propiamente dicha, valga la redundancia, y como consecuencia el orden dentro del Estado.

Los lazos o vínculos establecidos dentro del mismo cuerpo, en el caso que centra nuestra atención dentro de la misma institución, se extendían más allá de la familia nuclear básica.

En la escritura del capital con el que don Pedro Antonio de Cuéllar accedía al matrimonio aparecían recogidos varios créditos a su favor. El primero de ellos de una cantidad de 2.827 reales y 7 maravedís, que le estaba debiendo don Joaquín Aedo, que era, a su vez, portero de cámara del Consejo de Inquisición. Estos le habían sido prestados por don Pedro Antonio para que pagara las «propias y pruebas» de su empleo, con fecha de 10 de julio de 1778⁸. Otro crédito a favor del portero de estrados se correspondía con 800 reales que le debía don Pedro Gutiérrez Barona, y que restaban de los 1.500 que le había prestado a quien también desempeñaba su oficio dentro de la misma institución, como oficial mayor de la Contaduría del Consejo de Inquisición⁹.

A partir de estos datos podemos referirnos a la existencia de una red de individuos configurada dentro del cuerpo que constituía el Santo Oficio. Con respecto a ella, podríamos afirmar, por un lado, la existencia de una relación de solidaridad entre dichos miembros; que, por otro lado, derivaría en que se generaran unas relaciones clientelares, en este caso entre quien prestaba el dinero y aquellos a los que les era prestado, quedando en cierta manera subordinados al primero. Estamos seguros de que el estudio sistemático de las personas que formaban parte de esta institución, desde una perspectiva prosopográfica, arrojaría información sobre la existencia de varias redes de carácter similar.

En lo que respecta al terreno de la cultura material, las permanencias son la tónica general. La legislación castellana que regulaba la transmisión patrimonial dentro de las familias daba lugar a que los bienes aportados por don Pedro Antonio de Cuéllar a su matrimonio se correspondieran, en buena medida, con los que había

⁸ AHPM. Prot. 19007, fols. 16v.-17 r.

⁹ AHPM. Prot. 19007, fol. 17 v.

heredado formando parte de las legítimas paterna y materna¹⁰. Constatándose así la continuidad en el uso de elementos disfrutados por la generación anterior. No obstante, había que añadir también algunos otros que él había adquirido posteriormente, probablemente como fruto del salario que recibía por el desempeño de su trabajo: «(...) todos los bienes que le corresponden en propiedad, así por sus legítimas paterna y materna, y otros que después ha adquirido...»¹¹.

1.1. Noticias a través de la pintura

El conjunto de «pintura»¹² registrado en la escritura de capital de bienes nos permite llevar a cabo algunas apreciaciones. De las once obras que lo componían todas eran de temática religiosa, salvo una, el retrato de don Pedro: una pintura de Nuestra Señora de la Concepción, otra de Nuestra Señora de Belén, una de San Pedro Pascual, otra de San Francisco de Asís, una estampa de Nuestra Señora de la Paz, dos estampas de San Ignacio y San Francisco Javier, otra de Nuestra Señora de la Estrella, un Eccehomo, otra pintura del Santísimo Cristo de Burgos y una pintura retrato del nominado don Pedro¹³. Este último era el más caro, tasado en 480 reales de vellón, seguido por una pintura de Nuestra Señora de la Concepción de gran formato –más de dos varas de largo y tres cuartas de ancho- con marco de media caña dorado, valorada en 420 reales de vellón. Dadas sus características materiales, dimensiones, marcos dorados, tasaciones, que en ambos casos superaban los 400 reales de vellón, lo que nos indica que nos encontramos ante obras de cierta calidad, estos dos cuadros debían hallarse concebidos para ocupar uno de los espacios principales de representación dentro de la vivienda, la sala, mostrando el estatus económico y la posición social distinguida de su propietario. El de Nuestra Señora de la Concepción con el objetivo de mostrar el carácter piadoso de don Pedro, acorde a la espiritualidad del momento. Recordemos la fuerza que adquirió el culto a la Inmaculada Concepción y su impulso en España por parte de la Monarquía, que llevó a su oficialización desde Roma¹⁴. Por otra parte, mediante su retrato don Pedro buscaba equipararse socialmente con aquellos miembros de la familia real o de la

¹⁰ Juan Manuel Bartolomé Bartolomé y Máximo García Fernández, “Patrimonios urbanos, patrimonios burgueses. Herencias tangibles y transmisiones inmateriales en la Castilla interior”, *Studia Historica. Historia Moderna* 33 (2011), 29-60.

¹¹ AHPM. Prot. 19007, fol.6 r.

¹² Pintura es la categoría establecida por el escribano, sin embargo, dentro de ella introduce también las estampas.

¹³ AHPM. Prot. 19007, fol.6 r.-6 v.

¹⁴ Suzanne Stratton, “La Inmaculada Concepción en el arte español”, *Cuadernos de arte e iconografía*, t. 1, nº 2 (1988), 3-128. Así mismo, presenta gran interés el Dossier coordinado por Bernard Vincent, “La Inmaculada Concepción, la Monarquía Hispánica y el mundo”, *Magallánica: Revista de Historia Moderna*, 3, nº 5 (2016). Nuestras investigaciones nos han permitido establecer que en un 30% de los hogares de los servidores de la Monarquía existían representaciones de la Inmaculada Concepción, Natalia González Heras, “La religiosidad doméstica de las élites al servicio de la Monarquía en el siglo XVIII. Reflejos materiales de actitudes piadosas”, *Cuadernos de Historia Moderna*. Anejo XIV (2015), 85 – 106 y “Domestic religiosity in the eighteenth century Spanish Court: Elite women, everyday life spaces and material culture. An approach to a study in progress”, *Revista Portuguesa de História* 47 (2016), 93 – 108.

aristocracia tradicional que eran quienes hasta entonces se hacían retratar. En definitiva, emular a los estratos superiores de la sociedad¹⁵.

El resto de pinturas y estampas eran de reducido valor, en 15 reales de vellón se tasó el cuadro de Nuestra señora de Belén, en 30 el de San Francisco de Asís y en 8 la pintura sobre tafetán del Santísimo Cristo de Burgos. A los 100 reales ascendió la pintura de San Pedro Pascual, que entendemos como una herencia paterna, puesto que el progenitor de don Pedro Antonio llevaba el nombre de aquel santo mártir.

La tasación de las estampas era aún menor, valorada la de Nuestra Señora de la Paz en 4 reales; las dos de San Ignacio y San Francisco Javier en 8; y la de Nuestra Señora de la Estrella también en 8 reales de vellón. Éstas, de ningún valor representativo, debieron servir como imágenes de devoción, intercesoras entre el fiel y Dios, a las cuales su propietario se dirigiera en sus plegarias, siguiendo los dogmas del catolicismo post-tridentino, según quedó establecido por el decreto «De invocatione, veneratione et reliquiis sanctorum», en la sesión XXV del Concilio de Trento (celebrada los días 3 y 4 de diciembre del año 1563). Dichas estampas estaban destinadas a ocupar espacios más recoletos dentro de la casa que la precitada sala, como la alcoba o el dormitorio, que proporcionaran a su propietario los momentos de intimidad necesarios para llevar a cabo la práctica de la oración con el recogimiento requerido.

Por su parte, la dote de doña Ana María Vicente ascendía a 165.612 reales de vellón, superando los 70.607 reales del capital que aportaba al matrimonio don Pedro Antonio. Los elementos que la componían trascendían las típicas dotes femeninas compuestas fundamentalmente por la ropa blanca y de vestir propias de la novia, y la ropa blanca de la casa –sábanas, colchas, almohadas, mantelerías–, además de la estructura de la cama –el mueble– y sus correspondientes colchones. En ésta hallamos mayor diversidad, un hecho infrecuente cuando se trataba de las primeras nupcias de la novia, como en el caso de doña Ana María, y que solía asociarse a mujeres que contraían segundo o sucesivos matrimonios, puesto que portaban los elementos que ya habían compuesto sus hogares anteriores. Tal diversidad bien podría traducirse en el objetivo de representar la condición socio-económica «elevada» de la contrayente y su familia.

Para poder establecer una comparación con el conjunto de pinturas y estampas de su esposo, así como el significado que a aquél le hemos atribuido, analizaremos las que aportó doña Ana María. Sólo eran seis, pero su tasación superaba los 1.091 reales de vellón en los que se valoraron las de don Pedro Antonio. Dos pinturas tasadas en 600 reales, una de la Coronación de Nuestra Señora y otra del Santísimo Cristo de Burgos, la cual podríamos interpretar como una devoción compartida por los esposos, incluso heredada de sus familias, dado que aparecía en ambos inventarios.

¹⁵ Natalia González Heras, “Representarse como noble a través de la vivienda en la Corte del siglo XVIII” en *Procesos de civilización: Culturas de élites, culturas populares. Una historia de contrastes y tensiones*, ed. José María Imízcoz Beunza (Vitoria: Universidad del País Vasco, en prensa).

Otras dos pinturas de San Juan de Dios y San Antonio con el Niño, valoradas en 500 reales de vellón y, finalmente, para acabar con el conjunto de temática religiosa, una Verónica, con tasa de 350 reales de vellón¹⁶.

La única pintura que escapaba a dicha temática era, al igual que en el caso de su esposo, un retrato de doña Ana María, vestida de peregrina y valorado en 900 reales, que entendemos que cumplía también como el de su marido con el objetivo de representarse socialmente.

Ni países, ni batallas, ni temas mitológicos, la religión centraba estos dos pequeños conjuntos de pintura que habrían de servir como elementos de representación de la condición de fieles católicos de sus propietarios, sobre todo aquellos que decoraban las estancias de recepción de su vivienda, expuestos para ser vistos por quienes accedían hasta allí. Al mismo tiempo que algunos de ellos se utilizarían como imágenes a las que rendir culto por parte de este nuevo matrimonio.

1.2. El testimonio de las librerías

El conocimiento de las bibliotecas privadas se considera clave a la hora de penetrar en la esfera cultural de los individuos y cómo ésta se hallaba fuertemente marcada por los valores que se desprendían del medio en el que desempeñaban su oficio¹⁷. Resulta necesario recordar que los libros que alguien poseía no tenían por qué constituir sus lecturas. Sin embargo, la presencia en los anaqueles de determinados títulos iba a servir para definir a su propietario ante quienes los observaran cuando visitaran su residencia, en la misma línea que lo hacía la pintura¹⁸.

La librería de don Pedro Antonio de Cuéllar se hallaba compuesta por un total de 22 volúmenes¹⁹, donde destacaba la autoría de fray Luis de Granada, así por su proporción de escritos con respecto al resto de autores, como por el capital que

¹⁶ AHPM. Prot. 19007, fols.30 r.-30v.

¹⁷ Son múltiples los trabajos realizados en este ámbito, donde caben destacarse, entre otros, la amplia producción de Inmaculada Arias de Saavedra Alías, “La biblioteca del jesuita José Ruiz, profesor de Teología Moral (1767)”, en *Iglesia y sociedad en el reino de Granada (ss. XVI-XVIII)*, coords. Miguel Luis López-Guadalupe, Antonio Lara y Antonio Luis Cortés (Granada: Universidad de Granada, 2003), 311-325; “Los libros privados de los profesores del colegio jesuita de San Pablo de Granada”, *Aulas y saberes* 1 (2003), 159-180; “Libros extranjeros en la biblioteca del matemático Benito Bails (1737-1797)”, en *Los extranjeros en la España Moderna*, vol. 2, dirs. María Begoña Villar y Pilar Pezzi (Málaga: Universidad de Málaga), 125-138; “Libros, lectores y bibliotecas privadas en la España del siglo XVIII”, *Chronica nova: Revista de historia moderna de la Universidad de Granada* 35 (2009), 15-61; “Lecturas de un magistrado del Antiguo Régimen: la biblioteca de Rodrigo Márquez de Plata, juez de grados de la Audiencia de Sevilla”, en *Tradición versus innovación en la España Moderna*, vol. 1, eds. Juan Jesús Bravo Caro y Siro Villas Tinoco (Málaga: Universidad de Málaga, 2009), 219-240.

¹⁸ Natalia González Heras, “Las librerías en las casas de los empleados del Estado a finales del Antiguo Régimen” en *II Encuentro de Jóvenes investigadores en Historia Moderna. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, ed. Félix Labrador Arroyo (Madrid: Fundación Española de Historia Moderna, 2015) 1033 - 1052.

¹⁹ AHPM. Prot. 19007, fols.16 r.-16v.

representaban en la tasación. Poseía ocho tomos de sus *obras* y otro de su *vida*, los nueve forrados en pergamino, tasados en 280 reales de vellón. A los que había que sumar un volumen más de *oraciones* y *ejercicios devotos*, cuya autoría se atribuía también al fraile, tasado en 3 reales de vellón. Los primeros, dada su calidad material y correspondiente tasación, bien podían considerarse como una colección más concebida por su valor para ser poseída y mostrada. Sin embargo, el volumen de *oraciones* y *ejercicios devotos*, se percibe como un libro de escasísimo valor económico, destinado fundamentalmente al uso práctico de su contenido.

Respecto a este autor, pese a que algunos de sus textos fueron recogidos en el *Índice de libros prohibidos* en 1559, el Concilio de Trento revisó y aprobó dichos escritos, confirmándose esta aprobación por el Papa Pío IV. Finalmente, debido a la combinación que realizó de la teología tomista con la espiritualidad de corte renovador que se estaba desarrollando en la Península, fue considerado como «el portavoz» de la espiritualidad emanada del concilio de Trento²⁰.

Al igual que ocurría con la pintura, la temática religiosa superaba al resto dentro de esta pequeña biblioteca. Se apartaban de aquella dos títulos de contenido histórico, un volumen sobre la *Conquista de Cataluña*, escrito por el marqués de Olías y tasado en 15 reales de vellón, y *Monarquía hebrea*, del marqués de San Felipe, valorado en 16 reales de vellón. Fuera ya de la categoría Historia, en este caso dentro del género poético, se encontraban las obras de Gerardo Lobo, valoradas en 6 reales. Una de las escasas producciones que componían dicha librería que databa del siglo XVIII. Para lo avanzado de la centuria, cabe destacar que no aparecían textos que podamos atribuir a las corrientes de pensamiento ilustrado, españolas o europeas, tampoco había libros científicos y el único idioma presente era el castellano.

Por el contrario, las vidas de santos ocupaban un lugar destacado. Una *Introducción a la vida devota de San Francisco de Sales*, que había sido continuador de la corriente sobre humanismo devoto iniciada por el precitado fray Luis de Granada, tasada ésta en 5 reales; la *Vida de San Ignacio de Loyola*, escrita por el padre Francisco García, en 6 reales; la *Vida de San Francisco de Paula*, por fray Miguel Mestre, en 10 reales. A ellas había además que sumar la *Vida del venerable Juan Dionisio Escoto*, escrita por el padre José Jiménez Samaniego y valorada en 6 reales, y la *Vida de Jesucristo Nuestro Señor*, de fray Fernando Valverde, tasada en 8 reales.

Todas ellas habrían de servir como modelos de comportamiento, a los que venían a sumarse los narrados en el tratado moral *La familia regulada*, del padre franciscano fray Antonio Arbiol. Tasado en 8 reales de vellón, recogía *la doctrina de la Sagrada Escritura y de los santos padres de la Iglesia católica* y constituyó uno de los libros

²⁰ Ver Fray Luis de Cos Pérez de Camino, *La espiritualidad naturalista de Fray Luis de Granada. La contemplación de Dios en la naturaleza en la "Introducción del Símbolo de la Fe"* (Madrid: Fundación Universitaria Española, 2009).

reimpreso más veces a lo largo del siglo XVIII, cuya primera edición databa de 1715²¹.

Un libro de escaso valor, tasado sólo en 2 reales, los *Milagros de Nuestra Señora de Villaescusa*, venía a cerrar la categoría de religión. No obstante, el teatro de corte religioso y propio del siglo de Oro que representan los *Autos Sacramentales* de Calderón de la Barca, un libro en este caso cuyo precio, 24 reales de vellón, le distanciaba de la corta tasa de los anteriores, comprendemos que atendiendo a la calidad de su edición, tampoco se alejaba de la línea ortodoxa de esta biblioteca.

Y para finalizar con el análisis de esta librería, cabe ser mencionada la *Relación Histórica del Auto General de Fe*, de don José del Olmo. Pese a que su tasación no la dotaba de un valor especial, fue valorada en 6 reales de vellón, este libro cobra un significado importante al hallarse dentro del conjunto poseído por alguien que desempeñaba un cargo al servicio del Consejo de Inquisición. Pudiéndole identificar como miembro del cuerpo al que pertenecía y como tal representarse.

1. 3. Otros elementos que representaban la condición socio-profesional

Pero existieron también otros elementos entre los bienes de don Pedro Antonio de Cuéllar que cumplieron con la función de objetos mediante los cuales representarse como parte de aquella institución. Entre las diversas piezas realizadas en plata que componían su capital de bienes, donde encontramos nueve medallas pequeñas, tasadas en 18 reales; una Nuestra Señora del Pilar, en 15 reales, y una cruz de plata con un Santísimo Cristo de marfil dentro, con su cristal, valorado en 110 reales²², y que servían para reafirmar la condición de buen católico que venimos atribuyendo a este sujeto, habría que destacar dos veneras, una de oro que llevaba esmaltadas las armas de la Inquisición, tasada en 200 reales de vellón y otra de plata con las armas de la Santa Inquisición, guarnecida con cuarenta y dos diamantes rosas, que alcanzaba los 2.400 reales de valor²³.

Pese a la ausencia de libros entre los bienes aportados al matrimonio por doña Ana María, su condición como devota católica quedaba reflejada, además de en las precitadas pinturas, en muebles tan significativos como la cama. La hija del familiar del Santo Oficio aportaba una cama imperial, cuyo testero aparecía dorado y encarnado y llevaba una María en medio²⁴. Sobre el significado de este tipo de cabeceros, podríamos decir que, entendiendo la cama como el mueble sobre el que se iba a consolidar la nueva familia –con la consumación del matrimonio entre los contrayentes en el lecho- y en el que se iban a suceder buena parte de los acontecimientos del ciclo vital de los individuos –la concepción de los hijos, el

²¹ Remito al estudio introductorio realizado por Roberto Fernández en fray Antonio Arbiol, *La familia regulada* (Zaragoza: Institución Fernando El Católico, 2000).

²² AHPM. Prot. 19007, fol.19 r.

²³ AHPM. Prot. 19007, fol.19 v.

²⁴ AHPM. Prot. 19007, fol. 35 r.

nacimiento, el padecimiento de la enfermedad y la muerte-, que apareciera una Virgen María en él aseguraba la protección.

La devoción hacia la Virgen por parte de doña Ana María se podía apreciar, así mismo, por su aparición en pequeños objetos de uso cotidiano como una benditera, de poco valor económico, 25 reales de vellón, pero probablemente de utilización frecuente. Aparecía registrada como una pila de cristal con una María de colores para agua bendita²⁵.

También entre los regalos que doña Ana María recibió con motivo de su matrimonio hallamos objetos que poseen una carga devocional, combinada con su carácter de elementos de representación, a la vez social, dado su valor intrínseco por estar realizados en plata, y religioso, por contener motivos de este tipo. Es el caso de una medalla de plata dorada muy grande de Nuestra Señora del Sagrario de Toledo, tasada en 420 reales, y una pililla de plata con su cruz, y en ella un Santísimo Cristo, en 240 reales²⁶.

Epílogo

El análisis del caso que constituye la familia de don Pedro Antonio de Cuéllar y doña Ana María Vicente nos lleva a definir a estos individuos dentro de unos patrones caracterizados por su mantenimiento, por las permanencias y la continuidad en las formas ortodoxas de la religión católica impulsadas a partir de Trento y de la estructura social propia del Antiguo Régimen. Aún cuando la avanzada década de 1780 comenzaba a ofrecer reflejos de una sociedad con unas mentalidades en proceso de cambio y de una institución -la Inquisición- que había ido perdiendo el lugar de poder como órgano de la Monarquía que ostentara durante los dos siglos anteriores.

La baja condición de los puestos ocupados en el Santo Oficio por quienes han centrado este estudio era reflejo de sus orígenes sociales. No obstante, podríamos afirmar que, pese al punto de declive en el que se hallaba la Inquisición, representarse formando parte como miembros de ésta les dotaba de un vínculo “directo” con el aparato mediante el que ejercía su poder el Estado, a través del que conseguir prestigio dentro de la sociedad.

Desde este apartado final, reflexionamos además sobre el interés que tendría comparar a estos sujetos ortodoxos con aquellos que fueron perseguidos por el Santo Oficio a causa de una serie de actitudes que tendían a transgredir las normas. Observar a partir del estudio de la cultura material la posesión por parte de los últimos de elementos que rompían con lo establecido por la Iglesia Católica, la aparición entre sus libros de textos recogidos en los índices prohibidos, etc. De

²⁵ AHPM. Prot. 19007, fol. 35 v.

²⁶ AHPM. Prot. 19007, fol. 39 v.

manera que ésta se plantea como una investigación abierta en la que continuar avazando.

Recibido: 3 de mayo de 2017
Aprobado: 15 de julio de 2017

SERMÕES SETECENTISTAS PORTUGUESES DE AUTOS-DA-FÉ

Paulo Drumond Braga
(Cátedra Infante D. Henrique para os Estudos Insulares Atlânticos e a
Globalização / Universidade Aberta)

RESUMO

Esta comunicação pretende estudar os 14 sermões pregados nos autos da fé da Inquisição portuguesa durante o século XVIII e posteriormente publicados. Os respetivos autores procuravam demonstrar as verdades do Cristianismo e os erros do judaísmo, criticando a cegueira dos judeus, obstinados na sua não-aceitação de Cristo como o Messias. Visavam sobretudo os cristãos-novos que alegadamente judaizavam. Acabavam por funcionar menos como mecanismos auxiliares da conversão sincera dos cristãos-novos e mais como de propaganda, justificando a existência da Inquisição.

PALAVRAS-CHAVE: Portugal, Inquisição, sermões, autos-da-fé

PORTUGUESE SEVENTEENTH-CENTURY SERMONS PREACHED AT AUTOS-DA FÉ

ABSTRACT

This paper aims to study the 14 sermons preached in portuguese *autos-da-fé* during the XVIIIth century and published. Their authors sought to demonstrate the truths of Christianity and the errors of Judaism, criticizing the blindness of the Jews, obstinate in their non-acceptance of Christ as the Messiah. They aimed primarily at the New Christians who allegedly judaized. They ended up functioning less as auxiliary mechanisms for the sincere conversion of new Christians and more as propaganda, justifying the existence of the Inquisition.

KEYWORDS: Portugal, Inquisition, sermons, *autos-da-fé*.

1. Na Época Moderna, os sermões eram pregados em momentos tão diferentes como missões do interior, exéquias, ações de graças, panegíricos dos santos e da Virgem, canonizações, aniversários da fundação de casas conventuais, tomadas de hábito, procissões de resgate de cativos e bem assim todas as festas religiosas e litúrgicas¹.

¹ Para o estudo dos sermões em Portugal, cfr. Aníbal Pinto de Castro, *Retórica e Teorização Literária em Portugal. Do Humanismo ao Neoclassicismo* (Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2008); João Francisco Marques, *A Parenética Portuguesa e a Dominação Filipina* (Porto: Instituto Nacional de Investigação Científica, 1986); id., *A Parenética Portuguesa e a Restauração 1640-1668* (2 vols., Porto: Instituto Nacional de Investigação Científica, 1989); id., “Oratória sacra ou parenética”, em *Dicionário de História Religiosa de Portugal*, ed. Carlos Moreira Azevedo, vol. IV (Lisboa: Universidade Católica Portuguesa, Centro de Estudos de História Religiosa, 2001), 471-510; id., “A pregação fúnebre na Igreja da Lapa no aniversário da morte de D. Pedro IV: os sermões do P. Domingos da Soledade Sillos”, em *D. Pedro Imperador do Brasil, Rei de Portugal. Do Absolutismo ao Liberalismo* (Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 2001), 385-414; id., “Primeira jornada de D. Sebastião a Marrocos, no Verão de 1574, e a actuação dos pregadores portugueses”, em *Obra Selecta*, tomo I, vol. 1 (Lisboa: Roma Editora, 2008), 145-171; id., “O clero nortenho e as Invasões Francesas”, in id., *ibidem*, 67-144; Margarida Vieira Mendes, *A Oratória Barroca de Vieira*, 2.^a edição (Lisboa: Caminho, 2003); Paulo Drumond Braga, “A doença de D. João V como tema da oratória barroca: o problema da ‘cura’”, em *I Congresso Internacional do Barroco*, vol. I (Porto: Reitoria da Universidade do Porto, Governo Civil do Porto, 1991), 167-175; id., “Ataques às heresias e defesa da Inquisição. Sermões em honra de S. Pedro Mártir (Séculos XVII-XVIII)”, em *Anais do I Congresso Lusófono de Ciência das Religiões – Religiões e Espiritualidades, Culturas e Identidades*, vol. 3, ed. Isabel Drumond Braga, Maria Renata Duran e Andrea Doré (Lisboa: Edições Universitárias Lusófonas, 2015), 26-37; Francis Cerdan, “L’ oraison funèbre du roi Philippe II de Portugal (Philippe III d’Espagne) par Frei Baltasar Paez en 1621”, *Arquivos do Centro Cultural Português* 31 (1992): 151-170; Euclides dos Santos Griné, “A Construção da Imagem Pública do Rei e da Família Real em Tempo de Luto (1649-1709)” (dissertação de Mestrado em História Moderna apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, Coimbra, 1997); Federico Palomo, *Fazer dos Campos Escolas Excelentes. Os Jesuítas de Évora e as Missões do Interior em Portugal (1551-1630)* (Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian, Fundação para a Ciência e a Tecnologia, 2003), 291-308; id., *A Contra-Reforma em Portugal. 1540-1700* (Lisboa: Livros Horizonte, 2006), 77-81; Ana Isabel López-Salazar, “‘May de Lisboa e dos Portuguezes todos’. Imágenes de reinas en el Portugal de los Felipes”, em *Las Relaciones Discretas entre las Monarquías Hispana y Portuguesa: La Casa de Las Reinas (siglos XV-XIX)*, vol. III (Madrid: Polifemo, 2008), 1749-1776; José Pedro Paiva, “Episcopado e pregação no Portugal moderno. Formas de actuação e de vigilância”, *Via Spiritus* 16 (2009): 9-43; Belmiro Fernandes Pereira, *Retórica e Eloquência em Portugal na Época do Renascimento* (Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2012); Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “Eloquência, cativo e glorificação. O sermão de Frei José de Santa Maria por ocasião do resgate geral de cativos de 1655”, em *Triunfos da Eloquência. Sermões reunidos e comentados. 1656 a 1864*, ed. Maria Renata da Cruz Duran (Niterói: Universidade Federal Fluminense, 2012), 11-39; id., “Parenética e profissão de religiosas em Seiscentos: a glorificação da vida fora do século”, *Opsis* 13, 2 (2013): 419-447; id., “Eloquência e poder político: o púlpito madeirense ao serviço do Marquês de Pombal”, em *Diocese do Funchal. A Primeira Diocese Global. História, Cultura e Espiritualidades*, ed. José Eduardo Franco e João Paulo Oliveira e Costa, vol. 1 (Funchal: Diocese do Funchal, 2015), 503-515; id., “A parenética franciscana ao serviço da Monarquia por ocasião do nascimento de D. Maria Teresa de Bragança (1793)”, *Paralellus* 6, 12 (2015): 119-138; id., “Chorar uma Rainha em Portugal e no Brasil: os sermões por ocasião da morte de D. Maria I”, em *Anais do I Congresso Lusófono de Ciência das Religiões – Religiões e Espiritualidades, Culturas e Identidades*, vol. 3, ed. Isabel Drumond Braga, Maria Renata Duran e Andrea Doré (Lisboa: Edições Universitárias Lusófonas, 2015), 38-59; id., “Entre religião, ciência e política: a parénese seiscentista de Frei Amador da Conceição”, *Revista Territórios e Fronteiras* 9, 1 (2016): 131-146.

O caso particular das peças parenéticas proferidas nos autos-da-fé da Inquisição portuguesa nos séculos XVII e XVIII² têm interessado alguns estudiosos há anos³. Nesta comunicação serão trabalhados somente os casos setecentistas publicados.

2. Entre 1705 e 1749 foram pregados 14 sermões em autos-da-fé que tiveram direito a honras dos prelos. Sete foram-no em Lisboa (1705, 1706, 1707, 1709, 1746, 1748 e 1749), seis em Coimbra (1706, 1713, 1718, 1720, 1726 e 1727) e apenas um em Évora (1710).

No caso concreto de Lisboa, sabe-se que foram proferidos quatro no Rossio (1705, 1706, 1707, 1709) e três na igreja de S. Domingos (1746, 1748 e 1749). Os de Coimbra foram no terreiro de São Miguel. O único de Évora foi no «taboieyro da Parochial Igreja de Santo Antam». Tratavam-se, obviamente, dos locais habituais onde decorriam os autos-da-fé⁴.

Os sermões foram publicados com escasso lapso temporal em relação aos momentos em que foram pregados. Os de Diogo da Assunção Justiniano (1705 e 1710), Francisco de Santa Maria (1706), Cristóvão de Santa Maria (1706), José de Oliveira (1707), Bernardo Teles (1709), Francisco Vieira (1718), Francisco de Torres (1720), José do Nascimento (1726), José dos Anjos (1727) saíram em poucos meses,

² Sobre esta cerimónia, cfr. Francisco Bethencourt, *História das Inquisições. Portugal, Espanha e Itália* (Lisboa: Temas e Debates, 1996), 196-227; Isabel Drumond Braga, “‘Para Triumpho da Fé e mayor gloria de Deos’: o cadafalso do auto da fé de Lisboa de 1698 segundo o projecto do architecto Luís Nunes Tinoco”, *Artis* 4 (2005): 191-204; id., “Representação, poder e espectáculo: o auto da fé”, em *Turres Veteras VIII. História das Festas* (Lisboa: Edições Colibri; Lisboa: Instituto Alexandre Herculano; Torres Vedras: Câmara Municipal de Torres Vedras, 2006), 177-185; id., “O auto da fé: uma festa apreciada e criticada”, em *Lisboa e a Festa. Celebrações Religiosas e Cívicas na Cidade Medieval e Moderna. Colóquio de História e de História da Arte. Actas*, ed. Teresa Leonor M. Vale, Maria João Pacheco Ferreira, Sílvia Ferreira (Lisboa: Câmara Municipal de Lisboa, 2009), 87-103; id., “Auto da fé. Portugal”, em *Dizionario Storico dell'Inquisizione*, ed. Adriano Prosperi, Vincenzo Lavenia e John Tedeschi, vol. I (Pisa: Edizione della Normale, 2010), 123-124; Giuseppe Marcocci e José Pedro Paiva, *História da Inquisição Portuguesa. 1536-1821* (Lisboa: A Esfera dos Livros, 2013), 261-280.

³ Edward Glaser, “Portuguese Sermons at Autos-da-Fé: Introduction and Bibliography”, *Studies in Bibliography and Booklore*, II, 2 (1955): 53-96; Idem, “Invitation to Intolerance. A Study of the Portuguese Sermons preached at Autos-da-Fé”, *Hebrew Union College Annual*, XXVII (1956): 327-385; Maria Lucília Gonçalves Pires, “Alteridade e Conversão. Retórica dos Sermões de Auto-da-Fé”, em *Xadrez de Palavras. Estudos de Literatura Barroca* (Lisboa: Cosmos, 1996), 119-129; id., “Sermões de Auto-da-Fé. Evolução de Códigos Parenéticos”, em *ibidem*, 131-141; Howard W. Norton, “An Analysis of a Sermon Preached against the Jews at the Portuguese Inquisition”, em *Inquisição. Ensaio sobre Mentalidade, Heresias e Arte*, ed. Anita Novinsky e Maria Luiza Tucci Carneiro (São Paulo: Universidade de São Paulo, 1992), 503-511; Joana Pinheiro de Almeida Troni, “Para o Estudo da Parenética Anti-Judaica: o Sermão do Auto-da-Fé de Frei Filipe Moreira (Lisboa, 25 de Junho de 1645)”, *Olisipo*, 26 (2007): 7-13; Dominika Oliwa, “Defending the catholic faith or spreading intolerance? The sermon delivered during auto-da-fé in 17th century Portugal as an example of anti-jewish literature”, *Scripta Judaica Cracoviensia* 10 (2010): 71-83; Giuseppe Marcocci e José Pedro Paiva, *História da Inquisição Portuguesa*, 270-271.

⁴ Veja-se alguns dos trabalhos citados na nota 2.

no mesmo ano do auto-da-fé. O de Bernardo de Castelo Branco foi pregado em agosto de 1713 e saiu no ano seguinte. Mais tempo demoraram os de Francisco de S. Tomás (cinco anos), Miguel de Bulhões (quatro anos) e Manuel da Anunciação (dois anos).

A publicação de sermões justificava-se por várias razões: sendo úteis instrumentos de utilidade catequética e importantes meios de propaganda e de ataque, chegavam assim também aos que os não tinham ouvido; satisfaziam o interesse da população culta; eram procuradas pelos próprios pregadores, que assim se muniam de exemplos de fácil imitação⁵.

Um dos sermões, o que proferiu Francisco de Santa Maria em 1706, foi dedicado a Michelangelo dei Conti (1655-1724), núncio em Portugal desde 1698 e, mais tarde (1721-1724), papa com o nome de Inocêncio XIII. Um outro, igualmente de 1706, pregado em Coimbra por Cristóvão de Santa Maria, foi-o a D. Nuno Álvares Pereira de Melo, filho do duque de Cadaval, reitor da Universidade de Coimbra, mestre-escola da sé de Évora e deão da de Portalegre, de quem o autor era capelão. Dedicados a D. Nuno da Cunha de Ataíde (1664-1750), inquisidor geral entre 1707 e 1750, foram cinco peças, da autoria de Bernardo Teles (1709), Diogo da Anunciação Justiniano (1710), Francisco de Torres (1720), José do Nascimento (1726) e José dos Anjos (1727).

Sabe-se, entretanto, que houve sermões que não chegaram a ser publicados, nomeadamente nos autos-da-fé realizados em Lisboa em 1704, 1711, 1713, 1714, 1737, 1739, 1741, 1744, 1745, 1747, 1750, 1752 e 1754; em Coimbra, em 1701, 1704, 1708, 1711, 1716, 1729, 1730, 1732, 1734, 1737 e 1739; e em Évora, em 1705, 1706, 1708, 1716 e 1760⁶. Ou seja, a maioria.

Quadro 1
Pregadores e Sermões em Autos-da-Fé Setecentistas

Pregador	Ordem	Local de pregação	Data da pregação	Data de impressão
Bernardo de Castelo Branco	Cister	Coimbra	1713	1714
Bernardo Teles	Cister	Lisboa	1709	1709
Cristóvão de S. Maria	S. Jerónimo	Coimbra	1706	1706
Diogo da Anunciação Justiniano	Secular	Lisboa	1705	1705
Diogo da Anunciação Justiniano	Secular	Lisboa	1710	1710
Francisco de S. Tomás	secular	Lisboa	1748	1753

⁵ Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “Eloquência, cativo e glorificação”, 14-15; James Rigney, “Sermons into print”, em *The Oxford Handbook of Early Modern Sermon*, ed. Peter McCullough, Hugh Adlington e Emma Rhatigan (Oxford: Oxford University Press, 2011), 198-212; Rosemary Dixon, “Sermons in print, 1660-1770”, in *ibidem*, 460-479.

⁶ José Lourenço B. de Mendonça e António Joaquim Moreira, *História dos Principais Actos e Procedimentos da Inquisição em Portugal* (Lisboa: Círculo de Leitores, 1980), sem paginação.

Francisco de Santa Maria	Congregação de S. João Evangelista	Lisboa	1706	1706
Francisco de Torres	Secular	Coimbra	1720	1720
Francisco Vieira	S. Agostinho	Coimbra	1718	1718
José de Oliveira	Eremitas de S. Agostinho	Lisboa	1707	1707
José do Nascimento	S. Jerónimo	Coimbra	1726	1726
José dos Anjos	Congregação de S. João Evangelista	Coimbra	1727	1727
Manuel da Anunciação	S. Domingos	Lisboa	1749	1751
Miguel de Bulhões	S. Domingos	Lisboa	1746	1750

3. Como autores das peças parenéticas em estudo, treze nomes se recenseiam: Bernardo de Castelo Branco (1655-1725), cisterciense; Bernardo Teles (?-1716), cisterciense, de Alcobaça, lente de Teologia da Universidade de Coimbra e reitor do colégio de S. Bernardo da mesma cidade e qualificador do Santo Ofício; Cristóvão de Santa Maria (?-1712), jerónimo, do mosteiro de Belém, lente da Universidade de Coimbra e qualificador do Santo Ofício; Diogo da Assunção Justiniano (1654-1714), arcebispo de Cranganor e presidente da Relação Eclesiástica do Arcebispado de Évora; Francisco de S. Tomás (?-1753), deputado e qualificador do Santo Ofício; Francisco de Santa Maria (1653-1713), geral da Congregação de São João Evangelista; Francisco de Torres, cônego magistral da sé de Coimbra e qualificador Santo Ofício; Francisco Vieira (1649?-1720), da Ordem de Santo Agostinho; José de Oliveira (1638-1719), dos Eremitas de Santo Agostinho, que fora em 1694 nomeado bispo de Angola e Congo, renunciando por motivos de saúde em 1700; José dos Anjos (1664-1731), da Congregação de São João Evangelista; José do Nascimento (?-1731), jerónimo; Manuel da Anunciação (?-1751), dominicano, qualificador do Santo Ofício e examinador sinodal das três ordens militares; e Miguel de Bulhões (1709-1779), dominicano, bispo de Malaca (1745-1747), do Pará (1748-1759) e de Leiria (1761-1779).

Em síntese, três clérigos seculares e os restantes regulares, a saber, dois agostinhos, dois cistercienses, dois dominicanos, dois jerónimos e dois loios. Em relação a cinco deles, sabemos que foram qualificadores do Santo Ofício, um dos quais igualmente deputado.

Apenas um, Diogo da Assunção Justiniano, foi autor de dois sermões, sendo os demais de apenas um.

4. Se bem que várias pessoas acusadas de outros crimes que não o judaísmo tenham saído nos sucessivos autos-da-fé⁷, a verdade é que, nesses momentos, a

⁷ Apenas a título de exemplo, no auto celebrado em Coimbra em 1706, em que pregou Cristóvão de Santa Maria, saiu um molinosista. Na mesma cidade, em 1713, quando pregou Bernardo de Castelo

oratória sagrada centrava as suas atenções no ataque aos cristãos-novos judaizantes, embora, como já foi notado por diversos autores, nunca se tenha usado a designação expressa «cristãos-novos», preferindo-se a de judeus. Na opinião de Edward Glaser, lograva-se, assim, difamar todos aqueles em cujas veias corria sangue hebraico⁸.

Assim, em 1705, Diogo da Anunciação Justiniano referia-se aos cristãos-novos portugueses como «disgraçadas reliquias do Judaismo! Infelices fragmentos da Synagoga! Ultimo despejo da Judea! Escandalo dos Catholicos!»⁹ Cerca de quatro décadas volvidas, o discurso não se alterara: em 1746, Miguel de Bulhões parecia glosar o autor anteriormente citado, ao recorrer às seguintes palavras: «infelices despojos de Israel, disgraçadas reliquias do Hebraismo, e pósthumos abortivos partos da Sinogoga»¹⁰.

Os sermões insistiam, invariavelmente, na velha temática da cegueira dos judeus, seguindo o que surge nas peças do século XVII¹¹: «povo cego, & enganado ha tantos seculos com esperanças vãs do teu falso Messias», clamava, em 1706, Cristóvão de Santa Maria¹². Muitos anos depois, em 1749, Manuel da Anunciação alertava contra a «ignorância» e a «teima» dos mesmos¹³. Francisco de Santa Maria procurou ser mais preciso, ao salientar que os judeus haviam saído da idolatria para a não-aceitação de Cristo como Messias: «Sahirão de hum mal para outro mal: Grande desgraça!»¹⁴ Alguns pregadores, como foram os casos de Diogo da Assunção Justiniano¹⁵, José de Oliveira¹⁶ e Bernardo Teles¹⁷, recorreram a textos vetero-testamentários para procurar mostrar, de forma minuciosa, que Cristo era o Messias.

Branco, quatro dos penitenciados foram sacerdotes que cometeram falsidades em diligências do Santo Ofício, Cfr. José Lourenço B. de Mendonça e António Joaquim Moreira, *História dos Principais Actos e Procedimentos da Inquisição*, sem paginação.

⁸ Edward Glaser, “Invitation to intolerance”, 384.

⁹ Diogo da Anunciação Justiniano, *Sermam do Auto da Fe, que se celebrou na Praça do Rocio desta Cidade de Lisboa, junto aos Paços da Inquisição, em 6 de setembro do anno de 1705, pregado pelo Illustrissimo, & Reverendissimo Senhor [...]* (Lisboa: António Pedroso Galvão, 1705), 5.

¹⁰ Miguel de Bulhões, *Sermão do Auto da Fe celebrado na Igreja de S. Domingos desta Corte, que recitou em 16 de Outubro de 1746 o Exm.º e Rm.º Senhor [...]* (Lisboa: Pedro Ferreira, 1750), 11. A este sermão foi dedicado um estudo específico, já anteriormente citado: Howard W. Norton, “An Analysis of a Sermon Preached against the Jews at the Portuguese Inquisition”.

¹¹ Veja-se alguns dos estudos citados na nota 3.

¹² Cristóvão de Santa Maria, *Sermão que pregou o P. M. [...] no Auto Publico da Fee que se celebrou em o Terreiro de São Miguel da Cidade de Coimbra, Domingo, vinte & cinco de Julho de 1706 [...]* (Coimbra: José Ferreira, 1706), 6.

¹³ Manuel da Anunciação, *Sermão do Auto Publico da Fé que na Igreja do Real Convento de S. Domingos [...] pregou-o [...]* (Lisboa: Domingos Rodrigues, 1751), 10.

¹⁴ Francisco de Santa Maria, *Sermam do Auto da Fé, que se celebrou na Praça do Rocio desta Cidade de Lisboa junto aos Paços da Santa Inquisição anno de 1706 em presença de Sua Magestade, & Altesas, pregado pelo [...]* (Lisboa: Manuel e José Lopes Ferreira, 1706), 39.

¹⁵ Diogo da Anunciação Justiniano, *Sermam do Auto da Fe, que se celebrou na Praça do Rocio desta Cidade de Lisboa, junto aos Paços da Inquisição, em 6 de setembro do anno de 1705 [...]*.

¹⁶ José de Oliveira, *Sermam que pregou no auto da fé, que se celebrou no Rocio [...] o Senhor [...]* (Coimbra: José Ferreira, 1707).

Em 1720, Francisco de Torres recordou ainda a alegada hipocrisia dos filhos de Israel, referindo-se às «simulações» e «fingimentos» dos cristãos-novos: «Para parecerdes Christãos adorais exteriormente, bateis nos peitos, ajoelhais, & levantai as mãos às Imagens de Christo, como verdadeiro Deos; & interiormente não o reconheceis, nem o venerais por Deos verdadeyro»¹⁸.

Miguel de Bulhões arriscou mesmo, em 1746, a classificar os judaizantes como ateus:

porque viveis sem Deos, sem ley. Sem Deos, porque nem adorais aos Deozes falsos, nem ao verddeiro Deos. Não adorais aos Deozes falsos, porque não tendes ídolos. [...] Não adorais ao verdadeiro Deos, porque não conheceis ao Deos Encarnado, nem a Deos Trino, e Uno. Também não tendes Ley, porque nem observais a Ley de Christo, nem a Ley de Moysés¹⁹.

Mas os pregadores não deixavam de abrir a porta para a possibilidade da salvação das almas dos penitenciados pela Inquisição. Uns apelavam diretamente à bondade divina: «Daylhes Senhor o lume sobrenatural da vossa Santissima fé, para que conheção, & entendam as verdades catholicas, que lhes pregão, & persuadem os ministros da vossa Igreja», rogava, em 1706, Cristóvão de Santa Maria²⁰. Outros deixavam tal ao arbítrio dos próprios cristãos-novos: «Na vossa mão tendes a vida, & a morte, a salvação, & condenação, vede o que escolheis», clamava, em 1706, Francisco de Santa Maria²¹.

Entretanto, José do Nascimento, que pregava em 1726, queria acreditar que o arrependimento dos cristãos-novos penitenciados pela Inquisição era sincero: «Fazey Senhor, que seja verdadeyro o arrependimento, dos que em habito de penitencia, cheção agora á vossa presença detestando a sua culpa»²².

Por seu turno, Bernardo de Castelo Branco recordou, em 1714, o quanto, em sua opinião, deviam os filhos de Israel aos cristãos de Portugal quer durante a Idade Média quer após a ordem de expulsão de Castela por parte dos Reis Católicos: «Consideray sem payção se tendes mais motivos de obrigação, & de amor, que de odio,& aversam a respeito destes Christãos»²³.

¹⁷ Bernardo Teles, *Sermam do Auto da Fe que se celebrou no Rocio de Lisboa, em Domingo 30 de Junh, no anno de 1709* [...] (Lisboa: Manuel e José Lopes Ferreira, 1709).

¹⁸ Francisco de Torres, *Sermão do Auto Publico da Fee, que se celebrou no pateo de São Miguel da Cidade de Coimbra em sette de Julho de 1720* [...] (Coimbra: Real Colégio das Artes, 1720), 5-7 e 21-22.

¹⁹ Miguel de Bulhões, *Sermão do Auto da Fe celebrado na Igreja de S. Domingos desta Corte*, 11-12.

²⁰ Cristóvão de Santa Maria, *Sermão que pregou o P. M.*, 27.

²¹ Francisco de Santa Maria, *Sermam do Auto da Fé*, 39.

²² José do Nascimento, *Sermão do Acto Publico da Fee que se celebrou no Terreyro de São Miguel da Cidade de Coimbra, em trinta de Junho de 1726* [...] (Coimbra: José Antunes da Silva, 1726), 30.

²³ Bernardo de Castelo Branco, *Sermão do Auto da Fé que se celebrou publicamente no terreyro de São Miguel da Cidade de Coimbra em 6 de Agosto de 1713* [...] (Coimbra: Real Colégio das Artes, 1714) 33.

Como seria de esperar, o tribunal do Santo Ofício foi por diversas vezes elogiado pelos pregadores. Seguiu-se aqui, uma vez mais, o que se passara no século XVII²⁴. Em 1710, Diogo da Anunciação Justiniano chamou a atenção para as «muytas obrigaçoens» em que os cristãos-novos se achavam perante a Inquisição que, com «grande piedade», «grande paciencia» e «ardentíssima caridade» procurava evitar o «rigor da espada», preferindo a «misericórdia da oliveyra»: Os «ministros deste Santo Tribunal não procurão o vosso castigo, desejão a vossa emenda»²⁵. Em 1718, Francisco Vieira insistia no tópico da misericórdia inquisitorial, não deixando de salientar o caso extremo dos relaxados ao braço secular: «castigão Judeos obstinados, & favorecem os confessos, & arrependidos»²⁶. Em 1727, José dos Anjos opinava que a ida dos cristãos-novos aos cárceres do Santo Ofício era o «princípio de todas as suas venturas», uma vez que ali eram exortados a deixar os erros e a seguirem a lei verdadeira «em que se hão de salvar»²⁷. E a vantagem da Inquisição sobre a justiça secular tornava-se evidente nas palavras de Francisco de S. Tomás, pregadas em 1753: «Olhai que, se cahires nas mãos da Justiça secular, ireis a arder em dous fogos. Sahireis do da ribeira, e no do Inferno, ireis arder para sempre»²⁸.

Num único caso, o sermão pregado em 1720, em Coimbra, por Francisco de Torres, se faz alusão a um delito sob a alçada do Santo Ofício que não o judaísmo, concretamente, o molinosismo ou quietismo. Tratava-se de um movimento místico surgido no século XVII, especialmente na Monarquia hispânica, França e Península Itálica, da autoria do sacerdote e místico aragonês Miguel de Molinos, no seu *Guía espiritual que desembaraça el alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la paz interior* (1675). Defendia a passividade na vida espiritual e mística, exaltando as virtudes da vida contemplativa e ainda que se deveria aceitar passivamente o que Deus está disposto a conceder. Em 1685, Molinos foi preso pela Inquisição romana, abjurando os seus erros. Dois anos depois, Inocêncio XI condenou as suas teses. Os primeiros processados pela Inquisição portuguesa datam de 1699. Até meados do século XVIII, o tribunal luso penitenciou cerca de 60 pessoas acusadas deste delito²⁹.

²⁴ Remeto, uma vez mais, para alguns dos trabalhos citados na nota 3.

²⁵ Diogo da Assunção Justiniano, *Sermão do Auto da Fé, que se celebrou no taboleiro da Parochial Igreja de Santo Antão de Évora, em Domingo 20 de Julho de 1710* [...] (Lisboa: António Pedroso Galvão, 1710), 34.

²⁶ Francisco Vieira, *Sermão do Auto da Fé que se celebrou no Pateo de S. Miguel da Cidade de Coimbra em 19 de Julho do presente anno de 1718* [...] (Coimbra: Real Colégio das Artes, 1718), 38.

²⁷ José dos Anjos, *Sermão no Auto Publico da Fé, que se celebrou na Praça de S. Miguel da Cidade de Coimbra em 25 de Maio de 1727* [...] (Coimbra: Real Colégio das Artes, 1727), 32.

²⁸ Francisco de S. Tomás, *Sermão do Auto Publico da Fé que na Igreja do Real Convento de São Domingos* [...] (Lisboa: Miguel Manescal da Costa, 1753), 23-24.

²⁹ Adelina Malena, “Molinos, Miguel de”, in *Dizionario Storico dell’ Inquisizione*, ed. Adriano Prosperi, Vincenzo Lavenia e John Tedeschi, vol. II (Pisa: Edizione della Normale, 2010), 1059-1060; id., “Quietismo”, in *ibidem*, vol. III, 1288-1294; Giuseppe Marcocci e José Pedro Paiva, *História da Inquisição Portuguesa*, 280-284.

O pregador, de forma algo surpreendente, escreveu:

lendo agora, pouco tempo antes de subir a este pulpito, a lista de todos os Reos, que neste acto sahem hoje penitenciados, vejo, não sem grande dor, & magoa do meu coração, penitenciados, não só os que pella desgraça do sangue, que participaraõ dos seus progenitores, se inclinão a quererem ser Judeos, & professores da Ley de Moyses; mas tambem a vòs, que tendo a ventura de participardes o limpo, & puro sangue de pays Catholicos, & que como tais vos criarão com o leite da doutrina Christã, & santamente vos educaraõ para seguirdes, & professares a Ley de Christo, vos apartastes della, sem outra alguma inclinação, que a isso vos movesse, mais do que a da vossa torpeza, querendo voluntariamente ser hereges, & professores da danada ceita, que ensinou o perverso Heresiarca Miguel de Molinos, & que condenou a Santidade do Sanctissimo Padre Innocencio XI.

Proseguiu depois com as habituais advertências: «Ó desgraçados Irmãos meus no sacerdocio, que devendo por vosso estado ser ministros de JESU Christo, pela vossa abominavel torpeza vos fizestes ministros de Satanás». Finalmente, era chegada a hora da reconciliação: «venturozos podeis ser na vossa emenda»³⁰.

5. Sendo a palavra oral um meio privilegiado de contacto entre as pessoas, torna-se claro que os sermões ganharam relevo durante as Épocas Medieval e Moderna, quando a maioria da população era analfabeta. Se excetuarmos a confissão, a parenética era o único meio de ouvir a palavra de Deus em língua vulgar, consequentemente uma poderosa arma para a conquista da mente e uma importante via de formação da consciência e da espiritualidade dos fiéis³¹. Era um elemento da vida social³² e um sucedâneo da educação doutrinal³³.

Se, em Portugal, nunca se deu prioridade à publicação de textos de ataque às heresias ou a comportamentos desviantes que caíam sob a alçada da Inquisição³⁴ e se

³⁰ Francisco de Torres, *Sermão do Auto Publico da Fee*, 33-34.

³¹ Erminia Ardissimo, *Il Barroco e il Sacro. La Predicazione del Teatino Paolo Aresi tra Letteratura, Immagini e Scienza* (Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2001), 10-17.

³² Lina Bolzoni, “Oratoria e prediche”, em *Letteratura Italiana*, ed. Alberto Asor Rosa, vol. III, parte II (Turim: Einaudi, 1984), 1065.

³³ Claudia di Filippo, “Pastorale tridentina ed educazione degli adulti nelle zone retiche e ticinesi all’epoca di Carlo Borromeo”, em *La Comunicazione del Sacro (secoli IX-XVIII)*, ed. Agostinho Paravicini Bagliani e Antonio Rigoso (Roma: Herder, 2008), 337.

³⁴ O que não quer, contudo, dizer que os mesmos não tenham sido escritos. Pense-se, por exemplo, no *Diálogo Evangélico*, de João de Barros (1531), no *Espelho de Cristãos-Novo e Convertidos*, de Frei Francisco Machado (1541) e na *Inquisição e segredos da fé*, de Diogo de Sá (anos 50 do século XVI). A Inquisição não autorizou a respetiva publicação, porque, por um lado, havia que evitar polémicas, por mais bem-intencionadas que fossem, sobre dogmas da Igreja Católica e, por outro, com tais livros poderiam os cristãos-novos aprender ritos judaicos ou recordar os já esquecidos. Cfr. I.-S. Révah, “O *Diálogo Evangélico* sobre os *Artigos da Fé contra o Talmud dos Judeus* de João de Barros”, em *Études Portugaises*, ed. Charles Amiel (Paris: Fundação Calouste Gulbenkian, Centro Cultural Português, 1975) 51-97; Mildred Evelyn Vieira e Frank Ephraim Talmage, “Introduction”, em *The Mirror of the New Christians (Espelho de Cristãos-Novos) by Francisco Machado* (Toronto: Pontifical Institute of Mediaeval

a escassa literatura polémica antijudaica surgiu entre os anos 10 do século XVII e a segunda metade da centúria seguinte, numa conjuntura muito específica, que se prende com alguma tensão com a comunidade cristã-nova³⁵, resta, como principais exemplos de condenação do judaísmo o caso dos sermões proferidos aquando dos autos-da-fé em Seiscentos e Setecentos.

Nestes textos, afadigavam-se os seus autores em demonstrar as verdades do Cristianismo e os erros do judaísmo, criticando a cegueira dos judeus, obstinados na sua não-aceitação de Cristo como o Messias. Visavam sobretudo os cristãos-novos que alegadamente judaizavam. Acabavam por funcionar menos como mecanismos auxiliares da conversão sincera dos cristãos-novos e mais como de propaganda, justificando a existência da Inquisição. Entretanto, pouco mais diziam a respeito de outros delitos inquiridos pelo Santo Ofício.

Se compararmos as peças parenéticas produzidas no século XVII com as que o foram na centúria seguinte, concluímos que as diferenças são escassíssimas, havendo somente a salientar um caso em que se verberou uma nova heresia, o molinosismo.

Recibido: 24 de mayo de 2017
Aprobado: 25 de julio de 2017

Studies, 1977), 13-14; Ronaldo Vainfas, “Deixai a Lei de Moisés! Notas sobre o *Espelho de Cristãos-Novos* (1541), de Frei Francisco Machado”, em *Ensaio sobre a Intolerância. Inquisição, Marranismo e Anti-Semitismo* (Homenagem a Anita Novinsky), ed. Lina Gorenstein e Maria Luiza Tucci Carneiro (São Paulo: Universidade de São Paulo, Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Laboratório de Estudos sobre a Intolerância, 2002), 241-263.

³⁵ Alguns destes textos eram traduções, nomeadamente do italiano. Alertavam a maioria cristã-velha contra a perfídia dos cristãos-novos. Como já foi lembrado, tudo isto surgiu em momentos de alguma tensão com a referida minoria: possibilidade de novos perdões-gerais, campanha a favor dos cristãos-novos do padre António Vieira, hipóteses de expulsão de Portugal da minoria, ou pelo menos dos que já haviam sido penitenciados pela Inquisição, e os desacatos das igrejas de Santa Engrácia (1630) e de Odivelas (1671). Cfr. Bruno Feitler, “A *Sinagoga Desenganada*: um tratado antijudaico no Brasil do começo do século XVIII”, *Revista de História* 148, 1 (2003), 107-124; id., “O catolicismo como ideal. Produção literária antijudaica no mundo português da Idade Moderna”, *Novos Estudos* 72 (2005), 137-158; id., “A circulação de obras antijudaicas e anti-semitas no Brasil colonial”, *Cultura. Revista de História e Teoria das Ideias* XXIV (2007) 55-74; id., *The Imaginary Synagogue. Anti-Jewish Literature in the Portuguese Early Modern World (16th–18th Centuries)* (Leiden e Boston: Brill, 2015).

MEDO E DESEJO NA MODERNIDADE: COMO OS PREGADORES ACONSELHAVAM SEUS REIS A LIDAR COM OS SENTIMENTOS?

Maria Renata da Cruz Duran

(Universidade Estadual de Londrina/Universidade de Lisboa - PDE/CNPq)

RESUMO

Elemento constitutivo da filosofia moral que embasou a política moderna e a expansão das Monarquias, a retórica sagrada reforçou o ideário humanista com a premência da utilidade do conhecimento e da universalidade dos sentimentos. Afetiva, essa instrução não raras vezes comprovou, na fogueira de Savonarola, a supremacia do temor ao amor, tal como anunciado por Maquiavel. Na França, Fénelon será um dos precursores dessa narrativa criando, nos *Diálogos sobre a eloquência* (1761), um espelho de pregadores utilizado no Brasil por frei Francisco do Monte Alverne, em suas *Obras Oratórias* (1858). Reflexo tardio do Antigo Regime, o ressentimento dá lugar a uma história dos sentimentos no âmbito da cultura em que se inscreve a legitimidade e a longevidade do medo na prédica moderna e se averigua a importância desse sentimento para a constituição da História e da sociedade na dobra da modernidade.

PALAVRAS-CHAVE: História dos sentimentos, oratória sagrada, frei Francisco do Monte Alverne, François Fénelon.

FEAR AND DESIRE IN MODERNITY: HOW DID THE PREACHERS ADVISE THEIR KINGS TO DEAL WITH THEIR FEELINGS?

ABSTRACT

Constitutive element of the moral philosophy that based the modern politics and the expansion of the Monarchies, the sacred rhetoric reinforced the humanistic mentality with the urgency of the utility of the knowledge and the universality of the feelings. Affectionate, this instruction seldom proved, at Savonarola's campfire, the supremacy of the fear against love, as announced by Machiavelli. In France, Fénelon will be one of the forerunners of this narrative, creating in the *Dialogues on eloquence* (1761) a mirror of preachers used in Brazil by Friar Francisco do Monte Alverne, in

his *Oratorical Works* (1858). Late reflection of the Old Regime, the resentment gives rise to a history of feelings within the framework of culture in which the legitimacy and longevity of fear is inscribed in modern preaching, and ascertain the importance of this feeling for the constitution of History and society in the fold of modernity.

KEYWORDS: History of feelings, sacred oratory, friar Francisco do Monte Alverne, François Fénelon.

Em 1532, o cônsul florentino Niccoló Maquiavel escrevia que «é muito mais seguro ser temido do que amado»¹. Um século depois, o pregador francês François Richelieu assinalava que «entre todos os princípios capazes de sensibilizar um Estado, o temor, que é fundado na estima e na reverência, tem esta força de dar a cada um mais interesse em cumprir o seu dever»². Para ambos, esse temor estava relacionado com o amor dedicado ao Príncipe, à quem tal sentimento era ministrado sob condições especiais, segundo o jesuíta Nuñez de Cepeda³:

Sea la tercera maxima, que la curacion de los Principes, se haboltura licenciosa del rey Herodes, y repara con discricion de hazer con la mayor suavidad, que permita la dolencia aunque sean las mismas las enfermedades que en los Plebeyos, de ordinario se aplican à estos, medianas mas dificiles y grosseros cuyo rigor no pudieran sufrir, los muy delicados por tener impaciente el sufrimiento, y el dolor inmediato à la puerta del sentido. Reprehendia el Batista la desenboltura licenciosa del rey Herodes, y prepara con discricion, la eloquencia griega, que no lo dize aquellas razones agrias que aunque verdades bien merecidas le pudieran al rey parecer injurias. Solo le dize, que no le es licito comunicar a la muger de su hermano. Advertile de sus obligaciones, mas como amoroso maestro, que le enseña, que como severo Juez que he reprende. Tratale con brandura porque pretende su emenda: y no ha de exasperar a los Principes, quien desea corregirlos. Gran prudencia es, usar con los Reyes, de un agrado humilde y amoroso, en orden a que obren como verdaderos hijos de la Iglesia, y no contentarse con la primera, o segunda amonestacion, porque se muestren desapacibles; sino insistir con rendidas suplicas, hasta que Dios los abra los ojos, la furça de la verdad los haga dexar torcidos empeños, y ponerse de parte de la justia. Asi se consejava à Gualtero, confesor del Rey de Sicilia, el Abad Blesense...⁴

¹Niccólo Machiavel, *O príncipe* (São Paulo, Martins Fontes, 1996), 30. Primeira edição 1536

²François Richelieu, *Testamento Político* (Lisboa, Círculo de Leitores, 2008), 303 *1a edição na BNF: Amsterdã, H. Desbordes, 1688.

³Para saber mais sobre o jesuíta e a importância da obra: Federico Revilla, “La simbología de Núñez de Cepeda en su libro de empresas “Idea de El Buen Pastor...”, en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología: BSAA*, tomo 46 (Madrid, 1980) 461-474.

⁴Francisco Núñez de Cepeda, *Idea de el buen pastor copiada por los SS. Doctores representada en empresas sacras, con avisos espirituales, morales, políticos y económicos para el gobierno de vn príncipe eclesiastico* (Valencia: Vicente Cabrera-Francisco Duarte, 1685), 527/8.

Na pastoral moderna do medo, a revelação da verdade figurava como primeiro ponto de inflexão, de que a consecução da justiça era o limite final e a manutenção do governo e da governabilidade, o resultado⁵. Na relação entre amor e medo, verifica-se tanto a permanência do medo como estratégia política⁶, quanto a polissemia multidirecional das emoções: alinhados, verdade, justiça e governo estavam envolvidos por camadas mistas e intercambiáveis de medo e desejo. Nesse amálgama, o orador deveria incutir o medo para dissimular as ilusões do desejo, anulando seus efeitos colaterais.

Na fórmula desenvolvida por esses «alquimistas» importava menos a quantidade dos elementos do que o modo pelo qual os mesmos eram misturados⁷. Ao desejo líquido, o medo era associado em forma gasosa, sob a bruma do mistério sagrado. De precipitação suave, os discursos remetidos ao príncipe também eram compostos pelo tempo concedido ao processo de conjugação entre os sentimentos e a razão, o interior e o exterior, a verdade e a justiça, o medo e o desejo; fazendo residir na harmonia a pedra filosofal da Monarquia⁸. Entendidos como elementos de retração e expansão⁹, medo e desejo compõe, portanto, uma dialética moderna em

⁵ João Francisco Marques, “O púlpito barroco português e os seus conteúdos doutrinários e sociológicos – a pregação seiscentista do *Domingo das Verdades*”, *Via Spiritus* 11 (2004): 111-148.

⁶ Isabel Drumond Braga, “Entre religião, ciência e política: a parenese seiscentista de Fr. Amador da Conceição”, *Revista Territórios & Fronteiras*, vol. 9, n. 1, (Cuiabá, 2016).

⁷ Maria Renata da Cruz Duran, *Retórica à moda brasileira: transições da cultura oral para a cultura escrita no ensino fluminense de 1746 a 1834* (São Paulo: Editora Unesp, 2013).

⁸ Harmonia ou longevidade política que, com o transcorrer do século constituiu-se como felicidade e que, segundo Koselleck (Reinhart Koselleck, *Futuro Passado. Contribuição à semântica dos tempos históricos* (Rio de Janeiro: Contraponto, 2006), aflorou durante o período do iluminismo; e que nas palavras de Monte Alverne se expressava da seguinte maneira: “Há um instinto de felicidade, que levanta sua voz poderosa no seio dos povos, assim como impera em cada homem. Esta expansão de magnanimidade, estas inspirações de heroísmo, esta missão, que faz aparecer nos mais soberbos teatros esses personagens destinados a marcar um período nos fastos do gênero humano, lança igualmente na arena as diferentes frações da sociedade, que instruídas pela reflexão, e estimuladas por sua própria dignidade, conquistam com os mais duros sacrifícios estas imunidades legítimas, sem a qual serão nulas todas as regalias”. Francisco do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II (Rio de Janeiro: Garnier, 1858), 327.

⁹ Para a historiadora alemã Monique Scheer, que compõe um dos mais proeminentes grupos de estudo da História dos Sentimentos (E. Sullivan, “The History of the Emotions: Past, Present, Future”, *Cultural History*, vol 2, no. 1, (2013): 94, «if naming emotions makes them available to experience, then charting changes in naming means writing a history of feeling in the fullest sense» (Monique Scheer, “Are Emotions a Kind of Practice (and Is That What Makes Them Have a History)? A Bourdieuan Approach to Understanding Emotion”, *History and Theory* 51, no. 2, (may, 2012): 214. Para Rolf Petri, compreender amplamente o significado dos sentimentos na História passa por entender que o modo como nos sentimos em relação ao passado é tão importante quanto o modo como escrevemos sobre esse passado (Rolf Petri, “The Idea of Culture and the History of Emotions”, en *Historiein*, vol. 12, (Athens, 2012), 25. Conforme Jorn Rüsen (Rolf Petri, “The Idea of Culture”), os sentimentos geram dispositivos de familiaridade sobre os quais se inscreve uma consciência histórica capaz de registrar e também averiguar noções de identidade. Para Wickeberg (Daniel Wickberg, “What Is the History of Sensibilities? On Cultural Histories, Old and New”, *American Historical Review*, 112(3) (june, 2007): 683), suspensa numa cultura livresca ainda incipiente, a história dos sentimentos na modernidade é ainda uma história das sensações forjada sob uma sonoridade discursiva de difícil escrutínio sem o reconhecimento dos sentimentos como elementos válidos para a historiografia.

cuja síntese se esforçaram aqueles à quem foi atribuída a missão de pregar a Palavra aos Príncipes.

Palavra cuja autoridade advém da «opinião e sentimento interior que os ouvintes têm da superioridade e merecimento do orador, pela qual ele influencia suas determinações»¹⁰. Oradores, cuja «confiança [...] implicada é confiança no poder de dizer [...] no poder de se reconhecer como personagem de narração [...] testemunho da competência da consciência moral»¹¹. Testemunho que não implica na certeza absoluta de si ou do que é dito, mas no poder da oração como guia para a reflexão e, no limite, para a própria ação, situando na retórica o dínamo de uma «lógica dos juízos de valor»¹², perpetrada na cultura livresca em manuais, compêndios, orações e sermões que chegam inclusive desenvolver uma hermenêutica própria¹³, tal como podemos averiguar na oração de um pregador real na corte fluminense de d. João VI:

Senhores, se apreciardes a sabedoria, e circunspecção, com que o príncipe se tem havido na sua melindrosa regência, dão deveis reconhecer desempenhadas por ele estas máximas de Fénelon?! E a homenagem que eu devo à justiça e à verdade. Oh Deus, Deus de poder e bondade, concedei a um príncipe justo e benfazejo, as bênçãos, que um súdito agradecido vos deve ardentemente implorar¹⁴.

François Salignac de la Mothe-Fénelon (1651-1715) tornou-se conhecido pela escrita do espelho de príncipe dedicado ao neto de Luis XIV, o Duque de Borgonha, intitulado *As aventuras de Telêmaco*. Reputado como influência direta do chamado iluminismo francês e também como renovador da oratória sagrada, influenciando sobretudo Bossuet, de quem foi uma espécie de mentor, teve sua obra *Diálogos sur la eloquence* (1718), publicada em português na edição da Oficina de António Rodrigues Galhardo, em 1761¹⁵.

Em seus *Diálogos*, Fénelon assinala que «para fazer uma impressão durável é necessário ajudar os espíritos, movendo as paixões»¹⁶. A durabilidade das impressões

¹⁰ Cônego Fidelis, *Compêndio de Rethorica* (São Paulo: Faculdade Jurídica, 1862), 9.

¹¹ Miguel Baptista Pereira, “Retórica, hermenêutica e filosofia”, *Revista Filosófica de Coimbra* 5-vol. 3 (1994): 26.

¹² *Ibidem*, 44.

¹³ Maria Renata da Cruz Duran, “Ecletismo e retórica na filosofia brasileira: de Silvestre Pinheiro Ferreira (1769-1846) ao frei Francisco do Monte Alverne (1784-1858)”, *Almanack*, v. 9, (2015): 115-135.

¹⁴ Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 281.

¹⁵ Pascal Eitler (et al), “Feeling and Faith. Religious Emotions in German History”, en *German History*, vol. 32, nº 3 (Oxford, 2014) 343-352. A presença de Fénelon na cultura lusófona ainda se faz notar pela paródia feminina de sua obra intitulada *As aventuras de Diófanes*, publicada pela luso-brasileira Teresa Margarida da Silva Orta, em 1752. Isabel Drumond Braga, “As ‘Máximas de Virtude e Formosura’ de Teresa Margarida da Silva e Orta (1752) ou a Influência de Fénelon em Portugal”, en *Sociedade Portuguesa de Estudos do Século XVIII* (Lisboa: Universitária Editora, 1991) 295-305.

¹⁶ François Fénelon. *Diálogos sobre a eloquência*. (Lisboa: Oficina de António Rodrigues Galhardo, 1761) 101.

era importante numa época em que a oratória, sempre passageira, se sobrepunha à literatura como meio de circulação das idéias e a materialização da memória. Nestes termos, conforme o pregador,

O modo de dizer as coisas, faz ver o modo por que as sente quem as diz: e isto é o que mais move o ouvinte. Nestes lugares não somente são necessários pensamentos; mas até se deve cortar a ordem e a ligação das coisas. Sem isto não é verossímil a paixão [...]¹⁷

Apaixonado, o discurso do entendimento obedecia a regras particulares quando semeado na religião, onde «*quase tudo é histórico*»¹⁸. Espelho de príncipes, mas também de oradores, Fénelon serviu de modelo para frei Francisco do Monte Alverne (1783-1858)¹⁹, um dos mais célebres pregadores reais do tempo de d. João VI, quando o Brasil experimentou uma espécie de modernidade tardia configurada pela presença da corte no Rio de Janeiro²⁰. Distantes em tempo e espaço, unidos pela forja de uma mitologia popular que sacralizou o testemunho, e com ele a habilidade retórica do orador, como fórmula de apresentação e escrutínio da verdade, Fénelon e Monte Alverne buscavam no sacrifício daqueles que professavam o exercício político, a legitimidade do poder monárquico:

Oh Roma, tu viste com orgulho teus bravos preferirem a morte ao perjúrio. Tu dás ainda hoje em espetáculo a todo o Universo este homem extraordinário, que aceitou os mais horríveis suplícios entre as mãos de seus vencedores para salvar a dignidade desta pátria, cuja exaltação predominava em sua alma! Tu fundaste na observância do juramento a base de tua grandeza nacional! O soldado romano adorava em suas bandeiras os deuses tutelares, por quem ele tinha jurado a defesa do Estado. Este dever foi a origem de tua regeneração nesse dia funesto, que pareceu eclipsar teu lustre, e aniquilar teu império! Vós recordareis sem dúvida essa batalha sanguinolenta em que a flor das tropas romanas cedeu em Cannas à intrepidez, e à tática do vencedor do Trasimeno. Estava resolvida a perda de Roma. Nem o Egito, nem o Ponto, nem a Bithinia teriam banhado em lágrimas as cadeias, que esta rainha orgulhosa devia lançar sobre seus pulsos. Nós juramos defender-nos até a última extremidade. Nem as tristes circunstâncias da república, nem os males, que devem cair sobre nós, o desterro, a morte nos demoverão do nosso propósito. Se algum de nós se atrever a quebrantar a fé jurada, possa Júpiter conservador fulminá-lo com seus raios! Tal foi o juramento extorquido por Scipião a alguns moços, que não se davam por seguros dentro mesmo de suas torres, que pretendiam

¹⁷ *Ibíd.*, 90.

¹⁸ *Ibíd.*, 141.

¹⁹ Frei Francisco do Monte Alverne nasceu no Rio de Janeiro em 1783. Ingressou na Ordem Franciscana em 1802, aonde lecionou Filosofia Moral e Retórica por cerca de 20 anos. Em 1808, foi nomeado pregador imperial, honra que só deixou em 1836, quando ficou cego. Foi um dos primeiros pregadores a ver seus sermões publicados, em 1858, pela editora Garnier. Por muitos autores, é reputado como o maior orador sagrado de seu tempo (Maria Renata da Cruz Duran, *Ecos do Púlpito. Oratória sagrada no Rio de Janeiro de d. João VI* (São Paulo: Edunesp, 2010).

²⁰ Da Cruz Duran, *Ecos do Púlpito*.

evadir-se furtivamente, e arrastar com a sua fuga a ruína de sua consternada pátria. Esta audácia preservou Roma; este juramento dissipou o prestígio funesto de Annibal. A Religião dos Romanos firmou os destinos da terra de Camillo²¹.

Inerente ao sacrifício, o temor se inscreveu nessa pastoral como distintivo nobiliárquico. De origem clássica, o panegírico constituiu o principal modelo discursivo do esforço católico no renascimento de sua profissão de fé²². Sagrado e profano,

Panegyrics vem do nome Grego Panegyris que significa ajuntamento ou concurso de toda a nação, porque em certos dias de grande celebridade, é que os gregos celebravam os seus heróis. O uso tem estendido o nome de Panegírico a toda a oração feita em louvor de algum Príncipe ou Pessoa grande ainda que o auditório não seja tão grande, nem tão luzido como o da antiga Grécia. [...] O fim do Panegírico profano é louvar aquele herói que lhe serve de objecto, e excitar no entendimento dos ouvintes uma alta ideia do seu merecimento e das suas virtudes, e de lhe fazer render aquela honra que se crê ser-lhe devida. [...] louvam-se as ações de esplendor, as façanhas e os empregados honrosos que tiveram; [...] como o Orador procura pelos louvores dos mortos, lisonjear a vaidade dos vivos, *ordinariamente suprime as suas fraquezas* e se alguma vez se vê precisado a referi-las, o faz com todas as contemplações da lisonja e com todas as destreza da arte [...] (grifos nossos)²³

Sacralizando a persuasão e a retórica, a representação dos sentimentos prescrita nos panegíricos registrou uma memória afetiva em que a pastoral do medo serviu como estratégia política da modernidade e também como forja da História, processo que pretendemos tratar, iniciando pela diferenciação entre paixões, sentimentos e emoções na época moderna, seguida pelo mapeamento do modo como se caracterizaram os estudos sobre o medo na historiografia contemporânea, e finalizada pela apresentação de uma de suas principais variantes no outono da parenética moderna.

²¹ Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, 266-267.

²² Para os estudiosos da oratória sagrada lusitana do século XVIII, entretanto, «Não podemos, todavia, considerar um e outro procedimento oratório como compartimentos estanques ou exercitados apenas quando se tratava de pregar nas missões ou para o auditório requintado e sequioso de agudezas da Corte» Francisco Maciel Silveira, *Parenética e persuasão em Manuel Bernardes: à luz da doutrina, o calor do afeto e o calafrio do medo*, (Tese de doutorado defendida na FFLCH/USP, São Paulo, 1982) 77-9. Nesse sentido, nem todas as obras aqui utilizadas como referência foram nomeadas como panegíricos, mas seguem os preceitos desse modelo em sua escrita.

²³ Frei Bento de Nossa Senhora, *Elementos da arte oratória ou os princípios da retórica portuguesa* (Lisboa: Oficina de Simão Thaddeo Ferreira, 1792), 305.

Dos séculos XVI ao XX, as paixões transformaram-se em sentimentos e esses em emoções. Essa transição refletiu-se na escrita da História²⁴ mediante uma parábola de distinção entre corpo e mente, razão e emoção²⁵. Primeiro abalizando a Idade Média como uma espécie de *infância emocional*, em que distintas formas de violência denotavam a suposta ausência de controlo individual e social do ser. Depois, reputando à Época Moderna o esforço civilizacional de domínio do mundo interior, de que se depreendeu uma etiqueta sentimental à que foi atribuída uma economia social. Finalmente, conferindo à contemporaneidade a capacidade de orientar, pelo reconhecimento de sua genealogia, a mentalidade ascendente sobre os indivíduos, o que configurou a historiografia especializada como ecologia fluída e orgânica²⁶.

A lapidação desse modelo interpretativo recorre à antiguidade para apresentar os sucessos da dominação, inclusive discursiva, das paixões. Tal é o caso quando Fénelon relembra a recomendação de Santo Agostinho aos bons oradores cristãos que «não dependem das palavras, [...] mas as palavras dependem dele»²⁷. Nessa correlação, a força coercitiva de «uma polícia não somente de palavras, mas de sentimentos e de costumes que se não acha nos séculos seguintes»²⁸. Para pregadores como Fénelon, diferente da antiguidade, a Idade Média era responsável por uma degenerescência do gênio e do gosto provocada pelos «bárbaros que inundaram o império Romano [e] espalharam por toda a parte a ignorância e o mau gosto. Nós descendemos deles; e ainda que as letras hajam começado a se reestabelecer em o XV

²⁴ Petri, “The Idea of Culture”, 21.

²⁵ Wickberg, “What Is the History of Sensibilities?”, 682.

²⁶ Barbara H. Rosenwein, “Worrying about Emotions in History”, *The American Historical Review* vol. 107, issue 3 (2002): 825. <https://doi.org/10.1086/532498> Nesse rumo, Johan Huizinga (O outono da idade média, 1919), Lucien Febvre (com a escrita e a publicação dos *Annales*, 1938) e Norbert Elias (O processo civilizatório, 1939), perpetuam o que Rosenwein, (Rosenwein, “Worrying about Emotions in History”, 827) chamou de «teoria hidráulica» dos sentimentos. Para a autora, os historiadores cristalizaram a prospecção de uma força nervosa que liberava intensas sensações, dentre as quais as emoções. Essas emoções, entretanto, não eram expelidas à força de pressões externas e condições desfavoráveis, como destacavam iluministas como Voltaire ou Rousseau (Rosenwein, “Worrying about Emotions in History”, 828). Para Wickberg (p. 664), «instead of treating a particular object or event as the focus of culture or consciousness, [...] gives us the structure, form, and terms in which any event is comprehended [...] the difference is not exactly a difference of beliefs, of values, modes of representation, or states of feeling [...] it is a difference of sensibilities». Philippe Ariès e Michel Vovelle, partindo do conceito de culpa e vergonha desenvolvido por Jean Delumeau, destacaram a emergência de uma ansiedade peculiar ao Ocidente (Petri, “The Idea of Culture”, 22. Na sondagem do chamado “American fear”, “Peter Stearns and his psychiatrist/historian - wife Carol Stearns at 1995 do create an «emotionology [...] refers to "the attitude or standards that a society, or a definable group within a society, maintains toward basic emotions and their appropriate expression [and] ways that institutions reflect and encourage these attitudes in human conduct. Its emphasis, then, is not on how people felt or represented their feelings but on what people thought about such matters as crying in public, getting angry, or showing anger physically [...] t it turned out to be a very shallow past. For how do you get at the "emotional standards" of a society? The Stearnses' answer: by looking at popular advice manuals». (Rosenwein, “Worrying about Emotions in History”, 822/823).

²⁷ François Fénelon. *Diálogos sobre a eloquência*, 247.

²⁸ *Ibidem*, 179.

século; esta ressurreição tem sido vagarosa»²⁹, de que o homem moderno havia de se libertar.

Liberdade efetivada no renascimento do bom gosto, dos bons costumes e sentimentos promovido, no âmbito religioso, por uma retomada das Sagradas Escrituras e, no contexto leigo, pela instauração dos chamados *studia humanitatis*, em que Coluccio Salutati's (1331–1406) propunha a universalização do estudo da gramática, da retórica, poética, história, moral e filosofia³⁰. Na Inglaterra, essa instrução foi teatralizada por autores como Shakespeare, que englobou, na *performace* das paixões, a estratificação do comportamento³¹. Fora da Europa, com Confúcio, incluíam a matemática, ou predição, destacando, na inexatidão relacional das equações e na maior ou menor elegância na solução dos problemas, a humanidade dos cálculos do futuro³².

Segundo Wickberg³³, entretanto, já no século XIV, o homem ocidental utilizava o termo sensibilidade. Se a cronologia da História dos Sentimentos parece frágil a muitos historiadores, sobretudo a medievalistas como Rosenwein³⁴, é comum que outros tantos atribuam ao século XVIII a pecha de “Idade dos Sentimentos”, localizando no período não apenas o alargamento do repertório sentimental, mas também o escrutínio sistemático e pretensamente científico e/ou político da área³⁵.

Para Pedro Cardim, desde meados do século XVII, paixões e sentimentos já se encontravam em processo de distinção. Aquelas entendidas como valores brutos que, inerentes ao homem, deveriam se submeter a uma «teologia do dominium»; estes vistos como equação positivada pelo esforço pedagógico de validação da nobreza e potencializados pela consideração de uma variante exterior, doravante nomeada como afeto. Na fronteira entre paixões e sentimentos, a modernidade deixa entrever a aurora da diplomacia, em que a negociação do poder se efetivava em “confederações”, cujas ligações, inventadas, estavam baseadas “na fé, na segurança e na confiança total que era própria dos verdadeiros amigos”³⁶.

Inseridos no diagrama mutável do poder monárquico europeu, os sentimentos requeriam fundamento imemorial para a garantia de sua legitimidade. A historicização da genealogia sentimental que justificava as alianças de poder na

²⁹ Ibídem, 201.

³⁰ Rens Bod, Julia Kursell, Jaap Maat, Thijs Weststeijn, “A New Field: History of Humanities”, *History of Humanities*, vol. 1, nº 1 (2016): 3.

³¹ Sullivan, “The History of the Emotions”, 100.

³² Bod, Kursell, Maat, Weststeijn, “A New Field: History of Humanities”, 4.

³³ Wickberg, “What Is the History of Sensibilities?”, 664.

³⁴ Rosenwein, “Worrying about Emotions in History”, 821–45.

³⁵ Monique Scheer, “Are Emotions a Kind of Practice (and Is That What Makes Them Have a History)? A Bourdieuan Approach to Understanding Emotion”, *History and Theory* 51, n. 2, (may 2012): 217.

³⁶ Pedro Cardim, “Amor e amizade na cultura política dos séculos XVI e XVII”, *Lusitania Sacra*, 2a série, 11 (1999): 53.

modernização do Ocidente estava fundamentada em torno da idéia de natureza, fosse da verdade, fosse do discurso:

Toda a arte dos bons oradores consiste em observar o que a natureza faz, quando não é violentada. Não façais como estes maus Oradores que sempre querem declamar e não falar nunca com os ouvintes: pelo contrário é preciso que imagine cada um dos vossos ouvintes, que faleis com ele, em particular. Eis aqui de que servem os tons naturais, familiares, insinuantes. Na verdade é preciso que sejam sempre graves e modestos: que sejam tão fortes, e patéticos nos lugares onde o discurso se eleva e se inflama. Não espereis exprimir as paixões unicamente pelo esforço da voz: muitas pessoas bradando e inquietando-se não fazem mais do que aturdir. Para ser feliz em pintar as paixões, devem-se estudar os movimentos que elas inspiram.[...] é necessário que se sinta bem uma paixão para a pintar bem: a arte por bem que seja, nunca fala, como a verdadeira paixão [...]³⁷

A observação da natureza, uma das principais prerrogativas da ciência moderna, quando aplicada às paixões implicava numa experiência e, portanto, numa espécie de ação. Experimentar as paixões desde o próprio ponto de vista não era suficiente, entretanto, para dar-lhes um novo sentido, convertendo as paixões em sentimentos. Para os empiristas ingleses, a constituição do «homem de sentimentos» dependia de uma sensibilização em relação ao outro, ampliando, senão liberalizando, o universo sentimental vigente³⁸ e, finalmente, agregando valor ao intercâmbio econômico do século XVIII, tal como assinalou Adam Smith, em sua *Teoria Moral dos Sentimentos*, publicada em 1759³⁹. Somente a partir dessa «expansão», em que o outro era considerado, experimentado, entendido, é que as paixões convertiam-se em sentimentos⁴⁰.

Tão ambígua quanto a literatura coeva - isso porque, o processo educacional vigente era orientado pelo *laissez-faire* coetâneo -⁴¹, a oratória propunha uma ação

³⁷ Fénelon, *Diálogos sobre a eloquência*, 103.

³⁸ Wickberg, “What Is the History of Sensibilities?”, 665.

³⁹ Petri, “The Idea of Culture”, 23.

⁴⁰ Vale notar que, para Jean Delumeau (Jean Delumeau, *História do medo no ocidente: 1300-1800, uma cidade sitiada* (São Paulo: Companhia das Letras, 1989), esse processo têm início com a expansão marítima, quando o contato com diferentes culturas, se não com a própria idéia de paraíso terrestre pressionaram a cultura ocidental a um trânsito sentimental que dependia do incremento da noção de alteridade. Para o autor, somente quando a percepção do outro deixou de refletir uma busca das origens de si é que tal alargamento se efetivou. Abandonando a pressuposição do Paraíso ou do Inferno, o homem moderno passa a sondar a diferença e, finalmente, sentir (Jean Delumeau, “O medo no Ocidente (comentário)”, *MultiTextos CTCH - PUC/RJ* Ano 0 – nº 03 (2006): 34.

⁴¹ Entre as principais obras dos chamados empiristas ingleses acerca da observação e da educação sentimental figuram: *O Entendimento humano*, de Locke; o *Ensaio sobre a origem dos conhecimentos humanos* e o *Tratado das Sensações*, de Condillac; o *Ensaio sobre as faculdades intelectuais do homem*, de Reiki; o *Tratado sobre a natureza humana* e os *Ensaio sobre o entendimento humano*, de Hume, além da *Expressão das emoções no homem e nos animais*, de Charles Darwin. Nesse quadro, tanto David Hume, quanto Adam Smith assinalaram na sensibilidade ao sofrimento alheio, mas também no incremento do gosto e da capacidade de distinção, uma espécie de refinamento dos sentimentos. Tais obras, entretanto, muitas

persuasiva em que, além do entendimento, os sentimentos fossem alinhados em prol do progresso do ser: se esse era um conhecimento da *raiz* dos seres, era *natural* que sua interiorização *radicalizasse* o ser. Evocando mais uma vez a história e a cultura, esse domínio de saberes se afastou da propedêutica analítica dos elementos isolados⁴², distinguindo-se das chamadas ciências exatas e, mesmo das humanidades⁴³, e destacando o indivíduo e o extrato social por ele representado como unidades de intersecção para o cálculo da sensibilidade.

Subjetiva e imaterial, a manifestação do «gosto» indicia o grau de refinamento da sensibilidade estética e moral - que aumentava de maneira cumulativa e evolutiva⁴⁴; bem como servia para identificar o grupo de onde tal gosto emanava e para o qual endereçava seu discurso. Por certo que essa última diferenciação se valia da prescrição aristotélica de divisão entre os sentimentos/lugar do emissor (ethos) e os do receptor (pathos)⁴⁵, mais certo ainda que o estudo do gosto pudesse ser transposto como genealogia da moral⁴⁶ e proposto como eixo para uma narrativa historiográfica até o momento pouco explorada⁴⁷.

No propósito de persuadir a audiência de um modelo de sensibilidade e/ou gosto, todavia, muitas vezes, os oradores caíram na tentação de se deixarem dominar pelas próprias vaidades:

Perdoai-me, oh meu Deus! Esquecia-me que eu era convidado a subir a tribuna sagrada, para bendizer vosso nome Santo, e não para traçar o meu elogio. Não me lembrava, que eu vinha descobrir os esmeros da fidelidade, e não ostentar uma vã sabedoria! Pobre de elocução, mas rico de sentimentos, eu devo contentar-me com exaltar as maravilhas de vossa magnificência a bem do imperador, e do império, sem pretender jamais os louros vaidosos da eloquência. Limitar-me-ei pois a esta idéia; procurarei inculcar, quando

vezes foram reputadas como «a new imaginative capacity for understanding action at a distance through extended causal chains, and putting moral principle into action» (Wickberg, “What Is the History of Sensibilities?”, 681.

⁴² Bod, Kursell, Maat, Weststeijn, “A New Field: History of Humanities”, 4.

⁴³ Segundo Fénelon, diferente do metafísico, que apresenta «uma demonstração simples, que se não encaminhe mais do que a especulação: o Orador acrescentará tudo, o que pode excitar os afetos e fazer-vos amar a verdade que tem provado» (Fénelon, *Diálogos sobre a eloquência*, 75). Por outras palavras, supostamente, o orador converte as paixões em sentimentos porque modifica seu registro interior, alterando sua resposta exterior. O que não ocorre sem «nos servirmos das suas paixões [do ouvinte] para conseguir o desígnio que nos propomos» (Fénelon, *Diálogos sobre a eloquência*, 76).

⁴⁴ Wickberg, “What Is the History of Sensibilities?”, 666.

⁴⁵ Olívia Maria Ferreira Figueiredo, “A semiótica das emoções no discurso ficcional”, *Redis: revista de estudos do discurso* 1 (2012): 59.

⁴⁶ Friedrich Nietzsche, *Genealogia da Moral: uma polémica* (São Paulo: Companhia das Letras, 1998).

⁴⁷ Mas anunciada por Rosenwein (Rosenwein, “Worrying about Emotions in History”, 829) como uma de suas principais ambições no campo que, mediada pela prerrogativa de «comunidades emocionais», é partilhada por autores como Jan Plamper e herdeira de trabalhos como os de William Reddy, ao enfatizar o sentimento como uma forma de conhecimento. Sullivan (Sullivan, “The History of the Emotions: Past, Present, Future”, 93-102) destaca ainda o papel de Reddy no desenvolvimento do conceito de regimes emocionais, ordem normativa reforçada pelos regimes políticos vigentes.

em mim couber a grandeza do benefício, que acabes de conceder-nos deixando por vossa conta o orador.⁴⁸

A riqueza de sentimentos a que o orador se refere não está, pois, dissociada de uma riqueza cultural, que envolve uma capacidade narrativa transcendental, proporcionada pelo saber histórico⁴⁹. Visto como ação direcionada, sentida, o discurso nobre não permitia a desmesura das paixões. Quando a escusa calculada da vaidade ocorria, o objetivo era assinalar a origem e a autoridade do orador, bem como os limites que serão seguidos em seu discurso, garantindo, antecipadamente, a veracidade de seu testemunho. Mas não devia ser recorrente, já que um grande orador, em geral, falava para os reis, de quem a superioridade era indubitável e inatingível. Motivos pelos quais o orador deveria ser «homem sério, que fale para mim e não para si, que busque a minha salvação e não a sua glória vã»⁵⁰.

Esse risco foi acentuado pela limitação do Concílio de Trento (1545-1563)⁵¹. Proibidos de profetizarem, também porque essa prática reduzia a durabilidade dos discursos, os oradores estavam limitados ao passado e ao presente, em que a memória e a consciência restringiam os desvarios da glória e da graça. Muitas vezes, na lacuna do futuro, estabeleceu-se um senso de mistério capaz de manter fosse o temor, fosse o fascínio diante da religião, por fim, fundindo ambos os sentimentos. No bojo do insondável, desenvolveu-se o indizível. Silêncio simbólico, dotado de gestual próprio, atestando a força da subjetividade na vida dos homens e reiterando o

⁴⁸ Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 296.

⁴⁹ Para Petri (Petri, “The Idea of Culture”, 25) eis o mesmo exercício praticado por Leopold von Ranke quando, no início do século XIX, propõe uma História que atenda ao passado do modo mais autêntico possível, sem recorrer a juízos de valor coetâneos para sua análise. Também não deixa de atender, como Dilthey, à intersecção relacional do passado, herdando de Warburg, a noção estética do sublime transcendental como recorte do objeto histórico, assinalando o distanciamento metodológico entre o estudo das humanidades (Geisteswissenschaften) e o das ciências (Naturwissenschaften) (Bod, Kursell, Maat, Weststeijn, “A New Field: History of Humanities”, 3), «but that gives secondary importance to causal explanation». (Wickberg, “What Is the History of Sensibilities?”, 675)

⁵⁰ Fénelon, *Diálogos sobre a eloquência*, 244.

⁵¹ Segundo Pedro Cardim: «De facto, e como lembra o historiador italiano Vittorio Dini, na sequência do concílio de Trento a educação foi cada vez mais encarada como uma imposição de preceitos, imposição essa inspirada na precisa e rígida arquitectura das virtudes que remontava à tradição aristotélico-tomista. A pedagogia da época olhou para o legado ético da Antiguidade e da Escolástica como um verdadeiro paradigma, incorporando muitos dos seus preceitos. Assim, e na linha do que propusera Aristóteles, o comportamento foi encarado como uma actividade dirigida por um *habitus* de espírito gerado pela interiorização das normas ditadas pelas virtudes. Por outras palavras, certos estados de espírito constituíam formas de exteriorização de dispositivos interiores, os quais se encontravam fundados na natureza do ser humano. E os afectos não escapavam a este esquema comportamental, pois também eles podiam e deviam ser adestrados e disciplinados, de forma a que a cada sentimento correspondesse um conjunto de práticas rigorosamente definido. A este respeito, o mesmo V. Dini acrescenta que a relação entre o plano teológico-moral e o plano educativo passou a ser concebida de um modo extremamente linear: «era preciso ensinar a virtude para que fossem realizados os comportamentos adequados», dizia-se então. É desse espírito que comunga o manual do padre Affonso Rodrigues, *Exercício de Perfeccion, y Virtudes Christianas... para extinguir vicios e adquirir virtudes...*, de 1609, um exemplo, entre muitos outros, do contributo jesuítico para este reforço da ortodoxia». (Cardim, “Amor e amizade”, 47.

estofo das crenças secretas no amanhã e no medo, fraqueza subliminar no discurso de Monte Alverne:

É fácil descobrir a série destas relações, depois que todos os anéis da cadeia se manifestam, e patenteiam; mas desde que é preciso encher os intervalos; desde que é mister remontar à causa primitiva dos fenômenos morais; o homem deixa ver toda a sua franqueza; e seu gênio desaparece com todas as suas teorias.⁵²

Da incapacidade de explicar, defender ou persuadir emerge uma das fraquezas mais temidas dos homens de letras: a lacuna. A escassez da literatura acerca do tema se compara àquela relativa aos temores reais. Mistérios, cuidadosamente urdidos na intimidade dos quartos privados, os medos dos reis, assim como os do povo, foram objeto de estudo de Jean Delumeau⁵³, para quem o ano de 1348, com a entrada da peste negra na Europa, seguida pela ameaça do perigo turco e o Grande Cisma da Igreja Católica (1378-1417) trouxeram o medo à *origem* da Europa Ocidental moderna até que a Paz de Westfália, em 1648, acalmasse os ânimos.

Reis e povo, entretanto, lidavam com o medo de modo distinto. Segundo Delumeau⁵⁴, Montaigne assinala nos humildes uma maior propensão a esse afeto, aliada a uma resposta covarde e cruel, que os caracterizava como «imoralmente vulgares». Cervantes compartilha a opinião descrevendo a covardia de Sancho Pança, a quem o medo faz «distorcer tudo o que vê e ouve»⁵⁵. Na falta de visão, a imaturidade pueril; signo do medo que mantém no corpo a capacidade de «reagir à agressividade latente do mundo», garantindo nossa sobrevivência num mundo em que «o que mata não é o medo, [mas] sua ausência»⁵⁶; o medo tem um duplo efeito, mediante esforço prolongado, leva nossos corpos à degeneração física e esta à involução dos indivíduos, configurada por sua decadência moral⁵⁷.

⁵² Do Monte Alverne. *Obras Oratórias*, tomo II, 306.

⁵³ Segundo o autor, «A série completa foi, então, a seguinte: O medo no ocidente (La peur en Occident, 1978), O pecado e o medo (Le péché et la peur, 1983), Rassurer et protéger [“Tranquilizar e proteger”], 1989, L’Aveu et le pardon [“A confissão e o perdão”], 1990, em três livros agrupados sob o título geral de História do paraíso. O primeiro, O jardim das delícias (Le jardin des délices), foi publicado em 1992; o segundo, Mil anos de felicidade (Mille ans de bonheur), 1995; o terceiro, O que restou do paraíso (Que reste-t-il du paradis?) nos 2000». (Delumeau, “O medo no Ocidente (comentário)”, 9)

⁵⁴ Delumeau, “O medo no Ocidente (comentário)”.

⁵⁵ *Ibidem*, 10.

⁵⁶ Pedro Eieras, “Para que servem as histórias que metem medo?”, em *Literatura culta e popular em Portugal e no Brasil -Homenagem a Arnaldo Saraiva*, ed. Isabel Morujão e Zulmira C. Santos (Porto, 2011), 277.

⁵⁷ Delumeau, “O medo no Ocidente (comentário)”, 12.

Imaturo, imoral, vulgar, o medo e seus signos «vivem sepultados em um voluntário esquecimento»⁵⁸. Exílio que se expande na progressão da retórica como domínio do bem, do bom e do belo. Na carreira do púlpito, portanto, tudo o «que mete medo aos ouvintes [...] não é palavra de Pregador da Corte»⁵⁹. O medo e suas receitas «deixam em jejum a quem os escuta» e o alimento da nobreza deveria ser sempre forte: «homens em um governo livre forçados a ocultar seus vícios, dando-se ao estudo das Letras, elevam seus caracteres, e os fortificam contra a sedução das paixões»⁶⁰. Nem alimento, nem monumento, nem documento⁶¹, o medo é veneno, margem, minoria, mas, sobretudo, o medo é silêncio. Sua palavra «é carregada de tanta vergonha [...] que] escondemos no fundo de nós mesmo o medo que nos segura pelas tripas»⁶². Esse fundo é ocupado na historiografia pela cultura popular⁶³, invisível nos palácios, sua limitação discursiva é prescrita, em Fénelon, pela etiqueta das aparências:

Que poderia esperar de um pregador que viesse representar aos pecadores o juízo de Deus pendente sobre suas cabeças e o inferno aberto debaixo dos seus pés com brincos de palavras os mais afetados? Há certo decoro que se deve guardar nas palavras, assim como nos vestidos.⁶⁴

Afetado, inadequado, indecoroso, o medroso é menos sociável porque padece da capacidade de juízo sobre si em relação ao outro. Abrir o sujeito, pela graça, para o amor de Deus, é tirá-lo dessa solidão redutora. Todavia, «não é necessário ser cristão para saber tudo isso, é necessário ser cristão para o praticar

⁵⁸ Anônimo, *Carta anonima sobre o novo methodo ou novo estylo de pregar, que praticão e intentão introduzir alguns Pregadores modernos* (Lisboa: Oficina de Miguel Manescal da Costa, Impressor do Santo Officio, 1766), 8.

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ J. M. Pereira da Silva, “Estudos sobre a Literatura”, *Nitberry, Revista Brasileira: Ciências, Letras e Artes*. Tomo 1, nº 2, Paris: Dauvin et Fontaine Lebraires, 1836 (São Paulo: Biblioteca da Academia Paulista de letras, 1978), 216.

⁶¹ Bod, Kursell, Maat, Weststeijn, “A New Field: History of Humanities”, 7.

⁶² Delumeau, “*O medo no Ocidente (comentário)*”, 9.

⁶³ Para Petri, essa redução «is a question of tearing off the veil of distinction between «high culture» and «popular culture» that pervaded study practices in the past, casting into oblivion the lived experience of the hosier, the cropper, the weaver, of the humble and vanquished of history. A veil which, according to Frevet and Schmidt, is founded on a «contraposition of feeling and reason» which «since the Enlightenment has impregnated western thought», and ends up «reproducing the well-known social labels and classifications», dela emerge «an unprecedented glorification of popular sentiments». (Petri, “The Idea of Culture”, 26). Tese corroborada por Eiras (2011), assinalando o conto popular como umas das principais fontes para o estudo do tema. Trata-se, pois, de uma espécie de recomendação de segurança, ao afastar o medo da «alta» cultura ou da cultura política, efetiva-se um processo de fortalecimento, de empoderamento dessa cultura. Engano que, para Wickberg (Wickberg, “What Is the History of Sensibilities?”, 674) se encerra nos seguintes termos: «Culture is not power, nor is power the only or the most important element of culture. Power is but one dimension of culture, a dimension that might be more or less important for the historian and analyst, depending upon the concrete specifics of the cultural moment being studied».

⁶⁴ Fénelon, *Diálogos sobre a eloquência*, 241.

bem, porque só a graça pode reprimir o amor próprio, mas basta ser racional para entender estas verdades»⁶⁵.

Componentes do fluído condutor do trânsito barroco entre sagrado e profano, religioso e racional, sentimentos como o medo se configuraram de modo multidirecional⁶⁶ e, igualmente, multidimensional⁶⁷. Átimo de consciência que não se encerra na atividade intencional do uso da palavra, mas se realiza, através de sua recepção, como prática, num processo em que «emotions are indeed something we do, not just have»⁶⁸, podemos notar uma transição gradual, e nem sempre uníssona, do temor (séculos XVI - XVII) ao terror (XVIII - XIX), do medo (XX) ao pânico (XXI)⁶⁹. Elemento, prática e representação compõem as pistas dessa variante parasita numa equação que, quando panegírica, é potencializada pelo sentido moralizante, uma vez que «não há de valer nada um panegírico se não for cheio de moral»⁷⁰.

Do ponto de vista espiritualista que Bourdieu⁷¹ confere à tradição intelectual religiosa Setecentista, trata-se de projetar no outro a humanidade que pretendemos que o outro reconheça em nós, e, não raras vezes, de ocupar o tempo do outro com o habitus do nosso próprio microcosmo social, conquistando-o como um território que pretendemos universal⁷². Paraíso sinérgico, em que o outro sou eu, a ação discursiva é guiada por um senso prático que nem sempre constitui uma estratégia conscientemente estipulada⁷³, mas frequentemente é apoiada no anonimato uníssono do capital cultural/emocional de um mesmo «campo»⁷⁴ e tende a demonstrar grande estabilidade, «dado que as estruturas de percepção e de avaliação são, no essencial, produto da incorporação de estruturas objetivas de distribuição do capital simbólico»⁷⁵. Na poupança do capital simbólico dos sentimentos, um olhar, uma variação da voz, a posição das mãos, as vestes, as pausas, o balanço do corpo rendem ao Orador os louros da glória esperada, mas também emitem as promissórias do efeito moral:

E que vos direi agora, Amigo, (por tocar em tudo) dos gestos, das ações, e movimentos, com que acompanham o que dizem? Isso e que são canas corridas, e eu me corro do que tenho visto, confundindo o Púlpito Sagrado com os teatros profanos. Se falam em valentia, metem a mão à espada, descarregam o golpe, ou correm a estocada. Se em amores e afetos compassivos, põem a mão ao peito, inclinam para ele a cabeça, e não lhes

⁶⁵ Fénelon, *Diálogos sobre a eloquência*, 49.

⁶⁶ Sullivan, “The History of the Emotions”, 96.

⁶⁷ Scheer, “Are Emotions a Kind of Practice”, 205.

⁶⁸ *Ibidem*, 194.

⁶⁹ Constantin Fasolt, “History and religion in the modern age”, *History and Theory, Theme Issue 45* (2006).

⁷⁰ Fénelon, *Diálogos sobre a eloquência*, 38.

⁷¹ Pierre Bourdieu, *Razões práticas: sobre a teoria da ação* (São Paulo: Papirus, 1996), 165.

⁷² *Ibidem*, 73.

⁷³ Scheer, “Are Emotions a Kind of Practice”, 203.

⁷⁴ *Ibidem*, 205.

⁷⁵ Bourdieu, *Razões práticas*, 172.

falta se não piscar os olhos. Se em livros, entram a folhear e alguns há que lambem o dedo para virar a folha. Se em astros, levaram a cabeça e apontam com o dedo para o teto do Templo, como se fora para a quarta esfera. Se em nadar, alargam os braços a modo de barbatanas de Baleia, ora estendendo-os e já comprimindo-os. Enfim não dizem palavra que não leve por proêmio uma demarcada ação, sendo na minha inteligência a mais desmedida, uma bem rasgada cortesia, com que finalizam as suas Orações, feita inclinato capite, com ar francês, sem temor de que nos braços lhes dê o ar nem susto de que os ouvintes sérios e circunspectos os tinham mais por cômicos, que representam, do que por Oradores Evangélicos, que falam e persuadem, partida mui essencial da Retórica, que consiste em dicere ad persuosionem⁷⁶.

Sem capital emocional para representar os sentimentos de maneira adequada, o Orador via-se reduzido ao desprestígio, era apartado da opulência, distanciado do poder concêntrico da monarquia. O impacto político da infelicidade na representação das emoções individuais extrapola, para Sullivan⁷⁷ a dimensão pessoal. Norbert Elias⁷⁸, aliás, foi quem primeiro destacou a importância conjuntural da representação das sensibilidades na constituição dos regimes de poder modernos.

Segundo Elias, «para Luís XIV, a manifestação pública e a representação simbólica do seu poder eram valores em si»⁷⁹. Por outras palavras, «as dádivas régias não se processavam arbitrariamente, sob pena de o monarca ser acusado de injustiça e de tirania»⁸⁰. Consoante, «a ordem invisível dessa forma de vida em comum, que não pode ser diretamente percebida, oferece ao indivíduo uma gama mais ou menos restrita de funções e modos de comportamento possíveis»⁸¹, servindo, pois, como regulador da sociedade. Diferente da promulgação escrita dos atos de poder, a representação simbólica atuava na dinâmica acelerada da sensibilidade, imprimindo à política moderna um ritmo diferente daquele encontrado no período anterior.

Nesse tabuleiro, o tempo passou a ser contado também após o fim do jogo: «se o homem era de boa fama, dava-se a sentença a seu favor e enterrava-se com honra e panegírico, acompanhado de grandes louvores do povo. Se era condenado, privava-se da sepultura, e a sua memória ficava abominável»⁸². Testemunho de fé comprometido com a verdade, a finalidade do panegírico era promover a *reflexão*:

O verdadeiro meio de fazer um retrato bem natural é pintar um homem todo inteiro: é preciso pô-lo diante dos olhos dos ouvintes falando e obrando. Quando se descreve o curso da sua vida é preciso deter-se

⁷⁶ Anônimo, *Carta anonima sobre o novo methodo*, 28.

⁷⁷ Sullivan, “The History of the Emotions”, 93.

⁷⁸ Norbert Elias, *A sociedade de corte* (Lisboa: Estampa, 1987)

⁷⁹ *Ibidem*, 68.

⁸⁰ Cardim, “Amor e amizade”, 50.

⁸¹ Elias, *A sociedade de corte*, 21.

⁸² Luis Antônio Verney, *Verdadeiro método de estudar* (Lisboa: Livraria Sá da Costa, 1746), 14.

principalmente nos lugares onde o seu natural e a sua graça aparecem mais; mas é necessário deixar observar o ouvinte um pouco estas coisas⁸³.

O panegírico funcionava, pois, como um quadro, «instrumento de um conhecimento mediato que faz ver um objeto ausente substituindo-lhe uma ‘imagem’ capaz de repô-lo em memória e de ‘pintá-lo’ tal como é»⁸⁴. Para Fénelon, a operação era possível porque esse quadro já existia dentro dos ouvintes, ele era colorido, vivificado, tratado pelo orador, que remodelava imperfeições e realçava qualidades configurando os sentimentos de graça e desgraça na memória nos ouvintes. O ressentimento da aprovação ou desaprovação social condicionava suas ações, de onde se depreendia um espelho, «instrumento que produz uma exigência interiorizada, necessária exatamente onde faltar o possível recurso à força bruta»⁸⁵. Na recomendação de frei Francisco de Nossa Senhora, notamos em que medida os Oradores sagrados atingiam consciência da sua capacidade de manipulação das representações sociais e, por conseguinte, da ação coercitiva subliminar ao seu discurso:

Nunca um Orador se ostenta como tal, como quando no maior fogo da sua eloquência e entre os raios (para o dizer assim) que por toda a parte depende, conserva uma certa tranquilidade com a qual se mostra, que não se deixa dominar do seu discurso, mas que é absoluto Senhor da sua alma. Quanto mais uma Oração tem coisas grandes e concebidas por um modo vivo, e animado, tanto menos deve ter o fogo e viveza da pronúncia do Orador. E isto por suas razões: a primeira, porque esse grande fogo impede ao auditório o gostar quanto deveria, da bondade e beleza das coisas, que se lhe propõem à vista. A segunda, porque se ajuntar o da pronúncia, desses dois fogos entre si unidos, formar-se-há um incêndio tão forte, que nem os olhos, nem o entendimento dos ouvintes, o poderá suportar.⁸⁶

Senhores da alma, os pregadores compunham um discurso baseado no jogo de luzes⁸⁷ sobre o tema proposto. Estudiosa da pregação moderna no Reino Unido, Mary Morrissey assinala a existência de diagramas «in which elements (often no more than one word) in the biblical passage become headings where a series of related ideas or doctrines are explained»⁸⁸. Nesses diagramas refratários, o fiel poderia

⁸³ Fénelon, *Diálogos sobre a eloquência*, 201.

⁸⁴ Roger Chartier, “O mundo como representação”, *Revista de estudos avançados*, vol. 5 n° 11 (1991): 194.

⁸⁵ *Ibidem*, 186.

⁸⁶ De Nossa Senhora, *Elementos da arte oratória*, 355.

⁸⁷ A escuridão barroca da retórica era também classicista, uma vez que buscava em Quintiliano, a legitimação para suas omissões: «No penúltimo parágrafo desse prólogo, encontramos aplicado um preceito que aparece em Quintiliano (livro II, XIII, 12), quando faz uma comparação entre o escritor e o pintor Apelles, o qual teria representado *Antígona de perfil para esconder seu olho perfurado*. No discurso aconteceria a mesma coisa: por vezes o escritor deveria dissimular alguns detalhes por não serem próprios de serem mostrados». (grifos nossos, Andre Sekkel Cerqueira, “A retórica da história no século XVII”, *LaborHistórico*, 2 (1): 137- 150 (2016): 147.

⁸⁸ Mary Morrissey, *Sermon-notes and manuscript communities* (London: Huntington Library, 2016) 5.

conferir e incrementar seu entendimento, tal como ocorria de maneira mais intensa durante a confissão. A verdade revelada era, portanto, divina, mas estava contida no homem, que deveria educar-se para dar vazão somente a ela.

Essa perspectiva individualizada de revelação do real, difundida pela pregação concedeu um certo alargamento desse real porque permitiu a um maior número de pessoas a sua busca e, possivelmente, a crença de sua conquista. Esse alargamento implicou, pois, na difusão de uma epistemologia que se configurou no âmbito dos sentimentos. Disseminando o mecanismo discursivo de transcendência pela graça - configurada como pleno entendimento e motor da ação, prova da eficácia retórica - fosse na arte, como sublime; fosse no discurso, como história; fosse na política, como poder⁸⁹, a pregação implementou uma epistemologia sentimental que a racionalidade moderna poucas vezes admitiu como um de seus fundamentos, ainda que tenha se valido dela para a edificação monumental da razão.

Semeada pelo iluminismo, monólito de conversão divina da razão, a oratória laica, mas sacralizada, estabelece a cisão entre uma perspectiva ontológica e outra simbólica dos sentimentos⁹⁰, verificável no princípio dos tratados modernos de que «o leitor se dispa de todo o gênero de prejuízos e paixões, e que examine as razões como merecem»⁹¹. No bojo dessa operação retórica remanesce um aliado importante: a História, campo que permitia ao educador que plantasse e averiguasse «no coração do seu discípulo o amor da humanidade, [arrancando] as raízes do Vício»⁹², uma vez que, com ela se «descobre as origens, e explica porque caminho passarão os povos de uma forma de governo a outra»⁹³.

Teleológica e preditiva, por um lado, a História permitia mascarar a profecia e animar as impressões provocadas tanto no púlpito, quanto na cátedra ou no palanque. Conscientizadora, possibilitava, na ação do corpo do Orador, a «pintura dos pensamentos da alma»⁹⁴; na variação de sua voz, «uma espécie de música», onde os tons «se levantam ou abaixam segundo as coisas que devem exprimir»⁹⁵, o uso de todas as «inflexões que exprimem os afetos»⁹⁶ e que atendem às diferentes enfermidades⁹⁷. Pode dizer-se, portanto, que foi na História que a racionalidade moderna permitiu a continuidade da presença dos sentimentos, fossem eles gritos ou

⁸⁹ Obviamente, esse processo é mútuo e recíproco, tal como se nota na recomendação de Fénelon aos oradores em preparação «ter a sutileza dos Dialéticos, a ciência dos Filósofos, quase a dicção dos Poetas, a voz e as ações dos melhores Actores. Vede que preparação é necessária para tudo isto?» (Fénelon, *Diálogos sobre a eloquência*, 63).

⁹⁰ Petri, “The Idea of Culture and the History of Emotions”, 28.

⁹¹ Verney, *Verdadeiro método de estudar*, 18.

⁹² Francisco Luis Leal, *Plano de estudos elementares* (Lisboa: Oficina de João Procópio Correa da Silva, 1801), 47.

⁹³ Fénelon, *Diálogos sobre a eloquência*, 308.

⁹⁴ *Ibidem*, 93.

⁹⁵ *Ibidem*, 98.

⁹⁶ *Ibidem*, 99.

⁹⁷ *Ibidem*, 100.

sussurros, julgamentos ou diagnósticos. Digressões literário-filosóficas⁹⁸ remediavam os vazios dessa cadeia, cujo silêncio, «põem em suspenso a alma de todos os ouvintes»⁹⁹ e por isso deviam ser utilizado com comedimento, sob a solenidade do golpe de vista, que lançado «à tempo penetra o interior dos corações»¹⁰⁰.

Bem se vê, aliás, que a narrativa histórica prescrita aos oradores sagrados compartilha com a atuação teatral da ação interpretativa. Mantida nos signos impressos, a História prescrita aos/pelos oradores sagrados, procura vivificar a memória daquele a quem se dedica um panegírico:

de sorte que vá sempre crescendo o discurso e o ouvinte sinta cada vez mais o peso da verdade. Então se devem soltar as imagens vivas e os movimentos próprios para excitar as paixões. Para isto é preciso conhecer a união que as paixões tem entre si: aquelas que se podem excitar logo ao princípio mais facilmente e que podem servir para mover as outras: e aquelas enfim que podem produzir maiores efeitos, e com que se deve terminar o discurso. É muitas vezes a propósito fazer no fim uma repetição sumária, que em poucas palavras compreenda toda a força do Orador, e que torne a por diante dos olhos, tudo o que tem dito de mais persuasivo¹⁰¹.

O sentido do discurso cristão, forjado como amplificação, «não vem, nem nasce do Pregador, nada de tudo isso nasce do seu entendimento.[...] Não é permitido ao Orador Cristão nada seu de mistura»¹⁰². Instrumento da Palavra Divina, essa retórica histórica se forja como representação na medida em que tende a uma coerção moralizante do uso da razão que se configura, a princípio, pela cronologia linear: o orador deve «seguir a ordem dos tempos discorrendo por toda a vida do sujeito, desde o nascimento até a morte». Depois, pela delimitação espacial: «no nascimento considerar-se a geração e a pátria». Enfim, pela classificação temática: «a natureza, a educação e a fortuna». Corpo (condição física e gênero) e alma (juízo, engenho, memória, costumes) compõem a natureza. Educação e fortuna (relações sociais), o estado (posição social). Na sequência, pela legitimação do tema de acordo com seu legado, que «o panegirista deve com especialidade ponderar e amplificar». «Por fim de tudo, podemos fazer uma comparação»¹⁰³. Nesse discurso do método histórico do panegirista faziam parte, ainda, três advertências que também parecem ter se mantido no exercício do ofício do historiador: «1) Não profanar a verdade com a lisonja; 2) Não misturarmos as ações grandes com as de pequena consideração; 3)

⁹⁸ «Desta sorte daria o Orador grande idéia da ação louvada. Sente-se mais a utilidade da Digressão nos assuntos estéreis, ou desgraçados: mas em todos deve haver grande cautela, para que a digressão não vá introduzida à força, sem dizer respeito à causa, e dando logo a conhecer a arte, e afetação, que se pôs na sua prática.» (S.J. Castro, *Conclusões sobre a poesia e eloquência, presidente D. Luis da Senhora do Carmo* (Lisboa, Oficina Luisiana, 1779), 10.

⁹⁹ Fénelon, *Diálogos sobre a eloquência*, 94.

¹⁰⁰ *Ibidem*, 104.

¹⁰¹ *Ibidem*, 122.

¹⁰² Anônimo, *Carta anonima sobre o novo methodo*, 10-11.

¹⁰³ De Nossa Senhora, *Elementos da arte*, 301-310.

Não nos dilatarmos nas que podem ser comuns a outros, mas sim nas que distinguem o sujeito do Panegírico & c.»¹⁰⁴. Inscrita na moralidade metodológica da História, a prescrição do medo era tratada pela evocação da coragem:

Talvez tenhais de combater inimigos externos...Não esqueçais, que os Franceses já sentiram no Brasil o peso do nosso braço, quando o Rio de Janeiro estava ainda em sua infância. Considerai, que sois os descendentes dos libertadores do Rio Grande do Sul e Santa Catarina. O Leão da Espanha retrocede espavorido diante de nós; e a Holanda pranteia ainda suas legiões cortadas do ferro dos valentes Pernambucanos. Tende presente, que a sorte dos Brasileiros foi rivalizar em todos os tempos o renome português. Pois bem! É do renome português que eu vou tirar o estímulo mais capaz de erguer vosso brio militar¹⁰⁵.

Coragem legitimada por sucessos passados que, comprovados historicamente pela força do testemunho honrado e, portanto, fiável, do Orador, baseava-se no princípio de que não teme aquele que é temido¹⁰⁶. Transferindo o medo para o outro, o Orador projeta uma dupla camada de proteção naqueles a quem discursa: 1) fora do seu próprio campo emocional, o medo não mina a força dos soldados; 2) projetado no campo emocional alheio, enfraquece a representação do adversário e potencializa a coragem da audiência. Levantada a «moral» da tropa, numa economia sentimental em que a quantidade de honra é limitada e flutuante de acordo com indexadores tais como o medo - sentimento cujo nível ideal, como vimos, é de grau zero -, era necessário acender no campo emocional a centelha para a ação:

Quando no dia 11 de Janeiro de 1822 os inimigos do Brasil ameaçaram saquear esta mesma cidade, e degolar um povo, que eles insultavam, chamando-o seu irmão, todos os olhos e todos os corações se voltaram para o herói, que um dia antes tinha sido conjurado para tomar sua defesa, e participar dos seus azares; e a vida de milhares de cidadãos, seus bens, suas propriedades foram tiradas em salvo!¹⁰⁷

A ameaça da quebra da camada dupla de proteção, aliada à reconfortante presença d'o escolhido divino (o rei), garantindo a absolvição dos pecados e a salvação final, completam, pois, o quadro mais recorrente do *tratamento* do medo na parenética moderna. Se não era, portanto, necessário temer o medo, porque ele seria, proporcionalmente, menor do que o paraíso alcançado após percorrê-lo; o importante era enfrentar os perigos e maldades com a resignação do espírito cristão,

¹⁰⁴ *Ibidem*.

¹⁰⁵ Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 306.

¹⁰⁶ «Um povo, cujas forças podem concentrar-se apresenta aos inimigos externos uma atitude, que escarmenta sua temeridade». (Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 298).

¹⁰⁷ Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 299.

canonizada quando religiosa, nobilitada quando profana, misturada na maior parte dos discursos¹⁰⁸:

No meio dos sucessos, que estimulam a nossa sensibilidade; cercado do fulgor, que reflete de um trono levantado à custa de milagres; quando não se ouvem mais o rugir da demagogia sufocada entre os braços do príncipe, que se mostrou, qual gênio tutelar, no meio das calamidades da pátria; eu não atribuirei aos cálculos da prudência a aparição deste novo astro, que, masgando as nuvens mais espessas, imprimiu em todos os espíritos veneração, e assombro. Seria um absurdo, persuadir-nos que o homem era capaz de realizar uma das peripécias mais memoráveis. Seria o maior excesso do orgulho, reconhecer no esforço dos homens a elevação de um príncipe, que sentindo o ruído sinistro, que revela o rompimento da cratera revolucionária, desprezou idéias mesquinhas, protegeu um povo escarnecido; dilacerou os editos que decretavam sua desonra; abismou-se com ele em um futuro duvidoso; jurou morrer sobre os destroços de sua independência; retribuiu a seus inimigos o desprezo, que lhe votaram; e atirou sobre sua face os pedaços dos grilhões, com que pretendiam aviltá-lo. Um príncipe salvando o povo, que pressentira sua grandeza, ligando seus destinos do herói, um império constituído, sem que gemesse a humanidade, a discórdia fugindo espavorida, o sucessor da coroa erguendo com suas mãos os degraus do trono, a que o chamava seu alto nascimento, formará na sucessão dos séculos a página mais brilhante da história. Porém a Religião, resolvendo todas as dúvidas, e rejeitando todas as probabilidades, mostra o Eterno velando do alto dos céus a sorte do imperador, medindo a altura e a extensão deste império, que delineará na sua presciência, e lançando os fundamentos desta potência colossal, que bem depressa deve igualar as potências mais respeitáveis¹⁰⁹.

Levantado à custa de milagres, o medo se apresenta por uma combinação binária: é quase sempre seguido de prova/promessa de apaziguamento. Sendo assim, às iniquidades da guerra¹¹⁰, da submissão política¹¹¹, das rebeliões populares¹¹², da

¹⁰⁸ «For this reason, discursive practices that involve the interpretation of feeling [...] are of as much interest to a history of emotions as the norms, orders of knowledge, and ideologies (“discourse on emotion”) discussed below. This applies not only to the initial experience and its signification but also to remembered feelings. In retrospect, emotional experiences can be reinterpreted and, in a sense, re-experienced, and sometimes it is only long after the fact that we “understand” what our feelings “actually” were. The work of signifying and resignifying emotions is done not only at the kitchen table with family and friends, but also through entire industries dedicated to improving “emotional intelligence” and new media genres, perhaps exemplified by the afternoon talk show.» (Scheer, “Are Emotions a Kind of Practice”, 213).

¹⁰⁹ Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 283/4.

¹¹⁰ «Quando a guerra desola tantas regiões; quando os males todos ameaçam devorar a humanidade inteira; no momento mesmo, em que a devastação das mais ricas províncias, e o incêndio dos campos, outrora cobertos de searas, arrancam o pranto mais amargo; quando através dos mais preciosos restos de arquitetura, por entre pedaços de colunas, de cimalkas, de estátuas mutiladas o viandante avidamente procura o lugar, em que ainda ontem eram admiradas as mais soberbas cidades...» (Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 280).

desagregação do reino¹¹³ e da ausência de um monarca¹¹⁴, sucedem, *os monumentos da felicidade mais acrisolada*:

Deve ser um preceito religioso para o soldado nunca abandonar suas bandeiras, dizia o vencedor de Fontenoy. Elas devem ser sagradas a seus olhos; e todas as cerimônias possíveis não seriam sobejas para torna-las respeitáveis e preciosas. Amigos, dizia o grande Conde às suas tropas, inferiores em número aos Austríacos, amigos, lembrai-vos de Rocroy, de Friburgo, e Nordlingen!...e conduzindo-as imediatamente ao inimigo, ganha a célebre batalha de Lens ao Arquiduque Leopoldo, irmão de Fernando III da Alemanha. Soldados, eu não terei outra linguagem. Lembrai-vos de Villegagnon, das linhas de Elvas, dos Guararapes, do Paraguai!...Possam os vossos inimigos experimentar vossa coragem hereditária! Possam nossos netos apontar para os monumentos erguidos ao vosso denôdo! Possam eles dar-vos um modelo de patriotismo, e da felicidade mais acrisolada!¹¹⁵.

Monumento em que nos aventuramos tendo os Oradores como guias, o medo não é apresentado «com idéias de matança, de sangue e furor». Pelo contrário, ele convida «a pisar com indiferença cadáveres palpitantes» e, celebrando a polidez de um acordo de cavalheiros, exige «o desempenho do juramento, que acabais de prestar à face de vossas bandeiras». A ameaça é social: «todos os olhos estão fixados em

¹¹¹ «A luta, em que o Brasil está empenhado contra as pretensões de uma metrópole ciosa de seus direitos, e vê com impaciência secar-se uma fonte inesgotável de riquezas, os projetos sanguinários da democracia, os assomos da inveja ...» (Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 295)

¹¹² «Não é senhores, vos o sabeis, não é o ardor patriótico, que exagera este amparo, que o Todo-Poderoso tem assegurado ao Brasil: nossos padecimentos domésticos nos tem forçado a reconhecer, que o sopro da cólera do Eterno esmagando o imperador, faria rebentar os diques, que sopeiam dificilmente ondas insofridas. Não escutastes os uivos ferozes do absolutismo, que não hesitou em ameaçar-nos com seus antigos grilhões? Não tendes observado as provocações de um partido, que parece ter em vista humilhar o brio nacional? Não acabam de despertar-se todas as desconfiças de um projeto, em que se alterava contra as liberdades constituintes? Não vimos tremular o estandarte de rebelião, e do perjúrio?» (Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 312)

¹¹³ «Infaustos acontecimentos trouxeram às nossas praias esses formidáveis inimigos. Dos lagos empestados da Neerlândia partiram mil guerreiros, que ousaram dividir entre si o território brasileiro. Batalhões aguerridos oprimiam suas cidades, enquanto esquadras formidáveis senhoreavam-se de suas costas. Ufanos com os males, que a mãe pátria suportava, eles se jactavam de arrancar de seus braços este filho, destinado a minorar um dia seus desastres. Maurício de Nassau acabava de apertar os grilhões lançados pelo fero Louk. Uma vara de ferro se prolongava do majestoso Amazonas à opulenta Bahia. Ardendo em ira o Belga rasgava sem piedade o seio do Brasil. Guiada pela ferocidade, a perfídia insolente via a seus pés o gigante dos trópicos, e rindo prendia-lhe as mãos com cem cadeias». (Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 276).

¹¹⁴ «Quando no infausto dia 30 de Junho de 1823 o Eterno pareceu arrepender-se de sua proteção, envolvendo nas sombras da morte o príncipe, que acabava de consagrar a independência do Brasil, subindo ao trono imperial com todos os títulos de que é capaz de gloriar-se um rei; nós vimos a discórdia espiar o instante fatal, em que cessasse de existir o infatigável propugnador das nossas prerrogativas, afim de retalhar o Brasil, e mostrá-lo ao Universo, como um objeto de opróbro, de compaixão, e lástima. Em 1829 a infância do príncipe imperial assustava o Brasil com uma longa menoridade, que retardaria sua marcha gloriosa, e talvez mesmo alterasse suas instituições políticas». (Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 309)

¹¹⁵ Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 271.

vós»; o vexame não pode ser maior e a pena não pode ser mais dura, nem menos moderna: «a infâmia, o desprezo público»¹¹⁶; garantindo, pela temeridade desse risco, a suposta manutenção da imobilidade social.

De maneira paradoxal, a abolição do medo facilitou a morte do regime de forças que atravessou a Época Moderna, fosse ele político ou sentimental, na desmesura de Luís XVI diante da queda da Bastilha; enquanto que sua manutenção garantiu tal continuidade, na fuga d. João VI para o Brasil.

Insinuando «verdades amargas no ânimo dos ouvintes»¹¹⁷, com a dura finalidade de «obrigá-los a executar o que lhes aconselhamos»¹¹⁸, os panegiristas serviram-se da História para conceber, praticar e representar as paixões, sentimentos e emoções, gravando, na longa duração da memória afetiva, a dinâmica acelerada e aparentemente fugaz da sensibilidade. Se o eco desse discurso hoje nos parece fragmentado, talvez seja porque

A filosofia nunca pôde conhecer a verdadeira causa destas revoluções, que mudam o assento das monarquias e fazem surgir outras monarquias. Inventaram-se sistemas; forjaram-se definições; criou-se o direito das gentes; apoiou-se na legitimidade; admitiu-se a soberania do povo; o homem social teve contratos; e a política mostrou-se com o seu manto de variadas cores, apresentando a cada momento novas fases, e modificando a cada instante suas teorias e suas convenções. Mas o Eterno se deixa ver sustentando em suas mãos a balança em que pesa o Universo; espantando a terra com o estrondo de suas maravilhas; quebrando o cetro dos senhores do mundo; e cingindo com o diadema aqueles que ele tem escolhido para fundadores dos impérios suscitados na sua providência¹¹⁹.

Eterno, o medo se inscreve hoje numa indústria do ressentimento corrobora tanto doutrinas historiográficas quanto manuais sentimentais contemporâneos, uns baseados na utopia da felicidade, outros na distopia do terror. Se ganham adeptos, é porque a construção da memória está mais carregada de sentimentos do que a maioria de nós se permite aceitar ou enfrentar como problema historiográfico. Se geram batalhas, é porque a pastoral do medo, alimentando a insensibilidade e a projeção como potência, ainda triunfa como discurso de modernidade, império da razão.

¹¹⁶ Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 266

¹¹⁷ Verney, *Verdadeiro método de estudar*, 148.

¹¹⁸ Antonio Pereira, *Elementos da invenção e locução retórica* (Lisboa: Oficina Patriarcal de Francisco Luiz Ameno, 1759), 2.

¹¹⁹ Do Monte Alverne, *Obras Oratórias*, tomo II, 283.

Recibido: 9 de julio de 2017
Aprobado: 25 de julio de 2017

OS CARPINTEIROS NA INQUISIÇÃO DE LISBOA NO SÉCULO XVIII: TRABALHO, SOCIABILIDADES E CULTURA MATERIAL*

João Furtado Martins
(Bolsheiro FCT/CEHR-UCP/CLEPUL)

RESUMO

Os processos instaurados pelo Tribunal do Santo Ofício constituem uma fonte rica e polivalente, para diversos estudos relativos à sociedade da Época Moderna. O trabalho que propomos realizar, vem na sequência desta abordagem mais ampla do conteúdo dos processos inquisitoriais, que ultrapassa o estudo dos delitos e das penas. O nosso estudo incidirá sobre os carpinteiros que foram alvo da máquina repressiva do Santo Ofício de Lisboa, no século XVIII. O objectivo principal será o de compreender as dinâmicas sociais e laborais destes indivíduos, sem contudo omitir a tipologia dos crimes cometidos.

PALAVRAS-CHAVE: Carpinteiros; Trabalho; Sociabilidades; Cultura Material; Santo Ofício.

THE CARPENTERS IN THE INQUISITION OF LISBON IN THE 18TH CENTURY: WORK, SOCIABILITIES AND MATERIAL CULTURE

ABSTRACT

The proceedings instituted by the Tribunal of the Holy Office constitute a rich and versatile source, for several studies concerning the society of the Modern Age. The work we are proposing follows this broader approach to the content of inquisitorial processes, which goes beyond the study of crimes and penalties. Our study will focus on carpenters who were the target of the repressive machine of the Holy Office of Lisbon in the eighteenth century. The main objective will be to understand the social and work dynamics of these individuals, without, however, omitting the typology of the crimes committed.

KEYWORDS: Carpenters; Work; Sociabilities; Material Culture; Holy Office.

1. Em Portugal, os ofícios mecânicos na Época Moderna têm sido relativamente pouco estudados. Os trabalhos produzidos incidiram sobretudo a nível da organização desses mesmos ofícios, partindo da legislação existente. O foco tem incidido maioritariamente sobre os artífices de Lisboa e do Porto e, na maioria dos casos, já têm alguns anos. Destaquem-se, autores como J. A. Pinto Ferreira¹ Jorge Borges de Macedo², e António Manuel Hespanha³, além de Arnaldo Melo, Amélia Polónia e Nuno Luís Madureira, com a sua *História do Trabalho e das Ocupações*⁴. No estrangeiro, autores como Victoria López Barahona, José A. Nieto Sánchez⁵, Samuel Guicheteau⁶ e Jelle Haemers⁷, realizaram trabalhos com interesse, que permitem fazer comparações com a situação portuguesa.

A grande obra de referência em Portugal sobre a questão dos ofícios é *As Corporações dos Ofícios Mecânicos. Subsídios para a sua História, com um estudo de Marcelo Caetano*, da autoria de Paul Langhans⁸, que além da análise que nela se encontra, faz a compilação dos diferentes regimentos dos ofícios. Sobre a cidade de Lisboa, relativamente à temática a ser tratada, fazemos referência a Marcelo Caetano⁹, Nuno Luís Madureira¹⁰, Lysie Reis¹¹ Rosário Salema de Carvalho¹² e Maria da Graça Silva¹³ que aborda o ofício de alfaiate nesta cidade. Do Brasil, chegam-nos um artigo e uma

* Trabalho financiado pela bolsa de doutoramento da Fundação para a Ciência e a Tecnologia (FCT), com a referência FRH/BD/110670/2015.

¹ J. A. Pinto Ferreira, *Os Mesterais na Administração Pública em Portugal* (Porto: Edições Maranus, 1951).

² Jorge Borges de Macedo, *Problemas de História da Indústria Portuguesa no Século XVIII* (2ª edição, Lisboa: Editorial Quercus, 1982).

³ António Manuel Hespanha, *História das Instituições. Épocas Medieval e Moderna* (Coimbra: Almedina, 1982); Idem, *As Vésperas do Leviathan. Instituições e Poder Político (Portugal, séc. XVIII)* (Coimbra: Almedina, 1994).

⁴ Arnaldo Melo e Amélia Polónia e Nuno Luís Madureira, *História do Trabalho e das Ocupações* (3 vols, Oeiras: Celta Editora, 2001).

⁵ Victoria López Barahona e José A. Nieto Sánchez, *El Trabajo en la Encrucijada: Los Artesanos Urbanos en la Europa de la Edad Moderna* (Madrid: Los Libros de la Catarata, 1996).

⁶ Samuel Guicheteau, *Les Ouvriers en France 1700-1835* (Paris: Armand Colin, 2014).

⁷ Jelle Haemers, “Révolte et Requête. Les Gens de Métiers et les Conflits Sociaux dans les Villes de Flandre (XIII-XV siècle)”, *Revue Historique*, 677, [s.l.], (2016) 27-56.

⁸ Paul Langhans, *As Corporações dos Ofícios Mecânicos. Subsídios para a sua História, com um estudo de Marcelo Caetano* (2 vols, Lisboa: Imprensa Nacional de Lisboa, 1943-1946).

⁹ Marcelo Caetano, *A História da Organização dos Mestres na Cidade de Lisboa* (Braga [s.n.], 1959).

¹⁰ Nuno Luís Madureira, *Cidade: Espaço e Quotidiano (Lisboa, 1740-1830)* (Lisboa: Livros Horizonte, 1992); Idem, *Mercado e Privilégios. A Indústria Portuguesa entre 1750 e 1834* (Lisboa: Editorial Estampa, 1997).

¹¹ Lysie Reis, “Os Homens Rudes e muito Honrados Mestres”, *Revista da Faculdade de Letras: Ciências e Técnicas do Património*, vol IV, Porto, (2005) 235-259.

¹² Rosário Salema de Carvalho, “O Regimento do Ofício de Ladrilhadores da Cidade de Lisboa”, *Revista de Artes Decorativas*, 5, Porto, (2012) 79-105.

¹³ Maria da Graça Silva, “Leis e Saberes do Ofício de Alfaiate na Época Moderna: O Caso da Cidade de Lisboa Setecentista” (Dissertação de Mestrado, Universidade de Lisboa, 2012).

dissertação de mestrado de Glaydon Gonçalves Matta¹⁴ que se centram nos mesteres lisboetas. Sobre a cidade do Porto destacamos os estudos de António Cruz¹⁵ e de Arnaldo Sousa Melo¹⁶. Vítor Serrão dá-nos conta de contractos de aprendizagem de pintores na sua obra *O Maneirismo e o Estatuto Social dos Pintores Portugueses*¹⁷. As corporações de ofícios no espaço colonial, especialmente no Brasil, foram abordadas por Wilson Rios¹⁸, Roberto Guedes¹⁹, Mónica Martins²⁰, Carlos Lima²¹ e Beatriz Santos²². De Espanha saliente-se o trabalho de Florence Lecerf²³, que estudou os contratos de aprendizagem do século XVI, em Granada. O mesmo tipo de contratos também cativou Milene Loirinho Alves²⁴, que estudou os dos expostos da cidade de Lisboa. No âmbito do trabalho que pretendemos desenvolver, isto é, o estudo do mundo laboral a partir das fontes do Santo Ofício, referimos a obra *Bens de Hereges. Inquisição e Cultural Material* de Isabel Drumond Braga, principalmente o capítulo, «Pelo Mundo do Trabalho», onde são desenvolvidos aspectos laborais traçados a partir dos processos levantados aos indivíduos estudados, e o seu estudo sobre os confeitores²⁵, elaborado igualmente a partir dos processos inquisitoriais.

¹⁴ Glaydon Gonçalves Matta, “Tradição e Modernidade: Práticas Corporativas e a Reforma dos Ofícios em Lisboa no Século XVIII” (Dissertação de Mestrado, Universidade Federal Fluminense, 2011).

¹⁵ António Cruz, *Os Mesteres do Porto: Subsídios para a História das Antigas Corporações dos Ofícios Mecânicos*, (Porto: Emp. Ind. Gráfica, 1943); Idem, “Casa dos Vinte e Quatro”, *Dicionário de História de Portugal*, vol. I, (Lisboa: Iniciativas Editoriais, [s.d.]) 515-516.

¹⁶ Arnaldo Sousa Melo, “A Organização dos Mesteres do Porto em Tempos Manuelinos: Entre Permanências e Mudanças”, em *Actas do III Congresso Histórico de Guimarães. D. Manuel e a Sua Época* (Guimarães, 2001), 369-389.

¹⁷ Vítor Serrão, *O Maneirismo e o Estatuto Social dos Pintores Portugueses* (Lisboa: Imprensa Nacional Casa da Moeda, 1983).

¹⁸ Wilson Rios, “A Lei e o Estilo: a Inserção dos Ofícios Mecânicos na Sociedade Colonial Brasileira. Salvador e Vila Rica (1690-1790)” (Tese de Doutorado, Universidade Federal Fluminense, 2000).

¹⁹ Roberto Guedes, “Ofícios Mecânicos e Mobilidade Social: Rio de Janeiro e São Paulo (Sécs. XVII-XIX)”, *Topoi*, vol. 7, n.º 13, Rio de Janeiro, (2006) 379-423.

²⁰ Mónica Martins, “Entre a Cruz e o Capital: Mestres, Aprendizes e Corporações de Ofícios no Rio de Janeiro (1808-1824)” (Tese de Doutorado, Universidade Federal do Rio de Janeiro, 2007).

²¹ Carlos Lima, *Artífices no Rio de Janeiro (1790-1808)* (Rio de Janeiro: Apicuri, 2008).

²² Beatriz Santos, *O Corpo de Deus na América. A Festa de Corpus Christi nas Cidades da América Portuguesa – século XVIII* (São Paulo: Annablume, 2005); Idem, “Os Senhores do Tempo: a Intervenção do Bispado na Procissão de Corpus Christi no século XVIII”, *Tempo*, 33, Niterói, (2012) 165-190.

²³ Florence Lecerf, “La Sociedad Granadina de Principios del siglo XVI: contratos de Aprendizaje y Cartas de Servicio”, *La Vida Cotidiana a través de los Textos (ss. XVI-XX). Estudios*, coord. María Isabel Montoya Ramírez e Gonzalo Águila Escobar, (Granada: Editorial Universidade de Granada, 2009) 17-46.

²⁴ Milene Loirinho Alves, “A Real Casa dos Expostos de Lisboa e a Aprendizagem dos Ofícios (1777-1812)” (Dissertação de Mestrado, Universidade de Lisboa, 2013).

²⁵ Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, *Bens de Hereges. Inquisição e Cultura Material Portugal e Brasil (séculos XVII-XVIII)* (Coimbra: Imprensa da Universidade de Coimbra, 2012); Idem, “Confeitores na Época Moderna: Cultura Material, Produção, e Confluência”, em *Ensaio sobre Património Alimentar Luso-Brasileiro*, coord. Carmen Soares e Irene Coutinho de Macedo (Coimbra: Imprensa da Universidade de Coimbra, 2014): 165-192.

O presente trabalho, inclui-se numa investigação mais ampla, que tem como objectivo o desenvolvimento de uma tese de doutoramento sobre os ofícios do couro e da madeira. Mais precisamente, pretendem estudar-se os ofícios pertencentes a estes dois sectores, a partir dos processos inquisitoriais. Quem eram estes homens? Que conflitos e sociabilidades mantinham? Quais os ritmos de trabalho, o seu percurso laboral e social? Que crimes contra a fé cometeram? Estas são algumas das questões a que se pretende responder, através dos processos levantados pelo Santo Ofício a estes indivíduos.

De acordo com o proposto para desenvolver neste seminário, trazemos a lume os carpinteiros processados pelo Tribunal do Santo Ofício de Lisboa, durante o século XVIII, mais precisamente entre 1706 e 1796. Foram estudados 35 processos relativos a 33 indivíduos, visto dois deles possuírem um segundo processo. Do total, 12 casos provêm da metrópole e a larga maioria, 23, do Brasil, que estava afecto à jurisdição do tribunal lisboeta. Dentro das diferentes tipologias de trabalho ao nível da carpintaria, encontramos nos indivíduos estudados, um carpinteiro de seges; três carpinteiros de casas; um da obra branca; dois de navios; dois da Ribeira das Naus e um do mato. Os restantes apresentam-se simplesmente como carpinteiros.

2. A organização dos ofícios mecânicos da cidade de Lisboa é a que se encontra melhor estudada. Esta serviu de modelo a outros municípios portugueses pois no final do século XV, começaram a surgir documentos escritos sobre a vida corporativa²⁶. O regimento mais antigo de que há notícia datou de 1489 e regeu os ofícios de borzeagueiro, sapateiro, chapineiro, soqueiro e curtidor²⁷. Na falta de regimentos, as normas seguidas pelos ofícios provinham do costume, dos actos régios e das posturas municipais²⁸. Os descobrimentos portugueses poderão ter criado uma maior complexidade da economia urbana nos locais com maior fluxo de navegação, o que não se verificava até ao final do século XV. A realidade cidadina alterou-se, tendo aumentado a população, existindo um ambiente propício à instalação de artífices estrangeiros²⁹. A desorganização nos ofícios, instalados no município de Lisboa, levou a câmara, em 1572, a incumbir Duarte Nunes de Leão de dotar de regimentos os ofícios que não os tinham e de reformar os já existentes. Surgiu assim o *Livro dos regimentos dos oficiais mecânicos*³⁰, que disciplinou, com algumas alterações e ajustes, a vida corporativa da cidade até 1767³¹. Nessa data, foi eleito para a Casa dos Vinte e Quatro, o alfaiate Filipe Rodrigues de Campos, que levou a cabo uma reforma dos regimentos dos ofícios, os quais foram sendo aprovados até 1791³².

²⁶ Paul Langhans, *As Corporações dos Ofícios Mecânicos*, vol. 1, XIII.

²⁷ Ibidem.

²⁸ Ibidem, XVI.

²⁹ Ibidem, XVIII, XIX.

³⁰ Marcelo Caetano, *A História da Organização*, 13-14.

³¹ Ibidem, 14.

³² Paul Langhans, *As Corporações dos Ofícios Mecânicos*, vol. 1, XVII-XVIII.

Os mesteres da cidade de Lisboa tinham uma participação ativa nas decisões tomadas pela câmara, concedida pelo Mestre de Avis, no ano de 1384. A participação dos mesterais, nas decisões dos municípios, foi contestada nas Cortes de Évora, de 1481-1482, pelos representantes dos concelhos, tendo então ficado decidido que esta participação vigorava apenas em Lisboa³³. Os ofícios com representação na câmara de Lisboa agremiavam-se na chamada Casa dos Vinte e Quatro, que foi reformada por D. João III, em 1539, estabelecendo-se a existência de 14 ofícios a encabeçar a representação dos mesteres, tendo cada um deles ofícios anexos³⁴. A reforma seguinte foi realizada já em 1771, pois era necessária uma atualização, visto a existência de novos ofícios e de outros que foram ganhando importância e que se encontravam subalternizados³⁵. A extinção das corporações de ofícios foi decretada em 7 de maio de 1834³⁶. Visto que no nosso trabalho nos iremos reportar a casos passados no Brasil, é importante dizer que a então colônia portuguesa teve uma instituição semelhante à Casa dos Vinte e Quatro, sediada na câmara municipal de Salvador. Em 1624, houve também um pedido da câmara do Rio de Janeiro, para serem eleitos representantes dos ofícios, acabando essa participação por ser extinta em 1713, por se imiscuírem demasiado nos assuntos da edilidade³⁷. Os ofícios estavam igualmente ordenados por bandeiras³⁸.

3. Segundo os regulamentos da cidade de Lisboa, o ofício de carpinteiro não era tido como uniforme, mas sim visto como vários ofícios, consoante a especialização do artífice. Na regulamentação da cidade de Lisboa, elaborada por Duarte Nunes de Leão³⁹ em 1574, encontramos o regimento dos pedreiros e carpinteiros⁴⁰ e outros dois regimentos relativos a carpintaria, que são o regimento dos carpinteiros de tenda da Rua das Arcas⁴¹ e o regimento dos compradores de madeira⁴². Existindo também os ofícios de sambladores, entalhadores e imaginários (carpinteiros de marcenaria)⁴³, que não vamos explorar neste estudo, por fazerem parte de um grupo industrial diferente, segundo Jorge Borges de Macedo⁴⁴. No entanto, mencionaremos os seus regimentos, por em determinada altura, na cidade de Lisboa, estarem intimamente ligados ao ofício de carpinteiro de móveis como iremos verificar. Os ofícios de carpintaria foram sofrendo alterações ao longo do tempo, reconfigurando-se. Na segunda metade do século XVIII, sabemos, através

³³ Marcelo Caetano, *A História da Organização*, 4-6.

³⁴ Ibidem, 11.

³⁵ Paul Langhans, *As Corporações dos Ofícios Mecânicos*, vol. 1, LVII.

³⁶ Marcelo Caetano, *A História da Organização*, 15.

³⁷ Mónica Martins, *Entre a Cruz e o Capital: Mestres, Aprendizices e Corporações de Ofícios no Rio de Janeiro (1808-1824)*, 36.

³⁸ Ibidem, 40.

³⁹ Duarte Nunes de Leão, *Livro dos Regimentos dos Officiais mecanicos da Mui Nobre e Sempre Leal Cidade de Lisboa (1574)*, publicado por Virgílio Correia (Coimbra: Imprensa da Universidade, 1926).

⁴⁰ Ibidem, 105.

⁴¹ Ibidem, 115-117.

⁴² Ibidem, 118-122.

⁴³ Paul Langhans, *As Corporações dos Ofícios Mecânicos*, vol. 1, 461-467.

⁴⁴ Jorge Borges de Macedo, *Problemas de História da Indústria Portuguesa no Século XVIII*, 90.

dos regimentos, que os carpinteiros lisboetas estavam divididos em carpinteiros de carruagens⁴⁵; carpinteiros de jogos de carruagens⁴⁶; carpinteiro de caixas de carruagens⁴⁷ e carpinteiros de móveis e samblagem⁴⁸. Lysie Reis enumerou ainda os carpinteiros de coches, seges e liteiras das Portas de Santo Antão e os da Ribeira das Naus. Estas divisões advêm das especializações que cada vertente do ofício de carpinteiro ia adquirindo ao longo do tempo⁴⁹. Existiam contendas devido à fronteira entre estes ofícios ser naturalmente ténue. É o caso dos carpinteiros de móveis e dos marceneiros que se desentendiam por haver uma aproximação entre os dois ofícios. A câmara viu-se obrigada a unir os dois com um único regimento, passando a denominar-se carpinteiros de móveis e samblagem⁵⁰.

Relativamente ao conteúdo desses mesmos regimentos, sabemos que o regimento dos sambladores, entalhadores e imaginários, datado de 1549, previa que os naturais do reino e os estrangeiros fossem obrigados a submeter-se a exame em Lisboa para poderem abrir loja⁵¹. Referia ainda que qualquer carpinteiro que não fosse de marcenaria e executasse trabalhos desse ofício pagaria uma multa de dez cruzados⁵². É um ponto interessante, pois demonstra claramente a intenção de separação por sectores dos ofícios da madeira. Os mestres só podiam ter dois aprendizes consigo⁵³. Encontramos ainda uma disposição interessante que refere o seguinte: «nenhum oficial que engemynado for de algum dos ditos ofícios nom tomara parçarya com omem nem com molher que emgimynado nom for»⁵⁴, por aqui depreende-se que o ofício estaria aberto às mulheres⁵⁵. Já o regimento dos pedreiros e carpinteiros, que se encontra na compilação levada a cabo por Duarte Nunes de Leão, mencionava que os mestres não podiam ter mais do que dois aprendizes para que «os possuão melhor ensinar e trazer ante sy e ver continuamente o que fazem.»⁵⁶ Aparentemente este regimento seria a regulação geral para todos os tipos de trabalho de carpintaria à data de 1572, com excepção dos carpinteiros de tenda da rua das Arcas e dos compradores de madeira. Passando agora para a segunda metade do século XVIII, o ofício de carpinteiro de carruagens, datado de 1768, referia que o tempo de aprendizagem era ajustado com o mestre, sendo que depois era necessário trabalhar como oficial durante quatro anos para se candidatar à mestria, através de um exame⁵⁷. Quanto ao mestre, tutor da loja, podia ter a trabalhar para si os oficiais

⁴⁵ Paul Langhans, *As Corporações dos Ofícios Mecânicos*, vol. 1, 420-431.

⁴⁶ Ibidem, 434-445.

⁴⁷ Ibidem, 445-455.

⁴⁸ Ibidem, 495-505.

⁴⁹ Lysie Reis, *Os Homens Rudes e muito Honrados Mesteres*, 250.

⁵⁰ Paul Langhans, *As Corporações dos Ofícios Mecânicos*, vol. 1, 496.

⁵¹ Ibidem, 461.

⁵² Ibidem, 464.

⁵³ Ibidem, 464.

⁵⁴ Ibidem, 464.

⁵⁵ Existiam ofícios onde ingressavam mulheres como o caso dos confeitores, cf. Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “Confeitores na Época Moderna: Cultura Material, Produção, e Conflituosidade”, 171-172.

⁵⁶ Duarte Nunes de Leão, *Livro dos Regimentos dos Officiais mecanicos*, 107.

⁵⁷ Paul Langhans, *As Corporações dos Ofícios Mecânicos*, vol. 1, 422.

que desejasse. No entanto, não podia ter mais do que um aprendiz, apenas quando faltasse um ano para o término da aprendizagem do primeiro indivíduo, é que poderia abrigar na sua loja o segundo⁵⁸. Quanto aos que eram de fora da cidade de Lisboa, incluindo os estrangeiros, que quisessem trabalhar nesta cidade, eram obrigados a ser mestres examinados⁵⁹. Não se encontra informação se este exame tinha de ser realizado posteriormente à sua chegada, em Lisboa, ou se eram admitidos artífices com exames feitos nos seus locais de origem. Fica a depreender-se que um carpinteiro de carruagens de fora da cidade que fosse oficial, não poderia exercer a sua profissão, devido a não ter a categoria de mestre. O regimento dos carpinteiros de jogos de carruagens tinha disposições semelhantes aos acima enunciados⁶⁰. Quanto ao ofício de carpinteiro de caixas de carruagens, o tempo que era preciso perfazer até ao exame de mestre, era de seis anos, em vez dos quatro anos previstos para os ofícios já nomeados⁶¹. Seis anos, era igualmente o tempo necessário de prática como oficial carpinteiro de móveis e samblagem, segundo o seu regimento⁶². Neste era ainda referido que para um oficial estrangeiro ser examinado tinha de se naturalizar primeiro⁶³.

A regulação de 1539 concentrava os ofícios de carpintaria, que com o tempo se foram distribuindo pelas bandeiras da cidade de Lisboa. Na regulação de 1771, a disposição era a seguinte: os carpinteiros de carruagens inseriam-se na bandeira de Nossa Senhora da Oliveira⁶⁴; os carpinteiros de móveis na bandeira de Nossa Senhora da Encarnação e os carpinteiros de casas continuavam vinculados à bandeira de São José⁶⁵. Referiu-se ainda que apenas os ofícios mais numerosos eram representados na Casa dos Vinte e Quatro⁶⁶. A maioria dos carpinteiros contidos no presente estudo, não exercia o seu ofício em Lisboa, e, na maior parte dos processos, não vem mencionado o ramo de carpintaria que exerciam. É preciso ter em conta que as denominações atribuídas acima a cada ofício eram válidas apenas para a capital. No resto do país as nomenclaturas podiam ser diferentes ou nem existirem.

4. Ao explorar os processos inquisitoriais levantados aos carpinteiros pelo Tribunal do Santo Ofício de Lisboa, é possível percebermos que existia uma forte mobilidade destes oficiais dentro do território metropolitano português, no espaço colonial e ainda no estrangeiro. Como iremos perceber, estas migrações podiam ser motivadas por questões laborais, mas também devido a situações do foro pessoal, ou por razões indefinidas, não explicitadas na documentação, como o caso de

⁵⁸ Ibidem, 425.

⁵⁹ Ibidem, 427.

⁶⁰ Ibidem, 434-445.

⁶¹ Ibidem, 447.

⁶² Ibidem, 499.

⁶³ Ibidem, 499.

⁶⁴ A esta bandeira pertenciam também os confeitores. Sobre este ofício ver Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “Confeitores na Época Moderna: Cultura Material, Produção, e Conflituosidade”.

⁶⁵ Paul Langhans, *As Corporações dos Ofícios Mecânicos*, vol. 1, 418-419.

⁶⁶ Lysie Reis, “Os Homens Rudes e muito Honrados Mesteres”, 236.

Bernardino de Sena⁶⁷, natural e morador em Lisboa, que sabia ler e escrever, e não viajou para muito longe de Lisboa, pois andou por Vila Franca de Xira, Alenquer e Ericeira⁶⁸. Em 1721, Torcato de Araújo⁶⁹, natural de Guimarães e residente em Lisboa foi acusado de bigamia⁷⁰. Casou em Santa Leocádia de Briteiros e segundo a sua mulher, Isabel Lopes, ausentou-se para Lisboa nove anos antes, apesar de ter vivido maritalmente durante cinco. Sabemos, no entanto, segundo a sua confissão, que Torcato sabia ler e escrever e passou por vários sítios a exercer a sua profissão, estabelecendo-se em Palmela⁷¹. Manuel de Oliveira⁷², natural de Santiago de Areias e morador em Ílhavo, de 30 anos, esteve em Aveiro «trabalhando pelo seu officio»⁷³. António Correia⁷⁴, cristão-novo por via materna, natural e morador em Lamego, acusado de judaísmo⁷⁵, praticava o ofício em várias obras, tendo até uma delas, servido de álibi quando Manuel Moraes afirmou que o réu se tinha declarado como praticante da lei de Moisés, três anos e dois meses antes, em Lamego. No entanto, nessa altura, António Correia estaria em Vilar de Maçada⁷⁶, a trabalhar no seu ofício para D. Francisca, mulher de D. Gregório. Começou a trabalhar no final de Outubro, regressando a Lamego pelo Natal, voltando de novo, em Fevereiro, para a obra. Natural de Lisboa e morador em São Miguel do Milharado⁷⁷, o carpinteiro Francisco Machado⁷⁸, preso em 1731 por proposições heréticas⁷⁹, esteve duas vezes degredado no Estado da Índia, passando pela Arábia e por França. No ano de 1778, foi detido o francês João Estevão Jacob⁸⁰, réu que esteve nas Índias com a sua mulher, indo

⁶⁷ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11595.

⁶⁸ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11595.

⁶⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8221

⁷⁰ Sobre a bigamia, cf Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, *A Bigamia em Portugal na Época Moderna: Sentir Mal do Sacramento do Matrimónio?* (Lisboa: Hugin, 2003).

⁷¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8221.

⁷² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11327.

⁷³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11327.

⁷⁴ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 3132.

⁷⁵ Sobre o judaísmo, cf. Maria José Tavares, *Os Judeus em Portugal no séc. XIV* (Lisboa: Guimarães & Ca, 1979); Idem, *Os Judeus em Portugal no séc. XV* (Lisboa: Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa, 1982); Idem, *Judaísmo e Inquisição* (Lisboa: Presença, 1987); Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “Judeus e Cristãos Novos: os que chegam, os que partem e os que regressam”, *Cadernos de Estudos Sefarditas*, 5, Lisboa, (2005): 9-29; Elvira Mea, “Nuovi Cristiani, Portogallo”, em *Dizionario Storico dell’Inquisizione*, ed. Adriano Prosperi (Pisa: Edizione della Normale, 2010), 1124 – 1127; Giuseppe Marcocci e José Pedro Paiva, *História da Inquisição Portuguesa 1536-1821* (Lisboa, Esfera dos Livros, 2013), 49-76.

⁷⁶ Atualmente é uma freguesia do concelho de Alijó.

⁷⁷ Atualmente dá pelo nome de Milharado e é uma freguesia do concelho de Mafra.

⁷⁸ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7.

⁷⁹ Sobre as proposições, cf. Fernanda Olival, “O Controle sobre Proposições na Inquisição de Lisboa (1681-1700)”. Achegas para um Estudo da Temática”, em *Inquisição. Comunicações apresentadas ao 1º Congresso Luso-Brasileiro sobre Inquisição*, coord. Maria Helena Carvalho dos Santos, vol. 2, (Lisboa: Sociedade Portuguesa de Estudos do Séc. XVIII, Universitária Editora, 1989) 663-685; Raphael Chamboleyron, “‘Ásperas Proposições’ Jesuítas, Moradores e a Inquisição na Amazônia Seiscentista no Tempo de Vieira, Missionário”, *Revista Lusófona de Ciência das Religiões*, 13/14, Lisboa, (2008) 93-105; Diogo Tomaz Pereira, “Blasfémias e Proposições Heréticas: A Boca Maldita dos Padres Presos pela Inquisição de Lisboa”, *Revista Faces de Clío*, vol.1, nº 2, Juiz de Fora, (2015) 60-79.

⁸⁰ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 6840.

depois para Madrid e de lá para Cádiz onde teve uma loja de carpintaria durante um ano. Sobre o carpinteiro de seges António João⁸¹, pouco sabemos. O seu processo, que apenas contém o sumário de culpas por bigamia, é datado de 1779 e informa-nos que esteve preso 14 anos antes por vários crimes que cometeu e que depois partiu para o Minho, onde formou outra família, tendo mais tarde regressado a Lisboa⁸². O oficial de carpinteiro da Ribeira das Naus José Pereira⁸³ esteve no Brasil, no Grão Pará e no Rio de Janeiro, no entanto, foi em Badajoz que se fixou.

O Tribunal do Santo Ofício de Lisboa, tinha jurisdição sobre o Brasil colonial, dando-nos a conhecer carpinteiros que residiam neste espaço, alguns deles por terem para lá emigrado e outros, por serem naturais e residentes nesta região, como João Rodrigues⁸⁴, natural do Rio de Janeiro e morador na Baía, que 26 anos antes, casara-se com Antónia Mendes, ausentando-se do seu lar seis anos depois para o Sacramento⁸⁵ e depois para o arraial de Matias Cardoso, na Baía. Não temos a indicação se o motivo desta ausência foi por questões laborais ou de outra ordem. No ano de 1718, Ivo Pinheiro, carpinteiro de navios na Ribeira das Naus, natural de Lisboa e morador em São Salvador dos Campos, bispado do Rio de Janeiro, segundo a testemunha Bento Martins, de 28 anos e natural de Coimbra, partiu de Lisboa em busca de uma vida melhor. O próprio Ivo Pinheiro referiu que saiu do reino como carpinteiro de navios e foi para a Irlanda, Ilha Terceira e Brasil. Passou também por Angola, partindo depois para o Rio de Janeiro com uns escravos que ia vender «por ocasião de lhe morrerem alguns destes que tinha em Angola comprados a credito a pagar no Rio de Janeyro». O carpinteiro Tomé Teixeira⁸⁶, homem pardo, natural e residente no Pará, três anos depois de casar, foi realizar uma obra no Maranhão, onde permaneceu durante 14 anos. O réu declarou ser oficial de carpinteiro e, pelo testemunho da sua primeira mulher Catarina Seixas, Tomé Teixeira terá sido degredado para Icatu por um crime que não é explicitado⁸⁷. No ano de 1745, Mateus Gomes⁸⁸, natural de Vila do Conde e morador em Pernambuco, de 27 anos, embarcou 12 anos antes para o Brasil por ser pobre, com o intuito de melhorar a sua vida, como fez gente que ele conhecia. Nessa perspectiva, terá ido para o sertão do Rio de São Francisco, bispado de Pernambuco, construir uma embarcação. Procurar uma vida melhor no Brasil, foi o que fez também Luís André⁸⁹, de 44 anos, natural de Fiães, e morador no Pará. Em Lisboa, apanhou um navio em direcção ao Maranhão. Natural e morador em Nossa Senhora de Madre de Deus, Severino de Sousa do Nascimento, carpinteiro de embarcações, viajou por vários locais do Brasil, que não nomeou, em virtude do seu ofício⁹⁰. Outros carpinteiros partiram também para o

⁸¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5631.

⁸² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5631.

⁸³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11517.

⁸⁴ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 2365.

⁸⁵ Cidade que actualmente faz parte do Uruguai.

⁸⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 4871.

⁸⁷ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 4871.

⁸⁸ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11164.

⁸⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 516.

⁹⁰ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8641.

Brasil vindos da metrópole. Tal foi o caso de Amador da Costa⁹¹, natural de Santa Cecília de Vilaça, Braga e morador em Jacobina, em 1767. Apenas sabemos que foi acusado de bigamia, tendo partido para o Brasil 16 anos antes, através do depoimento da sua primeira mulher, Ana Maria Ferreira de 41 anos⁹². Igualmente, Domingos Antunes Guimarães⁹³, com mais de 60 anos, natural de Vila Nova de Sande e residente em Alagoas, terá migrado para o Brasil 36 anos antes, aproveitando dinheiro que um seu irmão chamado Jerónimo Pereira Guedes lhe deu. Houve ainda, quem não tivesse necessidade de se deslocar do local onde morava, como Gabriel Paredes⁹⁴ que nunca saiu do Rio de Janeiro.

Segundo a documentação em apreço, houve indivíduos com o ofício de carpinteiro que trabalharam simultaneamente noutras ocupações, ou que a deixaram de exercer em detrimento de outra actividade. Encontrámos ainda testemunhas que confundem o ofício que o réu praticava, havendo a hipótese de não se tratar de um engano e de o réu praticar dois ofícios. Foi o que aconteceu com o padre Manuel de Sousa Coelho, coadjutor dos Olivais e testemunha no processo contra Torcato de Araújo⁹⁵, natural de Guimarães e residente em Lisboa, ao declarar que o réu era serrador, no entanto, outras testemunhas afirmaram que Torcato era oficial de carpinteiro. Outro caso semelhante é o de Manuel de Oliveira⁹⁶, natural de Santiago de Areias e morador em Ílhavo, de 30 anos, que de acordo com o seu denunciante⁹⁷, José André, fragateiro, morador em Lisboa, e tio da segunda mulher do réu, seria também serrador. A António dos Santos⁹⁸, natural do bispado de Mariana e residente em São João Marcos, Rio de Janeiro, foi-lhe imputado o segundo ofício de serrador por um individuo chamado Manuel da Costa Evaristo. Em relação ao ofício de serrador e carpinteiro, pode estabelecer-se uma relação de semelhança, nem que seja por haver em comum a matéria-prima, a madeira, não parecendo estranho a confusão entre eles e mesmo a prática dos dois ofícios; o mesmo não sucede entre o ofício de alfaiate e de carpinteiro. Ora a prática destas duas actividades distintas pelo mesmo individuo foi relatada no processo de José Luís Freire⁹⁹, natural e morador na Baía, de 45 anos, por António da Silva, ourives de 24 anos, ao referir que o réu utilizava o ofício de carpinteiro e outras vezes o de alfaiate. No entanto, esta informação não se encontra mais vezes presente durante o processo¹⁰⁰. Dos réus que se dedicaram a outras actividades encontramos o carpinteiro Francisco Machado¹⁰¹, que na altura em que foi preso não exercia o seu ofício, dedicando-se a tomar conta

⁹¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8642.

⁹² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8642.

⁹³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 9804.

⁹⁴ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7966.

⁹⁵ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8221.

⁹⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11327.

⁹⁷ Sobre denúncias ver Crina Adriana Oldean, “A Denúncia ao Serviço da Fé ou da Vingança? A Delação Inquisitorial e os seus Efeitos” (Dissertação de Mestrado, Universidade de Lisboa, 2014).

⁹⁸ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 9727.

⁹⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8440.

¹⁰⁰ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8440.

¹⁰¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7.

de uma quinta do pai e depois deste a vender, tornou-se caçador¹⁰². O francês João Estevão Jacob¹⁰³, natural do ducado de Lorena e residente em Sintra, de 44 anos, era carpinteiro, mas em Portugal trabalhava como cómico. Já José Fernandes¹⁰⁴ era carpinteiro na Vila da Estância, arcebispado da Baía, no entanto na altura vivia de ser marinheiro. Domingos Antunes Guimarães¹⁰⁵, natural de Vila Nova de Sande e residente em Alagoas, quando chegou à Baía esteve a trabalhar numa loja de comestíveis de João Viana, que o acolheu por conhecer o seu irmão. Seguidamente, partiu com o padre Domingos Gomes, da Companhia de Jesus, para o sertão, ficou numa fazenda dos jesuítas, onde permaneceu por três anos a trabalhar no negócio de gado e de cavalos¹⁰⁶. Mais tarde, adquirindo alguns cavalos partiu para o arraial de Hilário Cardoso, em Jacobina, acabando por voltar a praticar o seu ofício de carpinteiro nas obras da igreja da freguesia de Santo António de Urubu, por tempo de um ano. O sumário de culpas do carpinteiro Bernardo Lopes da Cruz¹⁰⁷, natural de São Salvador em Coimbra e morador em Cuiabá, bispado do Rio de Janeiro, datado de 1790, indica que o réu partiu para o Brasil cerca de 26 anos antes, onde foi trabalhar para uma fábrica de sal, como testemunhou o padre José Ponce Dinis, que afirmou ter conhecido o réu por volta de 1770, quando Bernardo Lopes da Cruz era «administrador de huns cravos, que elle testemunha tinha na fabrica do sal nas Salinas deste certam»¹⁰⁸. Não ficámos a saber se chegou a trabalhar no seu ofício e em que condições.

Sobre a aprendizagem e o trabalho desenvolvido por estes oficiais, conseguimos localizar algumas informações nos processos. Começamos por Domingos Baptista que após sair reconciliado, pediu aos inquisidores para regressar à sua terra por não encontrar sustento em Lisboa e ninguém lhe dar esmola por ser homem pardo¹⁰⁹. Este tipo de dificuldade mostra-nos como por vezes a inserção na prática do seu ofício numa terra diferente, poderia ser complicada, mais ainda se falarmos de Lisboa, onde os regimentos que chegaram até nós, nos dão a conhecer a exigência dos procedimentos necessários para exercer o ofício. António Correia¹¹⁰, natural e morador em Lamego, tinha como tio Luís Cardoso que era mestre carpinteiro. Esta informação foi concedida pela testemunha Manuel Teixeira que aprendeu o ofício com o tio do réu. Provavelmente, António Correia terá aprendido também com o tio, no entanto, não temos essa informação. No Brasil, Bento Ferreira¹¹¹, homem pardo, natural e morador em Alagoas do Sul, carpinteiro que sabia ler e escrever, declarou na sua confissão que quando a sua primeira mulher, a índia Antónia da Silva fugiu com o seu padrasto, ficou sem meios de sustento e

¹⁰² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7.

¹⁰³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 6840.

¹⁰⁴ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8909.

¹⁰⁵ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 9804.

¹⁰⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 9804.

¹⁰⁷ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11510.

¹⁰⁸ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11510.

¹⁰⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11203.

¹¹⁰ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 3132.

¹¹¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8657.

decidiu aprender o ofício de carpinteiro para o sítio do Engenho da Lama com um mulato cativo do capitão Alexandre Salgado Castro. À morte deste capitão, o réu partiu para casa, decidindo ficar no caminho a trabalhar no seu ofício de carpinteiro no engenho da Tenrega, que era do capitão-mor João Vandelley, ficando lá dois anos e depois foi para Porto Calvo, tendo lá permanecido a trabalhar¹¹². Natural do Brasil, mais precisamente da Baía e morador em Serro Frio, bispado de Mariana, António Correia Silva¹¹³, aprendeu o ofício de carpinteiro em Serro Frio, ou seja na localidade onde era morador. Não há informações sobre durante quanto tempo ali permaneceu, para podermos ter noção aproximada da idade em que terá aprendido o ofício de carpinteiro. Não sabia ler nem escrever e foi exposto¹¹⁴, pelo que não sabemos a sua filiação. Alegou ainda, ter deixado a primeira mulher por esta o ter tentado matar três meses após o casamento¹¹⁵. Por fim, apresentamos o caso de José Rodrigues Vairão¹¹⁶, datado de 1796. Não conseguimos obter informações sobre como teria sido o seu processo de aprendizagem, no entanto, sabemos que trabalhou no conserto de variados navios portugueses e estrangeiros na Ribeira das Naus¹¹⁷.

A Época Moderna foi um período marcado pela violência, pelo que é com normalidade que se encontra nos processos, registo de desavenças protagonizadas pelos carpinteiros estudados e a comunidade em que se inseriam, mesmo durante a execução do seu ofício, como é o caso de Gabriel Paredes¹¹⁸ que, nas contraditas, declarou que os irmãos João e José Correia Ximenes eram seus inimigos. Isto porque 24 ou 25 anos antes, estando a trabalhar no seu ofício na fazenda de José, um escravo chamado Constantino faltou-lhe ao respeito. Ficou então à espera que o dono do escravo o castigasse. Como tal não sucedeu, Gabriel Paredes bateu no escravo, tendo de seguida ido embora da dita fazenda¹¹⁹. No entanto, não ficou satisfeito com as agressões que cometeu e foi até à fazenda de Luís Paredes, onde o escravo costumava ir, e voltou a agredi-lo. Em resposta a este ato, os irmãos Ximenes mandaram três escravos ir em sua perseguição para o matar, conseguindo fugir. Durante a sua actividade profissional¹²⁰, Gabriel adquiriu mais uma inimiga, desta feita Guiomar, mulher de João Correia Ximenes, por ter sucedido que quando Gabriel foi chamado a casa dela para efectuar uma obra, a dita Guiomar, lhe terá dito que o seu filho fora assassinado por Manuel Moura Fogaça, ao que o carpinteiro respondeu que se dizia que se tinha disparado nas Minas Gerais contra o seu filho e que lá erraram, mas que nesta ocasião acertaram. A mulher não gostou das palavras

¹¹² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8657.

¹¹³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5771.

¹¹⁴ Sobre expostos ver Milene Loirinho Alves, “A Real Casa dos Expostos de Lisboa e a Aprendizagem dos Ofícios (1777-1812)”.

¹¹⁵ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5771.

¹¹⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 4399.

¹¹⁷ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 4399.

¹¹⁸ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7966.

¹¹⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7966.

¹²⁰ Encontramos também conflitos entre artífices e clientes no seguinte estudo sobre os confeitores: Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “Confeitores na Época Moderna: Cultura Material, Produção, e Conflituosidade”, 182.

do réu e tornou-se sua inimiga¹²¹. Dentro dos inimigos, existam também familiares, como as suas irmãs. Desentendeu-se ainda com Brites da Costa por agredir uma escrava da dita mulher, da qual ela gostava muito. Quando Brites da Costa enviuvou, saiu de casa do pai para voltar a casar, atitude que não parecia muito bem a Gabriel, tendo comentado que «era a primeira vez que a mulher buscava ao homem»¹²². Já no final do século XVII, entre os anos de 1793 e 1794, foram processados dois carpinteiros de casas da Fundição do parque de Santa Clara por proposições heréticas e libertinagem. Davam pelos nomes de Joaquim António de Sena¹²³ e João Roberto Baião¹²⁴. Os dois processos dão conta de um grande desassossego na Fundição devido às proposições que eram lá proferidas por estes dois carpinteiros e outros que seguiam as mesmas ideias. Joaquim António de Sena é tido por Joaquim António Dinis, contramestre dos instrumentos da artilharia da Fundição no parque de Santa Clara, como um homem grosseiro, material e sem fundo¹²⁵. Francisco José da Cunha, mestre do ofício de carpinteiro de casas e do Arsenal Real do Exército, de 55 anos, defendeu os seus oficiais, protegendo-os das incriminações que lhes eram imputadas, encobrindo-os de certa maneira. Declarou que conhecia os réus há 19 anos, sendo mestre dos mesmos e que nunca tinham tido comportamento incorrecto, por que se assim fosse, como mestre saberia. Também não tinha conhecimento de intrigas entre os seus trabalhadores¹²⁶. O processo não contém sentença, ao contrário do de Joaquim António de Sena, que ficou em reclusão por um mês. O acto de detenção por parte dos agentes do Santo Ofício podia gerar perturbações e violência¹²⁷. Esse foi o caso da tentativa de prisão realizada pelo comissário do Santo Ofício, Quintino Jorge, e pelo familiar, Manuel Lopes Quaresma, durante a missa que se realizava na ermida de Santa Ana, gorada pela resistência e tumulto provocado pelo carpinteiro Francisco Machado¹²⁸, que ameaçou os intervenientes com uma faca. O réu era tido como um homem violento de quem as pessoas da sua terra temiam. Ele próprio confessou ter agredido um rapaz moleiro chamado Domingos Reis que acabou por falecer¹²⁹. Outra causa de desentendimentos, eram as questões monetárias e passionais, como sucedeu a João Estevão Jacob¹³⁰ que tinha desavenças com Francisco António de Olhoa, seu colega cómico, por razões de dinheiro e por este investir sobre a sua mulher. Nos processos as animosidades contra os réus são verificáveis. Veja-se o caso de António dos Santos¹³¹, que foi segundo o Santo Ofício, acusado injustamente de sacrilégio, por um individuo chamado Manuel da Costa

¹²¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7966.

¹²² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7966.

¹²³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5850.

¹²⁴ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5528.

¹²⁵ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5850.

¹²⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5528.

¹²⁷ Sobre problemas nas detenções por parte do Santo Ofício ver, João Furtado Martins, *Corrupção e Incúria no Santo Ofício. Ministros e Oficiais sob Suspeita e Julgamento* (Lisboa: Centro de Estudos de História Religiosa, Universidade Católica Portuguesa, 2015).

¹²⁸ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7.

¹²⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7.

¹³⁰ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 6840.

¹³¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 9727.

Evaristo, que, ao que parece, sofreu agressões por parte do réu. O acusador referiu que este não tinha domicílio certo e que tinha tido desavenças numa obra em que andava a trabalhar. No entanto, houve testemunhas ouvidas neste caso a declararem que o réu era dado a bebedeiras, como Joaquim Pereira da Cruz, de 40 anos, negociante, que também afirmou não acreditar que o carpinteiro fosse capaz de perpetrar o roubo de que era acusado¹³². Animosidade foi também o que Manuel de Oliveira¹³³ encontrou de uma testemunha chamada Manuel Francisco, carpinteiro de 54 anos, pois afirmou que o réu era «hum homem ladrão e vagabundo»¹³⁴ e que o conhecia desde que nasceu. O testemunho não possui informação suficiente para perceber se existia alguma animosidade com Manuel de Oliveira ou se seria a fama do réu¹³⁵.

O confisco de bens era efectuado aos que fossem considerados hereges, negativos convictos ou relapsos, desde que a sua culpa fosse considerada grave. De fora ficavam os que se apresentassem ao Tribunal em tempo de graça, os estrangeiros e os que confessassem culpas ocultas. Procedia-se em primeiro lugar à inventariação dos bens, durante a qual o réu era chamado a declarar as suas posses, não obstante a prévia realização de um inventário por parte do juiz do fisco. O passo seguinte era o sequestro dos bens e o seu confisco, em caso de culpa provada. Ao juiz do fisco cabia a administração dos bens enquanto os réus se encontravam detidos. Em caso de relaxamento ao braço secular, os bens imoveis eram vendidos em hasta pública. Esta política de confisco de bens gerou polémica e acusações de que o Tribunal se servia das perseguições para se apoderar dos bens dos hereges¹³⁶.

Os bens declarados ao Santo Ofício eram de tipologia variada. Estes podiam ser casas, terras, animais, móveis, roupa, objectos, alimentos, têxteis, entre outros¹³⁷. Aqui enquadravam-se também as dívidas monetárias que se contraíam e os empréstimos que se realizavam. A distribuição da riqueza era díspar, concorrendo para isso a família a que se pertencia, a idade, o estado matrimonial, a actividade praticada e o local onde se exercia a mesma¹³⁸. Assim, não nos pareça estranho, que no seio do mesmo ofício coexistam artífices com capacidades financeiras diferentes. Infelizmente, apenas tivemos acesso a dois inventários do conjunto dos carpinteiros estudados, além de uma pequena referência sobre o que um dos réus tinha em sua posse na altura em que foi detido. Começemos por Gabriel Paredes¹³⁹, preso em 1714, natural e residente do Rio de Janeiro, declarou ser dono de um escravo de nome Manuel, com 20 anos e solteiro, que valeria 200.000 réis. Possuía uma caixa pequena de pau vinhático com o valor de 3000 ou 4000 réis. Não devia dinheiro, no

¹³² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 9727.

¹³³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11327.

¹³⁴ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11327.

¹³⁵ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11327.

¹³⁶ Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, *Bens de Hereges*, 45-55.

¹³⁷ *Ibidem*, 93-288.

¹³⁸ *Ibidem*, 289.

¹³⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7966.

entanto, Agostinho Paredes, senhor do engenho e seu meio-irmão, devia-lhe 12000 contos de réis de um trabalho de carpintaria que o réu executou¹⁴⁰. António Correia, no seu inventário¹⁴¹ não fez referência às posses, apenas indicou dívidas, que consistiam em 4600 réis a Pedro Fernandes; uma moeda de ouro ao capitão-mor de Lamego e 6000 réis de aluguer das casas dos órfãos que ficaram de Joana de Moura. Por fim, registamos apenas que José Pereira¹⁴² quando foi preso, em 1780, estava na posse de uns botões de prata e de 12 tostões¹⁴³.

Em relação à prática do ofício de carpinteiro no seio familiar, nem sempre havia uma continuidade ou tradição na família. Noutros casos os réus declaravam familiares com a mesma ocupação que eles, como o caso de Ventura Ferreira¹⁴⁴, cristão-velho, natural e morador do Rio de Janeiro. Este carpinteiro tinha ascendência italiana por parte do avô paterno. O seu avô materno chamava-se João Gomes e era oficial de carpinteiro, tal como o réu. Em 1714, foi processado por judaísmo o carpinteiro Gabriel Paredes, cristão-novo, de 43 anos, era filho de um lavrador de cana, chamado Rodrigo Paredes e de uma escrava negra chamada Francisca. Segundo os parentes que declarou ter, a sua família estava ligada maioritariamente à produção do açúcar¹⁴⁵. Tinha no entanto, dois sobrinhos carpinteiros, também eles com processos inquisitoriais, eram os irmãos Guilherme Baptista de Carvalho¹⁴⁶ e Domingos Baptista¹⁴⁷. Os seus pais eram João Baptista Carvalho, homem pardo, mestre de açúcar, e Margarida Mendes, que tinha parte de cristã-nova, ambos naturais e moradores no Rio de Janeiro¹⁴⁸. Os dois não possuíam bens por serem «filhos família». Guilherme sabia ler mas o seu irmão não¹⁴⁹. O réu Bernardino de Sena¹⁵⁰, natural e morador em Lisboa, praticava o ofício do pai, também carpinteiro, natural de São Cosme do Vale, bispado do Porto. Francisco Machado¹⁵¹, também seguiu o ofício de seu pai José Machado. O tio de António Correia, Luís Cardoso era mestre carpinteiro, como já tínhamos referido, no entanto, sabemos ainda que o seu avô paterno, Frutuoso Correia, tinha sido escrivão do juízo eclesiástico¹⁵². Em relação a Manuel de Oliveira¹⁵³, sabemos que o seu pai Francisco de Oliveira era carpinteiro, em Santiago de Areias. Mateus Gomes¹⁵⁴, morador em Pernambuco, deixou na metrópole o seu pai, Manuel Gomes Caldeira, praticante da

¹⁴⁰ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7966.

¹⁴¹ Sobre inventários de bens ver Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, *Bens de Hereges*.

¹⁴² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11517.

¹⁴³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11517.

¹⁴⁴ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 2786.

¹⁴⁵ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 2365.

¹⁴⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8691.

¹⁴⁷ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11203.

¹⁴⁸ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, procs. 8691 e 11203.

¹⁴⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, procs. 8691 e 11203.

¹⁵⁰ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11595.

¹⁵¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7.

¹⁵² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 3132.

¹⁵³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11327.

¹⁵⁴ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11164.

mesma ocupação em Vila do Conde. Já José Fernandes¹⁵⁵, homem pardo, de 26 anos, natural e morador de Nossa Senhora da Abadia, arcebispado da Baía, não indicou familiares ligados ao seu ofício, o seu pai por exemplo, era lavrador de mandioca¹⁵⁶. Por fim, damos ainda o exemplo de Domingos Antunes Guimarães¹⁵⁷, que afirmou ser oficial de carpinteiro, sabia ler e escrever um pouco e o seu pai era padre, parecendo que o era em Sande¹⁵⁸.

Relativamente aos crimes cometidos por estes homens, é possível traçar um quadro das suas motivações e percursos na realização das prevaricações que eram repreendidas e julgadas sob a alçada do Tribunal do Santo Ofício. Começamos pelo caso de Ventura Ferreira, cristão-velho, natural e morador do Rio de Janeiro, processado no ano de 1704. Este carpinteiro, de 27 anos, cometeu o crime de bigamia, casando segunda vez com Maria Lopes, por alegadamente ter tido trato ilícito com ela, sendo a sua legítima mulher, Francisca Lopes da Trindade, ainda viva. Ventura Ferreira alegou que foi obrigado a tomar a segunda mulher como esposa devido às ameaças de morte proferidas pelos irmãos da mesma. Foi degredado para Castro Marim por sete anos, entre outras penas¹⁵⁹. João Rodrigues, também natural do Rio de Janeiro, voltou a casar na Baía com Serafina de Sequeira, tendo-se apregoado solteiro. A sua pena foi leve, tendo em conta que apenas ficou proibido de regressar ao arraial de Manuel Cardoso, onde tinha conhecido a segunda mulher, abjurando de levi suspeito na fé¹⁶⁰. Sucedia em alguns casos de bigamia, os prevaricadores alterarem o seu nome, tendo em vista passarem incólumes perante as instituições punitivas da época e para poderem casar pela segunda vez. Tal foi o procedimento de Ivo Pinheiro¹⁶¹, natural de Lisboa e morador em São Salvador dos Campos, bispado do Rio de Janeiro. Alegou ter alterado o seu nome para José da Silva, por medo que o prendessem por dívidas que tinha, excluindo a hipótese de o ter feito para se poder casar de novo. Tal foi o que aparentemente sucedeu com José Luís Freire¹⁶², natural e morador na Baía, de 45 anos. Segundo a testemunha António da Silva, ourives de 24 anos, o tio da segunda mulher do réu, Eugénio de Araújo, disse-lhe que o réu alterou o nome por ter casado com a sua sobrinha, no entanto, este último não tinha conhecimento que o réu era já casado. Acrescentamos ainda que a primeira mulher de José Luís Freire declarou que o seu pai pagou 200.000 réis para tornar o réu forro¹⁶³. Para passar encoberto na prática da bigamia, outro réu que alterou o seu nome foi Manuel de Oliveira¹⁶⁴, natural de Santiago de Areias e morador em Ílhavo, de 30 anos, casou a primeira vez com uma cigana de nome

¹⁵⁵ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8909.

¹⁵⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8909.

¹⁵⁷ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 9804.

¹⁵⁸ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 9804.

¹⁵⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 2786.

¹⁶⁰ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 2365.

¹⁶¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8204.

¹⁶² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8440.

¹⁶³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8440.

¹⁶⁴ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11327.

Brízida de Sousa, que se encontrava presa por roubo¹⁶⁵, facto que segundo o carpinteiro motivou a sua separação. Da segunda vez, contraiu matrimónio com o nome falso de João Correia. Em 1745, Mateus Gomes¹⁶⁶ utilizou o mesmo método, casando com o nome de António Gomes, o que lhe custou uma pena de cinco anos para as galés, entre outras¹⁶⁷. No mesmo ano, foi sentenciado o índio Custódio da Silva, igualmente por bigamia. Infelizmente o processo não é rico em informações. No entanto, sabemos que tinha 28 anos, não sabia ler nem escrever, era oficial de carpinteiro, natural e morador do Pará¹⁶⁸. Luís André¹⁶⁹, tendo ido para o Maranhão, foi preso em 1750 por bigamia. Ocultou ser casado na metrópole, declarando-se solteiro. Como pena, foi condenado a cinco anos de degredo para as galés¹⁷⁰, o que motivou um novo processo, pois o réu fugiu durante o cumprimento da sua sentença, no ano de 1753. Esta fuga foi motivada pelas más condições de saúde em que se encontrava e por alegada negligência dos responsáveis pelo cumprimento do degredo, que não providenciaram medicamentos. Ele próprio informou o inquisidor Simão José que tinha fugido. Foi sentenciado a mais cinco anos de degredo. No entanto, existe no seu processo um requerimento datado de 1755, informando o Tribunal de que se encontrava solto involuntariamente devido ao terramoto¹⁷¹. Amador da Costa¹⁷², natural de Santa Cecília de Vilaça, Braga, e morador em Jacobina, adquiriu alguns cavalos e partiu para o arraial de Hilário Cardoso em Jacobina, onde conheceu a sua segunda mulher, estando a primeira viva na metrópole. Não lhe agradando este segundo casamento, chegou a contrair matrimónio uma terceira vez, desta feita, com uma protegida do vigário da freguesia de Santo António de Urubu, de quem esta já tinha tido dois filhos. Acabou por ser denunciado pelo próprio vigário ao visitador do bispado de Pernambuco, por o réu se recusar a deixar que o clérigo continuasse a manter relações sexuais com Joana, a sua terceira mulher¹⁷³.

Por judaísmo, foi detido António Correia¹⁷⁴, cristão-novo por via materna, natural e morador em Lamego. Quatro anos mais tarde, já reconciliado, viu ser-lhe aberto um novo processo, desta feita por obstruir o ministério do Santo Ofício, pois quando foi libertado, andou a instruir as pessoas sobre como confessar as culpas e o que haviam de dizer, pois se não o fizessem de maneira correcta, segundo ele, morreriam¹⁷⁵. Severino de Sousa do Nascimento¹⁷⁶ também impediu o recto ministério do Santo Ofício, por ter ajudado a executar ordens de prisão falsas em

¹⁶⁵ Sobre a criminalidade dos ciganos, cf. Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “Para o Estudo da Minoria Cigana no Portugal Quinhentista”, *Brigantia*, vol. 12, nº4, Bragança, (1992) 29-47.

¹⁶⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11164.

¹⁶⁷ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11164.

¹⁶⁸ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11178.

¹⁶⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 516.

¹⁷⁰ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 516.

¹⁷¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 516.

¹⁷² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8642.

¹⁷³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 9804.

¹⁷⁴ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 3132.

¹⁷⁵ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 3132-1.

¹⁷⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8641.

nome do Santo Ofício, alegadamente por pensar serem verdadeiras devido a não saber ler nem escrever¹⁷⁷.

Encontrámos sapateiros praticaram ou participaram de alguma forma no delito de feitiçaria¹⁷⁸, como Bernardino de Sena¹⁷⁹, natural e morador em Lisboa. Este carpinteiro de casas¹⁸⁰ estava apaixonado por uma moça e pediu a um homem com fama de feiticeiro que tinha chegado pouco tempo antes da Índia, chamado José da Cruz, para o ajudar. Não ficando contente com o resultado, procurou um sapateiro de nome João Rodrigues, também com fama de feiticeiro, e foram os dois à igreja de Madre de Deus, onde acabaram por proferir blasfémias. Praticou mais actos semelhantes e no seu exame alegou ter dúvidas sobre se a fé católica seria a melhor para ele. No ano de 1743, foi preso pelo Santo Ofício Miguel Ferreira Pestana¹⁸¹. Aparentemente, entre outros atos, o réu quando espetava facas nele próprio, estas não o feriam. Alegou que tal sucedia por uma questão de jeito no local onde se impulsiona a faca. Disse ser oficial de carpinteiro do mato na freguesia de Nossa Senhora da Piedade de Inhomirim. Enquanto praticava o seu ofício de carpinteiro, levava uma bolsa com um papel pintado, que tinha sido retirada de um escravo. Deduziu que tinha sido esta bolsa que tinha protegido o tal escravo, por este ter conseguido andar fugido muito tempo e para também ser protegido, andava com ela enquanto trabalhava¹⁸². Pedro Rodrigues¹⁸³, homem mulato, natural e morador em Vila Boim, casado com uma índia chamada Rosa Maria, foi considerado o «principal mestre ou guru entre os índios»¹⁸⁴. Infelizmente o processo contém pouca informação para o nosso trabalho. Tal sucede também com o processo de Alberto Monteiro¹⁸⁵, índio, de 28 anos, natural e morador em Nossa Senhora do Rosário, no Pará. Foi igualmente acusado do mesmo delito, por fazer um alegado pacto com o demónio, com o fim de envolver-se com uma índia casada¹⁸⁶.

Temos ainda o delito de proposições heréticas, de que foi acusado Francisco Machado¹⁸⁷, preso em 1731, pois quando regressou seis anos antes, do Estado da

¹⁷⁷ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8641.

¹⁷⁸ Sobre feitiçaria no Brasil ver Laura de Mello e Souza, *O Diabo e a Terra de Santa Cruz* (São Paulo: Companhia das Letras, 1989); Idem, *Inferno Atlântico: Demonologia e Colonização: Séculos XVI-XVIII* (São Paulo: Companhia das Letras, 1993); Angelo Adriano Faria de Assis, “Feitiçarias da Colónia. Magia e Práticas de Feitiçaria na América Portuguesa na Documentação do Santo Ofício da Inquisição”, em *Anais do II Encontro Internacional de História Colonial* (Caicó (RN): Mneme – Revista de Humanidades, n.º 24, 2008): 1-13; Daniela Buono Calainho, “Metrópole das Mandingas: Religiosidade Negra e Inquisição Portuguesa no Antigo Regime” (Tese de Doutoramento, Universidade Federal Fluminense, 2000).

¹⁷⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 11595.

¹⁸⁰ Ofício em que não encontrámos menção à existência de um regimento próprio.

¹⁸¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 6982.

¹⁸² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 6982.

¹⁸³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 12895.

¹⁸⁴ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 12895.

¹⁸⁵ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 2693.

¹⁸⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 2693.

¹⁸⁷ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7.

Índia, conheceu no navio francês que o trouxe de volta, tripulantes que lhe disseram que os mandamentos da Igreja foram criados pelo Homem. Assimilou as referidas doutrinas e deixou de crer nas indulgências e nos santos. O francês João Estevão Jacob¹⁸⁸ foi acusado de proferir heresias por alguns dos seus colegas. Lia livrinhos espirituais, segundo Santiago Soares, de 28 anos, que foi soldado com o réu durante dois anos em Castela. O carpinteiro acabou por ser colocado em liberdade e foi aconselhado pelo Santo Ofício para que passasse a estar acompanhado de pessoas mais devotas¹⁸⁹. Em 1794, Joaquim António de Sena¹⁹⁰, confessou que terá proferido frases como estas: «tomara em que os franceses dessem huma boa corrida ao do cajado, que era o Summo Pontifice»¹⁹¹; «que alguns Pontifices tinham morrido de veneno que lhe davão os Cardeaes para poderem succeder no seu lugar»¹⁹²; estando a trabalhar um pouco de madeira de cedro disse «esta madeira chama-se tãoobem senhor dos Passos»¹⁹³, por se fazerem dela muitas imagens. Joaquim António de Sena sabia ler e escrever, tendo aprendido nas escolas públicas de Lisboa. Leu o Catecismo de Montpellier¹⁹⁴, onde aprendeu que não se devia prestar culto a imagens¹⁹⁵. O seu companheiro de ofício João Roberto Baião¹⁹⁶, segundo Joaquim António Diniz, contra mestre da oficina dos instrumentos do Arsenal Real dos Exércitos, seguia todas as máximas de Joaquim António de Sena e as aprovava tal como grande parte da Fundação. Ao que parece João Roberto Baião era trabalhador dependente de Joaquim António de Sena, podendo ser esta umas das razões da militância nas ideias dele. Agostinho José, aparelhador da oficina de carpinteiro no Parque de Santa Clara, disse com ironia, que não lhe competia como aparelhador, ouvir as conversas que os oficiais de carpinteiro tinham com os seus «bancos», mas sabia que o réu dava a entender que as imagens eram apenas madeira. Em 1760, por sacrilégio foi detido José Fernandes¹⁹⁷, homem pardo, de 26 anos, natural e morador de Nossa Senhora da Abadia, arcebispado da Baía, por ter guardado uma partícula consagrada.

5. Traçando uma caracterização social dos 33 carpinteiros estudados, podemos verificar que metade dos indivíduos eram alfabetizados, enquanto a outra metade não o era e de sete não temos informação. A prática dos ofícios por tradição familiar era natural. No entanto, encontramos apenas sete carpinteiros que declararam ter familiares a praticarem o seu ofício. As suas idades eram bastante abrangentes, desde os 18 anos até mais de 60 anos. A maioria do total de processados, em número de 25, era casada, contra cinco solteiros, um viúvo e de dois deles não obtivemos informação. A maior parte era cristã-velha, em número de 19, havendo quatro

¹⁸⁸ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 6840.

¹⁸⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 6840.

¹⁹⁰ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5850.

¹⁹¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5850.

¹⁹² Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5850.

¹⁹³ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5850.

¹⁹⁴ Sobre o Catecismo de Montpellier ver Cândido dos Santos, *O Jansenismo em Portugal* (Porto: Faculdade de Letras da Universidade do Porto, 2007), 119-125.

¹⁹⁵ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5850.

¹⁹⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5528.

¹⁹⁷ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8909.

cristãos-novos e dos restantes não temos informação, ou os processos têm data posterior ao fim da distinção entre cristãos-velhos e cristãos-novos, perpetrada pelo Marquês de Pombal, em 1773¹⁹⁸. Relativamente aos crimes praticados, o que tem maior expressão é a bigamia com 17 processados. Os inventários de bens seriam uma ajuda preciosa para se ter noção das posses destes carpinteiros, mas só tivemos acesso a dois deles, o do carpinteiro António Correia¹⁹⁹, e o de Gabriel Paredes²⁰⁰. De entre os carpinteiros referidos no presente trabalho, verificam-se migrações, havendo circulação entre localidades, tendo mesmo alguns deles partido para o Brasil em busca de uma vida melhor, como é exaustivamente relatado. O que demonstra uma expectativa de melhoria das condições económicas que aquela parte do império português, pelo menos em teoria, poderia conceder a estes indivíduos. De entre os que eram naturais do Brasil, encontramos a exercer o ofício de carpinteiro, negros, mestiços e índios. Temos o exemplo de Bento Ferreira²⁰¹, homem pardo, que aprendeu esta ocupação com um mulato cativo. Segundo o trabalho de Mónica Martins, ao escravo urbano como ao rural era possibilitada a ascensão a oficial²⁰². A Irmandade de São José, onde se inseriam os ofícios de marceneiro e carpinteiro, tinha proibido mulatos, judeus e mouros de exercerem estes ofícios. Contudo, a realidade social e laboral do Brasil, «impôs-se» sobre esta norma, visto que a maioria da mão-de-obra era não-branca e houve necessidade de permitir a prática do ofício a mulatos e a abertura de lojas por parte dos mesmos, sob pena das dinâmicas dos ofícios não funcionarem por falta de gente²⁰³. Na metrópole não encontramos nos processos casos idênticos. A referência ao estatuto dentro do ofício de carpinteiro, nem sempre estava contido nos processos, mesmo as testemunhas e o réu não mencionavam se os últimos eram aprendizes, oficiais, ou mestres, com excepções, todas elas a nomear os processados como oficiais, pois também seriam em maior número, comparativamente com a existência de aprendizes e mestres. A prática desta ocupação nem sempre era a única na vida destes homens, havendo pelo menos seis carpinteiros com outras actividades laborais, tal como sucede com os confeitores estudados por Isabel Drumond Braga²⁰⁴. É de notar que também houve quem praticasse crimes fora da esfera de actuação do Santo Ofício, como António João²⁰⁵, ou Francisco Machado²⁰⁶, o que também é importante para entender como estavam integrados estes carpinteiros na sociedade.

¹⁹⁸ Giuseppe Marcocci e José Pedro Paiva, *História da Inquisição Portuguesa 1536-1821*, 352-353.

¹⁹⁹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 3132.

²⁰⁰ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7966.

²⁰¹ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 8657.

²⁰² Mónica Martins, *Entre a Cruz e o Capital: Mestres, Aprendizices e Corporações de Ofícios no Rio de Janeiro (1808-1824)*, 65. Sobre mobilidade social no Brasil ver Roberto Guedes, “Ofícios Mecânicos e Mobilidade Social: Rio de Janeiro e São Paulo (Sécs. XVII-XIX)”, *Topoi*, vol. 7, n.º 13, Rio de Janeiro, (2006): 379-423.

²⁰³ Mónica Martins, *Entre a Cruz e o Capital: Mestres, Aprendizices e Corporações de Ofícios no Rio de Janeiro (1808-1824)*, 62-64.

²⁰⁴ Isabel M. R. Mendes Drumond Braga, “Confeitores na Época Moderna: Cultura Material, Produção, e Conflituosidade”, 172-173.

²⁰⁵ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 5631.

²⁰⁶ Lisboa, A.N.T.T., *Inquisição de Lisboa*, proc. 7.

6. De entre os carpinteiros estudados encontramos realidades diferentes. Alguns partiram para o Brasil em busca de uma vida com melhores recursos, trabalhando por vezes em ofícios que não o de carpinteiro, havendo situações idênticas nos que se encontravam na metrópole. Uma parcela dos que partiam tinha tendência a casar de novo, como demonstram os processos de bigamia. Houve indivíduos que saíram das suas localidades e circulavam por obrigação do seu ofício. Esta ocupação não estava vedada às minorias, pelo menos no respeitante ao Brasil e tanto cristãos-novos como cristãos-velhos a exerciam na metrópole. Os processos também nos deram noção das sociabilidades e das dinâmicas laborais. No global, estes indivíduos não possuíam grandes posses, uma boa parte deles era alfabetizada e muitos dos conflitos nasciam da prática do ofício. Ficámos com uma noção mais aprofundada das vivências e dificuldades que passavam, e até de traços da personalidade de alguns destes carpinteiros. Os processos do Santo Ofício são fontes privilegiadas para ir ao encontro do indivíduo, do seu quotidiano e do meio que o envolve.

Anexo 1
Carpinteiros presos pelo Tribunal do Santo Ofício de Lisboa (século XVIII)

Nome	Data	Idade	Naturalidade	Residência	Crime	Pena	Publicitação da pena	Processo
Alberto Monteiro	30-04-1766	28	Nossa Senhora do Rosário, Pará	Nossa Senhora do Rosário, Pará	Feitiçaria	Abjuração de veemente suspeito na fé; instrução ordinária; penitências espirituais	Na Mesa da Visitação	2693
Amador da Costa	13-05-1767	28	Santa Cecília de Vilaça, Braga	Jacobina, Baía	Bigamia	–	–	8642
António Correia	09-09-1729	30	Lamego	Lamego	Judaísmo	Abjuração em forma; cárcere e hábito perpétuo; instrução na fé	Auto da fé público	3132
António Correia (segundo processo)	25-09-1733	36	Lamego	Lisboa	Contra o Recto Ministério do Santo Ofício	Cárcere e hábito perpétuo sem remissão; açoitado; degredo por oito anos; pagamento das custas	Auto da fé público	3132-1

Nome	Data	Idade	Naturalidade	Residência	Crime	Pena	Publicitação da pena	Processo
António Correia Silva	20-10-1794	44	Baía	Serro Frio, Bispado de Mariana	Bigamia	–	–	5771
António João	28-05-1779	–	–	Palhavã	Bigamia	–	–	5631
António dos Santos	05-02-1795	–	Bispado de Mariana	São João Marcos, Rio de Janeiro	Sacrilegio	O réu foi absolvido	–	9729
Bento Ferreira	20-09-1757	18	Vila de Alagoas do Sul, Pernambuco	Vila de Alagoas do Sul, Pernambuco	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado; degredo por 5 anos para as galés; penas espirituais; pagamento das custas	Auto da fé público	8657

Nome	Data	Idade	Naturalidade	Residência	Crime	Pena	Publicitação da pena	Processo
Bernardino de Sena	14-03-1718	27	Lisboa	Lisboa	Blasfémias	Abjuração de levi suspeito na fé; instrução na fé	Na Mesa	11595
Bernardo Lopes da Cruz	1790?	–	São Salvador, Coimbra	Cuiaba, bispado do Rio de Janeiro	Bigamia	–	–	11510
Custódio da Silva	23-03-1745???	28	Aldeia do Menino Jesus do Igrapé Grande, Pará	Roça do Marajó, Pará	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado; degredo por 5 anos para as galés; penas espirituais: pagamento das custas	Auto da fé público	11178
Domingos Antunes Guimarães	08-01-1773	mais de 60 anos	Vila Nova de Sande	Alagoas	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado; degredo por 5 anos para as galés; penas espirituais; pagamento das custas	Na Mesa	9804

Nome	Data	Idade	Naturalidade	Residência	Crime	Pena	Publicitação da pena	Processo
Domingos Baptista	29-11-1716	24	Rio e Janeiro	Rio de Janeiro	Judaísmo	Abjuração em forma; cárcere e hábito penitencial perpétuo; instrução na fé	Auto da fé público	11203
Francisco Machado	20-08-1731	30	Lisboa	São Miguel do Milharado, termo de Lisboa	Proposições heréticas	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado; degredo para Mazagão por 5 anos	Auto da fé público	7
Grabriel Paredes	22-10-1714	43	Rio e Janeiro	Rio de Janeiro	Judaísmo	Abjuração em forma; cárcere e hábito penitencial perpétuo; instrução na fé	Auto da fé público	7966
Guilherme Baptista de Carvalho	29-08-1716	20	Rio e Janeiro	Rio de Janeiro	Judaísmo	Abjuração em forma; cárcere e hábito penitencial ao arbitrio dos inquisidores; instrução na fé	Auto da fé público	8691

Nome	Data	Idade	Naturalidade	Residência	Crime	Pena	Publicitação da pena	Processo
Ivo Pinheiro	22-07-1718	39	Sapataria, termo de Lisboa	São Salvador, Rio de Janeiro	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado, 5 anos de degredo para as galés	Auto da fé público	8204
João Estevão Jacob	26-07-1778	44	Ramiremont, Ducado da Lorena	Sintra	Proposições heréticas	Foi colocado em liberdade	—	6840
João Roberto Baão	17-01-1794	—	—	Lisboa	Libertinagem	—	—	5528
João Rodrigues	31-01-1705	55	Rio de Janeiro	Estado da Baía	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; proibição de ir para o arraial do Matias	Na Mesa	2365

Nome	Data	Idade	Naturalidade	Residência	Crime	Pena	Publicitação da pena	Processo
José Rodrigues Vairão	17-10-1796	—	—	—	Proposições heréticas	—	—	4399
Luís André	14-12-1750	44	Fiães, Viseu	Grão Pará	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado pelas ruas; degredo de 5 anos para as galés; instrução na fé	Auto da fé público	516
Luís André (segundo processo)	23-07-1753	47	Fiães, Viseu	Grão Pará	Fugir das galés	Voltar para as galés	Auto da fé público	516
Manuel de Oliveira	21-06-1727	30	Santiago de Areias	Ilhavo	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado; 5 anos de degredo para as galés; instrução na fé	Auto da fé público	11327

Nome	Data	Idade	Naturalidade	Residência	Crime	Pena	Publicitação da pena	Processo
Joaquim António de Sena	22-08-1793	40	Lisboa	Lisboa	Proposições heréticas	Abjuração de levi suspeito na fé; reclusão por um mês; instrução na fé	Na Mesa	5850
José Fernandes	16-06-1760	26	Nossa Senhora da Abadia, Brasil	Santa Luzia, Brasil	Sacrilégio	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado; 5 anos de degredo para as galés; instrução na fé; pagamento das custas	Auto da fé público	8909
José Luís Freire	31-05-1742	45	Santo Amaro de Taparica, Brasil	Baía	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado; 7 anos de degredo para as galés; instrução na fé; pagamento das custas	Auto da fé público	8440
José Pereira	19-02-1780	26	Sobreda da Caparica	Setúbal	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; degredo por 7 anos para um lugar do Brasil; instrução na fé; pagamento de custas	Na Mesa	11517

Nome	Data	Idade	Naturalidade	Residência	Crime	Pena	Publicitação da pena	Processo
Mateus Gomes	14-01-1745	27	Vila do Conde	Pernambuco	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado; 5 anos de degredo para as galés; instrução na fé; pagamento de custas	Auto da fé público	11164
Miguel Ferreira Pestana	17-12-1743	40	Araritiba, capitania do Espírito Santo	Inhomarim, Rio de Janeiro	Feitiçaria	Abjuração em forma; açoitado pelas ruas; degredo de 5 anos para as galés; instrução na fé; não mais entrar na freguesia de Nossa Senhora da Piedade de Inhomarim; penas espirituais	Auto da fé público	6982
Pedro Rodrigues	04-09-1764	—	Vila Boim, Brasil	Vila Boim, Brasil	Feitiçaria	—	—	12895
Severino de Sousa do Nascimento	16-01-1767	35	Nossa Senhora de Madre de Deus, Brasil	Nossa Senhora de Madre de Deus, Brasil	Contra o Recto Ministério do Santo Ofício	Açoitado; 2 anos de degredo para as galés; penas espirituais; pagamento das custas	Auto da fé público	8641

Nome	Data	Idade	Naturalidade	Residência	Crime	Pena	Publicitação da pena	Processo
Tomé Teixeira	14-01-1743	26	Grão Pará	Grão Pará	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado; 5 anos de degredo para as galés; instrução na fé.	Auto da fé público	4871
Torcato de Araújo	28-06-1721	40	Guimarães	Chelas, Lisboa	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado; 6 anos de degredo para as galés	Auto da fé público	8221
Ventura Ferreira	02-01-1704	27	Rio de janeiro	Rio de Janeiro	Bigamia	Abjuração de levi suspeito na fé; açoitado; 7 anos de degredo para Castro Marim; instrução na fé	Auto da fé público	2786

Recibido: 7 de junio de 2017
Aprobado: 25 de julio de 2017

**LA IMPRESIÓN DE LIBROS EN PORTUGAL ENTRE EL GOBIERNO
OECONÓMICO Y EL GOBIERNO POLÍTICO: DE LA TRIPLE
APROBACIÓN A LA *REAL MESA CENSÓRIA* (1768-1787).**

Ignacio Ezquerro Revilla
(UAM-IULCE)

RESUMEN

La difusión en Portugal del gobierno *oeconómico* ampliado, a través del *Desembargo do Paço* -integrado en el espacio reservado del rey (la Cámara Real)-, incluyó la aprobación y autorización administrativa de publicaciones, atribución que el *Desembargo* compartió con el Santo Oficio y los ordinarios. Su manejo demostraba la identificación del organismo con la persona real, y manifestaba ese gobierno de orden doméstico, puesto que la formación intelectual de los hijos-súbditos era obligación del rey-*paterfamilias*. Con la llegada al gobierno del marqués de Pombal, ministro de José I, esa tramitación fue transformada. En el contexto de un gobierno *político*, cuya preocupación fundamental era la primacía de la soberanía real, la autorización de publicaciones pasó a una nueva institución creada al efecto, la *Real Mesa Censória* (1768-1787). Esta persiguió sobre todo aquellas obras que cuestionaban tal principio, caso de las editadas en la órbita jesuita.

Sin embargo, las quejas del *Desembargo* ante tal decisión y la remoción final de la *Mesa* demostraron la pervivencia como sustrato profundo de tal gobierno político de una dimensión *oeconómica*, que alcanzó, incluso, a influir la definición del régimen liberal. El artículo aborda esta evolución, principalmente sobre fuentes secundarias entre las que destacan las imprescindibles aportaciones del profesor José Subtil.

PALABRAS CLAVE: Censura; Autorización Administrativa de Publicaciones; *Desembargo do Paço*; *Real Mesa Censória*; Compañía de Jesús.

**BOOK PRINTING IN PORTUGAL BETWEEN THE *OECONOMIC*
AND THE POLITICAL GOVERNMENT: FROM THE TRIPLE
APPROVAL TO THE *REAL MESA CENSÓRIA* (1768-1787).**

ABSTRACT

The expansion in Portugal of the *oeconomic* basis government by the *Desembargo do Paço*, that was related with the Royal Chamber, included the

publications approval, that shared with the Holy Office, and the ordinary bishops. Its management demonstrated the identification of the institution with the King, and showed that kind of domestic order government, given that the education of the sons-subjects was obligation of the king-*paterfamilias*. With the arrival to the government of the Marquis of Pombal, minister of José I, this processing was transformed. In the context of a political Government, which most important concern was the primacy of royal sovereignty, the authorization of publications passed to a new institution created to this purpose, the *Real Mesa Censória* (1768-1787). This pursued especially those pieces that questioned such principle, as the published in the Jesuit world.

However, the complaints of the *Desembargo* before such a decision and the final removal of the *Mesa* showed the survival of an *oeconomical* meaning as a deep substrate of such political Government, which reached even to influence the definition of the liberal regime. The article broaches this evolution, basically on secondary sources, such as the essential contributions of Professor José Subtil.

KEYWORDS: Censorship; Administrative Approval of Publications; *Desembargo do Paço*; *Real Mesa Censória*; Society of Jesus.

Desde la aportación germinal de Otto Brunner, la historiografía ha avalado que la dimensión del príncipe como *paterfamilias* era un mortero que daba cohesión al reino¹. Se ofrecía como plataforma sobre la que extender sus rasgos característicos, las actividades correspondientes a las diferentes personas que coexistían en el cuerpo real: señor de justicia y paz, jefe de la casa, vicario de Dios y protector de la religión, y cabeza de la república². Sin embargo, el poder aglutinante de este conjunto de propiedades no era homólogo. La segunda de ellas poseía una virtud transmisora del resto, que multiplicaba su alcance y efectos. En una reciente obra, he subrayado la responsabilidad del Consejo Real de Castilla en la transmisión espacial de las atribuciones reales propias de tal condición paterna, gracias a la inserción del organismo en la Cámara Real, el espacio del rey más reservado³. Es un proceso cuyos componentes, en el caso portugués, ya fueron expuestos en lo sustancial hace dos décadas por los profesores José Subtil -anteponiendo su descripción a su adición y resultante espacial- y Rita Costa Gomes. Para el primero, la *Câmara* era el espacio

¹ Otto Brunner, *Terra e potere: structure pre-statali e pre-moderne nella storia costituzionale dell'Austria medievale* (Milán: Giuffrè, 1983) (introducción a cargo de Pierangelo Schiera).

² Ernst H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey: un estudio de teología política medieval* (Madrid: Alianza Editorial, 1985); Walter Ullmann, *Historia del pensamiento político en la Edad Media* (Barcelona: Ariel, 1983).

³ Ignacio Ezquerro Revilla, *El Consejo Real en el espacio cortesano (siglos XVI-XVIII)* (Madrid: Polifemo, 2017).

acotado en el que el rey ejercía la gracia⁴. Para la segunda, «... no fim da Idade Média, a Câmara, sofre varias transformações, que lhe atribuem funções muito diversificadas, e a tornam o cerne da articulação da Corte com os varios sistemas institucionais»⁵.

Pero con ser importante y central, tanto en el caso portugués como en el castellano la Cámara no sólo acogía el despacho de la gracia, sino el de la generalidad de las materias del gobierno real que, por el ámbito doméstico y reservado en que tenían lugar, quedaban contaminadas de tales caracteres y vehiculaban un proceso de expansión e integración de orden doméstico. En el fondo, esta confusión formal radicaba en el desempeño simultáneo por los organismos más formal y filosóficamente relacionados con ese ámbito reservado (el *Desembargo* y la Cámara de Castilla) de tareas “graciosas” y administrativas, parece que más evidente en el caso portugués. El *merum imperium* del príncipe y su alcance potencial descansaba en el ejercicio por su parte de atribuciones de orden familiar, dado que uno de los rasgos esenciales de la condición paterna era la de administrador. En esa potestad del príncipe en la que el Derecho Común incluía las atribuciones ejercidas por los magistrados más allá de lo jurisdiccional, dirigidas a la utilidad pública, quedaban comprendidas las competencias legislativas, la imposición de penas, la dirección militar, la exacción tributaria o la expropiación por utilidad pública. En este caso se advertía con especial claridad el ejercicio de un *dominium eminens*, compartido por el resto de atribuciones, que evidenciaba la conformación de un espacio continuo y cohesionado, fundado en la amalgama de tales propiedades domésticas y jurídicas⁶. De tal manera que por cauce de los *escrivães da puridade* y los *secretários de Câmara* pasaron asuntos propios de este conjunto de competencias y no sólo aquellos relacionados con una dimensión “graciosa” que dominó buena parte de la acción del *Desembargo do Paço* o la *Mesa da Consciência e das Ordens*⁷.

El fundamento *oeconómico* del gobierno, derivado de la condición del rey como jefe de la Casa, implicaba convertir en un único conglomerado la dirección de la familia y la de la ciudad⁸. Como demuestra el ejemplo del Consejo Real y la Cámara de Castilla, y el de sus homólogos portugueses, la asimilación entre ambas dimensiones era algo práctico antes que intangible⁹. La gestión de la Casa Real, la

⁴ «A ‘graça’ é, por tanto, o mundo do governo informal orientado por deveres de consciência ou por deveres morais, em que as decisões se tomam no círculo mais íntimo da actividade régia (a ‘Câmara’), pela mão de ‘escrivães da puridade’ ou de ‘secretários’», José Subtil, “Governo e Administração”, en *O Antigo Regime (1620-1807)*, vol. IV dir. José Mattoso, en *História de Portugal*, coord. A.M. Hespanha (Lisboa: Editorial Estampa, 1998), 141-176, 143.

⁵ Rita Costa Gomes, *A Corte dos reis de Portugal no final da Idade Média* (Lisboa: Difel, 1995), 31.

⁶ José Luis Carro, “Policía y dominio eminente como técnicas de intervención en el Estado preconstitucional”, *Civitas. Revista Española de Derecho Administrativo* 29 (1981): 287-305.

⁷ Charles Martial de Witte, “Le ‘regimento’ de la ‘Mesa da Consciência’ du 24 novembre 1558”, *Revista Portuguesa de História* 9 (1960): 277-284.

⁸ Daniella Frigo, *Il padre di famiglia. Governo della casa e governo civile nella tradizione del ‘economica’ tra Cinque e Seicento* (Roma: Bulzoni, 1985); Idem, “‘Disciplina Rei Familiariae’: a economía como modelo administrativo de Ancien Regime”, *Penélope. Fazer e desfazer a História* 6 (1991): 47-62.

⁹ «... era profunda e de sentido não metafórico, autorizando, nomeadamente, que as regras do governo doméstico valessem para o governo da cidade e que a literatura dirigida ao pai de família

administración del patrimonio real constituían parte de este espacio, cuya ampliación potencial –de la que me he ocupado para el caso castellano– fuera insinuada en su día por el profesor Subtil al afirmar:

Num círculo mais vasto, o governo económico incluía todas as matérias que não envolvessem direitos adquiridos de particulares, pois o rei teria um domínio especial sobre todo o reino (eminens quoad iurisdictionem), que lhe autorizava uma gestão alargada¹⁰.

Esa “gestión alargada” implicaba un traslado y cohesión de orden territorial, nacido en la Cámara Real y extendido al espacio de los reinos por la correa de transmisión del Consejo Real y la Cámara de Castilla, en el caso castellano, y el *Desembargo do Paço* y la *Casa da Suplicação* en el portugués. Es decir, desde su propia consolidación la Cámara tuvo un sentido de amplia plataforma de integración y extensión administrativa de matriz cortesana. Acogió como consecuencia una intensa producción de diplomas y cartas reales, en la persona del *escrivão da puridade*, y un creciente desempeño en materia económica y militar. Su ejercicio se aprecia ya en fecha muy temprana en la Corte portuguesa¹¹, y permitía advertir la indicada horizontalidad espacial, encargado como estaba de la elaboración material de los *Desembargos* o sentencias. Carvalho Homem lo considera un servidor privado del monarca que, a partir del reinado de dom Pedro, amenazó la primacía del *Chanceler-Mor* entre los oficiales reales, si bien perdió impulso a partir del acceso al trono de João II¹². Conforme al *regimento* que fue conferido al *escrivão de puridade* a finales de la década de 1470, ningún *escrivão da Câmara* podría pasar ninguna carta ni *alvará* sin el refrendo previo del primero. Todas ellas debían contar con su *assinado* y el correspondiente *passo real*. Del *escrivão da puridade* dependía el despacho regio en la Cámara y su archivo. Conforme a tan sensible posición, se advirtió por parte de algunos titulares del oficio una actitud intervencionista, dirigida a influir en la voluntad del príncipe.

La referida continuidad espacial de la Cámara queda de manifiesto si se atiende al hecho de que al *escrivão da puridade* le competía la escrituración y guarda de los libros que registraban las obligaciones militares de los señores y de los *concelhos*. En caso de guerra, expedición ultramarina o dotación de presidio, expedía a unos y

(*Hausväterliteratur*) tivesse, afinal, uma intenção claramente política», Subtil, “Governo e administração”, 142.

¹⁰ Subtil, “Governo e administração”, 142.

¹¹ De acuerdo con el Conde de Tovar, *Estudos históricos*, vol. 6, t. II, Lisboa: [s. n.], 1960, el cargo ya existiría en 1250. Además, cfr. Frey Francisco do Sanctíssimo Sacramento, *Epítome único da dignidade de grande e maior ministro da puridade, e da sua muita antiguidade e excellencia* (Lisboa: Na officina de Ioam de Costa, 1666); Francisco Trigo de Aragão Morato, “Memória sobre os escrevões da puridade dos reis de Portugal e do que a este officio pertence”, en *Memorias da Academia Real das Sciencias*, XII-I (Lisboa: Academia Real das Sciencias, 1837), 153-218.

¹² Armando Luis de Carvalho Homem, *O Desembargo régio: 1320-1433* (Porto: Instituto Nacional de Investigação Científica, 1990), 111-114; Helena Maria Matos Monteiro, *A chancelaria régia e os seus oficiais (1564-1465)*, I (Porto: Universidade, 1997), 23, Dissertação de Mestrado em História Medieval, apresentada à Faculdade de Letras da Universidade do Porto.

otros las órdenes de movilización y la distribución de los efectivos disponibles¹³. Esta tarea se inscribía en el mismo plano de continuidad espacial representado por la difusión de la Cámara Real a través de la multiplicación de castillos, alcázares y otros establecimientos militares¹⁴.

En el mismo sentido acumulaban, por lo menos en torno a 1464, el cargo de *vedor-mor das obras régias e dos resíduos*. La mencionada horizontalidad del cargo, nacida en la Cámara Real, pudo advertirse con ocasión de las Cortes de Guarda de 1465, en las que se estipuló que las obras de los *concelhos* se hiciesen siempre por destajos o contratas de mano del contador de obras de la *Câmara* de cada ciudad o villa, de acuerdo con los oficiales y veedores de dichos lugares, siempre que no se hallase en ese lugar el *escrivão da Puridade*. En este caso, el impulso y coordinación de las obras correspondería a este, previa consulta a los referidos oficiales¹⁵. De este modo, la oficialidad ligada con las Obras Reales conservaba una fuerte ligazón con la Cámara Real, que cobraba así una dimensión espacial más allá de los límites de palacio, hecho asimismo apreciable en la dependencia respecto al *escrivão de puridade* de los *escrivães de Câmara* itinerantes o presentes en tierras africanas o alentejanas. A esta altura, los secretarios eran considerados como oficiales escribientes de la Cámara Real, subordinados al *escrivão de Câmara*¹⁶, de tal manera que la Cámara tenía entonces toda la apariencia de ser un negociado administrativo proyectado sobre el espacio territorial del reino portugués. En este sentido, Matos Monteiro concluye:

... a quantidade de oficiais ‘burócratas’ ou mecânicos com competências contabilísticas, financeiras, judiciais e outras..., fazem-nos pressupor a importância da Câmara como instância governativa paralela à chancelaria propriamente dita, mas também como centro formador de oficiais...¹⁷.

La jerarquía de este espacio palaciego se deduce del hecho de que los *escrivães de Câmara*, sometidos como vemos al de *puridade*, disputaban entonces el protagonismo en las relaciones de poder cortesanas con el *Chanceler-Mor* y otros secretarios, ganando ventaja en la privacidad con el rey como resultado de las competencias adquiridas en la producción documental y la guarda del archivo de la Cámara Real¹⁸.

Desde tal punto de vista de la ampliación espacial, parece que las características discrecionales propias del padre, encaminadas a buscar el sustento de la familia no sólo atañían a la casa en un sentido estricto, sino también al espacio de

¹³ Helena María Matos Monteiro, *A chancelaria régia e os seus oficiais*, I, 25.

¹⁴ Como se deduce de Rita Costa Gomes, *Castelos da raia*, I, *Beira* (Lisboa: IPPAR, 1996), 46.

¹⁵ Matos Monteiro, *A chancelaria régia e os seus oficiais*, I, 25-26.

¹⁶ *Ibíd.*, 27-28.

¹⁷ *Ibíd.*, 30.

¹⁸ Armando Luis de Carvalho Homem, “Conselho Real ou conselheiros do Rei? A propósito dos ‘privados’ de D. João I”, *Revista da Faculdade de Letras de Porto* II série, IV(1987): 9-68; *Idem*, y M^a Helena da Cruz Coelho, *Origines et evolution du registre de la Chancellerie Royal Portugaise (XIIIe-Xve siècles)* (Porto, 1995).

los reinos, de tal manera que secretarios, criados, validos, e intendentes eran agentes de tal administración doméstica¹⁹. Era un modelo administrativo que ejerció de elemento transmisor entre un paradigma doméstico y otro político, en un sentido cronológico tanto como funcional.

Conforme a lo dicho, no parece erróneo atribuir un vínculo íntimo entre esa traducción espacial de la naturaleza del rey como *paterfamilias* y la *extraordinaria potestas* ejercida por él en tanto cabeza de la república. El gobierno político deducible de Maquiavelo o Bodin tenía como sustrato necesario tal naturaleza doméstica. Ello se advirtió por ejemplo en la defensa de tal carácter entre aquellos que, en opinión de Pinto Ribeiro, daban *lustre* al *Desembargo*:

... procedem os reys com hum governo económico, a exemplo de hum bom pay de familias. Como este por seus criados & familiares governa, & dispoem os negócios da sua casa & familia, & o que pertence a sua fazenda, assi os reys, o que materialmente respeyta a boa administração de sua mayor família. De que temos bons testemunhos nas Crónicas de nossos Príncipes²⁰.

1. La difusión del gobierno de orden *oeconómico*. Integración de *Desembargo do Paço* y *Casa de Suplicação* en el espacio reservado del monarca.

En tanto procedentes de una misma tradición histórico-jurídica, tanto en el caso portugués como en el castellano se aprecia una inserción de los organismos cortesanos encargados del ejercicio gubernativo y jurisdiccional en el espacio inmediato al rey, y su implicación en un proceso de transformación del territorio en Corte, por la mera imposición en este, de los mandatos acordados en aquel. Ejercían una función transmisora que amplificaba el espacio doméstico del rey al espacio de los reinos, proceso continuamente consolidado por oficiales de asiento, así como por la ejecución de *comisiones* a cargo de jueces especiales que daban densidad, que fortalecían tal continuidad. A este respecto, hay señales tanto en el caso castellano como en el portugués de integración en la intimidad regia, y quizá la más destacada sea la celebración de la denominada *Consulta de los Viernes*, que reunía al rey con su Consejo en su espacio reservado. En un principio, en Castilla, el propio rey se desplazaba al lugar donde el Consejo celebraba sus reuniones²¹, siempre en Palacio,

¹⁹ Subtil, “Governo e administração”, 142.

²⁰ João Pinto Ribeyro, *Lustre ao Desembargo do Paço, e as eleições, e perdoens, pertenças da sua jurisdição* (Lisboa, Com todas as licenças necessárias, na célebre officina de Paulo Crasbeeck, Anno 1649), 22, párrafo nº 39. A continuación, el autor vinculaba al organismo en ese contexto, si bien no muy rotundamente.

²¹ Así lo declaraba el propio Conde Duque de Olivares en 1624: «A este Consejo bajaban y asistían al despacho y libramiento de los pleitos y de las demás materias que se ofrecían los señores reyes los viernes, y entiendo que en lugar deso ha sucedido la consulta que ese día se hace a V. Majd.» (John H. Elliott y José F. de la Peña, *Memoriales y cartas del Conde Duque de Olivares*, I, *Política Interior: 1621 a 1627* (Madrid: Alfaguara, 1978), 76).

pero posteriormente será el organismo el que se desplazara a la antecámara regia, a la que accedía el rey²².

Pero los indicios de integración que en Castilla monopoliza el Consejo Real – en el que se integran los consejeros de Cámara-, aparecen en Portugal compartidos entre la *Casa de Suplicação* y el *Desembargo do Paço*²³. En el caso portugués, el rey tenía más intimidad con este, dado que ejerció de presidente del mismo hasta la institución de esta figura por don Sebastián²⁴, en el *Regimento* que otorgó al organismo y, en tiempo de João III pasó a disponer de sala propia en Palacio, la denominada *Casinha*, donde se reunían antes de ir a presencia regia²⁵. Mientras que la *Casa* no compartía espacio físico en Palacio con el rey, y la indicada consulta de los viernes era de carácter mensual, y no semanal como en Castilla. Con todo, la estrecha relación con el rey se verificaba en el desplazamiento de este a ella, para ocupar el lugar del *regedor* y tener la citada consulta, «... sin reparar en la distancia del camino...» -como dejara escrito Sousa de Macedo-²⁶. Naturalmente, la permanencia del rey en Madrid imposibilitó la celebración de la consabida consulta de los viernes, pero, de forma elocuente, Filipe II de Portugal (III de Castilla) no faltó a la cita en su viaje de 1619, en la que ejercitó con toda la intención la gracia real²⁷.

²² El ritual de la consulta de los viernes es descrito, entre otras muchas fuentes, en el *Libro Histórico Político Sólo Madrid es Corte, y el cortesano en Madrid...* Tercera impresión.... por don Alonso Núñez de Castro, cronista de Su Magestad... (En Madrid: por Roque Rico de Miranda,... 1675), 73-74, y en las “Etiquetas generales que han de observar los criados de la casa de Su Magd. En el uso y ejercicio de sus oficios”, publicadas en José Martínez Millán y Santiago Fernández Conti (dirs.), *La Monarquía de Felipe II: la Casa del Rey*, II (Madrid: Fundación Mapfre Tavera, 2005), 835-999, 953.

²³ Aparecen ecos de esta presencia del rey portugués con su Consejo en *Idea de un príncipe político christiano, representada en cien empresas, dedicada al Príncipe de las Españas nuestro señor por Don Diego de Saavedra Fajardo...*, (En Amberes: En casa de Ierónimo y Iuan Bapt. Verdussen, 1655), 444-446.

²⁴ En la persona de Dom João de Melo, Joel Serrão, João José Alves Dias, António Henrique R. de Oliveira Marques, *Portugal do Renascimento à crise dinástica* (1998), 400.

²⁵ Ana María do Rosário S. Rodrigues, *Desembargo do Paço: inventário*, I (Lisboa: Torre do Tombo, 2000), 13-14.

²⁶ Flores de España, *Excelemcias de Portugal. En que brevemente se trata lo mejor de sus historias, y de todas las del mundo desde su principio hasta nuestros tiempos, y se descubren muchas cosas nuevas de provecho, y curiosidad*. Primera parte a la Magestad del rey cathólico de las Españas don Phelipe III, nuestro señor. Por Antonio de Sousa de Macedo, su moço fidalgo y cavallero del hábito de Cristo, (Lisboa: Iorge Rodriguez, 1631), f. 121v. El autor trazó un paralelismo entre Consejo Real y Casa de Suplicação: «... Y este tribunal que es el supremo de justicia del reyno es tan grave, que así como en Castilla va el Consejo Real a los viernes a tarde a dar cuenta a Su Magestad de los negocios que aquellos días atrás se han despachado, que llaman, yr a la consulta: en Portugal no van los oydores a palacio a dar cuenta al rey, sino él mismo (o el vyrey, o governadores, quando está absente) viene los primeros viernes de cada mes a la Casa de Suplicación asistir a los despachos; y no está esta... en Palacio, donde vive el rey, y con todo, sin reparar en la distancia del camino, va el rey allá...».

²⁷ Antonio de Sousa de Macedo, *Flores de España, Excelemcias de Portugal*, f. 121r. *Viage de la Cathólica Real Magestad del Rei D. Filipe III N.S. al Reino de Portugal. I relación del solene recebimiento que en él se le hizo...* Por Ioan Baptista Lavaña su cronista mayor. (Madrid: Por Thomás Iunti Impresor del Rei N.S., 1622), f. 71v., con la advertencia previa de la confusa designación del tribunal como *relaçam*: «Usaron los reyes pasados de Portugal, hallarse presentes algunas vezes en el Consejo Real (llamado Relaçam) al votar de alguna causa de importancia, i para esto ivan de Palacio a la casa de la dicha Relaçam, que ahora es otro Palacio antigua llamado Limoeiro... Su Magestad imitando también en esto a sus

Ahora bien, es posible distinguir diferencias en la composición interna del conjunto de esta tarea traslaticia entre los distintos organismos implicados, en el caso portugués y en el castellano, derivadas, en mi opinión, de los indicados matices propios de cada uno, en la inserción en el espacio doméstico real. Pero también de la distinta evolución del ejercicio judicial en la Corte junto al rey durante el medievo. Mientras en Castilla la *Audiencia* se había visto obligada a separarse del rey, en pos de sello de la Chancillería (desplazada por los reinos, en principio en seguimiento del propio rey, y luego para hacerlo más accesible a los súbditos necesitados de certificaciones regias), y ello propició la creación de un Consejo Real en el que el aspecto jurisdiccional fue desde un principio secundario²⁸, en el caso de Portugal este proceso brilló por su ausencia. Quizá porque la propia dimensión del reino la hacía más accesible, la *Casa de Suplicação* conservó como rasgo distintivo, según indicaba su propio nombre, la resolución en última instancia de litigios entre partes²⁹. No obstante, el problema de la lejanía de la administración de justicia en segunda instancia también se planteó en Portugal. La *Casa de Suplicação* salía de Lisboa, en compañía o no del rey, pero en sus dislocaciones nunca pasaba de Estremadura o el Alentejo, de manera que siempre salían perjudicados los lugares más remotos. Para terminar con esta situación, reclamación frecuente de las Cortes fue la creación de tribunales territoriales, pero Juan II tan sólo concedió ese envío de la *Casa de Suplicação* para impartir justicia de forma ambulante, promesa que no llegó a cumplirse totalmente³⁰.

Como resultado de este proceso, la *Suplicação* careció del sentido administrativo propio del Consejo Real de Castilla, que en el reino portugués hubo de asumir el *Desembargo do Paço*³¹. En este sentido, la reforma de la Cámara de Castilla

progenitores, fue una tarde a Relaçam,... propusose a Su Magestad una causa criminal muy grave, votóse por los oydores, i condenóse a muerte el agresor, que era una muger, i Su Magestad usando de su real clemencia le perdonó, como también a otros por casos de menor consideración que no tenían parte, i mandó soltar a otros muchos por deudas, que se pagaron por cuenta de su Real hazienda, como avía hecho por los lugares del Reyno por donde avía pasado». La Casa de Suplicação se había trasladado desde la Ribeira al palacio del Limoeiro el 7 de enero de 1584. Sobre su historia, cfr. “Breve síntese da História do Limoeiro”, en www.cej.mj.pt/cej/conhece-cej/fich-pdf/brev_sint_hist_limoeiro.pdf.

²⁸ El proceso castellano en Miguel Ángel Pérez de la Canal, “La justicia de la corte de Castilla durante los siglos XIII al XV”, *Historia, Instituciones, Documentos* 2 (1975): 383-482, 416.

²⁹ A comienzos del siglo XIV había ya en el tribunal de Corte, los oidores llamados *das suplicações* o *da supricaçam*, encargados de la decisión de recursos supremos. Y Alfonso IV publicó un regimiento para las audiencias de Corte que distinguía entre las funciones de los jueces de apelación civil (la *Casa do Cível*) y de los *juizes de supplicação*, que conocían de agravios (Fortunato de Almeida, *Historia das Instituições em Portugal* (Coimbra), 105-106).

³⁰ Henrique de Gama Barros, *Historia da Administração Pública em Portugal nos seculos XII a XV*, I (Lisboa: Imprensa Nacional, 1885), 624-625.

³¹ A este respecto destaca la intervención de sus desembargadores en cuestiones hospitalarias, antes y después de 1580. Un alvará de 23 de junio de 1565, «... por a confiança que tenho dos licenciados Francisco Dias de Amaral e Baltasar de Faria, do meu Conselho e meus desembargadores do Paço...», les encargaba junto al provisor de la Casa de Misericordia de Braga, velar por el aumento de sus rentas (Arquivo Distrital de Braga. Livros da Misericordia, nº 704, ff. 111v.-113r). Otro alvará de 20 de octubre de 1623 decía: «Eu el rei faço saber q uso l[icença]do Thomás Lópes Leão que estais

no sólo implicó la asimilación de su modelo de designación de plazas, con la consiguiente extensión a la misma de criterios *graciosos*, sino un desplazamiento parejo de la *Câmara* a un ámbito administrativo.

No obstante, ya con el reinado de João III se advirtieron indicios de postergación de la centralidad y exclusividad de la Cámara Real como ámbito para la toma de decisiones, que la ausencia regia (tras la partida de Filipe I en enero de 1583) no hizo sino acrecentar. En ese momento, el Consejo de Estado vio aumentar su capacidad mediadora con el reino, órgano colegial dominado por la nobleza donde se perfilaban los pareceres y consejos a seguir por el rey. Encargado de orientar e impulsar el procedimiento del Consejo, mantener en orden los archivos, preparar su *tabla* y la agenda del rey, su secretario comenzó siendo un simple escribano y archivero eventual, sin voz ni voto, que fue ganando entidad conforme fue complicándose el volumen de asuntos tratados por el Consejo, y terminaría convertido en un auténtico secretario de Estado que gestionó los poderes regios y llegó a invadir el espacio *oeconómico* hasta entonces monopolizado por el *escrivão da puridade*. El protagonismo en ese ámbito reservado y la mediación con el Consejo de Estado fueron los fundamentos de su decisiva y novedosa influencia, compatibles, por lo demás, con la operatividad del gobierno espacial emanado de la Cámara Real.

En el *Regimento* conferido al Consejo de Estado el 8 de septiembre de 1569 se estipulaba su reunión en Palacio al menos tres veces en semana, con asistencia del secretario tocante al negocio tratado. A este correspondía la instrumentación de todo un procedimiento documental, dado que tomaría nota y asiento de las resoluciones en una hoja que haría constar los asistentes y sería firmada por los consejeros responsables del acuerdo. Posteriormente, el secretario sometería los acuerdos a la decisión real y despacharía las provisiones resultantes. En consecuencia, en adelante la decisión regia se materializó –en el ámbito propio del Consejo de Estado–, entre su secretario y el *escrivão de puridade*³². Pero, como digo, esta tendencia quedó truncada con la ausencia real en tiempo de los Austrias. Con todo, la *Restauração* no implicó la recuperación del gobierno de base *oeconómica*, en claro síntoma del inicio de una tendencia que eclosionó sólo en el siguiente siglo. Es legítimo preguntarse entonces si el *Portugal dos Filipes* pudo implicar la pérdida de virtualidad del sentido gubernativo y espacial emanado de la Cámara Real y, como consecuencia, se articularon otros cauces para vehicular el alargamiento del gobierno.

aprouado na Mesa do Desembargo do Paço para meu seruiço, que auendo respeito ao que me emuiaram dizer por sua petição o prouedor e irmãos da Cassa de Misericórdia, o prouedor e tisorero do Hospital da cidade de Braga e uisto as causas que alegão, ei por bem e uos mando q[ue] uos façais marcaçam, mediçam e tombo das propiedades pertinecentes as ditas casas, as quaes hireis e sendo çitadas e requeridas as partes a que tocar a demarcaçam dellas as ouvireis sobreisso com os ditos prouedores...» (Ibídem, f. 88v.).

³² Me guío por José Subtil, “Pombal e o rei: valimento ou governamentalização?”, *Ler história* 60 (2011): 53-69, <https://lerhistoria.revues.org/1472>, párrafo 19.

Un Decreto de João IV de 31 de marzo de 1645 consagró la importancia del secretario de Estado, al consolidar su contacto permanente con el rey. Al comienzo de cada reunión del Consejo, debía indicar aquellos temas que deseaba fueran tratados. Se apreció igualmente una presencia más sensible del *secretario da Câmara*, Pedro Vieira da Silva, en el espacio reservado del rey. En 1660, dio órdenes sobre la forma en que este debía ser servido en la Cámara. Pero la figura del *escrivão da puridade* no tardó en ser recuperada en la persona de Luis de Vasconcelos e Sousa, conde de Castelo Melhor (21 de julio de 1662), contra la voluntad del secretario de Estado. Su *Regimento*, de 12 de marzo de 1663, detallaba una serie de atribuciones que evidenciaban su jerarquía en la Corte. Quedó convertido en una auténtica mano o persona administrativa del propio rey, al cargo, entre otras competencias, de expedir la correspondencia diplomática, *regimentos*, órdenes y cartas para todos los ministros ultramarinos, así como las provisiones, creaciones de títulos, nombramiento de obispos, prelacias, oficiales de la Casa Real, Santo Oficio, Universidad de Coimbra, a través de las cuales administraba el “gobierno público”, es decir, los despachos provenientes de los presidentes de los tribunales, consejeros, secretarios (de las secretarías de Estado y Expediente), *desembargadores* y demás ministros. También, asentar el *visto* en todas las consultas de tribunales y Consejos, y también en los despachos de las secretarías, y su agenda para el despacho real. Así como despachar todas las peticiones presentadas en audiencia pública del rey, para los tribunales y secretarías, así como asistirle en la firma. En definitiva, como señala el profesor Subtil, el *escrivão de Puridade* era «uma voz nossa, e se haver de guardar por isso como orden minha». Acorde con su posición en el entorno real, gozaba del privilegio excepcional de poder llegar a presencia del rey en cualquier «casa e logar em que estiver-mos, posto que seja em nossa Câmara»³³. Es cierto que este protagonismo fue compartido con el secretario de Estado, António de Sousa Macedo, o con el doutor António de Sousa de Tavares, secretario personal de Alfonso VI y secretario de la Casa de Braganza, si bien su condición de *desembargador do Paço* le ponía en relación con el espacio de la Cámara. Esta mantenía entonces indemne su importancia político-administrativa.

Pero lo cierto es que, sin desaparecer nunca en su totalidad los referidos fundamentos, la idea de “gobierno político” de la monarquía, categoría que englobaba en su seno todas las medidas necesarias para la defensa interna y externa del reino, fue ganando entidad hasta su total desarrollo en el periodo ilustrado.

2. La maduración del Gobierno de orden político.

El gobierno del marqués de Pombal, primer ministro de José I, se fundó tras el terremoto de 1755³⁴ en unas líneas de acción más articuladas y dotadas de un

³³ Disposición de 1663, José Justino de Andrade E Silva, *Collecção chronológica da legislação portuguesa. Segunda serie, 1657-1674* (Lisboa: Imprensa de F.X. de Souza, 1856), 84. La evolución descrita, en Subtil, “Pombal e o rei”, párrafos 21 y siguientes.

³⁴ Su transcendencia político-administrativa ha sido subrayada por José Subtil, *O terremoto político (1755-1759)* (Lisboa: Universidade Autónoma, 2007).

mejor soporte intelectual, al estar relacionadas con las formulaciones teóricas que por entonces se ocupaban en Europa de dar contenido sistemático a las formas de intervención de la autoridad en el espacio público. Tales eran el cameralismo (*Cameralwissenschaft*) y la ciencia de Policía (*Polizeiwissenschaft*), que derivaron en una afirmación de la actuación del rey en términos voluntaristas, encaminada a la “buena razón”, caso de la razón de Estado, en sintonía con los principios del Despotismo Ilustrado³⁵. En Prusia, la necesidad de una explotación racional y sistemática de los recursos, dirigida a dar cobertura al esfuerzo bélico ofreció el contexto para el desarrollo del *cameralismo*, que a partir de las aportaciones parciales de Von Justi, Putter y Von Sonnenfels, implicaba una interpretación omnicomprendensiva de la realidad. Por su parte, en Francia las aportaciones teóricas conformaron la idea de “Estado de Policía”, que complementó la afirmación de la voluntad del rey y la centralización político-administrativa del reino. La administración se concibió entonces como un todo, que necesitaba ser descrito, organizado y gestionado, como fue el caso del *Traité de Police* de Nicolás Delamare, un ambicioso diccionario administrativo que ofició a modo de *vademecum* práctico³⁶.

En todo caso, es legítimo afirmar que esta evolución radicaba en unos cimientos de larga trayectoria, que en suma convertían la nueva política en un perfeccionamiento y alargamiento de la tradicional *Oeconomía* del príncipe hasta conformar una administración amplia y objetiva, antes que una transformación *ex novo*³⁷, si bien encaminada con mayor determinación hacia la construcción de un aparato administrativo. En él tales fundamentos perdieron visibilidad, aunque permaneciesen al continuar vigentes principios seculares de tal estructura como la consecución de la felicidad pública³⁸. En el nuevo escenario pareció perder centralidad el espacio doméstico regio, o por lo menos la iniciativa correspondió a un novedoso entramado administrativo que supeditaba ese espacio y los apéndices institucionales que habían vehiculado su expansión horizontal, los Consejos y tribunales (*Desembargo*, *Suplicação*, etc.). Fue una tendencia apreciable en ambas monarquías ibéricas, si bien parece que en la española el Consejo Real de Castilla tuvo mejor capacidad de adaptación a tal gobierno político.

El amplio espacio que hasta entonces contuvo la acción de gobierno del rey, en el que mostraba una vocación genérica de intervención de orden aristotélico, fundamentado en la ampliación del gobierno doméstico, se vio sometido a una

³⁵ Pierangelo Schiera, *Dell'arte di governo alle scienze dello stato. Il cameralismo e l'assolutismo tedesco* (Milán: Giuffré, 1968); Jacques Chevalier y Daniele Loschak, *Ciencia administrativa*, 2 vol. (Madrid: INAP, 1986).

³⁶ Subtil, “Governo e administração”, 143-144.

³⁷ En este sentido es oportuno transcribir el pasaje de Saavedra Fajardo que considera el mercantilismo y la estadística como prolongación de la *oeconomía*: «Aviéndose pues de reducir toda la suma de las cosas al Príncipe, conviene que no solamente sea padre de la república en el amor, sino también en la economía, y que no se contente con tener consejeros y ministros..., sino que procure tener dellas secretas noticias, por quien se gobierne, como los mercaderes por un libro, que tienen particular y secreto de sus tratos y negociaciones», Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político christiano*, empresa LVII, 448.

³⁸ Bernardo Sordi, *L'amministrazione illuminata* (Milán: Giuffré, 1991), 149-239.

inspiración más racional que permitió articular y percibir espacios compartimentados de actuación que tuvieron su correspondiente recipiente institucional³⁹: finanzas, seguridad, prisiones, salud pública o educación, que en conjunto formaban un orden policial cuyas diferentes partes, con todo, seguían integrando una totalidad armónica. Es este nuevo enfoque y determinación el que permite tomar como “activa” tal administración, en contraste con el contexto precedente. En consecuencia, las tareas tangibles del príncipe, que manifestaban su dimensión como *paterfamilias*, ganaron abstracción y generalidad, y dieron lugar a entidades objetivas como la “población” o el “territorio”, cuya gestión se encaró con herramientas de orden crecientemente científico, mediante disciplinas como la geografía o la estadística⁴⁰. Pero tampoco cabe omitir el hecho de que la definición de las referidas entidades objetivas descansaba en la lenta maduración previa de un espacio amplio de orden cortesano condensado como he señalado a partir de la elongación y multiplicación de la Cámara Real en tal plataforma espacial.

El nuevo tiempo se manifestó en el perfeccionamiento sistemático de la consulta escrita, la promoción de secretarios de Estado de reformismo militante y la atribución a los mismos de funciones de dirección y coordinación de la nueva administración intendencial. Estas nuevas “tecnologías disciplinares” (como las llama Subtil) sustituyeron paulatinamente el control personal e informal sobre la administración sinodal. Medio principal para extender tales principios en el aparato administrativo tradicional fue la tarea de *desembargadores* afectos al programa de Pombal, y la actuación ante los órganos colegiales de una figura que, dadas sus atribuciones, no por tradicional era menos idónea para acompañar la nueva política: el *procurador da coroa*. Como en otros episodios precedentes de orientación de la administración conforme a un criterio político, los confusos límites entre bien público e interés real representados por este ministro vinieron en auxilio del nuevo programa. La traducción institucional del mismo pasó por la creación de nuevos órganos dependientes de los secretarios de Estado, caso del *Erário Regio* (22 de diciembre de 1761), la *Intendência Geral de Polícia* (25 de junio de 1760) o la *Junta do Comercio* (30 de septiembre de 1755). Complemento e impulso mutuo de esta estructura fue a su vez el sistema de superintendentes: *das alfandegas* (1766), *da sal do Algarve* (1765), *dos lanifícios* (1769), etc.⁴¹. En definitiva, la nueva administración pombalina implicó un nuevo modelo de decisión y de gobierno que tendía a desplazar la toma de decisiones administrativas del Palacio y la Cámara Real a las secretarías de Estado. La nueva práctica implicó la aparición de un nuevo

³⁹ Subtil, “Governo e administração”, 141.

⁴⁰ «O governo da graça, da justiça e dos ‘papeis’ dava lugar ao governo da economia, das finanças, da saúde, da educação, da segurança, das obras públicas. O polo de decisão administrativa descentrava-se da Câmara regia para o ministério dos secretarios de Estado e das intendências” (Subtil, “Pombal e o rei”, párrafo 43).

⁴¹ Laurinda Abreu, *Pina Manique: um reformador no Portugal das Luzes* (Lisboa: Gradiva, 2013); José Subtil, “Um caso de ‘estado’ nas vésperas do regime liberal: Portugal, século XVIII”, en *Do Império ao Estado. Morfologias do sistema internacional*, ed. Luis Moita, Lucas G. Freire, José Subtil (Lisboa: Observare-EdiUAL, 2013), 87-142.

procedimiento administrativo más basado en la objetividad técnica de la gestión, prefigurando así el acto burocrático.

En consecuencia, el orden natural alto-moderno era sustituido por otro sujeto en mayor medida a la voluntad del rey, regido por la provisión de seguridad y bienestar a los súbditos. Ello multiplicó su capacidad interventora, y, con ello, resultaron reforzadas las estructuras administrativas, fundadas en valores objetivos como la competencia técnica. El pombalismo correspondió a una nueva fase política caracterizada por la formación de un gobierno activo y reformista, apoyado en una estructura administrativa innovadora que tendió a cobrar distancia respecto de la sociedad política tradicional y la sede del propio poder real⁴², que inició «a `autonomização` administrativa da decisão do círculo da Câmara Régia»⁴³.

2. 1. La creación de la *Real Mesa Censória*.

La autorización de publicaciones no estuvo ausente del gobierno de orden *oeconómico*. Entre las obligaciones del padre estaba la formación de sus hijos, y ello implicaba el despliegue de una serie de dispositivos activos y pasivos; conferirles una educación, y vedarles el acceso potencial a materiales formativos -concebidos ya entonces como tales- que entrasen en conflicto con los principios que el padre deseaba dar a tal proceso de formación. En la época moderna, tales coincidían con la doctrina católica, tanto por la entidad ganada por la Iglesia en la construcción de la monarquía y su orden social, como por la propia entidad vicarial del rey; si bien la intervención temporal tenía la apariencia de concesión de autorización administrativa de publicación⁴⁴, sometida eso sí al cumplimiento de requerimientos previos de orden doctrinal, caso de la aprobación o censura. Inicialmente, con la creación de la Inquisición en el reino portugués, en 1536, y la consiguiente prohibición de las Sagradas Escrituras *em linguagem*, se estableció un sistema que ligaba al ordinario de la diócesis y al *Conselho do Santo Ofício*. A esta estructura inicial se incorporó el *Desembargo do Paço* por orden real de 4 de diciembre de 1576 y, como había sido el caso del Consejo Real de Castilla unos años antes, este hecho debió responder también a la paulatina definición de un espacio meramente administrativo, derivado del ejercicio por el rey de sus obligaciones tutelares como *paterfamilias*, encauzadas en buena medida en el caso luso a través del *Desembargo*. Si bien cabe apreciar diferencias en el caso portugués y en el castellano. En este, a partir de 1558, filtro ideológico y autorización administrativa fueron pasos sucesivos pero distintos de un sistema de control unificado. En el portugués, primó el aspecto ideológico y se dio una

⁴² Subtil, “Pombal e o rei”.

⁴³ Ibid.

⁴⁴ Atiende este aspecto Lucienne Domergue, *La censure des livres en Espagne à la fin de l'ancien régime* (Madrid: Casa de Velázquez, 1996), y transpira continuamente en Fernando Bouza, *Dásele licencia y privilegio: Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro* (Madrid: Akal, 2012). Traté de profundizar en esta materia en Ignacio Ezquerro Revilla, “El Consejo Real de Castilla y la autorización administrativa de impresión de libros en el Siglo XVI”, *Obradoiro de Historia Moderna* 23 (2014): 284-313.

equivalencia en esa triple autorización, si bien el *Desembargo* siempre tuvo clara noción de su posición esencialmente administrativa⁴⁵.

En el contexto de la lenta construcción del referido orden policial, la autorización de publicaciones fue objeto de la atención de los autores *iluministas*, partidarios de atenuar la ignorancia popular, con procedimientos claramente dirigistas. Estos abogaban por una censura estatal moderada, atenta a impedir la publicación de literatura anecdótica o deformante, control regido por la protección del poder temporal antes que de la doctrina católica. Entre ellos el más sensible a las ideas europeas fue Luis Antonio Verney, quien defendió una censura de orden cultural, más simple e ilustrada, con menor intervención del Santo Oficio y audiencia previa del autor. Estos principios, en la línea de Beccaria o Filangieri, influirían en la conformación al poco tiempo de la *Real Mesa Censória*⁴⁶.

Nunca ha habido unanimidad historiográfica en torno a la figura de Sebastião José de Carvalho e Melo, Marqués de Pombal, y el alcance efectivo de su reformismo, especialmente en el terreno de las ideas, aquel propio de la *Real Mesa Censória*. Lúcio de Azevedo subrayó en su día su lejanía «das ideias que naquele tempo agitavam a Europa». Para sus defensores, caso de Luz Soriano o Ferrão, la resuelta actitud contra los jesuitas y el clericalismo, manifiestamente declarada en el *alvará* que creaba la *Mesa*, compensaba ese defecto⁴⁷. La influencia de este instituto religioso y el grupo social que articulaba venía siendo denunciada tiempo atrás en el ya citado contexto de creación administrativa de orden policial, como se aprecia en la famosa y tantas veces citada *Dedução Chronológica e Analítica*, mencionada en el propio documento de creación. Su séptima parte compilaba las acusaciones formuladas contra la Orden desde que fuera introducida en Portugal en tiempo de João III. Su autoría oficial corresponde a José Seabra da Silva, cuyo universo mental, en su calidad de *procurador da Coroa*, era idónea para el propósito perseguido con la creación de la *Mesa*. Si bien ha habido autores que atribuyen parte de este escrito al propio Marqués de Pombal, además de la posible aportación coral de otros autores como el citado Verney, Frei Manuel do Cenáculo o el padre António Pereira de Figueiredo, uno de los principales consejeros del primer ministro.

La primera parte de la *Dedução* está formada sobre todo por acusaciones contra los jesuitas. La segunda constituye una aplicación teórica a Portugal del

⁴⁵ Entre las diferentes fuentes, Francisco Rui Cadima, “Imprensa, Poder e Censura. Elementos para a História das Práticas censórias em Portugal”, *Mídia & Jornalismo* 22 (2013): 101-129, 108. Como señaló en su día Marques, «Os exames de livros eram demorados: tinham de passar por três entidades e exigiam seis aprovações necessárias: duas do Santo Ofício, duas do Ordinário e finalmente duas do Desembargo do Paço», María Adelaide Salvador Marques, “A Real Mesa Censória e a cultura nacional: aspectos da Geografia cultural portuguesa no Século XVIII”, *Boletim da Biblioteca da Universidade de Coimbra* 26 (1964): 1-207, 8.

⁴⁶ Luis Cabral de Moncada, *Estudos da História do Direito*, III (Universidade de Coimbra, 1950), 79-83. La profunda huella de Verney en el pensamiento portugués dieciochesco, en Pedro Calafate, dir., *História do pensamento filosófico português*, vol III, *As luzes* (Lisboa: Editorial Caminho, 2001).

⁴⁷ Salvador Marques, “A Real Mesa Censória”, 11-12 y fuentes allí citadas.

Despotismo Ilustrado vigente en algunos países europeos (caso de Prusia), concretado en la separación nítida entre el poder espiritual y el temporal y la primacía de este. En este sentido, más allá de su concreta articulación, el monopolio de la atribución censoria por parte de la corona no tendía a otro fin que proteger la jerarquía del orden temporal, al constituir el instrumento para regular la aplicación de los documentos papales en el reino luso. Esa segunda parte se componía de siete demostraciones particulares, de las que las cinco primeras trazaban una breve historia de la censura en Europa desde la irrupción de la Iglesia, con la mira en probar que siempre estuvo bajo la potestad autorizadora del poder temporal. La sexta de tales demostraciones particularizaba el caso portugués:

Demonstração VI.

Que contem um compêndio substancial de factos que manifestam clara e evidentemente que nem os Índices Romano-Jesuíticos, nem a Bula da Ceia que com eles se pretendem cobrir, podíam introduzir-se menos observar-se nos domínios de Portugal, sem preceder o Régio Beneplácito para sua publicação e observância...

En esta demostración se definía el cesarismo propio del gobierno pombalista:

Sendo o Supremo Poder temporal um só único, individuo e o mesmo idêntico Poder em todos os Príncipes Soberanos, para eles imediatamente emanados de Deus todo Poderoso, sem depender directa ou indirectamente de qualquer outro Poder deste Mundo para o Governo das Cousas Humanas e de tudo em que se interessa a Ordem Pública e bem do Estado Temporal⁴⁸.

Como culminación, la *Demonstração VII* comprometía con toda coherencia en el cumplimiento de tales fines políticos al *Procurador da Coroa*. Dado el contenido de la ley fundadora de 5 de abril de 1768, no cabe duda de que constituyó la articulación legislativa de los principios contenidos en la referida *Dedução*. Esta comenzaba por defender el derecho regio a visar todas las obras escritas, incluyendo las religiosas ya examinadas por ministros eclesiásticos, que atentasen «contra o notório, inauferível e inabdicável Direito de Soberania Temporal» y las Bulas, Breves y Rescriptos emanados de la Curia Romana, con objeto de obtener el regio *exequatur*. Todos los escritos emanados del Papa seguirían pasando por manos del rey, para impedir la publicación de aquellos que atentasen contra la «independencia da suprema jurisdição temporal».

En rigor, la novedad no residía en tal actividad, sino en la decidida actitud regalista de Pombal, necesitada de pretextos argumentales para ser aplicada. Estos consistieron en atribuir a los jesuitas la responsabilidad de la entrada en el reino de materiales escritos que ofendían la Monarquía, la moral y la propia Curia, y en destacar –con mucha razón– las distorsiones causadas históricamente por el sistema

⁴⁸ Ibídem, 17-19.

tripartito de censura, a cargo de unas instituciones que solían preterir esta atribución entre las muchas que gestionaban y la delegaban en censores externos. El propósito era reunir «... todas as sobreditas três Repartições numa só privativa e composta de censores régios que continuamente vigiassem sobre esta importante matéria»⁴⁹. Tanta fue la dependencia de la nueva institución respecto a la *Dedução*, que, como diré, su contenido fue citado y recogido en los dictámenes que en adelante fue elaborando.

La *Real Mesa Censória* fue establecida el 5 de abril de 1768, como rigurosa expresión institucional del contexto regalista impulsado por el primer ministro de José I, el marqués de Pombal⁵⁰. El sistema censorio continuó, pero lo hizo sobre unas bases distintas, la dimensión estrictamente política se impuso a la religiosa. El proceso quedó unificado bajo la autoridad de un único tribunal, presidido en sus inicios por Frei Manuel do Cenáculo, que posteriormente fue obispo de Beja y arzobispo de Évora⁵¹. Conforme a los principios expuestos, el impulso de la flamante institución era fuertemente regalista. Su *Regimento*, aprobado unos días después de la propia creación del organismo (18 de mayo de 1768), prohibía de forma taxativa todo libro que con mayor o menor claridad pusiese en cuestión la autoridad de la monarquía. No sin cierta paradoja, la entidad vicarial de la corona fue invocada por Pombal para conferir un halo divino a la soberanía temporal, y una manifestación de esta tendencia, sujeta a las referidas bases, fue el monopolio regio en el proceso censorio y la subordinación del sacerdocio al poder secular. Tales principios opusieron a los jesuitas a la política pombalina y, en consecuencia, desde su misma indicción la *Real Mesa* se empleó a fondo contra tal instituto, en una tendencia que homologó la política oficial de ambas monarquías ibéricas contra un mismo enemigo.

Si la tarea censoria giró hasta entonces en torno a la protección del dogma católico y el aparato institucional de la Iglesia, en adelante los mecanismos de ese dispositivo disciplinario se orientaron hacia la defensa de la primacía de la Corona, hasta el extremo de que la Real Mesa, una institución regia creada específicamente para ello, monopolizó una tarea que hasta entonces habían compartido el Santo Oficio, los ordinarios y el *Desembargo do Paço*. Si la intervención de este último a partir de 1576, heredada de la del propio rey, manifestaba el ejercicio de la potestad temporal de autorización administrativa, concepto general dirigido en este contexto a la impresión de libros, que se sumaba a aprobaciones complementarias a cargo de comisionados especiales de orden netamente doctrinal, de 1768 en adelante un rigor censor de nuevo cuño invadió la actividad completa de la nueva institución temporal, que centralizó y extendió el alcance de la tarea parcialmente ejercida hasta entonces

⁴⁹ Ibídem, 24, obra a la que remito para otros detalles sobre el contexto y funcionamiento de la nueva institución.

⁵⁰ En el contexto ya descrito, la aparición de la Mesa se unió a la fundación de la *Imprensa Régia* o medidas en el orden educativo como la creación del *Real Colégio dos Nobres* o el *Aula de Comércio*, o la reforma de la Universidad de Coimbra, Graça Almeida Rodrigues, *Breve História da Censura Literária em Portugal* (Lisboa: Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, 1980), 31-39, 32.

⁵¹ Jacques Marcadé, *D. Frei Manuel do Cenáculo Vilas Boas, Évêque de Beja, Archevêque d'Évora (1770-1814)* (Paris: Centro Cultural Português, 1978).

por el *Desembargo*. De tal manera que se consumió cierta inversión secuencial, y la propia censura fue el objeto de un poder, el temporal, que hasta ese momento parecía haberse movido en términos neta y exclusivamente administrativos, aunque sobre el fundamento doctrinal representado por la aprobación previa.

2. 2. Un engranaje contra los jesuitas y los «pervertidos filósofos destes últimos tempos».

El funcionamiento interno de la *Mesa* por *encomienda* a Diputados particulares, cuyo Dictamen era sometido con posterioridad al voto de la llamada *Mesa Plena*, se apreció por ejemplo en el encargo realizado el 9 de diciembre de 1768 al *desembargador* Juan Pereyra Ramos, Frei Manuel do Cenáculo y Frei Inácio de São Caetano de informar cierta Pastoral publicada por Miguel da Anunciação, obispo de Coimbra, que era toda una intromisión en las competencias de la naciente institución. El informe que elaboraron permite apreciar la continuidad espacial y cronológica del contexto que la había originado. No sólo, como he señalado, se mencionaba la referida *Dedução*, sino que significativamente ambos documentos fueron convenientemente traducidos al castellano y ampliamente difundidos en la Monarquía Hispana, con la mira en reforzar argumentalmente la política antijesuita de Carlos III, que había desembocado en la expulsión del referido instituto en 1766, siete años después de haberse decretado en Portugal⁵². Los estudios de la profesora Mar García Arenas han arrojado luz sobre este común escenario⁵³.

En opinión de los comisionados, la Pastoral reproducía la “maquinaciones” construidas por los jesuitas contra Alfonso VI, el segundo de los reyes de la dinastía Braganza. En primer lugar, «... escandecer las imaginaciones de los pueblos con sugestiones y exhortaciones patéticas, compuestas de expresiones eclesiásticas, tan pías en el modo como dolosas en la sustancia». En segundo, «... inventar y difundir calumnias infamatorias contra la Real Persona y Gobierno de dicho Señor...». En

⁵² *Deducción chronológica, y analítica, en que por la sucesiva serie de cada uno de los reynados de la Monarquía Portuguesa, desde el Gobierno del Señor Rey Don Juan III hasta el presente, se manifiestan los horrosos estragos que hizo en Portugal, y en todos sus dominios, la Compañía llamada de Jesús, por un plan, y sistema, que inalterablemente siguió desde que entró en este Reyno hasta su expulsión, en consecuencia de la justa, y sabia ley de 3 de septiembre de 1759*. Escrita por el Doctor Joseph de Seabra de Silva... Parte I. Tomo I. Con licencia. (Madrid. Por Joaquín Ibarra, MDCCLXVIII). Las sucesivas partes también fueron traducidas. *Sentencia de la Real Mesa Censória contra la Pastoral manuscrita con fecha de 8 de noviembre próximo pasado, que el Obispo de Coimbra Don Miguel de la Anunciación esparció clandestinamente, entre los párrocos de su Diócesis, proferida en Lisboa en el día 23 de diciembre de 1768 o Apéndice a la Deducción Chronológica y Analítica*. Con licencia. (En Madrid en la Imprenta de Francisco Xavier García, año 1769).

⁵³ Mar García Arenas, “La Compañía de Jesús en la ‘Deducción Cronológica y Analítica’ pombalina”, *Revista de Historia Moderna: Anales de la Universidad de Alicante* 21 (2003): 315-348; Idem, “La colaboración hispano-portuguesa contra la Compañía de Jesús (1767-1768)”, en *Esteban Terreros y Pando: vizcaíno, polígrafo y jesuita: III Centenario, 1707-2007*, coords. Santiago Larrazábal Basáñez y César Gallastegui (Universidad de Deusto, 2008), 511-536. Línea culminada en Mar García Arenas, *Portugal y España contra los jesuitas: las monarquías ibéricas y la Compañía de Jesús (1755-1773)* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014) (Premio Luis Díez del Corral 2012).

tercero y último, «esparcir declamaciones siniestras... de que el Reyno estaba perdido, y los vasallos de él arruinados». El pretexto del prelado para escribir la Pastoral habían sido ciertos “libros libertinos”, ya prohibidos por la *Mesa*, a los que unía otros dos de Luis Elías Du-Pin (las *Disertaciones históricas de la antigua disciplina de la Iglesia*) y Justino Febronio, pese a tratar de mera disciplina y jurisdicción y no de cuestiones dogmáticas. La confusión no era casual, dado que, en el contexto citado, ambos autores eran «los que más punzan a la Curia de Roma, porque ni los puede declarar por herejes, ni mostrar en ellos proposición alguna, que implique con los dogmas»⁵⁴. La ojeriza del prelado contra ambos autores tenía para los diputados razones diáfanas. Ambos autores impugnaban «... el abuso de las excomuniones, la superioridad de los papas sobre lo temporal de los reyes, y la doctrina de los que quisieron afirmar que el Papa puede deponer a los soberanos, y eximir a los vasallos de la obediencia que les deben»⁵⁵. El obispo había reparado en la “heterodoxia” de ambos autores sólo una vez convertidos sus principios en ley por José I. La Pastoral se inscribía así en una sucesión factual marcada por la Bula *Animarum Saluti*, la ley de 28 de agosto de 1767 en su respuesta⁵⁶, y la propia indicción de la *Real Mesa*.

Pero del pretexto y el detalle se pasaba a una de las categorías políticas del pombalismo, y así, se denunciaba: «Si el Papa pudiese, por exemplo, constituirse juez de los libros escritos sobre las dos jurisdicciones espiritual y temporal, censuraría a su voluntad todas las obras que en sí contienen nuestras más ciertas máximas...»⁵⁷. Por añadidura, la Pastoral no sólo vulneraba el *Regimento* de la *Mesa*, sino también una disposición precedente, de 6 de mayo de 1765, que lo anticipaba, al prohibir la comunicación y reparto de papeles modernos o libros sin previo beneplácito regio⁵⁸. Los comisarios opinaban que la Pastoral respiraba «el artificio y malicia jesuítica». Por lo que incurría doblemente en un crimen de rebelión y sedición formal. El alcance de la política de Pombal se calibraba así en la formulación de tal tipo de cargos a la jerarquía eclesiástica, más allá del jurisdiccionalismo propio de la política regalista precedente. A estos argumentos se unían otros de índole histórica, como el recurso de los prelados a Alfonso V para prohibir las obras de Wiclef y Juan Hus, que circulaban libremente en el reino de Portugal. Anunciação no solamente ignoraba la jurisdicción de la *Mesa*, sino que la suplantaba.

Los principios que inspiraban la *Mesa* asomaron en el dictamen final de los diputados. Por medio de la Pastoral, «... se borraba la idea de soberanía, confundíase el carácter de un poder augusto, instituido y protegido inmediatamente por Dios, enérvanse las fuerzas de los Derechos natural y positivo, y se concitan los vasallos a

⁵⁴ *Sentencia de la Real Mesa Censória*, 17.

⁵⁵ *Ibíd.*, 38.

⁵⁶ Mar García Arenas, “Solidaridad ante la adversidad: algunos ejemplos de la resistencia de los jesuitas españoles y su entorno social contra la política antijesuita del Marqués de Pombal (1759-1768)”, *Revista de Historia Moderna* 31 (2013): 147-163, 152.

⁵⁷ *Sentencia de la Real Mesa Censória*, 28.

⁵⁸ *Ibíd.*, 29-30.

separarse del cumplimiento de sus oficios»⁵⁹. Ante este dictamen, y con la asistencia del *Procurador da Coroa*, la *Mesa Plena* acordó el secuestro de todos los ejemplares de la Pastoral y su quema pública en la *Praça do Comercio* por sentencia de 23 de diciembre de 1768.

La intervención de la *Real Mesa* se extendió también a las publicaciones periódicas, agostando la difusión de los ideales *iluministas* de que hiciera gala entre 1761 y 1762 la *Gazeta Literária*, publicada en Oporto. Durante su existencia (1768-1787), no salió de la imprenta revista alguna. El empleo de unos mismos medios tradicionales, orientados a nuevos fines, quedó patente en 1770 con la publicación de un *edital* expurgatorio que contenía 122 obras y que, en la práctica, prohibía toda la producción europea inspirada en las luces⁶⁰. La reforma patrocinada por Pombal era compatible con la quema de libros extranjeros prohibidos, acontecida en la *Praça do Comercio* el 6 de octubre de 1770. Entre otros numerosos puntos, este *Index* se dirigió contra los autores jesuitas que fundamentaban sus conclusiones en la «autoridade extrínseca da razão particular», sin por ello autorizar la circulación de las obras «dos pervertidos filósofos destes últimos tempos»⁶¹. A este respecto, debe recordarse que la Mesa extendía su competencia al control de entrada de obras extranjeras en los límites físicos del reino («... pelos portos de mar ou pelas raías secas...»⁶²), disposición que sometía las categorías del gobierno económico tradicional -el dominio eminente del rey- a las prioridades del nuevo gobierno político.

3. El fin de la *Mesa Censória*. La resistencia del gobierno de orden *oeconómico*.

Sin embargo, la administración tradicional estuvo lejos de aceptar complacida el nuevo estado de cosas, especialmente cuando los nuevos canales administrativos implicaban una merma de su campo de atribuciones. Este fue el sustrato de la actitud mostrada por el *Desembargo do Paço* hacia una de las flamantes instituciones nacidas con el programa de Pombal, la *Real Mesa Censória*, que pasó a ejercer la censura de publicaciones en su perjuicio y, para mayor oprobio, en sus propias dependencias, donde se reunía. Una de las competencias más caras para el primero, dado que con ella gestionaba de forma delegada una atribución propia del rey a medio camino entre lo disciplinario y lo meramente administrativo, que subrayaba la identificación del organismo con la persona real, expresada, como he señalado, en su vinculación con la Cámara Real. Fue precisamente la permanencia esencial de un sustrato de orden *oeconómico* la que propició que, a la postre, volviese el característico sistema portugués de la censura tripartita. El *Desembargo do Paço* hizo notar su incomodo, y prodigó las quejas que consideraban la intervención de la *Real Mesa Censória* en este terreno como una intromisión. El disparador que precipitó las quejas fue la prohibición extendida por la Mesa sobre cierto impreso autorizado en su día por el *Desembargo*.

⁵⁹ Ibídem, 48.

⁶⁰ Cádima, “Imprensa, Poder e Censura”, 11; Almeida Rodrigues, *Breve história da censura*, 38.

⁶¹ Salvador Marques, “A Real Mesa Censória”, 47-51.

⁶² Ibídem, 36.

Como ha señalado el profesor Subtil, el incomodo del organismo fue tal que lo expuso al propio monarca por la vía extraordinaria de la *representación*, el 20 de octubre de 1779. En ella, la intervención de la *Mesa* se calificó de desorden, perjuicio y confusión, y, desde un punto de vista jurisdiccional, los argumentos del *Desembargo* remitieron a la referida posición del organismo y, en definitiva, reivindicaron la vigencia del gobierno de orden *oeconómico*. Hasta la aparición de la *Mesa*, había correspondido al *Desembargo* «dar as licenças em nome de Vossa Magestade e, pelo que tocava ao temporal do Estado, para se imprimirem os livros: aquelle, que justamente se tem pelo maior deste reino e que até se denominava do Paço, como o mais conjunto a pessoa de Vossa Magestade». Por lo que solicitaron al rey reprender a la *Mesa* esa actitud revisora de licencias previamente concedidas por ellos. Sin embargo, la solicitud fue inútil, dado que ni se levantó la prohibición extendida, ni se modificó el *statu quo* entre ambos órganos, sin pasar la queja de desahogo altisonante ante un nuevo tiempo político⁶³. Los nuevos propósitos del gobierno político implicaron una nueva formalidad institucional que entró en conflicto con el órgano tradicional del que había tomado sus atribuciones. Pero más allá de la simple detracción competencial, estos roces implicaban la fricción entre dos concepciones de gobierno, propias de una evolución cronológica de orden político.

En el contexto general de ese orden policial, la censura y autorización administrativa de publicaciones abandonó el nuevo modelo con la supresión de la *Real Mesa Censória* en 1787. A partir de ese momento entendió de la cuestión la llamada *Real Mesa da Comissão Geral sobre o Exame e Censura dos Livros*, durante cuyo ejercicio surgió un trámite diferenciado de la aprobación de obras de orden espiritual o temporal. En el primer caso la inspección correspondió al Santo Oficio, arzobispos y obispos, y en el segundo, al propio *Desembargo*, por carta real de 17 de diciembre de 1794, momento en que fue creada en su seno la llamada *Secretaria de Revisão*⁶⁴. La pervivencia del referido modelo *oeconómico* llegó incluso al punto de terminar consagrando, con el final ya del Antiguo Régimen, la exclusividad del *Desembargo* en este terreno.

Pese a la evolución descrita, la argamasa del gobierno político continuaba siendo la dimensión *oeconómica* del príncipe. En el caso portugués, todavía en 1793, Francisco Coelho de Sousa Sampaio dejó escritas elocuentes palabras en este sentido, al afirmar que todos los magistrados eran *políticos* y *económicos*, porque el propósito de la administración de justicia era civilizar los pueblos y promover la seguridad pública. Conforme a ello, su concepto de *Policía* era omnicomprendivo, y lo entendía como la autoridad de los príncipes para establecer y proveer los medios que favoreciesen la observancia de sus leyes. De modo que todos los magistrados del reino ejercían así algún ramo de *Policía* o *Economía*⁶⁵. Esta pervivencia del gobierno de molde *oeconómico*

⁶³ José Subtil, *O Desembargo do Paço (1750-1833)* (Lisboa: UAL, 1996), 215-217 y las fuentes allí citadas.

⁶⁴ Subtil, “Governo e Administração”, 146.

⁶⁵ Ibídem, 144.

favoreció la recuperación jurisdiccional de la administración tradicional, una vez superada la época pombalista, con el reinado de dona María.

No parece erróneo afirmar, ante las páginas que preceden (basadas en principalmente en aportaciones bibliográficas, y a la espera de poder consultar fuentes primarias *in situ*), que la intervención pública derivada de las obligaciones del monarca como *paterfamilias*, tuvo una pervivencia multisecular, incluso en el contexto del gobierno político. Continuidad que confirió a la monarquía mucho más que una mera dimensión jurisdiccional y prefiguró un ámbito meramente administrativo que no tuvo entidad propia y autónoma, sobre las referidas bases, hasta el momento liberal. Entretanto, su soporte fue ese aparato omnímodo de intervención, discreto y manifiesto al tiempo, jurídicamente constituido en la idea de Policía⁶⁶.

Recibido: 30 de marzo de 2017

Aprobado: 25 de julio de 2017

⁶⁶ Al respecto es esencial, Esteban Conde Naranjo, *El Argos de la Monarquía. La Policía del libros en la España ilustrada (1750-1834)* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006).

LA INQUISICIÓN ROMANA EN NÁPOLES CONTRA LOS JUDAIZANTES (1656-1659)

Pilar Huerga Criado
(Fundación Española de Historia Moderna)

RESUMEN

Este artículo pretende contribuir a la reconstrucción de la historia del Santo Oficio napolitano examinando un brevísimo período de tiempo, el que transcurrió entre 1656 y 1659, que, sin embargo, resulta muy revelador respecto a los propósitos de la *Congregazione del Sant'Uffizio* en Nápoles durante la restauración del tribunal después de la peste de 1656.

La delegación en el nuncio pontificio, así como las instrucciones que se le mandaron continuamente desde Roma, ponen de manifiesto la firme voluntad de afianzar la Inquisición romana frente a los obstáculos que pudieran oponer el virrey, el arzobispo y la oligarquía. Pero el reforzamiento del tribunal bajo la suprema autoridad de la *Congregazione* no se explicaría completamente sin vincularlo a quienes fueron su objetivo prioritario en aquellos años: las familias de judaizantes descubiertos en la capital y fuera de ella.

PALABRAS CLAVE: Nápoles, Inquisición romana, inquisidor delegado, *Congregazione del Sant'Uffizio*, judaizante.

THE ROMAN INQUISITION AGAINST THE CRYPTO-JEWS IN THE KINGDOM OF NAPLES (1656-1659)

ABSTRACT

This article aims to contribute to the reconstruction of the history of the Holy Office napolitano examining a very short period of time, that elapsed between 1656 and 1659, that, however, is very revealing about the purposes of the *Congregazione del Sant'Uffizio* in Naples during the restoration of the Inquisition Court after the plague of 1656.

The delegation to the papal nuncio, as well as the instructions that were sent to him continuously from Rome, underscore the commitment to strengthen the Roman Inquisition against the obstacles that could oppose the viceroy, the archbishop and the oligarchy. But the strengthening of the Inquisition Court under the supreme

authority of the *Congregazione* not explain fully without linking it to those who were its priority objective in those years: families of crypto-jews discovered in the capital and beyond.

KEYWORDS: Naples, Roman Inquisition, delegate inquisitor, *Congregazione del Sant'Uffizio*, crypto-jew.

La Inquisición en el reino de Nápoles es todavía un campo histórico por cultivar. La tradición historiográfica italiana ha concedido el protagonismo a quienes fueron objeto de la actividad represiva, destinando un lugar secundario a la organización y funcionamiento del tribunal¹. Y, por lo que se refiere a las víctimas, han suscitado mucho más interés los perseguidos por sus ideas contaminadas de protestantismo que los perseguidos por cualquier otra desviación de la ortodoxia católica². Entre estos últimos estuvieron los judaizantes, que en el reino de Nápoles sufrieron dos importantes campañas represivas, una entre 1569 y 1582, y otra en los años 50 y 60 del siglo XVII³.

El Santo Oficio en Nápoles dependía a todos los efectos de la *Congregazione del Sant'Uffizio* y estaba, por tanto, integrada en la Inquisición romana, a pesar de que presentase alguna peculiaridad con respecto al resto de los tribunales de la península italiana. La principal diferencia consistía en que en el reino de Nápoles no operaban los tribunales encomendados a dominicos y franciscanos después de 1542; en su lugar, residía en la capital un inquisidor delegado de la *Congregazione* con competencia en todo el reino, donde los obispos continuaban ejerciendo la jurisdicción ordinaria en materia de fe. No obstante, me parece precipitado presentar al tribunal del santo oficio de Nápoles como un caso absolutamente excepcional dentro de la configuración de la Inquisición romana en Italia, porque dado que los tribunales italianos no constituyeron un entramado homogéneo como fue el de la inquisición española, el caso de Nápoles podría haber sido ser tan diferente al resto como lo fueron los demás⁴.

¹ Lo que Massimo Giannini ha expuesto con claridad refiriéndose al tribunal de Milán, puede aplicarse a Nápoles: Massimo Giannini, "Milano, età moderna", en *Dizionario storico dell'Inquisizione*, dir. Adriano Prosperi (Pisa: Edizioni della Normale, 2010), 1043-1044. En el mismo sentido, resulta muy esclarecedora la reflexión de Prosperi sobre las razones de dicha elección: Adriano Prosperi, *L'Inquisizione romana. Letture e ricerche* (Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 2003), 10.

² Un ejemplo reciente lo tenemos en la voz Napoli del *Dizionario storico dell'Inquisizione*, dirigido por A. Prosperi. G. Fonseca: "Napoli", 1097-1099.

³ Pierroberto Scaramella, "La campagna contro i giudaizzanti nel Regno di Napoli (1569-1582): antecedenti e risvolti di un'azione inquisitoriale", en *Le Inquisizioni cristiane e gli ebrei* (Roma: Accademia Nazionale dei Lincei, 2003), 357-373. Peter A. Mazur, *The New Christians of Spanish Naples, 1528-1671. A Fragile Elite* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2013). Pilar Huerga, "Cristianos nuevos de origen ibérico en el Reino de Nápoles en el siglo XVII", *Sefarad* 72, (julio-diciembre 2012): 351-387.

⁴ En su estudio de conjunto sobre la Inquisición en Italia, Andrea Del Col concluyó que la

La Inquisición napolitana era indudablemente Inquisición romana, y sin embargo fue asociada en muchas ocasiones a la Inquisición española. Aquí no podré extenderme sobre este tema, pero tendremos ocasión de comprobar cómo la Inquisición española tuvo una presencia duradera en el imaginario colectivo y se proyectó como una sombra sobre el reino de Nápoles.

Es cierto que Fernando el católico quiso introducir allí la Inquisición española, tal como se había hecho en Sicilia y Cerdeña, pero no lo consiguió, y tras los dos intentos fracasados en 1504 y 1510, el proyecto fue abandonado, o al menos no volvió a ponerse en marcha. Cuando los napolitanos se rebelaron en 1547 contra la implantación de un tribunal inquisitorial, reiteraron su aversión a una Inquisición *all'usanza di Spagna*; sin embargo, se trataba de un proyecto de la santa sede -y no de la monarquía española- que pretendía extender al territorio napolitano la Inquisición romana fundada en 1542 bajo la autoridad de la *Congregazione del Sant'Uffizio*⁵.

Una vez apaciguada la insurrección, se tornó a la situación previa, en la que los tribunales diocesanos ejercían en exclusiva la jurisdicción en materia de fe. Siguieron haciéndolo durante muchos años, hasta que en 1585 Roma tomó la decisión de imponer en Nápoles a su inquisidor delegado, facultándole para actuar en todo el reino. Desde entonces, y a pesar de las dificultades que de vez en cuando se interpusieron, los cardenales continuaron renovando el nombramiento durante más de setenta años. En 1656, el puesto quedó vacante debido a la muerte de Felice Tamburelli a causa de la peste⁶.

Después de la peste, tanto la restauración del tribunal del Santo Oficio, como su actividad procesal, giraron en torno a quienes se convirtieron en su objetivo primordial, es decir, las redes familiares cuyos miembros fueron procesados como herejes judaizantes. En ese tiempo, se sucedieron al frente del tribunal Giulio Spinola, nuncio de Nápoles, y Camillo Piazza, obispo de Dragonia.

En la historia del Santo Oficio napolitano he reconocido una coyuntura enmarcada entre los años 1656 y 1661, que justificaré con dos razones. La primera, referida al propio tribunal, es que en esos cinco años la *Congregazione del Sant'Uffizio*

Inquisición romana había adquirido características específicas en cada estado en el que operó: Andrea del Col, *L'Inquisizione in Italia* (Milano: Mondadori, 2006), 343.

⁵ Ya en el siglo XIX, Luigi Amabile alertaba sobre esa confusión, que se manifestó en los episodios de 1547 en contra de su implantación, y en la que siguieron cayendo los estudiosos que pretendieron explicarla: Luigi Amabile, *Il Santo Ufficio dell'Inquisizione in Napoli* (Città di Castello, 1892), 196-211. Analiza la sublevación aportando más información y con un enfoque más complejo Carlos J. Hernando Sánchez, *Castilla y Nápoles en el siglo XVI* (Salamanca: Junta de Castilla y León, 1994), 160-179 y 304-329. El papel de la Inquisición española como modelo de la Inquisición romana fue señalado por Prosperi, al tiempo que enunciaba las razones del rechazo a lo que llamó «La alternativa dell'Inquisizione spagnola in Italia», Adriano Prosperi, *Tribunali della coscienza* (Torino: Einaudi, 1996), 41-43.

⁶ Giovanni Romeo, “Una città, due inquisizioni. L'anomalia del Sant'Uffizio a Napoli nel tardo '500”, *Rivista di Storia e Letteratura religiosa* 24 (1988): 42-67.

alteró la fórmula que empleó antes y después delegando su competencia en un inquisidor elegido entre los obispos del reino. La segunda, referida a su actividad judicial, es que durante ese tiempo la propia *Congregazione* romana dirigió una campaña de persecución de judaizantes de origen ibérico.

Como digo, comenzó en 1656, el año en el que se desató una terrible epidemia de peste que mató, entre otros muchos, al inquisidor delegado. Poco antes, se produjo la revelación de que en la capital y en el reino residían unas cuantas familias muy notables, descendientes de los cristianos nuevos ibéricos, que continuaban practicando en secreto la religión mosaica. De inmediato se convirtieron en el objetivo prioritario del tribunal de la fe, primero encabezado por el nuncio Giulio Spinola y a continuación por Camillo Piazza, obispo de Dragonia. En 1661, figuraron como penitentes por judaizar en el solemne auto de fe celebrado en San Domenico maggiore, pero a los pocos días, el inquisidor se vio obligado a huir para salvar su vida⁷.

A continuación, me ocuparé del período en el que el nuncio ejerció como inquisidor, durante los años 1656 a 1659.

El año de la peste

En ese fatídico año de 1656, la peste se abatió sobre el reino y segó la vida de muchos miles de personas⁸. Entre los que sucumbieron al morbo, estuvo el inquisidor delegado por la *Congregazione del Sant'Uffizio*, monseñor Felice Tamburelli, que desempeñaba el cargo desde 1643, después de haber ejercido como juez de la fe en el tribunal del arzobispo, de quien fue vicario general⁹. Murió también el teatino Angelo Verricelli, con quien estaba colaborando el inquisidor desde hacía unos meses, a raíz de la sospecha de que en la conocida familia Vaaz anidaban muchos judaizantes. El teatino lo había escuchado en confesión de Cesare Roberti, esposo de Isabella Vaaz, y lo había puesto en conocimiento de la *Congregazione*, que decidió facultarle para que recibiera la denuncia formal de Roberti y la entregara al inquisidor, lo cual ocurrió en abril de 1655¹⁰. Desde entonces, el inquisidor Tamburelli dirigió las investigaciones bajo la atenta mirada de Roma y con la colaboración del teatino.

A principios de julio de 1656, cuando la epidemia ya había causado enormes estragos en la ciudad, el inquisidor recibió un billete del virrey -el conde de Castrillo-

⁷ Reconstruyó aquellos sucesos Amabile, *Il Santo Ufficio dell'Inquisizione*, 41-52.

⁸ Idamaria Fusco, *Peste, demografia e fiscalità nel regno di Napoli del XVII secolo* (Milano: Franco Angeli, 2007).

⁹ Amabile, *Il Santo Ufficio dell'Inquisizione*, 39.

¹⁰ ACDF, St.St. BB3b, fols.92r, 93r, 99r-103v, 114r. Sobre el secreto confesional y el crimen de herejía, ver Elena Brambilla, *Alle origini del Sant'Uffizio* (Bologna: Il Mulino, 2000), 515-541. Ha destacado el papel relevante de los confesores en el Santo Oficio romano Giovanni Romeo, *L'Inquisizione nell'Italia moderna* (Roma-Bari: Laterza, 2004), 20-28. Y concretamente el de los teatinos como red de vigilancia en Nápoles: Prosperi, *Tribunali della coscienza*, 246.

en el que le informaba de que habían sido interceptadas y descifradas unas cartas muy comprometedoras para sus destinatarios, porque dejaban al descubierto sus relaciones, no sólo mercantiles, con los judíos de Livorno. El virrey trasladaba al inquisidor su alarma por la gravedad del delito y le ofrecía su ayuda para que averiguara de quiénes se trataba y procediera contra ellos, cualquiera que fuera la calidad de las personas. Pero Tamburelli enfermó de peste y murió al mes siguiente sin haber podido ocuparse del asunto¹¹.

Desde luego, la sustitución del inquisidor en aquellas circunstancias resultaba muy difícil, pero la *Congregazione* debió considerar que el caso era urgente, porque no dejó que el puesto permaneciera vacante por mucho tiempo. Antes de que acabara el año, cuando la ciudad recuperaba la salud, tomó la decisión de delegar la jurisdicción en el nuncio apostólico, Giulio Spinola, obispo de Laodicea¹².

No era la primera vez que un nuncio apostólico recibía esa facultad. Años atrás, encontrándose enfermo el inquisidor Campanile, se había encomendado al nuncio que asumiera sus funciones¹³.

Tampoco se trataba de una anomalía napolitana dentro de la Inquisición romana, porque en otras partes -como Venecia y Florencia- y en otros tiempos -especialmente durante los primeros años de su implantación en el territorio italiano- los nuncios ejercieron como inquisidores por delegación de la *Sacra Congregazione*¹⁴.

Al entregar tal responsabilidad al nuncio Spinola, no se pretendía abrir un paréntesis de relajación en la persecución de los herejes en el reino de Nápoles, como comprobaremos a continuación, ni lo pretendieron los cardenales, ni Spinola lo interpretó de ese modo, porque después de décadas en las que, tanto el tribunal arzobispal como el inquisidor delegado habían recogido testimonios que no habían tenido consecuencias -cosa que en más de una ocasión había merecido los reproches de Roma- fue el nuncio quien emprendió la investigación que desveló una gran comunidad judaizante, restauró el tribunal napolitano y puso en marcha los mecanismos para llevar a término los procesos de fe.

Cuando murió el anterior inquisidor, la *Congregazione* ya conocía los indicios que apuntaban a la existencia de una complicidad numerosa, extendida por el reino, y

¹¹ ACDF, St.St. BB3b, fols.114r-120r.

¹² Sobre los eclesiásticos napolitanos en la coyuntura de la peste: Romeo De Maio, *Religiosità a Napoli (1656-1799)* (Napoli: ESI, 1997).

¹³ 18 ottobre 1620, Cardinale Giangarzia Millini all'arcivescovo di Amalfi, Pierroberto Scaramella (ed.), *Le lettere della Congregazione del Sant'Ufficio ai Tribunali di Fede di Napoli, 1563-1625* (Trieste-Napoli: Università di Trieste-Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 2002), 482-483.

¹⁴ Coinciden en subrayar la importancia atribuida a los nuncios por la Inquisición romana, a diferencia de la medieval: Del Col, *L'Inquisizione in Italia*, 300; y Romeo, *L'Inquisizione*, 12. En Venecia, el juez de la fe más importante no fue el inquisidor sino el nuncio: Del Col, *L'Inquisizione*, 297 y 345. En Florencia: Prosperi, *Dizionario storico dell'Inquisizione*, 605-607.

en la que participaban personas principales que ocupaban cargos públicos en la capital. Con el fin de reunir toda la información obtenida hasta entonces, el nuncio comenzó por revisar el archivo de Tamburelli y los papeles dejados por Verricelli. En el mes de diciembre, dio noticias de que había logrado localizar la información que se le había pedido en el archivo del Santo Oficio con la ayuda de uno de los consultores que había sobrevivido, el padre provincial de los siervos de Maria, al que designó como fiscal¹⁵.

El tribunal inquisitorial del nuncio

La restauración del tribunal napolitano y de su actividad judicial después de la peste giró en torno al descubrimiento de la complicidad judaizante. Coincidieron los cardenales de la *Congregazione* con Spinola en mostrarse alarmados ante un asunto que calificaron de muy grave, y en expresar su repugnancia hacia esa *secta malvada*. Consideraron que la erradicación de esa *raíz infecta* debía ser su objetivo prioritario, que esperaban alcanzar confiando en «che la bontà divina vorrà liberare questo regno dall'infettione così pestifera dei giudaizzanti»¹⁶. Y se pusieron manos a la obra.

La campaña represiva fue dirigida desde Roma por los cardenales de la *Congregazione del Sant'Uffizio* presididos por el papa Alessandro VII¹⁷. Ejercía como *segretario generale* el cardenal Barberini y, como *assessore*, Carlo Emanuele Vizzani. El *commissario generale* era fray Vincenzo Preti¹⁸.

Barberini y Vizzani sostuvieron una comunicación continua con el nuncio mediante las cartas que se cruzaron entre Roma y Nápoles con muchísima frecuencia, tanta como exigía la voluntad de la *Congregazione* de dirigir el procedimiento judicial hasta en sus más mínimos detalles. Spinola comunicaba cada una de las averiguaciones que iba haciendo, las noticias que le suministraban sus informadores, las conversaciones y entrevistas que sostenía en la ciudad, y también los resultados de las indagaciones efectuadas por algunos obispos del reino. Además, enviaba puntualmente copia de todo el material escrito relativo a la causa, de manera que la *Congregazione* disponía casi simultáneamente de un duplicado de lo que se iba acumulando en el tribunal de Nápoles. También hacía llegar a Roma sus propósitos, sus dudas, sus opiniones, acerca de lo que iba ocurriendo, y a menudo reclamaba instrucciones para seguir adelante. Por lo tanto, los márgenes de maniobra que le

¹⁵ Carta de 8 de diciembre de 1656. ACDF, St.St. BB3b, fols.112r-120r. Generalmente el inquisidor nombraba un fiscal eligiéndolo entre los consultores del tribunal: L. Piccinno, *Dizionario storico dell'Inquisizione*, 607.

¹⁶ Cartas del nuncio de 12 de enero y 30 de julio de 1658. ACDF, St.St. BB3b, fols.183v y 261r.

¹⁷ Se componía entonces, al menos, de once cardenales, cuyos nombres figuran en una instrucción al nuncio de agosto de 1659: «Barberini, Ginnetti, Columa, Sti. Clementis, de Lugo, Astalli, Corradi, Albitii, Chisii, Rospigliosi, Estensis». ACDF, St.St. BB3c, fols.29r-38v.

¹⁸ Sobre la composición de la Congregazione y su evolución, ver Agostino Borromeo, «Congregazione del Sant'Uffizio», en *Dizionario storico dell'Inquisizione*, 389-391. Sobre las figuras del *assessore* y el *commissario generale*, ver Andrea Del Col, en *Ibidem*, 107.

dejaba su dependencia de la *Congregazione* eran muy estrechos.

Cuando Spinola se hizo cargo del tribunal de Nápoles, este se hallaba en unas condiciones de precariedad que le hacían muy difícil ejercer su ministerio. En los primeros meses, mientras se trató de revisar los archivos, acumular la información e iniciar averiguaciones, pudo valerse de alguno de los consultores del Santo Oficio y de los recursos materiales y humanos de la propia nunciatura; pero cuando llegó el momento de examinar a más testigos, ejecutar las prisiones, realizar los registros, precisó de muchos más medios de los que disponía. En una de sus cartas, refería que además del inquisidor Tamburelli y el teatino Verricelli, habían muerto de peste la mayor parte de los consultores, y de los cinco que habían sobrevivido, solo el prior del convento de San Domenico maggiore y el teatino Angelo Pistacchi podrían serle de ayuda. Hasta ese momento, había confiado alguna tarea a dicho padre Pistacchi, al provincial de los siervos de María, que ejercía como fiscal, y al padre Masucci, *mastro d'atti*¹⁹. Pero necesitaba más personal, por lo que pedía permiso para buscar la colaboración de algún religioso o sacerdote seglar de probada bondad, y sugería que fuera nombrado consultor el provincial de la compañía de Jesús, Marcello Spinilli²⁰.

Ocasionalmente, el nuncio utilizó los servicios de oficiales de la nunciatura, como hizo con el doctor Propertio Alovisi, su *auditore cavalcante*, a quien encargó los registros de las casas de los reos, lo cual parece una medida un tanto irregular²¹. Y más irregular resulta su pretensión de servirse de personas ajenas al tribunal de Nápoles para que examinaran a los testigos. No conozco la respuesta del cardenal Barberini cuando le pidió permiso para confiar al mismo *auditore* el examen de testigos, pero supongo que se lo negaría, pues tanto él como el *assessore* Vizzani desaprobaron que hubiera recurrido también al obispo de Tropea, aprovechando que se encontraba circunstancialmente en Nápoles. Aunque Spinola argumentó que este era consultor del Santo Oficio desde hacía años, se vio obligado a rectificar y a volver a examinarlos él mismo²².

Esa falta de medios se había hecho aún más patente desde el verano del 57, porque la causa adquirió entonces mayor entidad debido a la comparecencia espontánea de Fiorenza Vaaz, prima hermana del conde de Mola, para delatar a muchos de los miembros de su familia. Tras ella, acudieron a testificar su marido y unas cuantas personas más que confirmaron sus gravísimas declaraciones. Tanto el nuncio como la *Congregazione* comprendieron que no bastarían los recursos del Santo Oficio para afrontar las dificultades que se presentarían, dado el número de los sospechosos y la posición social de los mismos. Necesitarían contar con la colaboración de quienes ostentaban los principales poderes, civil y eclesiástico, en Nápoles. Así que desde Roma dieron instrucciones al nuncio para que se entrevistara

¹⁹ Oficio equivalente al de escribano del secreto en la Inquisición española.

²⁰ ACDF, St.St. BB3b, fols.187r-192r.

²¹ ACDF, St.St. BB3b, fols.221r-225v.

²² ACDF, St.St. BB3b, fols.338r-339v y 344r-346v.

con el arzobispo Ascanio Filomarino y con el virrey, el conde de Castrillo, con el fin de obtener el apoyo de ambos al Santo Oficio.

Con respecto al virrey, le sugerían que entrara en materia recordándole que él mismo había tomado la iniciativa cuando envió al inquisidor Tamburelli aquel billete mediante el cual le hizo partícipe de la correspondencia de ciertos individuos con los judíos de Livorno y le ofreció su ayuda para descubrir a los destinatarios y proceder contra ellos. A continuación, debía hacerle ver que, en cumplimiento del servicio de dios y de su majestad católica, era preciso usar eficaces remedios para arrancar de raíz esa pésima semilla que se había propagado y había infectado a algunas familias de caballeros napolitanos. Para concluir, los cardenales expresaban su confianza en que el virrey concedería su asistencia, y no sólo porque había demostrado su buena disposición cuando confió al inquisidor el asunto de Livorno, sino también por el beneficio que obtendría para la cámara regia de la confiscación de bienes²³.

Giulio Spinola no era tan optimista con respecto a la actitud del conde de Castrillo. Su desconfianza se debía a que este no había colaborado en el descubrimiento de los destinatarios de las cartas ni le había querido entregar las que les seguían remitiendo. Por otra parte, consideraba precipitado solicitarle el brazo secular para arrestar a los sospechosos hasta que no obtuviera pruebas más contundentes, pues sin ellas, el virrey -que era consciente del perjuicio que causaría a las familias y del escándalo que se provocaría- no correría el riesgo de intervenir. Así que fue retrasando el momento de abordar el asunto y no cumplió las instrucciones recibidas hasta casi un año después²⁴.

En las cartas sucesivas al cardenal Barberini, el nuncio fue informando de que, tal como había temido, las familias sospechaban que algo se estaba urdiendo en su contra y habían comenzado a acosar a los que les habían delatado, por lo que había considerado prudente detenerse y esperar a que se calmasen los ánimos para proseguir. Estaba convencido de la culpabilidad de los Vaaz y de la necesidad de proceder contra ellos, pero temía las consecuencias que se podrían desencadenar si no extremaba las precauciones. Advertía al cardenal que se trataba de gente poderosa, que algunos de ellos eran ministros togados, y que habían logrado emparentar con familias principales de la ciudad. Recomendaba, por tanto, actuar con mucha circunspección, y en cuanto a informar al virrey, era mejor esperar a que pasara el carnaval, porque durante las fiestas estaría dedicado a conceder indultos y a festejar el nacimiento del príncipe. Proponía disponerlo todo para actuar a comienzos de la cuaresma y sugería la conveniencia de que, para reforzar su posición, el cardenal Barberini escribiera al virrey intercediendo en su favor y rogándole que accediera a sus peticiones²⁵.

²³ Carta de 25 de agosto de 1657. ACDF, St.St. BB3b, fols.148r-153v.

²⁴ Carta de 8 de septiembre y Carta del nuncio al *segretario di stato*, 15 de junio de 1658. ACDF, St.St. BB3b, fols.154r-157v y 206r.

²⁵ Felipe Próspero había nacido el 28 de noviembre anterior a esta carta de enero de 1658. ACDF, St.St. BB3b, fol.183r.

La cuaresma pasó y hasta la mañana del 4 de julio el nuncio no se presentó ante el conde de Castrillo para informarle de la causa y solicitarle la intervención del brazo secular. Previamente, en la forma que acostumbraba el Santo Oficio, le exigió que jurara guardar el secreto de todo lo que iba a escuchar. Luego le expuso los pormenores de la investigación que había comenzado dos años atrás, cuando él sucedió al inquisidor Tamburelli, y los nombres de los sospechosos de judaizar. Por último, le pidió el brazo secular para ejecutar los arrestos y proceder a los registros de las casas de los reos.

Un nombre destacaba sobre todos: el de Edoardo Vaaz, conde de Mola, que entonces se hallaba recluido en el castillo de *Sant'Elmo* por orden del virrey a causa de un asunto que nada tenía que ver con el Santo Oficio, sino con el ejercicio de su cargo como juez *in criminalibus* de la corte de *Vicaria*²⁶. El hermano del conde, Benedetto Vaaz, se hallaba también preso, pero en la cárcel de *Vicaria*. Pidió el nuncio que ambos quedaran retenidos donde se encontraban, pero en nombre del Santo Oficio, y que fueran apresados dos hombres más: Benedetto Vaaz di Giorgio y Tomaso Ulloa. También solicitó el encarcelamiento de otras cuatro personas, pero estas en calidad de testigos. Requirió a continuación el brazo secular para efectuar los registros de las casas de los reos²⁷.

Es bien sabido que el Santo Oficio hizo del secreto su mejor arma, pues prácticamente anulaba las posibilidades de defensa de quienes caían en sus redes. Desarrollaba toda su actividad judicial con el máximo secreto, pero no llegaba al extremo de ocultar su identidad, como hizo en este caso. El tribunal inquisitorial que dirigió el nuncio en Nápoles diseñó una estrategia para actuar encubiertamente, de manera que no se desvelara públicamente su autoría, y para que fuera el poder regio el que, al ejecutar sus decisiones, apareciera como el único responsable de las mismas.

Para efectuar los registros de las casas de los reos, Spinola propuso al virrey que buscara algún pretexto que los justificara, puesto que los reos pasaban por haber sido arrestados y encarcelados por la justicia regia, sin ninguna intervención del Santo Oficio. Una vez que hubiera obtenido las llaves, se las debía entregar a él, que las daría a la persona en la que había pensado para llevarlos a cabo. Esa persona era un ministro de la marca de Ancona que había sido vicario general del obispo y que, por lo tanto, era un desconocido en Nápoles. Cambiando su habitual vestimenta, pasaría perfectamente por ministro del virrey, igual que las dos personas de la confianza del nuncio que le acompañarían. Una vez secuestrados libros y papeles, Spinola había previsto que el virrey ordenase que se pusieran bajo llave como materia de estado y permitiera que un oficial designado por él, fingiendo ser ministro de la corona, los

²⁶ N. Toppi, *De origine tribunalium urbis Neapolis* (Napoli, 1666), vol. III, 66-70. Sobre el motivo de su encarcelamiento, ver Domenico Confuorto, *Notizie d'alcune famiglie popolari della Città e del Regno di Napoli* (Napoli, 1693); BNN, ms. X A 15; I. Fuidoro, *Giornali di Napoli dal 1660 al 1680*, vol. I, a cura di F. Schlitzer (Napoli, 1934).

²⁷ Carta de 6 de julio de 1658. ACDF, St.St. BB3b, fols.211r-213r.

revisara²⁸.

Salió Spinola satisfechísimo de aquella primera entrevista, pues el conde de Castrillo había accedido a todas sus peticiones y se había mostrado muy dispuesto a cooperar en servicio tan relevante a la religión. Incluso había manifestado que, llegado el caso, aventuraría la propia vida, y que si su único hijo fuera culpable de tales crímenes contra la fe, concedería al inquisidor total libertad para que procediera contra él. Efectivamente, tres días después se habían ejecutado las prisiones y se habían secuestrado los libros y escrituras de los reos; sin embargo, una vez cumplida esa primera y decisiva intervención, el virrey varió su actitud. Tan solo una semana más tarde, aunque seguía expresando su voluntad de cooperar, mostraba su preocupación por haber adquirido un compromiso que le podría traer gravísimos problemas.

A pesar de haber actuado de manera encubierta, a pesar de las precauciones tomadas para evitar que fuera torpedeada la operación diseñada para procesar a los sospechosos, los primeros arrestos produjeron una gran conmoción en las familias afectadas y en la ciudad. Reaccionó el virrey expresando sus temores de que volvieran a estallar revueltas, como había sucedido años atrás, cuando -decía- poco faltó para que se encendiese un fuego inextinguible en el reino, y eso que entonces las fuerzas de la corona eran más vigorosas. Spinola, para tranquilizarle, le aseguraba que los tiempos habían cambiado y que las personas de cualquier condición comprenderían que los sospechosos eran verdaderamente culpables y merecían ser castigados²⁹.

A las vacilaciones del conde de Castrillo, se sumó en aquellos días otro motivo de preocupación para el nuncio. Provenía de la más alta instancia de la iglesia napolitana, el arzobispo Ascanio Filomarino, a quien hasta entonces había querido mantener al margen de la causa, a pesar de las instrucciones que le había dado la *Congregazione*.

Desde la instauración de la Inquisición romana, la *Congregazione* había centralizado todas las intervenciones realizadas por cualquiera de los brazos de la jurisdicción inquisitorial, que en el reino de Nápoles eran el inquisidor delegado y los ordinarios³⁰. Continuando con esa misma política, en nombre de su suprema autoridad, exigió a ambas instancias que cooperasen. Ordenó al nuncio que confiase el asunto al arzobispo y que le entregase una carta en la que le encomendaban que colaborase con el nuncio en la causa de los judaizantes. Pero Spinola no cumplió la orden hasta mucho después, porque dudaba de la fidelidad de algunos ministros del arzobispado y estimaba más acertado no hacerles partícipes de lo que proyectaba³¹.

²⁸ Cartas de 6 y 13 de julio de 1658. ACDF, St.St. BB3b, fols.211r-213v y 227r-v.

²⁹ Carta de 16 de julio de 1658. ACDF, St.St. BB3b, fols.221r-225v.

³⁰ La Congregazione tuvo conocimiento de las denuncias recibidas por el tribunal ordinario en los años anteriores de 1616 y 1648 y dio instrucciones al respecto, como lo prueban las cartas emitidas desde Roma. ACDF, St.St. BB3b, fols.60r, 66r, 80r-89v.

³¹ ACDF, St.St. BB3b, fols.43r-45v.

Inesperadamente, un incidente surgido al ejecutar las prisiones produjo la intervención del arzobispo y obligó a Spinola a informarle de los planes del Santo Oficio. Al comprobar que Benedetto Vaaz ya no estaba preso en *Vicaria* porque había hecho valer su condición de clérigo para ser reclamado por el tribunal arzobispal, el virrey aseguró al nuncio que lo volvería a arrestar en cuanto supiera dónde se encontraba. A los tres días cumplió su palabra. Benedetto fue apresado en Procida, donde había sido recluido por mandato del tribunal arzobispal. La reacción de Filomarino ante lo que consideró una intromisión inaceptable en su jurisdicción, fue inmediata. Reclamó al preso y amenazó con proceder contra los ministros reales que habían ejecutado la captura si no lo entregaban antes de veinticuatro horas.

El nuncio, al recibir un billete del virrey en el que le informaba de lo sucedido, se vio en la necesidad de desvelar todo el asunto al arzobispo. Escribió una carta en la que le confiaba que el encarcelamiento de Benedetto Vaaz, aunque había sido ejecutado por ministros regios, obedecía a una orden que había partido directamente de su santidad. Le rogaba que no siguiera adelante y que le recibiera al día siguiente para darle las explicaciones oportunas. Se disculpaba diciendo que habría ido a informarle en persona si no hubiera temido que su visita levantase sospechas y se rompiera el secreto necesario para el buen servicio a su santidad. A continuación, envió una copia de esa misma carta a la *Congregazione*, y comunicó que entregaría, por fin, la carta que le había enviado para Filomarino hacía casi un año³².

Al día siguiente, el arzobispo recibió al nuncio y leyó la carta cuya fecha probaba que había sido retenida por este. Siguiendo las recomendaciones que contenía, acordaron que se reuniera todo lo que hubiera concerniente a la causa en el archivo del tribunal arzobispal del tiempo de sus antecesores, particularmente del cardenal Carafa. Propuso Spinola que fuera el fiscal del mismo tribunal -al que conocía por sus servicios como vicario general del obispo de Lecce- el que se ocupara de entregárselo.

Al día siguiente, el nuncio recibió la visita del fiscal, que le llevaba una testificación realizada un año antes por un sargento llamado Domenico Grasso, que ya estaba encarcelado como testigo. No había encontrado nada más, pero se comprometió a realizar algunas averiguaciones³³. Entre tanto, el arzobispo Filomarino escribía al cardenal Barberini para darle su versión de los hechos y expresarle su malestar respecto a la actuación del nuncio, al que responsabilizó del conflicto por el preso Benedetto Vaaz y de las habladurías que había provocado en la ciudad³⁴.

A pesar de la buena disposición manifestada por Filomarino en el anterior encuentro, Spinola estaba convencido de que no sólo no recibiría ninguna ayuda de él

³² Cartas de 16 de julio de 1658. ACDF, St.St. BB3b, fols.221-225v, 228r-v y 230.

³³ Carta de 20 de julio de 1658. ACDF, St.St. BB3b, fols.237r-241v.

³⁴ Carta de 20 de julio de 1658. ACDF, St.St. BB3b, fols.248r-249r.

sino que entorpecería cuanto pudiese el desarrollo de la causa. Su desconfianza fue en aumento con el paso de los días. Con la certeza de que todo el tribunal arzobispal estaba en contra suya y se empeñaba en desacreditar cuanto él hiciera, escribió a la *Congregazione* una carta en la que lanzó acusaciones muy graves contra Filomarino. Comenzaba diciendo que no conocía los motivos de su animadversión, si le movía el rencor o el deseo de emular a la nunciatura, o si consideraba que él, al haber emprendido esa causa, estaba poniendo en evidencia la inoperancia del tribunal ordinario. También podría ser que actuara así debido a la presión de los Vaaz. Spinola hacía responsable a Filomarino de haber alimentado el rumor de que estaba fabricando un proceso tan lesivo para unas familias nobles sobre fundamentos muy débiles, así como de haber impedido que su fiscal le proporcionara la información sobre las denuncias recibidas en aquel tribunal en tiempos pasados. Aunque no contaba con pruebas, sospechaba que el propio arzobispo había hecho público cuanto él mismo le había confiado en su entrevista, ya que se habían propagado algunas de las cosas que le había contado con el máximo secreto. Y por si fuera poco, acusaba al arzobispo de ser el instigador de las presiones a las que se estaban viendo sometidos los miembros de su tribunal. El *mastro d'atti* había recibido la visita de Girolamo Carmignano, que actuaba en representación de los Vaaz, para advertirle de que el arzobispo estaba fuera de sí contra Spinola porque procedía a partir de denuncias que en su día habían sido rechazadas por el tribunal arzobispal. Ante el fiscal se presentó el abogado Giulio Cappone, hombre de confianza de Filomarino, para comunicarle que, puesto que los presos iban a ser procesados por el tribunal inquisitorial, como le había informado el propio arzobispo, él había sido elegido por la familia para llevar su defensa. El fiscal, dándose cuenta de que el propósito del abogado era el de sacarle información, se hizo de nuevas y negó que el Santo Oficio estuviera procediendo judicialmente contra los Vaaz. Como conclusión de sus gravísimas acusaciones, Spinola se tomó la licencia de expresar con toda libertad su disgusto y su juicio acerca del tribunal eclesiástico. Tal como él lo veía, el arzobispo y su tribunal habían tomado partido por los sospechosos³⁵.

Si en aquel momento pudieron considerarse exageradas esas palabras del nuncio, no lo serían tanto cuando en Roma se recibiera la petición de los procesados de que su causa se cometiera al tribunal arzobispal³⁶.

En aquellos días, el nuncio vio cómo se complicaba su situación, porque la desconfianza en Filomarino se sumó a las vacilaciones del conde de Castrillo, probablemente debidas a la movilización que se estaba produciendo entre los parientes de los presos y a la propagación de los rumores que señalaban al Santo Oficio como auténtico autor de las prisiones. Por lo tanto, Castrillo quiso asegurarse de que estaba procediendo correctamente y sorprendió al nuncio exigiéndole que, antes de seguir adelante, le mostrase sus credenciales como inquisidor delegado por

³⁵ Cartas de 27 de julio, 30 de julio, 3 de agosto de 1658. ACDF, St.St. fols.260r-266r y 268r-269v, 272r-v.

³⁶ ACDF, St.St. BB3b, fols.350r-355v.

la *Congregazione del Sant'Uffizio*, no porque tuviera intención de someter su nombramiento a la concesión del *exequatur* -decía- sino porque al menos necesitaba leer él mismo la facultad concedida por Roma. Replicó el nuncio que la *Sacra Congregazione* no solía expedir ninguna patente al ministro de Nápoles, sino que le iba comunicando sus órdenes por medio de las cartas, las cuales llevaban estricta orden de secreto, como correspondía a todo lo concerniente al tribunal de la fe³⁷. En consecuencia, ni siquiera accedió a mostrarle la carta en la que se le daban instrucciones para proceder en esa causa en particular.

El virrey decidió suspender cualquier diligencia para la que se precisase su autorización, con lo cual el registro de los papeles secuestrados, que estaba pendiente y tenía tanto interés para la investigación, no se podía llevar a cabo. Spinola, obligado a buscar una solución intermedia para evitar que sus iniciativas quedasen truncadas, le propuso que permitiese a su ministro que hiciese el inventario de los papeles y comprobara si había algo sospechoso, lo volviera a sellar y se lo entregara de nuevo para que continuara bajo su custodia. Simultáneamente, escribió a Roma sugiriendo que el *segretario di stato*, o bien el cardenal Barberini, escribieran al conde de Castrillo mostrándole su satisfacción por los servicios prestados al tribunal en la causa «nella quale io procedo in vigor degli ordini della Sacra Congregatione». Así, de manera indirecta y sin ningún compromiso, esperaba que se eliminaran sus dudas respecto a la legitimidad de la jurisdicción inquisitorial que estaba ejerciendo³⁸.

Desde que se produjeron las prisiones a mediados del mes de julio, hasta que acabó ese año de 1658, la causa avanzó muy lentamente, lo cual provocaba en Spinola un enorme pesar, que no cesaba de transmitir en sus cartas. Se enfrentaba a las argucias del arzobispo para que fracasara, a los impedimentos que estaba poniendo el virrey y a la estrategia puesta en marcha por la familia Vaaz para tratar de que los procesos se interrumpieran y todos quedaran liberados de la amenaza del Santo Oficio.

Las sospechas de los Vaaz cuando supieron que Fiorenza y su marido habían acudido a la nunciatura, se confirmaron al difundirse que el *proregente* de *Vicaria* había dicho a los oficiales regios que habían apresado a Benedetto Vaaz que no temieran el monitorio que el arzobispo había mandado contra ellos, porque el arresto se había ejecutado por orden del nuncio y por causa perteneciente al tribunal eclesiástico, dando así al traste con el secreto con que se había procedido³⁹.

Ya antes de que fueran apresados los primeros sospechosos, Spinola dio noticias de que la familia Vaaz amenazaba a cualquiera que se acercase al tribunal

³⁷ No era exacto lo que decía el nuncio, puesto que, al menos algunos de los inquisidores delegados que le habían precedido, sí habían obtenido el *exequatur*, como constató Amabile, *Il Santo Ufficio dell'Inquisizione*, 22-34.

³⁸ Cartas de 16, 20 y 27 de julio de 1658. ACDF, St.St. fols.221r-225v, 232r-233r, 255r-257r.

³⁹ Carta de 17 de julio de 1657 y carta de 20 de julio de 1658. ACDF, St.St. BB3b, fols.33r-34r y 232r-233r.

para impedir que declarase en su contra o para obligarle a desdecirse si sospechaba que ya lo había hecho⁴⁰. Y como también había previsto desde el principio, los Vaaz se defendieron contando con la solidaridad de las casas principales con las que habían emparentado por la vía del matrimonio. En su defensa, usaron todos los medios a su alcance, desde la persuasión hasta las amenazas, pasando por el soborno y el chantaje. Visitaron al nuncio unos caballeros pertenecientes a tres de las familias principales de la ciudad -Carmignano, Brancaccio y Muscetola- para convencerle de la inocencia de sus parientes. Quisieron obtener información del juez de *Vicaria*, Scalera. También se dirigieron al escribano del tribunal, como este denunció, para intentar sobornarle. Con Michele Vaaz, uno de los principales testigos en su contra porque había confirmado la delación de su hermana Fiorenza, usó medios más violentos para obligarle a que revocase su declaración.

Girolamo Carmignano, cuñado del conde de Mola, fue quien encabezó la ofensiva de la familia empleando los muchos recursos de los que disponían. Se decía que gastaba dinero con profusión para ganar voluntades y que usaba el poder para amedrentar a los enemigos. Su nombre se repitió a menudo para acusarle de todo tipo de estorsiones: amenazar con envenenar a los testigos, servirse de religiosos para espiar a los miembros del tribunal, presionar para que se retractasen. Spinola pensó en buscar un pretexto para encarcelarlo, pero finalmente consideró que echaría demasiada leña al fuego y optó por dejarle en libertad, si bien dio instrucciones para contrarrestar sus actuaciones⁴¹.

A pesar de las dificultades, el nuncio continuaba completando el proceso informativo. Tomaba declaración a los testigos que tenía recluidos en las cárceles de San Domenico maggiore en Nápoles, y acumulaba las informaciones que le llegaban del obispo de Lecce y del arzobispo de Bari. Pretendía concluir esa etapa antes de iniciar las audiencias con los reos, que se encontraban todavía en las cárceles reales y fuera de su alcance.

El 30 de julio, en la carta cifrada que dirigió al *assessore* de la *Congregazione*, monseñor Vizzani, le refirió cómo había mudado el virrey su ánimo de una hora para la siguiente, pues en su último encuentro, inesperadamente, había vuelto a manifestar su voluntad de cooperar con el tribunal. Según Spinola, era hombre fácilmente influenciable, cuya actitud cambiaba dependiendo de los estímulos que recibiera de su entorno.

El virrey cumplió lo que había dicho. Se comprometió a poner a los presos a disposición del nuncio y a ordenar que se presentase ante él el juez de *Vicaria* Scalera para ofrecerle el brazo secular para prender a cualquier imputado⁴².

⁴⁰ Carta de 11 de septiembre de 1657. ACDF, St.St. BB3b, fols.158r-160v.

⁴¹ Cartas de 6 y 10 de agosto. ACDF, St.St. BB3b, fols.311r-v y 317r-318v.

⁴² Carta de 30 de julio y 3 de agosto de 1958. ACDF, St.St. BB3b, fols.261r-266r y 278r-v.

1659: los presos son conducidos a Roma

Ese fue un año en el que se produjeron importantes novedades con respecto a los protagonistas de esta historia: el virrey y el inquisidor fueron sustituidos, y entraron en escena como sospechosos los miembros del linaje de los Vargas.

Comenzó el año con la marcha del conde de Castrillo y la toma de posesión del conde de Peñaranda como virrey de Nápoles. A lo largo de los meses siguientes, la campaña contra los judaizantes se fue ampliando, no sólo porque el número de sospechosos creciera, sino porque otro gran linaje familiar -el de los Vargas- se vio implicado y muchos de sus miembros fueron procesados. La magnitud que iba adquiriendo la causa hizo que la *Congregazione* decidiera que algunos de los presos fueran conducidos a Roma para juzgarlos, de manera que la causa se desdobló y se desarrolló en dos escenarios: el romano y el napolitano. Las familias se adaptaron a esa duplicidad y, ante la gravedad de la amenaza que se cernía sobre ellas, desplegaron su estrategia en Nápoles y en Roma.

El año se cerró con la llegada de monseñor Camillo Piazza para relevar al nuncio al frente del Santo Oficio, pero esa sustitución estuvo precedida de muchos meses de ardua negociación entre el nuncio Spinola y el nuevo virrey para que este admitiera en el reino un nuevo inquisidor delegado.

Mientras negociaba y aguardaba el momento de entregar el tribunal a su sucesor, Spinola continuaba investigando y acumulando información. Y, como había ocurrido desde el principio, de todo mandaba copia a Roma y atendía las indicaciones que se le iban dando. En el mes de agosto, en una de las habituales reuniones de la *Congregazione* presidida por el papa, se repasó cada una de las causas, comenzando por la del conde de Mola⁴³. Después de escuchar la exposición pormenorizada del sumario, los cardenales dieron instrucciones muy precisas acerca de los pasos que el nuncio tenía que dar: qué testigos debían ser examinados, preguntas que compondrían el interrogatorio, prisiones que habría que ejecutar; en fin, una serie de órdenes tan detalladas que dejaban muy poco margen para la iniciativa del inquisidor⁴⁴. El nuncio no se lamentaba de ello, pero tampoco asumía plenamente la responsabilidad de sus actuaciones cuando eran criticadas, como demostró al responder a las dudas del *assessore* Vizzani acerca de la solidez de los indicios que habían servido para dictar los primeros mandatos de prisión, diciendo que no le había correspondido a él valorarlos, porque habiéndosele mandado que ejecutase las prisiones y previendo el estrépito que se iba a armar, suplicó que se lo confirmasen, y no solo recibió la confirmación por parte de la *Congregazione*, sino que le llegó, además, por parte de la *Segreteria di Stato* en carta cifrada⁴⁵.

⁴³ Desde el pontificado de Pio V, el papa en persona presidía una vez a la semana, generalmente los jueves, las reuniones de los cardenales: Borromeo, *Congregazione del Sant'Uffizio*, 389-391.

⁴⁴ ACDF, St.St., BB3c, fols.29r-38v.

⁴⁵ ACDF, St.St., BB3c, fols.39r-v.

Para entonces, la *Congregazione* ya se estaba preparando para tomar las riendas de la causa de manera aún más efectiva. Querían los cardenales que los principales encausados fueran juzgados en Roma, por lo cual notificaron al nuncio que tratara con el virrey sobre el traslado de los cuatro primeros reos, entre los que estaban el conde de Mola, su hermano, su primo, y un tal Tommaso Ulloa. A comienzos de septiembre, el nuncio, que había ido informando de las conversaciones con el virrey, propuso que fuera el *segretario di stato*, Flavio Chigi, el que le escribiera para convencerle de que con toda cautela fueran entregados los presos a las galeras pontificias, cuyo paso se esperaba en el puerto de Nápoles. De no hacerlo así, le parecía vano esperar que Peñaranda accediese a entregarlos⁴⁶.

Una vez más, a pesar del sigilo con que se trazaban los planes, la noticia se difundió. Algunos caballeros acudieron a palacio para expresar sus quejas. También se presentó el *eletto* del pueblo como portavoz de la amargura colectiva causada por el rigor inusitado con que se estaba procediendo. Pero pudo más la presión de Roma para que Peñaranda accediera a la entrega de los presos, que se efectuó a finales de septiembre. Para evitar la concentración de la gente, fueron embarcados antes del amanecer, como había sugerido Spinola, pero no pudieron partir de inmediato a causa del mal tiempo. El 3 de octubre por la mañana abandonaron Baia con rumbo a Civitavecchia, donde desembarcarían para tomar el camino de Roma⁴⁷.

A partir de entonces, la campaña inquisitorial contra los judaizantes se desdobló entre Nápoles y Roma. En Roma fueron hallados testigos que habían huido de Nápoles, como Fiorenza Vaaz y su marido, que volvieron a prestar declaración, en esa segunda ocasión ante el *commissario generale*. En cambio en Nápoles, el nuncio tenía cada vez más dificultades para obtener nuevas declaraciones, porque, según decía, los allegados de los sospechosos habían aterrorizado a todos y los que creían que podrían ser llamados a deponer, se habían marchado de la ciudad⁴⁸. Sin embargo, como fruto de las indagaciones realizadas hasta entonces, se produjo una ampliación de la causa. En primer lugar, porque se habían acumulado pruebas contra más miembros de las familias Vaaz, de manera que la *Congregazione* dictó la captura de las primeras mujeres. En segundo lugar, se produjo la confesión de uno de los testigos presos, en la que se delató a sí mismo y a sus parientes, los Vargas, que hasta ese momento habían permanecido a salvo. Y en tercer lugar, gracias a la actuación de los obispos fuera de la capital, se multiplicaron las testificaciones y los imputados.

Las familias desdoblaron también sus fuerzas para tratar de no verse arrolladas por la campaña represiva que desde el órgano supremo del Santo Oficio se dirigía en su contra. Se lamentaba el nuncio de que los parientes del conde de Mola habían usado todos los medios para intentar desacreditarle, se habían dirigido a todos

⁴⁶ ACDF, St.St., BB3c, fols.7r-v.

⁴⁷ Carta de 20 de septiembre de 1659. ASV, Segr. Stato Napoli 61C, fols.190r-v. y ACDF, St.St., BB3c, fols.61r-65v.

⁴⁸ ACDF, St.St., BB3c, fols.39r-v.

aquellos que le odiaban por razón de su cargo, con el fin de que fabricasen y propagasen calumnias contra él. Y con el mismo propósito habían mandado a Roma al cuñado del conde, Girolamo Carmignano, acompañado de otro caballero⁴⁹.

El nuncio Spinola, que había acatado el mandato de la *Congregazione* para ejercer como inquisidor a pesar de las consecuencias que sabía que se derivarían de esa causa, también había manifestado en alguna ocasión la conveniencia de ser relevado. En aquel momento, aún tenía más motivos para considerar que se requería la asistencia de un ministro que no tuviera otra incumbencia. La experiencia acumulada al frente del tribunal le había convencido de que ambos cargos eran incompatibles, porque los asuntos de la nunciatura exigían que el nuncio cautivase los ánimos de todos y cada uno⁵⁰.

Seguramente, así debió entenderlo la *Sacra Congregazione* cuando decidió nombrar como inquisidor delegado en Nápoles a monseñor Camillo Piazza, obispo de Dragonia. Spinola tuvo que comparecer ante el recién llegado virrey para comunicárselo, y ese fue el comienzo de una larga serie de conversaciones sobre el asunto⁵¹.

El conde de Peñaranda, cuando se le planteó la llegada del nuevo ministro nada más tomar posesión de su cargo, se halló ante una situación muy delicada. Miembros de dos extensos y poderosos linajes familiares, los Vaaz y los Vargas, que estaban emparentados con las familias de la nobleza del reino, estaban siendo procesados por el Santo Oficio, lo cual había provocado un gran escándalo y se había creado un clima de enorme inquietud que se manifestaba en declaraciones y quejas que llegaban directamente a la corte virreinal. Ante ese panorama, decidió que una junta estudiara el asunto. Tras calificarlo de «escabrosísimo», ninguno de los convocados aprobó la admisión del inquisidor, como tampoco lo hizo el *Collaterale*. El motivo: porque no siendo Piazza obispo del reino como sus antecesores, se introducía una jurisdicción extraordinaria, completamente independiente de la episcopal. Sostenían, además, que la llegada de ese ministro provocaría grandes disturbios, y recordaban las antiguas revueltas, cosa que debió preocupar mucho a Peñaranda. Tal fue la impresión del nuncio, que escribió:

Quello però che io ho osservato è che il signor Viceré sia di natura assai timida, e che sia venuto con grand apprensione di questo popolo, et ha fatto l'istesso concetto qualche Ministro del Collaterale di cappa e spada mio amico, che osservò l'animo del signor Viceré agitatissimo e pieno di grandissimi sospetti quando nel prendere il possesso di questo governo nacque quel disturbo, che scrissi, con gli eletti della città...⁵².

⁴⁹ ASV, Segr.Stato Napoli 61C, fols.44r-v.

⁵⁰ ACDF, St.St., BB3c, fols.156r y158r-v.

⁵¹ Carta de 4 de enero de 1659. ASV, Segr. Stato Napoli 61C, fols.35r-36r..

⁵² Carta de 18 de enero de 1659. ASV, Segr. Stato Napoli 61C, fols.40r-42r.

En sus sucesivos encuentros con Spinola, Peñaranda insistía en que le parecía extraño que Roma, que durante tanto tiempo había delegado la jurisdicción inquisitorial en un obispo del reino, quisiera entonces introducir esa novedad. Aunque entendía las razones que se le exponían, y que podrían satisfacer a «las personas que discurren», afirmaba que no convencerían al populacho, que se enfurecería cuando viera aparecer en el reino a dicho ministro destinado exclusivamente al Santo Oficio, arremetería contra él, le cubriría de insultos y le apedrearía cuando pisara las calles⁵³.

Si bien atribuía a la repulsa popular tan fiera reacción, el virrey sabía muy bien, y los acontecimientos lo confirmarían, que sería en las filas de la oligarquía urbana donde se urdiría la rebelión. El nuncio intentaba serenarle diciéndole que el pueblo no sabría distinguir si era o no obispo del reino, ni cuáles eran sus títulos. Además, le pedía que tuviera en cuenta que, al hacer recaer ese nombramiento en un obispo ajeno al reino, el papa actuaba movido por el fin santísimo de no obligar a ninguno de ellos a estar fuera de la residencia. Pero ese argumento no convencía al virrey, a quien las ventajas de la residencia no le parecían de tanta relevancia en comparación con el riesgo inminente de que se produjese una sublevación.

Entre todas las razones expuestas una y otra vez al virrey, resultan reveladoras las siguientes palabras del nuncio: «procurai di far che conoscesse che anco per ragione politica complisse che il ministro del Sant'Offizio fusse forastiero e senz'altra giurisdizione nel Regno»⁵⁴. Así pues, todo parece indicar que el auténtico objetivo del papa y sus cardenales era fortalecer el imperio de la Inquisición romana en el reino de Nápoles y la capacidad operativa del tribunal delegado. Hasta entonces, efectivamente, los inquisidores delegados se habían designado entre los obispos del reino; en cambio, en aquellas circunstancias, en medio de una campaña anti-judaizante cuyos resultados podían malograrse, la *Congregazione* quiso imponer libremente sus criterios nombrando a la persona que consideraba más idónea. Paralelamente, el *segretario di stato*, que asumió la dirección de la negociación, quería evitar a toda costa que el nombramiento tuviera que pasar el trámite del *exequatur*, por lo que dio reiteradas instrucciones al nuncio para que obtuviera el consentimiento del virrey sin que mediara ningún documento escrito⁵⁵.

La complicidad que se había mantenido con el anterior virrey, el conde de Castrillo, no se repitió con Peñaranda. Así como Castrillo fue informado con detalle de los planes del tribunal después de someterse al juramento de secreto, Peñaranda se mostró reacio a jurar, por lo que el nuncio no le dio ninguna información hasta que tuvo que pedirle su cooperación para el traslado de los presos a las galeras que los llevarían a Roma. Y entonces, únicamente le mencionó el delito del que estaban

⁵³ Carta de 18 de enero de 1659. ASV, Segr. Stato Napoli 61C, fols.40r-42r.

⁵⁴ Carta de 18 de enero de 1659. ASV, Segr. Stato Napoli 61C, fols.40r-42r.

⁵⁵ 18 enero 1659. ASV, Segr. Stato Napoli 61C, fols.40r-42r.

acusados⁵⁶. A lo largo de aquellos meses, el nuncio acudió al palacio en numerosas ocasiones para tratar de convencer al virrey de que no había motivos para temer que la instalación en la ciudad del nuevo inquisidor quebrara la paz social. Peñaranda sabía que si eso ocurría, se vería en una situación muy comprometida, como se habían visto otros virreyes antes que él por ese mismo motivo. Y no le decidían a cambiar de opinión los argumentos que el nuncio le repetía, entre los que utilizó este: «...mai questi popoli hanno avuto aversione al ministro del San'Officio deputato dalla Santa Sede, ma ben sì all'introduzione dell'Inquisitione all'usanza di Spagna...»⁵⁷.

Una vez más se volvía a jugar con el equívoco para atribuir a la Inquisición española el rechazo de los napolitanos. La Inquisición romana, la que dirigía directamente el sumo pontífice, pretendía refugiarse bajo la sombra de la Inquisición española para colarse en el reino de Nápoles, pero la argucia tampoco funcionó en aquella ocasión, como demostraron los acontecimientos posteriores. Roma consiguió que el nuevo inquisidor delegado fuese admitido, pero no logró que fuese aceptado, porque su actuación provocó una nueva insurrección ciudadana que le obligó a escapar para salvar su vida.

Tras el turbulento regreso a Roma del inquisidor Camillo Piazza, la *Congregazione* volvió a recurrir al nuncio pontificio para que completara el trabajo que había iniciado años antes⁵⁸.

Conclusiones

Los sucesos aquí narrados evidencian la voluntad de la santa sede de afianzar un tribunal del Santo Oficio en el reino de Nápoles.

Las lecciones del pasado enseñaban que el proyecto sólo tendría éxito si se vencían las resistencias que se opondrían al mismo. Las más altas instancias del gobierno pontificio -la *Congregazione del Sant'Uffizio* y el *segretario di stato*- encabezaron aquella operación con el fin de obtener la rendición de la oligarquía urbana y el sometimiento a Roma del arzobispo; del virrey había que lograr, además de su consentimiento, que prestase al tribunal el brazo secular.

La *Congregazione*, como autoridad suprema de la Inquisición romana, determinó la configuración del tribunal napolitano y sus anclajes en el reino, poniendo a su servicio a todos los recursos de la iglesia: nombró inquisidor al nuncio pontificio, ordenó a los obispos del reino que contribuyeran a la causa común investigando y recogiendo testimonios, seleccionó a los consultores entre los teatinos, dominicos,

⁵⁶ ACDF, St.St. BB3c, fols.156r-158v.

⁵⁷ Carta de 19 de julio de 1659. ASV, Segr. Stato Napoli 61C, fols.158r-v.

⁵⁸ ACDF, St.St. BB4d.

jesuitas, siervos de María.

Ejerció ese mismo poder para dirigir las actuaciones del nuncio como juez de la fe, lo cual se enmarcaba perfectamente en el proceso de centralización progresiva de los tribunales dependientes de la Inquisición romana. Sin duda, dicha centralización constituyó un elemento unificador de la organización y funcionamiento de las inquisiciones, incluida la de Nápoles. Sin embargo, está por ver si las decisiones que se tomaron, los modos de proceder que se impusieron, obedecieron a protocolos comunes, o bien tuvieron un carácter particular y estuvieron motivados por exigencias de la coyuntura.

La voluntad de afianzamiento del tribunal en el reino de Nápoles en aquellos años, respondió al firme propósito de erradicar de aquel territorio a los judaizantes, convirtiéndolos en su objetivo prioritario. Cuando la iglesia advirtió su presencia, reaccionó empleando un discurso muy semejante al que se oía en los reinos ibéricos y usando la misma violencia que en esos mismos años estaba usando la Inquisición española en Castilla.

Las figuras, los procedimientos, las víctimas de la Inquisición romana en Nápoles, pudieron asociarse a la Inquisición española, porque las semejanzas eran evidentes. Pero, en realidad, allí la Inquisición española había sido, y volvería a ser, el espectro agitado por los dirigentes de la ciudad para aunar voluntades. Y aprovechando tal confusión, Roma manejó el equívoco para esquivar la oposición que despertaba el tribunal que pretendía consolidar en aquel reino.

Para concluir, quisiera señalar que estas consideraciones quedarían completadas, matizadas y seguramente confirmadas por el estudio que preparo dedicado al período siguiente (1659-1661), que correspondió al inquisidor Camillo Piazza.

Recibido: 6 de junio de 2017
Aprobado: 25 de julio de 2017

